

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

Los conflictos en Oriente Medio

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Fares-Thaher Al-Fayez

DIRECTOR:

Miguel Martínez Cuadrado

Madrid, 2015

Fares-Thaher Al - Fayez

7P
1984
176



* 5 3 0 9 8 6 7 0 7 0 *

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

x-53-049051-9

LOS CONFLICTOS EN ORIENTE MEDIO:
ANTECEDENTES HISTORICOS Y DESARROLLO ACTUAL

Departamento de Derecho Político Español
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
1984



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 106/84

© Fares-Thaher Al - Fayez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1984
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-20277-1984

TESIS DOCTORAL

LOS CONFLICTOS EN ORIENTE MEDIO: ANTECEDENTES HISTORICOS
Y DESARROLLO ACTUAL

PRESENTADA POR FARES-THAHER AL-FAYEZ

Y

DIRIGIDA POR EL PROFESOR DON MIGUEL MARTINEZ CUADRADO

PARA SER DEFENDIDA ANTE EL TRIBUNAL EXAMINADOR DE LA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

MARZO DE 1983

I

Nota preliminar	V
Introducción	1
ANTECEDENTES HISTORICOS : I- Edad Antigua				14
1- Del paleolítico a la mitad del segundo milenio						15
A- Prehistoria y historia primitiva de Asia anterior						
a- Fuentes históricas.						
b- Los comienzos de la historia de Babilonia	...					21
B- La época protodinástica						
a- Sumerios y semitas durante la época protodinástica						24
b- Kish y el sur de Babilonia : unidades políticas						28
c- Lagash y Umma. Lugalzagesi precursor de Akkad						32
C- El primer imperio semítico.						
a- El imperio de Akkad y su disolución				35
b- El Oriente Medio en torno a Mesopotamia	...					42
D- La época paleobabilónica.						
a- Larsa, Isin, Uruk y Babilonia en el siglo XIX a.C.						46
b- Asiria y Hamurabi	48
2- La segunda mitad del segundo milenio.						
A- Babilonia bajo los casitas y el Imperio Asirio Medio						53
B- Hititas y Mitanos	58
C- Siria y Palestina bajo la hegemonía de las grandes potencias	65
D- El imperio nuevo de Egipto.						
a- La XVIII dinastía (hacia 1550-1314)				74
b- Los Ramsidas: dinastías XIX y XX (1309-1080)	...					81
3- La primera mitad del primer milenio.						
A- Siria y Palestina desde fines del siglo XI hasta fines del siglo VI a.C.		88

II

B- Independencia de Siria-Palestina (1025-880 a.C.)	88
C- Los signos precursores de la soberanía asiria sobre Siria-Palestina (880-745 a.C.)	91
D- Siria-Palestina como parte de los imperios asirio y babilónico (745-538 a.C.)	95
E- Persas , griegos, romanos y Arabia	101
II- Edad Media.	
1- El despertar de Arabia : el siglo de la conquista árabe-islámica	113
A- Arabia antes del Profeta Muhammad	113
B- El Profeta y la unificación de Arabia como punto de partida	124
C- La potencia expansiva : época de los califas	128
D- El papel político de los Omeyas (660-750) ...	142
E- El papel político de los Abásidas (750-1258)	147
2- Las Cruzadas y los mongoles	152
3- Los Turcos Otomanos	170
A- Grandeza y decadencia del primer imperio otomano (1300-1402)	172
B- Restauración del imperio otomano (1402-1512)	182
III- Edad Moderna y Contemporanea : hasta fines del siglo XIX.	
1- El Imperio Otomano	193
A- El Imperio Otomano en su apogeo (1512-1555)	193
B- La decadencia del Imperio Otomano (1555-1789)	202
C- Restablecimiento y reforma desde 1789 ...	219

III

2- El Irán Moderno	234
A- La dinastía Safaví (1501-1722) y los Zand ...	235
B- La dinastía Qayar desde 1796	241
3- El mundo árabe oriental de Egipto al Irak hasta principios del siglo XX.	
A- Egipto	255
B- Siria y Líbano	288
C- Irak	296
D- La península arábiga	299
 DESARROLLO ACTUAL: IV- Edad Contemporánea, el siglo XX.	
Introducción	304
1- El imperialismo europeo en el Oriente Medio, antes de la Primera Guerra Mundial	310
2- El Oriente Medio y la Primera Guerra Mundial	
A- El Imperio Otomano y la Revolución Árabe	345
B- Los territorios árabes y las potencias occidentales	374
C- El Irán	395
3- Oriente Medio: entreguerras y la Segunda Guerra Mundial.	
A- Los países árabes asiáticos y Egipto	398
B- La caída del Imperio Otomano y el establecimiento de la República Turca	441
C- El Irán	446
4- El período de postguerra en Oriente Medio.	
A- Análisis general	454
B- Los países árabes.	
a- Hasta finales de la década de 1950	464
b- La década de 1960	483

IV

c- La década de 1970	492
C- Turquía	501
D- El Irán	509
5- El problema palestino y el conflicto en torno a						
Palestina	515
A- El problema palestino	516
B- La economía de guerra israelí	529
C- Del conflicto de Palestina al conflicto de						
Oriente Medio	535
D- Israel y la importancia política a nivel mundial						
del conflicto del Oriente Medio	543
E- Nuevas propuestas de paz y la postura árabe e						
israelí	553
CONCLUSIONES	566
NOTAS	577
BIBLIOGRAFIA	594
CUADROS CRONOLÓGICOS E ÍNDICE DE MAPAS	610

NOTA PRELIMINAR

Espero que esta modesta aportación que constituye un panorama histórico de los conflictos en el Oriente Medio, y que no deja de ser interesada, y así lo deseo para los interesados en el tema de las relaciones internacionales, sobre todo, desde el punto de vista conflictivo que allí tuvo lugar a lo largo de este lapso de tiempo que la tesis abarca, y que son los cuatro períodos de la historia.

El hecho de que los conflictos en esta zona no hayan sido estudiados y recogidos en un trabajo específico, me animó y me empujó a emprender esta tarea desde hace varios años. Y gracias a la ayuda que me ofreció mi distinguido profesor, Don Miguel Martínez Cuadrado, se ha podido concluir este trabajo, al que no dejo de agradecer nunca.

También agradezco a sus colaboradores en el seminario de derecho político español de la facultad de ciencias políticas y sociología, que siempre me ofrecieron su ayuda con el máximo cariño y atención, ayudándome así, en esta labor.

INTRODUCCION

Todos los factores en el mundo son cambiantes, excepto el factor geográfico que es costante y fijo a lo largo de los tiempos, los mares, las costas, las montañas, siguen siendo los mismos a pesar de los tiempos, pero estos mares, esas altas montañas, esas vastas extensiones terrestres o marítimas ¿que función tienen? ¿De qué sirven para el hombre?. Los hombres luchan unos contra otros desde siempre con el fin de apoderarse de un trozo, a veces insignificante de tierra. ¿Por qué y con qué fin?.

La respuesta a todas esas preguntas es sencilla, aunque el tema es demasiado complicado y no tan simple como parece. El hombre quiere dominar más tierras, cuanto más ricas y estratégicas mejor, primero para satisfacer sus necesidades y luego conseguir el bienestar, segundo para hacerse fuerte mediante el lugar estratégico que domina.

El dominio es un instinto, un afán que existe tanto en las criaturas racionales como en las irracionales. No deja de ser curioso, para el observador, que en el rebaño de ciervos siempre hay uno que se impone y domina después de librar una dura batalla con los demás machos rivales. Entre los insectos se da el mismo ejemplo. También entre los hombres siempre hay uno que se impone y domina, mientras que los otros deben obedecer su mando.

Entre los pueblos la imagen es más grande. La tierra en sí no es útil para el hombre si no está explotada por él mismo. Nuestro tema es de relaciones internacionales y la geografía le sirve como trampolín, ella y el factor humano se complementan uno al otro:

Geografía Natural y Geografía Política ----- Instituciones y Vida Política; Geopolítica: relaciones internacionales -- Instituciones y Vida Política
El pueblo más rico y fuerte es el que domina el resto. Esto es lo que sucede

en la realidad. La fuerza, la da la riqueza, y la mayor parte de la riqueza depende de la extensión del territorio que posee un estado. Todo lo anterior nos llama la atención para darnos cuenta de lo importante que puede ser una tierra estratégica, rica y extensa.

Siempre, en todos los tiempos sin excepción, ha habido una potencia dominante. Su ege se apoyaba en territorios extensos y ricos, lo cual le proporcionaba la suficiente fuerza como para imponerse sobre los demás Estados. El ejemplo de nuestros días lo vemos simbolizado en la URSS y los Estados Unidos que han sabido utilizar su situación y su terreno en provecho de sí mismos. Un Estado carente de dichos factores nunca podrá ser potencia dominante. Un Estado pequeño, aunque ocupa una situación geográfico-estratégica importante, difícilmente puede ser gran potencia como el caso de Panamá o Egipto.

La importancia geográfico-estratégica del Oriente Medio, ha sido quizás el motivo por el que esta zona ha sido la más convulsionada por los conflictos a lo largo de toda la historia humana. Esta zona comprendida en la encrucijada de tres continentes: Asia, Africa, y Europa. Hoy día es la zona de mayor tensión que existe en el mundo, y es la que más preocupa a todos por haber puesto al mundo varias veces al borde de la tercera guerra mundial. Su buen clima, su situación y la riqueza de sus tierras fueron el motivo de tantos conflictos que se han dado en ella, entre los diferentes pueblos por dominarla a lo largo de la historia.

Los historiadores dividen la historia humana en cuatro períodos:

- 1 - Edad Antigua: abarca desde el Paleolítico (o antigua edad de piedra) hasta principios del siglo IV de la era cristiana (Edicto de Milán, 313).
- 2 - Edad Media: abarca desde el Edicto de Milán hasta la caída de Constantinopla en manos de los turcos otomanos en 1453.
- 3 - Edad Moderna: abarca desde la caída de Constantinopla o desde el Renacimiento, hasta la Revolución Francesa en 1789.

4 - Edad Contemporánea: Desde la Revolución Francesa hasta nuestros días.

A lo largo de esos períodos estudiaremos los conflictos en el Oriente Medio, el cual, su situación geográfica, que ha sido un factor decisivo en las relaciones internacionales, nos ayuda a comprender mejor los conflictos que allí se han desarrollado. Y a lo largo de este estudio veremos hasta que punto los Estados antiguos o modernos, de la zona, han tenido conciencia de la trascendental importancia geopolítica de su situación. La tarea ha sido más difícil para los gobiernos modernos, porque se han agregado nuevos factores, los cuales han complicado más las cosas y han duplicado el número de conflictos, sean internos o externos, como el caso del petróleo.

La geografía ha asumido un papel nuevo y vital en el arte y la estrategia de la guerra y la política nacional.

La guerra global ha mostrado que los continentes y los océanos son parte de un cuadro político mundial intimamente entrelazado. Lugares distantes que hasta hace muy poco parecían a los norteamericanos no tener relación alguna con sus necesidades y vida cotidiana, lugares como Irlanda, Trípoli, Dakar, Bataán, Moulmein y Lashio, se han convertido para estos mismos norteamericanos en los estriberos del destino.

La guerra nos está proporcionando una conciencia de las realidades geográficas. En la Primera Guerra Mundial, habían hecho grandes sacrificios de sangre y dinero por la posesión de una franja de tierra, de unas cuantas millas de costa, de unas pocas y oscuras aldehuelas. Sin embargo, en cuando se hizo la paz, se convirtió en una infracción a los buenos modales mencionar la forma física de los Estados. En los centros docentes, se enseñaba un nuevo género de historia: a causa de la violenta revulsión contra el imperialismo, las realidades geográficas de las relaciones internacionales eran vistas entre anteojeras.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial trajo de nuevo a la vista del público en factor geográfico en la política exterior. Unas pequeñas islas del Caribe, unas desnudas rocas del Ártico y unas sucias carreteras del Asia central

se transformaron en absorbentes temas de actualidad. Como la política exterior se convirtió en alta estrategia, los estadistas tuvieron que revelar a sus pueblos las características geográficas de los respectivos países en relación con los otros. Un notable ejemplo de esto fué el discurso del Presidente Roosevelt del 23 de febrero de 1942, en el que se advirtió al público que debía escucharlo con un mapa del mundo a mano. En realidad, el conocimiento y la presentación ordenada de los problemas de política exterior como alta estrategia han llegado a ser una tarea vital de la política nacional.

Las consideraciones geográficas han sido siempre inseparables del estudio y de la práctica de las relaciones internacionales. Sin embargo, la adaptación de las teorías geográficas a la ideología política es comparativamente de fecha reciente. Los motivos de los grandes movimientos revolucionarios de los siglos dieciocho y diecinueve fueron, por ejemplo, primordialmente sociales. Las masas francesas formaron en torno a lemas humanitarios y los ejércitos de la Francia revolucionaria marcharon para implantar los Derechos del Hombre en Europa. Napoleón supo explotar estas aspiraciones. No dijo a los campesinos de Francia que sus conquistas se justificaban porque significaban nuevos territorios o nuevos mercados para la industria. Su idea de un Imperio europeo fué una idea a posteriori, consignada en el papel únicamente en Santa Helena.

De un modo análogo, el Congreso de Viena hizo un nuevo ajuste del equilibrio de poderes en Europa, de acuerdo con la legitimidad dinástica, dando satisfacción a derechos históricos. El precedente histórico pesó más que las fronteras "naturales".

En cambio, los lemas de la ideología nazi se derivan fundamentalmente de conceptos geográficos. En la filosofía política nazi, la solución de todos los problemas internos sociales y económicos se busca en la conquista de espacio y todavía más espacio. De aquí procede el gran interés del Socialismo Nacional por la geografía, desde los primeros comienzos de Hitler hasta hoy mismo, y es

to explica las interminables peroratas del Führer acerca de Lebensraum.

El concepto de espacio, de espacio políticamente dominado, se encuentra en el cogollo de la nueva ciencia en que ha de hallarse la clave del modo en que Alemania plantea la política mundial; esta ciencia es la geopolítica.

Geopolitics -geopolítica- es la versión inglesa de la palabra alemana Geopolitik, la cual, a su vez, se deriva de dos palabras griegas: geo -el mundo- y politikos, lo perteneciente al Estado. Como muchas palabras sintéticas similares extraídas del griego, no tiene significado en este antiguo idioma y pertenece por completo a la jerga científica de los tiempos modernos. La geopolítica, con sus variaciones idiomáticas en las distintas lenguas, ha ido usándose cada vez más como un símbolo, verbal en el estudio de las relaciones entre el espacio y el Estado. Con esta conntación, ha sido familiar desde hace veinte años a los versados en ciencia política y a los geógrafos de muchos países.

"La geopolítica es la ciencia de las relaciones de ámbito mundial de los procesos políticos. Está basada en los amplios cimientos de la geograffa, especialmente de la geograffa política, la cual es la ciencia de los organismos políticos en el espacio y de la estructura de los mismos. Además, la geopolítica se propone proporcionar los útiles para la acción política y las directrices para la vida política como conjunto. De este modo, la geopolítica se convierte en un arte, es decir, el arte de guiar la política práctica. La geopolítica es la conciencia geográfica del Estado". "Geopolítica es la ciencia que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político. Gufa al estadista en la conducción de la política interna y externa del Estado y orienta al militar en la preparación de la defensa nacional y en la conducción estratégica: al facilitar la previsión del futuro mediante la consideración de la relativa permanencia de la realidad geográfica les permite deducir la forma concordante con ésta realidad enque se pueden alcanzar los objetivos y, en consecuencia, las medidas de conducción política o estratégica convenientes⁽¹⁾).

La geografía es la materia prima de la que el hombre de Estado de espíritu creador obtiene su obra de arte. La geografía es el menos variable de los factores que afectan a la realización de toda política. Las ambiciones dinásticas moldearon la historia de Europa durante mil años, únicamente para convertirse en un anacronismo dentro del recuerdo de una generación. Los movimientos revolucionarios animados por aspiraciones sociales y religiosas barrieron la faz de la tierra y fueron después enterrados bajo las arenas del tiempo. Pero los contornos de la tierra, de los llanos y de los valles de los ríos, permanecen substancialmente los mismos. Y los conflictos geográficos entre los Estados sobrevivieron con mayor persistencia que otros antagonismos internacionales. Los pueblos de Estados que profesan la misma filosofía política y social, las mismas creencias culturales y religiosas, pueden enfrentarse todavía por el dominio exclusivo de un trozo de tierra, de una extensión de mar, de un vital punto estratégico. Así, ciertos conflictos que tienen su origen en los factores geográficos nunca han desaparecido de la historia y se han reproducido bajo las más diversas circunstancias.

La división de la tierra es un fenómeno cultural por ser obra del hombre, a veces la división de la tierra se lleva a cabo, gracias a un acuerdo entre los Estados, a veces las fronteras son naturales, una serie de montañas, como el caso de los Pirineos entre Francia y España, o el cauce de un río, como el río del Congo, que separa a Zaire de la República Centro Africana, y el Zaire del Congo Brásafil, otras veces las fronteras políticas no son visibles, sino artificiales, y esto es el caso de las fronteras entre la mayoría de los países del Oriente Medio.

La geografía estudia las condiciones en las que viven las sociedades humanas sobre la tierra desde el punto de vista político. Ante las variaciones que experimentan estas condiciones, es evidente que su conocimiento debe referirse a un momento determinado, sea el presente ó a un momento histórico preciso, por ejemplo: la Geografía Política actual de la República Argentina nos

enseña que está dividida en veintidos provincias y una gobernación militar; en cambio, la Geografía Política de hace cincuenta años nos dice que eran catorce provincias y diez gobernaciones o territorios. Vale decir que esta rama de la Geografía nos brinda conocimientos estáticos.

Una cosa es el respeto de las fronteras entre los Estados, y otra, es la historia de las fronteras política y cómo ha ido evolucionando a lo largo de los tiempos. Es curioso ver la evolución histórica de las fronteras en el Oriente Medio. Para abordar el tema veremos pues el panorama.

Durante medio millón de años, desde la aparición de las primeras industrias líticas prehistóricas en el Occidente de Europa hasta la constitución de los Estados sedentarios en Egipto y Mesopotamia, las sociedades humanas primitivas no han conocido la frontera. La escasa población humana del planeta, el nomadismo impuesto por la persecución de las manadas de animales, rendían imposible todo género de límite, aún en el de las zonas más vastas. Los grupos humanos marchaban de un lado para otro, a veces cruzándose y combatiéndose, sin más preocupaciones que las de satisfacer sus necesidades elementales. Para ello la única frontera efectiva fué el mar, e incluso éste perdió tal valor cuando el hombre aprendió los rudimentos de la navegación.

Cuando se constituyeron, durante el V milenio antes de la Era cristiana, las culturas sedentarias neolíticas de las cuencas de Nilo y Mesopotamia, apareció la primera noción de límites de la que halla testigo la Historia. Los pueblos agrícolas necesitaban conocer hasta qué punto les pertenecía el suelo que cultivaban, y las disputas y conflictos entre aldeas o ciudades vecinas fueron delimitando las primitivas circunscripciones territoriales. En Egipto el nombre de los núcleos originarios de población, "spat", en griego "nomos", procede de la raíz sp, que significa "dividir". La división fué, pues, necesaria para organizar la vida agrícola de Egipto, y aunque de momento no requiríe ra la fijación de hitos precisos, encontramos referencia a ellos en la XII Dinastía (comienzos del III milenio). En una inscripción de Beni-Hasán se lee: el

faraón "separa cada ciudad de su vecina, hace conocer a cada ciudad sus fronteras con las otras ciudades, levanta sus estelas limítrofes, duraderas como el cielo". Igual ejemplo hallamos en Mesopotamia. A fines del IV milenio, el rey Messilim de Aván emitió un famoso arbitraje en las opuestas reclamaciones territoriales de Umma y Lagash, arbitraje que poco más tarde había de ser recordado en una estela que mandó levantar Eannatum, patesi de Lagash, después de vencer a sus adversarios que habían vulnerado la frontera.

Pero respecto a los núcleos geohistóricos importantes, éstos antes del I milenio, no conocieron más límites fronterizos que anchas zonas vacías, desérticas o en situación jurídica incierta. El primer tratado de paz de que se conserva el texto íntegro, el firmado entre Ramsis II de Egipto y Khattusil de los Hatti a mediados de 1279 antes de J.C., no hace ninguna referencia a límites geográficos, a pesar de la minuciosidad con la que está concebido su artículo: sus cláusulas más importantes se refieren a la alianza mutua, a la prohibición de invadirse respectivamente, y a la actuación mancomunada contra los súbditos sublevados. En cambio a mediados del I milenio la trepidante política internacional desarrollada primero por Asiria y luego por Persia, impuso el establecimiento de límites concretos, por lo menos con aquellos grupos de población homogénea y sujetos a la centralización política del Estado. Como es bien sabido, en 580 antes de A.C. el tratado de paz entre Cíaxares de Media y Alyattes de Lidia fijó los límites de los Estados respectivos en el curso del río Halys, en la meseta de Anatolia. Desde luego el Halys distaba de ser una frontera moderna; era más propiamente un límite de influencia.

La verdadera frontera, con construcciones militares adecuadas y obras de fortificación, sólo surge cuando los núcleos geohistóricos originales han desarrollado una cultura superior que es preciso defender contra pueblos marginales "bárbaros". Tal es el caso de China frente a los mongoles y del Imperio Romano frente a los germanos. En ambos casos se llegó a la erección de una barrera artificial, apoyada en los accidentes naturales del terreno.

Hasta la fecha la frontera ha sido el síntoma más tangible de la imposibilidad de superar las discrepancias políticas y culturales en el magnífico sueño de la unidad del mundo. Las fronteras diplomáticas artificiales creadas a fines de la segunda guerra mundial para Corea(1945), Indochina(1954) y el Yemen (1967), son la mejor demostración de este aserto. Jamás coreanos ni indochinos y menos los yemenitas habríanse sentido separados por fronteras políticas invisibles.

Volvamos a hablar de la zona de Oriente Medio, centro de nuestro estudio. En dicha zona aparecieron las antiguas civilizaciones que conoció la humanidad, y sobre su tierra construyó, gigantescas civilizaciones que fueron la verdadera expresión de la capacidad y genio del hombre, tal como la Torre de Babel, las Pirámides, los Jardines Colgantes. Algunas de estas huellas existen hoy día como testigos desafiando el tiempo, tanto en Mesopotamia, como en Egipto o en Siria o el Iran e incluso en la península arábiga. Son huellas vivas de aquellos pueblos y que son el testimonio de su vida, en los momentos de paz o de conflicto.

El clima del que goza esta zona es en general un clima moderado y favorable. Esto en sí, significa facilidad por parte de la naturaleza, ayuda a que el hombre pueda desarrollar mejor su actividad cotidiana y perfeccionar su tecnología con más rapidez. Fue elegida por Dios para ser la cuna de los mensajeros divinos y desde allí se difundieron las tres religiones sagradas que conoció el mundo.

De aquí se destaca la importancia de aquellas tierras, que fueron y siguen siendo campo de batalla y jamás han dejado de ser escenario de conflictos y luchas que se libraban entre los Estados que allí se erigieron, tanto en la antigüedad como en la actualidad, debido a un factor inalterable y determinante a lo largo de los tiempos, es su importancia geoestratégica, puesto que ocupa un lugar sensible que une a tres continentes, Asia con Africa y con Europa. Pasa por esta zona el canal de Suez, que une el Este con el Oeste,

sus costas meridionales dominan el mar Rojo, a su entrada está Aden la llave de este mar, también esas costas asoman al mar arábigo que desde allí se puede controlar las vías marítimas entre el Este y el Oeste, sean vías a través del canal de Suez o por el Cabo de Esperanza. Por eso tanto el Yemen del Sur como el sultanato de Omán, ocupan un lugar estratégico, Omán a parte de asomar al mar arábigo domina el Estrecho de Ormuz, llave de entrada al golfo Pérsico.

Esta zona también domina costas al Mediterráneo desde los Estrechos del Bósforo y los Dardanelos en Turquía, hasta Egipto. Su situación intermedia en el mundo hace que su comunicación con los demás continentes le sea fácil. Por esa razón quien domina esta zona domina las comunicaciones no sólo entre los tres continentes, sino entre los demás continentes.

La gran importancia de este factor geográfico no se escapó a la comprensión de los pueblos antiguos, y por eso vemos que desde el principio de la historia humana, hay una gran competencia entre las potencias antiguas que allí surgieron, para imponer cada una de ellas su dominio. Y por eso es lógico, que se viera allí una larga serie de luchas y guerras continuas, en esta parte del mundo tan inquieta y tensa por los conflictos que la asolan tanto antes como ahora.

Siempre ha sido campo de batallas, algunas de estas decisivas batallas eran de suma importancia que no dejaron de cambiar el curso de la historia universal, y algunos de sus resultados, eran el constante cambio de fronteras políticas e imponer otras bajo nuevas condiciones.

Al estudiar la historia de las fronteras políticas en esta combulsionada zona, se encuentran cambiando continuamente, como resultado de estas continuas luchas. No poseemos fuentes históricas que aseguren la estabilidad de las fronteras entre persas y griegos ó antes por ejemplo, mientras que algunas fuentes aseguran una relativa estabilidad de las fronteras entre el Imperio

persas sasánida y el Imperio romano, pues, las fronteras entre los dos imperios eran más o menos las que separan actualmente Siria del Irak.

Las victorias de los árabes musulmanes en las batallas de Yermuk 636, contra los romanos y la de Kadisilla 637, contra los persas, han cambiado el mapa político en la zona bajo nuevas condiciones, ya que a raíz de esas dos famosas batallas, desaparecieron simultáneamente las dos grandes potencias por el empuje del Islam. Esas dos batallas dieron lugar a la unificación de estos nuevos territorios a "dar el Islam" y a la consiguiente subdivisión de ellos en provincias que a partir de entonces van a ser gobernadas desde la sede del califato, la Medina, hasta la muerte del Califa Ozmán, el año 656. A raíz de su muerte se separó Siria del Irak y Arabia por algún tiempo, debido al desacuerdo y controversia entre el Califa Ali y el sublevado gobernador de Damasco, Muawia el omawita. Este desacuerdo se concluyó con el asesinato del Califa Ali, que a su muerte vuelven a unirse Siria y Egipto con Irak y Arabia bajo la dinastía de los Omeyas, pero trasladando la sede del califato a Damasco. Esta unión siguió en pie también a lo largo del gobierno de la segunda dinastía, los Abásidas, pero trasladando a su vez la sede del califato a Bagdad.

Con el debilitamiento de los Abásidas a finales del s. XII, y principios del s. XIII, parte de Gran Siria pasó al aiubíles y luego los mamelucos de Egipto, mientras que Anatolia y el Irán se separaron dos siglos antes. Después de la derrota de los mogoles por los mamelucos en la batalla de Ein Yalut en 1260 se reforzaron los lazos de Gran Siria con Egipto y Siria pasa a ser gobernada totalmente por el rey de Egipto hasta la derrota de los mamelucos por los turcos otomanos acaudeillados por el Sultán Salim I en la batalla de Marg Dabeg en 1516. Bajo los turcos se volvieron a borrar las fronteras no solamente entre Anatolia y Gran Siria e Irak, sino también entre éstos y Egipto y Arabia. El último se sometió cuando el Jerife de la Meka mandó las llaves del Kaba "la piedra negra", al Sultán Salim I durante su marcha victoriosa por Palestina ca

mino de Egipto, inmediatamente después de la batalla de Marg Dabeg. Así pues se unificó otra vez la zona, pero además casi con todo el mundo árabe.

Durante la dominación turca, los turcos dividieron a Gran Siria en varias provincias: Alepo, Beirut, Acre y Damasco, que de la última dependían los territorios del Sur hasta el golfo de Acaba, lo que hoy día se conoce por el Estado de Jordania.

El mundo islámico del Oriente Medio, siguió unido durante la dominación turca desde 1516, hasta finales de la primera guerra mundial 1919, aunque el Imperio otomano perdió parte de sus territorios en el Norte de Africa poco antes como el caso de Egipto que ocupó Gran Bretaña en 1882, y el caso de Libia que ocuparon los italianos en 1911. Pero fue Gran Siria, la última parte del mundo árabe de la que se retiraron los turcos debido a la rebelión árabe de 1916, contra los turcos, y a instancias de Occidente. Dicha rebelión fue apoyada con dinero y armas inglesas.

En el Congreso de Paz de París de 1919, los aliados se acordaron crear un sistema político internacional moderno y su instrumento fue la Sociedad de Naciones, con el fin de garantizar la paz y seguridad mundiales, y bajo su control se pusieron los territorios que gobernaban antes de la guerra, Alemania y Turquía, en Africa y en Asia. Dichos territorios los dividieron los aliados en tres zonas:

- A- Territorios que se deben preparar para la independencia después de corto tiempo.
- B- Territorios que deben alcanzar la independencia después de largo tiempo.
- C- Territorios que se dejaron sin fecha, es decir, tiempo ilimitado.

Gran Siria e Irak por ejemplo, los incluía la división (A). La Sociedad de Naciones encargó a Gran Bretaña y Francia de estos territorios en calidad de mandatarios, con el fin de ayudar a esas poblaciones a administrarse por sí mismos y darles después su independencia. Pero estas potencias habían firmado un tratado bilateral secreto, según el cual dividen la zona entre ellas de la

siguiente forma: Siria y el Líbano zona francesa, Palestina, Transjordania y el Irak, zona inglesa, haciendo así de Siria Grande cuatro países con fronteras artificiales invisibles a la hora de dar la independencia a estos pequeños estados, sólo con el fin de asegurar sus intereses imperialistas en el Oriente Medio a través de esta obra. Por otro lado Gran Bretaña, siguió el mismo criterio para separar a esos países del Irak, Arabia Saudí, los dos Yemen, Oman, Kuwait y los Emiratos Arabes Unidos. Por otro lado fijó la frontera entre Siria/Turquía y entre Irak/Irán.

h

ANTECEDENTES HISTORICOS

I - EDAD ANTIGUA

1- Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio.

A- Prehistoria e historia primitiva de Asia anterior.

a- Fuentes históricas.

Hasta finales del siglo XVIII las fuentes de la historia antigua del Medio Oriente se limitaban a las noticias transmitidas por los Libros Sagrados y la tradición clásica antigua. El paso decisivo para acceder a los documentos originales del Antiguo Oriente se dio en 1.802, al descifrar G.F. Grotefend, al menos parcialmente, ciertas inscripciones en escritura cuneiforme persa. Los textos que C.Niebuhr copió fielmente en los palacios de Persépolis pertenecían a los reyes aqueménidas Darío y Jerjes, conocidos a través de tradiciones griegas y del Antiguo Testamento. Dichos textos estaban redactados en tres escrituras y en tres lenguas diferentes. Una vez descifrada la versión persa antigua, que correspondía a la lengua de los reyes, se obtuvo la clave para la lectura e interpretación de las otras dos versiones. Una de ellas estaba redactada en lengua elamita, la lengua de Susa; la otra, en lengua asirio-babilónica. Esta última planteó numerosas dificultades por su extremada complicación. Hacia 1.857 las dificultades se habían superado. La interpretación de la versión asirio-babilónica tuvo importantes consecuencias, pues esta lengua, perteneciente a la familia de las lenguas semitas -llamada hoy lengua acadia (o akkadia), según su denominación original-, está redactada la mayor parte de los documentos orientales de la antigüedad.

Desde mediados del siglo XIX el interés despertado por los intentos de interpretación condujo a grandes excavaciones en las antiguas capitales del Imperio Nuevo asirio: en Nínive, frente a la actual Mosul; en Khorsabad, la efímera residencia de Sargón II (722-705), y en Nimrud, la antigua Kalkhu. Investigadores franceses e ingleses como P.E.Botta, E.Flandin y

A.H.Layard dieron las primeras noticias sobre los monumentales palacios y templos, cuyos relieves ornamentales y figuras colosales pasaron pronto a formar parte de las colecciones del Louvre y del British Museum. Gracias a un azar feliz se descubrió en Nínive la biblioteca de Asurbanipal (Ashshurbanapli; 669-627), el último gran rey asirio, quien había coleccionado todas las obras literarias y religiosas de babilonios y asirios, así como de los antiguos sumerios, disponibles en su época.

Desde 1.887 estaban en marcha, bajo la dirección de E.de Sarzec, las excavaciones de Tello, antigua Girsu, donde se hicieron los primeros descubrimientos de la época sumeria. Excavaciones americanas de 1.889 hallaron en Nippur, en un barrio residencial del siglo XVIII, el mayor conjunto de textos literarios sumerios encontrados hasta hoy. Desde 1.899 arqueólogos alemanes participaron también en las excavaciones R.Koldewey en Babilonia y, desde 1.903, W.Andrae en Asur (Ashshur). Su objetivo era reconstruir las dos grandes capitales. En 1.913 se iniciaron, bajo la dirección de J.Jordan, las excavaciones de Uruk, las ruinas más importantes al sur de Babilonia.

Mientras tanto también se habían iniciado investigaciones fuera del ámbito asirio-babilónico. En Susa, J.de Morgan descubrió la cultura de Elam que, a pesar de su estrecha relación con la vecina Babilonia, conservó su carácter peculiar. En 1.887 se había descubierto ya casualmente, en la ciudad egipcia de Amarna, la correspondencia política de los pequeños y grandes monarcas del Oriente Medio con Amenofis III y IV (1.400-1.344), redactada en escritura cuneiforme. En 1.907 H.Winckler descubrió en Bogazköy -la antigua capital hitita Khattusha, situada en Anatolia central- un archivo de escritos cuneiformes que permitió la reconstrucción de la lengua y la tradición hititas.

Después de la interrupción ocasionada por la Primera Guerra Mundial, se inició una gran actividad arqueológica. Aquí daremos sólo unos cuantos

datos: las excavaciones en Ur realizadas por L.Woolley sacaron a la luz los hallazgos sensacionales de la necrópolis real de Ur, que pertenecen a la época protodinástica tardía (hacia el 2.450 a.C.). En Uruk surgió ante los arqueólogos la historia más remota (3.000-2.700 a.C.). En excavaciones americanas realizadas en el curso inferior del Diyala se descubrieron, bajo la dirección de H.Frankfort, plantas de templos de toda la época protodinástica. En Nuzi, junto a la actual Kirkuk, se descubrió un asentamiento de los siglos XV y XVI a. C. que proporcionó datos valiosos sobre una época poco conocida. Mari, situada en el curso medio del Eufrates, ofreció, gracias a las excavaciones dirigidas por A.Parrot, hallazgos importantes de la época protodinástica que completan los hallazgos de la región del Diyala. Hay que resaltar que actualmente participan en la labor arqueológica los gobiernos de los diversos países del Oriente Medio con sus propios equipos de colaboración.

El espacio en el que tuvieron lugar múltiples procesos de evolución desde la época de los primeros testimonios de la existencia humana hasta el final de la historia independiente del Antiguo Oriente Medio no coincide siempre con el territorio que acostumbramos a llamar hoy Próximo Oriente. En la época de las primitivas comunidades rurales se limita en líneas generales al espacio del "creciente fértil", es decir, al territorio situado en el arco formado por las montañas iraníes al este de Babilonia y Asiria, y las cadenas montañosas del Tauro y el Líbano, incluidas las llanuras situadas al pie de estas cordilleras. Una parte importante de la costa turca va a dar al mar Egeo y, por tanto, debe considerarse en el marco del desarrollo griego y balcánico. La costa del mar Negro estuvo seguramente poco poblada en la época anterior a la colonización griega. El norte y el sur de Arabia, donde existieron diversas culturas prehistóricas hasta el Neolítico y el Calcolítico (1), no entran en el terreno histórico hasta el

primer milenio antes de Cristo, en la época del Imperio Nuevo asirio. Las fronteras con el Irán, sobre todo en la altiplanicie iraní, fueron siempre fluctuantes.

El núcleo geográfico del que partieron hacia finales del período prehistórico y durante la época histórica los impulsos decisivos se halla en la depresión formada por el Tigris y el Eufrates en época geológica relativamente reciente, y que alcanza desde la actual Bagdad hasta la desembocadura de los dos ríos en el Golfo Pérsico, el cual, en la Antigüedad, llegaría algo más al norte que en nuestros días. Río arriba el territorio cultivado se estrecha en ambas orillas, encajonado entre la estepa de la meseta árabe y las regiones casi desérticas del este, con sus terrenos calcáreos, dejando sitio únicamente a una cadena de oasis como el actual Ane. En la región de la antigua Mari y en las orillas de los afluentes del Eufrates, Khabur y Balikh, se vuelven a ampliar los terrenos cultivables, que comunican con la zona periférica mesopotámica y sus posibilidades de colonización intensiva. (Mapa I)

El territorio situado al sur del Tauro, entre la costa mediterránea, el Eufrates y la zona de Siria media y Palestina, está constituido por numerosos territorios pequeños independientes. La vida de la costa, que albergó sobre todo durante la época fenicia excelentes puertos, se orienta hacia el Mediterráneo. La cadena montañosa del Tauro oriental exterior, antiguamente cubierta de bosque, y más al sur, los montes del Líbano y Antilíbano proporcionaron Egipto, pero también la lejana Babilonia y más tarde Asiria, de valiosas maderas para la construcción y de resinas aromáticas. El ciclo sumerio de Gilgamesh y los poemas acadios e hititas influidos por éste reflejan, en el relato del combate que tuvo lugar entre el heroico rey de Uruk y el poderoso Khuwawa, señor de los bosques de cedros, estos hechos. La depresión entre Líbano y Antilíbano, que se prolonga en el valle del Jordán, constituyó

una vía de comunicación muy transitada en ambas direcciones. Frente a la ladera oriental del Antilibano se hallaban varias ciudades-oasis, entre las que destaca Damasco con la fértil Guta.

Palestina forma una región por sí misma, con zonas relativamente fértiles en las laderas occidentales de las montañas de Jerusalén y Galilea, zonas desérticas al este de Jerusalén y en el sur y vegetación subtropical en el valle del Jordán. Hacia Egipto el país estaba cerrado, por lo menos hasta poco antes del 3.000 a.C., por los desiertos de Sinai y el Negev del Sur. Al este del Jordán hay regiones que tuvieron una densidad de población tan importante en la Antigüedad como en época romana.

Buenas rutas montañosas conducen de la llanura mesopotámica y Cilicia a la meseta central anatólica. El núcleo territorial se situaba en torno al río Halys (Kizil Irmak). Fuera de él sólo tenía alguna importancia el territorio del Sangarios superior (Sakarya) y la llanura de Konya, como centro de colonización interna. Las montañas del Ponto, al menos en la época del imperio hitita, estaban pobladas sólo por tribus nómadas y seminómadas.

Asia Anterior estaba, pues, constituida por innumerables núcleos territoriales, generalmente de dimensiones reducidas. La consecuencia fueron formaciones étnicas y políticas reducidas que surgieron sobre todo en las regiones encajadas entre las montañas. Las condiciones naturales para formaciones más amplias se daban, por el contrario, en la región que más tarde se sería Babilonia, en el territorio asirio y mesopotámico, en Anatolia central y en la meseta iraní. La franja interior que se extiende entre el creciente fértil y los desiertos de la meseta árabe y que fue en todos los tiempos zona de pastoreo de los nómadas de lengua semita constituye un caso especial.

La tendencia al aislamiento de las diferentes regiones se veía reducida por la distribución irregular de los yacimientos de importantes materias

Primas. Las necesidades de materia prima variable, naturalmente, según la época histórica, según variaban los objetos más requeridos. Primero fueron la obsidiana, el sílex y el asfalto; más tarde, las piedras para vasijas y, sobretodo, los metales. El intercambio de materias debió intensificarse extraordinariamente con la colonización de Babilonia. Al menos desde la época en que se desarrolló la cultura urbana babilónica dicho intercambio se extendería a regiones situadas fuera del ámbito estricto de Babilonia. Los países del Golfo Pérsico y el lejano valle occidental del Indo suministraban importantes y codiciadas materias primas, así como Afganistán, con sus yacimientos de Lapislázuli, y los países que producían el cinc necesario para la fabricación del bronce.

En cuanto a la cronología, aún no podemos establecer una cronología absoluta que proporcione una exacta correlación con nuestro calendario para muchos períodos de la historia antigua de Oriente. La lista de epónimos anuales(2) asirios alcanza hasta el 910 a.C. Las listas de reyes nos proporcionan posibilidades de datación hasta el 1450 a.C. en los casos de Babilonia y Asiria, que con un margen de error de diez años son bastante exactas. En el caso de Siria y Asia Menor tenemos que servirnos de sincronismo con Babilonia y Asiria, pero sobre todo con Egipto, que dispone de una cronología bastante segura durante este período. La fecha del tratado de paz firmado entre Ramsés II y el rey hitita Khattushili III en 1270 a.C. constituye un importante punto de orientación cronológica. Más allá del 1450 a.C. carecemos hasta tal punto de datos que no ha podido establecerse el nexo con el período cronológicamente seguro que abarca desde la dinastía de Akkad hasta el final de la dinastía de Hammurabi de Babilonia. De la época anterior a la dinastía de Akkad sólo podemos proporcionar datos aproximados de la fase final de la época protodinástica basándonos en la lista de reyes de Lagash, desde Urukagina hasta Urukagina, que reinaron aproximadamente ciento veinte años.

La lista de reyes sumerios, que enumera a los monarcas de Babilonia desde la época "en que la monarquía descendió del cielo" hasta el fin de la dinastía de Isin (1.794 a.C.) no es fuente fidedigna para la época anterior a la dinastía de Akkad. Actualmente, el creciente número de fechas proporcionadas por el método del radiocarbono para las etapas prehistóricas del antiguo Oriente, gracias al estudio de los asentamientos de Palestina, Sicilia, Anatolia, Irak e Irán establece, junto con los datos correspondientes de Egipto y los Balcanes, una red cronológica bastante densa, que permite calcular las diferencias de tiempo entre las diversas etapas de desarrollo, así como la velocidad de este último.

b- Los comienzos de la historia en Babilonia.

En el curso de la larga prehistoria de Babilonia se inicia una evolución, cuyo origen y cuyas fuerzas impulsoras aún no puede establecer la arqueología, pero cuyo resultado se presenta ante nosotros como un hecho completamente nuevo: la cultura urbana de los sumerios. Sus características son la arquitectura monumental religiosa, el gran desarrollo de la escritura y del relieve y, además, el inicio de la escritura. La nueva época surgió sin ruptura del último período prehistórico, de la fase de Uruk. En los nuevos poblados continuaban los antiguos pueblos, con la diferencia de que algunos se desarrollaban hasta formar verdaderas ciudades.

Los testimonios escritos más antiguos son documentos administrativos, relacionados con la economía de los grandes templos. No aparecen crónicas históricas y obras literarias escritas hasta época posterior, en la época protodinástica. Sin embargo, ya en la fase más antigua de la escritura se señalaba el arte de escribir en el templo y en las escuelas con ayuda de listas de palabras. Estas listas, halladas ya en Jemdet Nasr en Babilonia del norte, se transmitieron con texto idéntico durante mucho tiempo, hasta

la época de la dinastía de Akkad (desde 2.340 a.C.). Eran los libros de textos sobre los que se basaba el aprendizaje de la escritura en toda Babilonia, y más tarde en Elam y Asiria.

En vista de que los datos no atestiguan entre los estratos IVA y IIIB de Uruk, ningún cambio de población, podemos entonces considerar a los sumerios como unos inventores de la escritura y creadores de la cultura primitiva de Babilonia.

Probablemente nunca se podrá precisar de dónde provenían los sumerios que se instalaron en la región aluvial del Irak. Su entrada en el país se produjo en época prehistórica, y el material arqueológico prehistórico raras veces responde a cuestiones que por su naturaleza son históricas. Sin embargo, afirmar que los sumerios fueron en la época primitiva, y tanto en el terreno político como en el cultural, la clase dirigente de Babilonia, no quiere decir que fueron el único grupo étnico allí establecido.

La historia de los sumerios como pueblo estaba, según parece, determinada por la falta de inmigrantes del propio pueblo o de grupos étnicos emparentados, que ampliaran o completaran su número. En este punto se hallaban en desventaja frente a los habitantes de lengua semita de las estepas occidentales, que recibían constantemente refuerzos. Los sumerios acabaron por disolverse en cuanto pueblo en una nueva comunidad, en la que predominaba el grupo semita, y su lengua dejó de hablarse. Esto sucedió hacia 1.900 a.C. La labor de este grupo numéricamente reducido, que determinó de manera decisiva la cultura babilónica hasta época tardía, e influyó en todo el Oriente Medio, es por esta razón aún más meritoria.

La época de la cultura primitiva fue una época de apogeo en Babilonia. Los centros culturales eran ciudades, que se habían formado en parte por fusión de varios poblados. No sabemos cuántas ciudades existieron entonces pero, seguramente, todas las que alcanzaron alguna importancia en época posterior.

terior habían salido ya en la época primitiva de la fase rural. Estos centros serían, de norte a sur: Eridu, Ur, Uruk, Badtibira, Lagsh (hoy al-Hiba), Nina (hoy Surgul), Girsu (hoy Tello), Umma (hoy Jokha), Nippur y en el norte de Babilonia, Kish, Sippar, Akshak. El centro de gravedad se hallaba en el sur, donde Uruk ocupaba el primer puesto. Hay que notar que las ciudades entonces eran abiertas, a pesar de que se conocen asentamientos amurallados en el neolítico temprano. Podemos deducir de ello que la situación política de Babilonia era relativamente estable durante la época primitiva.

Las fuentes, bastante poco explícitas, no nos informan acerca de las dimensiones de las unidades políticas que durante la época primitiva se formaron sobre la base de los diversos templos. El que la escritura aparezca ya en el estrato más antiguo -Uruk Iva- de Kish, en Babilonia del norte; el que en el estrato III fuera medio de comunicación habitual en todo el país y estuviera al servicio de los templos, y el que las listas de palabras por las que se aprendía la escritura fueran unitarias en toda Babilonia, refleja una relación estrecha entre las diversas partes del país, pero no demuestra que un centro tuviera la hegemonía en Babilonia.

También en Siria media y del Norte, en Palestina y en Asia Menor los hallazgos esporádicos atestiguan claramente una relación con la cultura sumeria de Babilonia. Incluso en Egipto se han descubierto en la época Naqada II, poco antes de la "unificación del reino", testimonios culturales del origen babilónico. Esto nos da un valioso apoyo cronológico, ya que esta época puede situarse con razones sólidas hacia el año 3.000 a.C. de la historia egipcia.

A fines de la época primitiva se registra en Babilonia una marcada decadencia. No sabemos con detalle cómo se produjo el derrumbamiento pero sí conocemos la causa: la invasión masiva del territorio babilónico por grupos

de lengua semita provenientes del norte y noroeste. Los compiladores de la lista de reyes sumeria, al situar la "inundación" en el momento de paso de la época primitiva a la época protodinástica (3) hacen referencia con esta imagen a la invasión de los pueblos acadios. (Cuadro cronológico I).

B- La época protodinástica.

a- Sumerios y semitas.

Con el término "protodinástico" o "dinástico Temprano" se designa el período que va desde finales de la época primitiva de Mesopotamia hasta la fundación del reino de Akkad. Durante este tiempo tuvo lugar la inmigración y el asentamiento de la capa semita que denominamos anacrónicamente, adelantándonos al siglo XXIV a.C., "acadia". Con la época protodinástica se inicia la historia de Mesopotamia. Esto no quiere decir, sin embargo, que el investigador puede desde ese momento apoyarse total y exclusivamente en datos y fuentes escritos. Las fuentes arqueológicas siguen decisivas para la interpretación histórica. Las páginas siguientes estarán dedicadas a describir la nueva simbiosis entre sumerios y acadios y a definir la contribución de la capa acadia a la historia y la cultura de Mesopotamia.

Pocos, aislados son los materiales que tenemos sobre la historia de Babilonia a principios de la época protodinástica. Disponemos de fuentes primarias, como las inscripciones reales, los tratados, los documentos administrativos y las obras de las escuelas de escribas y de fuentes secundarias, como la lista de reyes sumeria, los poemas épicos de los reyes de Uruk y las reminiscencias sobre reyes de la época protodinástica contenidas en la literatura acadia. Advertimos al lector del carácter a menudo especulativo de la descripción histórica y le recordamos que los continuos hallazgos de texto pueden conducir a nuevos planteamientos y a la revisión de las opiniones vigentes hasta ahora. El escepticismo que puede producirnos un conocimiento

fragmentario no debe impedir que lleguemos en cada caso a las conclusiones que se nos ofrecen.

En lo anterior se resalto el importante papel de los sumerios, al tratar la cuestión de la identidad étnica de los primeros colonizadores de Babilonia. (Mapa II) Los sumerios, al descubrir la escritura, crearon un medio de comunicación que nos permite comprender y concretar en torno a personalidades la historia de Mesopotamia durante el tercer milenio, el segun-do y comienzos del primero. Las inscripciones reales más antiguas permiten narrar la historia como historia política. En este sentido, el reinado de Mebaragesi de Kish (finales del siglo XXVIII ó comienzos del XXVII, época protodinástica II) es el punto de orientación más antiguo. La lista de re--
yes sumerios cita a Mebaragesi como ^uvigesimosegundo rey de la I dinastía de Kish, que abre la lista. Los reyes de esta dinastía llevan en su gran mayoría nombres semitas. Es poco probable que se establezca la historicidad de los antecesores (Cuadro ⁱconológico II) de Mebaragesi. No sabemos si és--tos fueron sán excepción reyes auténticos de Kish. El hecho de que Mebaragesi llevara un nombre sumerio no es suficiente argumento contra su origen semita.

La convivencia entre sumerios y semitas determinó la historia mesopotámica hasta la desaparición del sumerio como lengua hablada a principios del segundo milenio. Los resultados de esta simbiosis actuaron hasta época muy posterior e impusieron a la cultura babilónica el sello de cultura bi-
lingüe.

La entrada de nómadas semitas en el Irak - que en la panorámica de los milenios calificamos, de manera simplificadora, como "oleadas migratorias"- sigue siendo hoy un elemento característico de la historia de este país. A lo largo del tiempo las invasiones han producido alteraciones en el terreno lingüístico. Desde la primera cita de tribus nómadas árabes en inscripciones

reales asirias del siglo IX a. C., la evolución histórica va conduciendo a la arabización total del país en la época de la conquista islámica. Desde el siglo XIV se registra la entrada de nómadas arameos en Mesopotamia. Un milenio más tarde Mesopotamia estaba casi arameizada por completo. El acadio perduró como lengua escrita hasta la época de Cristo. En tiempos de la dinastía de Akkad aparece citado por primera vez un pueblo semita nómada, llamado por los habitantes del país martu (en sumerio) o amurru (en acadio); nosotros llamamos a estos semitas "amorreos" o, en un estudio general, "cananeos", por el estrecho parentesco de su lengua con la rama cananea del semítico (4). Siglo y medio más tarde los martu amenazaron el reino de Ur III. En época babilónica antigua los martu usurparon el poder en muchos lugares de Mesopotamia. La lengua acadia, sin embargo, era aún lo suficiente fuerte para asimilar a los invasores y evitó la transformación de la lengua del país.

La oleada "amorrea" ó "cananea" alcanzó también la parte occidental del creciente fértil. Sin embargo, la evolución histórica de Siria-exceptuando Mari- y Palestina, hacia fines del tercer y comienzos del segundo milenio, es más difícil de captar que la de Babilonia, debido a las insuficientes fuentes de que disponemos.

Los acadios, que derivaban su nombre y el de su lengua de Akkad, capital del reino fundado por Sargón, constituyen la más antigua capa semita registrada en Mesopotamia. Es muy posible que no fueran el pueblo semita más antiguo instalado en el país. Quizá se superpusieran a una capa anterior que participara en la primera colonización de Babilonia durante el quinto milenio. Pero aquí nos perdemos en la oscuridad prehistórica. Los más antiguos testimonios fidedignos de la presencia acadia en Babilonia son los constituidos por los nombres de persona que aparecen en textos arcaicos de Ur y los primeros préstamos semitas al sumerio. Podemos suponer, durante

el protodinástico II, una amplia colonización semita en Babilonia del Norte y la región del Diyala, y con ello la existencia de una oposición entre el norte semita y el sur sumerio.

¿De dónde provenían los acadios? Podemos responder a esta pregunta con cierta seguridad, teniendo en cuenta el curso de las oleadas semitas posteriores, especialmente la "amorrea". Es probable que la capa acadia se trasladara de norte -Siria- a sur, estableciéndose en la región del Diyala y en la parte norte de Babilonia, con centro en Kish. Desde a lo más tarde, el protodinástico II, la ciudad de Mari, en el curso medio del Eufrates, fue un importante centro acadio, cuya importancia perduró hasta la época de Hammurabi. El asentamiento de los acadios se llevó a cabo ya en el protodinástico I.

El encuentro entre sumerios y semitas en Mesopotamia provocó, como suele suceder siempre cuando se encuentran dos pueblos y dos lenguas, préstamos recíprocos. El sumerio fue fundamentalmente la parte donante.

Hasta que punto el encuentro de semitas y sumrios produjo un antagonismo declarado es cuestión que ha suscitado hipótesis contradictorias, desde la que intenta desmentir por completo cualquier oposición entre los dos "pueblos" hasta la tesis extremista de un conflicto sumerio-semita representada sobre todo por la historiografía más antigua. Sin embargo sería prematuro pretender fijar la relación emocional de sumerios y semitas en un punto equidistante de la hostilidad y el mutuo desprecio, por un lado, y del idilio de una vecindad pacífica, por el otro. En efecto, sumios y semitas encontraban en tradiciones y en formas culturales completamente diferentes. Tampoco puede negarse que hubiera divergencias entre las ciudades babilónicas de población semita y las de población sumeria: hay que tener en cuenta que estas luchas encajan bien en el tipo de organización política pluriesta tal de Babilonia y que si había conflictos entre las distintas ciudades de

uno y otro de los pueblos, también los habría entre acadios y sumerios. La tradición histórica que refleja la lista de reyes sumeria no da cuenta de conflicto sumerio-semita alguno. La oposición entre pueblos sedentarios y pueblos nómadas fue siempre más fuerte que cualquier oposición consciente sumerio-semita. El término Kur, abundante en la épica y en los mitos sumerios, designa el país montañoso y, en general, el país enemigo o extranjero, y se refiere tanto al habitante de las montañas del Irán como al nómada del oeste y el noroeste: prácticamente a todos los no-babilónicos. La única solución satisfactoria del problema nómada era, para los sedentarios, la asimilación de la tribu nómada hostil, pues rechazarla y aislarla única mente era viable durante cierto tiempo. Tanto los sumerios como los semitas sedentarios intentaron resolver el problema tomando a sueldo tropas nómadas y asignándoles territorios para establecerse.

En suma, el encuentro entre los dos pueblos fue, como tantas veces en la historia, fructífero para ambas partes. En la civilización de Akkad el factor sumerio siguió activo hasta el momento de su extinción definitiva, y el último apogeo de la civilización sumeria, en el reino de Ur III, no hubiera sido posible sin la cultura del reino semita de Akkad.

b- Kis y el sur de Babilonia: unidades políticas.

A principios de la época protodinástica se sitúa la decadencia de la alta cultura sumeria; a finales, el intento de unificación de toda Babilonia y de gran parte del creciente fértil en un imperio. Este período corresponde a la entrada de los acadios en Babilonia y la culminación del poder acadio en el reino de Sargón. Los primeros estados semitas en Babilonia-los más antiguos que están atestiguados, aunque seguramente no los primeros-son los reinos de Mebaragesi y de Mesalim.

En la épica sumeria y en la literatura himnica se relata un conflicto que enfrenta a Mebaragesi de Kish (cuyo nombre posterior es Enmebaragesi) y su hijo Aka con Gilgamesh de Uruk. El soberano de Kish, tras haber invitado a Uruk a someterse, la sitió con sus tropas. Según otra versión, Gilgamesh rompió el sitio con una salida victoriosa. El interés suscitado por la figura heroica de Gilgamesh en tiempos posteriores nos ha conservado sus hazañas, que constituyen el dato más antiguo de que disponemos sobre las disensiones babilónicas internas. Gilgamesh es el héroe de un ciclo épico sumerio que los acadios transformaron en el grandioso poema épico de Gilgamesh. La tradición babilónica antigua cita a Gilgamesh como el artífice de la muralla de Uruk, y el poema le describe como el tirano que hace trabajar a sus subditos en la construcción de la muralla. Según los resultados arqueológicos, es muy posible que la muralla de Uruk, de ladrillo de barro planoconvexos y más de 9 km. de longitud, fuera erigida en el siglo de Gilgamesh y Mebaragesi. La muralla de Uruk es el testimonio más antiguo de la existencia de ciudades amuralladas en Babilonia.

La tradición de los ciclos épicos sobre Gilgamesh y sus antecesores Lugalbanda y Enmerkar relata las expediciones militares de estos monarcas a territorios enemigos ("bosque de cedros"; "centro del país montañoso"). Según un poema sumerio que describe la repetida destrucción y reconstrucción del santuario de Tummal, dedicado a Ninlil en Nippur, Gilgamesh también dominó Nippur. La lista de reyes sumeria cita, en una glosa al nombre de Enmebaragesi, una campaña victoriosa de este rey contra Elam. Este sería el testimonio más antiguo del conflicto babilónico-elamita. El material de que disponemos es escaso, pero las inscripciones auténticas permiten pensar en la existencia de un "estado" nortebabilónico de Kish que incluyera la región del Diyala, y cuyos monarcas -según la lista de reyes- estuvieron en pie de guerra con el este elamita. La importancia de Kish se refleja en la cos-

tumbre, observada desde la época de Mesalim (5), según la cual monarcas que no residían en Kish se titulaban "rey de Kish". Entre los más importantes, aparte del mismo Mesalim, habría que nombrar a Mesanepada de Ur y a Eannatum de Lagash. El título se transmitió hasta entrada la época de Akkad y continuó en uso, aunque no aparece en Ur III. Se trata de un título de prestigio que se remonta al tiempo en que Kish ejercía la hegemonía sobre gran parte de Babilonia y quizá también sobre la región del Diyala. Posiblemente se quisiera rememorar la época de Mebaragesi.

Hasta ahora no se ha establecido cuál fue la ciudad de origen de Mesalim, el primer monarca conocido que llevara el título de "rey de Kish". El nombre de Mesalim es probablemente semita. La lista de reyes no incluye a Mesalim entre los reyes de la primera dinastía de Kish. El dios protector de Mesalim era Ishtaran, venerado en Der, en la frontera iraní (actual Badra), pero de esto no puede deducirse con absoluta seguridad que Mesalim procediera de la zona fronteriza iraní. Se han hallado inscripciones de este rey en Adab, en Babilonia central, y en Lagash, en el sur. Al mismo tiempo reinaban allí monarcas con el título de ensi; Mesalim debió ejercer la hegemonía sobre estas ciudades. Mesalim intervino como árbitro en una disputa fronteriza entre las ciudades rivales de Lagash y Umma; Eannatum y Entemena de Lagash aún recordaban este acontecimiento.

La lista de reyes sumeria no llega, en el caso de Ur, hasta la época de las tumbas reales, por tanto, no es muy antigua si se compara con Kish o Uruk. Mesanepada (hacia 2490) encabeza la primera dinastía de Ur citada en la lista de reyes. Según indican sus inscripciones, fue "rey de Kish", y quizá el primer rey del sur que pretendió ejercer la hegemonía en Babilonia. Ur es, por su situación geográfica privilegiada, una de las ciudades más importantes de Babilonia. Situada en una laguna comunicada con el Golfo Pérsico, la ciudad dominaba el comercio marítimo del sur, que le proporcionaba

importantes ingresos. Las mercancías se importaban de Tilmun (en griego, Tilo, actualmente Bahrain, posiblemente junto con la zona costera árabe adyacente), antiquísima encrucijada comercial, y de Magan y Melukhkha. Cualquier formación estatal ambiciosa de Babilonia tenía que dominar Ur, para controlar las múltiples ciudades-estado de la época protodinástica. Dos reyes con nombre acadio, Elulu y Balulu, sucedieron a los hijos de Mesanepada en el trono de Ur. Su reinado coincide más o menos con la época de Eannatum y Entemen de Lagash.

Babilonia es un país desprovisto de un centro cultural que pudiera aspirar a la posición de metrópoli. La hegemonía ejercida en un tiempo por Kish se refleja sobre todo en el título de "rey de Kish". La posición preeminente de Uruk pertenece a un tiempo casi desconocido y se manifiesta en los hallazgos arqueológicos de fines de la primera época dinástica y en la tradicionalidad del título de *en* (6). Babilonia poseía un centro religioso en Nippur, lugar de culto al dios Enlil, cuyo prestigio era indudable, pero Nippur, precisamente por su condición de polo pacífico, carecía de fuerza política y fue a menudo objeto de disputas entre ciudades-estado rivales. La constitución geográfica de Babilonia favorecía en gran medida el particularismo. Las grandes ciudades, nacidas de asentamientos prehistóricos, pequeños y aislados, son oasis de regadío separados por tierras secas que, aunque feraces en potencia, permanecen improductivos sin riego. Indudablemente las principales vías de comunicación -los ríos y los grandes canales- actuaban en contra de las tendencias aislacionistas. Pero en general fueron más útiles como vías comerciales y, en el caso de guerra, como rutas militares, que como medio para una unificación administrativa. En Babilonia fue característica la pluralidad de estados, que aceptaba tanto la relación de igualdad ("hermandad" en caso de pacto) como la de subordinación o dominación (hegemonía de Mesalim sobre Adab y Lagash). Las coaliciones coyunturales hacían

cambiar el panorama político de decenio en decenio. Esta situación puede compararse a la situación paleobabilónica, aunque la fragmentación del país no llegara a los extremos casi grotescos del siglo anterior a Hammurabi. Hagamos de volver a la historia de Lagash como ejemplo característico del proto dinástico III.

c- Lagash y Umma. Lugalzagesi, precursor del reino de Akkad.

Gracias a una serie de circunstancias favorables podemos estudiar con detalle una parte de la historia política de la época protodinástica en el sector local de dos estados vecinos, Lagash y Umma. En Lagash disponemos, desde la época de Urnanshe, de numerosas inscripciones reales, que en parte son muy detalladas y que permiten sincronismo con los reyes de Umma. De la época anterior a Urnanshe conocemos a cierto rey Enkhengal a través de una lámina de piedra que contiene un contrato de compra de terreno. Una inscripción de Mesalim cita a un ensi de Lagash que debió reinar una ó dos generaciones antes de Urnanshe. La historia del conflicto entre Lagash y Umma tiene un matiz tendencioso, ya que fue escrita desde la perspectiva de Lagash. La disputa de las dos ciudades rivales sobre su frontera común, el aprovechamiento en común de los abundantes recursos de Gu-edena ("borde de Eden") (7) se remonta hasta la época de Mesalim. Como soberano de las dos ciudades, Mesalim intervino en la disputa e impuso una línea de frontera. La rivalidad se transmitió de generación en generación y fue llevada con fortuna varia a los campos de batalla, hasta que en época de Lugalzagesi de Umma, Lagash fue devastada por las tropas enemigas y sus santuarios saqueados. La rivalidad no se extinguió hasta el reino de Akkad.

Una de las figuras destacadas de la dinastía de Urnanshe es Eannatum (hacia 2460), que se adjudicó el título de "rey de Kish", aunque en algunas inscripciones simplemente se llama "ensi de Lagash". Sus guerras con Ur, U-

ruk, Kish, Akshak (Babilonia del Norte) e incluso Mari, que había hecho una incursión en Babilonia, dan un atisbo del sistema de coaliciones y hostilidades que regía las relaciones entre los estados babilónicos. La posición destacada de Eannatum, que justificaba su pretensión al título de Kish, queda clara a través de sus inscripciones. En nombre de su dios Ningirsu (he aquí la idea del monarca que actúa por orden de la divinidad) sometió a E-lam, enemigo tradicional de los babilonios, y adoptó el título "el que somete a todos los países (extranjeros)". El monumento conmemorativo más importante de las victorias de Eannatum es la famosa "estela de los buitres", con relieves en las dos caras. En una de ellas está representado el rey sobre su carro de combate acompañado por su falange; en la otra, el dios Ningirsu con una gran red en la mano en la que se encuentran los enemigos cautivos. Es característico de la poca duración de los reinos de Kish el que los sucesores de Eannatum llevaran de nuevo el título de ensi. Se han hallado inscripciones de Eannatum I en Ur y Uruk, y de su sucesor Entemena en Ur y Badtibira. Es decir, que estas ciudades seguían bajo el dominio de Lagash. La "política exterior", por lo demás, se limitó a la lucha contra Umma. Típica de la política de coaliciones de la época es la inscripción de Entemena que cita un pacto de hermandad entre éste y el ensi Lugal-Kingeneshdudu de Uruk (en la lista de reyes sumeria aparece como Lugal, "rey").

Lugalzagesi es la última gran figura del mediodía sumerio anterior a la conquista por Sargón de Akkad. A juzgar por el nombre de su padre, Bubu, debió ser de origen acadio. Bubu había ostentado cierto cargo religioso (lunab) de la diosa Nisaba de Umma, y su hijo Lugalzagesi ocupó el mismo cargo antes de usurpar el poder de Umma. Al igual que Urukagina de Lagash, Lugalzagesi no desciende directamente de la dinastía anterior a su reinado.

Al destruir la ciudad de Lagash y devastar los templos, Lugalzagesi asestó un duro golpe al estado de Lagash. Su enemigo Urukagina condenó vehe-

mentemente estos crímenes en una inscripción con las palabras "los crímenes cometidos por Lugarzagesi, ensi de Umma, recaigan sobre la diosa Nisaba". Urukagina dirigía su acusación contra la diosa protectora de Umma. La victoria sobre Lagash creó la base del poder de Lugarzagesi. Partiendo de Umma, el rey se apoderó de Uruk y adoptó el título de "rey de Uruk y rey del país de Sumer". La gran inscripción del monarca, única fuente de información sobre su carrera, refleja un nuevo espíritu. Con sus títulos, Lugarzagesi hace referencia a los dioses principales de las ciudades más importantes de Sumer que él dominaba y trasciende así el horizonte de la ciudad-estado más ambiciosamente que los reyes anteriores con el título de "rey de Kish".

Entre sus títulos están los de "sacerdote de An" (Uruk); "antiguo ensi de Enlil" (Nippur); "gran visir de Su'en" (dios lunar de Ur, nombre acadio de Nanna); "gobernador de Utú" (dios solar de Larsa). Adab y Eridu también cayeron en su poder. "Desde el mar Inferior (golfo Pérsico), a lo largo del Eufrates y el Tigris hasta el mar Superior (mar Mediterráneo), Enlil dejó ir directamente a él todos los países". Aquí se define por primera vez en palabras la extensión del mundo conocido a los sumerios. Los reyes de Akkad dominaron, en efecto, este "universo". Sin embargo, no hay que interpretar el pasaje de la inscripción en el sentido de que su influencia política alcanzara hasta el Mediterráneo; más bien se refiere a la apertura de rutas comerciales directas. La unificación administrativa del extenso territorio fue obra de los reyes de Akkad, que conquistaron el mediodía sumerio después de una larga lucha entre Sargón I y Lugarzagesi.

En cuanto a Babilonia y el "extranjero": la lista de reyes sumeria, en una glosa al nombre de Enmebaragesi, da por primera vez noticia de hostilidades abiertas entre Elam y Babilonia. Eannatum, como vimos, se vanagloria de haber sometido a Elam. Pero las huellas más antiguas de la hegemonía de un estado mesopotámico data de la época de Akkad, del tiempo en que hubo una

guarnición acadia en Susa. De esta época data el paso de la escritura cuneiforme al Irán y la desaparición de la llamada "escritura protoelamita".

Durante la época protodinástica la región siria, lugar de partida de la migración acadia, ejerció una influencia decisiva sobre la historia de Babilonia. A pesar de haber recibido la influencia de la cultura sumeria en época primitiva, esta región es culturalmente casi independiente.

La lista de reyes sumeria, al citar una dinastía de Mari, refleja la estrecha relación que existía entre la región del curso medio del Eufrates y Babilonia durante el protodinástico III. Asiria, por su mayor aislamiento, entró mucho más tarde en el área de la escritura. Hasta la época de Akkad no aparecen algunos textos acadios en Asur. Asia Menor, al igual que Asiria, permaneció durante la época protodinástica fuera del ámbito babilónico. Lugalzagesi y Meskigala de Adab mencionan por primera vez hacia mediados del siglo XXIV el Mediterráneo y los montes del Tauro Oriental Exterior. De los dos países situados al otro extremo -oriental- del mundo conocido, Magán y Melukhkha, es decir, las costas de Makran y Omán y la región sur de la cuenca del Indo (si es que son exactas las identificaciones propuestas con sólidos argumentos recientemente (8), únicamente Magán es mencionado una vez, por Urnanshe de Lagash, en la época protodinástica.

Sin embargo, el comercio llegó ya en la época primitiva, y con más razón en la protodinástica, más allá del territorio aquí descrito.

C- El primer imperio semítico.

a- El imperio de Akkad y su disolución.

Hacia mediados del siglo XXIV, el mapa del Oriente Medio que contempla el historiador es muy diferente del mapa al que estamos acostumbrados. Sólo una zona central aparece clara: la baja Mesopotamia, aproximadamente. Sus vecinos inmediatos por el sureste, el Elam, y por el noroeste, la región del

Eufrates medio que circunda a Mari, aparece en penumbra. Y, salvo algún claro fugaz, reina la oscuridad en todo el resto.

Tendremos; pues, que contentarnos todavía, para el período que aquí se considera, con una visión "mesopotamocéntrica". Es éste un dato que no debe olvidarse para corregir la óptica de la reconstitución histórica. Pero es también un hecho capital de esta misma historia, ya que por él se traduce el dominio de la Mesopotamia sobre el mundo de sus alrededores: el Oriente Medio entero.

Las fuentes que pueden colmar muchas de las lagunas de la lista real y ayudarnos a completar el mero esquema que aquella nos presenta, consisten principalmente en inscripciones reales: estelas de victorias, dedicatorias de objetos o de edificios -cuya misma dispersión es elocuente, ya que muestra la extensión del poder de su signatario-, y también en la mención de hechos epónimos que, según el sistema corriente desde entonces en Mesopotamia, servían para señalar las fechas de los distintos reinados, a falta de una era universal de referencia.

Para la cronología de esta época nos vamos a servir del hilo de Ariadna de la lista real (Cuadro cronológico III), veamos primero cómo nos presenta la historia del país después de Lugalzagesi: "Vencida Uruk, el poder real pasó a Akkad (9), 11 reyes, que reinaron ciento ochenta y un años". "Vencida Akkad, el poder real pasó a Uruk, cinco reyes que reinaron treinta años". "Vencida Uruk, el poder real pasó a la horda de Qutum (de los guteos), 21 reyes, que reinaron noventa y un años y cuarenta días". "Vencida la horda de Qutum, el poder real pasó a Uruk. En Uruk, Utukhungal llegó a ser rey, y reinó siete años, seis meses y quince días..." (10).

El imperio de Akkad (2.340-2.198 aproximadamente) es obra de una dinastía en el verdadero sentido de la palabra, ya que los cinco reyes que lo crearon se sucedieron de padre a hijo, durante creca de siglo y medio; y no

hay duda de que tal continuidad constituyó a la vez una causa y una señal de la prolongada solidez de este edificio político.

La leyenda de los orígenes de Sargón destaca, el carácter semítico del personaje: éste formaba parte de aquella larga serie de inmigrantes que hasta entonces habían permanecido en la oscuridad. Hasta tal punto llega a ser su representante que, tras adquirir importancia histórica con él y sus cuatro sucesores ya no se le dará más que el nombre de acadios, derivados del de su capital, Akkad. Este nombre se extendió también a la parte norte de la baja Mesopotamia y el sur guardó el de Sumer. Con Sargón, los semitas salen del incógnito, y él y sus sucesores llevan nombres semíticos; también su lengua, el "acadio", suplantó poco a poco al sumerio.

Daremos, sin embargo, por seguro que el punto de partida y el centro de este imperio fue la ciudad de Akkad; "rey de Akkad" es el primero de los títulos que se da Sargón. Una vez dueño del norte y sintiéndose poderoso, Sargón no podía evitar la tentación de perseguir a Lugalzagesi hasta en sus propias tierras. Una sola campaña no fue suficiente, con toda probabilidad, para vencerle a él y a los "50 gobernadores" que le apoyaban; en las inscripciones contemporáneas se encuentran alusiones a un triple asalto y a "34 batallas", después de las cuales, vencido el rey de Uruk definitivamente, luego de haberlo hecho prisionero y de haberlo llevado cargado de grillos ante el templo de Enlil, santuario nacional de Nippur, Sargón se convirtió en dueño absoluto de Uruk, Ur, Eninmar, Lagash y Umma, es decir, de todo el territorio sumerio "hasta orillas del mar". En lo sucesivo, el rey de Akkad y de Kish podía añadir a sus títulos el de "rey del país".

¿Fue el deseo de imitar a Lugalzagesi el que le impulsó aún más lejos, o más bien el de protegerse de las amenazas ó de las provocaciones de los países circundantes, inquietos al ver surgir esta potencia en sus proximidades? No lo sabemos. Parece ser, en todo caso, que Sargón dirigió sus pasos

primeramente hacia Occidente, después de haber reunido a "todo el país" bajo su mando. Según las Crónicas, esta conquista del noroeste, la más extraordinaria hazaña de Sargón, fue realizada en dos grandes campañas, una en "el año 3" y otra en "el año 11" de su reinado. Puede ser que en el transcurso de la primera se contentó con someter a Tuttul (la actual Hit, a orillas del Eufrates) y el paso hacia el norte, es decir, Mari, remontando algo el río. Pero es seguro que su doble campaña llevó al rey de Akkad hasta la Siria del Norte (Ebla), hasta las orillas del Mediterráneo (Irmuti), al Líbano (el "bosque de cedros") y al Tauro, por lo menos a sus bordes orientales (¿"las montañas de plata"?). La leyenda -en la que no podemos ya discernir lo que ha conservado de histórico- tomó pronto gran importancia en relación con esta prodigiosa historia. No solamente cita ciudades conquistadas, ignoradas por las inscripciones, como Karkemis (actual Kamishli), sino que nos habla de que Sargón cruzó el Mediterráneo para conquistar el "País del Estañón" (probablemente Chipre, o algún territorio ribereño, al sur del Asia Menor) y Creta, y por otra parte llegó hasta Anatolia, a Burushkhanda, al sur del lago de la Sal (lago de Tuz). Faltos de pruebas más sólidas, es prudente no tomar tales afirmaciones al pie de la letra. Como el relato de la campaña en Anatolia, sobre todo, habla de negociantes acadios instalados en el país, como lo estarán algunos siglos más tarde los celebres Tamkarum asirios, puede suponer que el folklore ha transformado en conquista el simple envío de misiones comerciales. A fin de cuentas, Sargón, sobre un eje de más de 1500 kilómetros, había unido en un sólo territorio controlado por él el "mar Inferior" (el golfo Pérsico) y el "mar Superior" (el Mediterráneo).

La ocasión de realizar conquistas por otras zonas pudo venirle de las medidas de precaución tomadas por sus vecinos del este, el Elam y el Warakhshe, que habían formado una coalición, sin duda con la esperanza de disminuir los ímpetus de su terrible rival mesopotámico. En una doble inscripción

(¿relacionada quizá con una doble campaña?), este último se jacta de haber vencido juntos a los dos aliados, de los que enumera con soberbia, junto a los reyes, a los gobernadores y a los altos dignatarios, las ciudades en que había conseguido un botín importante.

Los textos divinatórios nos han dejado constancia de la conquista por Sargón del "País de Subartu", entidad geográfica mal definida, que puede representar la alta Mesopotamia, desde los Zagros hasta el Khabur-Balikh, o incluso puntos más occidentales. No es seguro que tal empresa pasara de ser un proyecto del fundador de la dinastía de Akkad. Parece en cambio, haber trazos de una expedición septentrional en el "nombre de año" de su reinado que conmemora una campaña a Simurru, hacia los Zagros. La ocupación acadia de la región de Kirkuk, por un lado, y de Asiria, por otro, nos hace suponer que Sargón fue el primero en establecer allí su hegemonía, durante el transcurso de su interminable reinado.

El mismo se llamó "el que ha recorrido (?) las Cuatro Zonas", expresión acadia que designa el universo. La enormidad de su obra y la inmensidad de sus conquistas han desbordado la imaginación del pueblo y de los poetas. Seguramente se pensaba en él cuando se describían, un poco más tarde, las hazañas de Gilgamesh. Se tomó buen cuidado de anotar los 65 países y capitales de su enorme imperio (Mapa III), y las distancias de miles de kilómetros que separaban sus cuatro extremos del centro y de la capital. Incluso se ilustró un mapa mitológico del universo con los países lejanos y maravillosos que sólo él había visitado en compañía de dos personajes fabulosos...

Sin embargo, su reinado debió conocer no pocas reacciones de tantos pueblos oprimidos, reveses e incluso desastres que la tradición achaca a su enorme extensión. Y su sucesión no había de ser nada fácil. Hasta el fin de su imperio no dejaron de estallar revueltas por todas partes, comprometien

do sin cesar sus límites y su coherencia, obligando a sus sucesores a reconquistarlo, por decirlo así constantemente.

Por estas razones, Rimush (2284-2275) tuvo muy pronto que afrontar sublevaciones "en cadena" en el país de Sumer (Ur y Lagash, Umma, Adab, Uruk y Kazallu) y, más tarde, en el "tercer año de su reinado", en una guerra sin piedad en la que no faltaron ni los "mares de sangre" ni las ciudades arrasadas, que arremeter contra sus dos vecinos del este, Elam y Warak she, coaligados de nuevo para sacudirse la tutela de Akkad. Su presencia ha quedado también señalada al norte de Nínive, por la fundación de una ciudad a la que dio su propio nombre, y en el alto Kabur, por una inscripción suya encontrada en la "fortaleza" de Tell Brak.

En cuanto a Manishtushu (2275-2260), parece que tuvo al principio que ocuparse de sofocar una nueva sublevación de sus satélites orientales Anshan y Sheriku, de los que hubo de someter "32 ciudades" para conservar su soberanía en el Elam; y más tarde, en la orilla izquierda del golfo Pérsico, conquistar (¿o reconquistar?) las canteras de "piedra negra". Una inscripción suya encontrada en Asur, y el persistente recuerdo, medio milenio más tarde, de que había fundado en Nínive el templo de Ishtar, prueba que también se ocupó de la parte norte de sus dominios.

Un poema acadio del segundo milenio nos relata cómo las ciudades mesopotámicas de Kish, Kutha, Kazallu, Marad, Umma, Nippur, Uruk, Sippar, los países de Maga, al sur; de Elam, Warakhshe, Mardaman y Simurru, al este y al nordeste; Namar y Apishal, al norte, y Mari, al oeste, se sublevaron a un mismo tiempo contra Naramsin (2260-2223), al principio de su reinado. La formidable simultaneidad de tal revuelta es indicio de elaboración poética; pero está fuera de dudas que estas ciudades y países, e incluso otros más, se sublevaron sucesivamente en el transcurso de los treinta y siete años de reinado del nieto de Sargón, y sus propias inscripciones nos

lo prueban. Sin duda al haber recorrido los caminos abiertos por todas partes por su augusto antepasado, y hasta ir más lejos que él, del norte al sur y del este al oeste, al haber ocupado territorios "que ningún otro rey antes que él había conquistado", Naramsim mereció, más que ningún otro de su dinastía, que se le comparara con el gran Sargon no solamente por su gloria, sino también por aquel mismo orgullo, origen de catástrofes. Y por el título propiamente "imperial" y no usado hasta entonces de "rey de las Cuatro Zonas" que él mismo se dio, vemos que se sentía, más aún que el propio Sargón, vencedor y dueño del universo. Pero cuando se acierta a leer entre líneas, aunque sus inscripciones, según las normas del género, no relatan más que victorias, se siente ya entre tanto triunfo algo así como el presentimiento de un desastre. Así, por ejemplo, si Naramsin ha tenido, al fin y al cabo, que firmar un tratado con el rey de Elam Khita (hacia el 2220) es porque se veía obligado a pactar con él y no se sentía ya capaz de imponerle su voluntad. Y si, otro ejemplo más, ha ido a hacer la guerra en pleno Zagros, donde ha dejado posibles huellas de su paso por Darband-i-Gaur, no ha debido ser ni por orgullo ni por el provecho que podría obtener aplastando a los Lullu, sino porque aquellos míseros salvajes de las montañas, con su audacia y sus exacciones, comenzaban a representar un verdadero peligro para los habitantes de la rica meseta mesopotámica. Son síntomas que prueban, aun en contra de las gloriosas apariencias, cómo se acentuaba con el tiempo, e incluso bajo un jefe tan enérgico, la fragilidad del imperio acadio. Es muy posible que, de hecho, su dislocación comenzara antes de la muerte de Naramsin.

En todo caso, su hijo y sucesor, Sharkalisharri (2223-2198), no se da ya el título de "rey de las Cuatro Zonas", y se contenta, sin duda con razón, con el más modesto de "rey de Akkad". Bajo su reinado, Uruk intenta decididamente sacudirse la tutela de Akkad, quizá con éxito esta vez; el Elam

consigue por fin su independencia; los amorreos, semitas occidentales y probablemente seminómadas todavía, "vencidos en la montaña de Basar" (Jebel Bashir) la han conseguido con toda probabilidad en el curso de un avance inquietante contra el flanco noroeste del imperio; y, finalmente, otra amenaza aparece por el noreste, la de los guteos, a quienes se atribuirá la ruina total de la hegemonía de Sargón, que había fundado un imperio de orden económico.

La trágica muerte de Sharkalisharri (2198) debió suponer un golpe muy duro para este reino, puesto que la anarquía se instaló en él "durante tres años" (2198 - 2195), luchando por el poder cuatro competidores apoyados quizá cada uno de ellos en una zona del territorio nacional. La parte que pudieron tomar los guteos en esta competición nos es conocida por el hecho de que uno de los cuatro rivales, el único, además, que conocemos por otras tantas que la de la lista real, Elul o Elulu, figura bajo su nombre local de Elulumesh en la enumeración de los reyes guteos y en una inscripción suya se da el título de "poderoso rey de Akkad" (11). El que parece haber puesto orden en el país (y quizá también haya devuelto a Akkad su independencia y cierto poder) fue un denominado Dudu (2195 - 2174), del que una dedicatoria encontrada en Nippur y otras dos de Adab nos hacen suponer que volvió a someter por lo menos el norte de Sumeria. Le sucedió su hijo, Shu-DURUL (2174 - 2159), lo que constituye la prueba de una cierta estabilidad en el poder. La destrucción del imperio coincide con la desaparición de Shu-DURUL: los principales autores de esta destrucción son los guteos, sucesores de los reyes acadios por lo menos en la parte norte del país, que se llamará Akkad en recuerdo de la desaparecida grandeza.

b- El Oriente Medio en torno a Mesopotamia.

Pocos datos tenemos para estimar la extensión, la duración y las vicisitudes

situdes de la ocupación de Akkad por los guteos, o incluso las de su presencia en Mesopotamia, cuya importancia debió variar mucho con el tiempo. Así, por ejemplo, el primer rey guteo, Erridupizir, alcanzó en una sola avanzada el sur del país y permaneció en él durante algún tiempo, puesto que nos ha dejado en Nippur una larga inscripción, todavía inédita. Y aunque destruyeron mucho (por ejemplo, en Asur), es un hecho que no construyeron nada, a lo que parece, que no dejaron nada propio ni original en Mesopotamia. Sin duda se dejaron, por el contrario, influir por ella. Se puede calcular la duración total de su preponderancia en un centenar de años (2200? - 2116).

En el país de Sumer, Lagash es la única ciudad sumeria cuya historia, por el contrario, nos es posible reconstruir de forma un poco más coherente, particularmente en la época de los guteos. Precisamente Lagash parece haber desempeñado en aquel tiempo un papel de notable importancia en el país de Sumer.

A partir de Urbaba (hacia 2164 - 2144) y Gudea (hacia 2144 - 2124), por lo menos, los soberanos de este pequeño reino extendieron con toda seguridad su dominio a una gran parte del territorio de Sumer. Pero después de Urningirsu (hacia 2124 - 2119) y Pirigme (hacia 2119 - 2117), parece que Lagash se debilitó y perdió importancia, quizá ante una recuperación de la potencia de Uruk. Un rey de esta ciudad, Utukhengal (2116 - 2110), consiguió para ella la supremacía en el sur, en buena parte a costa de Lagash.

La única cosa que parece más o menos segura es que los bárbaros guteos "dragones de la montaña" fueron definitivamente expulsados de Sumer alrededor de 2110 por Utukhengal de Uruk. Pero el libertador del país, Utukhengal, no duró mucho tiempo en el poder. Su antiguo "general" Urnammu le eliminó rápidamente, y, poco después, suprimió a Nammakhani, el último ensi de Lagash II, inaugurando así una nueva época histórica en Mesopotamia y en el Oriente Medio.

El sur: la costa oriental de la península arábiga, exceptuando a Melukhkha, región que debe corresponder a las orillas occidentales del Indo, y de la que casi no sabemos más que el nombre, son probablemente la región costera del golfo de Omán, Omán y las islas Bahrain las regiones que figuran en los textos del tiempo de Akkad con los topónimos, respectivamente, de Gubin, Magan y Tilmun, y de las cuales provenían las "piedras negras" -- (¿basalto?), el "metal precioso" (¿oro?) y el cobre, que se extraía de "agujeros", es decir, minas. En tiempos de Naramsin, el país de Magan, por lo menos, parece haber estado bajo el dominio de un "señor" único, llamado Manium.

El este: el Iran occidental (Elam), tradicionalmente enemigo y complemento a la vez de la Mesopotamia del Sur. Comprendía varios conjuntos geográficos ó políticos distintos: a lo largo del golfo Pérsico se encontraba el Sherikhu ó Sheriku; un poco más arriba, en el interior, el Anshan; a la altura de la orilla mesopotámica del golfo Pérsico, el Elam propiamente dicho; más alto aún, en los montes del Luristan, el Zakhara y sobre todo el Barakshe ó Warakshe (más tarde, Markhashi), que parece haber formado una unidad política aparte, al menos desde el punto de vista político, aunque no culturalmente. Cada una de estas regiones estaba agrupada alrededor de un cierto número de ciudades, cuyos jefes se llamaban, según los casos, reyes ó gobernadores, cofederados con toda probabilidad bajo la égida de la más poderosa de las ciudades del grupo. En aquel tiempo debía la ciudad de Awan (probablemente la actual Shushtar), pues, en efecto, la tradición conservaba a principios del segundo milenio el recuerdo de una "Dinastía de Awan", fundada por un tal Peli (?), que comprendía doce reyes. Varios de ellos son conocidos por otras fuentes; el octavo, Lukhkhishshan (hacia el 2300), era contemporáneo de Sargón de Akkad; el último se da el título de "rey de Elam" y menciona a varios subordinados suyos del país, así como a varios de sus

aliados del país de Warakhshe -que también estaba bajo el mano de un "rey"-.

Lukhkhishshan parece haber acatado por la fuerza la soberanía de Sargón, y este estado de sumisión duró, entreverado de múltiples revueltas, con frecuencia duramente castigadas por los reyes acadios, hasta la época de Naramsin. Es posible que este último se viera obligado, al final de su reinado, a pactar con una potencia cada vez más fuerte y menos maleable; una tablilla nos ha conservado, en doce columnas, el texto elamita del tratado entre Naramsin y el rey de Awan, que pudo haber sido Khita (hacia el 2220). El último rey de Awan es también el mejor conocido, sobre todo por sus propias inscripciones; se trata de Kutikinshushinak (12), quien quizá independizó totalmente a su país de Sharkalisharri hacia el 2200. Pero la lista real de Awan terminó con él, y continúa en otra que atribuye a Simash, en la Susiana septentrional, no lejos de Warakhshe, el dominio del país en tiempos de los guteos. Pero, exceptuando la breve mención de una campaña llevada a cabo por Gudea en Elam, no sabemos nada más de la historia contemporánea del país.

En el noreste: en los Zagros, los Lullu, enemigos de Akkad y vencidos probablemente por Naramsin, debían estar sometidos también a la influencia acadia, tal como conmemora la celebre estela del vencedor; de Mesopotamia habían tomado no solamente la escritura y la lengua oficial, el acadio, sino también la mayoría de sus dioses.

El norte: Asiria, que es toda la alta Mesopotamia hasta las montañas del Kurdistán, estuvo ocupada por los reyes de Akkad, donde Asur y Nínive se beneficiaron de su actividad de constructores, y que Rimus debió fundar, al go al norte de Nínive, la ciudad que llevaba su nombre.

El Oeste: Mari, que goza de una importancia estratégica y política, los reyes de Akkad procuraron conservarla bajo su dominio. También las "Tie rras Altas", que se extienden desde alto Khabur hasta el Mediterráneo, esta

ban efectivamente ocupadas sobre todo por semitas (amorreos y cananeos). Despues de haber conquistado Mari, los reyes de Akkad realizaron también la conquista de toda esta zona, hasta Ebla y Arman, y al norte de ellas, Mardin y Diyarbekir.

A finales de la época acadia aparece por vez primera la casta de los hurritas, de los que se hablara en el Oriente Medio durante todo el segundo milenio.

D- La época paleobabilónica.

La denominación de "paleobabilónico" ó "babilónico antiguo" se aplica al período que va desde fines del reino de Ur III (siglo XIX), al año 1594. En esta fecha el rey hitita Murshili I emprendió una expedición militar contra Babilonia y destronó a la llamada I dinastía de Babilonia, ayudando a subir al poder a los casitas.

En los tres siglos que van desde Lipiteshtar de Isin (1934-1924) al año 1594 las fuentes documentales nos permiten situar los problemas históricos en un marco mucho más amplio que en épocas anteriores. Por primera vez tenemos una visión total del devenir histórico en el ambito de todo el creciente fértil, en Elam y Anatolia. Pero debido a que la situación de las fuentes sigue siendo más favorable en Babilonia -como ya indica el término "época paleobabilónica"-, el enfoque se centra en Babilonia no sólo en lo que se refiere a los acontecimientos políticos, sino también a hechos económicos y culturales.

a- Larsa, Isin, Uruk y Babilonia en el siglo XIX.

Gungunum de Larsa (1932-1906), que arrebató a Lipiteshtar de Isin el puerto de Ur, tan importante para el comercio con el sur, fue el primer rey de la dinastía de Larsa.

Gungunum emprendió una campaña contra Anshan, continuando la tradición política de agresión contra el Elam. Una tablilla de Susa lleva la fecha 16 de Gungunum. Por tanto, Susa perteneció a Larsa al menos durante ese años. Cinco de las fichas anuales de Gungunum registran la construcción y la ampliación de canales, lo cual refleja la amplia tarea de reorganización emprendida por él en sus estados. También sus sucesores se dedicaron con ahínco a la conservación y ampliación de la red de canales.

Las hostilidades entre Isin y Larsa estallaron lo más tarde en el año 8 de Abisare (1898), ya que el año siguiente lleva el nombre de una victoria de Larsa sobre Isin. Por otra parte, Bursin de Isin (1895-1274) se apoderó de Ur durante unos meses del año 1895. Aunque la situación no estaba consolidada en ambos bandos, el período se caracteriza en general por la preponderancia creciente de Larsa. Bajo Sumu'el (1894-1866), el estado de Larsa se extendió en algunos momentos hasta Babilonia del Norte, exceptuando el territorio de Isin. Bajo Nuradad de Larsa (1865-1850), el género literario del himno al rey, cultivado en Isin bajo Urninurta y sus sucesores, fue introducido por Larsa. Esta innovación tal vez se relacione con la conquista de Nippur por Sumu'el en el penúltimo año de su reinado. Al apoderarse de Nippur, Larsa tenía en sus manos el culto del dios Enlil. Sumu'el es también el primer -y único- rey de Larsa anterior a Rimsin que fue divinizado. Sin embargo, Larsa no pudo conservar Nippur. Hasta la época de Rimsin, Nippur fue un motivo de discordia constante entre Isin y Larsa. A pesar de su posición relativamente destacada, Larsa no pudo permitirse una política de gran estado la expansión de Gungunum hacia Elam no debe ser interpretada como tal. En Babilonia del Norte existía desde 1894 un estado independiente de Babilonia que pronto se anexionó al norte de Sippar. Kish, situado a 15 km. al noroeste de Babilonia, cayó definitivamente en poder de Babilonia durante el reinado de Sumu'el (1880 - 1845). En Kazallu y Marad, en Malgium (a orillas del Tí-

gris, próximo a la desembocadura del Diyala), en Kisurra (30 km al sur de Isin) y en otras ciudades reinaban monarcas independientes. Durante el siglo XIX el mapa de Babilonia se fue fragmentando más y más. Un estado solo era incapaz de emprender una campaña militar, a no ser que se contentara con breves incursiones de rapiña en territorios vecinos. Como ya en la época proto-dinástica, la coalición era el medio adecuado para llevar a cabo con éxito empresas de alguna envergadura.

Uruk entró a formar parte del concierto de estados babilónicos hacia 1860, después de haberse separado de Isin. Sinkashid, "rey de los nómadas amnanum", fundó una dinastía que llegó hasta Irdanene, derrotado en 1809--- por Rimsin de Larsa. Seis años más tarde Uruk cayó en poder de Larsa. El territorio de Uruk no era muy grande, pero la ciudad parece que mantenía una alianza sólida con Babilonia, donde se había establecido una dinastía amorrea.

En el curso medio del Eufrates y en Siria también hay que suponer que existieron varios reinos pequeños durante el siglo XIX. Hasta la época de Hammurabi, Babilonia sólo fue uno más de los estados babilónicos del norte e incluso durante los primeros treinta años del reinado de Hammurabi dependió de la política tradicional de pactos. Como Isin y Larsa, pero a diferencia de ciudades como Kish, Uruk y Ur, Babilonia carecía de un pasado brillante.

b- Asiria y Hammurabi.

El ámbito asirio, con su capital Asur, se separó definitivamente de la formación estatal babilónica a la caída de Ur III. El soberano independiente se llamó así Ishshiakum, forma acadia del título sumerio ensi. Como sucedió en la región del Diyala la caída de Ur III, el título fue llevado por príncipes independientes. Se sabe muy poco de la historia de Asiria durante

el siglo XX. El relato de la campaña ILuhuma de Asur contra Babilonia permite reconocer que, también en el curso medio del Tigris, un estado con tendencias expansionistas seguía las huellas de Ur. En las fuentes babilónicas no hallamos ningún indicio de que un soberano de Asur interviniera en los asuntos de Babilonia. Las ciudades que ILushuma cita, aparte de Ur y Nippur, se encuentran todas en la región oriental del Tigris. Esto significa quizá que ILushuma trataba sobre todo de incluir las vías de comercio del Tigris oriental en su área de influencia.

ILushuma de Asiria fue nieto de puzurashshure e hijo de Shalimahum. Con la dinastía de Puzurashenur se inicia en Asiria una serie de reyes acadios que fueron destronados por Shamshiadad (1815-1782) una generación antes de Hammurabi.

La inscripción de ILushuma contiene, un pasaje según el cual el rey decretó la exención de tributos para los acadios, en un territorio que iba desde Ur hasta Asur. De su antecesor, Shalimahum, y de los sucesores se conservan inscripciones en lengua asiria antigua. Shamshiadad, no siendo asirio, escribía en babilónico. El reinado de Ishmedagan, hijo de Shamshiadad, terminó en luchas por la sucesión. Salió triunfante de ellas un tal Adasi, (hacia 1700) que la posterior tradición "nacional" convirtió en el fundador de la casa real asiria.

Para el conocimiento de los asirios durante el siglo XX tienen más interés que las inscripciones de Asur los textos hallados en Kanish. Kanish (el nombre actual de la ruina es Kültepe) fue el centro de los comerciantes asirios en Asia Menor. Allí se resolvían los pleitos entre los comerciantes asirios y los "indígenas". Los asirios, sin embargo, no gozaban de status político privilegiado en Asia Menor y tenían que pagar impuestos a los príncipes locales. El carácter especial del asentamiento comercial asirio estribaba en que se situaba en territorios extramesopotámicos

y en lugares de fácil acceso a los productos de exportación. Los principales productos importados por los asirios eran el estaño, necesario para la fabricación del bronce, y los textiles. La exportación a Asiria se concentraba sobre todo en el cobre. Los textos dan pocos datos sobre la situación política en Asur.

Los grandes archivos de Kanish -los archivos hallados en Bogazköy (antiguamente Khattusha y en Alisar (¿antiguamente Ankuwa?)- nos proporcionan importantes datos sobre la configuración política y étnica de Asia Menor. Antes de la época hitita no existieron unidades políticas de grandes dimensiones. En cuanto a Asiria, fue en Asia Menor una fuerza civilizadora, como lo fue Babilonia en Elam.

A finales del siglo XIX Mesopotamia comenzó a librarse, bajo Rimsin de Larsa, Ipiqadad II de Eshnunna y Shamshiadad de Asiria, de la extrema fragmentación política, iniciando un período de aproximadamente cincuenta años determinado por el equilibrio entre varios estados importantes. La nueva unificación de Babilonia, sin embargo, no tuvo lugar hasta el 1763, año 30 de Hammurabi. El reinado de Hammurabi (1792-1750), tuvo una importancia extraordinaria para la historia de Mesopotamia. Babilonia fue la metrópoli del estado del mismo nombre; "país de Babilonia" aparece por primera vez en la época babilónica media como nombre del estado, paralelamente a "país de Asur". Los archivos hititas de Khattusha llaman a la lengua acadia lengua "babilónica". Babilonia se convirtió en símbolo por autonomasia del pueblo semita del sur de Mesopotamia.

La personalidad de Shamshiadad resiste sin duda la comparación con su contemporáneo más joven, Hammurabi. Shamshiadad de Asur fue el primer rey del norte de Mesopotamia que llevó el título acadio de shar Kishshatim, "rey de la totalidad". Con este título enlazaba con el título imperial sumerio "rey de las cuatro zonas del mundo".

Shamshiadad llegó, según una de sus inscripciones, hasta el Mediterráneo y allí "erigió estelas". Un rey de Karkemish, a orillas del Eufrates, era vasallo de Shamshiadad. Este se unió al rey de Qatna, en la llanura de la actual Homs, casando a su hijo Yasmakhadad con la hija del rey. Por el este, el estado de Shamshiadad penetraba en las estribaciones de la cordillera iraní. En la región sur del lago Urmia, su enemigo más peligroso era la tribu hurrita de los turukkeos. En el sur la zona de influencia asiria limitaba con Eshnunna y Babilonia. Un documento de Sippar cita a Hammurabi y a Shamshiadad en un juramento prestado por ambas partes: o bien las dos partes pertenecían a dos zonas de dominio diferentes -Babilonia y Asur-, o bien la ciudad de Sippar, gobernada por Hammurabi, se encontraba pasajera-mente en manos de Shamshiadad. La cuestión aún no se ha resuelto.

Tanto el estado asirio de Shamshiadad como el babilónico de Hammurabi y algunos otros se mantenían gracias a la personalidad destacada del rey. Sólo gracias a la hábil táctica política de su rey salió Babilonia triunfante del vaivén de coaliciones. Babilonia no tuvo en absoluto que luchar contra un enemigo superior. Los aliados propios, que cambiaban de año en año, no se enumeran. La situación se caracteriza perfectamente en una carta dirigida a Zimrilim de Mari: "No existe un rey que sea poderoso por sí mismo. Detrás de Hammurabi, el 'hombre de Babilonia', marchan diez, quince reyes; el mismo número detrás de Rimsin, 'el hombre de Larsa', de Ibalpi'el, 'el hombre de Eshnunna', de Amutpiel, 'el hombre de Qatanum' (=Qatna), y detrás de Yarimlim, 'el hombre de Yamkhad', marchan veinte reyes".

La idea de dominar toda Babilonia se concreta por primera vez bajo Hammurabi en la fecha anual 30. En el prólogo de su código, Hammurabi enumera las grandes ciudades y los santuarios que gobernaba en los últimos años de su reinado (Mapa IV). En Babilonia eran, de sur a norte: Eridu, Ur, Lagash, Girsu, Zabalam, Larsa, Uruk, Adab, Isin, Nippur, Keshi, Dilbat, Bor

sippa, Babilonia, Kish, Malgium, Mashkanshapi, Kutha, Sippar; en la región del Diyala, Eshnunna; en el curso medio del Eufrates, Mari y Tuttul, y, en el curso medio del Tigris, Asur y Nínive. Hammurabi gobernaba, pues, sobre un territorio que, exceptuando Elam, era casi tan extenso como el que habían dominado los reyes de Ur III. Pero su imperio no fue duradero. A juzgar por las fechas anuales, que hablan de guerras con los subarteos, Asur y Nínive estuvieron sólo unos años bajo el control de Babilonia. Babilonia adolecía de su eterno mal: la fragmentación. Ya en el segundo decenio de Sam-suiluna (1749-1712) comenzó a tambalearse el edificio construido por su padre Hammurabi. El peligro provenía de dos direcciones: levantamiento de Babilonia central y sur contra el norte e invasión de los casitas.

Llama la atención la ausencia absoluta de cualquier alusión a Egipto. La explicación puede estar en que durante la época de los archivos de Mari, las zonas de influencia de Egipto y de los estados mesopotámicos no se cruzaban. Mientras Elam intervino a menudo en el juego internacional de las coaliciones mesopotámicas, generalmente como aliado de Eshnunna, por lo que podemos colegir de las fechas anuales de Hammurabi y de la correspondencia de Mari. Las relaciones diplomáticas de Elam llegaban hasta Siria. Y su influencia no desapareció de Mesopotamia hasta el reinado de Hammurabi.

2- LA SEGUNDA MITAD DEL SEGUNDO MILENIO.

A- Babilonia bajo los casitas y el Imperio Asirio Medio.

En 1594, las tropas hititas se apoderaron de Babilonia, poniendo fin así a la vacilante primera dinastía babilónica. Este suceso, que en sí mismo no tiene ningún valor particular (hacía mucho tiempo que Babilonia soportaba ya ataques por diferentes sitios, que cada vez le era más difícil rechazar), pero marca, sin embargo, el final de una época. Las condiciones políticas que prevalecían en el creciente fértil se habían modificado, y una de las consecuencias importantes que de ello deriva es que Babilonia no representa ya el elemento central de la política del creciente fértil. Por lo que el historiador no se ve obligado a una descripción histórica "babilocéntrica", como en la época protodinástica y en las épocas de Akkad, Ur III y paleobabilónica. Aquí sólo indicaremos que el intercambio internacional en toda la zona, reflejado en el archivo de cartas de Mari, determina la segunda mitad del segundo milenio. Babilonia, Elam, Asiria, y los pueblos nuevos, casitas, hititas y hurritas eran potencias iguales. Esta época se caracteriza al mismo tiempo por la entrada de una nueva potencia no asiática en el juego de intereses en Asia Anterior que es Egipto. Dentro del nuevo equilibrio de fuerzas que se establece, ciertos estados, como Asiria, sufren un oscurecimiento provisional, ya que se encuentra este país englobado en el reino que han fundado los hurritas desde los Zagros hasta el Mediterráneo. De suerte que se puede decir que, en la segunda mitad del segundo milenio, Mesopotamia y su alrededor se ve sometida a dos influencias preponderantes: la de los casitas, que se ejerce sobre todo en el interior de las fronteras y en los confines del antiguo reino de Hammurabi, y la de los hurritas, que desde el Eufrates medio se extiende hacia el norte y cubre Asiria y las regiones de los Zagros hasta alcanzar el Elam. (mapa V).

Sea como fuere, los casitas subieron al poder en Babilonia ayudados di

recta ó indirectamente por la incursión de Murshili. En el momento que Murshili I se adueña de Babilonia hacia 1594, los casitas habían llegado ya con toda seguridad a constituir una fuerza suficientemente homogénea y poderosa para pretender, después de un período intermedio, reemplazar a los hititas, una vez que Murshili había vuelto con sus tropas a su país. Entonces la serie de reyes casitas, que se inicia con un tal Gandash ó Gandish, comienza después de la intervención hitita. Los títulos con los que se adorna el rey casita Agum II (hacia 1580), merecen ser mencionados. Se declara rey de los casitas y de los acadios y rey de Babilonia, se titula rey de Alman (quizá la auténtica Casitia), rey de Padan, ciudad situada en la frontera nordeste de Babilonia, y también rey del país Gutim, región que parece corresponder grosso modo al actual Kurdistan. Sus dominios se debían extender así por el este, y no solamente a lo largo del Diyala, sino que ocuparían también además de la Casitia, la región que se extendía hacia el lago Urmia.

La avalancha de las tropas hititas sobre Babilonia, el florecimiento del período hurrita a costa del debilitamiento de Asiria, y el interés que manifestaba Egipto por la Siria del Norte, son los factores que cambiaron el tradicional equilibrio de fuerzas en Mesopotamia. Pero, más que del rompimiento de un equilibrio, podría hablarse de la superación de una situación tradicional. Se trata, en efecto, del paso de una política "de ámbito cerrado" ó a lo sumo regional, a una política general de expansión imperialista, que no se contenta ya con anexionar las ciudades y las regiones limítrofes sino que tiende a la posesión de territorios alejados. Pues no se trata ya de expediciones lejanas y prestigiosas, pero temporales, del tipo de las de Sargón de Akkad, cuyo objetivo era más económico que estratégico; ahora se trata de la ocupación permanente de regiones extranjeras. La política deja de ser centrípeta, y se hace centrífuga. De suerte que se puede decir que, en la segunda mitad del segundo milenio, ya no es Mesopotamia

quien excita las ambiciones de los otros países, sino que éstas se orientan hacia el Mediterráneo, hacia las ciudades costeras de Siria, y hacia las ciudades mercantiles del interior, principalmente hacia Alepo. Hacia Siria septentrional convergen las aspiraciones de los hititas y de los mitanios.

Egipto, bajo el mando de Thutmosis III, llegará a realizar diecisiete campañas en Siria y alcanzará el Eufrates dando un carácter estable a la conquista de los territorios a los que había llegado Thutmosis I. No es en absoluto imposible que el rey de Babilonia al que, según los anales, encuentra Thutmosis III, durante la decimoséptima campaña de Siria del Norte, en las orillas del Eufrates, y del que recibe presentes fuera Karaindash. Este encuentro, el primero entre un faraón de Egipto y un monarca babilonio, es importante en la medida en que pone de manifiesto la voluntad de Babilonia de estar presente en la gran política internacional. Gracias a fuentes egipcias se puede calcular la fecha de éste encuentro hacia 1457, y según parece, inauguró un período de relaciones amistosas entre los dos países. En política exterior, parece no haberse modificado la línea seguida por las tres generaciones precedentes de alianza con los faraones, sino haberse intensificado. Bajo Kurigalzu I, los casitas alcanzaron de nuevo el rango de gran potencia, una vez Babilonia había afianzado su posición interior y conquistado ante la opinión internacional una posición sólida que le confería igual categoría que Egipto y el reino hitita. En ésta época vemos también a los asirios en plena ascensión y los casitas en Babilonia en posición débil.

La situación internacional daba pruebas, por su misma inestabilidad de que en aquella parte del mundo se estaba gestando un nuevo equilibrio de fuerzas. Los hurritas de Mitanni, presa de graves divisiones interiores después de la muerte de Shutarna II y el asesinato de su sucesor, tenían en el trono a un rey todavía niño, Thushratta. Los asirios aprovechándose de las revueltas que se producían en Mitanni, intentan independizarse bajo Eri

En-Adad (1390-1364) y así aparece el imperio asirio medio (1375-1047). Una gran confusión, por otro lado, domina nuestros conocimientos de Asiria durante la primera mitad del siglo XIV. Es muy posible que la supremacía de Mitanni sobre Asiria no fuera eliminada de un solo golpe por Ashshurubalit I (1365-1330) hijo de Eriba-Adad. Más bien hay que admitir que se dieron algunos períodos de independencia nacional a lo largo de la ocupación extranjera.

El nuevo avance del rey hitita Shuppiluliuma (hacia 1370) por el norte de Mesopotamia hasta Wasshukanni, que rompió fatalmente la cohesión de Mitanni y ofreció al mismo tiempo a Ashshurubalit I la tan esperada ocasión de acceder a la independencia. Por otro lado para el casita Burnaburiash II rey de Babilonia, una Asiria en plena ascensión no podía considerarse más que como una amenaza constante y directa para Babilonia. El deseo de Burnaburiash II de mantener a Asiria en una especie de tutela política era irrealizable, puesto que la independencia de Asiria estaba avalada por el Faraón de Egipto y Ashshurubalit, se titula "hermano del Faraón" considerándose ya en un plano de igualdad con el faraón. Y cuando Burnaburiash II muere, Ashshurubalit I tiene la posibilidad de controlar la política babilónica de los casitas imponiéndoles un rey de ellos, kurigalzu II (1345-1324), hijo de Burnaburiash II.

No se tienen referencias sobre la política que siguió kurigalzu para con Asiria durante los últimos años de la vida de Ashshurubalit I, pero a la muerte de éste, kurigalzu se sublevó y atacó a los asirios. La inscripción dice "Enlilnari, rey de Asiria, luchó cerca de Sugagi que se encuentra junto al río Idiglat (Tigris). Lo derrotó a kurigalzu y mató a sus soldados. Se llevó consigo su campamento". A consecuencia de ésta derrota, se procedió a una rectificación de las fronteras entre los dos países, dicha operación se terminará para Asiria con la anexión de algunos territorios

nuevos, nos lo confirma Adadnarari I (1307-1275), quien llama a su abuelo Enlilnarari (1329-1320) "el que destruyó al ejército casita y a la totalidad de sus enemigos, el que ensanchó fronteras y territorios". Kurigalzu II concentró entonces su atención en otro enemigo tradicional de Babilonia, el Elam. Vencido Khurpatila rey de Elam en la batalla que él mismo había provocado, se vio perseguido hasta Elam, y Kurigalzu avanzó hasta Susa, que ocupó, devastando a su paso las regiones de Barakhshe y el Elam. También el sucesor de Kurigalzu, su hijo Nazimaruttash (1325-1298), parece haber buscado victorias militares en regiones más septentrionales que el Elam. Siguiendo probablemente el curso de Diyala, avanzó hacia el país de Namri, despertando así las sospechas de Asiria, la cual su reacción fue muy rápida, y el ejército casita, según parece, sufrió una terrible derrota, y el conflicto terminó otra vez con un nuevo reajuste de fronteras y con un tratado entre Nazimaruttash y Adadnarari. Pero las victorias de Adadnarari en el norte, y sobre todo la toma de Khanigalbat, no podían conducir más que a un estrechamiento de las relaciones diplomáticas entre Babilonia y el imperio hitita.

El cerco alrededor de Babilonia bajo Kashtiliash IV (1242-1235), era cada vez más estrecho, hasta que el asirio Tukultininurta I (1244-1208), vence al rey de los casitas Kashtiliash y ocupa Babilonia nombrando un visir que gobierna dicho país siete años, durante los cuales los elamitas aprovechan de esta situación para recuperar algunas ciudades, pero en la segunda incursión a pesar del éxito, se vieron obligados a retroceder por las tropas babilónicas en Marad. Pero después de este suceso asistimos a un corto despertar babilónico, y las cosas iban a cambiar rápidamente, como consecuencia de ello el rey asirio, Enlilkudurur, llegó a ver Asiria invadida por las tropas babilónicas mandadas por Adadshumausur, hijo de Kashtiliash. También Elam va a ser castigada por las tropas babilónicas mandadas

por el rey casita Nabucodonosor I (1124-1103). Según parece, hubo dos expediciones, y la fortuna militar se puso de parte de los babilonios, apoderándose del país de Elam y saqueando sus riquezas.

Al corto reinado del hijo de Nabucodonosor, Enlilnadinapli (1102-1099) sucedió el de Marduknadinakhkhe (1098-1081). Otra vez Asiria después de aproximadamente un siglo de debilidad, había alcanzado una de las cimas de su desbordante vitalidad guerrera con Tiglatpileser I (1117-1077). Pero también, una vez más, se había precisado la amenaza permanente que los nómadas hacían pesar, desde hace muchos siglos antes, sobre el valle de los ríos. Los nómadas del desierto iban a transformarse en una entidad política definida: los arameos. De nuevo cae Babilonia bajo la hegemonía asiria, después de la derrota que Tiglatpileser I había infligido a Marduknadinakhkhe. Este debilitamiento del poder central va a favorecer a los arameos, y así Babilonia, debía ser la primera en hundirse bajo los ataques de los arameos.

Con Tiglatpileser I la fortuna se pone de nuevo completamente a favor de Asiria. En el momento en que ésta comienza otra vez una política expansionista se había modificado por completo la situación internacional con la que tenía que encontrarse, ya que el imperio hitita, desapareció definitivamente hacía casi un siglo. Pero después de Tiglatpileser I, el poder asirio sufre una época de estancamiento seguida de un declinar inevitable. De sus hijos, ni Ashshurbelaka (1074-1057) ni Shamshidad IV (1054-1051) tenían su valor guerrero, y así viene el fin del imperio asirio medio. Durante este tiempo, en la llanura, los arameos eran dueños y señores de Babilonia.

B- Hititas y mitanos.

Hasta fines del siglo pasado el nombre de hitita (khitita) se conocía solamente a través del Antiguo Testamento, y con él se designaba a uno de los pueblos establecidos en Palestina. La cita más interesante en este sen-

tido se halla en Génesis 23, donde se relata que Abraham compró a los hititas (hijos de Heth), en calidad de extranjero, una tumba hereditaria cerca de Hebrón (al-Jalil), en el país de Canaán.

Asia Menor es el ámbito histórico en el que se desarrolló la historia de los hititas, condicionada al principio por las características geográficas de esta península, pero que más tarde al extenderse el imperio hitita hacia el sureste, desbordará sus límites.

Asia Menor es el eslabón que une el Oriente Medio con el mundo egeo, pero las relaciones de los hititas de Asia Menor con Occidente durante el periodo histórico están poco investigadas. Esto se debe, en parte, a que Asia Menor occidental y el mundo egeo carecieron, a juzgar por nuestros conocimientos actuales, de escritura.

En la antigüedad, Asia Menor se insertaba en la comunidad del Medio Oriente como productor de materias primas: madera para la construcción, cobre y plata.

Durante el Imperio antiguo hitita que duró más o menos dos siglos (1650-1440), la influencia hitita a penas se extendió hasta el sur de Siria. Su importancia como potencia en el Oriente Medio sólo empieza con el gran Imperio hitita que se inició a mediados del siglo XV a. C., hasta 1200. A partir de Tutkhaliya II/III (hacia 1420) y Arnuwanda I (hacia 1400) empiezan los hititas a jugar un papel de primer orden en las relaciones internacionales en el Oriente Medio.

La expansión del poder de Mitanni tuvo lugar antes de las expediciones militares de Thutmosis III a Siria, pues las campañas del faraón a Megiddo (Mageddo) y Kadesh, junto al Orontes, donde ya su abuelo Thutmosis I había erigido una estela triunfal, debieron significar duros golpes para la posición de Mitanni. Sin embargo, no hay evidencia de que tuviera lugar una batalla decisiva. El informe de campaña del año 35 de Thutmosis III, que ci

ta diez prisioneros, sesenta carros y ciento ochenta caballos es bastante claro. Mitanni no quedó debilitado fundamentalmente y comenzó por su parte la reconquista de Siria. Carecemos notoriamente de documentos pertenecientes a la historia y la cultura del reino de Mitanni.

A los hititas se les planteó el enfrentamiento con Mitanni durante el enfrentamiento con Mitanni durante el siglo XV, en la lucha por los territorios fronterizos de Kizzuwatna y Khalpa (Alepo).

Todos los datos parecen confirmar que Mitanni fué hacia la mitad del segundo milenio la potencia política dominante en el Medio Oriente, y su prestigio en la política internacional también fué importante, pero su hegemonía en Siria septentrional no era absoluta. En las cartas de el-Amarna consta que Artatama de Mitanni no envió a su hija a la corte egipcia hasta que Thutmosis IV (1412-1402) hijo y sucesor de Amenofis II, hubo mandado pedir su mano siete veces, subrayando así de modo inusitado la independencia política del reino de Mesopotamia superior, que a partir de ese momento mantuvo durante tres generaciones un intercambio amistoso de cartas y obsequios con la corte egipcia.

En Siria la situación se consolidó, después del avance del ejército egipcio bajo Thutmosis III, a favor de Mitanni. La costa fenicia, hasta Ugarit, quedó bajo control egipcio, y el valle inferior del Orontes en manos de Mitanni; el país de Amurru (en torno a Kadesh, en el curso superior del Orontes) permaneció bajo el poder egipcio.

La época de agotamiento militar bajo los faraones Amenofis III (1402-1364) y IV (1364-1347) mantuvo el equilibrio de las relaciones de fuerza en Siria, ya que Mitanni también tenía que hacer frente a dificultades internas.

Hacia 1440 desaparece el último rey del imperio antiguo hitita Khuziyya II. Y sin interrupción empieza el Gran Imperio con Tutkhaliya II y po-

co después aparece el gran rey Shuppiluliuma hacia 1370. Le costó veinte años la reconquista de Anatolia y la repoblación de los territorios devastados del país Khatti por los enemigos. A partir de esto, Shuppiluliuma, en edad ya madura, pudo dedicarse a los problemas de política exterior. Sus campañas, que comprendieron la conquista de Siria septentrional, la guerra con Egipto y la destrucción del reino de Mitanni, abarcaron un período de seis años. Un texto posterior resume de la siguiente manera los acontecimientos: "Cuando mi abuelo Shuppiluliuma invadió el país de Khurri, venció a todos los pueblos de Khurri. Y en el lado aquél convirtió Kadesh y Amurru en frontera. Venció al rey de Egipto. En este lado, sin embargo, venció a los países de Irrite y Shuta y convirtió el Eufrates en frontera... Proclamó reyes a sus hijos, en el país Kalpa (Alepo) hizo rey a Telipinu y en el país de Karkemish (Kamishli) hizo rey a Piyashshili". Al principio Shuppiluliuma por su posición de inferioridad militar, emprenderá el camino de las negociaciones diplomáticas. El primer tratado se firmó con el pueblo de Azzi-Khayasha, en la alta Armenia. Posteriormente, Shuppiluliuma firmó un tratado con uno de los jefes de éste país cediéndole el poder en Azzi y asegurándole el apoyo a sus sucesores si éstos le eran leales. De modo similar intentó Shuppiluliuma atraer por un tratado a Shunashshura de Kizzuwatna, que se había aliado con Mitanni. A éstos dos tratados hay que añadir un tercer tratado con Artatama, rey de Kurru. Con éstos tres tratados parece abierto el camino a una política de envergadura.

Shuppiluliuma, más fuerte política y militarmente que en su primera invasión al territorio de Mitanni, consiguió entonces mayores victorias, y nos habla de sus saqueos en territorio sirio y de sus conquistas que llegaron hasta el Líbano. En ésta ocasión fue probablemente sometido a vasallaje Sharupshi de Nukhashshe (entre Hamath y Eufrates), pues al ser atacado posteriormente por Tushratta de Mitanni llamó en su ayuda al rey hitita. También

sometido a vasallaje Aziru rey de Amurru y Niqmadu II de Ugarit.

La intervención de Khatti (país de los hititas) en Siria planteaba una nueva situación a los príncipes indígenas. Para mantener su posición tenían que simular lealtad, vasallaje, a Egipto, pero al mismo tiempo complacer a los hititas. Pero debido a la presión hitita las cosas se trasglversaron.

Al igual que los demás soberanos del Medio Oriente, Shuppiluliuma man tuvo seguramente relaciones diplomáticas con Egipto, pero su intervención en Siria provocó el conflicto con Egipto por algún tiempo. Pero debido al poder conseguido en Siria y la eficacia de las armas hititas en amka fueron tan impresionantes que la reina egipcia viuda de Tutankamón decidiera que Shuppiluliuma era la garantía más segura para sus planes sobre la sucesión al trono de los faraones. La conquista de Karkemish completó el sometimiento de Siria septentrional y excluye cualquier influencia de Mitanni. El límite del gran imperio hitita era desde ahora el Eufrates.

Arnuwanda hijo y sucesor de Shuppiluliuma, su reinado no duró apenas nada. Le sigue el reinado de Murshili II, hijo menor de Shuppiluliuma, que comenzó hacia 1330 en condiciones de política internacional desfavorables. Tuvo que hacer frente a muchos vasallos que le han declarado de guerra, y la situación tomó un cariz más amenazador durante el noveno año de su reinado. Hasta el séptimo año de su reinado no fué necesaria su presencia en Siria, donde vuelven a disputarla hititas y egipcios. En Amuru, el estado-tapón, fué renovado el tratado firmado en su día con Aziru y ésta vez el pacto se firmó con Duppi-Teshup. La situación fronteriza de Amurru y la situación política en general se define claramente en la orden siguiente: "¡Tus padres pagaron tributo al país de Egipto, pero tú no lo pagues!". Podemos inferir de esto que los príncipes sirios se esforzaban por mantener, a manera de reaseguro, las buenas relaciones con la gran potencia del Nilo, máxi-

me cuando ésta había iniciado con la XIX Dinastía (1309 a.C.) una política más activa en Siria. Los ricos archivos de Ugarit nos transmiten más datos sobre la situación política de la época, demostrando la fuerte intervención de la metrópoli hitita en los asuntos de los estados vasallos.

Con la subida al trono de Ramsés II (1290 a.C.) se inicia una nueva política egipcia en Siria. En su cuarto año fué erigida una estela en Nahr el Kalb, al sur de Biblos, que como ciudad costera seguramente pertenecía al área de influencia egipcia. Pero el reino de Khatti estaba preparado para ésta guerra, como hemos visto a través de los tratados estatales y las obligaciones contraídas por los aliados. Únicamente Amurru, en la frontera con Egipto, se separó de Khatti, por calcular erróneamente la relación de fuerzas.

Para la famosa batalla de Kadesh, el Gran Rey hitita Muwatalli reunió numerosas tropas auxiliares. Los textos egipcios nombran a Arzawa, Masha, Lukka, Kizzuwatna, Karkemish y todos los reinos asirios. También Ramsés II había reunido un ejército considerable al emprender la marcha por los valles del Litani y del Orontes hacia el norte.

No disponemos de descripciones hititas; únicamente los acontecimientos posteriores permiten deducir el resultado de la batalla de Kadesh: el ejército hitita llegó hasta Damasco y devastó el país. Amurru volvió a ser vasallo hitita. Las expediciones de Ramsés II (hasta el décimo año de su reinado) parece que sirvieron sobre todo para asegurar el territorio egipcio, sin llegar a efectuar cambios en el terreno político en la zona. Y el problema fronterizo con Egipto, en Siria seguía vigente, incluso después de la batalla de Kadesh, pero ambas potencias deseaban llegar a un reconocimiento del statu quo. El intercambio de emisarios y de embajadas entre Khattushili III Ramsés II, continuó con motivo de un tratado de paz, dicho tratado fué firmado en el año 21 de Ramsés II (1270) y tiene todas las características

de un tratado interestatal, al modo establecido por la diplomacia hitita. Incluía un pacto de no agresión, regulaba la ayuda mutua en caso de ataques enemigos y de rebelión, la extradición de fugitivos, que en éste caso no eran castigados, y aseguraba el apoyo a las pretensiones al trono. La correspondencia aseguraba que ambos países estaban "en paz" y "eran hermanos para siempre" y que formaban incluso "una nación". El problema de limitación de fronteras no fué incluido en el tratado, seguramente se arregló por separado. En todo caso Kadesh y Amurru permanecieron en el imperio Hitita, mientras que la costa quedaba en poder de Egipto. Con ésto quedaba consolidado el poder hitita en Siria. Lo mismo nos comunican los documentos hallados en Ugarit, que nos dan, además, datos sobre la organización de la administración hitita. (mapa VI).

C- Siria y Palestina bajo la hegemonía de las grandes potencias.

Hacia mediados del segundo milenio tuvieron lugar en la historia del Oriente Medio importantes cambios étnicos, culturales y políticos que ejercieron una fuerte influencia sobre el territorio sirio-palestino. En Siria y Palestina, divididas en innumerables pequeños estados, penetraron en medida creciente hurritas e indoeuropeos, los cuales se hicieron con el poder en la mayoría de las ciudades-estado, gracias a la superioridad tecnológica y militar que debían en gran medida a la introducción del caballo como animal de tiro de los carros de combate.

Por lo que se refiere a las transformaciones políticas, Egipto se convirtió en la potencia principal en Siria y Palestina con la fundación del Imperio Nuevo, en el siglo XVI. Su hegemonía sobre los territorios situados entre la frontera egipcia y la Siria media, es decir, más allá de la península del Sinaí y el Canaán propiamente dicho, duró, con breves interrupciones, hasta mediados del siglo XII. Por otro lado, el reino de Mitanni, fundado en Mesopotamia superior, llegó a su máximo poder en el siglo XV y extendió su influencia hacia el sureste. Durante la primera mitad del siglo XVI fué sustituido, como principal poder en Siria, por el reino hitita, que dominó este territorio hasta su hundimiento en 1200. La zona situada entre el Eufrates y la península de Sinaí, de situación geopolítica delicada (13), fue primero motivo de discordia entre Egipto y el reino de Mitanni y, más tarde, entre los reinos de los faraones y de los hititas, ya que únicamente el dominio sobre éste territorio permitía a cada uno de éstos estados mantener su posición de gran potencia. De ésta forma, y através de los intentos de dominio por parte de las grandes potencias vemos claramente la importancia geográfico-estratégica de éste territorio y el papel que puede jugar en las relaciones internacionales. La historia de Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio consiste en una serie ininterrumpida de

expediciones de conquista y medidas de represión de las grandes potencias contra sus habitantes y, además, en una lucha constante entre esas mismas potencias para mantener sus posiciones. Dichas luchas provocaron a su vez roces adicionales entre los reyes locales, cuyas relaciones ya eran tensas de por sí. El derrumbamiento del imperio hitita y la decadencia del poder egipcio consiguieron crear en los últimos siglos del segundo milenio condiciones favorables a la independencia política de los pueblos de Siria y Palestina, así como a la consolidación nacional de grupos nuevos, como las tribus de Israel en el sur y las de los arameos en el norte. Estos cambios permitieron también el asentamiento de los pueblos de mar (los filisteos), en la franja costera y, hacia 1100, el avance del ascendente reino asirio hasta el Mediterráneo.

Sobre los sucesos históricos en Siria y Palestina disponemos de algún testimonio directo pero muy esporádico, pero a pesar de la importancia que pueden tener las fuentes sirio-palestinas para determinados períodos o regiones, no permiten reconstruir una imagen general y menos una totalidad histórica coherente.

Para esto disponemos principalmente de las ricas y diversas fuentes egipcias y también de los escritos hititas de Bogazkoy, que contienen documentos en lengua hitita y acadio. También se añaden para la historia de Palestina y sus alrededores en los últimos siglos del segundo milenio las fuentes bíblicas, que aunque tienen como tema central el pueblo de Israel, ofrecen también datos sobre sus vecinos y reminiscencias del mundo antiguo de Canaán.

Las primeras incursiones de Egipto en Asia durante el Imperio Nuevo se efectuaron una vez liberados los primeros faraones de la XVIII Dinastía del dominio Hicsos, entonces emprendieron importantes expediciones a Asia para prevenir el peligro que amenazaba a Egipto desde las bases de los hicsos en

tuados en esos territorios y para restablecer allí la posición de poder que habían mantenido durante el Imperio Medio. Ya Ahmosis I, fundador de la XVIII Dinastía, condujo los ejércitos egipcios después de la conquista de Tanis, capital de los hicsos, contra Sharuhén (14), actual Tall el-Far'ah, una de las fortalezas de los hicsos en el Negev occidental que dominaba la ruta de Palestina a Egipto, esta conquista de Sharuhén dio a los egipcios una cabeza de puente en territorio cananeo, lo que les permitió repetidas incursiones a Asia.

Una gran expedición de este tipo fue llevada a cabo a finales del siglo XVI por Thutmosis I, nieto de Ahmosis, que no solo penetró en el país Retenu, es decir, en Canaán, sino que llegó hasta el país de Naharina (15), y el Eufrates. Siguiendo la costumbre de los grandes conquistadores del antiguo Oriente, el faraón erigió en la orilla izquierda del río una estela triunfal para marcar el límite extremo del terreno conquistado y conmemorar su audaz empresa, que sólo su nieto, Thutmosis III, se atrevió a repetir (16). En Siria septentrional, en el país de Nii, luchó también Thutmosis II, hijo de Thutmosis I. Pero todas estas expediciones, que eran ante todo expediciones de rapiña, no condujeron a una conquista duradera de Siria y Palestina, lo que sólo se consiguió en la primera mitad del siglo XV bajo Thutmosis III, creador del Imperio egipcio, él comprendió que para convertir a Egipto en un factor político de primer orden necesitaba incorporarle a Palestina y Siria como partes integrantes. Consiguió su objetivo gracias a la conquista sistemática del territorio asiático hasta el Eufrates y la instauración de una administración egipcia en los países conquistados. Sin embargo, las ciudades-estado de Siria y Palestina hicieron todo lo posible por conservar su soberanía y formaron, dejando a un lado sus divergencias, grandes coaliciones bajo el mando del estado de Kadesh (Tall Nabi Mend), a orillas de O---rtes, y con el apoyo del reino de Mitanni. Thutmosis III tuvo que emprender

der, según sus anales, diez expediciones a Asia, en parte para extender su poder hacia el norte, pero, sobre todo, para aplastar las contínuas rebeliones de los reyes locales.

La base de todas las conquistas subsiguientes fué su primera campaña (1469), sobre la que encontramos amplia información, que fué emprendida probablemente como medida preventiva contra cualquier movimiento de agresión de los monarcas sirios y palestinos contra Egipto. De éste modo se comprende la amplia coalición, al frente de la cual figuraban los reyes de Kadesh y Megiddo. Esta fué la mayor coalición que se formó contra Egipto antes de que dicho país estuviera en condiciones de romper el frente unificado de sus enemigos; según la inscripción de Jabal Bárkal, pertenecieron a ella 330 reyes. El levantamiento de las ciudades palestinas comenzó en Jurza, al norte de Sharuhén, donde estaba acantonado un ejército de ocupación egipcia, y se extendió "hasta el fin de la tierra". Parece que en el transcurso de la campaña un oficial de Thutmosis III, llamado Thuti, conquistó el puerto de Jaffa. El hecho de que ni Jaffa ni Gaza aparezcan en las listas geográficas egipcias de ciudades asiáticas conquistadas durante los reinados posteriores demuestra el dominio indiscutible de Egipto en este sector de la costa a partir del reinado de Thutmosis III. A continuación, Thutmosis prosiguió su marcha y después de un sitio de siete meses se rindió Megiddo, cuya toma significa, según palabras de Thutmosis, "la conquista de mil ciudades", y los monarcas sitiados tuvieron que aceptar la hegemonía egipcia (17). Tras la caída de Megiddo, y quizá ya durante el sitio, el ejército egipcio conquistó Jenoam, junto al lago Tiberíades, y otros lugares más al norte. Un índice completo de las ciudades sometidas por el faraón en su primera campaña se halla en la llamada lista "breve" de ciudades cananeas, que contiene 119 ciudades de Palestina y Siria meridional (18). Megiddo fué convertida en base egipcia y la mayoría de las ciudades enumeradas se encontraban en la "vía marítima"

que conducía de Egipto hasta Mesopotamia, y en sus múltiples ramificaciones, es decir, en la zona costera, en la llanura de Jezrael y Betshán y en la depresión del Líbano; también había algunas en Galilea y Transjordania septentrional. Estos eran los territorios sobre los que se extendía el poder egipcio.

En las expediciones posteriores, Thutmosis penetró en Siria y conquistó por fin el núcleo principal de la resistencia: Kadesh y la zona costera fenicia, con las importantes ciudades de Biblos, Ullaza y Sumur, que fueron durante toda la dominación egipcia bases importantes.

El objetivo de la octava campaña fue el reino de Mitanni, el rival de Egipto en la pugna por la supremacía en Siria. El ejército egipcio marchó a través de Qatna a Siria central, penetró en la región de Alepo y Karkemish y cruzó el Eufrates. El rey de Mitanni tuvo que retroceder. La expansión territorial del imperio egipcio se refleja en la llamada lista geográfica "larga", con los nombres de 350 ciudades, principales de Siria central y septentrional, aunque la posición egipcia en Siria septentrional no era estable.

En las posesiones egipcias de Asia se fue creando una sistemática dominación colonial que ofrecía a Egipto las mayores ventajas políticas y económicas. Anualmente se recogían tributos en especie, lo que nos da una imagen clara de los productos de Siria y Palestina. En primer lugar había que entregar productos agrícolas (trigo, aceite, especias) y, en segundo, madera del Líbano, metales, sobre todo grandes cantidades de cobre, piedras semipreciosas, objetos artísticos y suntuarios y, naturalmente, armas. Aparte de esto, se transportaba a Egipto ganado en grandes cantidades, especialmente caballos, en cuya cría destacaban las regiones periféricas de Siria y Palestina. Incluso animales exóticos de estos países, como el oso y el elefante de Siria septentrional, y diversas clases de plantas desconocidas en E-

gipto, pasaron a los jardines zoológicos y botánicos reales para realzar el prestigio de los faraones y subrayar las dimensiones ilimitadas de su poder. Thutmosis III marcó el camino a sus sucesores con sus empresas bélicas y sus métodos administrativos. Sin embargo, la carga de los tributos tenía que conducir necesariamente a constantes intentos de la población siria-palestina por sacudir el yugo de la dominación egipcia. Ya su hijo, Amenofis II, tuvo que emprender en el tercer, séptimo y noveno año de su reinado varias expediciones a Asia (19). Más adelante Amenofis II se dirigió a Siria septentrional que, apoyada probablemente por Mitanni, se había sublevado contra Egipto. Llegó hasta Nii pero debió fracasar en el intento de reconstruir el dominio egipcio sobre Alalakh, Alepo y la región del Eufrates. La última campaña de Amenofis fue una expedición de castigo contra la población cananea sublevada en la llanura de Saron y Jezrael. Los hechos demuestran que la amplia actividad diplomática y conspiradora del rey de Mitanni contra Egipto se extendía hasta Palestina meridional.

Aunque no poseemos descripciones detalladas de las campañas asiáticas de Thutmosi IV, hijo de Amenofis II, como sucede en el caso de sus antecesores, sabemos algo de sus conquistas a través de datos dispersos en las inscripciones suyas y de sus funcionarios. Sus contemporáneos le llamaron "conquistador del país de Kharu", es decir, Siria y Palestina.

Thutmosis IV fue el último faraón de la XVIII Dinastía que emprendió una campaña en Asia, mientras que sus sucesores, Amenofis III y Tutankhamón, se limitaron a gobernar desde lejos sus territorios asiáticos hasta que el dominio egipcio en estas regiones se derrumbó definitivamente.

Los faraones de la XIX Dinastía, que plantearon una reorientación política frente al Oriente, consiguieron restablecer el dominio egipcio en Asia, aunque no en la magnitud pasada (20). Ya Sethi I (1308-1290) penetró a comienzos de su reinado en Canaán y emprendió diversas campañas para so-

meter a los príncipes rebeldes y a las tribus nómadas de los Shasu, entre las que probablemente se incluían ya las tribus de Israel, que en aquel tiempo comenzaban a asentarse en aquella región. Al mismo tiempo contuvo la expansión del poder hitita hacia Siria Meridional.

Durante el reinado de Ramsés II (1290-1224), sucesor de Sethi I, se agudizó la lucha por la supremacía en Siria entre Egipto y el reino hitita. Sin embargo, poco después empiezan a mejorar las relaciones entre las dos grandes potencias. El fracaso de Egipto en la lucha por Kadesh, sobre todo después de la batalla de Kadesh, que tuvo lugar en el quinto año del reinado del faraón (1285), hizo tambalearse su poder en Palestina. Ya en el octavo año de su reinado Ramsés se vió obligado a una campaña en Galilea superior para someter a las ciudades rebeldes, entre otras Merom, en cuyas aguas parece que luchó más tarde Josué. Otras conquistas de Ramsés en el norte están atestiguadas por algunos relieves, como el que representa la conquista de Acco y de otras ciudades en Galilea occidental, y sobre todo, por las estelas de Biblos, Tiro, Sheikh Sa'ad, al oeste del lago Tiberíades, y Bets-hán. Ramsés tuvo también que sofocar insurrecciones en el sur del país, como demuestra el relieve de la conquista de Ascalón. Una serie de relieves acompañados de texto, descubiertos hace poco en el Lúxor, proporciona datos sobre una expedición de Ramsés contra Moab (Transjordania), donde se apoderó, entre otras ciudades, de la fortaleza de Dibón, al norte del río Arnón. La división de Siria y Palestina y, en general, la relación pacífica entre Egipto y los hititas se mantuvo durante la época del faraón Merenptah (1224-1214) y del rey hitita Tutkaliya (hacia 1250-1220), hasta la caída del imperio hitita. Los lazos que unían a las dos grandes potencias se estrecharon ante el peligro común que constituían los Pueblos del Mar.

Así a través de este panorama de relaciones internacionales, vemos que Canaán (Palestina), al oeste de Siria (la costa fenicia), y Siria me-

ridional (Transjordania) han sido continuamente reconquistadas através de campañas contínuas por parte de los faraones de la segunda mitad del segundo milenio, hasta el principio de la definitiva pérdida a principios del siglo XII cuando se intensificó la cometida de los Pueblos de Mar en todo el Mediterráneo oriental, provocando la caída del imperio hitita, y, atacaron a Egipto por mar, y por tierra através de Siria y Palestina.

Las incursiones de los Pueblos de Mar transformaron radicalmente el mapa político y etnológico del Próximo Oriente. No llegaron a entrar en Egipto mismo ya que Ramsés III, de la XX Dinastía (1182-1151), opuso una enérgica resistencia, derrotándoles en una batalla naval en el Delta del Nilo, a cinco de los Pueblos del Mar que habían formado una confederación. A continuación emprendió una expedición por tierra hasta Amurru, destruída por los invasores. A pesar de ello, los Pueblos del Mar, principalmente los filisteos y los zekkere, intensificaron su presión hacia el sur, y Ramsés no tuvo otro remedio que permitir las nuevas colonias en la costa de Palestina. Después de derrumbarse el poder egipcio, los filisteos tuvieron que entrar en lucha con el pueblo de Israel que acababa de invadir Palestina.

Durante el reinado de Ramsés III Egipto consiguió por última vez en su historia la supremacía en Palestina. Ramsés venció a los Shasu en la zona periférica de Seir, reduciendo la fuerte presión que éstos venían ejerciendo sobre la frontera egipcia, y fortificó diversas ciudades cananeas, en primer lugar las situadas en la ruta principal de comercio, la vía maris. Pero a la muerte de Ramsés siguió la decadencia del dominio egipcio en Canaán. Una última prueba de su existencia la constituye la estela de Ramsés IV, que data de mediados del siglo XII. También la disminución de la influencia egipcia fué provocada, entre otros motivos, por el Auge de Asiria y el ataque del emperador Tiglatpileser I a la región del Líbano y las ciudades costeras fenicias, entre las que hizo tributarias a Arwad, Biblos y Si-

dón. A pesar de todo, los poderosos comerciantes de las ciudades costeras fenicias siguieron manteniendo estrechas relaciones comerciales con Egipto, que intentó restablecer relaciones con el floreciente reino asirio, como lo atestigua el envío de un cargamento de animales exóticos del país del Nilo al rey asirio como muestra de amistad.

La campaña de Tiglatpileser I hacia el oeste fué un episodio aislado. Aún habían de pasar doscientos años hasta que Asiria consiguiera afianzarse en la costa mediterránea. El obstáculo más importante que se oponía en el oeste a Tiglatpileser y sus sucesores lo constituían las tribus arameas, que desde fines del siglo XII invadían Siria y la región del Eufrates hasta Babilonia. La resistencia de este enemigo, que por primera vez aparece mencionado en las inscripciones de Tiglatpileser, se refleja en más de 28 guerras que éste tuvo que emprender contra los arameos y que le llevaron hasta la ciudad de las cravanas, Tadmor, más tarde Palmira, e incluso hasta los montes del Líbano. Aproximadamente un siglo más tarde los arameos, organizados en estados, lucharían con los reyes israelitas Saúl y David por la hegemonía en el Líbano y Transjordania septentrional.

En Canaán, donde el poder egipcio había desaparecido y Asiria aún no era el factor decisivo, se desencadenó violentamente la lucha entre las fuerzas locales, en la que el pueblo de Israel jugó un papel de primer orden. Israel tuvo que enfrentarse primero a la población autóctona cananea y a los Estados periféricos de Transjordania (el reino de Moab, el de Amon, Edom y el estado-tapón de Hesbón) y más tarde a los filisteos. El hecho de que los filisteos ofrecieran resistencia al pueblos de Israel provocó una radical transformación de la vida de la nación israelita. La necesidad de una forma estatal estable, que resistiera la presión del enemigo, condujo a la instauración de la monarquía israelita en el último cuarto del siglo XII.

b- El imperio nuevo en Egipto.

a- La XVIII dinastía (hacia 1550-1314).

Egipto no practicó una verdadera política imperialista hasta iniciado el Imperio Nuevo, a mediados del segundo milenio. Durante el Imperio Antiguo (2700-2300), la política egipcia en Nubia estaba determinada principalmente por un sentimiento autodefensivo y, accesoriamen- te, por el deseo de procurarse ciertos productos exóticos. Con el Imperio Medio aparece un nuevo motivo: la búsqueda del oro. A partir de Sesostri- s I (1971-1928) comienzan a ser explotadas las minas de oro del Sudán en beneficio de Egipto, y, poco a poco, la extracción del mineral aurífero se convertirá en la más im- portante fuente de riqueza de Nubia.

Aunque las relaciones entre Egipto y los habitantes del sur son a veces borrascosas, no pasa lo mismo con Asia, donde parece que Sesostri- s I realiza una política que casi podría calificarse de entente cordiale. Esta actitud queda demostrada a la vez por las inscripciones del Sinaí y por la Historia de Sinubé.

Durante las excavaciones en Palestina y en Siria se han descubierto numerosos objetos egipcios del Imperio Medio. Como textos descartan posi- bles guerras victoriosas de los asiáticos en Egipto durante esta época, di- chos objetos no pudieron llegar allí más que, por decirlo así, pacíficamen- te. En otros términos constituyen la prueba o de un tráfico comercial en- tre Egipto y Asia o de una política sistemática por parte del faraón.

Al iniciarse el período de Imperio Nuevo, cuando Egipto surgió reuni- ficado de la larga crisis, todavía tan mal conocida, que se denomina el Se- gundo Período Intermedio, la situación no era ya ni volvería a ser como la de los Imperios Antiguo y Medio.

En el sur se establecieron nuevos pueblos, o bien los antiguos habi- tantes se organizaron, convirtiéndose en amenaza para Egipto. En el este,

el antiguo equilibrio de fuerzas se modificó profundamente: se crearon nuevos imperios, todo el Oriente Medio entró en ebullición. Egipto está demasiado cerca por su Delta de esta turbulenta Asia para poder desinteresarse en adelante de lo que allí pase. Después de todo, la ocupación de Egipto por los hicsos (desde 1700 hasta el reinado de Ahmosis I 1552-1527) le acababa de enseñar duramente que no estaba a salvo de los movimientos étnicos y que no bastaba construir fortalezas a lo largo de la frontera, como habían hecho los faraones de la X Dinastía, para ponerse a cubierto de las codicias ajenas. Por necesidad, al estado autárquico replegado en sí mismo del Imperio Antiguo y Medio va a suceder el estado agresivo, imperialista diríamos casi, del Imperio Nuevo. Pero para desempeñar un papel en el norte, los recursos del valle egipcio del Nilo son insuficientes, tanto en hombres como en materias primas. En efecto, los hicsos, al final de su ocupación, utilizaron contra Egipto todos los recursos nuevos de que disponían (los carros de combate y nuevas armas más mortíferas) y los soberanos tebanos no pudieron llegar al final más que empleando con abundancia tropas mercenarias africanas.

El paso de la XVII a la XVIII Dinastía de los reyes de Egipto, parece haber sucedido sin crisis, sin siquiera un cambio de linaje. El rey Ahmosis I (1552-1527), al que Manetón (sacerdote egipcio que escribía una historia del país en griego) ha tratado como fundador de la nueva dinastía, seguramente era un pariente próximo (puede que un hermano) de su predecesor Kames (Kamose), quién había rechazado a los hicsos desde el principado de Tebas hasta los mismos muros de Avaris, su capital. La conquista de esta capital (alrededor de 1550 por Ahmosis, es la que permite fijar el comienzo de la nueva era.

La dogmática exigía que los faraones afirmasen mediante sus edificaciones y sus armas la gloria universal de su imperio; así se explica sin

duda que las proclamaciones, las imágenes, las listas de pueblos que conmemoraban su dominio sobre la pobre Nubia presentan el mismo énfasis y la misma abundancia que las manifestaciones similares relativas a la expansión de Egipto en Asia, donde tenía que enfrentarse con un adversario más poderoso.

Los confines occidentales, en esta época, apenas presentaban problemas. Desde el reinado de Amenofis I (1527-1506), los oasis libios, propiedad egipcia desde el Imperio Antiguo, estaban debidamente administrados; sus vergeles seguían enviando cada año sus tributos de vinos selectos. Los pueblos llamados Tjehenu, instalados cerca de la Marmárica, eran de escasa importancia. Por tanto, por lo que respecta a esta zona (no sucederá lo mismo bajo los Ramsés), se estaba en libertad de maniobrar en el este y en el norte.

En el momento en que los confines arábigos del delta estuvieron completamente limpios de elementos rebeldes, Ahmosis (hacia 1530) pasó a Asia; en el camino persiguió sin duda a los dirigentes hicsos (palestinos ó hurritas de origen) que se replegaban de grado ó por fuerza hacia la cuna de sus padres. Sharuhén fue sitiada durante tres años y su toma permitió a Egipto la libre disposición del camino costero, que, partiendo de Kantara, permitía la entrada en Palestina. Al parecer este éxito no fue apenas explotado. Ahmosis que hacia 1530 utilizó en la cantera de Tura bueyes y esclavos capturados en Asia, operó al menos una vez más en terreno palestino. Del único documento que relaciona a Amenofis I con Asia, la mención sobre un fragmento de vaso encontrado en su tumba del país de Qedom (Transjordania), no se puede sacar gran cosa. La situación se precisa con Thutmosis I (1506-1494). Su estela de Tombos, fechada en su segundo año (1505), muestra que su frontera norte llegaba hasta el Eufrates. Para inaugurar venturosamente su reinado, Thutmosis hizo una campaña en la que llegó prácticamente a los límites más lejanos que jamás han alcanzado los ejércitos faraónicos, y con e-

lla penetró muy profundamente en los territorios dependientes de Mitanni. Después de su campaña en Nubia, aún hizo una nueva incursión en Asia, derrotó al rey de Mitanni y a sus carros en su propio territorio y cazó elefantes en la región de Niya (Apamé). La configuración política de Palestina y Siria prefiguraba lo que sería en tiempos de Thutmosis III y de Amenofis III.

Las tierras interiores sirio-palestinas (de poblaciones mezcladas; cananeos, amorreos, elementos hurritas), industriosas y prósperas, pero políticamente inestables y divididas, ofrecían una víctima que tentaba a todo gran Estado que se formaba en sus límites, y sus afinidades étnicas y culturales apenas significaron nada, según podemos apreciar, en las empresas de las potencias y en las maniobras de los ambiciosos príncipes locales. Las inexactitudes cronológicas impiden por el momento precisar si las lejanas empresas de Thutmosis I fueron facilitadas por la ausencia de serios adversarios, ya que los hurritas de Siria y de Mesopotamia habían quedado desmantelados recientemente por el ataque del rey hitita Murshili ó si representaban un esfuerzo por quebrantar de golpe la amenaza que Mitanni suponía para el imperialismo egipcio. Thutmosis II (1494-1490), siguiendo en algo la política de su padre, pacificó a los beduinos shasu. Estas campañas de ambos Thutmosis bastaron para hacer que parte del terreno sirio-palestino pasara a integrarse en el dominio egipcio: en una tumba preparada para Senmut en el reinado de Hatshepsut aparece la primera pintura que conocemos de la presentación solemne de los tributos. Una crítica aceptable nos permite suponer que este tipo de representaciones se remonta de hecho al reinado de Thutmosis I; la presencia de delegados egeos entre los "tributarios" nos demuestra que, a través de Asia, los faraones ya estaban en contacto con las colonias de Creta y las islas egeas.

Hatshepsut (reina madre y regente de Thutmosis III, 1490-1438) no re-

nunció seguramente a su dominio teórico sobre Asia, pero es evidente que el Imperio se desmoronó y que mientras tanto Mitanni consolidaba sus posiciones. Cuando Thutmosis III se emancipó (1468), Palestina había sacudido el yugo e incluso Sharuhén había sido evacuado (?). El ambicioso rey de Kadesh había formado una coalición que agrupaba a más de trescientos príncipes locales cuyas tropas se concentraron en Megiddo. Pero fueron derrotados por Thutmosis III. (vea mapa VII).

Desde 1466 a 1448 el rey fue casi cada año a Asia para mostrar su fuerza y sofocar rebeliones más ó menos extendidas, especialmente en los confines de sus posiciones. Una organización racional y eficaz de las comunicaciones imperiales reforzó la rapidez y la eficacia de estas intervenciones. En Menfis se había creado un poderoso arsenal, se construyó una importante flota empleando la madera del Líbano y del Sudán y una parte del tributo anual se almacenaba en las ciudades costeras de Fenicia, donde ya había un vislumbre de vocación naval. En el interior, los puntos estratégicos estaban protegidos por guarniciones permanentes... Quedaba por vencer el rival mitanio. En 1457, el ejército conquistó Qatna y, al unírsele las tropas que habían pacificado el Negev, libró una batalla cerca de Alepo y después tomó Karkemish, junto al Eufrates. Por su notable obstinación, Thutmosis se impuso en el mundo asiático. Finalmente, hacia 1448, se firmó un tratado por el cual Mitanni aceptaba que Egipto extendiera su dominio hasta el Orontes medio y las montañas amorreas. En los años precedentes aquellas potencias interesadas en el debilitamiento de Mitanni habían ido reconociendo poco a poco la preeminencia egipcia: Asiria (1468), los hititas y Babilonia (1457) y más tarde, Azzi y Alalakh. Los egeos enviaron regularmente regalos al faraón.

Y, sin embargo, en la primera mitad de su reinado, Amenofis II (1438-1412), hijo y sucesor de Thutmosis III, tuvo que volver a combatir duramen-

mente. En 1428 sofocó la rebelión de siete jefes, a los cuales sacrificó con su propia mano. En 1421 se desplazó a Siria septentrional, exponiendo su propia persona en distintas ocasiones. Dos años después tuvo que intervenir en el norte de Palestina. Estas grandes campañas permitieron deportar a Egipto millares de cautivos, tanto nómadas como sedentarios, e hicieron que Mitanni, los hititas y Babilonia enviasen embajadas conciliadoras. La frontera norte se mantuvo "hasta Naharina" (Mitanni), pero, considerando el área donde posteriormente se desarrollaron las campañas reales, parece que esta frontera se retrasó un poco respecto a la que había fijado Thutmosis III. De las hazañas militares de Thutmosis IV (1412-1402), hijo y sucesor de Amenofis II, quedan pocos documentos; sabemos que tuvo que reducir Gazer, en Palestina meridional, y que se enfrentó con Mitanni. Su tiempo coincide con un apaciguamiento general: una princesa mitania entró en el harén de Thutmosis y se firmó un nuevo tratado, que sin duda indica un repliegue egipcio, en el cual la frontera se establecía entre Kadesh y Qatna.

Bajo Amenofis III (1402-1364), la paz reinaba sobre el imperio, desde Karaoy (región de Napata) hasta los confines de Naharina (Mitanni). Hostigado por sus vecinos asirios e hititas, Mitanni enviará sucesivamente a dos princesas (Gilukhepa y Tadukhepa) al harén de Amenofis, y se vinculará a la alianza egipcia. Aparecen entonces en el mar de Siria los sharden, los primeros viajeros de los Pueblos del Mar, que hostigan a las fortalezas marítimas construidas para proteger las costas de los piratas y controlar el comercio.

Pero estas nuevas amenazas que abrumarán a los Ramsés todavía son demasiado débiles para suscitar una reacción consciente en un Egipto satisfecho. De hecho, ninguna de las inscripciones de Amenofis relata ninguna campaña real en Asia. La riqueza de Egipto en oro, las relaciones diplomáti-

cas y el control directo ó indirecto de los puertos fenicios bastan para asegurar la llegada de los productos asiáticos. La administración interior no plantea graves problemas. El equilibrio entre Tebas y la provincia está asegurado. Menfis, administrada ahora por un "gran mayordomo" particular y en la que los nobles locales repueblan con bellas tumbas las necrópolis de Saqqarah, es una segunda capital.

La época de los últimos faraones de la XVIII Dinastía (Amenofis IV-Akhenaton 1364-1347, Tutankhamón 1347-1338) ha sido de poca importancia en su influencia exterior y de crisis política interna. La restauración fue realizada con éxito por los militares: un renegado, Ay (1338-1334), que en el -Amarna había sido jefe de la división de carro, se encargó sin duda del sur; Horemheb, soldado oriundo del Medio Egipto, fue nombrado príncipe (erpa) "gran mayordomo" y general en jefe inmediato a Tutankhamon, e, instalándose en Menfis, se encargó del norte y de los asuntos exteriores.

Egipto se veía cada vez en necesidad de defender más a sus colonias asiáticas. Algunos años antes de la muerte de Amenofis III los hititas, guiados por Shuppiluliuma, comenzaron a unificar Anatolia, para invadir a continuación Siria septentrional, donde se enfrentaron con Mitanni, aliado del faraón. Entablaron una larga lucha con este reino, que finalmente redujeron al grado de vasallo insignificante, y una lucha de desgaste con Egipto, absteniéndose por todos los medios de enfrentarse directamente con él. Ciertos aliados se encargaron de socavar la dominación egipcia en el valle de Orontes y en Fenicia. En Kadesh, un candidato ayudado por los hititas se opone al candidato del faraón, mientras que Abdiashirta y su hijo Aziru, aunque, nominalmente seguían siendo súbditos del lejano Egipto, tratan mediante la violencia y el doble juego de conseguir un principado en Amurru. Los agentes de Amenofis III apenas reaccionaron ante estas amenazas. Si el viejo rey hubiese tenido como sucesor a un guerrero emprendedor, quizás al

gunas campañas reales hubieran restablecido el prestigio egipcio.

b- Los Ramesidas: dinastías XIX y XX (1309-1080).

Cuando Horemheb, antes general, pasó a ser rey, escogió como visir y erpa al futuro Ramsés I (1309-1308), que era también oficial del ejército y apenas algo más joven que él. En resumen, no sólo el primer personaje de Egipto después de Horemheb, sino también el presunto heredero del trono.

Así, pues, el futuro rey era de nuevo un hombre de ascendencia no real, ya que el título de "hijo del rey" era puramente honorífico: Ramsés no era hijo de Horemheb ni de ningún otro rey, sino de un "jefe de arqueros", llamado Sethi.

Al igual, en el caso de Horemheb, las razones de que el heredero al trono sea un soldado resultan obvias. Se trataba de la necesidad de una persona enérgica que se enfrentara a los inquietos vecinos orientales de Egipto en Palestina y Siria. No está claro cuánto territorio poseyó el fundador de la XIX Dinastía, Ramsés I en Palestina o en Siria. Es cierto que en un templo de Betshán, en el norte de Jordania, se encontró un depósito de fragmentos de cerámica para cimientos que llenaban el cartucho de Ramsés, pero es posible que se pusiera allí una vez que la plaza se reconquistó durante el reinado de su sucesor Sethi. La importancia de Ramsés I se debe menos a las realizaciones de su breve reinado que al hecho de haber llevado al poder una nueva dinastía. Esta dinastía, la decimonona en la estimación de Manetón, se esforzó enérgicamente en restaurar el imperio fundado por sus predecesores y en preservarlo de ataques procedentes del exterior.

Los relieves e inscripciones de los muros exteriores septentrional y oriental de la gran sala hipóstila del templo de Karnak, son la fuente más extensa sobre las guerras del hijo y sucesor de Ramsés, Sethi I (1308-1290). Sus escenas de batallas a gran escala son las primeras muestras existentes

de un género que fue más tarde imitado por algunos de los sucesores de Sethi. Estos relieves se complementan últimamente con las listas de las ciudades y países conquistados, del tipo de las que los faraones acostumbraban a poner en sus monumentos desde tiempos del gran conquistador Thutmosos III. Por último, algunas estelas de Sethi I encontradas en distintos lugares de Palestina, Siria y Nubia, han aportado nuevos pormenores.

Tan pronto como Sethi I ascendió al trono se puso en marcha para penetrar en Asia. Las dos estelas de Betshán muestran que la causa de la intervención egipcia fue inquietud general en el país que estaba acompañada por luchas locales, más que cualquier hostilidad sentida por el pueblo hacia los egipcios. Se ha admitido que Sethi I siguió en sus guerra asiática la estrategia antes adoptada por Thutmosis III en sus conquista de Palestina y Siria. Por tanto posiblemente Sethi I, una vez conquistada esta primera, siguió en dirección oeste hasta el mar con el fin de dejar seguros los puertos antes de volver a aventurarse por el interior de Siria. Allí hubo de tener lugar la batalla que Sethi I libró contra los hititas que, procedentes del norte, habían penetrado en Siria. En fecha desconocida, Sethi I combatió también en la frontera occidental de Egipto, y entre los relieves de Karnak figuran dos batallas victoriosas contra los libios, y una estela de su cuarto u octavo año, encontrada en Amara, en el Sudán occidental, relata su campaña contra una desconocida tierra de Irem.

El hijo sucesor de Sethi, Ramsés II (1290-1224), antes de pasar a ocuparse de Asia, tuvo que hacer frente a un ataque de los piratas sharden, luego habitantes de Cerdeña, a la que dieron nombre, si bien probablemente en aquella época estuvieran establecidos en las islas del mar Egeo. Ramsés logró aplastar con éxito el desembarco de los sharden y debió hacer gran número de cautivos que quedaron incorporados al ejército egipcio.

Una vez seguro el norte y el oeste del Delta, Ramsés II pudo concen-

trar su esfuerzo en responder a la situación mucho más grave que tenía planteada en el este, pues los hititas, cuyo avance en Siria había detenido temporalmente Sethi, volvían a reanudarlo hacia el sur bajo el rey Muwattali. Tres estelas de piedra de Ramsés II, una de ellas claramente fechada en su año cuarto, encontradas en la desembocadura del río, hoy llamado Nahr el-Kalb (al norte de Beirut), muestra que en aquel tiempo los egipcios tenían asegurada la posición de la costa de Amurru. Esto era un factor de gran importancia, ya que el río Nahr el Kalb permitía el transporte rápido de los abastecimientos traídos por mar. Sin embargo, Ramsés II, en su quinto año emprendió con su ejército la marcha por el norte hasta Siria, partiendo de la fortaleza fronteriza de Tjel. Probablemente no encontró resistencia a su paso por Palestina, ya que un mes más tarde los egipcios estaban en el valle del río Orontes, en una posición desde la que tenían al alcance de la vista a la ciudad de Kadesh, que se había convertido en aliado de los hititas. La victoria de Ramsés II sobre los hititas en la batalla de Kadesh, no resolvió definitivamente la cuestión. Quizá podamos interpretar estos hechos como una tregua momentánea ya que continuaron los choques intermitentes contra los hititas, pues el relieve que presenta a Ramsés luchando al frente de sus tropas contra Dapur, "ciudad de hititas" próxima a Tunip, a medio camino entre Kadesh y Alepo, debe referirse a un momento posterior.

No se firmó un tratado de paz entre Egipto y los hititas hasta el año vigésimo primero del reinado de Ramsés. Dos mensajeros enviados por el rey Khattushili llegaron a la residencia del Delta llevando una tablilla de plata en la que figuraba el texto del tratado en lengua babilónica y en escritura cuneiforme.

Las dos partes, Ramsés II y Khattushili, recuerdan en primer lugar la paz anterior y la guerra reciente, a continuación declaran válido el nuevo tratado para su tiempo y el venidero, renuncian a cualquier posterior con-

quista territorial, y se prometen ayuda frente a los enemigos exteriores, así como la mutua extradición de los refugiados y emigrantes políticos. Se pone por testigos a varios dioses egipcios e hititas, se profieren maldiciones contra cualquiera que, en el futuro, violare el tratado y se bendice al que lo observare.

Por desgracia, en el tratado no se especifican las fronteras, por lo que no se conoce con seguridad la extensión del poder egipcio en Siria; por supuesto, Palestina nunca había sido objeto de disputa y estaba sin discusión en manos egipcias, aunque es posible que esporádicamente fuera preciso intervenir en ella. La paz se confirmó trece años más tarde, cuando el rey hitita envió a su hija mayor, acompañada por una larga comitiva portadora de regalos, para esposa del ya entrado en años Ramsés II. El reinado de Ramsés II tuvo la inusitada duración de sesenta y seis años. Durante este tiempo el faraón llevó a cabo, a parte de sus hazañas militares, realizaciones arquitectónicas con una actividad de la que es difícil darse idea.

En tiempos del hijo y sucesor del prolífero Ramsés II, Merenptah (1224-1214), los hititas, por el extremo norte, no eran ya un peligro; su poder estaba en declive. Durante el reinado de Ramsés II sus campos se habían visto azotados por años de malas cosechas y Merenptah hubo de enviarles de nuevo barcos con cargas de grano. El peligro que esta vez amenazaba a Egipto procedía del oeste. Durante generaciones, los libios habían ido cruzando la frontera occidental e introduciéndose como emigrados en el Delta, donde los egipcios habían abandonado grandes terrenos de pastos dejándolos a los recién llegados. En el reinado de Merenptah la penetración libia alcanzó el canal que parte del Nilo, desde Heliópolis (el Cairo), en dirección noreste. Ahora había tiendas libias planteadas frente a la ciudad de Bubastis e incluso Heliópolis y Menfis corrían peligro de quedar sumergidas por oleadas de libios. Pero Merenptah derrotó al pueblo de los

Libu y su jefe Marayey pudo escapar.

Merenptah dejó muy poco en el propio Egipto, excepción hecha de una tumba en Tebas; su templo funerario ha desaparecido prácticamente. En muchos lugares se contentó con añadir su nombre a monumentos que ya existían.

Dado lo insuficiente del material disponible es difícil reconstruir la historia de la XIX Dinastía después de la muerte de Merenptah. Fue, a todas luces, un período poco brillante de luchas intestinas, pero no, desde luego, como quisieron hacer creer posteriormente los reyes de la XX Dinastía, una serie de años de anarquía completa. Según aquellos a los años de anarquía siguió el reinado de un usurpador sirio y sólo la XX Dinastía volvió a implantar el orden en el país.

Nada se sabe acerca de la transición entre las Dinastías XIX y XX, salvo el simple hecho de que inmediatamente después de los débiles reinados de Merenptah-Siptah (1208-1202) y de Tuoare (1202-1194) vino el de Sethnakht (1184-1182) fundador de la XX Dinastía. La firme mano del nuevo faraón restableció el orden interior en el país. Las condiciones eran similares entonces a las imperantes cuando Horemheb asumió el poder a fines de la XVIII Dinastía, por lo que quizá pueda conjeturarse que también Sethnakht fuera un oficial del ejército cuyo gobierno se aceptó cuando todo el mundo llegó a admitir que el peligro exterior que amenazaba a Egipto requería una persona enérgica en el trono.

Su hijo, Ramsés III (1182-1151), estaba decidido a emular a su ilustre tocayo de XIX Dinastía, ya que no sólo llevaba su nombre, sino que también dio a sus hijos los nombres de los hijos de Ramsés II. Su actividad constructora alcanzó a todo el país, aunque es muy poco lo que de ello se ha conservado.

En su reinado se produjo el conflicto con los enemigos que invadieron la frontera egipcia por el norte. Este avance septentrional procedente de

Asia Menor y de las islas del Egeo, hasta Siria y Palestina se produjo en el año octavo de Ramsés III, y formaba parte de un vasto movimiento de pueblos emigrantes, entre los cuales los más numerosos y famosos eran los peleset, y los Tjeker. Asolaron y ocuparon la costa de Amurru y pusieron fin al gobierno egipcio en Siria. Aunque se dice que Ramsés III avanzó hasta Palestina para encontrarse con ellos, no cabe duda de que en realidad Egipto estaba completamente a la defensiva y que las batallas decisivas contra los septentrionales se libraron, en última instancia muy cerca de la frontera egipcia. Dos riadas de enemigos se aproximaban a Egipto: una por tierra en carros tirados por caballos, con las familias en carretas de bueyes, y otra por mar en una flota que penetraba por las bocas del Nilo. Ambas fuerzas enemigas fueron derrotadas. No se dice mucho de la batalla en tierra, pero los relieves de la batalla naval, la primera de este tipo que se conoce en la historia, contiene algunos detalles interesantes.

La victoria terrestre y la naval permitieron a Ramsés III expulsar a los peleset y a los Tjeker del territorio egipcio propiamente egipcio, pero evidentemente los egipcios no contaban con las fuerzas suficientes como para expulsarlos de Palestina y Siria.

Estas guerras ocuparon completamente el primer tercio del reinado de Ramsés III. Considerando sus resultados, se puede decir que fueron permanentes en el este. No vuelven a tenerse noticias de amenazas en estas fronteras hasta el ataque sirio del siglo VIII a.C., aunque las posesiones asiáticas se perdieron bajo Ramsés III o bajo sus inmediatos sucesores. No obstante, en el oeste la tranquilidad fue sólo temporal y la presencia de los libios en Egipto se menciona repetidamente más tarde, en el curso de la XX Dinastía.

Después de la desaparición de Ramsés III asesinado en una conspiración palaciega, el resto de la XX Dinastía son ocho reyes, todos los cuales se

llaman Ramsés, aunque cada uno con un prenombre distintivo. El primero de ellos, Ramsés IV (1151-1145), el único en todo este período cuyo reinado puede fijarse, reinó durante seis años y su reinado no careció de esplendor gracias a su actividad constructora; de los restantes, Ramsés IX (1127-1110) y Ramsés XI (1107-1080) reinaron respectivamente diecisiete y veintisiete años como mínimo, mientras que los reinados de todos los demás fueron de corta duración. Cuando murió Ramsés XI, y fue el último rey que se enterró en el Valle de los Reyes, el nuevo faraón no fue el gran sacerdote de Tebas, sino Nesubanedjeb (Smendes): el fundador de la XXI Dinastía tanita.

3- LA PRIMERA MITAD DEL PRIMER MILENIO

A- Siria y Palestina desde fines del siglo XI hasta fines del siglo VI a.C.

Los cinco siglos de la historia de relaciones internacionales sirio-palestinas que vamos a tratar seguidamente se dividen en tres períodos; 1025-880, 880-745 y 745-538. Siria-Palestina pudo disfrutar en el primero de la libertad que le había proporcionado en el siglo XII el fin de la supremacía egipcia sobre este territorio. Durante el segundo período una nueva gran potencia extranjera, la asiria, alargó la mano hacia Siria-Palestina. En el tercer período esta gran potencia, que había sido sustituida a finales del siglo VII por la babilónica, somete a Siria-Palestina por completo. Gracias al Antiguo Testamento disponemos de múltiples e interesantes datos sobre los territorios dominados por Israel y sus países vecinos: los filisteos en el oeste, los edomitas en el sur, los moabitas y amonitas en el este, los arameos en el noreste y los fenicios en el noroeste. No será necesario dedicar un capítulo exclusivo a la historia de los filisteos, edomitas, moabitas y amonitas, que puede narrarse en relación con la historia de Israel por estar vinculada estrechamente a ella.

B- Independencia de Siria-Palestina (1025-880 A.C.)

Siria-Palestina cultivó desde el principio del siglo XII, durante doscientos años, su independencia, fomentando en todo su territorio la aparición de estados independientes, generalmente en forma de reinos. Por otro lado no cabe duda de que la monarquía surgió bastante tarde en Israel: dos e incluso tres siglos más tarde que entre sus vecinos los edomitas, moabitas y amonitas, cosa que puede estar relacionada con la religión de Israel, según la cual no debe existir un rey terrenal. En todo caso parece haberse manifestado esta convicción con motivo de la elección de Saúl, el primer rey de Israel.

Lo que indujo a Israel a instaurar la monarquía fué por un lado la ayuda solicitada a todas las tribus israelitas por la ciudad de Jabes Gailad, en Jordania oriental, gravemente amenazada por los amonitas (I Sam. 11), y por otro lado la presión cada vez más fuerte que ejercían los filisteos sobre las tribus israelitas de Palestina central (I Sam. 13, 19-22). Saúl empezó su reinado con una brillante victoria contra los filisteos, que hasta entonces habían oprimido pesadamente a Israel. También salió victorioso Saúl de sus guerras contra Moab, Amón, Edom, Aram-Soba y los amalecitas. Tenemos escasa información sobre estas luchas, así como sobre la política exterior de Saúl. Como fuente sólo disponemos de I Sam. 14, 47-48, lo cual afirma que Saúl siempre salió vencedor de estas guerras, aunque se le acusa de haber actuado siempre criminalmente. Moab, Amón, los filisteos y Amalec son pueblos que ya en la época de los jueces aparecen como enemigos de Israel y que, junto a Edom, seguirán siendo más tarde, bajo David y en épocas posteriores. Después del asesinato de Eshbál hijo y sucesor de Saúl, quedaba para David, por fin completamente libre el camino al poder sobre Israel. La unión de los dos estados el estado del norte, Israel, y el estado del sur Judá fué obra de David y para ello arrebató a Jerusalem de los jebuseos con el fin de hacer de ella capital de su reino, tenía treinta años cuando fué nombrado rey y reinó cuarenta años, siete años y seis meses en Hebrón, sobre Judá, y treinta y tres en Jerusalem, sobre Israel y Judá.

Sobre la política exterior de David disponemos por desgracia de una información muy precaria, como en el caso de Saúl. Esto es muy lamentable, ya que David llevó a cabo una obra inmensa en política exterior y llegó a constituir un auténtico imperio. En realidad fué la única vez en la historia de Siria y Palestina en que Siria-Palestina llegó a formar una gran potencia, sustrayendo a la influencia de las potencias que tenían su centro

fuera de Siria y Palestina.

David obtuvo dos victorias sobre los filisteos poco después de la conquista de Jerusalén. II Sam. 10-12 trata con bastante detalle las luchas de David contra los amonitas y los arameos, aliados a éstos en un principio. Los arameos (más exactamente, su jefe supremo Hadadezer, rey de Soba, reino situado en la zona oriental del Líbano) reanudaron por su cuenta la lucha contra Israel; Hadadezer reunió a los otros ejércitos arameos, entre éstos a los "de más allá del río", o sea, de las regiones del desierto sirio que limitan al oeste con el Eufrates en la ciudad de Hebrón, probablemente situada al norte de Jordania oriental. David avanzó sobre Helam y atacó a los arameos aliados infligiéndoles una grave derrota por lo que éstos se le sometieron renunciando a su intención de seguir prestando ayuda a los amonitas. A la guerra de David contra Hadadezer de Soba fueron también arrastrados los arameos de Damasco, que acudieron en ayuda de éste, posiblemente cumpliendo algún pacto.

De los filisteos dice II Sam. 8,1 que David los derrotó y humilló ("les quitó la cuerda de medir"). Y no aparecen citadas otras medidas, como imposición de un gobernador militar, pago de tributo, etc.

De la victoria de David sobre los moabitas trata solamente 8,2 allí se relata una terrible matanza que desencadenó David entre los moabitas como sucedió también en Edom, según I Reyes 11,15-16. Se añade que los moabitas se convirtieron en vasallos de David, pagándole un tributo que, según II Reyes 3,4, consistió un siglo más tarde en la entrega anual de 100.000 carneros. Tal vez dejase David al rey moabita sobre su trono, aunque muy limitado en sus poderes, como sucedió posiblemente con el rey amonita, pese a II Sam. 12, 30-31, en donde se habla de la condena de los amonitas vencidos a duras penas de trabajo forzado. De todas maneras volvemos a encontrar reyes en Moab (II Reyes 3) y en Amón (Jer. 27,3), como también por cierto en

Edom (II Reyes 8,20). De Edom dice II Sam.8,13ss., que fué derrotado por David en el valle de la Sal, tras la victoria de los arameos; se le impuso un gobernador militar y todo Edom quedó sometido.

Entre los pueblos vencidos por David (según II Sam.8,1-14) no son mencionados los fenicios. Esto no es casual: por el contrario, existieron entre las ciudades fenicias y David relaciones amistosas (I Reyes 5, 15-25, 32;9,10-14) que se mantuvieron tales bajo el reinado de Salomón y aún más tarde.

Salomón supo conservar, en general, el gran reino de Israel creado por David su padre, pero poco después de su muerte se separaron los dos estados, y el desmoronamiento del reino istaelita fué aprovechado por vecinos astutos, pues los estados separados carecían evidentemente de la capacidad defensiva que había tenido el antiguo reino único. De los dos grandes imperios el del noroeste y el del suroeste, que venían aspirando desde hacía tiempo a dominar Siria-Palestina, llegando a luchar entre sí por la consecución de sus pretensiones, el primero, el asirio, todavía no era entonces lo bastante fuerte como para intervenir decisivamente en Siria-Palestina. Ha--bría de pasar aproximadamente medio siglo hasta que ésto fuera posible. Pero el entonces representante del otro imperio, el fundador de la XXII dinastía egipcia, el faraón Sheshonq (Sisac), sí pudo intervenir en Palestina en el quinto año de Roboam, o sea, poco después de la división del reino israelita, causando graves daños tanto a Judá como a Israel (I Re.14,25-28;AOT, págs.98-99; AOB,núm. 114; ANET, págs.263-264;ANEP,núm.349). Tampoco los pueblos vecinos menos importantes, como los edomitas, moabitas, amonitas, fi--listeos y arameos, dudarían en aprovechar en su favor la debilitación sufrida por los israelitas a raíz de la división del reino.

-745 A.C.)

Un siglo y medio después de que Tiglapileser I (1117-1078) demostrase el poderío de Asiria avanzando hacia 1100 hasta el mar Mediterráneo, recibiendo en Sidón, Biblos y de la isla de Arvad regalos a modo de tributos, el rey asirio Aurnasirpal II (884-858) reanuda los ataques contra el norte de Siria, comete graves destrozos y recibe tributo de muchos estados, entre ellos Tiro, Sidón, Biblos y Amurru. La mayor parte de sus sucesores, sobre todo Salmansar III (858-824) Adadnarrá III (811-781), Salmanasar IV (781-772) y Aahshurnarári V (754-745) prosiguieron, aunque con diverso ímpetu, las campañas contra Siria-Palestina y la recaudación de enormes tributos de los países sometidos. Salmanasar III que se precia de haber cruzado veintinueve veces el Eufrates, recibió tributos de muchos estados sirios y palestinos: Karkemish, Alepo, Hamath, Damasco, Tiro, Sidón y Bit-Khumri "Casa de Omri" o sea, Israel. Adadnarrá III nombra aproximadamente los mismos estados como vasallos y tributarios suyos y añade Edom y Filistea. La auténtica dominación de Siria-Palestina, sin embargo, no se llevó a cabo hasta Tiglatpileser III (745-727). Parece que los estados sirio-palestinos no supieron ver o no tomaron lo bastante en serio el grave peligro que constituían los constantes ataques que los asirios dirigían contra su país desde hacía siglo y medio. Por ello su política interior gira exclusivamente alrededor de su propio eje, y creían poder permitirse luchar contra sus próximos vecinos.

En la segunda invasión del arameo Benhadad rey de Damasco contra Israel (I Re. 20, 22-43) se menciona, como el rey israelita Omri se vio obligado a permitir a Benhadad la creación de factorías en Samaria, nueva capital por él creada, lo que demuestra que Omri había sufrido una derrota ante Damasco. El que Omri sucumbiese ante Damasco nos da una idea del poder que tuvo entonces este estado. También Ahab, hijo y sucesor de Omri, se vio enfrentado desde el primer momento a esta supremacía de Aram-Damasco. Pero la

Batalla que tuvo lugar cerca de la ciudad de Afec, situada probablemente al este del lago de Genezareth, terminó con una completa derrota de Benhadad, quien obtuvo clemencia humillándose ante Ajab, teniendo que aceptar duras condiciones de paz, entre ellas la de conceder al vencedor el derecho de crear factorías en Damasco igual que algunas décadas antes Omri había tenido que dar a Benhadad el permiso de fundar factorías en Samaria. Tres años después —así figura en I Re. 22, 1-38— era Ajab el agresor, apoyado por el rey judío Josafat. En esta ocasión se trataba de la reconquista de la ciudad de Ramoth de Galaad, en el noreste de Jordania, motivo de litigio entre Israel y Damasco. Ajab estimó quizá que la debilitación sufrida por Damasco tras su participación en la batalla de Qarqar había sido tan grande que un ataque contra el territorio de Jordania oriental reclamado por Israel, pero gobernado por Damasco, se vería coronado por el éxito; pero su esperanza no se cumplió, pues los israelitas fueron derrotados en Ramoth de Galaad (I Re. 22, 1-40) y los arameos asediaron Samaria. También Joram (851-845), hijo y sucesor de Ajab, tuvo que luchar contra Aram-Damasco.

Mesa 6 Meshaa de Moab, que había estado pagando a Israel el enorme tributo de 100.000 corderos y la lana de 100.000 carneros (II Re. 3,4) suspendió, tal vez animado por la derrota sufrida por Israel ante los arameos, el pago de éste tributo. La noticia que da de ello II Re. 3,4-5 se ve confirmada por una estela encontrada en 1869 en Diban, la antigua ciudad moabita de Dibón, que ahora se encuentra en el Louvre y que mandó erigir Mesa hacia 840 en memoria de la liberación de su país del yugo israelita. La sublevación de Edom contra su soberano judío pudo deberse, igual que la escisión de Moab de Israel, a la debilitación sufrida por Israel y Judá a causa de los arameos. El peligro arameo constituía una amenaza, tanto para el estado del norte, Israel, como para el sur, Judá, bajo Jehú de Israel (845-818) y su hijo Joacaz (818-802) como bajo su contemporáneo el rey judío Joás (840-

801). Según 10,32-33, Hazael de Damasco arrebató a Jehú todas sus posesiones en la tierra del Jordán oriental, seguramente en venganza por haber prestado ayuda Jehú a Salmanasar III (858-824) en su ataque contra Damasco y haberse sometido al rey asirio pagándole tributo. Hazael había ocupado Judá hasta Gath y Joás sólo había podido evitar el asedio de Jerusalén con el pago de un fuerte tributo. También Joacaz (818-802), hijo y sucesor de Jehú, estuvo expuesto a los ataques de Hazael y de su hijo Benhadad III y tuvo que soportar un riguroso desarme. Pero Israel pudo liberarse al final del poder de Aram, y ésto parece indicar que Israel recuperó entonces los territorios que le habían sido arrebatados por Hazael, tal triunfo se atribuye a Jeroboam II (787-747).

Bajo Joás de Israel (802-787) y Amasías de Judá (801-773) disminuyó la presión de los arameos de Damasco sobre Israel y Judá, lo que puede atribuirse a que Damasco estaba expuesta a nuevos peligros por parte de los asirios. Según II Re.13,22-25 Joás pudo incluso arrebatarse de nuevo a Benhadad III las ciudades que éste había tomado a su padre.

Los estados arameos de Hamath y Damasco estaban junto con Ajab de Israel a la cabeza de la gran coalición de estados sirio-palestinos contra los que luchó el rey asirio Salmanasar III en 853 al pie de la fortaleza de Qarqar (21) perteneciente a Hamath. Aunque el rey asirio, se adjudica la victoria, no pudo quebrar esta batalla la resistencia de la coalición. En todo caso tuvo Salmanasar que llevar a cabo aún múltiples campañas contra Hamath y Damasco. Y Arpad, aparece en el canon de los epónimos (22), en el año 805 como objeto de una campaña de Adadnarári III (811-781). En 754 tuvo que someterse Matiel rey de Arpad a un tratado bastante desventajoso para él con Ashurnarari V (754-745) que tal vez respondía a los esfuerzos de Sardur II de Urartu por levantar los estados sirios contra Asiria y que debía ligar Matiel a Asiria. Matiel, sin embargo, no se atuvo durante mucho tiempo a éste

tratado y pasó al lado de Urartu, lo cual, como veremos, condujo a que Tiglatpileser III se dirigiese al principio de su reinado contra Arpad, que conquistó en 740 y destruyó totalmente después de tres años de asedio.

La verdad, es que desde el principio del siglo IX Siria y Palestina empezaron a sentir el resurgir del imperio asirio y sus avances hacia el mar Mediterráneo; lo mismo sucede con las ciudades comerciales y los puertos fenicios, pese a que éstas ciudades conservaron su autonomía entre el 880 y el 745. Sin embargo, desde el resurgimiento de Asiria, las ciudades fenicias se vieron sometidas una y otra vez al pago de fuertes tributos. Tiro y Sidón aparecen nombradas con mucha frecuencia.

Un claro símbolo de la supremacía que ejerció el imperio asirio en el siglo IX sobre la costa fenicia en el relieve que mandó erigir un rey asirio, probablemente Salmanasar III (858-824), en la margen meridional de Nahr el-Kalb, cerca de la desembocadura de éste río en el Mediterráneo, junto a una inscripción que el faraón egipcio Ramsés II (1301-1234) había mandado grabar cuatro siglos antes.

D- Siria-Palestina como parte de los imperios asirio y babilónico (745-538 a.C.).

Si hasta la mitad del siglo VIII los sirio-palestinos habían ignorado o subestimado el peligro que les amenazaba por parte de los asirios, todo cambia de golpe cuando Tiglatpileser III (754-727) reanuda con energía y violencia hasta entonces inauditas la política dirigida a someter Siria-Palestina, recurriendo sin escrúpulos al método de la deportación, ya utilizado por algunos de sus antecesores. En los primeros años del reinado de Tiglatpileser, Azriya'u de Ya'-udi Sam'al formó una gran coalición prácticamente con todos los estados sirio-palestinos y dirigida contra Asiria, partiendo seguramente de una anterior coalición sirio-palestina dirigida por Ya'udi y de la que Je

roboam II había apartado a Hamath y Damasco para integrar estos países bajo su propio dominio. Tiglatpileser se vió ante la necesidad de destruir esta coalición, cosa que hizo concienzudamente. Grandes zonas de Siria fueron anexionadas a Asiria después de la deportación de su población, entre ellas 19 provincias de Hamath, quedando sometidos al pago de tributos muchos esta dos, ciudades, pueblos y tribus. Entre los tributarios figuran Rezin de Da- masco, Menhem de Samaria, Hiram de Tiro, Sibittibi'ili de Biblos y Zabiba, reina de Arabia. El rey asirio conquistó Damasco (734) y anexionó al impe- rio asirio Aram-Damasco. También Israel sufrió un duro castigo. Tiglatpile- ser dejó que subsistiera el estado de Efraím, pero grandes zonas de la lla- nura costera de Galilea y Galaad se convirtieron en provincias asirias. Sal manasar V (727-722) de Tiglatpileser oprimió las aspiraciones de los esta- dos sirio-palestinos a la independencia ayudados por Egipto. Sargón II (722 -705) conquistó Samaria, y llevó prisioneros a los israelitas a Asur, asen- tándoles en Halah y a orillas del Khabur, un río de Gosan, y en las ciuda- des de la Media, y así Israel desaparece entonces de la historia; sólo Judá subsistiría, hasta caer también en 587, para volver a renacer en 538 en for ma de estado eclesiástico. En cuanto a la relación de Ezequías rey de Judá con los asirios, parece que su política hacia ellos osciló entre la afirma- ción de independencia y el reconocimiento de su soberanía, según las muy di versas circunstancias políticas de su reinado. Un hecho que demuestra los deseos de Ezequías de conservar la independencia de su pueblo frente a los asirios es la rapidez con que aceptó, al menos al principio unirse a una co alición dirigida contra los asirios, mostrando al emisario babilónico su pa lacio entero, el arsenal y el tesoro, dándole a entender que se encontraba bien armado para la guerra y que constituía un valioso aliado. La adverten- cia que hace Isaias en Is.20,1-6 a Judá, Edom, Moab y las ciudades filis- teas, con Asdod a la cabeza, que según las inscripciones de Sargón, partici-

paron en un levantamiento contra Asiria, confiando en Egipto, dicho levantamiento de esa coalición sirio-palestina fracasó y condujo en 711 a la conquista de Asdod por los asirios. La muerte de Sargón (705) provocó levantamientos en Siria y Palestina, al igual que en otras partes del imperio asirio. Ezaquías, que desempeñó un papel importante en éstos acontecimientos, sufrió todo el rigor del tribunal de castigo de Senaquerib (705-681), sucesor de Sargón. Después de derrotar Senaquerib en Eltheke, en el suroeste de Palestina, al ejército egipcio que acudió en ayuda de los insurrectos, Ezaquías, al igual que los ecronitas del bando antiasirio, sufrió un duro castigo mientras que Padi era entronizado de nuevo por Senaquerib en el trono de Ecrón. Judá, la tierra de Ezaquías, fué completamente devastada y privada de una considerable parte de su población. El propio Ezaquías fué encerrado en Jerusalén y obligado a consentir la cesión de grandes territorios a los reyes de Asdod, Ecrón y Gaza y el pago de un enorme tributo (AOT, page. 352-354; Anet, page. 287-288; Dott, page. 64-73, Lám.IV). Josías (639-609), se dedicó por completo a su reforma del culto, en la que al parecer concurrieron la religiosidad y el sentimiento nacional. Pero a la realización de sus planes contribuyeron fundamentalmente las circunstancias políticas de entonces, que permitían a Judá y a los otros estados sirio-palestinos, aun relativamente independientes, una mayor libertad de acción que la que había existido antes. Si ya bajo Asurbanipal (669-627) había perdido el imperio asirio gran parte de su antiguo poder, prosigue esta decadencia bajo sus sucesores. Ya conquistada Asur, caen Nínive en 612 y Kharrán en 610 en manos de los babilonios y medos aliados que asumen la herencia de Asiria. Este desmoronamiento de la autoridad asiria, provocó en los estados sirios y palestinos, el deseo de la libertad nacional y religiosa, como era característico de la antigüedad, prueba de ello que cuando el faraón Nekao trató de avanzar en 609 hacia el Eufrates para ayudar contra los aliados babilonios y medos a los asirios,

antiguos enemigos de Egipto, considerados entonces dignos de apoyo ante el resurgimiento de los babilonios, le salió al encuentro Josías en Megiddo con un ejército, para impedir que Egipto se constituyese de nuevo en amo de Siria y Palestina, Nekao salió victorioso de este encuentro y Josías encontró la muerte, perdiendo así Judá la libertad obtenida inesperadamente gracias al desmoronamiento de Asiria.

El fracaso de Josías en el intento de defender la libertad de su país frente a Nekao dio lugar a que éste se convirtiese en soberano de Palestina y Siria, aunque solo durante algunos años. Sin embargo, en este lapso de tiempo Judá sufrió el rigor de la dependencia de Egipto. El hijo de Josías, Joacaz, que había sido proclamado sucesor de su padre por el pueblo, fue destituido inmediatamente por Nekao. En su lugar nombró rey a su hermano Eliaquim, dándole el nombre de Joaquim para indicar que el nuevo monarca era un producto suyo, igual que, según II Reyes 24,17, Nabucodonosor cambiaría diez años más tarde el nombre de Matanías, impuesto por él en el trono de Judá en lugar de Joaquim al que había deportado a Babilonia, por el de Sedecías.

En el año 605 se produce un cambio fundamental en la situación política del Próximo Oriente. Entre los dos pretendientes a la posición de Siria y Palestina, los egipcios dirigidos por el faraón Nekao y los babilonios al mando del príncipe Nabucodonosor, se libra en Karkemish, a orillas del Eufrates, una batalla que terminó con la derrota de los egipcios y decidió que los babilonios, en primer lugar el rey Nabucodonosor (605-562), fueron los amos de Siria y Palestina, como aparece escrito en II Reyes 24, 7 con clásico laconismo: "El rey de Egipto ya no salió más de su país, porque el rey de Babel le arrebató todo lo que le había pertenecido, desde el río de Egipto hasta el Eufrates", o sea toda Siria-Palestina. II Reyes 24, 1-6, relata que Joaquín fue leal a Nabucodonosor durante tres años, pero

que luego lo abandonó, por lo que Nabucodonosor incitó a bandas arameas, moabitas y amonitas a realizar incursiones contra Judá, llevando a Joaquín prisionero a Babilonia por poco tiempo, para regresar después a Jerusalem a su trono. (Para ver el imperio neobabilónico, MapaVIII).

En agosto de 587, Nebuzardán, jefe de la guardia personal de Nabucodonosor, provistos de amplios poderes, destruyó completamente Jerusalem, derribó las murallas, redujo a cenizas el templo, el palacio y otros edificios. Así desapareció el estado de Judá, y probablemente su territorio quedó anexionado a Samaria. En cuanto a la política asiria en la costa fenicia de ésta época, Sargón II (722-705) arrebató a Tiro sus colonias de Chipre. Senaquerib (705-681) pudo asimismo someter a las restantes ciudades fenicias. En Sidón impuso Senaquerib a un llamado Ethba'al. Para Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-626), que habían extendido su reino hasta Egipto, tenía capital importancia que se mantuvieran tranquilas las ciudades fenicias situadas en la ruta de Asiria a Egipto. En 671 Ba'al cedió a la tentación de participar en una coalición de príncipes sirio-palestinos, apoyada por Taharqa de Etiopía, contra Asiria y tuvo que permitir, al ser sofocado el levantamiento, que se convirtieran todas sus posesiones del continente en provincia asiria, comprometiéndose en un pacto a reconocer la autoridad de un gobernador asirio que se le impuso como adjunto. Ba'al se rebeló, a pesar de éste tratado (23), contra el sucesor de Asarhaddón, Asurbanipal, y tuvo que pagar un alto precio. Las últimas décadas del siglo VII, que vieron la decadencia y la caída de Asiria, deben haber supuesto un cierto alivio para las ciudades fenicias y haberles permitido la recuperación de una u otra posición importante. Pero cuando Nabucodonosor fue proclamado rey del imperio babilónico, surgido en lugar del asirio, y empezó a reclamar derechos sobre Siria-Palestina, se vieron las ciudades fenicias de nuevo amenazadas en su autonomía, lo que reavivó sus tendencias a unirse con otros estados sirio-palestinos también a-

menazados. La resistencia contra Nabucodonosor estaba animada entonces por Tiro y su rey Ethba'al II fué sofocada, y éste rey fué destituido, poco después de la toma de Jerusalém en 587.

Hacia finales de la primera mitad del siglo VI se multiplicaron los síntomas que anunciaban un cambio en la situación política del Oriente Medio debido a la derrota de los asirios ante los medos y babilonios aliados (612), que había reportado a éstos la supremacía sobre Siria y Palestina, y sobre todo a la intervención de Ciro II (559-529). Este se rebeló contra su soberano medo Astiages, ocupó grandes zonas del reino medo, derrotó en 546 a Creso de Lidia y conquistó su capital Sardes. Estos triunfos del rey persa obligaron a las potencias que se veían amenazadas por él a una alianza y a la defensa, sobre todo al faraón Amasis y al rey de Babilonia Nabónido.

El paso del poder de los babilonios a los persas fué aceptado al parecer tranquilamente por las ciudades fenicias.

E- Persas, griegos, romanos y arabia.

La ruina del imperio asirio a fines del siglo VII a.C. marca el fin de una época de la historia de Asia Menor. Todos los pueblos del Oriente Medio, desde Armeni y Anatolia oriental hasta Egipto, habían vivido por espacio de siglos bajo el terror de los asirios; su ejército era tenido por invencible, y no había muralla que fuera capaz de resistir a sus máquinas de asedio. Hacia fines del siglo VII se mostraron las primeras grietas en el edificio del imperio, hasta entonces tan orgulloso, y al caer en ruinas el año 612 su capital, Nínive, estaban allí los ejércitos de los neobabilonios (caldeos) y de los medos aliados, que en esta ocasión participaron en la historia universal por vez primera. El soberano medo Ciaxares fué quien puso fin, el año 610, en la batalla de Kharrán (Mesopotamia septentrional) al último y efímero reino de los asirios, al reino de Ashshuruballt. A partir de éste momento la parte norte de Mesopotamia perteneció a los medos y constituyó una posición muy importante, ya que les aseguraba, al descender de las alturas de los Zagros, el enlace con las antiquísimas ciudades de alta cultura mesopotámica. El avance médico a través de Armenia hacia Capadocia puso a los iranianos en conflicto con los lidios; se llegó junto al río Halys, en la Anatolia oriental, a un choque bélico, y luego a un tratado que fijaba el río como frontera entre Lidia y Media (585). A partir de dicho año Asia Menor queda bajo el signo de cuatro grandes potencias: Media, Neobabilonia, Lidia y Egipto. El mayor de éstos imperios es indudablemente el médico, y es el primero que fué creado por los iranianos. (Imperio persa, Mapa IX).Ciro, quien tomó en 559, en Pasargada, la sucesión de su padre, Cambises, es el soberano que por primera vez llevó el pueblo persa al frente de la familia de pueblos irania. Con el levantamiento de Cyrus contra el dominio de los medos en el año 550 empieza el ascenso del pueblo persa bajo el dominio de los aqueménidas. Al igual que el medo Ciaxares, también Cyrus se volvió primero contra los

lídios, pero ésta vez con éxito decisivo: después de una victoria en Pteria, cayó Sardes (en Anatolia Occidental) en manos de los persas la capital del imperio lidio en 547. Después de la conquista del reino de Lidia, Persia se había convertido en gran potencia mundial cuando Ciro hubo sometido al oriente iranio, hasta las fronteras de la India, y finalmente también contra los antiguos aliados del reino caldeo de Neobabilonia y su capital Babilonia cayó en 539.

Los soberanos de Siria se apresuraron a rendir homenaje al nuevo señor. Poco tiempo después, el imperio persa había llegado por Siria y Fenicia al mar, y las flotas de las ciudades marítimas fenicias estaban a disposición de Ciro. Siria había caído en poder de los persas probablemente al año 534, con Fenicia pertenecieron primero a la gran satrapía de (Babilonia y la tierra del otro lado del río", esto es, Siria), pero más tarde se convirtió en provincia a parte, con un sátrapa propio que residía, al parecer, en la ciudad de Trípoli. El resto de Siria fué dividido en una serie de pequeñas satrapías subordinadas. De éstas están atestiguadas por las fuentes: Samaria, Idumea, Moabitis y Amonitis.

Los persas eran extraordinariamente tolerantes, y ésta tolerancia la apreciaron los pueblos de Siria, sobre todo en materia de religión, con particular agradecimiento y la administración persa en conjunto logró despertar confianza en los habitantes, incorporar Siria al imperio y, además, fomentar cierto sentimiento de patriotismo imperial; en efecto, la población se vanagloriaba con legítimo orgullo de pertenecer a un imperio que durante muchos decenios había sido una verdadera potencia mundial y que era, en su época, la única.

El acontecimiento más importante de la historia de Siria y Fenicia es, a mediados del siglo IV, la defección de Tener rey de Sidón (350 ó 349 a.C.) encabezando una sublevación de las ciudades fenicias a causa del mal trato

por parte de los sátrapas. El movimiento tuvo su origen en la ciudad de Trípoli, estableciendo un enlace con el rey Nectanebo II de Egipto, que había rechazado el ataque de los persas contra Egipto. La superioridad numérica persa indujo finalmente al rey sidonio Tenes a pesar de la ayuda egipcia a entablar negociaciones secretas con el gran rey Artajerjes III Oco. Las otras ciudades fenicias volvieron a caer bajo el dominio de los persas (probablemente el año 344 ó 343), aunque por un período de tiempo relativamente breve, es decir, hasta la llegada de los griegos después de la batalla de Issos el año 333/32. (Imperio Alejandro Magno, mapa X).

En cuanto a Arabia (la península), también fué gobernada por los persas, sobre todo debido a que la atraviesan muchas rutas comerciales de caravanas. Preocupado por sus tributos y por el comercio de sus súbditos, el gobierno persa parece haber enviado entonces a Dedán (24) un peha, esto es, un gobernador, a menos que lo hubiera ya anteriormente, aunque el cargo y el título pasaron más adelante a naturales del país que en aquél entonces servían animales siendo criadores de camellos, para las caravanas que llevaban incienso y mirra hacia el norte.

Los griegos llegaron a la zona como conquistadores después de la batalla de Issos el año 333/32 dicha batalla se libró en el llano litoral sirio, entre los macedonios y griegos por un lado mandados por Alejandro, y por el otro los persas mandados por Darío III. Gracias al valor personal mostrado por Alejandro y la pérdida de nervios seguida por la fuga del rey persa, los macedonios ganaron la batalla cayendo así Siria bajo su poder. Alejandro después de recibir en Egipto de manos de los sacerdotes la doble corona del Alto y el Bajo Egipto. El año 331 el monarca volvió a dejar Egipto y emprendió marcha através de Siria hacia Persia. Darío no aprovechó el casi un año y medio de ausencia de Alejandro para reorganizarse, y movilizar los recursos de su imperio. Es curioso, por lo demás, que los persas no realiza--

ran el menor intento de atacar las comunicaciones en la retaguardia de Alejandro. Por el contrario, le esperaron en Mesopotamia, más allá del Tigris, cerca de la ciudad de Guagamela (TalGomel, a unos 35 kilómetros al norte de Mosul). He aquí se libró una batalla, el 1 de Octubre del 331, que decidió la suerte del imperio de los aqueménidas. La muerte del último soberano de la casa de los aqueménidas (Darío III) constituye uno de los momentos más decisivos de la vida de Alejandro que tenía ahora a sí mismo como el soberano legítimo de todos los pueblos del imperio persa.

Alejandro no llegó desgraciadamente a organizar ni administrar los territorios inmensos por él conquistados debido a su muerte temprana y su imperio no tardó en desmembrarse en el curso de las luchas entre sus generales en menos de cincuenta años.

Sobre las ruinas del imperio de Alejandro había surgido tres reinos principales, que se mantienen y entre los que se establece un equilibrio que contrasta con las ambiciones imperialistas de los Diádocos. Cada una de las familias reales-Atigónidas en Macedonia, Seléucidas en Asia, Lágidas en Egipto- posee su reino como un dominio hereditario, y, en último análisis, por derecho de conquista.

Por Siria entendemos aquí la región comprendida entre Poseidón, al norte, y la frontera egipcia. Es el V nomos (distrito fiscal) de Heródoto, la tierra que unía a Egipto y Mesopotamia, que desde los primeros tiempos ha desempeñado un importante papel intermediario en la historia de Asia Menor. Bajo la dominación persa, desde el 543 al 332 a.C. Siria fue una provincia unitaria gobernada por un sátrapa persa, situación en la que permaneció también bajo Alejandro y que no modificó radicalmente hasta el 301. Desde que Ptolomeo I, rey de Egipto, en la guerra de los Diádocos contra Antígono el Cíclope ocupó la parte meridional de Siria, ésta permaneció bajo el dominio de los Ptolomeos y precisamente durante casi un siglo, hasta

la batalla cerca del Panion, en las fuentes del Jordán (200 a.C). En aquél año también la parte meridional de Siria pasa a manos de los Seléucidas, es decir, del rey Antíoco III (223-187). La parte septentrional, por el contrario, denominada oficialmente "Seléucida" desde la partición de los reinos del Triparadiso (321), pertenecía a Antígono Iy, tras su muerte en el campo de batalla de Ipsos (301), se encontraba bajo el dominio de Seleuco I. El límite entre la Siria ptolemaica y la seléucida pasaba con toda probabilidad, desde el (301), a lo largo del recorrido del río Eléutero (Litani). El trazado de la frontera en el interior del país no puede establecerse con seguridad; limitémonos, pues, a decir que Damasco y sus contornos formaban parte del reino de Ptolomeo. Es probable que el Antilibano hasta las fuentes del Jordán, en dirección aproximada norte-sur, constituye el límite entre los dos reinos helenísticos. La estabilidad será siempre relativa en Oriente, con un equilibrio que duraría, mal que bien, hasta la conquista romana de aquellos reinos, hermanos y frecuentemente enemigos, y la implantación de un imperio definitivamente pacificado.

Tres siglos, aproximadamente, separan la muerte de Alejandro de la de César. Tres siglos, durante los cuales se produce una incesante confrontación entre Occidente y Oriente, y es absolutamente indudable que la forma y la naturaleza de esta confrontación habrían sido distintas, si no hubiera existido el imperio de Alejandro.

En el momento en que Alejandro muere, Roma es ya una ciudad sólida, que tiene tras sí una historia bastante larga (sin duda, más de cuatro siglos) y unas tradiciones nacionales, políticas, religiosas y morales que le son caras. Roma tiene sus máximas, que regulan sus relaciones con los otros pueblos; el imperio que ella ha comenzado a crear no se parece, en su principio, al del macedonio, aunque el devenir de la historia había de asignarle la misión de continuarlo. La conquista del Asia por Alejandro había sido

obra de algunos años, se había llevado a cabo brutalmente, al precio de algunas batallas y en beneficio de un jefe de ejército. El imperium romanum, por el contrario, era el fruto de una lenta evolución, y no había sido conquistado por una casta guerrera ni por su rey.

El milagro fué que Roma no destruyó la civilización helenística, sino que la integró, e incluso le dió un vigor más fuerte.

En Oriente, y aproximadamente hasta el año 220, Partia, potencia decadente y por lo común adormecida, se enfrentó a Roma. Se disputaba el predominio en Armenia y ello condujo a auténticas guerras que ocuparon prácticamente medio siglo. Pero lo más importante fué el proceso de constante absorción de los reinos vasallos helenizados, en particular de Capadocia en el año 17, de toda Palestina en el año 44 y, en la misma época se amplió la provincia de Siria por el norte a lo largo del margen del Eufrates, mediante la anexión, en el año 72, del reino cliente de Comágene, que limitaba con Capadocia.

En el año 106, bajo el emperador Trajano, tuvo lugar la anexión de otro reino vasallo que se dedicaba al comercio entre el Este y el Oeste, Arabia Nabatea, con Petra, su capital. También se convirtió en provincia, con una legión acuartelada en Bostra, en Transjordania; bajo su primer gobernador, Claudio Severo, se construyó una calzada que iba desde Damasco y a través de Bostra, hasta Eilat al mar rojo, trabajo realizado por los soldados en febrero del año 107.

La rica ciudad-estado de Palmira, estación que cae en una encrucijada para el comercio de caravanas, quedó completamente asimilada en el siglo II, así como el reino de Osroene, con su capital, Edesa, que quedó convertida en colonia romana bajo Caracala (211-217). A comienzos del período, las cuatro legiones romanas destacadas en Oriente estaban agrupadas en el interior de Siria. (Imperio Romano, mapa XI).

En el este, no había ninguna frontera romana a comienzos del período, aunque se aceptaba como límite entre Roma y Partia una parte del Eufrates frente a Siria. En el resto había una confusa faja de reinos clientes, y, en el norte, el reino de Armenia, cuyo control se disputaban Partia y Roma, hasta que Trajano conquistó Armenia y la hizo provincia en el año 114; lo mismo hizo con Mesopotamia en el invierno del año 115, tomó la capital de Partia, Ctesifonte y alcanzó el golfo persico en el año 116, formando posiblemente una tercera provincia, Asiria, entre el curso inferior del Tigris y el Eufrates. Aunque Mesopotamia escapó temporalmente al poder romano durante la guerra civil de los años 193-194, Septimio Severo reconquistó la región en el 195, convirtió a Nisibina en colonia romana, y, así Mesopotamia pasó a ser provincia el año 195.

Una fase completamente nueva en la historia militar romana se abre, a partir del año 220, con la derrota de Partia por la nueva dinastía persa de los sasánidas que, poco después, invadieron Mesopotamia y Siria. No he querido saltar este capítulo sin hacer un ligero vistazo a los reinos de arabia nabatea con su capital Petra (en Siria meridional), y el reino de Palmira, dichos reinos llegaron a su apogeo en la época helenística y romana, gracias al comercio y al tráfico de caravanas se hicieron ricos y famosos. Los nabateos y palmirenses son pueblos dotados no menos que sus antepasados fenicios y sabaeos. Tomaron conciencia de su situación geográfico-estratégica la cual supieron aprovechar muy bien. Situados en un punto de enlace entre Asia, Africa y Europa, se dedicaron a comerciar entre el Este y el Oeste, provistos de estaciones fortificadas sean puertos de mar como Gerra situada en la arabia oriental al golfo Pérsico, ó los puertos de Leuce Come, Aqaba-Aila al mar rojo o sean estaciones innumerables en el corazón del desierto extendidas desde Mesopotamia y Siria hasta el sur de la península arábiga. Los géneros de Mesopotamia, Siria y Arabia y los procedentes de Irán, India

y del más allá asiático los llevaban las caravanas a través de esos puertos y estaciones de relevo a las costas del Mediterráneo para ser destinados al consumo de los mercados de Africa y Europa (perfumes, mirra, incienso, seda, plata, especias, etc.). La más antigua noticia acerca de los nabateos se en encuentra en Diodoro Sículo, en la época del emperador Augusto. En realidad, se dedicaron a la piratería, hasta que bajo Ptolomeo II (283-247) una expedición de la flota puso fin provisionalmente a sus empresas. También los árabes desde Ma'an hasta Mo'ab se hicieron nabateos. Con estas fuerzas reuni das sus reyes del siglo II lograron beneficiarse de las incursiones de los Macabeos y de las revueltas bajo el descendiente de Seleuco, hasta que Areta III, en el 85 o en el 84, conquistó Damasco y comenzó a acuñar moneda. En el 31 a.C., los nabateos iniciaron una expedición hacia el sur, para tener bajo control todo el tráfico árabe y beneficiarse del impuesto de tránsito. En primer lugar, fué conquistada Hígra (Hagr), en la ruta del incienso, después Taima, y luego Duma, puerta de acceso al interior. Los puertos, hasta Leuke Kome, fueron ocupados, y la estación sobre la ruta del incienso, que se encontraba en la misma latitud, fué confiada a una pariente del rey. Por último, Dedán, la sede de los Lihyan, rodeada por todas partes, cayó en manos de los nabateos, antes ó después de la expedición de Elio Galo (25-24). Mientras tanto, los comerciantes nabateos habían avanzado, en el norte, hacia el mar Egeo, y muchos de ellos se establecieron después en Pozzuolli, cerca de Nápoles. Inesperadamente, en el 105, la parte siria del reino nabateo fué absorbida por el emperador Trajano, mientras la parte árabe fué, al principio, abandonada a sí misma y, luego, entró en la esfera de los intereses romanos.

En Palmira fueron Odenato y luego su esposa Zenobia, reina de Palmira, quienes ocuparon el vacío causado por la impotencia temporal de Roma en el Medio Oriente. Durante casi doce años Palmira dominó las fronteras sirias

y mesopotámicas de los imperios Romano y Sasánida, hasta que el emperador Aureliano acabó con Palmira el 272.

Una evolución importante se produjo en la frontera oriental del Imperio Romano, donde el imperio tuvo como enemigo una formación estatal sólidamente organizada, en lugar de conjuntos de tribus sin coordinación entre sí. El problema fronterizo tampoco era aquí nuevo. En el siglo III a.C, el reino parto de los Arsácidas había restituido al Irán su independencia política, tras el dominio de Alejandro y los Seléucidas. El conflicto con Roma empezó cuando los partos se anexionaron Mesopotamia y trasladaron la capital a Ctesifonte. Craso pagó con la muerte su derrota en el Eufrates, en el año 53 a.C. Desde Trajano hasta Septimio Severo, los emperadores intentaron una y otra vez asegurar las fronteras mediante puestos avanzados junto al Eufrates y en Armenia. No obstante, el imperio parto, con su débil estructura feudal, no constituyó hasta entonces un serio peligro.

La situación cambió radicalmente como consecuencia de una revolución en el reino parto, que en el año 224 puso en el trono a su jefe Ardasir (Artajerjes) I de la familia imperial de los Sasánidas. El "imperio neo-persa" se vió a sí mismo como un renovado estado nacional persa. Los Sasánidas mantuvieron a la privilegiada nobleza feudal del reino parto en sus cargos militares y administrativos, pero fortalecieron la hasta entonces dispersa confederación de estados vasallos, mediante una rígida centralización y una magnífica organización. La superior fuerza combativa del ejército se basaba en el arma más moderna del siglo: la caballería pesada acorazada. La aspiración al dominio del mundo del antiguo imperio persa se convirtió en el lema político de los Sasánidas. Esto significaba equiparación con Roma y "liberación" de los antiguos territorios persas en Asia Menor, Siria y Egipto. El nuevo estado era suficientemente fuerte como para emprender una política dirigida a la expulsión de Roma de éstos territorios; esto se hizo patente ya

ya a los pocos decenios. En el año 260, tras sangrientas derrotas, el emperador Valeriano cayó prisionero del monarca Sasánida Sapor I (241-272). El prestigio de Roma en el Oriente Medio quedó gravemente quebrantado; los Sasánidas celebraron sus victorias en múltiples representaciones, como en el gran relieve en roca de Naqa-i-Rustam (en Persépolis).

El nombre de Arabia y los árabes no apareció en el juego de relaciones internacionales en la zona de Oriente Medio, hasta el año 853, cuando Gindib (25), se dirigió con mil camellos, junto a muchos otros príncipes aliados como él del rey de Damasco, hacia el norte para enfrentarse en Hama contra Salmanasar III de Asiria, tomando parte en la batalla de Qarqar (a orillas del Orontes) de resultado indeciso. Sólo cien años más tarde, tras la derrota de Siria y las primeras campañas de Tiglatpileser III (745-727) aparece el país y el pueblo de los arabi. En una crónica sobre el tributo que aportan los soberanos de Asia Menor a Egipto se menciona también a una reina de Arabia. Sargón II (722-705) se jacta de haber castigado duramente, infligiéndoles una grave derrota, a cuatro tribus salvajes del desierto nunca sometidas y de haber instalado a los prisioneros supervivientes en Samaria. Sin duda exagera el rey en su relato, ya que dos de aquellas habían sido sometidas ya por su padre. Los sabeos trataron de establecer buenas relaciones con la gran potencia del norte que dominaba Siria, y Yit'i'amar, ofreció como tributo a Sargón II toda clase de perfumes. Senaquerib (705-681) describe con orgullo el tesoro que le había enviado Karib'il, rey de Saba', y con Senaquerib aparecen por primera vez los arabi como tropas auxiliares al servicio de Asiria. El rey asirio Asarhaddón (681-669), al igual que sus antecesores intervino en Arabia Oriental conquistando Bazu en 676, y su campaña iba probablemente dirigida contra la isla de Tilmun (Bahrein). Asurbanipal (669-626) derrotó a las fuerzas árabes, los cedó de Abiate, en Khalkala y redujo algunos reyes árabes a vasallaje. Más adelante el babilonio Nabucodonosor (605-562), derro

taría a los cedar y hace lo mismo Nabónido de Babilonia y su estancia en Taima durante la ocupación babilónica, tuvo amplia repercusión: son testimonio de ello la imagen del dios Salem en la "estela de Taima", y una inscripción grabada en una roca, cerca de Taima.



112

II E D A D M E D I A

1- El despertar de Arabia: El siglo de la conquista árabe-islámica

A- Arabia antes de Mahoma (Muhammad).

¿En qué ambiente surgió la nueva potencia en Oriente Medio? No hay lugar a duda de que el clima en el que nació la nueva potencia árabe islámica era tenso. Surgió a principios del siglo VII, en un estado de guerra caliente entre Persia y Bizancio, las dos grandes potencias únicas en aquél entonces, era el final de un conflicto entre Occidente y Oriente que arrastraba tras sí varios siglos de guerra sin interrupción, desde que Alejandro Magno puso interés en gobernar la fértil media luna. Este conflicto no se va a acabar con el surgimiento de la nueva potencia sino que simplemente el papel de los persas lo van a ocupar los árabes en defensa de Oriente, desde ahora en adelante.

Existen lugares y momentos en los que el discurrir histórico y sus cambios de dirección se cristalizan simbólicamente. El drama del emperador bizantino Heraclio y, con él, el cambio histórico, que se opera en treinta años escasos para el imperio bizantino, se materializa en el destino de una ciudad: Jerusalén. Este centro de la cristiandad fué conquistado en el año 614 por los sasánidas, pero el ejército sasánida al poco tiempo se retira, llevándose consigo la reliquia de la Santa Cruz. Dieciseis años más tarde cambia la suerte. En el año 630 hace Heraclio una entrada triunfal en Jerusalén con la reliquia de la Santa Cruz, que ha recuperado con su triunfo sobre el imperio sasánida. Es este el punto culminante del poderío del estado bizantino en el siglo VII. Pero apenas ocho años después se produjo un cambio totalmente inesperado. En un frío día de Febrero, del año 638, hizo su entrada en Jerusalén el califa Omar, montado en un camello blanco y seguido de un ejército de beduinos, maltrecho pero disciplinado. Desde esos días de Febrero del año 638, Jerusalén se convierte también en un lugar santo del

Islam.

La entrada de Omar en Jerusalén constituía solamente un capítulo de la expansión árabe islámica, que representa el acontecimiento histórico más decisivo del siglo, aunque inicialmente pudiera parecer mucho mayor el peligro sasánida.

Cierto es que el imperio sasánida, el rival más grande e influyente de Bizancio aún a comienzos del siglo VII, estaba ligado todavía de mil maneras a las tradiciones del viejo mundo mediterráneo. Sólo el Islam aportó el verdadero elemento de cambio: Fue la fuerza determinante en la transformación, que durará dos siglos, del mundo mediterráneo. La conquista árabe-islámica, que se extenderá como una gran mancha de aceite por las regiones mediterráneas a mediados del siglo, crea a partir de las ruinas de la vieja cultura, un nuevo mundo espiritual y político, que se situará en igualdad de derechos junto a la comunidad de pueblos germano-latinos del occidente medieval y junto a Bizancio. Pese a todo lo que toma de los elementos tradicionales, esa cultura es impulsada por fuerzas propias, que van a influir después en el mundo mediterráneo y la Europa occidental. La historia de los imperios bizancio y franco, así como la de la alta Edad Media, es inconcebible sin el desafío político del califato y sin el intercambio espiritual con la cultura islámica.

Si el Islam transforma la situación política global y, a largo plazo, también la economía del mundo mediterráneo, Bizancio y el occidente sufrieron simultáneamente importantes transformaciones. En el reino franco se lleva a cabo un proceso de rápidos cambios en el orden político y social, que se caracteriza por el desarrollo del feudalismo y el acceso al poder de los mayordomos. Con la batalla de Tertry en el año 687, se decide la posición predominante de los mayordomos de la casa de Austrasia en la totalidad del reino merovingio, sentándose así las bases de la soberanía carolingia. La di

nastía de Heraclio significa para Bizancio la lucha por la existencia contra los sasánidas y más tarde contra el Islám. Pero, a partir de este desaffo, nace también una profunda reestructuración del Estado y la vida de Bizancio. En el plano de la polftica exterior Bizancio perdió por casi tres siglos su posición de gran potencia territorial. A finales del siglo VII, el imperio se reducía al Asia Menor, algunas regiones de Italia (Rávena, Roma, Calabria, Sicilia y Cerdeña) y la zona sur de los Balcanes, donde, sin embargo, la soberanía bizantina era muy precaria. Las causas de esta evolución sólo en parte provenían de los errores de la polftica bizantina. También eran consecuencia de la derrota de Calcedonia y de la polftica de Justiniano; pero lo realmente decisivo fué la aparición del Islam en la escena polftica. El imperio bizantino después del breve éxito del siglo VI, se veía nuevamente desalojado del mundo de estados occidentales, que por entonces surgía, y al mismo tiempo abocado a sufrir una fuerte presión por Oriente, debida al nuevo poder árabe-islámico. Sin embargo, logró sobrevivir en torno a su núcleo central, tras el nuevo reagrupamiento de su potencia, aunque al precio de considerables pérdidas territoriales y, a veces, de un empobrecimiento de su propia cultura. Bizancio siguió siendo un factor esencial en la historia del mundo mediterráneo y del próximo Oriente durante otros setecientos años. Gracias a la inusitada capacidad de resistencia de Bizancio, el desaffo de la lucha por la existencia le hizo capaz de canalizar un heroico proceso de adaptación. El Estado Bizantino adquirió una nueva forma, ampliamente desligada de las tradiciones romanas y logró un nuevo robustecimiento en el interior de sus estrechas fronteras. El orden polftico y la estructura social se transformaron; del estado burocrático romano-tardío, que ya no se mostraba a la altura de unas condiciones de vida transformadas, se pasó a un estado militar que va a resistir la presión musulmana hasta mediados del siglo XV.

Para el imperio bizantino, la situación en política exterior era sombría. Desde Oriente avanzaba cada vez más en el interior del imperio la gran potencia de la época, la mejor organizada en el plano militar y la más experimentada en el plano político: el estado sasánida. La avalancha eslava avanzaba constantemente desde el nordeste en dirección al sur. En los primeros años de su gobierno, Heraclio hubo de afrontar, junto al caos político interno, la crítica situación exterior, que sólo trabajosamente pudo dominar después de graves reveses. El problema ávaro y eslavo, en su perspectiva política, era todavía una cuestión de segundo rango. Sin embargo, la situación de los Balcanos en conexión con la política sasánida hizo sentir con fuerza su existencia. Pero, bajo la presión del reino de los ávaros en la cuenca del Tisza, una invasión total de los Balcanes reducía la zona de soberanía de Bizancio, de Facto, a Constantinopla, Salónica y algunas fortificaciones de Dalmacia.

Simultáneamente a la pérdida de la soberanía en la región de los Balcanes, la superioridad del enemigo en el Oriente, hacía la situación insostenible. La diplomacia bizantina había hecho lo suyo para llevar al trono a Cosroes II (590-628). Esto resultó un acto casi suicida. El imperio sasánida desplegaba una vez más todo su poder político. Respaldado por reservas financieras considerables, el gran rey pudo desarrollar una ofensiva militar contra el imperio bizantino. (Imperio bizantino, mapa XII).

La primera medida militar tomada por Heraclio en el año 611 fué necesariamente una ofensiva contra los sasánidas, para aliviar la presión de éstos. Después de la conquista de Cesárea la ofensiva sasánida fracasó en la región media de Anatolia. Se impidió entonces una nueva ofensiva persa, que verosímilmente estaba coordinada, incluso diplomáticamente, con un avance de los ávaros sobre Constantinopla. Heraclio, que se encontraba ante problemas políticos interiores casi insuperables, no estaba en condiciones de or-

ganizar la defensa. Antioquía fué conquistada en el año 611, Damasco y Tarso lo fueron en el 613; en el 614 cayó Jerusalén, después de tres semanas de sitio. Al año siguiente, el ejército sasánida atravesaba el Asia Menor y avanzaba hasta el Bósforo, mientras que simultáneamente las fuerzas ávaras se acercaban por el otro lado a Constantinopla.

Las catástrofes se sucedían: en el año 619, los sasánidas conquistaban Egipto y lo anexionaban como provincia a su imperio. En la otra frontera, el avance de los ávaros era ya incontenible. Constantemente llegaban nuevas embajadas con malas noticias. La desaparición del imperio parecía ya sólo cuestión de meses. Heraclio juzgó la situación tan desesperada, que en el año 618 estaba decidido a abandonar Constantinopla y retirarse a Africa, intención de la que le disuadió, a última hora, el patriarca Sergio de Constantinopla. Al momento de desesperación y de derrotismo sucedió un cambio repentino, apenas esperado. En el año 622 se iniciaba la contraofensiva bizantina, respaldada por un tratado de paz pactado con los ávaros en el año 619, y apoyada por el entusiasmo religioso despertado en Constantinopla, que puede compararse con aquel que en el siglo XI caracterizó las Cruzadas. La ofensiva, dirigida personalmente por el emperador, ofrecía todas las características de una audaz acción estratégica, que entrañaba considerables riesgos. La idea fundamental consistía en atacar el centro mismo del poder persa, en lugar de una reconquista sistemática de las provincias orientales perdidas. De hecho, se lograba, a finales del año 622, liberar el Asia Menor, tras un desembarco por sorpresa en Isos, y una rápida campaña, que sorprendió por la espalda a las tropas persas, agrupadas en las proximidades de Calcedonia. Durante los tres años siguientes, prosiguió la ofensiva victoriosa en Armenia y Cilicia, sin recuperar por ello extensiones apreciables. En el año 626 se producía un nuevo revés, que representaba ahora el cambio de signo de la guerra.

Cosroes opuso a la estrategia de Heraclio un plan de operaciones tan hábil como peligroso. Una parte de sus fuerzas debería envolver al ejército del emperador y un segundo grupo de sus ejércitos atacar simultáneamente, por la retaguardia de Heraclio, la capital bizantina. En el año 626 el ejército sasánida penetraba nuevamente en el Asia Menor; Constantinopla fue sitiada por sasánidas y ávaros en una operación planeada conjuntamente. Dos cosas salvaron la situación y la capital. La superioridad bizantina en el mar hizo posible una defensa victoriosa de la capital en los meses de verano, bajo la dirección del patriarca Sergio. La increíble sangre fría de Heraclio, que en ese momento se encontraba con sus tropas en el lejano Lazistán y en Armenia, le hizo desistir de un repliegue descabellado. Sólo a una pequeña parte de las fuerzas armadas se le ordenó regresar a Constantinopla, como ejército de socorro. Por lo demás, esperó en sus posiciones la derrota de los ávaros y la retirada persa del Asia Menor, para continuar después imperturbable sus operaciones de guerra. En efecto, el año 627 pudo desencadenar la ofensiva en dirección sur, desde las posiciones adquiridas en Armenia, la cual aportó el éxito decisivo de la guerra, con la irrupción en el valle del Tigris y la victoria en las proximidades de Ninive en diciembre de ese mismo año. La derrota militar definitiva del ejército sasánida tuvo amplísimas repercusiones en la política interior sasánida: las tropas se amotinaron y asesinaron a Cosroes después de haberlo torturado cruelmente. Su sucesor hubo de aceptar unas condiciones de paz durísimas. Bizancio recuperaba la totalidad de las provincias conquistadas por los sasánidas, a las que se añadieron nuevos territorios en Armenia. Heraclio entraba nuevamente como vencedor en Constantinopla, en el año 630, después de sus largas campañas.

En este estado de cosas, debió de parecer un milagro a los contemporáneos del año 630, que la grave crisis del Imperio desembocara en un éxi-

to semejante. El imperio de los persas, enemigo hereditario y secular, se encontraba militarmente eliminado y desgarrado por trastornos intestinos; el reino de los ávaros se tambaleaba y no constituía peligro alguno; los territorios imperiales perdidos habían sido recuperados y las fronteras estaban aseguradas. En Santa Sofía, el patriarca bendijo con la reliquia de la Santa Cruz al emperador cristiano, cabeza de la Iglesia y defensor de la fé. Pero ese triunfo iba a durar sólo seis años. Nadie podía pensar en ese momento lo que significaba que la primera victoria sobre los persas hubiera sido ganada en el año de la hégira y que en el año 630, cuando el imperio bizantino alcanzaba una nueva cima de poderío, Muhammad conquistara la Meca. El éxito de la ofensiva de Heraclio fué clamorosa: Bizancio estaba asegurado en su frontera más peligrosa. La lucha secular con los sasánidas por la hegemonía del Oriente Medio parecía decidida definitivamente a favor de Constantinopla. La soberanía del mundo griego y del cristianismo estaba de nuevo asegurada en Asia Menor, Egipto, Siria y Mesopotamia. El prestigio de Bizancio era, tanto en Oriente como en Occidente, más alto que nunca: soberanos indios enviaron embajadas de felicitación después de la guerra persa; el rey Dagoberto de los merovingios pactó una "eterna" paz con Bizancio. Sin embargo, se trataba de un triunfo vacío. El reinado de Heraclio tocó a su fin rápidamente, y los veinte años que van del 610 al 630 se desarrollaron en un escenario engañoso. La concentración unilateral y el mortal agotamiento de la guerra, que duró decenios, en la que culminaba la lucha política por el poder entre la Roma oriental y Persia, hizo a ambos contrarios incapaces de notar las transformaciones del mundo que se producían a sus espaldas e impidió igualmente que ofreciesen resistencia a la nueva avalancha. Con los comienzos del feudalismo en Italia y Francia; con la consolidación de la posición papal; con la creciente cristianización de Inglaterra, comenzaba a configurarse la Europa medieval. Sin embargo, el verdadero peligro

no se encontraba en Occidente -al que no perdía de vista Constantinopla- y cuya transformación, tras la fuerte barreja de los Balcanes y del reino lombardo, carecía por el momento de consecuencias en el plano de la potencia política. La gran tragedia, tanto política como personal de Heraclio, provenía del surgimiento de una nueva potencia oriental en Arabia, muy superior a la sasánida, durante los años de la guerra contra los persas, sin que nadie se apercibiera de ello.

Tanto Bizancio como Persia subestimaron la plena significación del re surgimiento de Arabia. Arabia era desde hacía siglos una región sobre cuyo destino venían decidiendo los estados limítrofes. Bizancio, al igual Roma, se había contentado con el control del comercio de las caravanas y con mantener continuas escaramuzas entre la tierra fértil y el desierto, con ayuda de los estados clientes y la constitución de un limes. Arabia no parecía una región controlable con los medios militares usuales. Los beduinos, que vivían en federaciones de tribus, eran los señores indiscutidos de la ancha estepa y del desierto de la península. La norma y modo de vivir de los beduinos estaban condicionados por la aspereza e inseguridad de la vida nómada y por las comunes tradiciones tribales. La autonomía de la tribu, guardada celosamente, no permitía que surgieran planteamientos de una organización política más amplia en la Arabia septentrional y media. Sólo en las fértiles regiones ribereñas de la península no dominaba la ley del desarraigo nómada, y existían ciudades dedicadas a la agricultura, que comerciaban con países lejanos. En Yemen (la Arabia Felix de los romanos) se llegó a partir del siglo III, en el reino sabeo de los himiaritas (himyar), a la formación de un estado que abarcaba varios ciudades-estados aislados. La Arabia meridional poseía una avanzada cultura urbana, gracias a la construcción de grandes diques y sistemas de irrigación perfeccionados. Por su posición a la salida del mar Rojo era, al mismo tiempo, punto de confluencia de las

grandes rutas mercantiles Oriente-Occidente y pieza de unión entre el comercio marítimo del Océano Indico y las rutas terrestres hacia Siria y Egipto. La Arabia meridional cayó también por ésta razón bajo la esfera de influencia de las dos grandes potencias. Bizancio, interesada en la ruta marítima del Mar Rojo como compensación al cierre del golfo Pérsico por parte de los sasánidas, había apoyado ya bajo Justiniano (527-565) al rei no cristiano de Aksum (Etiopía), cuando Justiniano y sus consejeros acera taron en ver que podía ser de gran importancia económica, en la situación política comercial del momento, impulsar desde el estado el comercio con oriente. Una política comercial semejante tenía, sin embargo sus dificultades en el estado en que se encontraba la política exterior, ya que el imperio sasánida no era solamente un adversario político. La confrontación con éste constituía también una lucha por las grandes rutas comerciales, que conducían a la India y a China. La administración justiniana inició nuevos ensayos para contrarrestar el peligro sasánida en las dos líneas co merciales más importantes: la ruta terrestre hacia China, a través de Buja ra y Persia, y la ruta marítima de Ceilán, Océano Indico y Golfo persico. Mediante la importación secreta de gusano de seda desde China, se logró crear una floreciente industria de la seda en el mismo imperio bizantino y con ella, la independencia en un producto esencial en el comercio internacional. También se intentó establecer una línea de emergencia para el com mercio con el extremo Oriente, asegurándose la ruta marítima del Mar Rojo, mediante contactos políticos con el imperio etíope de Aksum. Con el apoyo de Bizancio, los soberanos de Etiopía fueron capaces incluso de anexionarse el reino de los himiaritas; naturalmente, esto llevó entonces a nuevas com plicaciones con Persia, en cuya zona de influencia se encontraba Arabia me ridional, pero la diplomacia persa apoyó una rebelión de los yemenitas, a la que siguió en el año 579 la transformación del Yemen en una provincia sa

sánida.

La barrera que suponía la zona desértica de Rub al-Jali la separaba al sur, hasta cierto punto, del resto del mundo, no obstante las rutas de caravanas que la atravesaban. Muy distinta era la situación de la parte noroccidental que estaba desde siglos en la zona de tensión del conflicto romano-parto primero y del bizantino-sasánida después, sometida constantemente a cambiantes influencias políticas y culturales. La esfera de influencia sasánida llegaba hasta la frontera oriental de Palmira y hasta la parte oriental del Nafud, mientras que Bizancio intentó mantener bajo control la margen occidental del desierto de Akaba hasta Siria, mediante estados clientes. En las fronteras defensivas, escalonadas en profundidad, de los estados bizantino y sasánida del siglo VI, existían pequeños estados intermedios, estados clientes semibедуinos, bajo el mando de príncipes árabes. En el reino de los gasánidas, que se encontraba en la frontera meridional siria, con Bosra por capital, y que alcanzó bajo Justiniano la más alta significación como estado vasallo, se había impuesto el monofisismo. El estado de los lajmidas, dueños del centro comercial de Al-Hira, en el bajo Eufrates, abrazó, por el contrario, el cristianismo nestoriano, que poseía en la capital una floreciente comunidad. El enfrentamiento religioso reflejaba la situación política: el constante conflicto entre "árabes de los romanos" y "árabes de los persas", al que siguió finalmente el enfrentamiento directo de las potencias protectoras cuando los gasánidas quedaron bajo administración bizantina (582), y los lajmidas bajo la persa (602). En razón de su situación marginal, éstos estados árabes ejercieron tan poco influjo sobre el mundo beduino de la península como el Yemen. Los beduinos habían pasado a formas de vida sedentarias en centros como Taif, en la Arabia central, o Yathrib, (que después fué Medina) en la región nororiental, gracias a condiciones ambientales mejores. En el gran oasis de Yathrib, más de cincuenta kilómetros

cuadrados de tierra fértil ofrecieron la posibilidad de crear una floreciente industria datilera y de acoger a varias tribus. Yathrib, como otras ciudades de Arabia, sacó provecho también de ser lugar de paso obligado para las rutas comerciales. La más importante de todas éstas aristocráticas repúblicas de ricos comerciantes era la Meca, situada aproximadamente a 450 km. más al sur, que constituía, a la vez, un centro comercial y religioso.

Gracias a su posición en la encrucijada de dos grandes rutas de caravanas entre la Arabia meridional y Siria y entre el mar Rojo y el Irak, por la que pasaban el incienso y las maderas del Yemen, las especias y artículos de lujo de la India y del lejano oriente, la Meca, desde hacía mucho tiempo, constituía una importante plaza comercial, con una aristocracia formada por familias de grandes comerciantes. Junto al comercio se sacaban sus tanciosos beneficios de las peregrinaciones: las fechas en que pasaban por allí las caravanas más importantes coincidían, en parte, con la peregrinación anual a la Ka'ba; durante éstos días se restablecía la "tregua de Dios" entre las tribus, tan útil para los negocios. La Meca con la Ka'ba, constituía el centro mercantil, cultural y político más importante de la península arábiga.

La oligarquía familiar de la tribu de los Quraysh, que dominaba desde el siglo V, tenía mayor experiencia política y estaba más informada de los asuntos internacionales que los demás príncipes tribales de la Arabia central, gracias a las amplias relaciones comerciales que mantenía la Meca. Más que en ninguna otra parte se hicieron también visibles en la Meca las corrientes religiosas del mundo circundante. Sin embargo, la ciudad permanecía neutral, al margen de la política de las grandes potencias, seguramente con el fin de mantener a salvo su comercio, lejos de las luchas político-militares en la zona. Tampoco la "tregua de Dios" y las "confederaciones" que en ella se anudaban fueron capaces de modificar la semiarquica situa-

ción política del mundo beduino. A comienzos del siglo VII, Arabia era de hecho un espacio muerto en el plano político. Las unidades políticamente más fuertes estaban aprisionadas en la esfera de soberanía de las grandes potencias; por lo demás, lo que dominaba era una constante situación de guerra de guerrillas entre las tribus.

Nuevas fuerzas espirituales se agitaban; más aún que la influencia del judaísmo en las ciudades y en el sur, se hacía notar la penetración del cristianismo, a partir de las regiones marginales. El nestorianismo (26), tolerado oficialmente por los sasánidas, gracias a su oposición irreconciliable a la ortodoxia, fue ganando terreno en el sur y en la zona de soberanía lájmidia. En Al-Hira existía ya alrededor del año 510 un obispo nestoriano. Desde el Oeste, partiendo de los territorios de los príncipes cristianos sasánidas, la misión menofisita, organizada por el gran Jacobo Barada de Edesa (542-578), se anotó éxitos entre las tribus beduinas. Algunos de los grandes campamentos nómadas poseían sus propios obispos. Sin embargo, seguía predominando en la Arabia septentrional y central el paganismo.

B- El Profeta y la unificación de Arabia como punto de partida.

Hay factores que condicionan la historia, entre esos factores por ejemplo la cultura y la economía. La historia del pueblo árabe vino condicionada y marcada por el Islam, el cual no influye en ellos solamente a nivel teológico, sino que, ha trazado con rigor y detalle el modo de vivir de ellos, sea en el aspecto cultural, económico ó político, en una palabra, el Islam es un sistema de vida humana, entre ellos la religión. Es un edificio sólidamente construido sobre cimientos religiosos.

No pretendo hacer análisis religioso al no ser nuestro tema, solo se pretende destacar la influencia que ejerce la religión musulmana en la vida de los musulmanes, a la vez interesa esclarecer algunos conceptos del

Islam al ser siempre mal entendidos fuera del mundo islámico sobre todo para occidente. El hecho de esclarecer dichos conceptos ayuda bastante para ver de una forma mejor y real, la manera de proceder de los árabes en la política sea interna o internacional cautelada siempre por los valores religiosos, cosa que no puede ignorar ningún político en el mundo islámico. Por esa razón pues, ha sido necesario tener en cuenta esa visión del Islám, por ser factor determinante. Al no haber separación entre estado y religión, los árabes cambiaron el curso de la historia y el mapa político del Oriente, impulsados por la religión. El "jihad", la "guerra santa" contra paganos o sea gente que no posee libro sagrado como los judíos y cristianos, dió impulso a la difusión de la religión en Asia y Africa, jugando así los árabes un papel importante en el ámbito internacional, y más tarde los musulmanes en general, situándose en primera fila entre los pueblos del mundo en el aspecto cultural, después de haber conseguido extender su civilización a partir de la Edad Media hasta entrada ya la Edad Moderna, desde las fronteras de China, hasta España, y desde el Sudan hasta Europa Oriental. Por dichas razones anteriormente señaladas, no es de extraño pues, que el Profeta (bendito sea) reuniera en su persona el mando espiritual y material, con el fin de que el gobierno en la tierra no se haga en nombre de personas, sino que, en nombre de Dios.

Tanto desde el punto de vista bizantino, como desde el sasánida, Arabia podía parecer, con razón, un espacio políticamente vacío. Pero desde este vacío irrumpió con fuerza inesperada en el año 632 el gran movimiento de conquista árabe-islámico. La identificación en el Islam de la religión con la política fue válida para que los árabes constituyen la punta de lanza de un imperio y de una religión mundiales.

El comienzo de este movimiento, destinado a modificar el curso de la historia mundial fue gracias a este rasgo. Muhammad predicó su en primer lu

gar entre sus amigos y parientes, que le eran absolutamente fieles. Sin embargo, sus predicaciones encontraron pronto oposición, no tanto por la doctrina monoteísta que defendía, como por sus apasionadas profecías sobre el juicio final de justos y pecadores y la condena del politeísmo y, muy especialmente, de las divinidades locales de la Meca. La animosidad contra Muhammad estaba reforzada por el resentimiento social y por el temor al daño que pudiera acarrear a la lucrativa industria del peregrinaje. La sólida estructura social de la Meca no hubiese permitido su expansión más allá de una agrupación reducida. Yathreb, por el contrario ofrecía a Muhammad el campo de acción que necesitaba. Las tribus del oasis, enfrentadas entre sí en continuas escaramuzas, esperaban al Profeta, en cuyo mensaje reconocieron la misión religiosa, pero también una nueva ordenación política para Yathreb. En efecto, Muhammad no obtenía sólo notorios éxitos en las conversaciones. Económicamente, y con independencia de los asaltos a las caravanas de la Meca, se vio apoyado por el grupo político de los muhatirun ("los emigrados") y por los ansar ("auxiliadores") de Medina, obteniendo, hacia el año 627, la soberanía indiscutida sobre todo el oasis.

El éxito de la nueva doctrina no se debía solamente al hecho de asociarse en Muhammad un espíritu religioso creador, la fe incommovible en la propia misión y una conciencia radiante de ser el enviado; a estos rasgos hay que añadir también una inteligencia realista, un tacto extraordinario en la dirección de los hombres y grandes cualidades políticas. Puede decirse que en la Meca, Muhammad era el Profeta y, en Medina, el estadista que se entregó a la dirección política y militar y a la organización de sus seguidores. De Medina surgió la primera organización comunitaria de la umma, la gran "comunidad religiosa musulmana". Para pertenecer a la umma era suficiente la fe, es decir, la decisión personal -un principio de organización social, que contrarrestaba la cerrada organización tribal y fue determinante para el pensamiento po-

lítico y la concepción del Estado en el Islam. El director, juez, y también jefe militar de esta comunidad.

Con la organización se aceleró la expansión y la conversión a la nueva fe, que llevaba consigo el reconocimiento del liderazgo del Profeta y la conversión de muchas tribus enteras por motivos políticos y religiosos. El Islam estaba en camino de convertirse en una organización estatal cimentada en motivos religiosos, y creó en Arabia una fuerza expansiva y políticamente unificadora. A partir de los asaltos a las caravanas se llegó a una guerra de larga duración contra los "infieles" de la Meca y contra las tribus aliadas con ellos. El cambio de la situación a favor de Medina se produjo en el año 627, con la llamada "batalla de la trinchera". Desde entonces arrancan cada vez más numerosas las tribus que reconocían la dirección política de Muhammad; en enero del 630 fue ocupada la Meca. La conquista de la ciudad santa aceleró la incorporación de las tribus beduinas. Al mismo tiempo, se ponía de manifestación la destreza diplomática del Profeta para ganar la clase dirigente de la Meca para el Islam, cuya fuerza política y experiencia reforzó bastante la expansión de la umma en los siguientes decenios. De esta única reserva de fuerzas dignas de mención, que podían desempeñar tareas administrativas y militares en más amplios contextos, proceden los altos funcionarios de la umma o los grandes generales como Khaled ibn al-Walid y Amru ibn al-As el conquistador de Egipto.

Cuando Muhammad murió en junio del año 632, después de una corta fiebre y de manera completamente inesperada para los creyentes, las tribus de la península se encontraban muy unidas bajo la dirección del Profeta. También el sur de la península, que después del asesinato de Cosroes II (628), había caído bajo control sasánida, reconoció su soberanía. Grupos árabes cristianos de la región fronteriza bizantina, entre ellos el príncipe de Eilath, se había sometido, aunque conservaba el derecho al ejercicio de su re

ligión mediante el pago de tributos anuales; un importante precedente para el futuro.

La revelación que el Profeta, el mensajero de Dios, nos da a conocer, es sustancialmente idéntica a aquellas de la que habían sido mensajeros los profetas anteriores, desde Adán a Jesucristo, considerado como el último de ellos, con una revelación más completa.

Para el historiador, que ya no puede hacer suyas las acusaciones hechas de antiguas polémicas interconfesionales, ni puede contestarse con juveniles explicaciones acerca de la vocación religiosa por epilepsia, Muhammad aparece como una de esas personalidades superiores que con un ardor y una sinceridad indudable trataron de elevar el nivel de vida moral y de pensamiento de los hombres entre los que vivió, y supo adaptar su mensaje al carácter y a la tradición de estos hombres con un sentido de la comprensión y de la organización que debía asegurar su supervivencia, con el fin de transmitir el mensaje divino a la humanidad después de su muerte.

C- La potencia expansiva: época de los califas.

A la muerte del Profeta fué elegido Abu Bakr (632-634), uno de los primeros seguidores curaiichas de Muhammad, el cual ya había representado al Profeta en la organización de la comunidad durante su enfermedad. Pero el levantamiento de las tribus contra de Medina lo que se llamó al-riddah, en el que parecía resucitar nuevamente el particularismo del viejo orden tribal, fué dominada en pocos meses por la decisión y la destreza de Abu Bakr, y de los jefes militares que éste envió contra ellos. Los musulmanes eligieron poco antes de su muerte como sucesor a Omar ibn al-katab (634-644), que igualmente procedía de la tribu Curaich. Omar, celebrado en la tradición árabe por su justicia, su fuerza de carácter y su sencillez patriarcal, fue pronto reconocido unánimemente como "príncipe de los creyentes" (amir al-mumini),.

sin encontrar oposición. Poseía una inteligencia política de primer orden y se convirtió en el estadista más capacitado de la época. (Expansión islámica, mapa XIII).

Omar no fue sólo el motor de la expansión (dirigió personalmente la campaña de Siria), sino también el verdadero fundador del gran imperio islámico árabe. Influyó, al mismo tiempo, de modo decisivo en la futura estructuración del estado islámico. El principio organizativo del califato primitivo fue netamente teocrático. La meta de la federación política -asegurar la integridad religiosa de la umma- y los elementos de su estructura administrativa se rigieron por las revelaciones del Corán y por las instituciones ejemplares creadas por el profeta, "la sunna".

El restablecimiento de la unidad de Arabia y la superación definitiva de la autonomía de las tribus como principio político fue la premisa de la expansión incontenible del poderío árabe-islámico. En una irrupción desde el desierto que se asemejaba a una avalancha, las virtudes guerreras de las tribus árabes y las cualidades políticas de los primeros califas, conjugadas con la idea de la guerra santa contra paganos, actuaron como elementos motores en la formación de un gran imperio islámico, que perturbó al conjunto de estados existentes en la cuenca mediterránea. Ya en tiempos del Profeta había comenzado el islamismo a sobrepasar el marco de un movimiento religioso. La expansión de la umma poseía una dinámica interna, que se debordaba más allá de las fronteras de Arabia; el fin era la ulterior expansión para difundir el Islam y hacerlo llegar a toda la humanidad sin excepción de color o raza, el propósito era llevar el mensaje divino que portó el Profeta a todos los pueblos del mundo. El carácter del mensaje es universal, y este era el factor principal latente detrás de la expansión árabe. De la comunidad personal de la fe de los seguidores del Profeta, pasando por la comunidad de fe política de los ára-

bes, el Islam se convirtió conducido por una aristocracia militar, realista hasta el agnosticismo, en una potencia hegemónica conquistadora.

Ya en el año 629, una columna de 3000 beduinos, bajo el mando de Zayd Ben Hariza y Khaled Ben al-Walid, atacó la fortificación fronteriza de Mu'ta, en la región meridional de Siria, al este del Mar Muerto, pero fue rechazada sin esfuerzo por las tropas bizantinas. El Profeta, en el momento de su muerte, estaba ocupado con el plan de una nueva expedición a la región bizantina del Jordan. Heraclio y su estado Mayor habían considerado la escaramuza de Mu'ta como una de tantos episodios normales en la frontera, que venían produciéndose desde hacía siglos en la línea de separación entre el desierto beduino y la franja agrícola costera. En realidad con ese ataque comenzaba la segunda fase de su reinado; la apariencia no correspondía a la realidad. El ataque a Mu'ta constituía el primer paso de una expansión que, en menos de cien años, había de alcanzar a España y el Turquestán. Era también el primer encuentro de un enfrentamiento que había de durar 800 años entre Bizancio y el Islam y que sólo terminaría en el año 1453 con el aniquilamiento definitivo del imperio bizantino al caer su capital Constantinopla en manos de los turcos.

La expansión árabe musulmana alcanza su primer punto culminante bajo el segundo califa Omar. Dicha ola no fue la primera según creen algunos, sino que la última. Tanto Siria como Mesopotamia fueron objeto de varias olas semíticas árabes en la Edad Antigua como fue señalado en páginas anteriores como los amorreos, cananeos, palmirenses, nabateos, gasánidas y lajmidas.

Por lo tanto los árabes musulmanes no fueron elemento nuevo o extraño en la zona, la novedad consistía en aportar un nuevo sistema revolucionario. Han venido a rechazar el elemento extranjero que ocupaba los territorios árabes de Siria y Mesopotamia, librando así a los estados débiles de sus hermanos árabes cristianos del yugo persa y bizantino. Pero la misión que tenían a

su cargo de difundir el Islam, hizo que sobrepasasen esta zona extendiéndose rápidamente tanto en Asia como en Africa más tarde, mientras que el dominio y la recuperación de la soberanía árabe sobre Siria e Irak se consiguió en tiempos del justo el califa Omar. "

Los árabes musulmanes no tenían armas ni tácticas extraordinarias; el camello era un excelente transportador de tropas, pero no servía para entrar en combate, y el "caballo árabe" era un lujo excepcional. Su fuerza estribaba en su posición relativamente central con respecto a las distintas fronteras que atacaban y en la disponibilidad casi permanente de sus tropas seminómadas o voluntarios de la fe. Su fuerza estribaba, también, en el entusiasmo religioso, extendido y reforzado rápidamente entre aquellos que en un principio no lo experimentaron, por el botín, y no sólo por los beneficios inusitados que procuraba, sino que manifestaba la fidelidad y la muerte caído por Dios. Frente a ellos se alineaban tropas pesadas, indiferentes, y, en el caso del imperio bizantino, casi únicamente mercenarias, desmoralizadas además por las querellas intestinas y la hostilidad de las poblaciones autóctonas.

La primera ola de la expansión árabe musulmana tuvo dos direcciones de ataque desde su comienzo. Una apuntaba hacia el norte, contra el imperio sasánida, que aún se encontraba bajo los efectos de la grave derrota sufrida a manos de Bizancio. En el año 633 se inició la irrupción de las tribus beduinas a través de la zona de protección fronteriza sasánida, en estado de desintegración, en la Mesopotamia media, acción que pronto fué apoyada por una unidad musulmana, al mando de Khalid. Cayó Al-Hira y, después de una batalla decisiva junto al Yarmuk, en Siria, las fuerzas árabes reforzadas infligieron al ejército persa una derrota aniquiladora en las proximidades de Qadisiya, en el año 637. A ésta siguió en el mismo año la caída de la capital, Ctesifonte, que después se le llamó al-Madaen, en las márgenes del

Tigris. Hasta el año 640 y partiendo de Siria, fué ocupada la Mesopotamia superior. En el 642, las tropas árabes se encontraban ya en el Irán. El ejército sasánida sufrió su última gran derrota cerca de Nehavend y, después en Yalula. En el año 643 el ejército musulmán alcanzaba las fronteras de la India. El último sasánida, Yazdegerd III (632-651), tuvo que luchar no sólo contra las unidades árabes invasoras, sino también contra los intentos separatistas persas. Reducido al extremo nororiental de su reino, fué asesinado cerca de Merv o Maru en el año 651. Así había terminado no sólo la dinastía sasánida, sino también la historia del antiguo imperio persa que, durante siglos, salvo la interrupción originada por Alejandro el Grande, había podido sobrevivir. En el siglo VII, como en la conquista de Alejandro, se confirmaba que el gran reino persa representaba, a causa de sus particularismos, sólo hasta cierto punto una unidad política estable, que resultaba incapaz de resistir durante mucho tiempo un enérgico ataque, incluso de ejércitos relativamente pequeños. Por otra parte, la cultura persa mostró una admirable capacidad de resistencia. Las tradiciones milenarias de los persas superaron el proceso de arabización que no les fue impuesto, y el país conservó su propia lengua culta, constituyendo, desde finales del siglo VIII, un factor determinante en la literatura y el arte islámico.

El segundo ataque islámico se dirigió hacia las provincias orientales bizantinas, y el éxito fue también sorprendente. El sistema defensivo profundamente escalonado evidenció pronto su fragilidad: los árabes arrollaron a los gasánidas, el limes sirio y al ejército bizantino. El gran ataque comenzó en el año 633. Un ejército árabe marchó sobre la Palestina meridional; el gobernador, Sergio, sufrió una grave derrota en Wadi Araba (en las proximidades de al-Agnadin), que llevó a la pérdida de la provincia. Esta decisiva batalla fue dirigida por el mejor general de la primera época islámica:

Khaled ibn al-Walid, muerto en el 641. Este había intervenido de manera de ta ca da en el sostenimiento del Islam contra la ridda y había conquistado al-Hira (capital de los lájmidas), en el Irak, en la primavera del año 634. De allí partió su operación más genial: la marcha a través del desierto si ri o, que le llevó en 5 días a la retaguardia de un ejército bizantino estacionado cerca de Damasco; se desplazó después hasta las proximidades de Bosra (capital de los gasánidas), donde se unió con el ejército árabe del sur. Bajo su mando, consiguieron los ejércitos árabes un éxito en julio del 634, al que siguió la toma de Bosra, y después, de Damasco (en septiembre del 635, tras seis meses de sitio) así como la de Homs. El aniquilamiento del ejército bizantino, capitaneado por Teodoro, hermano de Heraclio, y que ha b í a logrado reconquistar Damasco, dicha batalla definitiva a orillas del Yarmuk, el 20 de agosto del año 636, llevó a la conquista de Siria.

El destino de Siria y Palestina estaba decidido, aunque -de modo similar a la fase final de las cruzadas- se conservasen algunos fuertes (Akkon, Tiro, y Sidón hasta el año 637; Jerusalén hasta el 638, después de dos años de sitio, y la ciudad administrativa de Cesárea incluso hasta el 640).

La irrupción árabe en el imperio bizantino no había terminado en modo alguno con esto. Tras los grandes combates de Siria, comenzaba en el año 639, bajo el mando del segundo gran general de la época, Amru ben al-As, la conquista de Egipto que para los árabes, tanto desde el punto de vista económico (reservas de cereales y centro comercial) como estratégico (a causa de la amenaza por el flanco de Siria), era importante.

En julio del 640 perdían las tropas bizantinas la batalla que de ci d i r í a la guerra, cerca de Babylon (que no debe confundirse con la Babilonia de Mesopotamia), en la parte noroccidental de el Cairo; el fuerte cayó al año siguiente. En septiembre del 642, abandonaban Alejandria las últimas u

nidades, de acuerdo con un tratado concertado por el patriarca Ciro (al que había sido transmitida también la administración civil de Egipto); Alejandría era el punto de apoyo más importante de la flota y el centro de construcción naval mayor del Mediterráneo oriental.

La soberanía bizantina en Egipto había terminado. Por el norte, el ataque árabe fue momentáneamente detenido en la línea de Tauros. El África bizantina, sufrió la misma suerte de Egipto: durante el año 647 fueron conquistadas Tripolitania y Cirenaica.

El imperio persa de los sasánidas estaba destruido; el oriente bizantino, hasta el Tauros, perdido; el nuevo estado árabe era la única gran potencia del Mediterráneo, junto a Bizancio. Este era el balance, después de poco más de diez años, de la primera oleada de conquistas. Al término del reinado de Heraclio, se habían perdido nuevamente todos los territorios reconquistados por el emperador; las provincias económicamente más poderosas del imperio estaban separadas; el estado bizantino se había reducido en su extensión superficial a escasamente la tercera parte. En realidad, su zona de soberanía abarcaba solamente el Asia Menor y el territorio que quedaba detrás de Constantinopla, aunque amenazado constantemente por eslavos y ávaros. Constantinopla empezaba a desempeñar un papel histórico: hasta el siglo XV, tendría que mantenerse a la defensiva, con fases cambiantes de expansión y de reducción territoriales. Heraclio, en los últimos años de su reinado, contempló resignado e inactivo la tremenda catástrofe que destruyó la obra de su vida. Sin embargo, esta resignación engañaba: la obra más importante del emperador no quedaba rota con la catástrofe. Si el problema político que hizo secundarios todos los demás desde entonces fue la lucha defensiva contra el Islam, sólo el nuevo orden estatal ofrecía la posibilidad de una defensa victoriosa: la marea árabe encontraba, en el núcleo central del imperio, reorganizado por Heraclio, un baluarte insuperable.

Los años cincuenta del siglo trajeron incluso una especie de respiro. Seguía desde el 642 la guerra fronteriza y las incursiones de saqueo en Capadocia y Frigia, que incluso alcanzaron algunas veces la Anatolia central; en el año 646, comenzaba la lenta conquista de Armenia, que duró hasta 666. Pero hubo tres factores que frenaron el ímpetu de la expansión árabe por más de un decenio: la resistencia de los bereberes en el Norte de Africa, la superioridad marítima de Bizancio y los trastornos interiores en el califato, que culminaron en la disputa en torno a la sucesión del cuarto califa, el Imam Ali.

El problema bereber no lo habían resuelto ni los vándalos ni la ocupación bizantina, que sólo dominaba el cinturón costero y los territorios asegurados por un sistema de fortificaciones y comunicaciones militares. El exarca Gregorio de Cartago, abandonado a su suerte a causa de la utilización de todas las fuerzas en el oriente, fue derrotado en el año 647. A pesar de ello, la conquista islámica del Norte de Africa se rezagó hasta los años setenta, menos a causa de la resistencia ofrecida por las fortificaciones justinianeas que por la tenaz oposición de los bereberes, los cual lucharon al lado de las tropas bizantinas.

Aún existía la esperanza de salvar a Africa. Tanto su importancia económica como, sobre todo, su significación estratégica marítima para la seguridad de la posición naval clave de Sicilia, movió a Constantino II (641-668) a establecer decididamente el campamento imperial en Siracusa. En modo alguno pasó por su mente cambiar el centro del imperio hacia Occidente; Bizancio aún no había comprendido que estaba siendo desplazada de su posición de gran potencia en el Mediterráneo oriental. Pero aún dominaba el mar la flota imperial, a pesar de la pérdida de Alejandría, y aún permanecían indefensas y abiertas a sus ataques las costas de las provincias árabes.

Mu'awiyá, gobernador de Siria, fue el primero en percibir cuán débil era la posición árabe sin el poder marítimo. Lentamente, comenzó la construcción de una flota propia, que iba creciendo en número de barcos y en experiencia marinera. En la tierra conquistada se superpuso a la indígena una capa dirigente árabe, que, inicialmente, vivió junto a las antiguas capitales de provincia, en campamentos militares o en ciudades fortificadas, como Basora o Kufa (junto a la actual Bagdad) en el Irak, y al-Fustat (el Cairo antiguo) en Egipto, o más tarde al-Cairauán, en Túnez. En las provincias reconquistadas, asumían la dirección del ejército y cuidaban del mantenimiento del orden interior los gobernadores nombrados por el califa. Estos dependían directamente del gobierno central en Medina; pero las nuevas tierras conquistadas eran administradas con preferencia por la provincia de la que había partido el ejército conquistador (por ejemplo, el Jorasan en Iran era administrado por Basora). Esto dio origen a un sistema centralista nada rígido, sino más bien dotado de cierta flexibilidad. Medina era el centro religioso y administrativo, pero los gobernadores poseían una amplia autonomía.

En noviembre del año 644, Omar fue asesinado por motivos personales por un esclavo persa. El comité de elección, designó como califa a uno de sus miembros: al hombre piadoso, de cierta edad y poco enérgico Othman ibn Affan (644-656) procedente de la misma familia de los Omeyas de la Meca. La debilidad de Othman y la influencia de sus numerosos parientes, llegados bajo su mando a altos puestos, y que utilizaron su posición sin escrúpulos, provocaron pronto la oposición contra la familia de los Omeyas. Un grupo militar de insurgentes asesinó al califa en julio del año 656 y asignó en el mismo día a 'Ali, primo del Profeta y esposo de su hija, Fátima.

El califato de 'Ali ibn abi-Talib (656-661), quien fue celebrado por la posteridad como la encarnación del espíritu caballeresco árabe y que,

no obstante por su valentía personal. No carecía de energía y dotes para la política, pero a pesar de ello se detuvo completamente la expansión árabe, a causa de los constantes conflictos con el pariente de Othman, Mu'awiya que se autoproclamó califa en Jerusalén a raíz del asesinato del Imam 'Ali en Kufa (enero del 661), después de varias batallas libradas con el ejército de Mu'awiya, la más importante de ellas la de Siffin.

La expansión árabe-islámica, el acontecimiento más importante del siglo VII, transformó en el espacio de algo más de un decenio la faz política del mundo mediterráneo. Del mundo sin historia, destrozado por las constantes querellas de las tribus beduinas, surge un estado que se lanza a la conquista del mundo. Con la expansión del mundo árabe fuera de la península, una de las dos grandes potencias de la época, el imperio sasánida, es aniquilada. Y la otra, Bizancio, reducida a una tercera parte de sus territorios aproximadamente, al perder las provincias más importantes de Oriente. Apenas se encuentra nada comparable a la rapidez con que se produce este proceso extraordinario, a no ser en los reinos mongoles de la estepa con un Atila, Gengis Kan o Tamerlán, que crearon igualmente en pocos decenios reinos de dimensiones sorprendentemente grandes, pero sin civilización. Esta comparación pone, precisamente, de manifiesto la característica extraordinaria del nuevo Imperio: su solidez. La expansión de dar al-Islam, de la zona de soberanía islámica, no implicaba únicamente una transformación efímera del mapa político. En el imperio árabe-islámico surgió un gran conjunto estatal y cultural altamente desarrollado, sobre una base inicial y política extraordinariamente estrecha. Pero mientras que las tribus germanas que se encontraron en una situación análoga en los confines del Imperio fueron absorbidas o, al menos, influenciadas radicalmente a largo plazo por éste y por su cultura, casi todas las conquistas islámicas han permanecido hasta el día de hoy como territorios cultural y religiosa-

mente islámicos. Por esto el Islam no cambió únicamente el destino del imperio bizantino en profundidad. Determinó, como ningún otro acontecimiento posterior a la invasión de las tribus germánicas, la ulterior historia de Europa y del Mediterráneo oriental.

A la vista de estas repercusiones surge la pregunta de cuáles fueron las causas de la expansión y éxito de los árabes. Ellos mismos estaban sorprendidos al principio por la magnitud y rapidez de su éxito. No es posible explicarlo todo por una sola causa; lo único que puede hacerse es describir un campo de fuerzas, un conjunto de causas para este gran movimiento. Un hecho se repite constantemente en la evolución histórica del Oriente Medio, desde el quinto milenio: la península arábiga constituye una reserva de hombres desde la cual irrumpen hacia los países limítrofes tribus beduinas (semitas), que frecuentemente forman allí, después de la conquista, las nuevas capas dirigentes. Este proceso va desde la penetración de los acadios en Sumer a finales del tercero y comienzos del segundo milenio, pasando por la irrupción de los arameos en Siria a lo largo del segundo, hasta la penetración en Siria de los nabateos en la segunda mitad del primer milenio. El constante conflicto entre el desierto y las grandes zonas fértiles del Oriente Medio está estrechamente ligado a la naturaleza de los Bede Win (los beduinos). De hecho, las tribus de Arabia se encontraban, a comienzos del siglo VII, en ese estado de agitación que suele preceder a estos movimientos. Sin duda, el cambio de clima aclara en parte esta irrupción periódica de las tribus desde el interior del espacio arábigo. Pero la sequía de la península no parece constituir la causa auténtica de la expansión árabe. Las lluvias en esta región más bien han aumentado a partir del siglo I de la era cristiana, aunque también es cierto que entre los años 591 y 640 puede costatarse una reducción temporal de las lluvias (y con ello la sequía de determinadas zonas). Puede ser éste un factor con-

mitante, así como, en un segundo momento, el económico: la imposibilidad de seguir sosteniendo económicamente en la misma Arabia a la umma en constante crecimiento. Sin embargo, el intento de comprender la conquista árabe como un proceso resultante del placer por la vida nómada, de la búsqueda de botín, de un empeoramiento del clima o de la presión ejercida por condiciones de vida insoportable, no explica la fuerza de choque y la tenacidad de esta irrupción, que supera todos los procesos comparables. Que del desierto arábigo surja un imperio mundial de tal duración y dimensiones, es un fenómeno que también ha de tener otras causas.

Para un éxito tan rápido fueron decisivos, así mismo, otros factores políticos, como acontece en casos similares. Los árabes se beneficiaron del viejo conflicto este-oeste: la debilidad momentánea de los dos grandes contrincantes facilitó considerablemente la expansión, el ejército persa estaba desorganizado en el momento del ataque; la defensa de las fronteras dirigida por generales aislados, carecía de coordinación, y el Estado había de enfrentarse a conflictos políticos interiores. Además, aquí como en Bizancio, no se había considerado nunca a la frontera occidental como algo que pudiera ofrecer un serio peligro. La capacidad de resistencia, de disciplina y de fuerza de las tropas había disminuido también considerablemente, en Bizancio después de veinte años de guerra. El mando era insuficiente, a consecuencia de la ineficaz coordinación de las provincias fronterizas, tanto entre sí como en relación con el ejército en campaña; a esto se añadió más tarde la falta de una dirección central enérgica. No se produjo el necesario reajuste para la lucha con la ligera caballería árabe; a las fronteras orientales les faltaban naturalmente fortificaciones. Un segundo aspecto de su debilidad se encontraba en el hecho de que los *themas* no estuvieran aún implantados en las provincias orientales, afectadas en primer término. El ejército era todavía allí un pesado ejército de mercenarios,

cuyos contingentes en Siria estaban mezclados con tropas auxiliares armenias y transcaucásicas de dudosa confianza, y, en Egipto con una milicia local poco entrenada. Las tropas árabes eran superiores además por luchar, en profundidad, ya que el camillo facilitaba un rápido transporte de las unidades al frente.

La capacidad de resistencia del oriente bizantino estaba también políticamente debilitada. Por una parte, tuvo sus repercusiones la rigurosa política impositiva, con la que Heraclio intentó desesperadamente llevar las arcas del Estado, vaciadas durante la guerra persa. A esto se añadía la indiferencia de una población habituada durante siglos a la soberanía extranjera, frente al destino de la clase rectora, pero también -como en Egipto- a la oposición de los terratenientes. Y eran igualmente importantes las consecuencias del cisma menofisita. Herejía y secesión religiosa atizaban la resistencia pasiva contra el gobierno central de Constantinopla. El alejamiento de monofisitas y nestorianos con respecto al gobierno y aparte de la población grecoortodoxa, creció aún más a causa de las persecuciones contra los monofisitas durante la disputa del monotelismo. Pero también la población ortodoxa estaba descontenta con la política religiosa monotelista por su carácter de compromiso. El bautismo forzoso de los judíos, ordenado por Heraclio en el año 634, con dujo igualmente a rebeliones y matanzas. La lealtad de todos los grupos de población en Oriente se veía gravemente afectada. Esto tuvo como consecuencia una falta de voluntad de resistencia y una tolerancia pasiva ante la conquista árabe. Del lado mofisita y judío se daban incluso algunos casos de apoyo y de abierta traición. En muchas provincias orientales se recibió frecuentemente a los árabes como libertadores frente a la opresión de la maquinaria estatal bizantina y de la política religiosa ortodoxa. "Vuestra soberanía y vuestra justicia son para nosotros más agradables que la tiranía y las vejaciones a que estábamos sometidos";

éste era (según un historiador árabe) el parecer de los monofisitas sirios (27). De hecho los musulmanes fueron de manera notable tolerantes en el plano religioso. No se pretendió la conversión de los nuevos súbditos a excepción de los paganos. Cristianos y judíos (gente de libro sagrado), como sociedades religiosas que participaban en la verdad, gozaban de la libertad del ejercicio de su religión mediante el pago de un impuesto por cabeza. Su trato era esencialmente más generoso que el dado por Constantinopla, siempre que se reconociera lealmente la soberanía del Islam.

Pero la debilidad militar de Persia y Bizancio y la escasa lealtad de las provincias orientales constituye explicaciones igualmente parciales. Las olas semíticas procedentes de la península arábiga a partir de finales del tercer milenio a.C. hasta principios de la Edad Media han sido por razones económicas, climatológicas, etc., y que su fin era instalarse en Siria e Irak, sin haber pasado de ahí, mientras que la última ola árabe ha sobrepasado esa zona lanzándose más allá en África, Asia y Europa. Con esto queda claro, el haber existido otro motivo nuevo detrás de esta fuerza. Por eso la última razón para explicar el éxito de la última ola de expansión árabe hay que buscarla en el Islam: el motivo era la difusión de la nueva religión, la nueva fe, con su desprecio fatalista por la muerte, les confería al mismo tiempo fuerza de choque y capacidad para resistir. Sólo esta religión pudo dirigir en masa, hacia una gran meta política, las energías de las tribus árabes, que hasta entonces no había poseído ideal político alguno. La meta no era la conversión forzosa de otros pueblos, sino la soberanía de los creyentes sobre aquéllos. La política, la estructura estatal, la duración y capacidad cultural del gran imperio árabe se apoyaban en la vinculación indisoluble de la religión y el estado: el Corán constituía también la ley política fundamental del temprano califato. Sólo el Islam capacitó a los árabes para hacer, de una comunidad religiosa, un imperio universal

mediterráneo microasiático con una religión universalista.

Este análisis socio-político nos da a entender que la fuerza propulsiva que poseen los árabes, y que les hizo lanzarse a fundar el imperio islámico es una fuerza propulsiva duradera.

D- El papel político de los Omeyas (660-750)

Los años de trastornos internos que precedieron y siguieron a la muerte del califa 'Alí tuvieron como consecuencia el cese de la expansión y una profunda transformación interior. La expansión del Imperio se había detenido en Oriente en el río Oxus y en Occidente, en la gran Sirte. Tras la superación de los conflictos interiores, hace su aparición una nueva fuerza política: la dinastía de los Omeyas. Una casa dinástica venía a ocupar el lugar del jefe elegido del Islam. Los Omeyas fueron, ya antes de Muhammad, uno de los clanes dirigentes del Heyaz; a pesar de su tardía conversión habían jugado ya un destacado papel entre los primeros califas y el tercero de éstos, Otman, fue un Omeya. La soberanía de los Omeyas señala la época mediterránea del califato, y coincide ante todo con una fase de la ulterior expansión y fortalecimiento del estado árabe.

Mu'awia I (661-680) fué, después de Omar, la figura política más destacada del período protoislámico. Poseía magníficas dotes militares y supo planear la nueva ofensiva con sentido estratégico realista; además, gracias a su amplia visión de estadista fue verdadero organizador del imperio árabe que bajo sus sucesores se convirtió por su extensión territorial en el imperio más grande de la historia del mundo, mucho mayor que el romano o el alejandrino. Mu'awiya comprendió con toda claridad que el creciente imperio de los califas no podía gobernarse con la primitiva y simple organización de los primeros tiempos. Bajo su soberanía se inició la primera gran transformación del imperio árabe; mediante cambios decisivos en el sistema de

Gobierno de una fuerza de ocupación acampada libremente en las tierras conquistadas, surgía un verdadero Estado. El siglo de los Omeyas aportó, a pesar de los problemas internos, el peligro para los intereses panárabes, la consolidación del Estado y una nueva fase de la expansión territorial; la segunda gran expansión de dar- al-islam. Ya Mu'awiya había vuelto a tomar la línea política de Omar, pero vió que la frontera del Tauros era prácticamente insuperable, incluso por razones geográficas. Su idea estratégica fundamental consistía en atacar a Bizancio en su centro vital, Constantinopla, en lugar de continuar con las constantes incursiones en las montañas de Anatolia. La lucha por el poderío marítimo como preparación de ésta estrategia comenzó ya en su época de gobernador. La construcción de una flota y la conquista de una cadena de puntos de apoyo en el Egeo precedieron, como operaciones parciales, al ataque general.

La guerra marítima se prolongó durante casi medio siglo y culminó tres veces en el sitio de Constantinopla (668-669, 674-678, 716-717). Ya en el año 649 fué ocupada Chipre (que como todos los puntos de apoyo isleños cambió varias veces de dueño). En el 654, por primera vez, las fuerzas navales árabes derrotaban a la flota bizantina, mandada por el mismo emperador Constante II. Poco después caía Rodas y más tarde, aunque temporalmente, Creta y Sicilia. Bajo Mu'awiya, en el 668-669, se llevó a cabo un ataque contra la misma Constantinopla, cambiando la acción del ejército, que marchó por tierra hasta Calcedonia (las defensas bizantinas eran siempre vulnerables por este tipo de acciones), con la de la flota que operaba en el mar de Mármara. Al primer intento fracasado siguió un segundo, precedido de una impresionante preparación: Chipre, Rodas, Coo y Chio fueron dispuestas para la retaguardia; Oycicos fué ocupada como base de operaciones y durante cuatro años se mantuvo un bloqueo que era completado cada verano por un sitio en toda regla (674-678). Como ya había ocurrido en el año 668-669, jugó un

gran papel -por parte de Bizancio- la utilización del "fuego griego", un líquido explosivo inventado por Calínico, arquitecto huido de Siria, que ar-
día también en el agua y se dispersaba con primitivos lanzallamas montados
en barcos sifonóforos. Este invento, mantenido secreto, decidió durante de-
cenios los éxitos defensivos de las fuerzas navales bizantinas. En el año
678 se llegó a pactar la paz, consiguiéndose una pausa en la guerra que du-
ró decenios, gracias a los conflictos internos del califato. El último in-
tento de un ataque directo a Constantinopla, realizado con gran aparato,
fué el sitio del año 716-717, que fracasó ante la resistencia de los bizan-
tinos mandados por el brillante general León III y ante la superioridad de
sus técnicas defensivas. El intento de penetrar en el centro vital de Bizan-
cio, fué abandonado durante varios siglos. Las operaciones marítimas en el
Mediterráneo oriental se limitaron por mucho tiempo a acciones aisladas y
actos de piratería. La superioridad bizantina en el mar se mantuvo íntegra
hasta comienzos del siglo VIII.

Independientemente de ésto, la expansión territorial seguía avanzando
en otras direcciones. Sobre el ala oriental fué conquistada Kabul, en el
año 664; conquista que se vió facilitada por la anarquía de las tribus en
las que se disolvió el imperio del Gran Khan turco en la frontera oriental.
Diez años después, caían Bujara y Samarcanda. Por último, el año 715 fueron
definitivamente sometidos, en campañas de más duración, el Jorasán, la Co-
rasmia y Sogdiana. Al mismo tiempo, 711-712, el ejército islámico alcanzaba
el Sind (con Karachi y haidarabad) y el Punjab, en los umbrales de la India,
donde había sucumbido a mediados del siglo VII la soberanía de los reyes
Gupta. En sus últimas correrías, los árabes llegaron incluso al Turquestán
chino, favorecidos por la decadencia de la dinastía T'ang. Sin embargo, la
esfera de influencia árabe-islámica quedó restringida al Turquestan occiden-
tal y al paso de Pamir, tras la batalla junto a las márgenes de Talas (751).

Los árabes sólo representaban en las regiones orientales del Irán una reducida minoría destinada a desaparecer; lo que explica que surgiera y tomase fuerza en el período islámico una conciencia autonomista persa, desde comienzos del siglo VIII.

También en Occidente ganaba terreno tenazmente la expansión islámica. En el año 642 había sido ocupada la Pentápolis para proteger los flancos; pero varias regiones del exarcado de Cartago resistían aun (véase la pág. 135). En el año 664 se inició un nuevo avance: un ejército bizantino fue derrotado junto a Adrumeto y Djelula fue tomada. La posición clave para la conquista del norte de Africa fue obtenida con la fundación del campamento militar de Cairuán por Sidi Okba ('Uqba ibn-Nafi') en el año 670; era comparable, como base de operaciones y centro cultural, a las más antiguas ciudades-guarniciones de Siria o Egipto. Desde allí se alcanzó por primera vez en el año 681 la costa atlántica de Marruecos, al tiempo que se iniciaba una intensa guerra contra los bereberes de la región del Aures. Pero, debido a la superioridad bizantina en el mar, fueron necesarios casi veinte años de guerra y numerosos reveses para que pudieran ser eliminados, entre los años 693 y 700 (Cartago cayó definitivamente en el 698), los últimos focos de resistencia bizantina y berber. Sólo Septem (Ceuta) y algunos baluartes en España se mantuvieron aún por unos diez años. El Norte de Africa se convirtió en una provincia autónoma durante el mando de Musa ibn Nusair y Túnez, la nueva capital, con el puerto de la Goleta, en una gran base de la flota árabe, que controló el Mediterráneo occidental. La cultura bizantino-latina de la región costera mostró poca capacidad de resistencia, y los bereberes se pasaron fácilmente al Islam: la islamización del Norte de Africa fue rápida y duradera.

La zona de soberanía árabe se extendió aún más allá. El primer ataque a España, al mando del general berber Tariq ibn Ziad, obtuvo en el año 711

un éxito inesperado, sobre todo teniendo en cuenta que fue llevado a cabo por unos 7000 hombres solamente. Musa proclamó en el año 713 en la capital, Toledo, la soberanía del califa sobre la nueva provincia, Al-Andalus. Para el año 718, había sido sometido todo el país a excepción de algunas zonas del norte: Asturias y Cantabria. Aún no había terminado la ofensiva árabe-berber. Ya en el año 718 comenzaron las primeras incursiones al sur de Francia; en el 720 caía bajo el poder islámico la Septimania, con Narbona, su baluarte más importante. El ataque a la Francia central fracasó en el año 732 en Poitiers, frente a todas las tropas francesas dirigidas por Carlos Martel.

Además de la frontera directa entre el mundo islámico y bizantino, surgió una segunda entre el núcleo en formación del mundo medieval de Occidente y el ámbito cultural islámico andaluz. Esto fue decisivo para la evolución posterior. Bizancio había actuado como cerrojo para Occidente. Esta acción, en el plano político y militar fue positiva; gracias a la obra defensiva de Bizancio no cambió el mapa de Europa del suroeste, no obstante la ofensiva árabe. Pero en el plano cultural fue negativa: la influencia cultural árabe-islámica llegaba a Europa a través de Bizancio, generalmente muy debilitada o adaptando formas bizantinas. El contacto directo entre el Occidente y el mundo cultural árabe a través de España y Sicilia, se hizo especialmente importante en la Alta Edad Media. Al segundo gran momento de expansión siguió, en política exterior, la fase de las luchas de fronteras y de las campañas de verano, que no aportaron ninguna modificación territorial digna de mención: se había alcanzado un estatus quo. Las luchas defensivas de los años 668-678 llevaron en el frente oriental bizantino, cuando menos por treinta años, a una mejoría de la situación, que se vió corroborada por un tratado con 'Abd al-Malik. Era el primer éxito duradero desde hacía casi cincuenta años y constituyó un paso decisivo para la se--

guridad de territorio metropolitano en Asia Menor. Al mismo tiempo se llegaba en el reino de los Omeyas a una cierta consolidación de estado y sociedad.

Constantinopla era importadora de artículos de lujo, tejidos y trabajos en metal. Por los hallazgos de moneda se desprende que el comercio musulmán llegaba a Rusia, a través del reino de los cásaros (28) y hasta el mar Báltico y Escandinavia. Las rutas terrestres más importantes partían del Asia Central y pasaban por Bujara y el Iran; el comercio marítimo discurría por el Golfo Persico, el Mar Rojo y llegaba hasta la India, Ceilán y China, donde había oficinas de comercio árabes bajo la dinastía T'ang. Un activo comercio se desarrollaba a lo largo de la costa meridional del mar Mediterráneo. El intercambio comercial con Italia y Francia fue escaso hasta el siglo X.

Los árabes hicieron suya, con sorprendente rapidez, la floreciente cultura de las ciudades de Persia y del Oriente bizantino. No se trataba solamente de un proceso pasivo; dieron nueva vida a la vieja cultura con la conciencia de su nacionalidad y la pasión de una religión joven en plena expansión. Desde Jorasan hasta la Península Ibérica, pasando por Damasco y Africa, surgió una cultura altamente desarrollada, que, segura de sí misma, aceptó tradiciones y conocimientos y los desarrolló de forma creadora. La conquista árabe había transformado la sociedad en la medida en que había transformado las formas de soberanía y del poder político. Con todo, el proceso de arabización alcanzó sólo sus mayores éxitos en el siglo VIII.

E- El papel político de los Abásidas (750-1258)

En el siglo VIII, el nuevo mapa político comprende tres grandes formaciones estatales: el califato, Bizancio y el reino franco. Pero el mundo mediterráneo no se transforma sólo en su configuración exterior, sino

también en su estructura interna. En los primeros decenios del siglo, la situación política externa presenta una estabilidad cada vez mayor; nuevos campos de fuerza y fronteras en vías de consolidación se iban perfilando con creciente claridad. Bizancio había sufrido ingentes pérdidas de territorio. A pesar de ello siguió siendo, junto a los Omeyas, la segunda gran potencia incluso muy superior en el mar a los árabes. Así surgió a partir del año 718 un progresivo equilibrio militar en el Próximo Oriente. La frontera en el Asia Menor se consolidó; el centro vital del Imperio quedaba por mucho tiempo al amparo de una fuerza militar adecuada.

Si en el período precedente hubo cambios importantes en el mapa político, ahora aparece una frontera defensiva elástica en la margen oriental y occidental del mundo árabe: en España, entre el emirato de Córdoba y los pequeños reinos cristianos de Asturias y Cantabria; en la región fronteriza de Siria y del Asia Menor, a lo largo de la línea del Taurus. Un status quo que ya no volvió a ser discutido seriamente, pero donde los habitantes militarizados de ambos lados se consideraban en estado de guerra permanente. Se repetía la situación del limes, que encontró su expresión lírica legendaria en la epopeya franca de la Canción de Rolando, así como en la leyenda bizantina de Digenis Akritas. Sólo en el siglo XI este estado de escaramuzas permanentes dio paso a un nuevo movimiento ofensivo, que se inicia con las Cruzadas.

Más allá de las fronteras políticas, se consolidaron líneas de demarcación en el campo religioso, cultural y, también en parte, económico. El mundo mediterráneo terminó, por consiguiente, dividiéndose en una mitad septentrional y otra meridional. También la línea fronteriza anterior, que había dividido en área en una mitad oriental y en otra occidental, en una zona latina y otra helenística, seguía siendo claramente perceptible en la frontera entre Bizancio y Occidente, entre ortodoxos y latinos. Pero la lí

nea decisiva corría ahora de Oriente a Occidente, entre el Islam y la cristiandad. "La diferencia cultural entre la costa europea y la sirio-egipcia (y sus zonas inmediatas), que era ya considerable hacia el fin de la anti-güedad, aumentó con la retirada de Europa y el florecimiento de la cultura islámica en los primeros siglos después de la muerte de Muhammad; esta línea de demarcación se profundizó aún más, también psicológicamente, des---pués del año 750 por la política de expansión de los califas, enteramente orientada hacia el Este y Nordeste" (29). Las fronteras surgidas entonces entre las áreas europeas e islámicas son, en el fondo, válidas aún hoy, con ligeros retoques, si se prescinde del hecho de que España ha vuelto al área europea, mientras que el Asia Menor ha sido absorbido en la islámica.

Para Bizancio, en política exterior pudo ser despejada la situación paso a paso y, al término del gobierno de León III (717-741), la frontera del Asia Menor quedó asegurada desde ahora en adelante. Fueron concertadas alianzas contra el islam (con los cazaros), que iban a marcar el estilo de la diplomacia bizantina en los siglos siguientes.

En la primera gran región histórica, el conjunto político islámico del califato, parece discurrir, a primera vista, el proceso de transformación de una manera mucho más superficial. En el año 750, ocupa, el lugar de la primera dinastía de los califas Omeyas, la casa dinástica de los Abasidas. Damasco perdió su posición rectora a favor de la nueva capital, Bagdad, fundada por los Abásidas. Pero Bagdad no es una fundación arbitraria, expresión del capricho de una casa dinástica, sino el signo de una traslación del centro de gravedad del área islámica-árabe desde Siria, centro de la vida espiritual durante el reino omeya, al Irak. Tras el cambio de la dinastía y tras el traslado de la capital -que es tan poco casual como lo fue la fundación de Constantinopla-, existe un cambio fundamental de la clase dirigente y del sistema de gobierno del califato, así como de la cul

tura islámica. El fundador de la nueva dinastía, Abu al-Abbas, era ciertamente de ascendencia árabe. Pero llegó al poder como portavoz de la oposición contra los omeyas, de los musulmanes no árabes y también de los shiitas. El califato se convirtió en un estado supranacional. En lugar de la hermética aristocracia militar árabe, que había constituido el elemento decisivo en la estructura del califato, hace su aparición una capa dirigente mixta. Los árabes no fueron excluidos; pero la diferencia entre el musulmán, que era de ascendencia árabe, y el neoconverso fue perdiendo significación. En la nueva alta clase islámica estaban representados los pueblos más diversos del Estado abasida, aunque inicialmente predominaba, como era natural, los elementos persa-iraníes.

También la estructura estatal del califato sufrió una gran transformación en el sentido de una mayor islamización, así como de una creciente institucionalización. En el ulterior perfeccionamiento de la organización estatal ya no se tomó de modelo, como bajo los Omeyas, la estructura bizantina, sino el modelo histórico rival, la organización política de los sasánidas. Con la penetración del elemento persa en el califato se imponen las tradiciones propias del Irán y con ellas las formas preislámicas de la monarquía oriental. A este cambio de la estructura política correspondía un proceso similar en la cultura islámica. La cultura de los Abasidas que, sobre todo en sus comienzos, había dado grandes frutos, no era pura y simplemente una reminiscencia de las tradiciones iraníes. Sus elementos determinantes y el grupo social portador no procedían ya de la herencia helenístico-bizantina y del área siria. La parte oriental de la esfera del poder islámico, Persia, pero también el Irak, jugaba aquí el papel más destacado. Así se actualizan tanto las tradiciones sasánidas, como otras más antiguas, artísticas y espirituales de Mesopotamia, opuestas a los elementos bizantinos. Junto al cambio de grupo dirigente y de la organización

política, junto a la misma transformación de la cultura, existía un tercer elemento de cambio en el área islámica. El universalismo de los estados plurinacionales, que había seguido con los Abásidas a la expansión de la soberanía árabe, obra de los omeyas, comenzaba a disolverse. El surgimiento de diferenciaciones regionales estaba estrechamente unido con el nuevo orden político: con la dinastía de los Abásidas se iniciaba ya, en realidad, la desmembración del gran imperio islámico en estados particulares. Esa evolución sólo terminaría dos siglos más tarde. Pero ya cinco años después de la subida al poder del primer abasida, España se independizó de Bagdad. 'Abd al-Rahman I (756-788) creó en la península un emirato omeya, que más tarde se separaría de jure del imperio islámico, mediante la fundación de su propio califato el último heredero de este Estado, el reino islámico de Granada, subsistiría hasta 1492. Este proceso de disolución, que debilita de modo creciente al mundo islámico durante los siglos IX y X, hace posible el resurgimiento de Bizancio y más tarde la empresa de las Cruzadas. El apogeo del poder político de los Abásidas, desde al-Mansur (754-775) hasta al-Wattiq (842-847), coincide con el período de mayor florecimiento cultural del reino. La espléndida residencia de Bagdad se convirtió en el centro del mundo literario y científico. Aquí trabajaban traductores y eruditos, con frecuencia, aparte de árabes musulmanes, persas y sirios cristianos, en las obras más importantes, tanto de la ciencia griega como de la persa e india. A través de la península ibérica y Sicilia, este tesoro cultural árabe demostró ser un factor importante para la cultura medieval europea.

2- Las Cruzadas y los mongoles.

Las causas de las Cruzadas son muchas, aunque muchos autores occidentales como por ejemplo Alphandéry consideran que las Cruzadas eran una manifestación de la vida religiosa medieval. La verdad es que muchos autores modernos después de hacer un análisis socio-económico y político de la Europa del siglo XI ven que las principales causas son evidentemente de tipo político-económico y que el motivo religioso no ha sido más que el pretexto para servir solo de cortina. Dicho resultado viene aquí a confirmar el punto de vista de los historiadores musulmanes medievales que no ven en las Cruzadas más que una invasión imperialista por parte de Europa con una máscara religiosa para encubrir la ambición europea en Oriente Medio, zona que les puede servir de escala para el comercio con Extremo Oriente.

Después de siglos de predominio oriental en el Mediterráneo, parecía llegada la hora de una contraofensiva venida de sus orillas occidentales porque en tales orillas había alcanzado la suficiente fortaleza para realizar una nueva sociedad. Las bases primeras de ésta fortaleza son: feudalismo, consolidación de las monarquías. También había un factor que podía provocar contraataques limitados: el renacimiento de ciudades mercantiles en Italia, pero ¿cómo explicar un movimiento tan enorme como fué la Cruzada.

Aunque la sociedad europea ha sido una de las más expansivas de que se tiene noticia y ésta expansión en los tiempos modernos ha sido vehículo de un nivel cultural que al extenderse por el mundo ha beneficiado a la humanidad, sin embargo no podemos decir que fuera ésta la causa de las Cruzadas, porque los occidentales no podían entonces parangonarse en madurez, en altura científica, ni aún en valor ideológico en muchos puntos con las grandes sociedades orientales a las que iban a perturbar con su presencia.

Los motivos son distintos. Hay que pensar acaso en un exceso demográfico.

fico causado por condiciones miserables de vida y por fin de las grandes guerras y destrucciones de siglos pasados, ya que la Cruzada dió lugar a diversos movimientos de masas y al asentamiento de colonos en las nuevas tierras. También es cierto que había una inquietud y unas ambiciones entre la caballería feudal que no podían ser satisfechas dentro de Europa como antaño. Pero el encauzamiento de este factor básico se debe a unas condiciones de mentalidad e intereses específicos, dirigidas convenientemente por quienes tenían poder para hacerlo; esto es lo más importante, averiguar cuáles fueron los intereses e ideas, que encauzan siempre las fuerzas materiales a la realización de unos hechos determinados y no de otros. Estamos concediendo mayor importancia a Europa en esta exposición de hechos porque la Cruzada fué empresa europea, en la que se manifestaron los factores que estamos estudiando.

La predicación de la Cruzada obedeció también al deseo del Papa de probar su prestigio y autoridad. Era la demostración de su fuerza frente a los poderes temporales que se resistían a acatarla y el prestigio que la Cruzada reportó al Papa es una de las causas de su triunfo en las luchas contra el Imperio Romano-Germánico. La predicación desencadenó el imperialismo militar de los señores feudales cuyas actividades en Europa estaban muy limitadas ya a causa de la paz y del auge monárquico, y estimuló su entusiasmo religioso. La primera llamada fue hecha por el Papa Gregorio VII, para organizar una expedición destinada a ayudar al imperio Bizantino contra los Seljúcidas, Gregorio VII, en febrero de 1074 piensa destinar sus esfuerzos a la reconquista cristiana en oriente aunque el emperador bizantino no le hubiese pedido ninguna ayuda. Las ideas de Gregorio VII pasan a la práctica cuando el Papa Urbano II lanza la segunda llamada a varios miles de campesinos franceses en Clermont en 1095. También la llamada de Urbano II iba a poner en movimiento los intereses de las ciudades mercantiles ita-

lianas. El llamamiento del Papa encontró acogida entre las masas ignorantes y bien explotadas. La remisión de culpas que el Papa concedía a los cruzados influyó mucho para aliviar las conciencias de tantos caballeros bandidos, de tantas almas turbadas o de tantos campesinos que nada mejor podían esperar en este mundo que morir en gracia de Dios para irse al otro. Los hombres actúan cuando cuentan con estímulos suficientes; en la Cruzada los hubo y, si hemos de reconocer que lo espiritual y material tuvieron mayor importancia al principio y siempre para la masa de los cruzados, no es menos cierto que los materiales influyeron mucho en la mayoría de los jefes de la expedición y de ninguna manera es posible justificar los fenómenos de criminalidad individual y de locura colectiva que hubo en aquellas peregrinaciones bélicas, a las que los contemporáneos jamás llamaron cruzadas y menos los musulmanes desde que sufrieron la agresión de la primera cruzada.

A continuación de la conquista se planteará a los cruzados la necesidad de organizar las tierras ocupadas y en este punto vemos la importancia enorme que tuvieron las ideas feudales. Mistica colectiva, afán de poder y popularidad del papado, inquietud de muchos nobles en una sociedad en vías de asentamiento, intereses comerciales en el Mediterráneo, probable auge demográfico de base... Por todo ello la Cruzada se produjo, no porque fuera una necesidad, sino porque entre todas las posibilidades que los europeos podían elegir para salir de sus problemas y satisfacer sus ambiciones aquella era la que contaba con más posibilidades de ser elegida. Desde este punto de vista puede observarse lo insuficientes que son los motivos que tradicionalmente se alegan como causas de las Cruzadas: los malos tratos a los peregrinos y las peticiones de ayuda de Constantinopla contra los turcos. ¿Desde cuándo las súplicas si hubiesen de una sociedad bastante hostil y alejada o las vejaciones hechas a algunas perso-

nas particulares han sacudido a millones de hombres al unísono? Además ambos motivos son discutibles. Los relatos de malos tratos a peregrinos eran casos limitados de poca importancia y la petición de ayuda que Alejo I habría dirigido al Papa se conserva en textos evidentemente falsos, según Robert S. López. Pero, aunque hubiesen sido ciertos, no habrían representado tales motivos más que una gota de agua en el mar. Grosset, afirmaba en 1930 que las Cruzadas habían sido "la empresa colonial europea" más antigua y algunos autores rusos sostienen que las Cruzadas han sido un choque más de los que a lo largo de los siglos vienen registrándose entre Oriente y Occidente.

Las verdaderas causas de las cruzadas son desde hace tiempo objeto de análisis de la ciencia histórica. Los historiadores del siglo pasado y del presente han apuntado múltiples y diferentes motivos por los que masas considerables de habitantes de Europa Occidental, durante casi dos siglos (las cruzadas duraron, con interrupciones de 1096 a 1270), llamados por la Iglesia católica, se lanzaron a conquistar los países que hoy denominamos Oriente Medio. Autores de los primeros decenio del siglo XIX, como F. Wilken y G. Michaud, muy influidos por la tradición eclesiástica católica, veían en las cruzadas una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos de la Europa Occidental en la época medieval. Según esos historiadores, las cruzadas revelaron el sincero deseo de los pueblos, inbuidos de un espíritu religioso, de arrebatar a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina.

Posteriormente, con el desarrollo de la historiografía, con la revelación de nuevos hechos y mediante una interpretación más crítica de los documentos históricos medievales, la mayoría de los historiadores desechó la ingenua e idealista explicación de las causas que originaron las cruzadas. Los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX y de principios

del presente, tras un análisis más profundo de la enorme cantidad de documentos, se centraron en los diferentes fenómenos de la vida económico-social de los siglos XI al XIII, que fueron los auténticos móviles de las cruzadas: la difícil situación de las masas populares de la Europa Occidental (H.Prutz, T.Wolf) y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia, que participaban en las cruzadas (W.Heyd). Numerosos historiadores (L.Brayer, W.Stevenson, W.Norden, etc..) consideran que el papado fue impulsado a organizar las cruzadas por razones políticas, como la necesidad de elevar su prestigio en la lucha contra los emperadores germanos y de someter la Iglesia ortodoxa griega al poderío de Roma. Algunos científicos burgueses, haciendo alarde de realismo, han expuesto ideas muy acertadas sobre las causas de las cruzadas y han hecho observaciones muy profundas sobre los factores económicos, sociales y políticos que constituyeron el motivo real de las mismas. Esas valiosas observaciones están presentes en las obras de los franceses P.Riant, N.de Vally, L.Brayer, A.Luchaire, F.Chalandón; de los alemanes G.Siebel, H.Prutz, B.Kügler, T.Wolf; del austriaco R.Rericht; de los rusos V.G.Vasilevski, F.I.Uspenski, P.Mitrofanov, D.N.Egorov y otros. Otros historiadores contemporáneos, incapaces de explicar los orígenes de la cruzada, se limitan a rechazar la explicación materialista que al problema dió la historiografía burguesa anterior. Como quiera que sea, el concepto de que las cruzadas fueron ideadas exclusivamente motivadas por el ideario predominante en aquella época prevalece en las obras de los investigadores occidentales contemporáneos como P.Rousset y los norteamericanos Lamont, y A.S.Atiya.

La historiografía soviética tiene su punto de vista al enfocar científicamente al problema del origen de las cruzadas. Muchos aspectos importantes del tema fueron analizados en las obras de E.A.Kosminski, N.P.Gratianski, V.V.Stoklitski-Tereshkovich, B.N.Zakoder, N.A.Sidorova y otros

historiadores soviéticos. ¿Cuáles fueron las causas auténticas de las cruzadas? Para comprenderlas es necesario aclarar por lo menos estas dos cuestiones básicas:

- 1 - ¿Por qué los campesinos y los feudales de Europa Occidental desde fines del ~~siglo XI~~ marcharon sobre los países de ultramar, como Siria y Palestina?
- 2 - ¿Por qué ese movimiento enarboló la bandera de la religión?

Para responder a esas preguntas es preciso analizar la situación de las distintas clases del Occidente feudal a fines del siglo XI, el papel de la Iglesia católica en la sociedad de la época, las relaciones económicas y políticas entre Europa Occidental, Bizancio y Oriente en vísperas de las cruzadas. Y no vamos a analizar lo dicho porque aquí pretendemos hacer historia de las cruzadas, sólo vamos a señalar el verdadero motivo que promovió a las cruzadas según los análisis modernos, y los factores que ayudaron a realizarlas.

La congregación de Cluny, encabezada por los papas, y las reformas eclesiásticas internas, contribuyeron al fortalecimiento del papado. La curia romana se convirtió en el único centro organizador y unificador de las dispersas fuerzas de la clase dominante. Desde la época de Gregorio VII (1073-1085), el papado manifestó con insistencia su deseo de supremacía no sólo sobre la Iglesia cristiana, sino también sobre los jefes de Estados laicos. Gregorio VII formuló una especie de programa de dominio "ecuménico" de los papas. Según ese programa los príncipes y los reyes eran meros vasallos del trono romano; el Papa dispondría de las coronas, designaría y sustituiría a los duques, reyes y emperadores igual que hacía con los obispos.

Gregorio VII concibió el plan de un estado mundial con el Papa como soberano ilimitado. Esa monarquía teocrática (30) integraría a la totalidad de los países "cristianos".

Gregorio VII fué más allá de las formulaciones teológicas, teóricas y abstractas, e hizo tentativas para aplicar esas ideas de dominio papal en el mundo.

El papado estaba particularmente interesado en el comercio con Oriente. En Roma aumentó la demanda de mercancías orientales, ya que la industria en Europa Occidental, poco desarrollada, no podía satisfacer las crecientes necesidades en objetos de culto, ornamentos, ungüentos, perfumes, esencias, incienso, etc. Incluso algunos historiadores burgueses modernos (R.S.Lopes) estiman que la política de Gregorio VII estaba determinada en general por los intereses materiales, Oriente, más desarrollado económicamente que Occidente y una fuente de enormes riquezas y de un lujo jamás visto. Jerusalén era un importante centro comercial entre Occidente y Oriente.

De éste modo los papas surgidos del movimiento de Cluny actuaban en el siglo XI como "cesares investidos de supremo sacerdote", según la acertada expresión del historiador alemán W.Norden. La dominación y el poder se convirtieron en el lema de los papas (31). Hacia la segunda mitad del siglo XI, en los momentos más graves de la lucha social en Occidente, la Iglesia católica resultó ser la organización feudal más potente y más centralizada. Esta posición hacía de ella una fuerza directamente interesada en el máximo fortalecimiento del régimen feudal. El papado pretendía algo más que defender los intereses materiales de la Iglesia: ser también el centro aglutinador de las desperdigadas fuerzas feudales. Ello explica las pretensiones "ecuménicas" de Roma, que no constituyan un objetivo en sí mismo, sino más bien un medio para lograr el pleno fortalecimiento del régimen y de la propiedad feudal frente a las discordias que desgarraban a Occidente en el siglo XI.

Una parte esencial de ese programa lo constituía el empeño del papado de liquidar la independencia de Bizancio bajo el pretexto de unificar con

la Iglesia romana la oriental, greco-ortodoxa (32). Precisamente en relación con esos propósitos se perfilaron las primeras previsiones del plan para organizar una campaña de conquista del Oriente. Dicho plan fué propuesto, claro está por Gregorio VII. Su objetivo inmediato era colocar a la Iglesia ortodoxa bajo el dominio de la sede apostólica, para luego, someter al propio Imperio Bizantino, el cual servirá de trampolín para la conquista de Siria y Palestina. Ello incrementaría sensiblemente el poderío económico de la Iglesia católica romana y facilitaría al papado la ejecución de su programa universalista en Occidente, particularmente la creación del Sacro Imperio Romano.

Para poner en práctica esos ambiciosos planes, el papado se valió de los cambios de la situación internacional al comienzo de los años setenta del siglo XI, que había deteriorado sensiblemente la situación de Bizancio. La heredera del imperio romano en Oriente había perdido hacía tiempo gran parte de sus posesiones, y la base territorial del imperio bizantino la constituían ahora principalmente los Balcanes y el Asia Menos. Pero mantener esas posesiones se hacía también cada vez más difícil. No obstante, las ciudades bizantinas desempeñaban un importante papel en el comercio mediterráneo y concentraban, particularmente Constantinopla, importantes riquezas. A mediados del siglo XI los dominios de Bizancio comenzaron a ser hostigados por las incursiones turcas de los selyúcidas, llegados del Asia Central que penetraban en las provincias bizantinas de Capadocia y Frigia, en el Asia Menor. En 1071, en el combate de Manazquerta, al norte del lago Van (en Armenia), el ejército bizantino sufrió un terrible descalabro. Las consecuencias de la derrota de Manazquerta fueron catastróficas para las clases dominantes bizantinas: la mitad del Imperio quedó en manos de los selyúcidas, mientras la otra se debatía en la anarquía más absoluta.

El Papa Gregorio VII quiso valerse de todas esas circunstancias para

Poner al Imperio bajo la influencia de Roma. Debilitado por la lucha de los selyúcidas y por los desórdenes internos, Bizancio sería presa fácil.

En realidad, los pretextos sobre la defensa de la fé cristiana en Oriente pretendían encubrir las verdaderas intenciones de Roma, que no eran la salvación del "cristianismo" oriental, cosa que, por otra parte, nadie había solicitado. Los intereses religiosos a los que el Papa aludía en los llamamientos a Occidente en realidad no pesaban mucho en la ideología de éste político eclesiástico. El orientalista francés Claude Cahen ha demostrado que los selyúcidas (y sus antecesores, los árabes) carecían por completo del intolerante fanatismo religioso y que la situación de la población cristiana de Siria, Palestina y Asia Menor, conquistadas por los turcos, en el aspecto religioso no se empeoró. Por el contrario, con ellos cesaron las persecuciones religiosas y fiscales ejercidas por la Iglesia bizantina contra la mayoría de la población cristiana monofisita, nestoriana, copta, etc. (33). Con respecto a otras creencias, los selyúcidas proseguían la misma política tolerante establecida en la época del dominio árabe. Es significativo que los habitantes de los países del Mediterráneo oriental jamás buscaron protección contra las supuestas persecuciones selyúcidas, jamás pidieron ayuda a Occidente ni a Bizancio. Ninguna crónica recoge ningún deseo de "librarse" de los que Occidente denominaba "paganos", opresores de la fé cristiana".

En cuanto a la situación europea, el siglo XI es para Europa Occidental el inicio de grandes cambios económicos. En Europa surgieron y crecieron las ciudades. Entre la ciudad y su entorno rural se establecieron relaciones comerciales más o menos regulares. También empezaron a establecerse sólidos vínculos comerciales a nivel internacional, entre los países europeos y de éstos con Bizancio y el Oriente. Al comercio con Oriente, hasta entonces insignificante, se incorporó un elevado número de ciudades. Desde

tiempos remotos comerciaba con los árabes Arlés (en el sur de Francia). En el siglo IX, de Lyon, Marsella y Aviñón partían expediciones comerciales para la Alejandría egipcia. De allí salían cargamentos de especies de la India, esencias aromáticas de Arabia y otras mercancías orientales que por vía fluvial llegaban al interior de Francia. Entre las ciudades italianas, Bari mantenía un animado comercio con Oriente y en adelante Génova, Pisa, Venecia a partir de las cruzadas.

En el aspecto social los campesinos de los países más importantes de Europa Occidental vivían bajo el régimen de servidumbre en el siglo XI. En algunas partes un número reducido conservaba su libertad personal, aunque tampoco eran totalmente libres, pues estaban obligados a los terratenientes por medio de distintos gravámenes. El siervo de la gleba estaba obligado a la prestación personal (hasta tres días por semana) y soportaba otras numerosas cargas. Entre las cargas que el señor feudal imponía al campesino estaban la capitación, el pago por usufructo del bosque o del prado, el tributo para la manutención de las huestes del señor en campaña y otras obligaciones, símbolos de la dependencia personal del siervo. Aparte estaban las exacciones de todo tipo: las judiciales, para la construcción de caminos, de mercado y otras, que el señor feudal quisiera imponerle. Además, el campesino debía de pagar a la Iglesia el diezmo, contribución que en muchos casos rebasaba la décima parte de sus frutos.

El nacimiento de ciudades, que dió impulso al comercio, empeoró la situación material del campesino, pues los apetitos de los señores feudales aumentaron; éstos ya no se contentaban con las cargas en especie (harina, manteca, carne, frutas); querían comprar lo que producía la ciudad (de superior calidad a lo que fabricaban sus artesanos): armas, vestimentas, calzados, armaduras y lo que de ultramar traían los mercaderes italianos: las telas de Oriente, vinos, adornos y objetos de uso doméstico. Los señores

res adquirían gustos más variados y, en consecuencia se hacían más exigentes, aumentando cada año a su antojo las cargas de distintas clases. Así, en el siglo XI, ya se introducen en diversos lugares los gravámenes en dinero especialmente ruinosos para el campesino. Muchos documentos de los siglos XI y XII revelan con claridad hasta qué punto llegaba la opresión implacable a que sometían a sus campesinos los señores feudales y eclesiásticos, para recaudar mayores tributos.

Pero no eran las cargas y abusos feudales los que arruinaban a los campesinos. A su empobrecimiento colaboraban también las interminables guerras en diversas partes de Occidente en el siglo XI. Era la época en que el fraccionamiento feudal alcanzó su apogeo y, el campesino era la primera víctima de esas interminables guerras feudales, sumando a todo eso el hambre por las malas cosechas que durante ese siglo azotaron con frecuencia a distintos países de Europa. De la magnitud del hambre dan idea los frecuentes casos de canibalismo. El cronista borgoñón Radulfo Glaber afirma que el canibalismo en la época del hambre adquiría una amplia difusión en muchas regiones de Francia en 1032 y que duró tres años más. Dice él mismo "la gente devoraba carne humana. Los caminantes eran atacados por los más fuertes, que los descuartizaban y comían, después de haberlos asado... En muchos lugares sacaban los cadáveres de la tierra para calmar el hambre... Tanto se propagó el consumo de carne humana, que hasta se puso de venta en el mercado de Tournus como si fuera carne de vaca; el vendedor fue detenido; no negó el crimen; le ataron y le quemaron vivo en una hoguera". El historiador francés Dares de la Chavanne calculó que durante el siglo XI hubo veintiséis años de malas cosechas, es decir, más de un cuarto de siglo. Sobre todo fue frecuente el hambre en las aldeas a fines de dicha centuria, cuando Europa Occidental padeció consecutivamente "siete años flacos" (1087-1095).

Mientras estas desgracias se cebaban en los campesinos, aumentaba el yugo feudal, factor principal y decisivo de la ruina de los campesinos del siglo XI. Pero el siervo, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente, también era víctima de su propia ignorancia (34), fomentada por la Iglesia, que predicaba la sumisión, la resignación y el temor. En aquella época, la Iglesia era baluarte del régimen feudal. Sus altos dignatarios: los papas, cardenales, arzobispos, obispos y los abades, pertenecían a la nobleza feudal. La Iglesia católica, además de ser un importante propietario feudal, predicaba que el orden terrenal había sido instituido por Dios y por tanto no debía ser modificado; con ello ayudaba a la clase feudal a mantener sumisas a las masas trabajadoras (tanto en Francia como en Alemania y en Inglaterra como en Italia), y prestaba a la clase dominante apoyo de todo tipo, incluso cuando esa clase feudal se disponía a ensanchar sus límites territoriales.

La opresión feudal provocaba una legítima protesta, que se expresaba de distintas maneras. En algunas partes, organizaron verdaderas rebeliones, "motines", como las denominaban los cronistas. Tales motines se registraron en Bretaña, en Flandes, en Inglaterra. También en Francia se produjeron acciones campesinas contra el yugo feudal poco antes de iniciarse la primera cruzada. Los cronistas cuentan que la gente empujada por el hambre y la miseria, incendiaba, saqueaba y devastaba los bienes de los ricos, dando su merecido a quienes, explotando la desesperada situación del pueblo, prestaban dinero en condiciones de usura y les despojaban de su último patrimonio. "Los pobres castigaban a los ricos con el pillaje y los incendios", se lamentaba el monje cronista Sigeberto de Jeanblas.

La protesta espontánea de los siervos en aquella época también solía tomar formas pasivas. Al no hallar salida a su situación de miseria y de carencia de derechos, muchos caían en la desesperación. Se conocen casos de

suicidio colectivo en los pueblos en los años noventa del siglo XI. Otros buscaban la evasión de la realidad feudal en lo "espiritual": entre el pueblo se propagaban doctrinas religiosas que en esencia rechazaban el régimen feudal y predicaban la igualdad social. La Iglesia combatía esas doctrinas como herejías y perseguía en forma despiadada a los apóstatas, porque la herejía religiosa era una manifestación de la protesta de las masas contra la explotación feudal.

La forma más frecuente de lucha pasiva contra el creciente yugo feudal era la fuga. Aldeas enteras se ponían en camino sin rumbo fijo. Muchos, como alimañas perseguidas, se refugiaban en los bosques.

Para resolver el problema de la lucha entre las clases sociales en Europa Occidental, la Iglesia no se limitaba a las reformas: buscaba otros medios para preservar a la clase dominante del descontento de los campesinos oprimidos y salvar la propiedad feudal eclesiástica y la laica de la amenaza de la sublevación campesina, medios que acabaran con las insurrecciones de los siervos o cuando menos las redujeran al mínimo. Al mismo tiempo, había que ofrecer ciertas garantías a los grandes terratenientes, contra los desmanes y el bandolerismo de los segundones y a la vez contentar a la nobleza pobre. En fin, había que hallar la forma de conciliar los intereses de los caballeros pobres y de los magnates eclesiásticos y laicos.

La cuestión estaba en cómo y por cuenta de quién hacerlo. ¿Hacia dónde orientar las miradas de los campesinos ansiosos de tierra y de libertad, de modo que también se favoreciera la Iglesia y los demás feudales? ¿Hacia dónde encaminar a los caballeros ávidos de propiedades y riquezas, y a los nobles que anhelaban ensanchar sus dominios?

Los planes de Gregorio VII fueron resucitados y ampliados cuando las cosas estaban maduras, por su segundo sucesor, el Papa Urbano II (1088-1099). En los últimos decenios de esa centuria la situación política de los países

del Mediterráneo oriental era favorable a los propósitos de la curia romana. Convencido del fracaso de las tentativas de unificar las iglesias por medios diplomáticos, Urbano II optó por el camino de Gregorio VII, resucitando sus planes de conquista a Bizancio por la fuerza de las armas, pero con el pretexto de ayuda contra los "infieles".

Según Zaborov, para ello, Urbano II, aún en mayor escala que Gregorio VII, recurrió a la demagogia religiosa. Urbano II asumió la iniciativa de organizar una expedición a gran escala a Oriente; la idea se difundió en las esferas feudales de Occidente, cuando el Papa como se ha dicho antes en 1095 dirigió a los campesinos en la ciudad francesa de Clermont un emocionante discurso en el que avanzó un amplio programa de unificación de los caballeros de Europa Occidental para conquistar los países orientales bajo la consigna de "rescatar el sepulcro del señor". (Itinerario de las Cruzadas, mapa XIV).

Así surgió y tomó cuerpo la idea de las cruzadas que duraron desde finales del siglo XI hasta finales del XIII. Fué durante el período de la decadencia selyuquí, y amparándose en ella, cuando los cruzados europeos se instalaron en Siria-Palestina (y, además de en el Eufrates, en la armenio-griega Edesa). Para los musulmanes éstos "francos" no eran más que una variante de los rumes bizantinos con los que se combatía, desde hacía cuatro o cinco siglos. La Siria de finales del siglo XI estaba dividida políticamente. De ahí la facilidad con que se establecieron los francos, facilidad que se vió acompañada de matanzas y emigraciones, mientras que la línea formada por las grandes ciudades situadas al borde del desierto siguió perteneciendo al Islam. En cuanto a los fatimíes, que habían celebrado los golpes recibidos por los epígonos de los selyuques y que después habían tratado de defender contra las cruzadas la parte de Palestina que les pertenecía, de grado o por fuerza pronto se acostumbraron a su vecindad, que, después de

todo, tenía la ventaja de separarles de los turcos y era compatible con fructuosas relaciones mercantiles con Occidente.

No obstante, aun siendo todo lo limitado que se quisiera el territorio franco y el número de inmigrantes francos, poco a poco se hizo patente que la ventana marítima ocupada por ellos tenía una gran importancia económica.

El estado de guerra se declaraba una y otra vez y los cruzados no siempre se distinguían por su espíritu de tolerancia. De este modo, y con el ánimo de recuperar las tierras del Islam, poco a poco se fué despertando una mentalidad de resistencia, de guerra santa, defensiva, en medios cada vez más numerosos. Estos se veían afectados por la apatía o los compromisos que se hacían notar a su alrededor, y también por la división política que impedía toda acción concreta de envergadura contra los cruzados. Se interesó en la lucha, la Alta Mesopotamia, almacén de recursos y de posibles combatientes turcos y kurdos. Poco a poco en Alepo, y con más lentitud en Damasco, el nuevo espíritu fué ganando la partida. Los que supieron aprovecharse de ello fueron los Zénqui, primero Imad al-din Zinqui atabeg independiente de Mosul, y después su hijo y sucesor en Alepo, Nur al-din. El primero, uniendo los recursos de Mosul y de Alepo, pudo reconquistar a los francos la provincia de Edesa; el segundo, soberano de hecho en Mosul y que había de unir bajo su mando toda la Siria musulmana, reducirla a los francos -después de haber rechazado a la Segunda Cruzada provocada por la caída de Edesa- a la zona montañosa situada al Oeste del Jordán y del Orontes y al este del Mar Muerto. Pero, más que estos resultados bastante limitados, Nur al-din sobre todo, encarnó el nuevo espíritu de guerra santa. Este ardor, en su caso, se vió acompañado por la decisión de restablecer la unidad moral del Islam por medio de la intensificación del movimiento ortodoxo de las madrasas (escuelas islámicas), éste, fué ayudado en esta tarea, por los turco-iraníes que le rodeaban.

A partir de mediados del siglo XII el desorden interno de Egipto provocó la intervención de los francos de Jerusalén. Así, pues, Nur al-din en vió un fuerte ejército turco-kurdo que terminó por instalarse allí. Su general, el kurdo Sirkuh, murió en el curso de los acontecimientos, pero su lugar fué ocupado por Salah al-din (Saladino). Este, después de la muerte de Nur al-din (1174), y en nombre de la unidad necesaria para al yihad, despojó a los incapaces herederos de Nur al-din; la familia ayyubí, de la que formaba parte, pronto extendería su autoridad sobre el extremo norte de Mesopotamia, pero, el centro de poder estaba ahora situado al sur, en Egipto. Es de ahí de donde partieron los ataques de Saladino contra los cruzados. Después de la batalla de Hettin (1187), reconquistó Jerusalén, una ciudad santa para el Islam, no dejando a los cruzados más que algunas fortalezas costeras. La Tercera Cruzada consolidaría la situación de la costa -que contaba con una nueva capital, Acre-, pero no pudo reconquistar ni el interior del país ni Jerusalén. Si en ciertas ocasiones la paz se vió se-riamente alterada, lo fué por iniciativas de Occidente, deseoso de recon-quistar Jerusalén a partir de Egipto, que fué atacado por la Quinta y luego por la Séptima Cruzada (San Luis). Para el Oriente musulmán, las cruzadas fueron una terrible calamidad; los cruzados, durante muchos decenios arruinaron los países orientales y sembraron la muerte y la desolación entre sus pueblos. Los crueles cruzados, ávidos buscadores de riquezas, se hicieron merecedores, por derecho propio, al odio y al desprecio del Oriente. Lo mismo se podría decir de la bárbara invasión mongol de la que fue blanco el mundo islámico de Asia, coincidiendo con las últimas cruzadas. Así pués tuvo el ala oriental del Islam que hacer frente a la invasión cuando contaba con un siglo y medio de lucha contra las cruzadas. Aún no acabó Siria de hechar a los cruzados de su costa cuando se les hechó encima la invasión mongol. Ni el estado silyuquí en (Irak y Anatolia), ni el ayyubí en Siria, (que gobernaba en Alepo hasta 1260) pudieron hacer frente a la inva-

si6n mongol.

No podemos hacer ahora historia de los 6rdenes del Imperio mongol, nos limitamos a se6alar que es un pueblo que hasta entonces apenas habfa dado que hablar, unificado y disciplinado tras Tshinghiz- Jan, en unos a6os aplastaba a los jawarizmsahs, hundfa a Ir6n, alcanzaba el C6ucaso y Georgia, atravesaba Rusia y Polonia, y por un breve per6odo de tiempo llegarfa hasta Alemania y Hungrfa. La excelencia de su organizaci6n, la rapidez de sus movimientos, la extensi6n de su red de espionaje, muchas pudieron ser las causas de sus victorias, pero la principal, despu6s de aqu6llas fu6 el terror que sembraba la simple aparici6n de los invencibles b6rbaros, autores de las mayores matanzas, de las m6s terribles destrucciones que la memoria humana haya registrado.

En el caso de los musulmanes de Asia, el desastre se agravaba por el hecho de haberse establecido en las m6s gloriosas tierras del Islam un dominio de infieles incivilizados y b6rbaros. En 1234 bastaron unas cuantas horas, en la batalla de K6seh-Dahg, para poner t6rmino definitivamente a la independencia de los silyuqies de Rum (Asia Menor). En 1251-60 Mongka (Mangu), nuevo gran Jan, organiza dos ej6rcitos bajo el mando de sus hermanos Kublai y Hulagu. El primero conquista toda China en 1258, el segundo en 1251 conquista Persia y funda el Kanato mongol de Il; y en 1258 Bagdad succumbfa en un ba6o de sangre y el 6ltimo representante de cinco veces centenario Califato abbasf era estrangulado por orden del vencedor, Hulagu.

Despu6s comenz6 la conquista de la Alta Mesopotamia y de Siria. Los armenios, los francos de Antioqua, que habfan crefdo encontrar en los mongoles unos aliados decisivos contra el Islam, ya que los cruzados entonces se encontraban en posici6n bastante d6bil en la costa sirio-palestina, pero se habfan sometido como vasallos de antemano y participaron en el sitio de Alepo y en la ocupaci6n de Damasco. Con todo 6sto se podfa tener la im-

presión de que había llegado la hora de la catástrofe final, total, para el Islam.

Egipto, sin embargo, quedaba al abrigo como albergue y esperanza para los refugiados de todas las categorías. Pero ya no era el Egipto de los grandes ayyubíes. El último, al-Salih, había cifrado su fuerza en los jawa-rizmíes, y más tarde en una masiva adquisición de esclavos turcos (mamlu---kes). Había, gracias a los primeros, aplastado a sus parientes y rivales sirios y reconquistado Jerusalén, y gracias a los segundos, vencido y capturado a San Luis. Pero una vez muerto, los mamlukes (mamelucos) tomaron el poder directamente. Ahora más que nunca todo se subordinó al ejército con un leve baño de cultura y por el momento absorbido por la guerra, la guerra santa, la guerra de salvación contra los mongoles. El Imperio mongol comenzaba a sufrir los efectos de su tamaño desmesurado, de la disminución de los efectivos disponibles en cada sitio concreto, de la mezcla de los vencedores con los súbditos enrolados en sus filas. A fines del año 1260, un ejército mameluco aniquiló en Ayn-Yalut, en Palestina, a un ejército mongol. En términos militares, la batalla no había sido más que un enfrentamiento de menor importancia; pero moralmente el efecto fue inmenso. A raíz de dicha batalla Siria fue reconquistada, mientras que Irak quedó bajo el dominio mongol, y la frontera definitiva se fijó sobre el cauce medio del Eufrates.

Pero a diferencia de los cruzados, expulsados al final, los mongoles se convirtieron al Islam y fueron más tarde absorbidos por los árabes.

(Imperio Mongol, mapa XV).

3- Los Turcos Otomanos.

Más que la historia de los turcos en turquía, lo que aquí nos interesa es el papel político por ellos jugado en el curso de las relaciones internacionales. Por un lado en el mundo árabe que han dominado desde 1516 hasta 1917, y por el otro en Europa que su mitad oriental fué ocupada por los turcos aproximadamente cuatro siglos.

Los turcos jugaron en las relaciones internacionales un doble papel: gobernaron el mundo árabe e islámico y representaron la civilización islámica en Europa durante largo tiempo.

La situación geográfico-estratégica de Turquía la coloca en un punto de enlace entre el Este y el Oeste, el mundo islámico y el cristiano. Para Europa, Turquía es el puente a través del cual no se pasa solamente al Oriente Medio, sino a todo el Oriente. Y para los países del Mar Negro, sus estrechos (el Bósforo y los Dardanelos), son la llave del Mediterráneo. Prácticamente es un doble puente Este-Oeste, Norte-Sur. Esta situación geográfica trascendental, hizo de Turquía una piedra importante en el juego de ajedrez internacional actual por lo que Occidente hizo mucho para ganar al fin su entrada en la OTAN.

Aunque reconozcamos, con Gregorio Niceno (muerto en 394) que la historia no es sino una inacabable serie de "comienzos", no podemos dejar de observar, sin embargo, que las incesantes series de acontecimientos permiten reconocer, en determinados puntos de fractura, una trabazón en cierto modo conclusa de los sucesos, quizá no uniforme para todo el orbe, pero sí para vastas zonas culturales, y también -aunque con menor frecuencia- para una serie de ámbitos políticos y culturales. El año 1453 simboliza aquello que caracteriza la segunda mitad del siglo XV: el tránsito a un nuevo curso de los acontecimientos. Y esta afirmación es válida desde el punto de vista

islámico-oriental como desde el cristiano-occidental, imponiéndose al observador de modo enteramente inevitable.

El Imperio otomano se había convertido en una gran potencia antes de la caída de Constantinopla; Bizancio, desde principios de siglo, si no antes, se había disuelto territorialmente en un pequeño Estado, si bien dotado desde un punto de vista cultural, de un poder de superior significación propia y de mayor capacidad de autodeterminación. Según el austriaco profesor Grunebaun: la importancia simbólica de la conquista fué seguramente superior a su importancia estratégica; en cualquier caso el acontecimiento constituye el punto cardinal de la expansión decidida y más amenazadora visto el fenómeno desde Europa de un Estado musulmán y suscitó una conciencia "de umbral". Para nosotros, la importancia estratégica fué superior a todos los resultados de la conquista, y los acontecimientos ulteriores vinieron a demostrar la veracidad de lo dicho, a raíz de la toma de Constantinopla los Otomanos aseguraron su dominio sobre los estrechos (el Bósforo y los Dardanelos), y tuvieron la ventaja de sentirse firmes y seguros en territorio Europeo. Para nosotros estos fueron algunos de los resultados más importantes que produjo la caída de la segunda Roma "Constantinopla".

Los turcos fueron plenamente conscientes de la trascendencia de su victoria; puede decirse que de siglo en siglo se les fué haciendo cada vez más patente lo que para el Imperio, para la consolidación espacial del Islam, significaba la eliminación de Bizancio, eliminación que tuvo lugar tras una lucha religiosa de casi ochocientos años de duración. Bizancio, es decir, la cristiandad griega, quedó eliminada como poder político autónomo, en su papel de servir de amortiguador entre el Islam y el mundo católico. Con otras palabras: las tres unidades culturales cuyo concierto había determinado esencialmente la historia de la Edad Media se vieron reducidas a dos con lo que se produjo en el Mediterráneo central y oriental -además de los

Balcenes- una tajante situación de confrontación como no había existido desde la época de Accio o quizá incluso de Salamina, y desde luego nunca por un lapso de tiempo tan amplio. Sin necesidad de pretender buscar un momento exacto para esta transformación, debemos afirmar que la época que va desde la caída de Bizancio hasta los tiempos modernos puede describirse como el período en que dos (y ya no tres en un espacio algo más limitado, como sucedía en la Edad Media cristiano-islámica) unidades culturales que tenían tal carácter a pesar de sus diferenciaciones interiores se encontraron frente a frente, las más de las veces enfrentadas en el espacio formado por el mundo asiático-europeo, desde España hasta la India, y culminó esta fase con la disolución de la unidad oriental en los últimos cincuenta (¿quizás cien?) años.

A- Grandeza y decadencia del primer imperio otomano (1300-1402).

La conquista de Constantinopla por Mohamad II el conquistador, y la destrucción final del Imperio bizantino en 1453, no fueron tanto el presagio estremecedor de una nueva era histórica como la culminación de un siglo y medio de expansión otomana casi continua por los territorios bizantinos e islámicos, y más allá de ambos, por Asia y Europa. Cuando el fundador de la dinastía, Ozman I (1300-1324), tomó el mando de los otomanos, sus dominios estaban enteramente comprendidos en la provincia bizantina de Bitinia, al noroeste de Anatolia, y constaban sólo de las tierras limitadas por Eskisehir y los valles de Nicea y Bursa. El Estado otomano era el más pequeño e insignificante de los principados turcomanos que habían surgido de las ruinas de los imperios de Bizancio y de los silyuques de Rum en la mayor parte de Anatolia. Sin embargo, de entre ellos sólo el de los otomanos emergía triunfante a mitad del siglo XV. Bizancio había desaparecido, y en la Anatolia Oriental únicamente el principado turcomano de Karaman, que gobernaba los

territorios de Konya, Cilicia, y el reino bizantino de trebisonda, que se extendía sobre la costa nororiental de Anatolia, sobrevivía frente al dominio de Mohammad II, y aún así su supervivencia iba a ser de corta duración. ¿Cómo se creó tan rápidamente tal Imperio? ¿Que es lo que capacitó a los otomanos para hacerse con el poder y crear un imperio en Asia y Europa que había de durar seis siglos? ¿Que bases legó Mohammad II a sus sucesores, para después de 1453?

La situación en Europa suroccidental, en Anatolia y en el Medio Oriente estaba madura para tal conquista cuando los otomanos entraron en escena. Los imperios universales establecidos por Bizancio en Occidente y por el Califato Islámico en Oriente se había desintegrado. Anarquía e inseguridad en el interior, e invasiones de hordas incivilizadas desde el exterior, amenazaban de destrucción total a las civilizaciones desarrolladas en dichas áreas durante los siglos anteriores. (Imperio Otomano, mapa XVI).

En el Oriente Islámico, a los abbasíes sucedieron los buwayhíes, gaznawíes, karajáníes, juarzmíes y silyuqíes, todos los cuales sólo fueron capaces de restablecer el orden y la seguridad, de restaurar las bases de la sociedad próximo-oriental y de defenderla de destructoras invasiones por un breve período de tiempo, antes de sucumbir a los mismos factores de debilidad interna que dieron cuenta rápidamente de todos los Estados turcos que surgieron en el Medio Oriente antes de la aparición de los otomanos. La invasión mongol del siglo XIII supuso nuevos peligros: incluso la conversión de los Iljanes al Islam a finales de siglo fué insuficiente para salvaguardar el área durante mucho tiempo, ya que su desintegración, después del 1325, dejó al Medio Oriente expuesto a nuevas invasiones de las hordas nómadas mongoles que tras la muerte de Gengis Jan, habían ocupado las tierras al norte del Cáucaso y del Mar Negro.

Pero durante el siglo XIV el Oriente Medio fué rescatado por un grupo

de turcos, los otomanos, que surgieron en el interior de su propia sociedad para llenar el vacío político y salvar igualmente a la sociedad ortodoxa islámica de un nuevo peligro. La principal razón del triunfo otomano ha de buscarse en la situación de su principado original. De todos los grupos turcos de la Anatolia oriental en esta época, los otomanos gozaban de la mejor posición para sacar provecho de la debilidad bizantina. Esto les capacitaba para atraer a su servicio a la mayor parte de los miles de turcos nómadas desarraigados procedentes de Asia Central y a los artesanos y escribas urbanos del Oriente Medio islámico que afluyen a Anatolia huyendo de la invasión mongol. Por último, los otomanos fueron los que más provecho sacaron de estas condiciones, porque una serie de gobernantes singularmente capacitados desempeñó el poder durante los dos primeros siglos de la dinastía. Sin limitarse a obtener botín, aprovechando la debilidad de Bizancio, los gobernadores otomanos pronto comprendieron las oportunidades que la situación ofrecía para crear mucho más: un Estado que podría asegurarse los beneficios económicos que le ofrecían los territorios conquistados, estableciendo bases mucho más regulares y permanentes. Viendo claramente el contraste entre sus poderosos vecinos turcos por el Este y los débiles Estados del suroeste de Europa, Ozman y sus sucesores inauguraron la oportunidad política de evitar contacto o conflicto con los turcomanos hasta que fueron lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a ellos en igualdad de condiciones.

Los otomanos se dirigieron primero hacia Europa, y sólo tras alcanzar el Danubio usaron el poder y la riqueza adquiridas para derrotar y conquistar a sus hermanos turcomanos, creando así un imperio en Europa y en Asia. Incluso en Europa, por ofrecer a los gobernantes y pueblos conquistados oportunidades no sólo de sobrevivir sino de prosperar en el nuevo imperio, los otomanos fueron capaces de crear una situación en la cual la conquista

se realizaba con poca oposición; y así surgió un imperio en un tiempo asombrosamente breve. La única cosa que vino a diferenciar a Ozman de los otros caudillos gazi turcomanos fueron sus singulares proezas militares y el buen éxito que alcanzó sobre los bizantinos, lo cual llevó a su señor silyuqi a reconocerle formalmente como bey, o señor capacitado para ejercer autoridad política efectiva dentro de un área definida, en este caso la marca nor-oriental de la Anatolia bizantina. Fue este triunfo inicial, seguido por el reconocimiento silyuqi, lo que permitió a Ozman iniciar el proceso por el cual su dominio se convertiría en un principado (beylik) en su sentido más amplio. Como resultado, la fama que colocaba a los otomanos a la cabeza de la oposición contra Bizancio se difundió no sólo por Anatolia sino por una gran parte del mundo islámico, atrayendo así los servicios de miles de nómadas, artesanos y otros individuos y fijando las bases de triunfo ulteriores. En esta época parece que los bizantinos reconocieron a los otomanos como su más peligroso vecino en Anatolia, como testifican los esfuerzos del emperador para provocar en los Iljanes un ataque directo contra ellos. Al fracasar los Iljanes en su intento de establecer un control sobre la porción occidental del Imperio silyuqi, los otomanos quedaron lo suficientemente libres como para avanzar a expensas de Bizancio, mientras que los principados turcomanos más orientales de Anatolia se veían en la necesidad de suministrar a sus amos mongoles hombres y dinero como tributo. Los correspondientes ataques bizantinos a los otomanos fracasaron y los enrolamientos de mercenarios alanos y catalanes, contratados con la esperanza de obtener éxito en su lucha contra los turcos, causaron más daño a tierras del emperador que a los territorios bajo el control de Ozman.

Los otomanos no conseguirían suficiente poder como para eliminar a sus enemigos inmediatos y establecer un verdadero estado hasta el gobierno del hijo y sucesor de Ozman, Orhan (1324-1360). La clave de su reinado fue la

conquista de Bursa al comienzo de éste. Bursa no sólo fué para los otomanos su primera capital verdadera. Su papel de centro comercial permitió a los otomanos reunir un tesoro suficiente para financiar el nuevo estado y también crear un ejército disciplinado y organizado. Orhan inauguró una política militar que fue continuada por sus sucesores durante el resto del siglo: la de enrolar mercenarios cristianos para disminuir la dependencia otomana de los nómadas turcomanos y conseguir fuerzas de combate capaces de enfrentarse a las necesidades de una campaña organizada. Estos mercenarios fueron organizados en yaya, unidades de infantería pagadas con salario y botín, mientras que aquellos nómadas que permanecieron al servicio otomano fueron colocados, bajo una disciplina más formal, en un sistema de caballería con el nombre de müslema. Con la conquista de Bursa las únicas ciudades importantes que le quedaban a Bizancio en Anatolia noroccidental eran Iznik, İzmit y Uskûdar (Escudari) las cuales tomó Orhan con relativa facilidad entre 1331 y 1338, después de aniquilar el esfuerzo que hicieron los bizantinos en la batalla de Maltepe (Pelecanon) en 1329. Esto permitió al gran viajero árabe Iban Battuta, que pasó por Anatolia en el invierno de 1331-1332, decir de Orhan: "Este sultán es el más grande de los reyes de los turcomanos, y el que más abunda en riquezas tierras y fuerza militar". Orhan se enfrentó a continuación con los turcomanos, sus mayores enemigos en el Sudoeste. En 1345 se valió de las luchas internas en el principado de Karesi para anexionárselo, consiguiendo así el eterno control del área entre el golfo de İzmit y Kapi Dag (Zyzicus), y colocándose en una posición sobre el Mar de Marmara desde el cual pudo intervenir en el monopolio que hasta entonces había tenido Aydin en el suministro de tropas a las facciones bizantinas opuestas de Tracia y de Constantinopla. Hasta aquella fecha Aydin había estado suministrando mercenarios a Juan Cantacuceno en su lucha por apoderarse del trono bizantino, pero a partir del comienzo de 1346 esta misión fué asumida

por Orhan, llevando fuerzas otomanas a Europa por primera vez y dándoles una oportunidad directa de ver las posibilidades de expansión en el continente. La muerte de Umur Bey y el subsiguiente colapso de Aydin dejó a los otomanos el control de la Anatolia occidental, y en posición de penetrar en Europa aprovechando la debilidad bizantina. La posición otomana, cabeza de los gazis musulmanes en lucha contra los europeos, quedaría desde ahora asegurado.

A partir de aquí los otomanos se volverán hacia Europa. Orhan empezó a inmiscuirse regularmente en las disputas dinásticas de los bizantinos ayudando a Juan VI Cantacuceno a quitar el trono a Juan V Paleólogo, tomando como recompensa el derecho de controlar el territorio bizantino a lo largo de Egeo, en Tracia, y la mano de la hija de Cantacuceno, Teodora. Orhan murió en 1360, poco después del establecimiento de la base otomana en Gallípolis; bajo su hijo Murad I (1360-1389) se hicieron las primeras conquistas permanentes en Europa sudoriental.

La primera fase del avance de Murad se concentró en Tracia y culminó con la conquista de la segunda ciudad de Bizancio, Adrianópolis (1361), que Murad convirtió en su nueva capital, en lugar de Bursa, dándole el nombre de Edirne y manifestando con este cambio de capital su intención de adelantarse en Europa.

Murad remontó a continuación el valle del Maritsa, cuya conquista fué completada con la toma de Filippopolis (Filibe) en 1363. Como la zona del Maritsa suministraba a Constantinopla la mayor parte de su trigo e ingresos por impuestos, no le resultó difícil a Murad el forzar a los bizantinos a aceptar su soberanía y a confirmar sus conquistas. El emperador bizantino se comprometió a pagar tributo regularmente a los otomanos y a enviar contingentes militares para su ejército. A cambio Murad se comprometió a suministrar a Bizancio los alimentos que necesitase y a no atacar Constantinopla

siempre y cuando sus gobernantes evitasen cualquier tipo de cooperación con los enemigos de Murad.

Sólo ahora se percataron los estados balcánicos del Norte de la inmensa amenaza que suponía para ellos el avance otomano. Unos cuantos años antes, bajo Estaban Dusan (1331-1355), el Imperio servio reconstruido había conseguido controlar Macedonia, Albania, Tesalia y el Epiro, y había comenzado a examinar la posibilidad de reemplazar a Bizancio en el gobierno de sus territorios europeos. Pero en este momento, débiles en su interior tras la muerte de Dusan, y enfrentados repentinamente al avance otomano, los serbios se aliaron con Luis el Grande de Hungría, con el zar Sisman de Bulgaria y con la Bosnia, en la primera de las numerosas "cruzadas" que organizaron los europeos con la intención de expulsar de Europa a los otomanos.

Al mismo tiempo el emperador bizantino Andrónico marchó a Roma a fin de movilizar la ayuda de Occidente. Mientras tanto, Murad derrotaba a los aliados balcánicos en Cirma, sobre el Maritsa (1371), asegurando así su conquista de la Tracia oriental, paralizando la resistencia local, fortaleciendo su confianza en el nuevo ejército otomano y demostrando a Europa por primera vez el poderío militar otomano.

El primer resultado inmediato de la victoria de Murad fue el reconocimiento de la soberanía otomana por la mayor parte de los estados supervivientes de la Europa sudoriental, comenzando por el mismo Bizancio, que en 1372 volvió a aceptar su posición de vasallo. Esto inauguró y estimuló la creación de un "imperio de vasallos" de los otomanos en Europa.

Durante el resto del siglo XIV y gran parte del siglo XV la política otomana de conquista se centró en mantener a los gobernantes locales nativos en el poder, permitiéndoles gobernar como antes, de acuerdo con sus leyes y tradiciones, mientras que a cambio debían pagar tributos anuales y suministrar contingentes militares al ejército otomano cuando éste los requi-

riese. Esta política permitió a los otomanos vencer la resistencia local con la garantía de que gobernantes y pueblos, lo mismo que sus poderes, propiedades, vidas y tradiciones serían preservadas si aceptan el gobierno otomano sin resistencia. Para la mayoría de los jefes balcánicos fué una positiva ventaja el aceptar una posición de vasallaje antes de ser derrotados por el cada vez más poderoso ejército otomano. A los otomanos el sistema de vasallaje les permitía realizar sus objetivos militares sin más resistencia local de la necesaria y gobernar sus nuevos territorios sin necesidad de constituir un amplio sistema administrativo o mantener grandes guarniciones de ocupación.

Murad completó su triunfo en Cirmen emprendiendo una campaña bien organizada para extender su gobierno por los territorios restantes en la península de los Balcanes, al sur del Danubio. El mismo Murad había dirigido personalmente en 1368 una expedición al norte de Constantinopla, a lo largo de las costas del Mar Negro, que culminó con la toma de Burgaz. Esto cortó las comunicaciones bizantinas con Europa en aquella dirección, quedándole solo la ruta del Oeste a través de los Dardanelos, lo cual les colocaba una vez más bajo dominio otomano. El ala izquierda de la expansión otomana estaba ahora bajo el mando de Evrenos Bey, un converso bizantino cuyo objetivo era la conquista de Macedonia. El más poderoso de los gobernantes búlgaros, rey de Sisman, se alió contra Evrenos con el príncipe serbio de Macedonia, pero ambos fueron derrotados en la batalla de Samako (1371), que dió a los otomanos el control de las Puertas de Hierro al mismo tiempo que les abría camino hacia Servia. Los príncipes Servios intentan entonces formar un ejército unido que cortase el avance otomano; pero la batalla de Cirmen 1371 permitió a Evrenos evitar su ataque, cruzando las montañas de Rodope y apoderándose del resto de Macedonia (1371-73), conquista que culminó con la toma de Serez (Serrae) en el 1373, y de Tesalónica en 1387.

Estas victorias, a su vez, permitieron al ala central del ejército de Murad, conducido por Kara Timurtas Bey, un turcomano de Anatolia, remontar el río Tunca (Tonzus) hasta el corazón de Bulgaria, tomando Monstir (1382), Sofia 1385 y Nis 1387. La Victoria en la batalla Kossovo 1389, permitió a los otomanos realizar nuevas conquistas al sur del Danubio y acabó con la última defensa organizada en el área de los Balcanes.

Los nuevos triunfos de Bayazid I (1389-1402), estimularon aunque los llamamientos de Bizancio habían sido incapaces de conseguir antes: una nueva cruzada europea contra el infiel, esta vez bajo la dirección del vecino de Bayazid al norte del Danubio, el rey Segismundo de Hungría. De todas partes de Europa llegaron caballeros atraídos por la esperanza de saquear las tierras del Islam. Pero Bayazid abandonó rápidamente el sitio de Constantinopla, marchó hacia el Norte y derrotó a los cruzados en las cercanías de Nigbolu (25 de septiembre de 1396). Esta importante victoria no sólo aseguró a Bayazid los frutos de Kossovo, sino la fama, en el mundo islámico, de jefe del poder musulmán en lucha contra los europeos, de modo que los oscurecidos califas del Cairo se vieron obligados a reconocer a Bayazid como sultán, o cabeza civil del Islam.

Después de su victoria en Nigbolu, Bayazid volvió al Este para dar fin a las conquistas que habían quedado interrumpidas con su viaje a Europa. Pronto fue capaz de aplastar a Karaman, el último principado turcomano, tomando Konya y alcanzando el Eufrates en 1397. Un año después eliminó el estado establecido al este de Anatolia por el Kadi Burhaneddin, y entró en el valle del Eufrates tomando territorios mamelucos en el área de Malatya (Melitene) y Elbistan. El imperio mameluco iniciaba a la sazón su fase descendente y se vio incapaz de emprender la acción en contra del invasor. Pero el avance hacia el Este puso a Bayazid en contacto con un oponente mucho más poderoso, Tamerlán, que ya había conquistado el Asia Central y la mayor par

te del Irán y que ahora empezaba a temer la amenaza del creciente poder otomano en su flanco occidental. Tamerlán marchó sobre Anatolia y derrotó a los otomanos en la batalla de Ankara (1402).

A partir de la segunda mitad del siglo XIV se registraron los primeros esfuerzos encaminados a restaurar el poder del Sultán frente a la aristocracia turca. Murad I y Bayazid I pretendieron conseguirlo mediante la constitución de una guardia personal compuesta de esclavos que llamaron Kapikulu o Kapikullari "esclavos de la Puerta". Debe tenerse en cuenta que los conquistadores musulmanes no forzaron nunca la conversión al Islam, y mientras muchos soldados bizantinos, administradores y súbditos comunes se convirtieron voluntariamente al Islam, muchos continuaron practicando su antigua religión sin impedimento alguno. Otra fuente importante de influencia bizantina fueron las relaciones tan estrechas que se desarrollaron entre las cortes cristianas y otomana. La esposa de Orhan, Teodora, hija del emperador Juan VI Cantacuceno, fué la madre de Murad I, que a su vez se casó con una princesa bizantina, Helena, y luego con una princesa búlgara, Támara. Bayazid I se casó con Despina, la hija del príncipe serbio Lázar. Cada una de ellas llegó a la corte otomana con su séquito, y como quiera que esto aconteció justo en el momento en que los otomanos estaban haciendo evolucionar sus instituciones, es lógico que tuvieran particular influencia en el desarrollo del protocolo y ceremonial de la Corte Otomana. Bajo su influencia, Murad I y Bayazid I abandonaron las sencillas Cortes nómadas de sus predecesores y empezaron a aislarse de sus inferiores tras un elaborado sistema de jerarquías y ceremonias tomado principalmente de los bizantinos.

Bayazid I tuvo que elegir entre concentrarse en las conquistas europeas o en las de Anatolia. Como hemos visto, en general elegía las campañas cediéndose sencillamente a las necesidades del momento, presionado a veces por los que le rodean. Su mujer y los consejeros intentaban hacerle aban-

nar definitivamente la tradición gazi e inclinarle a atacar el este turco y musulmán, convirtiéndose con ello, en cierto sentido, en los guardianes del resto del mundo bizantino. Por otro lado, la aristocracia turca prefería seguir la vieja tradición de avanzar hasta alcanzar el corazón de Europa, y que sentían los ataques a turcos y musulmanes en el Este como una traición contra su raza y su religión. Cuando por fin Bayazid aceptó el consejo de avanzar hacia el Este por segunda vez perdió el apoyo de la aristocracia turca en un momento en que su nuevo ejército de Kapikullari aún no estaba preparado para librar batallas importantes, en particular contra un ejército tan poderoso como el de Tamerlán. En la práctica, sólo contaba con los vasallos cristianos para formar su ejército, y éstos resultaban insuficientes para tal función. Así la expansión de Bayazid hacia el Este terminó en desastre.

B- Restauración del imperio otomano (1402-1512).

Bayazid I fué capturado por Tamerlán y murió en cautividad el mismo año de la batalla de Ankara 1402, dejando así el Gobierno Central Otomano y el ejército destruido, y Anatolia dividida en pequeños Estados turcomanos. Había por lo menos cuatro principes otomanos que reclamaban para sí el derecho de gobernar los dominios de su padre. Pero al final Mohammad consiguió el apoyo de la aristocracia turca prometiéndole asumir las antiguas tradiciones gazi. También restableció las conexiones de la familia con las agrupaciones religiosas ortodoxas y cofradías artesanas de Anatolia, y con su ayuda consiguió derrotar y matar a sus hermanos Isa y Musa (1413), y Suleyman le mató a Musa, asumiendo así la posesión indiscutible de todo el imperio como el sultán Mohammad I (1413-1420).

Con Mohammad I y Murad II (1421-1451), el siglo XV conoció un nuevo período de la expansión otomana, durante el cual se construyó el imperio de

Bayazid y se le añadieron nuevos territorios. Como Mohamad había vencido gracias al apoyo de la aristocracia turca, los elementos bizantinos que se habían introducido en las instituciones otomanas quedaron eliminados; se dio énfasis al pasado turco de la dinastía y por primera vez se encargaron crónicas de su historia. Los miembros de la aristocracia turca volvieron a hacerse cargo de sus estados y desempeñaban todos los cargos importantes en el gobierno y en el ejército, y la infantería jenízara quedó como guardia personal del sultán.

Con los defensores de la tradición gazi en el poder no resultaría extraño que Mohammad y Murad reemprendieran la expansión otomana en Europa. Las áreas fronterizas del imperio fueron oficialmente organizadas como marcas, cada una con su organización y su dirigente gazi, establecidos con el fin de reemprender la guerra en Europa. Y aunque Murad II quiso reanudar las conquistas, se vió obligado a concentrarse en la resolución de los problemas internos suscitados por el levantamiento de dos candidatos al trono que surgieron a continuación de la muerte de su padre: su tío Mustafa Bey, conocido por Düzme Mustafa (Mustafa el Impostor) que dirigió un gran levantamiento contra él en Europa, y su hermano Mustafa que dirigió la revuelta en Anatolia. De nuevo parecía que el imperio iba a ser dividido en un número de principados, y que se acercaba un nuevo período de interregno. Pero Murad II estuvo a la altura de la situación. Su ejército cruzó el Bósforo, atravesó Tracia, asedió y tomó Edirne y mató a Düzme Mustafa en el mismo año de su ascensión al trono. Comenzó entonces el primero de los grandes sitios otomanos a Constantinopla (junio de 1422), no tanto con el fin de tomarla como el de castigar a los bizantinos por su deslealtad y ayuda a Düzme Mustafa. El sitio acabó únicamente tras haber pagado el emperador un enorme tributo. En 1423 volvió a atravesar el Bósforo, capturó y ejevutó a su hermano Mustafa en Nicea, y se trasladó rápidamente hacia el Este, for-

zando a los principales turcomanos a aceptar la soberanía otomana y abandonar sus ambiciones de conquista. Dejando a Karaman y Candar en el Este como estados tributarios, Murad II reanudó la política de Bayazid I anexionándose los restantes, colocando a Aydin, Mentese y teke (1424) directamente bajo la administración otomana. Sólo el miedo de Murad a disgustar al sucesor de Tamerlan, Sah Rukh, dejó a los principados orientales cierta autonomía durante medio siglo más antes de que fueran anexionados por el sucesor de Murad.

Venecia, había firmado un tratado comercial con Murad I en 1388. Pero la expansión otomana a través de Macedonia hacia el Adriático hizo temer a Venecia que tan pronto como el Sultán pudiera construir una armada se convertiría en competidor sobre el mismo terreno en lugar de un amigo distante, y el resultado fue la primera guerra entre Venecia y los otomanos (1423-1430). Finalmente su conquista de Tesalónica 1430 y los cada vez más numerosos ataques navales de los otomanos a los puertos que Venecia tenía en el Adriático y en el Egeo obligaron a ésta a hacer la paz 1432, con lo cual la República renunció a sus esfuerzos por frustrar el avance de Murad hacia el Adriático, y como contrapartida se le permitió recuperar su posición de primera potencia comercial en el Imperio Otomano.

En 1439 Murad anexionó Servia directamente al imperio comenzando así una política que acabaría con todos los vasallos balcánicos hacia finales del siglo. Pero Juan Hunyadi, organizador de la resistencia húngara, fue capaz, durante los veinte años siguientes, de organizar una resistencia relativamente efectiva contra las posteriores conquistas otomanas. En 1441 y 42 derrotó a los akincis, en su esfuerzo por continuar las expediciones, atravesando los Cárpatos, hasta Transilvania. Organizó después un nuevo ejército europeo de cruzada y dirigió una ofensiva al otro lado del Danubio hacia Servia y Bulgaria, haciendo nacer las esperanzas de Europa al tomar

Nis y Sofía, y amenazando con tomar incluso la capital otomana de Edirne. Murad le pudo derrotar en Zlatica (Izladi), el 24 de noviembre de 1443. Después se llegó a un acuerdo de paz con Hungría, que se firmó en Edirne en junio de 1444, por el cual se restauró a Servia como estado independiente, se reconocieron las posesiones húngaras en la Valaquia y se hicieron promesas de que los otomanos jamás volverían a intentar cruzar el Danubio. Murad firmó a continuación un acuerdo de paz con su principal enemigo de Anatolia, el principado de Karaman (tratado de Yenisehir, 1444), dividiendo el subcontinente en esferas de influencia. Estableciendo así la paz por todos lados, Murad pensó que podía retirarse a una vida contemplativa, y a finales del verano de 1444 renunció voluntariamente al trono en favor de su hijo Mohammad II y se retiró a Anatolia.

Pero Hungría, Bizancio y el papa vieron en la situación una oportunidad dorada para expulsar definitivamente de Europa a los Otomanos. Se preparó una nueva cruzada a la que se unieron Hungría y Venecia cuando les aseguró el papa que no estaban comprometidos por su honor a guardar los tratados de que habían firmado con Murad, ya que habían sido concluidos con un infiel. Organizado el ejército de cruzados, a fines de septiembre inició el avance hacia el Sur a través de Servia y de las montañas balcánicas. Pero Murad consiguió una arrolladora victoria sobre los cruzados en la batalla de Varna (10 de noviembre de 1444) con lo cual se hundió el último esfuerzo de los europeos para detener a los otomanos. En Edirne la victoria volvió a colocar en primer plano al partido militarista, cuyas insistentes demandas de conquista llevaron a Murad a emplear el resto de su gobierno en eliminar a los príncipes vasallos y establecer control otomano directo en Macedonia, Tracia, Bulgaria y gran parte de Grecia. Así, a la muerte de Murad (3 de febrero de 1451), la frontera del Danubio estaba firme y resultaba claro que el Imperio Otomano tenía la intención de permanecer en Europa.

Cuando Mohamman II el Conquistador subió al trono por segunda vez, a los diecinueve años, trajo con él miembros del partido del devsirme que abogaron con fuerza por nuevas conquistas a fin de sacar el mayor partido a la situación que se había establecido en Varna. Mohammad II (1451-1481) decidió inaugurar su reino con la conquista de Constantinopla. Declaró públicamente que la conquista era necesaria porque Bizancio estaba dando refugio a desertores y oponentes a la dinastía otomana, utilizándolos para fomentar sublevaciones en el interior del imperio, y que, mientras Constantinopla existiese, cabía la posibilidad de que los europeos organizaran una nueva cruzada para rescatarla.

El famoso sitio (6 de abril-29 de mayo de 1453) y conquista de Constantinopla, y su transformación en capital otomana con el nombre de Istambul marcó un hito importante en la historia otomana y universal. La conquista final de Bizancio transformó a Mohammad II en el más famoso gobernante del mundo musulmán. Le llegaron peticiones de ayuda desde España, Asia Central y la India para defender el Islam. Como respuesta, Mohammad empezó a soñar en recrear un Imperio islámico desde Europa del Atlántico hasta el Pacífico a través de Asia. La posesión de Constantinopla alimentó en él el deseo de figurar no sólo como el nuevo señor de Bizancio, sino de todo el mundo cristiano. Mientras el objeto de su política interna era restaurar Istambul como metropolitano, político, económico y social del imperio. Atendiendo a tales objetivos, Mohammad desarrolló sus bases de poder por todos lados. Mohammad consagró mucho tiempo a extender sus dominios por Europa y Asia. Mientras la segunda y larga guerra veneciano-otomana (1463-1479) continuaba, Mohammad realizó varios avances importantes en otras direcciones. Entre 1454 y 1475 se anexionó todas las colonias comerciales genovesas situadas a lo largo de la costa del Mar Negro en Anatolia, incluidas Amasara 1459, Sinop 1460, Trebisanda 1461 y Kefe 1475, o++

bligando además a los Janes tártaros de Crimea a aceptar la soberanía otomana, asegurándose de este modo, para sí y sus sucesores, una fuente importantísima de guerreros y de ingresos. En 1463 ocupó y anexionó Bosnia.

El papa no consiguió promover una nueva cruzada contra los otomanos en el concilio de Ancona 1464, pero sí pudo al menos, con la ayuda de Venecia, desviar a Mohammad, provocando ataques de sus enemigos del Este: el principado turcomano de Karaman y los nuevos tártaros de la Oveja Blanca, que bajo la jefatura del famoso Uzun Hasan reemplazó a los descendientes de Tamerlán en Iran. Como respuesta, Mohammad utilizó las divisiones dinásticas de Karaman para anexionar su territorio en 1468, estableciendo el gobierno otomano directo en Anatolia hasta el Eufrates. Uzun Hasan preparó un ejército para marchar hacia Anatolia, poniéndose de acuerdo al mismo tiempo 1472 con Venecia y el rey de Rodas para hacer un ataque coordinado contra Mohammad, el cual estuvo a la altura de la situación, derrotó a Uzun Hasan en Baskent sudeste de Anatolia 1473. Poco después un ejército otomano suprimió a las tribus rebeldes del Taurus y ocupó lo que quedaba de la Pequeña Armenia en Cilicia, completando así la conquista de Anatolia 1474. Esto puso a Mohammad en contacto directo con el Imperio mameluco de Egipto y Siria (1250-1517), que también tenía ambiciones en Cilicia y Anatolia oriental, centradas particularmente en el principado turcomano de Dulqadir (Dulqadir), situado en la frontera del Eufrates que separaba a los dos imperios. Una vez derrotado Uzun Hasan, con el principado de Karaman destruido y los mamelucos neutralizados, Mohammad pudo volver a Europa. Entre 1474 y 1477 sitió Iskodra (Scutari), y envió a los turcomanos en destructivas expediciones a lo largo de la costa del Adriático, incluida Venecia. Esto indujo por fin a Venecia a acordar una paz 1479. Esta victoria sobre la fuerza naval más poderosa del Mediterráneo animó al Sultán a emprender dos campañas marítimas. Primero se dirigió hacia Rodas, la puerta hacia la expansión por el

Mediterráneo, y la segunda hacia Otranto, en el sur de Italia, que fué conquistada con poca dificultad (11 de agosto de 1480) y comenzaron los preparativos para enviar un gran ejército otomano a Italia el año siguiente, a fin de avanzar hacia el Norte. En Italia cundió el pánico y el Papa se dispuso a huir a Francia. Pero la muerte de Mohammad, a principios de 1481, acabó con el intento justamente cuando su mayor ambición parecía a punto de realizarse. A pesar de todo, sin embargo, en el curso de su gobierno de treinta años, Mohammad II se había convertido en "el señor de dos mares y de dos continentes" y había echado las bases para el dominio otomano en Anatolia y en la Europa sudoriental, dominio que iba a durar cuatro siglos. Durante su gobierno se inició también el proceso de amalgamamiento de las provincias conquistadas y se establecieron firmemente las instituciones del gobierno y de la sociedad que iban a ser características de los otomanos durante los siglos siguientes.

Mientras Mohammad tuvo un éxito completo en su acción administrativa y militar, su política económica fué mucho menos hábilmente concebida y ejecutada, y dejó las raíces de las serias dificultades en que se vería su hijo y sucesor Bayazid II (1481-1512).

En muchos aspectos, el gobierno de Bayazid II puede considerarse como un período de sosiego para el imperio, durante el cual se consolidaron las realizaciones de Mohammad y se resolvieron las reacciones económicas y sociales que su política interna había causado, dejando a los sultanes sucesores unas bases firmes y poderosas desde las cuales podrían hacer nuevas conquistas y alcanzar nuevas cimas de grandeza, tanto en el Este como en el Oeste.

Las relaciones de Bayazid II con el exterior se caracterizaron por la precaución, a diferencia de la política seguida por los que le precedieron y por los que le iban a suceder. Había varias razones para esta precaución, pero la más importante de ellas eran los problemas internos que le había dejado

su padre. El principal problema interno de Bayazid era el de establecer su autoridad sobre los jefes del desvirme que le habían alzado al poder, y que ocupaban los principales puestos militares y administrativos a partir de su ascensión al trono.

El objeto más inmediato de Bayazid era la consolidación de las conquistas de Mohamad, se vió forzado a emprender campañas en el Este y en el Oeste, no sólo para asegurar el respaldo de muchos de sus seguidores y solidificar su posición como cabeza del Islam, sino también, simplemente, por las exigencias de aquel tiempo.

Por el Este, las conquistas precedentes, que habían llegado hasta el Eufrates, llevaron a Bayazid a un nuevo conflicto con el imperio mameluco, centrado en el control del pequeño principado independiente de Dulgadir, que se extendía sobre gran parte de Cilicia y las montañas al sur del lago Van. La ayuda mameluca a Cem Sultan exacerbó más aún las relaciones e hizo que algún tipo de conflicto fuera inevitable, aunque Bayazid aparentemente trataba de evitar la guerra abierta mientras fuera posible, para poder concentrar su atención en otros problemas. Entre 1485-1491 estalló definitivamente la guerra entre otomanos y mamelucos, pero ninguna de las dos potencias hizo uso de grandes fuerzas, y los choques eran irregulares y poco decisivos. Al final los mamelucos consiguieron la soberanía sobre Dulgadir y no se les permitió a los otomanos ningún tipo de posición en las Ciudades Santas, así que los principales temas de disputa continuaron en vigor.

Chipre bajo poder de Venecia desde 1489 se convirtió en una gran base comercial y naval, y se negó a que Bayazid la utilizara contra los mamelucos, marcando así su importancia como pieza política y estratégica que el sultán tendría que conquistar en un momento u otro si quería dominar esta región. Además, Bayazid también quería apoderarse de los últimos puertos venecianos en Morea, Navarino, Modon y Koron, a fin de establecer firmemente el poder

naval otomano en el Mediterráneo oriental. El resultado fué una nueva guerra otomano-veneciana, que duró de 1499 a 1503, Bayazid dirigió las fuerzas otomanas terrestres en Morea, mientras que la nueva arma otomana emprendía su primera gran campaña bajo la dirección de Burak Reis. Los otomanos triunfaron por tierra y por mar, pero Venecia entonces consiguió hacer entrar a Hungría en la contienda, y Polonia, Moldavia y Rusia parecían dispuestas a seguirle para recuperar los territorios que Bayazid les había previamente arrebatado en la costa del Mar Negro. En el Mediterráneo, Venecia empezó a conseguir ayuda naval de España, de Francia, de los Caballeros de Rodas, del Papa y de Portugal. Forzado por la amenaza de esta nueva coalición europea y por nuevas dificultades que surgían en Anatolia, Bayazid II empezó a aceptar la paz, y el resultado fué un nuevo acuerdo firmado en septiembre de 1502. Venecia aceptó la conquista otomana de todos los fuertes de Morea, del Draç en Albania y de la isla griega de Cefalonia, y acordó reanudar sus pagos de tributo anual al sultán. Bayazid a cambio, restableció la posición privilegiada de Venecia en el comercio otomano, y devolvió la isla griega de Santa Mora y todas las propiedades venecianas de las cuales se había apoderado durante el conflicto. Fue hecha la paz con los húngaros y con sus aliados norte-europeos en base al statu quo ante (25 de marzo de 1503); Bayazid acordó detener sus incursiones al norte del Danubio, y los húngaros devolvieron las tierras ocupadas al rededor de Belgrado. Venecia fué eliminada como amenaza al poder naval otomano en el Mediterráneo oriental y a las actividades terrestres otomanas en el norte del Danubio. Las nuevas bases navales permitieron a la flota otomana convertirse en un poder mediterráneo de primera magnitud. La guerra marcó también la entrada de los otomanos, con creciente peso, en la diplomacia europea.

Desde entonces las diferentes alianzas y confederaciones siempre tuvieron que considerar e incluir al sultán en sus planes, acuerdos y convenios.

Al mismo tiempo, la seguridad establecida en el Oeste permitió al sucesor de Bayazid emprender mayores conquistas por el Este, y la posición estratégica que dejó Bayazid hizo posible las nuevas conquistas realizadas al norte del Danubio por Sulayman el Magnífico.

172

EDAD MODERNA Y CONTEMPORANEA:
Hasta finales del siglo XIX.

1- El Imperio OtomanoA- El Imperio Otomano en su apogeo (1512-1555)

Mientras Bayazid II se mantuvo en el trono, con el apoyo de los jenízaros, a pesar de su oposición a la política activista de éstos, el sultán Selim I (1512-1520) fué su candidato, pues se mostraba enteramente de acuerdo con su deseo de volver a la política de Mohamad II, de rápida expansión en el Este y en el Oeste. Sus ambiciones no tenían límites. Casi tan pronto como llegó al poder escribió sobre su intención de gobernar todo el mundo civilizado y convertirse en el primer y legítimo sucesor de Alejandro Magno.

Si bien las ambiciones de Salim abarcaban tanto Europa como Asia, sus problemas extranjeros más inmediatos se encontraban en el Este, así que decidió moverse primero en esta dirección y hacer acuerdos de paz con sus vecinos europeos para asegurarse que no sería molestado en su flanco occidental. Selim escogió entonces al Shah Ismail Safavi del Irán (1502-1524), como su primera víctima. Salim partió de Istambul para su primera campaña iraní en marzo de 1514. El sultán continuó hacia el Este. Su punto de mira era Tabriz, Capital del Azerbaiyán, donde esperaba pasar el invierno antes de ocupar todo el Iran en el año siguiente. Dándose cuenta de que no podía perseguir a los safavíes a través de todo el país y temiendo una emboscada, escribió una serie de cartas insultantes a Ismail tratando de atraerle a campo raso. Ismail no se vió muy afectado por ello, pero las acusaciones de Salim hicieron mella entre sus seguidores y acabaron forzando a Ismail a aceptar una batalla abierta en contra de sus deseos. El ejército safaví se trasladó para interceptar a los otomanos antes de que entraran en el Azerbaiyán. Los dos ejércitos se encontraron en Caldiran, en la orilla oriental del Eufrates, el 23 de agosto de 1514. Aunque las fuerzas otomanas estaban exhaustas y continuaban sufriendo la escasez de avituallamiento y eran presa del des-

contento, los safavíes fueron derrotados debido a la superioridad otomana en armas y en tácticas, en particular porque los otomanos utilizaban cañones y pólvora, mientras que los safavíes usaban arcos y lanzas. Azerbaiyán fué tomado sin resistencia. Mercaderes, artistas y otros a quienes Shah Ismail había sacado de sus antiguos centros de cultura islámico en Jurasan y Transoxiana fueron enviados a Istanbul, proporcionando así a los otomanos la flor y nata de la intelectualidad del Islam proveniente del Iran, que había de llevar el desarrollo cultural otomano a su cima bajo Solaimán el Legislador.

Pero la victoria de Caldiran no llevó a la conquista del Iran ni al colapso del Imperio safaví. Como el Azerbaiyán había sido arrasado por las tropas safavíes en su retiro los problemas del suministro aumentaron y fueron agravados por la proximidad del invierno. Salim se vió finalmente obligado a retirarse de Anatolia y Shah Ismail recuperó en la primavera siguiente su provincia perdida. Así que Caldiran no dió los frutos apetecidos, pero convenció a Ismail y a sus sucesores de la necesidad de evitar conflicto abierto con los otomanos a toda costa y retirarse cada vez que se acercaran. Esta táctica preservó los restos del ejército safaví pero permitió a Salim vencer a las últimas dinastías turcomanas independientes de Anatolia oriental, incluyendo Dulgadir y las tribus Kurdas de los alrededores de Diarbakr (1515-1517), completando así el control otomano de Anatolia y dominando los principales pasos de las montañas hacia el Cáucaso y el Creciente Fértil. Los otomanos además estaban en una posición desde la cual podían anular el provechoso comercio iraní de la seda cuando lo desearon, y controlar el acceso mameluco a sus fuentes principales de aprovisionamiento de esclavos en el Cáucaso. Las bases para futuros avances orientales quedaban así colocadas.

Con el Iran neutralizado y la Anatolia oriental asegurada Salim pudo

volverse hacia el Imperio mameluco que rivalizaba con los otomanos en busca de preeminencia en el mundo islámico y en la Anatolia oriental y que estaba propicio a la conquista. La única cuestión era quién sería el primero en intentarlo, si los otomanos o los safavíes. A los problemas que los señores feudales autónomos planteaban a los sultanes mamelucos se añadían las dificultades económicas causadas por los intentos navales portugueses de desviar las rutas del comercio internacional entre Europa y el Lejano Oriente, del Oriente Próximo hacia las nuevas rutas marítimas que rodeaban el sur de Africa. Los esfuerzos de los piratas portugueses por cerrar el mar Rojo y el Golfo Pérsico eran apoyados por Ismail que esperaba así ganar su apoyo en vistas a una alianza general con Europa en contra de los turcos, alianza que podía darle buen juego en Anatolia y en el mundo árabe.

Los mamelucos pidieron ayuda a Salim contra los portugueses y éste se la concedió a cambio de concesiones en los Lugares Santos y del reconocimiento de sus conquistas en Anatolia Oriental. Madera, armas de fuego, hierro y brea fueron enviados a los mamelucos para ayudarles a construir barcos de guerra en el mar Rojo, pero a pesar de esto los mamelucos permanecieron neutrales durante la campaña de Caldiran, negándose a enviar alimentos a las fuerzas otomanas en un momento de apuro para éstas, por el miedo de que Salim les salvara de los portugueses e iraníes sólo a fin de ocupar ellos mismos su imperio. La ocupación otomana de Dulgadir parecía justificar este temor. Por otro lado, los mamelucos tenían igualmente aliarse con los safavíes, ya que estos cooperaban con los portugueses y difundían su propaganda religiosa en contra del régimen mameluco, que oficialmente era sunní como el de los otomanos. Los mamelucos trataban de permanecer neutrales con la esperanza de que los dos grandes poderes se agotarían luchando entre sí.

Cuando Salim organizó una segunda expedición hacia el Este (5 de ju-

nio de 1516) sus intenciones no estaban claras. No se sabía si iba a abanzar contra los safavíes otra vez o si planeaba atacar desde el principio a los mamelucos. En realidad Salim pensaba que tendría que eliminar el peligro de los mamelucos a su retaguardia antes de intentar otra campaña contra los safavíes, y dejó correr rumores de una nueva campaña persa sólo con el fin de confundir a sus enemigos.

No pasó mucho tiempo sin que las intenciones de Salim quedaran claras. En julio cruzó el Eufrates y se dirigió hacia el Sur. Mientras marchaba hacia Alepo, el ejército mameluco avanzó para cortar el paso, el cual fué derrotado en la batalla de March Dabig (24 de agosto), después de lo cual el resto de Siria y Egipto cayeron sin oponer resistencia. Finalmente y como había sido el caso en el Iran, el ejército otomano, bien pertrechado y entrenado, no encontró dificultad en vencer a la caótica y pobremente armada caballería mameluca. En octubre Salim cruzó el desierto del Sinaí y entró en Egipto, anulando la última resistencia mameluca en Ráidaniye, a las afueras de El Cairo. En poco tiempo, todo el Egipto estuvo bajo su dominio.

Así en un sólo impulso, Salim dobló la superficie del Imperio otomano y le añadió todas las tierras del antiguo Califato islámico, excepto el Irak, que posteriormente sería tomado por su sucesor. Estas nuevas adquisiciones fueron de inmensa importancia para los otomanos. En primer lugar, bajo una administración eficiente, el mundo árabe proporcionó unos ingresos que solucionaron los problemas financieros que habían dejado las conquistas de Mohammad II, e hicieron del imperio uno de los estados más poderosos y ricos del siglo XVI. Además, la adquisición de los lugares santos del Islam consolidó la posición del sultán otomano como el más importante gobernante islámico y uno de los más importantes de Europa. Finalmente, la conquista hizo a los otomanos herederos de la posición económica y política del Imperio mameluco al mismo tiempo que de su tradición cultural y administrativa.

Ahora eran los otomanos los que se veían afectados por las actividades navales portuguesas en los mares orientales y por los avances de los safáves en el Irak. Con la conquista de Egipto y la eliminación de Venecia como fuerza naval de primera importancia los otomanos estaban en posición de llegar a ser el principal poder marítimo del Mediterráneo y del Mar Rojo y el Golfo Pérsico al mismo tiempo, si se proponían crear una flota. Y por último, los otomanos tenían ahora acceso directo a la herencia intelectual, artística y administrativa de la alta civilización islámica, que anteriormente sólo les había sido transmitida indirectamente por los silyuques. Desde Tabriz, Damasco y El Cairo llegaba ahora a Istambul lo más selecto de los intelectuales, artesanos, administradores y artistas musulmanes de aquel tiempo. Penetraron en cada faceta de la vida otomana e hicieron al imperio asemejarse a un estado islámico auténtico en mucho mayor grado del que nunca lo había sido. En último término, las conquistas otomanas en el Este, combinadas con la supervivencia safaví en Iran, terminaron con el largo período de vacío político que se había adueñado del Oriente Medio desde la caída del Califato Abbasí. El orden y la seguridad fueron por fin restablecidos, y la estabilidad de la sociedad a largo plazo restaurada bajo las directivas de las poderosas ordenes imperiales. Pero el mundo islámico permanecía dividido, con el Irán y Jurasán separados de Siria, Irak y Egipto a los cuales Anatolia y Europa sudoriental se les había añadido como partes integrantes del mundo islámico. El centro del Islam se había desplazado hacia el Oeste, mientras la separación se profundizaría en los siglos venideros. Salim I pasó sus últimos años en Istambul, consolidando la supremacía del sultán propiciada por el prestigio y los ingresos procedentes de sus victorias en el Este. Solamente durante el largo reinado de su hijo y sucesor Solaiman II (1520-1566) llamado "el Magnífico" en Europa y "el Legislador" entre los otomanos, serían plenamente utilizadas las bases dejadas por

Salim por establecer el Estado otomano clásico y hacer nuevas conquistas importantes en el Este y en el Oeste. Quizá la condición única más importante que distinguió el reinado de Solaiman del de sus predecesores es que en vez de enfrentarse a Estados débiles propicios a la conquista los triunfos anteriores le permitieron enfrentarse con poderosos imperios en el Este y en el Oeste: los Habsburgo y los Safavíes. Solaiman subió al trono otomano con una posición personal inigualada por ningún otro sultán anterior o posterior a él. Como resultado de los eficaces esfuerzos de Salim para eliminar todo rival en potencia y constituir a los jenízaros como instrumento del sultán, Solaiman llegó al poder sin ninguna oposición y con el pleno control del *devesirme* y de cuanto quedaba de la aristocracia turca. Las conquistas de Salim habían doblado los ingresos del tesoro sin tener que imponer ninguna carga fiscal adicional importante, dándole a Solaiman una riqueza y poder sin par en la historia otomana. Aunque en muchos aspectos Solaiman nunca sacó todo el provecho posible de las oportunidades que se le habían preparado y de hecho comenzó el proceso que llevó a la decadencia otomana, su gobierno marca la cima de la grandeza imperial y siempre ha sido considerado como la Edad de Oro de la historia Otomana.

Entre la paz del 25 de junio de 1533 hecha entre el sultán Solaiman y Fernando de Habsburgo confirmando el statu quo y la anexión de Hungría en 1541, el relativo estancamiento de las relaciones entre los otomanos y los Habsburgo en tierra desplazó el conflicto hacia el Mediterráneo, en el cual los otomanos emergían por primera vez como potencia naval de primera importancia. La decadencia naval de Venecia fue seguida de rápidos esfuerzos por parte de Carlos V para conseguir el control total del Mediterráneo. Con este fin contrató los servicios del marino europeo más importante de la época Andrea Doria, y se alió a la poderosa flota genovesa (1528), Solaimán respondió arrebatando la isla de Rodas a los Caballeros de San Juan (1522) y

emprendió un riguroso programa de construcción de nuevos barcos y arsenales allí, en Istambul y en otros lugares. Carlos, a su vez, con los caballeros de Malta (1530), tomó Túnez y convirtió la plaza en una importante base naval (1535). Mientras Solaimán estaba ocupado en Anatolia y en el Este, Andrea Doria consiguió varios puertos en Morea y estableció el dominio naval de los Habsburgo en el Mediterráneo oriental, saqueando las costas otomanas e interrumpiendo las líneas de comunicación marítima entre Istambul y Egipto. Para contrarrestar la situación, Solaimán enroló a su servicio como gran almirante (Kapudan-ı deryâ) a Jayreddin Barbarrosa (1533), un capitán turco que había construido una gran flota pirata en el Mediterráneo occidental y que con ella había tomado Argelia (1529) y otros puertos del Norte de Africa en la década anterior. Argelia fue ahora anexionada al imperio otomano, pero se hizo de ella una provincia especial permanentemente asignada al Gran Almirante para proporcionar ingresos a la flota. Las fuerzas terrestres otomanas fueron enviadas allí para defenderla de los ataques españoles y probablemente fue ésta la razón por la cual Jayreddin quiso ceder la plaza al sultán.

Barbarrosa trabajó en la creación de una poderosa flota capaz de enfrentarse a los Habsburgo en igualdad de condiciones y no tardó en conseguir un éxito considerable. En 1537 la nueva flota cooperó con el ejército de Solaimán en una expedición conjunta al sur de Italia que se suponía iba a ir acompañada simultáneamente de un ataque francés por el Norte, concluido en acuerdo secreto con Francisco I cuando se habían hecho las capitulaciones. Sin embargo, el rey francés estaba ahora alarmado ante la hostil reacción que en Europa habían producido sus relaciones con el infiel y decidió no entrar en liza. Los Habsburgo consiguieron hacer que Venecia se uniera a la guerra contra Solaimán valiéndose de la indignación provocada por la posición comercial superior conseguida por Francia en el imperio otomano.

Como resultado, Solaiman tuvo que abandonar su campaña en Italia, pero la guerra culminó con una gran victoria otomana sobre las fuerzas navales europeas aliadas, capitaneadas por Andrea Doria, en la batalla de Prebessa (25-28 de Septiembre de 1538), a lo largo de la costa de Albania. Esta derrota fue el golpe de gracia para Venecia, que firmó una paz por separado con los otomanos (20 de octubre de 1540), por la cual cedía sus últimas posesiones en las islas del Egeo, en Morea y en Dalmacia. Conservó sus posesiones en Creta, Corfu y Chipre y recuperó su posición comercial en el imperio, pero sus días de gloria habían terminado. Para los otomanos, Prebessa significó la supremacía naval absoluta en el este del Mediterráneo, la seguridad de sus costas y la vía de los vitales aprovisionamientos desde Egipto. También les dió la oportunidad de dirigir ataques navales contra las zonas más vulnerables de Europa, como por ejemplo en 1543, cuando Barbarrosa navegó, sin que nadie pudiera impedirlo, a lo largo de la costa occidental de Italia, arrasando y saqueando, después de lo cual se unió a la flota francesa en la conquista de Niza (28 de mayo de 1543). La potencia naval otomana permaneció invariable bajo la dirección de Barbarrosa hasta su muerte (1547), y después bajo la de su sucesor Turgut Reis (Dragut) (1485-1565) hasta la batalla de Lepanto (1571).

En el frente oriental, la mayor parte de las razones del fracaso de Solaimán en conseguir sus ambiciones en Europa después de 1541, han de buscarse en su creciente preocupación por los problemas en el Este. Solaimán reprimió despiadadamente a propagandistas y partidarios safavíes en sus territorios, y también entró en relación directa con el nuevo Imperio turcomano de Uzbek que había surgido en transoxiana y amenazaba a los safavíes en su flanco oriental. El Iran era presa del desorden a raíz de la muerte de Ismail y de la ascensión de su joven hijo Tahmasp (1524-1576), y varios príncipes safavíes pasaron a territorios otomanos para conseguir que el sultán

les ayudase a conquistar el trono. Sin embargo, Solaimán sólo pudo aprovecharse de esta situación en los períodos en que en Europa había paz. Dirigió personalmente tres campañas al Irán, en 1534-1535, en 1548-1550 y en 1554, pero no pudo enfrentarse al ejército safaví, ya que éste evitaba el conflicto abierto a la amenaza Uzbeke y a problemas internos. Así, aun cuando era capaz de tomar territorios safavíes al sur del Cáucaso, en Azerbaiyán y en el Irak, los problemas logísticos le obligaban siempre a abandonar los durante los meses de invierno, permitiendo que Tahmasp los recuperase sin dificultad. Solaimán renunció a derrotar a sus evasivos oponentes y estipuló la paz de Amasya (29 de mayo de 1555) por la cual se quedó con el Irak y los antiguos principados turcomanos de Anatolia oriental, pero renunció a sus ambiciones sobre el Azerbaiyán y el Cáucaso sudoriental y acordó permitir a los peregrinos persas shíites el acceso a la Meca y Medina y a los lugares santos del shíismo en Irak, abandonando así el esfuerzo por eliminar de sus territorios a los propagandistas safavíes, sembradores de discordia según los otomanos. Solaimán completó así las conquistas de Salim I en Anatolia y en los territorios árabes, ahora los otomanos controlan los territorios árabe desde Siria al norte hasta el Yemen al sur y desde el golfo Pérsico al este hasta Argel al Oeste. Al anexionarse los territorios turcomanos en Anatolia nororiental puso las bases para la posterior expansión otomana en el Cáucaso. Pero los mismos problemas geográficos que habían impedido las conquistas permanentes en Austria y Europa Central convertían ahora al Azerbaiyán occidental en el límite máximo de la expansión otomana por el Este, y demostraba la imposibilidad de eliminar realmente el peligro safaví.

Solaimán alcanzó más éxito en la reapertura de las antiguas rutas del comercio internacional que pasaban a través de sus nuevos territorios en el Oriente Medio. Para contrarrestar los esfuerzos de la flota portuguesa, ayu

dada por los safavíes, Solaimán construyó una importante base naval en Suez y en el mar Rojo y, tan pronto como conquistó el Irak, en Basora, en el golfo Pérsico, estableció guarniciones y flotas que no solo resistieron los ataques navales portugueses sino que también salieron a atacarlos a los mares orientales, abriendo de nuevo las antiguas rutas comerciales, que unen el Este con el Oeste y restableciendo en gran parte los impuestos que anteriormente recaudaban los mamelucos de las caravanas extranjeras que pasaban por tierra desde el mar Rojo y el golfo Pérsico al Mediterráneo. La toma de Adén (1530), Suaken (1542) y Massaua (1557) reforzaron el intento. Como resultado, Portugal nunca consiguió dominio absoluto de los mares orientales. La antigua ruta del comercio recuperó algo de su anterior importancia, aunque los otomanos nunca la restablecieron totalmente porque los portugueses aún eran capaces de pagar precios más altos en el Este y vender a precios más bajos en el Oeste, ya que utilizaban una ruta marítima que evitaba todas las tasas aduaneras y locales que los otomanos recaudaban sobre las mercancías transportadas por tierra a través de su territorio. Debe señalarse que no fueron los otomanos los que cortaron las antiguas rutas estimulando por ello las exploraciones europeas, como se decía en el pasado. Aquellas exploraciones comenzaron antes de que los otomanos conquistaran el Medio Oriente mameluco; en realidad el surgimiento de la nueva ruta marítima hacia la India fue uno de los factores más importantes de la decadencia mameluca. Fueron los otomanos los que lucharon por mantener abierta la antigua ruta, que se cerró solamente cuando las flotas, mucho más poderosas, de Gran Bretaña y Holanda hicieron suya la ruta de El Cabo.

B- La decadencia del Imperio Otomano (1555-1789)

Mientras el gobierno de Solaimán el Magnífico marcó la cima de la grandeza y del poder otomanos, se infiltraron factores de debilidad en la

estructura otomana e iniciaron la lenta pero constante descomposición que siguió en los siglos posteriores. El más importante factor de decadencia fue, con mucho la creciente falta de poder y capacidad de los propios sultanes. El mismo Solaimán, cansado de las largas campañas militares y de los arduos deberes de la administración civil concentrados en su persona, hizo todo lo que pudo para retirarse de los asuntos públicos. Para ocupar su lugar, el puesto de gran visir, entonces ocupado por su amigo Yamal Ibrahim Pasha, fue reforzado en cuanto a poder e ingresos hasta un punto en que secundaba únicamente al sultán, concediéndole además el derecho de pedir y obtener obediencia absoluta, un privilegio que anteriormente estaba reservado para su señor. Este fue el principio del fin. Porque aunque el gran visir podía, desde luego, reemplazar al sultán en sus funciones oficiales, no podía reemplazarle como objeto de lealtad de todas las clases y grupos del Imperio. La separación resultante entre autoridad central y lealtad política llevó a una creciente decadencia de la capacidad del gobierno central para hacer cumplir su voluntad a todos los niveles de la administración y de la sociedad. Al mismo tiempo, ya que Yamal Ibrahim y sus sucesores en el puesto de gran visir invariablemente fueron miembros del devsirme, el retiro del sultán supuso el golpe de gracia para la aristocracia turca, que perdió su poder y su posición casi enteramente, dejando al devsirme el control total. Como los sultanes ya no podían controlar este grupo, era inevitable que el devsirme controlara a los sultanes y utilizara la estructura del gobierno otomano para su propio beneficio más que para el del sultán y el del Imperio como totalidad. En consecuencia, la corrupción y el nepotismo se apoderaron, primero de los rangos del gobierno central, y después de todos los niveles en todo el Imperio. Las posiciones en el gobierno y en el ejército se vendían al mejor postor, que utilizaba luego su autoridad para amortizar el pago, con el mayor provecho personal posible.

No pasó mucho tiempo antes de que la propia clase del *devsirme* se descompusiera, apenas se desvaneció la amenaza de la aristocracia. Había ahora innumerables facciones y partidos, cada uno de los cuales se esforzaba en obtener beneficios para sus miembros. Cada facción o conjunto de grupos empezó a apoyar la candidatura de uno de los príncipes imperiales a la sucesión, normalmente en alianza con la facción de palacio formada alrededor de la madre, hermanas y esposas de cada príncipe. Aquellos que estaban en el poder encontraron también que era mucho más conveniente para controlar a los príncipes mantenerlos ineducados e inexperimentados. La antigua tradición de educar a los príncipes aspirantes sobre el terreno fue sustituida por un sistema en el cual todos los príncipes se veían aislados en los apartamentos privados con las mujeres y limitados a la educación que sus cohabitantes permanentes podían proporcionarles. Como consecuencia, pocos de los sultanes que desempeñaron el poder después de Solaimán tenían capacidad para ejercerlo realmente, incluso cuando las circunstancias políticas se lo permitían.

Naturalmente, la incapacidad y la inexperiencia no frenaban los deseos de poder de los sultanes, que además carecían de los dispositivos desarrollados por los sultanes del siglo XV y principios del XVI para conseguirlo. Salim II (1566-1574) y sus sucesores solamente podían tratar de extender su poder a base de enfrentar a las diferentes facciones y también tratando de debilitar el papel del gran visir, ya que era el principal vehículo administrativo para influir en los partidos en el decadente estado otomano. Conseguían esto cambiando a menudo de visires, concediendo el puesto durante breves períodos de tiempo a los partidos que prometían más a cambio, y utilizando entonces la ganancia financiera conseguida en estos nombramientos para sobornar y halagar a los otros partidos cuando era necesario que ayudasen al sultán en otros asuntos importantes. En general, los sultanes

conseguían con esta política solamente autoridad momentánea, en el mejor de los casos. Cuando el gran visir perdió su posición dominante en el estado otomano, a continuación de la caída de Mohammad Skullu (1565-1579) el poder fue a parar primero a las manos de las mujeres del palacio durante el llamado "Sultanato de las mujeres" (1570-1578), y pasó después a las de los principales oficiales jenízaros, los Agas, cuyo dominio duró de 1578 a 1625. Pero no importa quién controlara el gobierno durante este período: el resultado era siempre el mismo: una creciente parálisis administrativa y, a través de ella, del aparato del estado sobre todo el imperio, y un desgarramiento de los diferentes grupos de sociedad que los convertía en comunidades cada vez más separadas y hostiles.

Bajo tales condiciones era inevitable que el gobierno otomano fuera incapaz de responder a los problemas cada vez más difíciles y peligrosos, bajo el punto de vista social, económico y militar, que surgían como una plaga en el Imperio. Las dificultades económicas empezaron al final del gobierno de Solaimán, cuando los ingleses y holandeses consiguieron clausurar completamente la antigua ruta del comercio internacional que atravesaba al Medio Oriente, y, consecuentemente, decayeron los ingresos del gobierno otomano y la prosperidad de sus provincias árabes. Además, una inflación en rápido aumento, que se inició con el aflujo a Europa de metales preciosos provenientes de América, trastornó la economía del Imperio. Al mismo tiempo que el tesoro perdía cada vez más ingresos por los derroches del devşirme, para hacer frente a estos gastos cada vez mayores devaluaba la moneda, incrementaba los impuestos y recurría a confiscaciones que agravaban aun más la situación. Todos los que dependían de un salario estaban mal retribuidos y como el tesoro tenía a menudo grandes retrasos en sus pagos debían recurrir, para mantenerse, al robo y a la corrupción. La inflación alcanzó también a los gremios artesanales. Como funcionaban bajo estrictas regulacio--

nes de precios eran incapaces de adquirir materias primas a un precio que les permitieran competir con las baratas importaciones europeas que entraban en el imperio con pocas restricciones, en virtud de las Capitulaciones. Como resultado, la industria otomana en general, y la textil en particular, sufrió una rápida decadencia.

Esta situación se agravó luego por el notable aumento de la población del imperio durante el final del siglo XVI y a través de casi todo el XVII, como parte del desarrollo demográfico general que tuvo lugar en la mayor parte de Europa por la misma época. Como los medios de subsistencia no solo no aumentaban de acuerdo con las necesidades de la nueva población sino que disminuían en relación a las condiciones políticas y económicas entonces vigentes, el resultado fue la miseria y los trastornos sociales cada vez mayores. El mal gobierno de los detentadores de Timars (Feudos), y de los recaudadores de impuestos enviados desde Istambul obligaban a los campesinos a huir de la tierra, reduciéndose así la actividad agrícola en un momento en que necesitaba más producción. La mayoría de estos campesinos acudían a las ciudades, donde se unían a la masa caótica de desdichados que manifestaba sus resentimientos y sus dificultades en motines y revueltas contra el orden establecido. Otra gran parte de estos campesinos se quedaban en el campo y se unían a bandas rebeldes conocidas como levends y celalis, que robaban cuanto podían a quienes continuaban cultivando la tierra o comerciando. La inflación y la dura política fiscal del gobierno central, de los detentadores de timars y de las "fincas de impuestos" hizo aumentar el número de campesinos que nutrían estas bandas hasta el punto de que consiguieron controlar totalmente amplias zonas del imperio, quedándose con la recaudación de los impuestos y a menudo cortando los suministros regulares de alimentos en las ciudades y a los destacamentos del ejército que aun guardaban las fronteras. Aunque el ejército otomano aún se mantenía lo suficientemen-

te fuerte como para refrenar las revueltas en una determinada provincia, a aquellas continuaron proliferando a través de los siglos de decadencia, haciéndole al gobierno central casi imposible organizar ningún tipo de administración efectiva fuera de las grandes ciudades bajo su control.

A pesar de estas dificultades, la debilidad interna otomana sólo resultó evidente para unos pocos de entre los más lúcidos observadores occidentales durante los siglos XV y XVII. Para la mayoría de los europeos, el ejército otomano continuaba siendo tan temible como la había sido durante los reinados de Mohamad II y Solaimán el Magnífico. Y aunque sus posibilidades quedaron reducidas, todavía permanecía lo suficientemente fuerte como para evitar que las revueltas provinciales se adueñaran de todo el imperio y realizar además algunas nuevas conquistas en el Este y en el Oeste. Aunque el Imperio otomano sufrió derrotas militares por primera vez, todavía le quedaba suficiente fuerza en reserva como para reunir sus energías cuando era necesario y evitar que se perdiera ninguna zona integrante del imperio. De esta manera, aunque la armada otomana sufrió una derrota desagrosa a manos de la Liga Santa en la batalla de Lepanto (1571), fue capaz de reconstruirse y recuperar el dominio naval en el Mediterráneo oriental en unos pocos años y de mantener esta posición durante la primera parte de los comienzos del siglo XVII tomando Túnez a los Habsburgos españoles (1574), Fez a los portugueses (1578) y Creta a Venecia (1669). Como consecuencia, mientras las naciones de Europa creyeron que los otomanos eran tan poderosos como antes, nadie trató de alterar los precarios tratados de paz concluidos con Solaimán en sus últimos años a fin de aprovecharse de la debilidad otomana.

Tampoco los profundos desarreglos que trastornaban el cuerpo político otomano impidieron que la Alta Puerta emprendiese nuevas campañas. El naciante principado de Moscú derrotó a los últimos estados mongoles que que-

daban en Asia central y alcanzó el Caspio en 1554, convirtiéndose con ello en una gran amenaza para la posición otomana al norte del mar Negro y en el Cáucaso. Iván IV puso también bajo su gobierno a los cosacos del Don, que empezaron a saquear los puertos otomanos y los territorios al oeste del mar Negro. En respuesta y para sacar partido de la anarquía que reinaba en Irán desde la muerte de Sah Tahmasp (1576), Murad III conquistó el Cáucaso y el Azerbaiyán (1578), con lo cual el imperio alcanzó la cima de su extensión territorial y añadió nuevas y ricas provincias, cuyo producto salvó, durante medio siglo por lo menos al tesoro otomano en sus peores dificultades financieras y dió al imperio un respiro que le permitió al menos tratar de remediar los más serios obstáculos que habían surgido desde mediados del siglo XVI.

Durante el siglo XVII fueron emprendidos esfuerzos de reforma por Osman II (1618-1622), Murad IV (1623-1640) y por la famosa dinastía de grandes viseres de los Köprülü, que llegaron al poder bajo Mohamad IV (1648-1687); Mohammad Köprülü (1656-1661) y Ahamd Köprülü (1661-1676). Cada una de estas primeras reformas otomanas surgió como respuesta a crisis y a derrotas militares que amenazaban la existencia del imperio.

En el Este, la anarquía iraní que había seguido a la muerte de Tahmasp acabó finalmente con la subida al poder de Sah Abbas I (1587-1629), que pronto restauró la unidad interna y el poder militar. En 1603 echó a los otomanos del Azerbaiyán y del Cáucaso con una ayuda considerable por parte de los celali rebeldes de Anatolia, que cortaron la mayoría de los suministros que la Puerta intentaba enviar a sus guarniciones fronterizas en aquel área. Abbas también tomó Bagdad y el Iraq central (1638) y por un momento pareció que el emergente Estado iraní podía apoderarse de toda la porción oriental del Imperio otomano. Pero fue este peligro el que provocó las reformas de Murad IV, como resultado de las cuales pudo recuperar el Irak (1638) y obligar

a los persas a aceptar el tratado de Kasr Shirin (1639), por el cual se fijó la frontera moderna entre Turquía y el Irán, así como una paz definitiva entre ambos, permitiendo a la Puerta volver su atención hacia Occidente y afrontar los nuevos peligros de un ataque europeo.

Los esfuerzos otomanos por conquistar Creta ocasionaron una larga guerra con Venecia (1645-1669). Al principio prevaleció la armada veneciana e incluso fueron enviados barcos a través de los estrechos en un intento de bombardear y tomar la capital otomana. Este peligro condujo al poder a Mohammad Köprülü, y sus reformas permitieron a la armada otomana rechazar el peligro y tomar Creta (1669), después de un sitio de veinticuatro años. El resurgido ejército otomano también tomó Poldoya, en el oeste de Ucrania, poniendo fin así a las peligrosas expediciones de los cosacos del Norte y asegurando una soberanía otomana continua sobre los tártaros de Crimea.

Pero, ¿cuál fue exactamente la naturaleza de las reformas que tales amenazas hicieron posible y necesarias, y hasta qué punto fueron duraderas? Básicamente la reforma otomana en este momento consistía en el esfuerzo para restablecer el sistema de gobierno y la sociedad de una época en la forma en la cual había funcionado con éxito en el siglo XVI y aún antes. Los ministros corrompidos fueron ejecutados, se hicieron esfuerzos para restablecer el sistema de Timar como base de la administración y del ejército para aliviar al tesoro de la carga militar y burocrática. Las revueltas provinciales fueron reprimidas despiadadamente, los campesinos obligados a devolver a sus tierras y los cultivos incrementados. Las monedas devaluadas fueron reemplazadas por otras de pleno valor nominal, se restableció la actividad económica y los reformadores trataron de eliminar la corrupción y la insubordinación ejecutando a los responsables. Tales reformas fueron suficientes para poner fin a las dificultades inmediatas, pero en realidad sólo tuvieron éxito temporalmente, porque el poder de los reformadores y su campo de visión

les permitía únicamente actuar contra los resultados de la decadencia, no contra sus causas -el gobierno egoísta del devserme y de los círculos de las mujeres- que persistieron. La clase dirigente, que por este tiempo tenía un interés creado en las condiciones ocasionadas por la decadencia, conservaba su autoridad, y tan pronto como los reformadores aliviaban las peores consecuencias de dichas condiciones, los antiguos volvían al poder y reemprendían sus maneras de actuar. Los reformadores estaban también condenados por sus muy limitados horizontes. Trataban todavía de restablecer las antiguas instituciones sin comprender que para que el Imperio otomano no pudiera competir contra los poderosos Estados nacionales que surgían ahora en Europa tendría que igualar a aquellos en cambios políticos, sociales, económicos y militares que habían tenido lugar allí durante el siglo anterior. No comprendían que la Europa con la que se enfrentaba ahora el Imperio otomano era mucho más poderosa que la que habían derrotado los grandes sultanes del pasado, y que aún cuando sus reformas hubieran tenido un éxito más permanente no podrían remediar la creciente debilidad otomana en relación a Europa.

Sin embargo, las reformas produjeron al menos una apariencia de restablecimiento. En 1681 el ejército otomano parecía tan poderoso que el gran visir Kara Mustafa Pasha se sintió envalentado como para marchar otra vez a Europa central y poner sitio a Viena (1683). Pero este esfuerzo pronto agotó las frágiles bases del resurgimiento otomano. Los defensores, estimulados por el rey polaco Juan III (Jan Sobieski), consiguieron no sólo resistir hasta que el invierno forzó a los ofensores a la retirada sino formar incluso una gran coalición europea que aprovechó la retirada otomana para destruir el imperio en los siglos siguientes. La lucha contra los otomanos estaba ahora dirigida por sus tradicionales enemigos. Los Habsburgo y Venecia, a los cuales se unió un nuevo e importante enemigo, Rusia. Los Habsburgo querían

no sólo vengarse por el ataque a Viena sino también reconquistar Hungría, Servia y los Balcanes para alcanzar el Mediterráneo. Venecia esperaba recuperar sus bases navales a lo largo de las costas del Adriático y en Morea para restablecer su fuerza marítima y comercial. Rusia intentaba extender sus tierras hasta el mar abierto, hasta el Báltico por el Norte y, por el mar Negro y los estrechos, hasta el Mediterráneo por el Sur. Polonia se proponía no sólo el conservar Podolia sino también extender su dominio a lo largo de las costas occidentales del mar Negro, penetrando en los principados de Moldavia y Valaquia. Los adversarios de Rusia y de los Habsburgo, dirigidos por Francia y Suecia, apoyaban a los otomanos, mientras que las neutrales Gran Bretaña y Holanda se esforzaron en evitar que ninguna nación consiguiera la preponderancia europea por adueñarse del Imperio otomano y mantenían los privilegios comerciales en Levante que el sultán les había concedido a partir de las Capitulaciones.

Rusia y Austria combatieron a los otomanos no sólo mediante ataques militares directos sino también fomentando la revuelta y la insatisfacción en los súbditos no musulmanes del sultán.

Contra este tipo de ataque el sultán no podía más que intentar conciliar a sus súbditos en la medida de lo posible, y ejercer la represión donde la conciliación era rechazada mientras se aprovechaba de cada conflicto que surgía entre los Habsburgo y los rusos para conseguir más control sobre las provincias balcánicas del imperio. Como consecuencia de esta situación, durante los ciento nueve años transcurridos entre el segundo sitio de Viena y la paz de Jassy (1792), el Imperio otomano estuvo en guerra con sus enemigos europeos durante cuarenta y un años. De 1683 a 1689 combatió a los ejércitos de la Santa Liga en una guerra desastrosa que culminó en la paz de Karlowitz (1699). En 1710 y 1711 volvió a combatir contra Rusia y recuperó algunos de los territorios que había perdido previamente en el tratado de

Prut (1711). La guerra de 1714-1718 con Venecia y Austria concluyó con el tratado de Passarowitz (1718) y tres guerras con Rusia y Austria en 1736-1739, 1768-1774 y 1787-1792 culminaron con los famosos tratados de Belgrado (1739), Kükük Kaynarca (1774) y Jassy (1792). Como resultado de estas guerras en Europa los otomanos perdieron Hungría, Servia, al norte de Belgrado, Transilvania y Bucovina, dejando su frontera del Danubio donde había estado al comienzo del reinado de Solaimán el Legislador. Frente a Rusia, perdieron todas sus posesiones en las costas del norte del mar Negro, desde los principados hasta el Cáucaso, incluyendo Besarabia, Podolia y Crimea, cuyos soldados habían supuesto el elemento más poderosos del ejército otomano durante el siglo anterior. Además los otomanos se vieron forzados a permitir que Rusia y Austria intervinieran a favor de los súbditos cristianos del sultán, de forma que dieran paso al futuro predominio europeo en los asuntos internos otomanos durante el siglo XIX.

Por el Este, la decadencia otomana causó menos perjuicios, ya que el Estado Safaví del Irán fue presa de la anarquía durante la mayor parte del siglo XVII. Ahmad III (1703-1730) utilizó esta situación para reconquistar el Azerbaiyán y el Irán occidental en tres campañas (1722-1725) mientras los gobernantes Afsar del Afganistán ocupaban el Irán central y reemplazaban a la dinastía Safaví, y los rusos ocupaban la costa occidental del Caspio hasta Baku. Aunque el poder iraní fue restablecido por Nadir Sah (1736-1747) que recuperó la mayor parte de los territorios perdidos, la anarquía que siguió a su muerte permitió a los otomanos mantener las fronteras de Kasr Shírin, a pesar de que a la sazón estaban ocupados en Europa.

En el interior del Imperio, las manifestaciones de decadencia eran, en su mayor parte, consecuencia de las condiciones creadas en el siglo XVI. Pero se añadió además un nuevo factor de decadencia: la debilidad del gobierno central llevó a la pérdida de control de la mayoría de las provincias a

manos de gobernantes locales, que asumieron el control más o menos permanente de grandes distritos e incluso de provincias enteras durante largos períodos de tiempo. Pudieron mantener su autoridad no sólo porque el gobierno otomano carecía de recursos militares para sujetarlos, sino también porque las poblaciones locales preferían depender de tales déspotas locales más que de los corrompidos e incompetentes funcionarios otomanos de aquel tiempo. Los primeros, a su vez, fueron capaces de consolidar sus posiciones, aprovechando las fuertes corrientes de nacionalismo local que estaban empezando a surgir entre los diversos grupos étnicos.

En Anatolia, la mayor parte de los notables locales eran descendientes de antiguos aristócratas turcos que habían sido apartados del gobierno central a mediados del siglo XVI y que se valían del fuerte resentimiento de los campesinos turcos de Anatolia contra el mal gobierno del devsirme de Istanbul. En los Balcones, griegos, servios, rumanos y búlgaros espezaron a tomar conciencia de su nacionalidad y a rebelarse contra su integración en el multinacional imperio. Mientras sus tradiciones nacionales habían sido preservadas y restablecidas bajo la jefatura de sus cabezas religiosas, su evolución hacia el nacionalismo había sido excitada por los agentes de los Habsburgo y los rusos que se esforzaban en minar la autoridad del sultán. Aquí, los restablecimientos nacionales estaban complicados por el hecho de que la Iglesia ortodoxa estaba enteramente bajo el control del clero griego, que utilizaba la autonomía que le permitía el sistema otomano de millets para eliminar a las culturas no griegas, por lo cual el resurgimiento de los sentimientos nacionales solía ser más contrario a la autoridad griega que a la otomana, exceptuando la misma Grecia. En las provincias árabes no había conciencia de nacionalismo árabe, ya que el signo más importante de identificación y distinción era todavía el Islám más que el lenguaje, y el imperio permanecía gobernando por las instituciones islámi-

cas. Había efectivamente levantamientos locales, pero solamente debidos a los esfuerzos de los gobernadores otomanos y los jefes militares locales con el fin de utilizar la debilidad central en provecho propio. Cada uno de los rebeldes locales intentaba consolidar su poder formando ejércitos sin mercenarios ni esclavos, subdivididos en "Familias" a la manera del sistema tradicional de los mamelucos, por lo que la mayoría de ellos asumieron este nombre, aunque no tenían ninguna conexión con el antiguo Imperio mameluco.

Estos jefes locales ejercían casi una autoridad completa en sus dominios, recaudando los impuestos locales para sí mismos y enviando sólo pagos nominales al Tesoro central, con lo cual crecían los problemas financieros y resultaba muy difícil alimentar a la población de las ciudades. Sin embargo, el gobierno central consiguió sacarle partido a la situación, valiéndose de la misma técnica de contraponer a las fuerzas políticas aquél sistema de equilibrio que los sultanes habían utilizado para mantener su autoridad durante el siglo XV y principios del XVI. Enfrentando a los rebeldes locales, y utilizando la influencia de la ayuda otomana, el Tesoro generalmente conseguía no sólo el que se continuase reconociendo la soberanía del sultán, sino también buenos pagos regulares de moneda y en especies por parte de los jefes locales. Debido a que amplias porciones de los pagos así conseguidos iban a parar a las manos de los que controlaban el gobierno central, para su provecho personal, el Tesoro continuaba sufriendo escasez de fondos y las poblaciones de las ciudades escasez de alimentos y de otros productos. Como resultado, la población de las ciudades constituían una masa inquieta, mal gobernada, anárquica y violenta que estallaba a la menor provocación respondiendo a la falta de empleos, al hambre, las plagas y cosas semejantes con motines periódicos y ataques entre grupos o a los funcionarios que consideraban como responsables de la situación. A través de los siglos XVII

y XVIII los funcionarios de la administración otomana eran sacados de sus casas y oficinas y linchados por la multitud que, no sin justicia, los culpaba de las dificultades del momento. Los jefes de palacio no se oponían demasiado a estas ejecuciones, ya que se beneficiaban con los sobornos de los aspirantes a puestos tan productivos y que de esta manera quedaban vacantes muy a menudo. Naturalmente tales violencias, aunque evidenciaban las dificultades otomanas, no las remediaban sino que las hacían empeorar. El remedio estaba en las manos de la clase gobernante, pero la reacción de sus miembros eran muy diferente.

En general, la mayoría de los otomanos no veían la necesidad de que el imperio cambiara para superar las condiciones críticas de la época, ya que ellos se beneficiaban de la anarquía existente y conseguían muchos más ingresos personales en una situación en la que eran libres de actuar como quisieran que los que tenían cuando el gobierno central era poderoso y capaz de controlarlos. Además, la característica básica de la mentalidad otomana era su completo aislamiento en su propia esfera y la falta de conciencia de lo que sucedía fuera de ella, por lo cual asumían que el remedio a la decadencia otomana dependía enteramente de la práctica y de la experiencia otomanas. Europa quedaba fuera del campo de referencia de incluso los más educados otomanos de la época debido a la creencia básica de la sociedad otomana en su propia superioridad sobre cualquier cosa que el mundo europeo pudiera producir, creencia que podía tener cierta base real en el siglo XVI, pero que se mantuvo cuando hacía mucho tiempo que ya no era válida. Así todo el desarrollo de la organización comercial e industrial, en ciencia y en tecnología, y sobre todo en organización y técnicas militares y políticas, que tuvo lugar en Europa a partir de la Reforma, fue totalmente desconocido en la esfera otomana. Los únicos contactos directos que los otomanos tuvieron con Europa tuvieron lugar en el campo de batalla, y cuando los ejércitos o-

otomanos sufrían reveses militares la mayoría de los otomanos consideraban que habían sido causados no por la superioridad de los ejércitos occidentales como tales sino más bien porque los otomanos no habían conseguido aplicar plenamente las técnicas que habían sido tan efectivas en los siglos anteriores. Por eso, incluso en el siglo XVIII, la mayoría de los intentos de reforma trató meramente de restablecer los ejércitos del pasado, sin darse cuenta de que, aún en el caso de que esto se hubiera podido llevar a cabo, no hubieran podido estar a la altura de sus oponentes europeos.

Es cierto que unos pocos otomanos rompieron, al menos parcialmente, este aislamiento durante el siglo XVIII a través de ciertos canales de contacto que se establecieron con el Occidente. Un reducido número de embajadores otomanos vino a residir a las capitales europeas para participar en negociaciones y firmar tratados, y, aunque no se quedaban mucho tiempo, fueron los primeros en comprender algo de lo que pasaba en Europa. Además, llegaban al imperio mercaderes europeos, viajeros y cónsules en número creciente; por lo tanto, ya no les fue posible a los otomanos seguir evitando el contacto con los "francos" como habían podido hacerlo en el pasado. Algunos "renegados" europeos entraron al servicio del ejército otomano o en el gobierno, y a través de ellos llegó más información sobre el mundo occidental.

Unos pocos otomanos, hombres de ciencia y filósofos, mantenían correspondencia con sus colegas europeos. Pero tales contactos eran de efectos muy limitados. Solamente eran experimentados por unos pocos, e incluso cuando aprendían algo el efecto era muy superficial, ya que la información resultante no encajaba en las estructuras de pensamiento de los otomanos más educados. Aquellos pocos que entendieron algo de lo que ocurría, como los grandes visires Ibrahim Pasa (1717-1730) y Koca Ragib Pasa (1756-1763), generalmente fueron voces clamando en el desierto, y sus esfuerzos por aplicar y difundir lo que sabían tuvieron pocos efectos generales. Estos contac

tos desembarcaron en cambios en los modos de vida de unos pocos otomanos, y también provocaron algunas innovaciones militares, pero nada más. Los relatos de los embajadores otomanos en Europa y la observación de la vida de los occidentales en Istambul estimularon a unos cuantos miembros de la clase gobernante a tratar de imitar la vida de placeres de las cortes europeas. Los otomanos, que siempre se habían reclinado en almohadones y divanes, empezaron a importar sillas y sofás de tipo europeo. Las entusiastas descripciones de los palacios de Versalles proporcionaron modelos al sultán Ahmad III y sus más altos funcionarios, que construyeron palacios y jardines a lo largo del Bósforo y del Cuerno de Oro, de acuerdo con el estilo europeo de arquitectura y decoración, y promovieron lujosas fiestas sociales.

Este brote súbito de europeización alcanzó su cima con el "Período de los tulipanes" (1717-1730), así llamado porque la importación de tulipanes de Holanda se convirtió en la principal pasión y preocupación de los miembros de la alta sociedad. Hasta cierto punto, este período marca el comienzo del conocimiento de Europa en el Imperio otomano, pero se trata de un hecho de alcance limitado, y entre las masas permaneció como totalmente extraño e indeseado.

Hubo algunos efectos concretos más. En 1727 se concedió permiso, por primera vez, para imprimir libros en lengua turca en el imperio, a un converso húngaro llamado Ibrahim Müteferrika, y se escribieron e imprimieron libros de temas profanos, como historia, geografía, lógica, etc. También se hicieron reformas en el ejército, que era donde los efectos de la decadencia otomana se hacían sentir con mayor gravedad. Aquí también el mayor esfuerzo de reforma estaba dirigido hacia el restablecimiento de los sistemas del pasado. Pero como resultado del contacto con los ejércitos europeos en el campo de batalla y de la influencia de los renegados europeos en el ejército otomano, se hicieron unos cuantos intentos para introducir el

uso de uniformes de tipo occidental, así como armas y tácticas. Ya que los miembros de los cuerpos militares regulares tradicionales no podían ni que rían abandonar sus antiguas maneras, se formaron cuerpos enteramente nue-vos bajo la dirección de renegados europeos, tales como Bonneval Pasa (Hum baracı Ahmad Pasa) y el barón de tott, que sirvieron al sultán entre 1727 y 1747 y entre 1773 y 1787 respectivamente. Ambos realizaron una tarea he-roica, pero los nuevos cuerpos que crearon no tuvieron efecto ninguno so-bre los antiguos, que formaban el núcleo del ejército, ya que estos últi-mos pensaban con toda razón que las nuevas modas amenazaban sus privile----gios y su seguridad, establecida de antiguo. Las nuevas fuerzas no fueron más que cuerpos especiales de mercenarios formados bajo el estímulo de al-gunos pocos otomanos, que fueron generalmente eliminados sin consecuencia tan pronto como sus promotores morían o tenían que abandonar la administra ción.

Así pues, en el siglo XVIII, el imperio otomano sobrevivía no tanto por los esfuerzos de sus reformadores como por los conflictos que habían surgido entre los poderes europeos acerca de cómo se dividirían el lote. Los esfuerzos de reforma tuvieron un campo de acción restringido y de efectos limitados, pero abrieron un resquicio en la cortina de hierro otomana, iniciaron la toma de conciencia de Europa y de la medida en la cual el Imperio otomano tendría que cambiar antes de que pudiera defenderse así mis-mo. Pero era sólo el comienzo. Porque para la mayoría de los otomanos de las clases altas, así como para los súbditos del sultán, la decadencia po-día ser atajada sólo a la manera tradicional. Las "innovaciones" occidenta-les no se deseaban. La mayoría de las revueltas urbanas y rurales llamadas "democráticas" que tuvieron lugar en esta época iban dirigidas en gran parte, contra los pocos esfuerzos de modernización que se hacían, suponiendo que la decadencia otomana era un resultado de tales esfuerzos que, conside

rabán, estaban minando el sistema otomano.

C- Restablecimiento y reforma, desde 1789.

A pesar de los largos siglos de decadencia y descomposición y de la serie de derrotas sufridas frente a los enemigos europeos, cuando Salim III (1789-1807) subió al trono, su imperio todavía comprendía toda la península de los Balcones, al sur del Danubio, toda Anatolia y el mundo Árabe desde el Iraq hasta el norte de África. Para la mayoría de los otomanos, por lo tanto el imperio parecía tan magnífico como había sido, y la necesidad de cambio, en el mejor de los casos, se limitaba al tipo de reformas que habían emprendido los reformadores tradicionales. Pero no pasó mucho tiempo sin que nuevos y muchos más graves peligros, que amenazaban la existencia del imperio, obligaran a la mayoría de los otomanos a aceptar cambios mucho más fundamentales en las bases sociales y políticas del Estado y de la sociedad, cambios que habían de ponerle en camino hacia el restablecimiento a finales de siglo. Esta era de reformas del siglo XIX se divide en tres fases diferentes: a) un período de transición y preparación, de 1789 a 1826; b) un período de acción intensiva, coincidiendo con la mitad del siglo (1826-1876); c) un período de culminación, desde 1876 hasta el comienzo de la primera guerra mundial.

El primer período fue inspirado y dirigido por dos grandes sultanes reformadores, Salim III y Mahmud II (1808-1839). Consistió, esencialmente, en un período en el cual la antigua idea otomana de reforma fue sustituida por un nuevo concepto de destruir las antiguas instituciones y modos y reemplazarlos por otros nuevos importados de Occidente. No fue tanto un período de reforma institucional per se como de preparación para el intenso período de cambio que iba a seguir. En realidad, Salim III, a través de todo su reinado, y Mahmud II hasta 1826 no fueron esencialmente sino reformadores

otomanos tradicionales. Lo principal de su esfuerzo iba dedicado a purificar las antiguas tradiciones y modos, limitando los nombramientos a personas honestas y leales, terminando con el soborno y el nepotismo y haciendo volver a los notables de las provincias a la obediencia. Y, como en el siglo XVIII, sus decretos de reforma eran poco más que piadosas esperanzas, a menudo ignoradas, ya que los funcionarios que habían de llevarlas a cabo eran miembros de la clase privilegiada, que era la que más se beneficiaba de los abusos a los cuales se estaba tratando de poner fin.

Cuando los continuos reveses militares demostraron la supremacía militar europea. Salim y Mahmud hicieron lo que sus predecesores del siglo XVIII habían hecho cuando se necesitaron nuevas armas: dejaron intactos los antiguos cuerpos y crearon además de ellos unas fuerzas militares totalmente nuevas, establecidas específicamente para este fin, llamadas Nizami Cedid o "Nuevo orden", cuando fueron originalmente creadas por Salim, y rebautizadas Sekbani Cedid o "Nuevos sekbans" (literalmente "guardas de los sables del sultan" cuando fueron restauradas bajo Mahmud II. Esta fuerza era adiestrada por oficiales y expertos militares europeos enviados por las potencias europeas que entonces competían en el apoyo diplomático y militar del sultán. Este cuerpo estaba basado casi enteramente en la organización, disciplina, táctica y armas entonces usuales en los ejércitos europeos. Para no trastornar en modo alguno las instituciones otomanas establecidas, estaba financiado por un tesoro enteramente nuevo, cuyos ingresos procedían de nuevos impuestos recaudados de fuentes que antes se veían libres de ellos, y de la confiscación de timars detentados por personas que ya no cumplían sus deberes militares o administrativos para con el Estado. Pero como los antiguos cuerpos permanecían intactos y muy hostiles a la creación de fuerzas militares modernas y eficientes que podrían fácilmente reemplazarlos, ambos sultanes se vieron forzados a limitar el número y uso de los nue

vos cuerpos, por eficientes que llegaran a ser. En consecuencia, su potencial no llegó nunca a superar los 10.000 hombres, lo cual no era ni la décima parte del número total de hombres de los antiguos cuerpos. Sus cuarteles y campos de entrenamiento estaban confinados en los suburbios de Istambul y en distantes lugares de Anatolia, a fin de que fuesen menos notados por los miembros del viejo ejército y por aquella mayoría de otomanos que consideraban tales "innovaciones" como opuestas al restablecimiento del Estado. Así, aunque estas fuerzas eran efectivas en la batalla, eran demasiado pequeñas y aisladas como para afectar al ejército otomano en general, y ni siquiera proporcionaba a aquellos sultanes suficiente fuerza como para protegerse de la reacción conservadora, cuando ésta hizo acto de presencia. Cuando los Nizami Cedit provocaron una revuelta de los jenízaros en contra de Salim en 1807, no pudieron evitar ni su deposición del trono ni su propia descomposición. Cuando los partidarios de Salim, que huyeron de la capital, intentaron rescatarle con la ayuda del notable danubiano Bayrakdar Mustafa Pasha en 1808, no fueron capaces de evitar el asesinato de Salim. Y, aunque el liberal Mahmud II fue colocado en el trono por los reaccionarios por falta de otro heredero otomano, pasaron muchos años antes de que se atreviera a establecer los cuerpos con un nuevo nombre y emprender la acción en contra de los asesinos.

Pero mucho más importantes en estos momentos que los nuevos cuerpos fueron ciertos desarrollos que eventualmente llevaron a la rotura del tradicional aislamiento otomano y la resistencia ante cambios en las instituciones y maneras establecidas. Ante todo se establecieron escuelas para el adiestramiento de oficiales militares y administradores en las nuevas técnicas desarrolladas en Europa. Con este fin se importaron maestros, se tradujeron al turco libros de texto europeos y se introdujeron imprentas para asegurar la producción suficiente. Sin embargo, el progreso en estas escue--

las era muy lento, sobre todo porque las escuelas elementales tradicionales, las madrasas, no proporcionaban al estudiante otomano ni siquiera los más elementales conceptos de matemáticas, ciencias o idiomas extranjeros necesarios para el estudio de la nueva tecnología. Así pues, las nuevas escuelas tenían que convertirse en escuelas elementales para preparar a sus estudiantes al estudio más avanzado que habían de seguir. Además la firme oposición de la masa de los otomanos hacía muy difícil para estas escuelas encontrar alumnos, por lo cual se necesitaron muchos años para que sus graduados fueran suficientes en cantidad como para ejercer influencia sobre la sociedad otomana. Más bien, como las nuevas escuelas se apartaban netamente del antiguo sistema de enseñanza, este último no recibió su influjo y sobrevivió, produciendo una amplia e influyente clase de otomanos que estaban en oposición total a los fines y realizaciones de las reformas. Aunque los representantes de la Revolución francesa en Istambul trataban de difundir las ideas de ésta entre los otomanos, encontraron poca respuesta. Unicamente la lenta pero más fundamental, enseñanza de lenguas y técnicas occidentales, impartida a los pocos otomanos que asistían a las nuevas escuelas, consiguió, a largo plazo implantar las nuevas ideas de reforma en el imperio.

Además del conservadurismo interno y la oposición abierta, Salim y Mahmud se vieron también desviados de su tarea de reformas más significativas y extensas por los continuos peligros militares que tenían frente así. Gran parte de las rentas de sus provincias quedaron disminuidas por nuevas rebeliones locales en todo el imperio. Francia, que había sido el mejor aliado de Salim en tiempos de Luis XVI, se transformó en nación enemiga cuando Napoleón Bonaparte invadió Egipto y Palestina en 1798 y empezó a fomentar rebeliones entre los súbditos cristianos y bacánicos de Salim. Sólo cuando los franceses fueron arrojados de Egipto en 1802 pudieron ser resta-

blecidas las relaciones normales entre ambos estados. Rusia y Austria constituían una amenaza constante en los Balcanes, y como resultado de su intervención, surgieron revueltas nacionales contra el sultán en Servia, en 1804 y en Grecia, en 1821, que temporalmente supusieron la independencia y la autonomía de ambas. La invasión británica de Egipto y un ataque naval a Istambul (1802), la ocupación de Besarabia y de los principados de Moldavia y Valaquia por Rusia (1806-1812), el segundo levantamiento servio (1815), la guerra de la independencia griega (1821-1830) y la continua intervención extranjera en los asuntos internos hicieron extremadamente difícil para estos sultanes el emprender reformas más significativas, aunque hubieran tenido la voluntad y los medios políticos de hacerlo. Y el ejército regular otomano, dirigido por los jenízaros era lo suficientemente fuerte para impedir a los sultanes ir demasiado lejos dentro del país, aunque fueran demasiado débiles como para neutralizar los diferentes peligros extranjeros.

Como resultado, Mahmud II y sus principales partidarios llegaron por fin a la deducción de que nunca conseguirían crear nuevas instituciones militares lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a los enemigos de la Puerta mientras sobreviviesen las antiguas oponiéndose al movimiento. Proyectó entonces destruir a los jenízaros como el único camino para conseguir una reforma significativa. Se preparó para ello durante los años de su gobierno, políticamente conservadores, colocando gradualmente hombres que le eran leales en puestos claves en el gobierno y en el ejército. Entonces esperó hasta que el continuo desorden dentro del cuerpo de los jenízaros y sus derrotas a manos de los rusos, servios, griegos y otros los desacreditaron de manera que la opinión pública no se levantara en su apoyo cuando se intentara abiertamente destruirlos. Cuando Mahamud pensó que por fin la opinión pública estaba de su parte, cuando las victorias conseguidas contra los rebeldes griegos en Morea por el nuevo gobernador de Egipto, Moha--

med Ali, contrastaron vivamente con los fracasos de los jenízaros contra los mismos rebeldes, el sultán decidió dar el golpe final. Restableció el ejército de Salim con el nombre de Sekbani Cedid (1815), lo trajo en secreto a Istanbul, lo colocó alrededor de los cuarteles de los jenízaros, y se hicieron esfuerzos para provocar una revuelta de los jenízaros que sirviera como pretexto para destruirlos. El cebo que se les ofreció fue la publicación de un decreto que restablecía la reforma del ejército. Cuando los jenízares respondieron con la rebelión (15 de junio de 1826) los hombres de Mahmud bombardearon sus cuarteles y organizaron una matanza de ellos no sólo en Istanbul, sino en todo el imperio, con escasa oposición pública. Este Vakai Hayriyye ("El acontecimiento beneficioso"), como se le conoce en Turquía, fue la mayor importancia para la evolución de las reformas otomanas. Aunque la clase dirigente seguía manteniendo los intereses del orden antiguo, su brazo militar estaba destruido, y si bien permanecían en puestos desde los cuales se podían oponer a la reforma, ya que no podían utilizar la fuerza para evitar o limitar lo que se estaba realizando, así que, desde entonces, lo único que pudieron hacer fue entorpecer la reforma, sin anularla, ni tampoco a quienes la preconizaban. Desaparecido el peligro de una reacción por parte de los jenízaros, los reformadores pudieron actuar mucho más abiertamente que antes, y llevar a cabo sus esfuerzos en todos los aspectos de la vida otomana en la escala y modo que consideraban necesarios para salvar el imperio, sin temer una reacción súbita y brusca si iban demasiado lejos. La destrucción de los jenízaros marcó también el fin de la reforma otomana tradicional y su reemplazamiento por la creencia de que la única manera de conseguir un cambio significativo era destruir las antiguas instituciones y maneras y reemplazarlas por otras nuevas, importadas, o al menos influenciadas por sus correspondientes occidentales.

El efecto militar inmediato del Vakai Hayriyye, fue sin embargo, de-

sastroso. El antiguo ejército había sido destruido y no había todavía uno nuevo que ocupase su lugar. Así que hasta 1833, al menos, los problemas exteriores constituyeron el principal obstáculo para la reforma, ya que amigos y enemigos se apresuraron a aprovecharse de la impotencia militar otomana. Las grandes potencias obligaron al sultán a aceptar la independencia griega y la autonomía de Servia, Valaquia y Moldavia en la Conferencia de Londres y el tratado de Edirne (1829). El gobernador de Egipto, Mohamed Ali, declaró su independencia virtual, conquistó el sur de Arabia, Siria y la Anatolia sudoriental y derrotó al moderno ejército otomano naciente, que había sido establecido para reemplazar a los jenízaros, en la batalla de Konya (21 de diciembre de 1832). Cuando Gran Bretaña y Francia retiraron su ayuda el sultán se vio obligado a firmar el tratado de Hunkar Iskelesi (8 de julio de 1833) con el zar, que colocó prácticamente al Imperio otomano bajo "protección" rusa. Por fin, en 1833, como las grandes potencias no se ponían de acuerdo en cómo dividir el imperio, y porque temían que si Mohamed Ali llegaba a Istanbul lo restablecería y le daría nueva fuerza, le obligaron a retirarse, de modo que salvaron a Mahmud. (mapa XVII).

Unicamente después de estos acontecimientos vio Mahmud la posibilidad de emprender las reformas que la destrucción de los jenízaros hacían posibles. Su principal esfuerzo se dirigió entonces hacia la creación de un nuevo ejército de estilo europeo, que pudiera no sólo defender el imperio sino también vengarse de la invasión egipcia. Para adiestrar a los oficiales militares trajo expertos militares prusianos bajo el mando del entonces desconocido Von Moltke. Se establecieron nuevas escuelas técnicas para adiestrar, no sólo a los oficiales militares, sino también a una clase administrativa completamente nueva que reemplazara a los burócratas conservadores del pasado. Por primera vez se llevaron a cabo cambios significativos incluso fuera del ámbito militar, particularmente en la organiza--

ción del gobierno y de las finanzas, siendo el primer objeto la instauración de una poderosa autoridad central en el imperio y la eliminación de las formas de autonomía inherentes al sistema otomano tradicional. Se introdujo el vestido occidental y se hizo obligatorio para los miembros del gobierno y del ejército. Se hicieron esfuerzos por construir un sistema de escuelas primarias civiles que prepararan a los estudiantes para las escuelas técnicas superiores, que también se ampliaron. Las mejoras culturales desembocaron en la fundación del primer periódico otomano, el periódico oficial *Şakwimi Vekali*, en 1831, y el primer periódico privado, *Şaridei Havadis*, en 1839. En muchos aspectos los programas inaugurados por Mahmud a partir de 1833 formaron las bases de las reformas introducidas a continuación durante el período del Tanzimat, pero todos estos intentos no comenzaron sino en los años que precedieron a la muerte de Mahmud, mientras que de su esfuerzo prematuro por utilizar el nuevo ejército antes de que estuviera preparando resultó una segunda derrota desastrosa a manos de los egipcios en la batalla de Nezib (1839). El imperio fue salvado una vez más por la intervención de las grandes potencias, y Mahmud murió de amargura.

De 1839 a 1876, las reformas planeadas por Salim III y hechas posibles e iniciadas por Mahmud II fueron por fin realizadas en un programa de legislación intensiva conocido como Tanzimatı bayriye ("legislación beneficiosa") o más simplemente por Tanzimat. Las características esenciales de este período fueron el establecimiento de un nuevo concepto de reforma y la extensión de sus principios a todos los aspectos de la vida otomana en lugar de limitarse al militar. Se extendió a través del gobierno de los sultanes, Abd ul-Macid (1839-1861) y Abd ul-Aziz (1861-1876), ambos hijos de Mahmud II, y culminó con el reinado de Abd ul-Hamid (1876-1909), hijo de Abd ul-Macid. La mayoría de los programas actuales habían sido propuestos antes de 1839, pero únicamente ahora se pusieron en práctica. Sus prin

cípios básicos fueron por primera vez subrayados oficialmente en el Hatti Serif de Gülhane (3 de noviembre de 1839) y fueron confirmados y extendidos en una orden similar, el Hatti Humayun de 1856. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que ambas proclamaciones, la segunda publicada básicamente en respuesta a la presión impuesta por los poderes europeos, no eran tanto de claraciones o promesas de lo que iba a ser hecho en el futuro como informes de lo que ya había sido proyectado y decretado con un énfasis particular en los documentos mismos, hechos en gran parte para satisfacer a las potencias y manifestar que las reformas que ellos deseaban estaban, de hecho, en vías de aplicación.

El Tanzimat fue básicamente un esfuerzo de la clase dirigente otomana de aquel tiempo por preservar su tradicional posición autocrática social y política, modernizando sus instrumentos de gobierno: la administración y el ejército. Aparte de los propios sultanes, que participaban otra vez en el proceso del gobierno, los representantes de la clase dirigente eran hombres adiestrados en las nuevas escuelas técnicas instauradas por Mahmud II. Esto significó esencialmente que, en respuesta a las necesidades de la época, la antigua clase dirigente alteró las cualificaciones necesarias para ser miembro de ella, añadiendo a los requerimientos tradicionales la exigencia de que los nuevos miembros también estuvieran educados en las técnicas europeas de gobierno, en las ciencias o en las artes militares. El tanzimat creó un nuevo grupo gobernante de expertos técnicos a los que se encomendó la tarea de salvar al antiguo sistema social, modernizando sus instrumentos. La reforma fue impuesta autocráticamente desde arriba, a fin de preservar la autocracia. Los más importantes miembros del Tanzimat fueron Mustafa Rashid Pasha, que sirvió como gran visir seis veces entre 1839 y su muerte, en 1856, y sus dos protegidos, Alisa Pasha y Fuad Pasha, que alternaron como gran visir y ministro de asuntos exteriores durante largos

períodos, desde su retiro hasta 1871.

Entre 1860 y 1870 la oposición también vino de la nueva clase creada por el Tanzimat, en particular de algunos graduados de las nuevas escuelas, que empezaron a pedir que la modernización del Estado fuese acompañada de una reforma de la sociedad y de la eliminación de la posición autocrática tradicional del sultán y de su clase gobernante, estableciéndose alguna suerte de sistema que permitiese a los súbditos participar en su propio gobierno y limitar el poder de aquellos que controlaban el gobierno por medio de un parlamento representativo y una constitución. Esta oposición se aglutinó en un grupo intelectual conocido como los "jóvenes Turcos", dirigida por escritores tales como el poeta Ziya Pasha (1825-1880) y el periodista Namik Kemal (1840-1888). Para este grupo, los hombres del Tanzimat eran conservadores, incluso reaccionarios, que no hacían sino modernizar el estado a fin de mantener su propia autoridad.

La extravagancia y la mala administración llevaron al estado a contraer grandes deudas. Las revueltas de los Balcanes y la interferencia rusa después de 1875 vinieron a empeorar la crisis. Como resultado, surgió, un nuevo partido que abogaba por la Constitución y el Parlamento para resolver las crisis internas y fortalecer al Imperio lo suficiente como para que se enfrentase a sus enemigos extranjeros. Dirigidos por el ministro de la guerra, Hüseyin Avni Pasha, y por el gran visir y reformador del Tanzimat provincial, Midhat Pasha, fueron capaces de deponer al sultán Abd ul-Aziz (1876) y sustituirlo por Murad V, y cuando éste demostró no estar a la altura de la situación lo reemplazaron por Abd ul-Hamid (1876-1909). Bajo Abd ul-Hamid II (1876-1909), y en los años del régimen de los "Jovenes Turcos" (1908-1918), la mayor parte de las realizaciones técnicas del Tanzimat fueron rescatadas y completadas. En 1876 fue preparada e introducida una Constitución por un grupo dirigido por Midhat Pasha y Hüseyin Avni Pasha.

ha, en respuesta a las demandas de reforma social de la sociedad otomana.

Aunque la comisión que proyectó la Constitución se basó en origen, en varias constituciones europeas, particularmente en la de Bélgica, al final reflejaba sobre todo la experiencia de cincuenta años de reformas del Tanzimat. Pero los poderes básicos del sultán permanecieron tan autocráticos como en el pasado, y cuando a las guerras con Bosnia, Herzegovina, Serbia y Montenegro siguió la invasión rusa de 1877, la incapacidad del Parlamento para ponerse de acuerdo en las medidas necesarias en tiempo de crisis condujo a Abd ul-Hamid II a suspenderlo.

Las potencias europeas estaban ahora interviniendo directamente en los asuntos internos del imperio. Ocupaban territorios otomanos e impulsaban a las minorías a la revuelta. Exigían "reformas" que hicieran a los no musulmanes superiores a los musulmanes dentro del sistema otomano. El imperio estaba en peligro, pero el sultán desarrolló una política inusualmente efectiva para defenderlo. En el interior, estimuló la doctrina del otomanismo, o igualdad para todos los otomanos, sin atender a su religión, doctrina a la que previamente se habían adherido los intelectuales liberales. En el exterior trabajó en pro de la idea del panislamismo, la unión de todos los musulmanes bajo la jefatura del califa, con el fin de conseguir el apoyo de los musulmanes de los países gobernados por las potencias europeas: la India y Egipto bajo Inglaterra, el norte de África bajo Francia y Asia Central bajo Rusia, promocionando, con este fin, los escritos de Gamaleddin Al-Afagani. Para neutralizar las actividades rusas en los Balcanes estimuló la difusión de la idea del panturquismo, la reunión de todos los turcos del mundo bajo la jefatura otomana. Al mismo tiempo, transformó hábilmente las rivalidades políticas europeas hacia la competición económica, utilizando las concesiones económicas para satisfacer su deseo de influencia y, al mismo tiempo, reconstruir la organización material del imperio.

Los problemas más difíciles eran aquellos concentrados con las naciones balcánicas recientemente independizadas, y las minorías cristianas que todavía vivían en el interior del imperio. Cada una exigía su parte del imperio y hacía pesar sus pretensiones con creciente violencia. Se formaron sociedades secretas para reforzar sus demandas por el terrorismo, y los búlgaros, griegos, serbios y armenios fueron particularmente activos en este aspecto. Sus fines y métodos eran los mismos; utilizar el terror para forzar a los otomanos a hacer concesiones, trastornar y debilitar la administración otomana a fin de forzar la intervención europea. Los jefes políticos otomanos y los recaudadores de impuestos eran asesinados, estallaban bombas puestas en lugares públicos, había asesinatos de musulmanes y eran saqueados pueblos enteros por sus vecinos. El terror también se utilizó para conseguir el apoyo de los indefensos pueblerinos cristianos que no querían sino que les dejaran en paz para hacer su vida normal. En 1896, los miembros de una organización terrorista armenia amenazaron con volar el Banco otomano a menos que se atendiese a sus demandas. En 1905 otro grupo armenio arrojó una bomba contra Abd ul-Hamid cuando éste salía de la mezquita después de la oración del viernes. Como resultado de tales actividades, las relaciones entre las diferentes nacionalidades se hicieron cada vez más tirantes; cada acto terrorista era seguido de sangrientos conflictos en los que el gobierno otomano intentaba restaurar el orden y evitar el terrorismo el grito de "brutalidad policíaca" y de "masacre" cundía por toda Europa, y se hacía a los musulmanes culpables mientras que los cristianos eran declarados inocentes. Las causas de las dificultades eran ignoradas, las matanzas de musulmanes no se consideraban, las pérdidas de las minorías exageradas y los turcos culpados por todo.

La oposición activa a Abd ul-Hamid surgió primeramente en las ciudades del imperio, y en cada grupo se combinaba a menudo diferentes aspectos

de las cuatro ideologías que predominaba entre los intelectuales de la época. El primer grupo importante de oposición fue la Sociedad para el progreso y la Unión, organizada por estudiantes de la Escuela Imperial de Medicina de Istanbul (1889). El peso combinado de las protestas en Europa y las manifestaciones de los grupos nacionalistas de las minorías creó una hostilidad de la opinión europea no sólo contra el sultán, sino contra todos los otomanos en general. Fue en esta época cuando los oponentes de Abd ul-Hamid comenzaron a ser llamados "Jóvenes Turcos" en Occidente, aunque estos aplicaban nombres diferentes a los diferentes grupos, y únicamente más tarde vinieron a estar bajo la dirección general del movimiento de los Jóvenes Turcos, que finalmente depusieron al sultán y establecieron su gobierno en el año 1908. Había una comunidad judía grande y rica que simpatizaba con las actividades de los Jóvenes Turcos y las financiaba. Los Jóvenes Turcos habían esperado, y dado por supuesto, que el triunfo del liberalismo otomano pondría fin a las ambiciones de las potencias europeas, pero se demostró que éste no era el caso. En octubre de 1908, justo antes de las elecciones, el imperio se vio conmocionado por la declaración de independencia de los búlgaros, con la consiguiente anexión de la provincia de Rumelia oriental, el anexionamiento de Bosnia y Herzegovina por parte de Austria y la revolución de Creta y su anexionamiento por Grecia. La crisis inmediata fue dominada en 1909, pero a expensas del Imperio otomano en gran parte, mientras que se culpaba al régimen de los Jóvenes Turcos de haber perdido en más o menos un año lo mismo que el viejo sultán había perdido en todo su reinado. La firma de la Entente Cordiale entre Inglaterra, Francia y Rusia también perjudicó a la Puerta, ya que como resultado Francia dejó de oponerse a que Inglaterra ocupase el Egipto otomano, e Inglaterra a su vez, apoyó un acuerdo internacional que permitiese a Rusia utilizar los Estrechos, otra vez a expensas del Imperio otomano.

El parlamento estaba compuesto principalmente por hombres apoyados por el Comité para la Unión y el Progreso, que de este modo controlaba el gobierno obteniendo el poder, pero libre de responsabilidad. Mas tan pronto como el Parlamento y el gobierno tuvieron que enfrentarse con los muchos problemas internos que aquejaban al imperio, la frágil unidad de la política otomana se vino abajo y los diferentes grupos reasumieron sus exigencias anteriores sin compromiso por su parte: el resultado fue la parálisis. Abd ul-Hamid y muchos otros que estaban descontentos con el nuevo régimen emprendieron la contrarrevolución (31 de marzo de 1909), que tuvo éxito momentáneamente, suspendiendo la Constitución y restableciendo los antiguos poderes autocráticos del sultán. Pero el ejército de Salónica, dirigido por Mahmud Sevket pasha, marchó a Istanbul y restableció el comité con poca dificultad. Abd ul-Hamid II fue depuesto y enviado al exilio, y Mehmet V Rashad fue puesto en el trono como Califa y sultán, marioneta controlada por el comité. Como la contrarrevolución había sido apoyada por las minorías, el nacionalismo turco se creció, y se hicieron esfuerzos para "Turquizar" todos los aspectos del imperio lo más rápidamente posible. Con Abd ul-Hamid fuera de escena, prevalecieron las ideas de los occidentales, que se esforzaron en separar el Estado y la religión y reemplazar la Shariaa por el código civil europeo y las madrasas por un único sistema de escuelas civiles. El Parlamento continuó funcionando sobre unas bases democráticas en 1909-10 pero su acción era cada vez menos eficaz debido a la proliferación de partidos políticos y a causa de la imposibilidad de conciliar la política, cada vez, más "Turca" del gobierno con las aspiraciones nacionales de las minorías. Estas tendencias se vieron aumentadas por las nuevas crisis internacionales que envolvían la conquista italiana de Libia (1911-1912) y las guerras de los Balcanes, que comenzaron en 1912 y cuya consecuencia fue la pérdida de Edirne, de las islas del Egeo, de Tracia y

de Macedonia. Como reacción, el Comité estableció una dictadura total bajo la jefatura de Enver Bey. Aunque el nuevo gobierno fue incapaz de evitar que Grecia ocupara la Albania del Sur y que Bulgaria ocupara Edirne, reorganizó el ejército suficientemente como para que pudiera aprovecharse de las disputas consecuentes entre los aliados balcánicos y reconquistarse Edirne (22 de julio de 1913). Este episodio restableció su prestigio, aunque Bosnia, Herzegovina, Bulgaria, Rumelia oriental, Albania, Macedonia y parte de Tracia habían sido perdidas desde la destitución de Abd ul-Hamid.

2- El Iran Moderno.

En páginas anteriores hemos visto cómo empezó la historia del Iran con los persas, a la cabeza la primera dinastía persa aqueménida. El hijo de Cambises, Ciro II de Anzan (559-529), fundador del Imperio persa conquistó el territorio medo en 550 del que era vasallo, y lanzándose desde Persia (a las orillas del Golfo persico) afianzó su hegemonía sobre el Iran. En 547 derrota al rey de Lidia, Creso (aliado de Astiages), cuyos dominios se anexiona; somete las ciudades griegas de Asia menor, llega hasta los confines de la India y ocupando Bactria (fundación de Ciropolis). En 539, conquista del imperio neobabilonio, del que se proclama rey. Es recibido como liberador y divinizado por los sacerdotes de Marduk, poco después Siria y Palestina pasaron a formar parte del imperio persa y el emperador autorizó el retorno de los judíos de Ur a Jerusalem, y bajo el dominio persa restauraron el templo (terminado en 515). A la muerte de Ciro II el Grande, en combate contra los masagetas, en el Iran oriental, sube al trono su hijo Cambises II (529-522), el cual conquista Egipto en 525 (destronamiento de Psamético II) y avanza hasta Nubia y Libia. En 522, muere en Siria.

Dario I (512-484), después del sometimiento de la India, Dario I en 512, fracasa contra los escitas pero somete Tracia y Macedonia. Cuando Alejandro Magno venció a Dario III, en la batalla de Isos, en la costa siria, los persas pierden Siria para siempre y su hegemonía se limita entonces al Iran, la India, Mesopotamia y la península arábiga.

El Iran fue incorporado al imperio de Alejandro Magno por pocos años, pero una vez liberado, la segunda dinastía persa (sasánida) mantuvo al Iran como segunda potencia de la época a la par con Bizancio, hasta que sucumbió dicha dinastía cuando fue invadido el Iran por el Islam, a mediados

del siglo VII. A partir de aquí quedo gobernado por los omeyas hasta mediados del siglo VIII, luego por los abásidas, hasta mediados del siglo X, cuando el Califa abasida pierde el ejercicio del poder real, el imperio islámico se desmembra y aparecen las dinastías independientes (los idrisies, en Fas, los aglabíes, en el Cairruan, los toluníes, en el Cairo, los hama-daníes, en el Mosul y Alepo, los Tahiríes, en Jorasan), el Iran entonces cae bajo el gobierno de los buweihíes, que no duran sino poco tiempo, siendo sustituidos por los turcos seldyucidas, los cuales extendieron su influencia al Iran desde el Asia menor. El poder de los seldyucidas en Iran cae ante la invasión mongol en 1251.

A- La dinastía Safavi (1501-1722) y los Zand.

La familia safaví entra por primera vez en la historia durante el período mongol con el Shayj Safi al-Din (m.1334), jefe de la orden sunní sufi de la ciudad de Ardabil en el Azerbaiyán. Investigaciones recientes indican que los últimos Safavíes inventaron su supuesta descendencia del séptimo de los Doce Imames síes, Musa al-Kazim, y que los Safavíes fueron probablemente de origen Kurdo. La lengua y la cultura de la mayoría de los Safavíes era el turco azerí propio de la zona. De jefes de una orden sufi, al principio pacífica, luego militante, los Safavíes se habían convertido en fundadores de una gran dinastía.

Un descendiente del Shyij Safi al-Din, Haidar (1456-88) y su primogénito y sucesor Ali resultaron muertos en batalla, después de lo cual el hermano de Ali, Ismail, fue escondido en la provincia de Gilán, en el Caspio, por leales Qizilbas turcomanos. Aprovechando la descomposición final del estado Ak Koyunlu y de la inactividad en Anatolia del sultán otomano Bayazid II, Ismail salió de su refugio siendo aún adolescente, para dirigirse primero a Arda bil y después a Anatolia en 1500, reuniendo a su paso mil

les de seguidores militantes de las tribus. De vuelta hacia el Oriente, Ismail condujo a sus partidarios a rápidas victorias en el Cáucaso, después derrotó al último de los Ak Koyunlu y ocupó la ciudad más grande del Iran, Tabriz, de la cual hizo su capital, asumiendo el antiguo título de Shaen-sha (rey de reyes) en 1501.

En los años siguientes, Isamil (1501-1524) continuó sus conquistas por territorio iraní. Derrotando varias dinastías locales, hacia 1509 ya había conquistado casi todo el Irán Occidental. Cuando el timurí Muhammad Jan trató de extender sus conquistas, Ismail obtuvo sobre él una victoria decisiva en 1510 cerca de Marw y el Jurasan cayó en poder Safaví.

Mientras tanto los otomanos, bajo el nuevo sultán, Salim (1512-1520), estaban preocupados por la adherencia a la causa religiosa-política Safaví difundida entre los turcomanos de Anatolia. El ejército otomano avanzó también hacia el interior del Azerbaiyán, y debido en gran parte a su artillería, muy superior, infligió a Isamil una derrota decisiva en la batalla de Chaldiran en 1514, después de la cual, se dice, Ismail no volvió a sonreír, pero Salim no sacó partido de su ventaja y dejó a los Safavíes en posesión del Azarbaiyán y del Irak. Con el tiempo el siismo, con su peregrinaje en comunidad a las tumbas de los imanes y su devoción emocional por el Imam Ali y su hijo martirizado Hussein, se convirtió en parte principal de la identidad cultural y de la cohesión entre los iraníes y ayudó a unirlos a pesar de las vastas diferencias lingüísticas y territoriales. El florecimiento de una literatura popular y de festivales con temas religiosos siíes empezó en la época safaví y ha continuado hasta hoy día.

Aunque triunfó en las conquistas territoriales y en la unificación religiosa del Irán, Ismail fue incapaz de erigir un sistema militar y administrativo estable. Su hijo Tahmasp I (1524-1576), heredó el trono a la edad de diez años y tuvo que enfrentarse al descontento de los jefes de

los qizilbas, y durante su largo reinado sufrió considerables pérdidas territoriales y disensiones internas. Mientras los Safavíes dependieron totalmente de fuerzas tribales para su ejército y no tuvieron otra leva militar con la que contrarrestar a las tribus, su estado, como las federaciones turcomanas que le habían precedido, estuvo sujeto a la descomposición en unidades autónomas dirigidas por generales tribales. El ilustre iranista Vladimir Minorsky (1877-1966) ve el período de Ismail y Tahmasp principalmente como una tercera federación turcomana, similar en estructura a las inestables federaciones de los Ak Koyunlu y de los Kara Koyunlu, y dice que únicamente con el poder dinámico y centralizador del nieto de Tahmasp, Abbas el Grande, tuvo lugar la verdadera unificación del Irán. Mientras que Tahmasp I transfirió su capital de Tabriz a Qazvin, Abbas I (1587-1629) hizo el traslado definitivo de la capital safaví a Ispahan, más cerca del centro de sus dominios y en el corazón de una provincia de habla persa. Reunió entonces a artesanos y arquitectos para crear los magníficos edificios que todavía hoy, gracias a recientes y cuidadas restauraciones, hacen de Ispahan uno de los lugares más bellos del mundo en cuanto a la arquitectura.

La tolerancia de Abbas para con los cristianos y su interés en promover el comercio y otras relaciones entre Iran y Europa atrajeron a su capital a numerosos comerciantes europeos, y por medio de una intensiva construcción de carreteras y caravasares, que tributaban al gobierno central, Abbas estimuló aún más el comercio, lo cual acrecentó la riqueza del gobierno, puso especial empeño en promover la provechosa exportación de la seda, para lo cual el gobierno compraba la seda producida en el Irán y enviaba embajadas a Venecia y a otros lugares de Europa a fin de establecer relaciones comerciales.

Abbas el Grande está generalmente considerado como el mayor de los

gobernantes del Iran moderno, tanto por sus conquistas en el exterior como por su política interna. Mediante una combinación inteligente de guerra y diplomacia, recuperó los territorios del Irak de lengua árabe que sus predecesores habían perdido frente a los otomanos. En el Este recuperó el control de lo que es hoy el Afganistan occidental. Y, más importante quizá, reconquistó al propio Irán, arrebatandoselo a los jefes y a otros cabecillas militares virtualmente independientes, teniendo que llevar esta conquista casi como si se tratara de una tierra extranjera. Para ayudarle en estas conquistas y para poner fin a la precaria dependencia de las tribus qizilbas que había debilitado tanto a sus predecesores, Abbas, en imitación sobre todo de los jenízaros otomanos, estableció un cuerpo adiestrado que incluía artillería, infantería y caballería, formados por esclavos cristianos de Georgia y Armenia convertidos al Islam. Más aún que los notables hechos militares de Abbas fueron sus realizaciones culturales y económicas.

Durante el gobierno de Abbas los ulama del Islam constituyeron un poderoso soporte ideológico y administrativo para el gobierno central, ya que ocupaban las posiciones claves en la estructura educativa y administrativa, dichos núcleos de poder potencialmente independientes crearon dificultades a sus sucesores.

Chardin, el perspicaz viajero francés de finales del siglo XVII, hace constar que el uso de los últimos Safavíes de "intendentes" temporales que recaudaban impuestos en las tierras de la corona hizo empeorar las condiciones de los campesinos, ya que estos funcionarios temporales los exprimían todo lo que podían a fin de conseguir provecho a corto plazo sin pensar en los efectos últimos sobre la productividad. Esta superexplotación del gran bloque de las tierras de la corona fue una de las causas de la decadencia Safaví.

Bajo Abbas y sus sucesores las órdenes sufíes que habían sido importantes no sólo entre las tribus turcomanas, sino también entre el resto de la población, fueron cada vez más perseguidos, de modo que eran los ulamá los que se enfrentaban a las necesidades sociales y religiosas de la población.

Dos de los tres sucesores de Abbas el Grande, Safi I (1629-1642) y Safi II (1666-1694) fueron notables sobre todo por su crueldad e incompetencia. A pesar de que las exportaciones de producción tales como seda, alfombras y cerámica a Europa continuó siendo importante a través del siglo XVII, ningún Sha después de Abbas continuó los esfuerzos positivos de éste para extender tal comercio. Sólo Abbas II (1642-1666) mostró energía y competencia, pero sus intentos en pro de una nueva centralización terminaron con él. La falta de ataques externos importantes mantuvo al Iran casi intacto territorialmente durante estos reinados. En el curso de estos reinados el poder y las pretensiones de los ulamá sifes aumentaron considerablemente. Según los cuales todos los gobernantes temporales eran ilegítimos, y predicaban que el gobierno legítimo pertenece únicamente a aquellos mejor educados para comprender la voluntad del duodécimo y ausente Imam. La inviolabilidad religiosa de los ulamá sifes los convirtió en formidables adversarios de los últimos safavíes. Husayn I (1694-1722) se dejó influir ampliamente por los ulamá, pero su benignidad y su desinterés hacia los asuntos militares habían de tener en último término resultados desastrosos para su país.

Resumiendo, el período safaví especialmente la época de Abbas el Grande, fue un tiempo de renacimiento cultural, de nueva identificación con el siismo, de centralización relativa y prosperidad económica, al menos parcial. Abbas fue incapaz de superar los obstáculos formidables que se alzaban en el camino de una centralización y prosperidad más permanente, y la

incompetencia de sus sucesores apresuró lo que podría considerarse como una decadencia inevitable. Los invasores afganos le dieron el golpe de gracia en 1722, pero las realizaciones de los safavíes constituyen la base de la reunificación y del restablecimiento del Irán moderno.

El dominio afgano, sin embargo, no duraría mucho, ya que el aventurero militar Nadir Jan (luego Nadir Sha), fue capaz de reunificar gran parte de las fuerzas del Irán en contra de los invasores, en nombre, aparentemente, de un safaví que pretendía el trono. Nadir y sus seguidores echaron a los afganos de Ispahan en 1729 y lucharon con éxito en contra de los otomanos que invadían el Irán los años siguientes al 1730. En 1736 Nadir abandonó su pretensión de ser el soporte de los safavíes y se hizo coronar como Sha. Basando su gobierno principalmente en los jefes militares de las tribus, Nadir continuó una política guerrera que llevó a la conquista y saqueo del Afganistán y de la India de noroeste. A raíz de su asesinato en 1747, la década siguiente estuvo marcada por una lucha entre jefes tribales y militares que terminó temporalmente con una estabilización bajo el benéfico gobierno de Karim Jan Zand, que gobernó como virrey (Wakil) desde la ciudad sureña de Shiraz, desde 1758 hasta su muerte, acaecida en 1779. Los Zand fueron los primeros gobernantes de origen persa después de siete siglos de dominio turco y mongol, y su breve reinado se recuerda como un período de paz benevolencia e intentos de restablecer la prosperidad mediante medidas de protección al comercio y a la agricultura.

Karim Jan Zand mantuvo como rehén en su corte al joven Aga Muhammad de los Qayar, hijo de su antiguo y principal rival para el poder en Irán. Después de la muerte de Karim Jan en 1779, Aga Muhammad consiguió huir, y asumir la jefatura de su tribu. Con el creciente apoyo de los jefes tribales del Norte, comenzó entonces una carrera de conquistas tomando Ispahan y Kirman a los Aznd, y estableciendo su propia y nueva capital en la pequeña

ña ciudad de Teherán.

La victoria de los Qayar, fuerzas del Norte, sobre los Zand, hasta cierto punto reflejó la creciente importancia económica del Norte y la decadencia del Sur, debido en gran parte a los cambios de las condiciones del comercio internacional. Mientras que durante los siglos XVI y XVII los puertos del Golfo Persico habían tenido una importancia considerable para el comercio de objetos de lujo y como tránsito hacia Europa occidental en el siglo XVIII este comercio decayó, quedando reducido a su mínima expresión. En el Norte, sin embargo, la proximidad de Rusia desde las conquistas de Pedro el Grande y Catalina la Grande en el siglo XVIII, condujo a un restablecimiento del comercio norteamericano.

Después de sus conquistas en el Sur, el fundador de la dinastía Qayar Aga Muhammad volvió a reconquistar los territorios transcaucasicos que se habían mantenido prácticamente independientes desde la muerte de Nadir Sha. En 1795, Aga Muhammad extendió sus conquistas al Azerbaiyán, Armenia y Grecia. En 1796 fue coronado en Teherán con el título, tradicional en el Imperio persa, de Shaensha. A continuación arrebató el Jurasán de las manos de los sucesores de Nadir Sha.

B- La Dinastía Qayar: desde 1796.

A pesar del poco feliz comienzo de la dinastía Qayar ésta consiguió, ayudada por Rusia y Gran Bretaña, mantenerse en el poder durante más de un siglo. Tras el asesinato de Aga Muhammad en 1797, en el curso de su sangrienta campaña final en Caucasia, su sobrino fue declarado Sha con el nombre de Fath Ali (1797-1834). Bajo su reinado comenzaron las potencias europeas a mezclarse intensamente en los asuntos iraníes, hecho que había de afectar profundamente al destino del Iran moderno. Esta intromisión comenzó en el período napoleónico con una misión francesa que llegó al Irán con el fin de

mejorar las relaciones comerciales y conseguir su ayuda en contra de Rusia. Para contrarrestar los esfuerzos franceses, Inglaterra envió a sir John Malcolm, de la compañía de las Indias orientales, para conseguir una alianza y un tratado comercial y persuadir al Sha sobre la oportunidad de atacar la ciudad fronteriza afgana de Herat. Malcolm consiguió obtener un tratado, en 1801, que incluía tanto una alianza militar como una renovación de privilegios comerciales, caídos en desuso en su mayoría, incluido el derecho a comerciar libremente en el Iran sin pagar derechos internos. Mientras tanto los rusos usurpaban las conquistas de los Qajar; declararon Georgia como parte del Imperio ruso en 1801, y atacaron Transcaucasia en 1804. Incapaz de conseguir ayuda militar de sus aliados británicos, que también se habían aliado con Rusia, Fath Ali se volvió hacia los franceses y formó con ellos un tratado en 1807, por el cual consentía en romper relaciones con Gran Bretaña. Los franceses prometieron ayuda militar y enviaron una misión que reorganizara el ejército. Sin embargo, poco después los franceses abandonaron su ayuda militar al hacerse aliados de Rusia por el tratado de Tilsit 1807 y el Sha tuvo que volverse hacia los ingleses, que eran ahora los enemigos de Rusia. En 1809, por medio de otro tratado, los ingleses concedieron un amplio subsidio al Sha con la condición de que permaneciera en guerra con Rusia, y también acordaron enviar armas e instrucciones militares, lo cual cumplieron. Los ingleses instigaron al Sha para que rechazase unas condiciones de paz bastante favorables ofrecidas por Rusia, pero Inglaterra volvió a invertir su posición otra vez en 1812, cuando Napoleón atacó a Rusia, y como Rusia e Inglaterra deseaban la paz entre el Iran y Rusia, empezaron las negociaciones que culminaron en el tratado de Gulistán, en 1813, favorable para Rusia. Todo el período supuso para los persas una desconcertante introducción a las inescrutables maneras de actuar del Occidente.

El tratado de Gulistán concedía a Rusia una parte considerable del territorio transcaucasiano, y los rusos obtuvieron el derecho a detentar propiedades en el Irán, a tener una representación consular, y a pagar un único derecho de aduana en la frontera del 5% ad valorem. Este tratado hizo unas concesiones comerciales que superaban en mucho a lo que antes se había hecho, y se puede decir que marcan el comienzo de tratados no equitativos con potencias occidentales. Las exenciones de derechos de aduana internos de que gozaban los rusos y los ingleses, y que luego fueron extendidos a otros países occidentales, ofrecieron a los mercaderes extranjeros una ventaja relativa sobre los comerciantes locales, que tenían que pagar tales derechos.

Los acuerdos territoriales del tratado de Gulistán fueron en algunos puntos lo suficientemente vagos como para dar lugar a disputas entre Rusia y el Irán. Las negociaciones no condujeron a ninguna parte y los ulamá provocaron un sentimiento revanchista en el Irán predicando en contra del maltrato que recibían sus hermanos musulmanes del Cáucaso bajo el gobierno ruso. Parte del gobierno iraní fomentó estas presiones para la "guerra santa" y el Sha respondió con declaración de yihad y un ataque a los rusos en 1826. El ejército iraní, que solo contaba con una minoría de tropas organizadas a la manera occidental, fue absolutamente derrotado, y el Tratado de Turkmanchai en 1828 trajo nuevas concesiones a los rusos. Estas consistieron en más territorios y una gran indemnización a Rusia, además de jurisdicción extra-territorial absoluta sobre súbditos rusos.

Las dos derrotas frente a Rusia produjeron descontento popular y levantamientos en algunas regiones fronterizas, de inspiración religiosa que condensó el resentimiento de la masa en contra de los malos tratos infligidos por las potencias occidentales. El principal director de la reforma de principios del siglo XIX fue el príncipe de la corona Abbas Mirza, que fue

gobernador de la provincia del Azerbaiyan que trató de reorganizar el ejército por medio del uso de instructores y métodos occidentales, y también empezó a enviar iraníes al extranjero para que recibieran educación y adiestramiento a la manera occidental. Fath Ali Sha murió en 1834 al cual se le recuerda más por su enorme harén y su centenar largo de hijos que por cualquier realización positiva, y la sucesión se realizó pacíficamente en la persona de Muhammad Sha, (1834-1848), gracias al apoyo del ministro británico y de los oficiales ingleses que mandaban tropas iraníes. Los ingleses consiguieron tratados en 1836 y 1841, en los cuales se les otorgaba todos los privilegios que habían sido concedidos a los rusos; la cláusula de país más favorecido, incluida en el tratado de 1841 con Inglaterra, había de repetirse después en tratados iraníes posteriores con otras potencias extranjeras.

A la muerte de Muhammad Sha la intervención británica y rusa puso en el trono al heredero favorito, Nasir al-Din, (1848-1896), el cual escogió como ayuda para fortalecer su gobierno y reprimir el movimiento bahá'í a Mirza Taqi Jan que se preocupó en primer lugar de hacer una reforma militar; empezó a reorganizar el ejército sobre bases occidentales. También fundó el primer periódico oficial y la primera escuela superior en Teheran la Dar al-Funun que incluía enseñanza científica y militar, impartida principalmente por docentes europeos. Menos éxito alcanzaron los intentos que hizo Mirza Taqi Jan para implantar industrias modernas; aunque se inauguraron varias fábricas bajo sus auspicios, la falta de interés y adiestramiento por parte del gobierno y la imposibilidad de proteger las tarifas a causa de los tratados del Iran con las potencias extranjeras las hicieron fracasar.

El poder independiente de los jefes tribales, terratenientes y sobre todo los ulamá se mantuvo mucho más fuerte en el Iran que en Egipto o en

el Imperio otomano, aunque desde el siglo XVIII, los principales imanes del shismo, los muytahidin, residían no en el Irán sino en el Irak otomano, en Nayaf y Karbala. Como los rusos y los ingleses protegían a los Shas, aunque de manera informal contra las revoluciones, los Qayar tendían a renunciar al esfuerzo por gastar para crear y mantener un poderoso ejército modernizado. Sin embargo, en 1856-57 surgió un conflicto con Inglaterra, cuando el Irán intentó otra vez apoderarse de Herat y fue rechazado por las armas inglesas y por un desembarco inglés en Bushire, puerto del Golfo Pérsico. Los ingleses, sin embargo, tuvieron que retirarse cuando comenzó la sublevación en la India, y se contentaron con un tratado de paz según el cual el Irán se comprometía a mantenerse fuera de Herat. Después de esta Paz de París de 1857, la influencia británica predominó en la corte iraní durante varios años. El costo de las armas y de las guerras para el Irán, así como el gasto que significaban los nuevos lujos occidentales, fomentaron el aumento constante de los impuestos, lo cual contribuyó al gradual empobrecimiento del campesinado durante el siglo XIX y principios del XX. Como desde el principio necesitaron dinero en efectivo, los Qayar nunca establecieron una burocracia asalariada, sino que vendieron muchos gobernados en subastas periódicas al mejor postor y los gobernadores así elegidos subarrendaban a su vez los cargos menores. El desarrollo del comercio con el Occidente produjo trastornos y cambios en la economía iraní. Además el balance negativo del comercio del Irán con Europa Occidental y la gran caída del precio de la plata, el principal metal de acuñación del Irán, en el siglo XIX, empobrecieron aún más al país y a su gobierno. Eficazmente protegidos contra cualquier rebelión interna por los compromisos de Rusia y Gran Bretaña, que tenían intereses en el mantenimiento de la complaciente, aunque impopular, la dinastía Qayar, los Shas podían permitirse el ignorar las muestras de descontento y ahogar las rebeliones

antes de que se hicieran peligrosas.

La corrupción y venalidad de los incontrolados funcionarios colaboro con la posición subordinada del Irán ante las potencias occidentales en la debilitación del país, lo mismo en el campo militar, como el siglo abanzaba sin que se declararan guerras importantes, los oficiales del ejército, hasta las más altas jerarquías, se embolsaban la paga destinada a sus tropas y mantenían sólo unas fuerzas mal adiestradas y deficientemente equipadas, cuyo número estaba muy por debajo del nivel oficial y cuyos miembros tenían que encontrar trabajo como obreros para ganarse la vida.

Entre los años 1860 y 1870 empezó una nueva fase en las relaciones europeas con el Irán: la disputa por conseguir concesiones económicas. La primera de éstas se centró en la construcción de las líneas de telégrafos, concedida a los ingleses en 1860. Más importante fue la concesión otorgada en 1872 al barón inglés Julius de Reuter, por la cual el concesionario obtenía no sólo los derechos exclusivos para construir ferrocarriles y líneas tranviarias, sino también la exclusiva de explotación de casi todas las minas, la construcción de obras de regadío, la implantación de un Banco Nacional y de toda clase de empresas industriales y agrícolas, todos por unos pagos y porcentajes del beneficio relativamente pequeños. Lord Curzon aludió a estas concesiones juzgándolas como "el más completo y extraordinario abandono de los recursos industriales de un reino en manos extranjeras jamás imaginado". De manera paradójica, los principales promotores iraníes de la concesión fueron dos funcionarios reformistas: El primer ministro Mirza Husayn Jan y Malkum Jan, ministro para las relaciones con Inglaterra, que obtuvieron considerables sobornos y que quizá pensaron que ésta era la única manera de modernizar el Irán y evitar que cayera bajo control ruso. La concesión fracasó sin embargo, ya que su primer viaje a Europa en 1873 Nasir all-Din encontró a los rusos hostiles y al gobierno inglés indiferen

te ante el proyecto. Al volver al país, se encontró con una coalición de oficiales patriotas o antibritánicos y de ulamás que le obligaron a deponer a Mirza Husayn Jan de su cargo de primer ministro y a buscar un pretexto para cancelar la concesión. Aunque no había mostrado mucho interés por el plan de Reuter, el gobierno británico utilizó durante años las reclamaciones de éste para impedir que las concesiones del ferrocarril y otras semejantes se otorgasen a Rusia o a otras compañías extranjeras, aunque en 1879 una compañía rusa obtuvo una importante concesión, renovada después en 1882, para pescar en el mar Caspio. Varias concesiones fueron otorgadas a los rusos a principios de 1880, pero la verdadera fiebre de las concesiones recommenzó en 1888, cuando la política británica oficial, representada por el nuevo ministro, sir Henry Drummond Wolff, se hizo partidaria de las concesiones económicas. A instancias de Wolff, el Sha abrió el río Karun, al sur del Iran, a la navegación internacional, medida que podía beneficiar únicamente a los ingleses, y llegó a un acuerdo sobre las reclamaciones de Reuter, de modo que concedió el derecho de abrir un Banco Nacional a una compañía británica. El Banco, con casa central en Teheran y sucursales en varias ciudades, abrió sus puertas con el nombre de Banco Imperial de Persia. Los rusos contrarrestaron los esfuerzos británicos consiguiendo concesiones de bancos y carreteras.

El Sha creó en 1879 la brigada de los cosacos iraníes bajo el mando de oficiales rusos; este hecho le proporcionó una pequeña fuerza militar digna de confianza, pero al mismo tiempo supuso un instrumento más de la influencia rusa en el Irán. Además de las concesiones de 1889-1890, esto significó que el Irán estaría cada vez más a merced de las presiones rusas e inglesas.

Motivado por la avaricia imperialista, política seguida por las potencias extranjeras sacude al Iran un período de protestas y revoluciones

(1890-1914). Un grupo que en general se oponía a la modernización a la europea, pero que era más contrario aún a la subordinación a Inglaterra y Rusia, eran los ulamá. La oposición de los ulamá fue uno de los factores que hicieron más lentos los ya tímidos intentos de reforma de Nasir al-Din. Al mismo tiempo, el miedo de los ulamá a las crecientes usurpaciones físicas occidentales y a su relativa impunidad les convertía en jefes eficientes de la oposición a la política del Sha, favorable a las concesiones y a la subordinación ante los extranjeros. Este movimiento estaba dirigido contra el creciente control occidental sobre el comercio y la banca y en favor de aplicar el Sharia islámica. Uno de los jefes y forjadores de ese movimiento "religioso-radical" fue el internacionalmente conocido Sayyid Yamál al-Din al-Afagani (1839-1897). Aunque decía ser afgano, nació en Irán, viajó hacia el 1857 a la India inglesa, donde parece que concibió un odio eterno contra el imperialismo británico. Después de un intento, que fracasó, de levantar a los gobernantes del Afganistan en contra de los ingleses, marchó a Istanbul, de donde fue expulsado en 1870 por haber pronunciado un discurso "heroico" que reflejaba los puntos de vista islámicos en contra del imperialismo. Durante su estancia en Egipto (1871-1879) contribuyó a inquietar y educar un grupo de jóvenes que encabezarían el despertar islámico de Egipto, y después de su expulsión de este país continuó escribiendo en pro de la modernización y del antíimperialismo, primero en la India y luego en Francia, donde editó el periódico árabe antibritánico y panislamista "al-Urwa al-Wutca". A su regreso al Irán, en Teherán agrupó sus discípulos iraníes. A éstos les habló de la necesidad de unir la oposición religiosa y no religiosa contra las usurpaciones occidentales. Obligando a abandonar el Iran en 1887, pasó dos años en Rusia, donde vio al Sha durante su tercer viaje a Europa en 1889 y fue invitado a regresar al Iran. En el verano de 1890, al Afagani tuvo noticias de que el Sha planeaba exiliarle y se refugió en un

santuario al sur de Teheran, donde continuó aleccionando a sus discípulos, a quienes explicaba métodos de oposición organizada, tales como la distribución clandestina de panfletos y las reuniones políticas. Sus partidarios en el Irán incluían a ministros, como el Amin al-Dawla, ulamá, burgueses y reformadores seculares. En enero de 1891, convencido de que los panfletos que atacaban al gobierno por sus concesiones a los extranjeros procedían de al-Afagani, el Sha violó la mezquita y le confinó en la frontera iraquí en pleno invierno. Desde el Irak otomano y después desde Londres, al-Afagani escribió y habló en contra del Sha y de su gobierno, y dejó tras sí un grupo de discípulos a los que había instruido en la agitación política.

El descontento con la política de concesiones del Sha llegó a su cima cuando éste concedió un monopolio absoluto sobre la producción, venta y exportación de todo el tabaco iraní a un súdito británico en marzo de 1890. La concesión fue mantenida en secreto durante algún tiempo, pero a finales de 1890 el periódico en persa de Istanbul, "Ajtár" comenzó una serie de artículos en los que criticaba severamente la concesión. Desde el exilio al-Afagani, escribió entonces una famosa carta al jefe de los ulamá Shíes, Hayyi Mirza Hasan Shirazi, pidiéndole que denunciara al Sha y su venta del Iran a los europeos. La consecuencia fue una carta de protesta de Shirazi al Sha. Estalló entonces un movimiento peligrosamente revolucionario, la primera manifestación, dirigida por los ulamá, tuvo lugar en Shiraz y Tabriz, las protestas de las masas se extendieron a Mashad, Ispahan y Teheran. Una manifestación en Teheran, que terminó con disparos en contra de una multitud indefensa, en la que hubo varios muertos, seguida de protestas aún más masivas, obligó al gobierno a cancelar totalmente la concesión. Este fue el primer movimiento de masas que tuvo éxito en el Irán moderno, al unir a ulamá, modernistas y ciudadanos en general en una protesta coordinada en contra del gobierno. Aunque muchos ulamá fueron después compra-

dos por el gobierno, la "alianza religioso-radical" había demostrado su capacidad para cambiar el curso de la política iraní, y el gobierno no se atrevió a otorgar más concesiones económicas durante varios años.

El movimiento del tabaco también fomentó el crecimiento de la influencia rusa a expensas de los ingleses. El que fue durante un largo período primer ministro iraní, el Amin al-Sultán, que debía su popularidad ante el Sha principalmente a su habilidad para conseguir dinero y evitar conflictos, había estado siguiendo una política relativamente pro-británica para tratar de obstaculizar la amenaza rusa. Sin embargo, después del movimiento del tabaco tuvo que llegar aun acuerdo con los rusos a fin de salvaguardar su propia posición y adoptó gradualmente una política más pro-rusa. La política británica de 1888-1890 de fomentar las concesiones económicas del Sha fue contraproducente, y las concesiones rusas y su apoyo al movimiento del tabaco culminaron en un aumento de la influencia rusa, no de la británica.

Cuando Nasir al-Din fue asesinado en mayo de 1896, el Amin al-Sultán ocultó hábilmente el hecho de la muerte del Sha hasta que la Brigada cosaca estuvo en condiciones de evitar disturbios. Se esperaba que el hijo más poderoso del Sha, el Zil al-Sultán, que gobernaba desde hacía varios años una amplia área alrededor de Ispahan, sería rival al trono del débil príncipe heredero, Muza FFar al-Din. Pero cuando Rusia e Inglaterra anunciaron que apoyaban al segundo, el Zil al-Sultán hizo lo mismo.

Muza FFar al-Din Sha era más débil y suave que su predecesor, y durante algun tiempo abrió el Irán a influencias más reformadoras. Permitió la apertura de escuelas secundarias segun el modelo occidental, llamadas Rushdiyye, de acuerdo con la terminología otomana. El nuevo Sha, sin embargo, buscaba continuamente dinero para financiar su extravagante corte y sus viajes al extranjero, y cuando el primer ministro el Amin al-Dawla no pudo conseguir un nuevo empréstito de los ingleses y provocó la oposición de los ula-

má y miembros de la corte, le hizo deponer y restableció al Amin al-Sultán como primer ministro. Se contrató personal aduanero belga y se hizo un nuevo sistema de aduanas centralizadas que aumentó las rentas del gobierno central. A pesar del descontento por el nuevo sistema aduanero, el belga Naus, se convirtió de facto en ministro de hacienda. A fin de pagar los viajes al extranjero que recomendaban los médicos del Sha, Amin al-Sultán pidió dos grandes préstamos a Rusia en 1900 y 1902. El primer empréstito implicaba la condición de que el Irán saldaría todas sus deudas con Inglaterra y no contraería ninguna otra deuda sin el consentimiento de Rusia, mientras que el segundo incluía importantes concesiones a Rusia. Los rusos también insistieron en hacer un nuevo tratado de aduanas, que fue firmado en 1902, en el que se daba a los principales productos rusos tasas más bajas que el ya bajo 5 por 100 ad valorem. sin embargo, el dinero conseguido con empréstitos y aduanas no fue utilizado productivamente, sino derrochado en su mayor parte en tres extravagantes y caros viajes a Europas que el Sha y su corte hicieron entre 1900 y 1905.

Mientras tanto, el descontento hacia el gobierno se estaba convirtiendo en oposición organizada una vez más. Esta oposición centraba su esfuerzo en conseguir la dimisión del Amin al-Sultán, acusado de vender el Irán a los rusos. Aunque la oposición fue incapaz de impedir el préstamo de Rusia de 1902, se hizo lo suficientemente peligrosa como para contribuir a la dimisión del Amin al-Sultán en 1903. En Teherán y en otras ciudades empezaron a actuar sociedades secretas que distribufan panfletos incendiarios en 1900 y 1901. Algunos iranfes empezaron ahora a planear la acción revolucionaria, y esta tendencia fue acentuada por la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y que a su vez coincidía con la Revolución rusa de 1905. Los iranfes sabían que Rusia intervendría en contra de cualquier intento de derrocar o amenazar al gobierno iranfi, pero ahora que el gobierno ruso estaba ocupado primero en la

guerra y luego en la revolución, parecía un buen momento para actuar. Tuvo mucha influencia el hecho de que las sociedades secretas se hicieron aún más fuertes de lo que eran antes, y algunas de ellas contribuyeron a la educación de sus miembros mediante la lectura y difusión de literatura crítica sobre el Irán escrita por iraníes en el extranjero.

Se considera generalmente que la Revolución constitucional iraní empezó en diciembre de 1905, cuando un amplio grupo de mullas y artesanos se refugió en la mezquita real de Teherán pidiendo la dimisión del Ain al-Dawla, el último primer ministro, y la creación de una "Cámara de Justicia" representativa. Se designó un comité para que redactara la ley fundamental, cuya firma demoró el Sha hasta que estuvo mortalmente enfermo, en diciembre de 1907 a la que se añadió una larga ley fundamental suplementaria en 1908. Estos dos documentos fueron basados en su mayor parte en la constitución belga.

En enero de 1907, el amable aunque inútil MuzaFFar al-Din Sha murió y le sucedió el autócrata Muhammad Ali Sha, pero a los pocos meses de subir al trono y precisamente el 31 de agosto de 1907 se firmó el acuerdo anglo-ruso que ponía fin a sus diferencias respecto al Tíbet, Afganistán e Irán. El crecimiento del poder germano contribuyó a la conclusión de dicho acuerdo, que en último término era muy perjudicial para el Irán, que había contado con la ayuda de Inglaterra contra la posible intervención rusa. El tratado dividió al Iran en tres partes: el Norte y el centro del Irán, incluyendo Teheran e Ispahán, constitufan la esfera de influencia rusa, el Irán sudoriental, la esfera británica y un área entre ellas (que irónicamente era el área donde se iba a descubrir el petróleo en 1908) como zona neutral. Los iraníes no fueron consultados ni informados de los términos del acuerdo cuando se firmó.

En junio de 1908 se Sha dio un golpe de estado, cerró el majlis y arrestó y ejecutó a muchos nacionalistas populares. Mientras el resto del país se inclinaba ante el yugo del poder real, la ciudad de Tabriz, dirigida por dos

jefes de las milicias populares, Sattar Jan y Baqir Jan resistió durante meses el asedio puesto por las tropas reales. Cuando por fin los rusos enviaron tropas a Tabriz y las fuerzas populares sucumbieron, muchos huyeron a la cercana provincia de Gilán, donde tomó el poder una fuerza revolucionaria que empezó a avanzar hacia Teheran. Mientras tanto los revolucionarios, ayudados por la tribu de los Bajtiar había tomado Ispahán y marchaban desde allí hacia el Norte sobre la capital. Los Bajtiar y los revolucionarios del Norte convergieron en Teherán en julio de 1909; el Sha, buscó refugio entre los rusos y su joven hijo fue nombrado Sha, con el moderado Nasir al-Mulk como regente.

El principal problema del Iran continuaban siendo las finanzas; en 1911 fue contratado un experto americano, Morgan Shuster, para controlar y reformar las finanzas. Los rusos protestaron alegando que el acuerdo anglo-ruso les otorgaba a ellos el derecho a controlar a todo funcionario de aquel género en la zona septentrional del país, y convencieron a los ingleses para que apoyaran su postura. En noviembre de 1911, los rusos enviaron un ultimatum pidiendo la dimisión de Shuster y la promesa del Irán de no contratar extranjeros sin el consentimiento de Rusia e Inglaterra. El maflis (Parlamento) se negó a aceptar el ultimatum, pero como las tropas rusas avanzaban hacia Teherán, el sumiso Nasir al-Mulk y gabinete, compuesto en gran parte por los bajtiar disolvieron el maflis por la fuerza, aceptaron el ultimatum y depusieron a Shuster en diciembre de 1911. Estos acontecimientos marcaron el fin real de la revolución, ya que no se volvió a elegir un nuevo maflis hasta 1914, las tropas rusas mantuvieron la ocupación en el Norte, se restableció la censura de prensa y el poder quedó en manos de un gabinete "moderado" bajo la atenta vigilancia de Inglaterra y sobre todo de Rusia.

En 1901 se otorgó a un súbdito británico, William D'Arcy, la concesión del petróleo en todo el Irán, exceptuando las cinco provincias del

norte. Por fin se encontró petróleo en el Sudeste en 1908. En 1912, la armada británica abandonó el uso del carbón para utilizar petróleo y en 1914 el gobierno británico compró la mayoría de las acciones de la Anglo-Persian Oil Company. Las tropas británicas estaban estacionadas en la zona neutral, violando así el acuerdo anglo-ruso de 1907. Dada su experiencia con rusos e ingleses, no es extraño que muchos nacionalistas iraníes se volvieron hacia los alemanes en busca de apoyo durante la primera guerra mundial.

3- El mundo árabe oriental de Egipto al Iraq hasta principios del s. XX.

A- Egipto.

La conquista otomana de Egipto, realizada en 1516 por el sultán Salim I, y la del resto del Creciente Fértil en 1534 por el sultán Sulaiman el Magnífico, impusieron a la mayor parte del territorio que hoy conocemos por Oriente Medio el dominio otomano, bajo el cual había de permanecer hasta el final de la primera guerramundial. Estos territorios árabes donde más se consolidó el dominio otomano son: Bilad al-Sham (Siria, Jordania, Palestina y Líbano), Iraq, la península arábiga y Egipto.

La administración de Egipto como provincia del imperio otomano fue establecida en unaley orgánica promulgada por Sulaiman en 1525, y se diferenciaba en algunos aspectos del sistema administrativo que los otomanos aplicaban a las otras provincias. A la cabeza del gobierno estaba el gobernador (Wali), que desempeñaba el poder ejecutivo, además de algunas funciones judiciales. Desde los tiempos de Salim existían seis regimientos, los Ucaq, encargados de mantener la ley y el orden. Las finanzas del país estaban a cargo del tesorero, el defterdar. El usual sistema otomano de controles aplicado a Egipto hizo que la posición del Wali fuera inevitablemente débil. Para empezar, podía ser reemplazado a voluntad por el gobierno central y su nombramiento generalmente se hacía sólo por el período de un año que, aunque renovable, no le daba tiempo a hacerse demasiado poderoso. Los seis Ucaq independientes de la autoridad del Wali, ya que cada uno de ellos estaba bajo el mando de su propio aga, que recibía órdenes directas de Istanbul; con el defterdar ocurría lo mismo.

Hacia finales del siglo XVI, cuando el poder otomano empezó a declinar, la importancia de los Walis decayó y la influencia de los Ucaq creció, hasta el punto en que el Wali se convirtió en su prisionero virtual. Las revueltas esporádicas estaban a la orden del día y los regimientos deponían a

los Walis del mismo modo que otros regimientos deponían a los sultanes en la capital, excepto en los raros momentos en que el período de turbulencia por parte de los regimientos coincidía con la presencia de una administración central poderosa (como la que tuvo lugar bajo el visir de la familia de los Koprulu en los siglos XVII y XVIII), que enviaba desde Istanbul un nuevo Wali acompañado por un ejército y con órdenes de reprimir despiadadamente cualquier insurrección. Normalmente, la función del Wali era mantener el status quo interno y vigilar que el tributo a Istanbul se pagara regularmente. Tenía también que asegurarse de que ningún elemento local adquiriera suficiente poder para poner en peligro la autoridad central. Sin embargo, tales elementos existían en Egipto, con la protección de las autoridades otomanas; eran los beys mamelucos.

Cuando el ejército otomano derrotó a los mamelucos y ocupó Egipto en 1516, lo hizo con la colaboración de una facción mameluca encabezada por Bair Bey, que fue recompensado por su cooperación con el nombramiento de primer Wali. De esta manera, lejos de aplastar a los mamelucos, como se cree generalmente, los otomanos mantuvieron a muchos de ellos, utilizándolos en la administración de las provincias en calidad de agentes e incluso de gobernadores. Durante casi dos siglos, los mamelucos ocuparon cargos administrativos y adquirieron gradualmente el derecho a alcanzar altos puestos de estado, especialmente los de comandante de la Caravana de Peregrinaje o Amir al-Haff, tesorero y vicegobernador (qaim maqam). Estos cargos se convirtieron en un trampolín para la toma del poder por los mamelucos, que establecieron otra vez su hegemonía sobre Egipto con la restauración del beylicato a mediados del siglo XVII. Hasta esta época los regimientos janízaros constituían la fuerza militar más poderosa de Egipto, aunque, esporádicamente, una coalición de todos los demás regimientos desafiaba su autoridad, generalmente con poco éxito. Pero, con el tiempo, también llegó la decadencia de estos regimientos

y en 1711 una lucha entre una facción mameluca aliada a los jenízaros contra otra facción mameluca aliada a un regimiento árabe, terminó con la victoria de estos últimos. Desde entonces, los jenízaros perdieron su supremacía frente a los bays mamelucos.

Egipto en el siglo XVII continuó siendo gobernado por beys mamelucos (aunque el Wali otomano, que por entonces era poco más que un espectador, seguía siendo el gobernador nominal del país) y sufriendo las consecuencias de luchas entre las facciones hasta la ocupación francesa en 1798. Uno de los beys más poderosos, y el más interesante fue Ali Bey al-Kabir. En 1760 fue nombrado Shaij al-Balad, título concedido al primus inter pares. Hombre ambicioso, Ali Bey desafió con éxito a las autoridades otomanas, consiguió enviar un ejército a Arabia e invadió Siria en 1770. Como los otomanos no podían derrotarle militarmente tuvieron que recurrir a otros métodos y sobornaron a su yerno, Abu al-Dahab Bey, para que se rebelara contra él. Ali Bey tuvo que huir para salvar su vida y buscó refugio junto a otro enemigo de los otomanos, Shaij Thaher al-Umar al-Zaidani de Galilea. Cuando intentaba volver a Egipto, Ali Bey fue asesinado. Su interés para nosotros reside en el hecho de que fue un precursor de Mohammad Ali, puesto que parece que él también ambicionó la autonomía hasta el punto de buscar una alianza con Rusia en contra de la Puerta. Pero nunca hizo uso práctico de esa alianza y su aventura hacia la autonomía, por ser prematura, terminó en el fracaso. Sin embargo, constituyó un ejemplo que los siguientes beys mamelucos trataron de imitar, y que consistía en conseguir una autonomía virtual (lo que era relativamente fácil, puesto que los otomanos se resistían a enviar tropas a Egipto) mientras se prestaba homenaje formal a las autoridades otomanas y de vez en cuando se enviaba un tributo en señal de buena fe. Los otomanos no eran lo suficientemente fuertes para acabar con el poder de los mamelucos y restablecer el suyo propio y los mamelucos no estaban lo suficientemente unidos para

dar un paso más decisivo hacia la independencia según querían.

Desde la muerte de Ali Bey hasta la llegada de Napoleón, en 1798, los mamelucos, agrupados en facciones o "Casas", se disputaron el poder hasta que por fin se estableció un duvirato con dos beys, Murad Bey al-Qazdugli e Ibraim Bey al-Qazdugli como amir al-hayf y Shaij al-balad respectivamente. Sus relaciones, entre sí y con las autoridades turcas, fueron bastante borras cosas. Cuando por fin se negaron a pagar el tributo, se envió contra ellos en 1785 una fuerza expedicionaria dirigida por el qapudan Yazairli gazi Hazan pash. Pero después de emplear dos años en ocupar el Delta y en escaramuzas con las fuerzas mamelucas asentadas en el Alto Egipto, los otomanos se dieron cuenta de que no podrían mantener un ejército en Egipto indefinidamente (especialmente dado que la guerra con Rusia era inminente) y en consecuencia, tras dejar a un amir mameluco en el poder, evacuaron el país. Inmediatamente Murad e Ibrahim depusieron al amir, recuperaron el poder y, mediante la promesa de pagar el tributo en el futuro, fueron restablecidos en sus posiciones anteriores. Internamente, el gobierno mameluco no ignoró los disturbios. Durante la última parte del siglo XVII tuvieron lugar levantamientos de importancia en el Cairo, por lo menos una vez cada diez años. En el origen de estas insurrecciones había razones económicas: bien porque la moneda había sido devaluada, bien porque el mercado de cereales había sido acaparado por los mamelucos, bien por la carestía, bien por el hambre. Durante el siglo XVIII tenemos igualmente noticias de frecuentes levantamientos, pero las razones subyacentes al parecer habían cambiado y eran políticas más que económicas. La población se levantaba contra la opresión mameluca y las revueltas se convirtieron en movimientos populares contra los gobernantes, que pronto habían de recibir su golpe de gracia a manos del ambicioso Napoleón.

La expedición francesa a Egipto, es una de las consecuencias de la rivalidad anglo-francesa, había de marcar el comienzo del interés colonial por

esta zona e iluminar de manera dramática el peligro que las potencias occidentales representaban para el Imperio otomano y para el mundo musulmán en general.

Inglaterra es por principio hostil a toda potencia demasiado fuerte en el continente europeo. Francia se chocó con Inglaterra después de que la Revolución Francesa había hecho tantas cosas extraordinarias, había conquistado tantos países, había vencido tantos ejércitos que se permitía el lujo de pensar en la quimera más grandicosa. El mismo Bonaparte creía en ella y hablaba con Monge de cosas gigantescas que un hombre como él podría hacer en ese Oriente tan rico e importante por su situación geográfica, y tan cargado de historia. General y ministros estaban de acuerdo en que solamente en Egipto se podría obligar a Inglaterra a aceptar la nueva Europa.

El Directorio ha recibido numerosos planes para atacar Inglaterra en otro frente. Apoderándose de Egipto, llegando hasta Persia ¿no se le podría cortar el camino de las Indias? Es uno de los viejos sueños de la diplomacia francesa, un sueño de Choiseul primero y más tarde Talleyrand habían acariciado. Bonaparte acarició también sueños orientales. De ello hablaba a Junot en el tiempo en que desgraciados, sin empleo, gastaban los zapatos por las calles de París. ¿No había pensado entonces alistarse en el ejército turco? ¿Pero sería mucho más bonito conquistar Oriente a la cabeza del ejército francés?

La empresa no era fácil. La flota de Nelson dominaba el Mediterráneo y habría que transportar por lo menos 40.000 hombres a Egipto, pero había que desembarcar en Egipto y el almirante Brueys no ocultaba que, si se encuentra con Nelson, la flota francesa, entorpecida por tantos convoys, sería aniquilada sin duda alguna. El riesgo era inmenso y Bonaparte lo aceptó, para embarcar en el buque Oriente el 19 de mayor de 1798.

La artillería de Bonaparte derrotó con facilidad a los mamelucos, mili

cía turco-egipcia que dominaba el país en la batalla de las Pirámides, en 1798, y Napoleón, como en Italia, se puso a organizar. Había llevado con él juristas, administradores, naturalistas, artistas, en suma el personal necesario para fundar una civilización. Pero, aunque la batalla hizo a los franceses dueños de la mayor parte del bajo Egipto, éstos nunca consiguieron ocupar todo el país, ya que los mamelucos, después de la derrota inicial, se retiraron al Sur y al Norte y continuaron desde el Sur hostigando a las fuerzas francesas que de vez en cuando eran enviadas contra ellos. La posición de Bonaparte se hizo crítica cuando el 1 de agosto Lord Nelson, habiendo encontrado al fin la flota de Brueys en la bahía de Abikir, la destruyó. Inglaterra era entonces la dueña absoluta de los mares y el ejército francés se encontró así cortado de Francia. Esta fue una de las razones que hicieron fracasar la campaña napoleónica en Siria. Los turcos avanzaban en Siria para echarlo de Egipto, pero, iré al encuentro de ellos, pensando en levantar a los cristianos del Líbano. Bate a los turcos, pero a su vez él es detenido en Acre. Las murallas son buenas y Bonaparte no tiene una artillería potente. Acre pudo resistir al ataque francés gracias a la obstinación de su gobernador Yazzar Ahmad Pasha, pero también porque recibió vituallas y ayuda de la flota inglesa desde el mar. Furioso, se muestra cruel en el transcurso de esta campaña. Y a su vuelta de Acre ordena quemar las cosechas y matar a los prisioneros que no pueden transportar. En julio de 1799 está cansado del sueño oriental y las grandes esperanzas se han desvanecido. El experimento francés fue demasiado breve para dejar una importancia duradera en Egipto, ni en términos de gobierno ni en el grado de occidentalización a que la población estuvo expuesta. Si bien la expedición llevó a un gran número de sabios franceses a Egipto, éstos fueron a aprender cosas sobre Egipto y no a enseñar a los egipcios cosas sobre Francia, de modo que su impacto intelectual fue inapreciable. Sin embargo, Bonaparte abrió el camino a

las reformas sociales y económicas que él y sus sucesores, los generales Kléber y Menou, fueron incapaces de realizar, siendo después en parte llevados a cabo por Mohammad Ali.

La aventura francesa terminó en 1801, después de que las fuerzas anglo-otomanas desembarcaran en el país y se firmara un acuerdo de evacuación. Aunque de breve duración, la ocupación había de tener diversas consecuencias importantes. En primer lugar, demostró lo vulnerable que era el Imperio otomano; en segundo lugar, subrayó la importancia estratégica de Egipto para Occidente; en tercer lugar, dio a conocer la cultura del antiguo Egipto al mundo occidental a través de la obra monumental publicada por los sabios franceses a su vuelta a Francia, la *Description de L'Egypte*, que en realidad trata de casi todos los aspectos de Egipto, desde la geografía y la fauna hasta los usos y costumbres pasados y presentes; en cuarto lugar, alteró el equilibrio interno del poder, debilitando la autoridad de los mamelucos y preparando el camino para que otro grupo ascendiese al poder; por último, llevó a Egipto a las fuerzas otomanas y británicas. Los otomanos esperaban imponer de nuevo su autoridad directa y los ingleses restaurar a los mamelucos para servirse de ellos como aliados complacientes. Ambas esperanzas se desvanecieron con el surgimiento de Mohammad Ali. Sin embargo, éste había de aprender algunas cosas de ellos: a desconfiar de los ingleses y de sus ambiciones en Egipto primeramente y a darse cuenta de que los mamelucos constituían una amenaza permanente para él y sus ambiciosos proyectos para el futuro.

Los cuatro años que siguieron a la evacuación del ejército francés fueron años de anarquía y caos, notables por la rapidez con que se formaban facciones alrededor de un dirigente temporal que se dispersaban frente a otras, devastando el país en el proceso hasta tal punto que la gente ya no podía andar por las calles con seguridad. Por fin, desesperados, los *ulamá* decidieron ayudar a Mohammad Ali a apoderarse del poder y le elevaron a gobernador

de Egipto. Desde entonces se dedicó a aplastar cualquier oposición en contra de su gobierno y, sobre todo, a terminar con los mamelucos, muchos de los cuales fueron exterminados en la famosa matanza de la Ciudadela de El Cairo en 1811.

Mohammad Ali (1805-1848) tenía planes para sí y para Egipto; para empezar, la autonomía, y a continuación un imperio. Monarca ambicioso y bastante ilustrado, comenzó una serie de reformas encaminadas a conseguir un ejército moderno y eficaz, sin el cual no podía esperar llevar a cabo sus planes. Para ello contrató a consejeros militares europeos, organizó escuelas de caballería, artillería, medicina, veterinaria y cirugía, para preparar a sus oficiales, y, cuando éstas se revelaron insuficientes, envió misiones de estudio al extranjero, a Italia, Francia, e incluso Inglaterra. De este modo creaba la base de una nueva burocracia que dependía totalmente del gobierno y difería por su formación y educación de la élite musulmana tradicional, con lo que se hacía aun más profundo el abismo que separaba a la administración del pueblo. En el pasado, la presencia y la influencia de los ulamá habían constituido una especie de puente sobre este abismo, pero éstos fueron arrinconados cuando intentaron oponerse a la política financiera de Mohammad Ali; por otra parte, la nueva burocracia no les respetaba como lo había hecho la administración musulmana tradicional. El sector de la sociedad que en el pasado había desempeñado el papel de una clase media, los mercaderes y artesanos, fueron pronto aplastados por los monopolios establecidos por Mohammad Ali, por su protección a las importaciones y a los comerciantes europeos, con los cuales los egipcios no podían competir y, finalmente, por sus proyectos de industrialización destinados a satisfacer las necesidades del nuevo ejército que logró, sin embargo organizarlo de una manera eficaz, y que consiguió victoria tras victoria al mando de su hábil hijo, el general Ibrahim Pasha, oficial brillante pero despiadado. Las trans-

formaciones y la creación de un ejército moderno y una marina de guerra que impuso Mohammad Ali a Egipto no tenían otro objeto que el de facilitarle los medios para una política de poder.

Las guerras de expansión de Mohammad Ali fueron generalmente emprendidas a petición del sultán otomano Mahmud II, que no se fiaba de un vasallo tan activo e intentaba embarcarlo en misiones peligrosas con la esperanza de que se rompiera el cuello. Primero le envió a este turco de Rumelia, negociante de tabaco en Cavalla y que llegó a Egipto como jefe de un contingente otomano enviado contra Napoleón Bonaparte a luchar contra los Wahabíes en 1811. Estos eran los seguidores de un movimiento reformista difundido en la península arábiga, que pretendía devolver al Islam su antigua pureza. Allí, después de un contratiempo inicial, el ejército egipcio se enfrentó con éxito al movimiento y lo reprimió por algún tiempo. Luego M. Ali emprendió una guerra por su cuenta en el Sudan, -entre 1820 y 1822- donde conquistó Dúngula, Darfur y Kordofar con la esperanza de encontrar oro para financiar sus proyectos y hombres para reforzar su ejército... Ambas esperanzas se vieron defraudadas; el oro encontrado fue demasiado escaso para que mereciera la pena extraerlo. Por entonces, la guerra de independencia griega estaba en pleno apogeo y en 1822 el sultán pidió otra vez ayuda a M. Ali y éste emprendió la conquista de Creta y de Morea. Al principio Ibrahim consiguió una serie de brillantes victorias que alarmaron a las potencias europeas y les hicieron intervenir colectivamente por temor a que Rusia se erigiera en única protectora de los griegos como cristianos. El resultado fue que la flota anglo-francesa hechó a pique a la armada conjunta egipcia y otomana en la bahía de Navarino en 1827. Grecia consiguió la independencia, impulsando a emularla a otras minorías del Imperio otomano pero Mohammad Ali no recibió nada a cambio de sus esfuerzos y del dinero que había gastado en preparar una campaña de tal magnitud. Decidió por tanto buscar compensa-

ción en otra parte.

Los observadores extranjeros comprobaron los resultados obtenidos por Mohammad Ali, quien había constituido un Estado sólido, una potencia egipcia, "allí donde no se veía antes más que tiranía, revolución, guerra civil, anarquía perpetua"; había realizado un esfuerzo renovador, del que el resto del mundo islámico era incapaz en aquel tiempo. No obstante, en el Imperio otomano, esclerótico, Egipto se distinguía como una fuerza nueva.

¿Qué uso quería hacer de aquella fuerza el Basha?. No ocultaba a sus interlocutores extranjeros que tenían "grandes cosas en la cabeza". Su primer objetivo era obtener el carácter hereditario de su mando, pues, en 1830 contaba con sesenta y un años, y deseaban naturalmente, dejar a su hijo la potencia que había fundado. Deseaba también, hacer consagrar de Jure la independencia que ya poseía de facto. Pero se daba cuenta de que tenía que obrar con prudencia en aquel terreno, pues corría el peligro de sembrar el descontento entre sus funcionarios y oficiales turcos. Y miraba mucho más lejos: ¿No podría convertir el Mediterráneo oriental en un lago egipcio si arrebatase Siria al Sultán? Se consideraba incluso -decía el embajador francés- la esperanza del Islam. Si las circunstancias le favoreciesen, ¿Por qué no suplantar al sultán y convertirse en el renovador del imperio musulmán en su totalidad?.

Las ambiciones del basha de Egipto plantearon cuestiones de gran alcance en las relaciones internacionales. ¿Podían desear las potencias Mediterráneas que la vía de Suez, utilizada ya considerablemente en el tráfico internacional comercial europeo hacia la India y el sudeste asiático -no obstante los inconvenientes del trasbordo a través del Istmo-, cayera en manos de un Estado joven y fuerte? ¿No sería preferible que aquella puerta del Mediterráneo permaneciese en manos del Imperio turco, que era débil? por otra parte, ¿No les interesaba a las potencias la suerte del Sultán? La disgre

ción del imperio turco bajo los golpes de Mohammad Ali, llevarían, sin duda, a un reparto, que despertaría nuevamente los antagonismos entre las grandes potencias; pero la renovación de aquel imperio por los cuidados del Basha, modificaría también una de las constantes de la política internacional.

Francia poseía en el nuevo Egipto una influencia sólida; sus oficiales habían organizado el ejército; sus técnicos desempeñaron un papel preponderante en la revolución económica; sus congregaciones de enseñanza fundaron escuelas que tenían más de 9.000 alumnos. El gobierno francés pensó aprovecharse de tal situación para consolidar su política Mediterránea y, por medio de un acuerdo con el basha, hallar en Egipto un punto de apoyo contra Gran Bretaña. Pero no deseaba el hundimiento del Imperio Turco, cuyas consecuencias temía.

Gran Bretaña quería mantener abierta la ruta de Suez; pero a decir verdad, dicha seguridad no parecía amenazada ¿Por que había de oponerse Mohammad Ali al tránsito a través del istmo? ¿No estaba Gran Bretaña segura gracias a su supremacía naval de poder proteger sus comunicaciones en el Mediterráneo oriental y en el mar Rojo? temía más el establecimiento del dominio egipcio en Siria, que podía ser el punto de partida de una expansión del estado egipcio hacia el golfo Pérsico y una amenaza para la seguridad de Gran Bretaña en la India. Deseaba, sobre todo, mantener el Imperio turco, porque establecía una barrera contra la penetración rusa en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente; no podía pues, admitir que el sultán perdiese parte de sus territorios, en provecho de Mohammad Ali. Pero en la hipótesis de que el basha de Egipto sustituyera al sultán, ¿no constituiría una oposición más eficaz a las ambiciones rusas? Quizá. No obstante, el gobierno inglés no estaba dispuesto a aceptar esta solución, que lesionaría los intereses económicos de Gran Bretaña; el sultán había concedido a Inglaterra un tratado de comercio muy favorable y el Imperio turco estaba convertido en mercado muy impor-

tante para las exportaciones inglesas; ventajas -hacia observar el cónsul inglés en Damasco- que se perderían si Mohammad Ali se convirtiese en dueño del Imperio y aplicara su sistema de monopolio al comercio exterior, así como su programa de creación de industrias. Todo proyecto de independencia económica se hallaba en contradicción con los intereses ingleses.

La suerte del Imperio turco le importaba, sobre todo, a Rusia. En septiembre de 1829 los medios dirigentes rusos habían estimado que por el momento la supervivencia de este Imperio tenía más ventajas que inconvenientes; pero se habían decidido a ello con la esperanza de que la autoridad del sultán, amenazada por la sublevación de las poblaciones cristianas en Europa, siguiera siendo precaria y que la Puerta no fuese capaz entonces de resistir a una presión diplomática rusa. La perspectiva de que Mohammad Ali renovase aquel imperio musulmán que amenazaría los intereses de Rusia, que vería -escribe Nesselrode- "suceder un vecino fuerte y victorioso a uno débil y vencido".

La política egipcia se enfrentó, pues con obstáculos temibles. Mohammad Ali no los desconocía. Vea su única oportunidad en la divergencia de intereses entre las grandes potencias. A partir de 1829-1830 era a Rusia a la que consideraba su principal adversario, y, aunque en vano, buscó la ayuda inglesa. Seguía teniendo abierto el camino de un acuerdo con Francia. Pero ¿cómo podría obtenerlo si el gobierno francés no deseaba el hundimiento del Imperio turco?

Mohammad Ali siempre había codiciado Siria. Sus proyectos industriales necesitaban los recursos que ofrecía Siria, principalmente madera para sus barcos y seda y aceite para la exportación. También necesitaba una zona que sirviese de amortiguador entre él y los otomanos, ya que Mahmud II había iniciado sus proyectos de reforma y la organización de su nuevo ejército. Por lo tanto buscó una excusa para invadir Siria (que le había sido prometida co

mo recompensa de sus esfuerzos en Morea) provocando una disputa con Abdalla Pasha de Acre. En octubre de 1831, los ejércitos de Ibrahim Pasha penetraron en Siria. A diferencia de Bonaparte, Ibrahim contaba con una fuerza marítima y Acre cayó, como caerían sucesivamente Damasco, Hims, Hamah y Alepo. Perseguiró al nuevo ejército otomano a través de las montañas del Tauro hasta Anatolia, donde derrotó a Rashid Pasha, el Gran Visir, en diciembre de 1832 en la batalla decisiva de Konya.

Las potencias occidentales no habían hecho nada para ayudar a los otomanos frente a Egipto, así es que, desesperado, Mahmud se arrojó en brazos de Rusia, su enemigo acérrimo, y negoció con ella el tratado de defensa mutua de Hunkiar Iskelessi en 1833. Palmerson, primer ministro inglés, nunca perdonó a Mohammad Ali haber sido el instrumento de la llegada de Rusia al Mediterráneo, en virtud de una cláusula secreta de este tratado, y fue esto más que nada lo que determinó el movimiento inglés contra Egipto.

La paz se negoció en Kütaya en 1833 y durante los ocho años siguientes Ibrahim gobernó Siria (actualmente Palestina, Jordania, Siria y Líbano) como wali. Empezó la reforma y reorganización de la administración, inteligentemente ayudado por su aliado Bashir II al-Shihabi, el soberano del Líbano, que de todo corazón unió su suerte a la de los egipcios. Considerando los cuatro pashliks de Siria como una unidad con capital en Damasco, Ibrahim estableció consejos de notables para que le dieran su parecer. En las regiones agrícolas, tuvo tendencia a apoyarse en una de las grandes familias. También empezó la centralización de la administración, lo que significó la debilitación del poder de las grandes familias feudales, que pronto empezaron a intrigar con los otomanos y los ingleses para derrocar el dominio egipcio.

En general, la administración fue entretanto revisada mientras se introducía un sistema fiscal más rígido pero más justo. Esta reforma sin em--

bargo, se llevó a cabo de manera tan brutal que suscitó una fuerte oposición. Ibrahim reformó el impuesto de capitación de los cristianos y dio a los grupos minoritarios igualdad ante la ley en su famosa declaración política de diciembre de 1831, pero con ello provocó la ira de los musulmanes, que veían en ello un peligro para la autoridad del Sharia. Por eso al principio el gobierno de Ibrahim sólo fue popular entre las minorías, pero incluso éstas habían de volverse pronto contra él, por dos razones: el servicio militar obligatorio y los monopolios. Los productos más lucrativos de Siria seda, aceite, jabón, fueron puestos bajo un sistema de monopolios semejante al que su padre Mohammad Ali había instituido en Egipto y que había de ser impopular en un país como en otro. Pero el servicio militar obligatorio y el desarme demostrarían ser aún más impopulares y peligrosos, y a partir de 1834 estallaron revueltas esporádicas en toda Siria, secretamente fomentadas por Mahmud II y por un agente británico que residía en la zona.

Mahmud envió de nuevo tropas contra Ibrahim y volvió a ser derrotado en junio de 1839 en la batalla de Nezib. El almirante otomano se pasó a los egipcios con toda su flota. Mahmud murió antes de recibir la noticia de la derrota y fue sucedido por su hijo de dieciséis años Abd al-Mayid.

Existen dos fechas críticas en la cuestión egipcia: 1832, en que el ejército egipcio, después de haber conquistado Siria, destruyó al turco en Konya y se aprestó a la marcha sobre Constantinopla; y 1839, en que el gobierno turco intentó reconquistar Siria, y sufrió un nuevo desastre en Nezib que parecía situar de nuevo a merced del Pasha la capital turca. En ambos casos, los proyectos de Mohammad Ali fracasaron por la voluntad de una de las grandes potencias.

Con ocasión de la primera crisis, mientras que el gabinete inglés, consciente de que una acción naval sería, sin duda, insuficiente, no se decidió a cerrar la ruta al Pasha, el gobierno del Zar obligó, en enero de 1833, a

Mohammad Ali, a detener su marcha victoriosa, enviando una escuadra, y, des pues, un ejército de desembarco en el Bósforo. La diplomacia rusa explotó en seguida la situación, persuadiendo a los dirigentes turcos, durante la negociación del tratado Unkiar-Skelessi en la que parece haber desempeñado un papel decisivo los argumentos sonantes, de que era de gran interés para ellos conseguir el apoyo de Rusia contra otra eventual tentativa del Pasha. El tratado ruso-turco estableció una alianza defensiva por ocho años.

Un artículo secreto (que dejó de serlo a las pocas semanas) precisaba la forma de esta situación mutua: Rusia se comprometía a suministrar al Imperio turco apoyo armado (las tropas rusas podrían, pués, ocupar los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos si Turquía fuera atacada por una terce ra potencia), mientras que el Zar no solicitaba de la Puerta apoyo efectivo alguno si el Imperio ruso se encontrara en guerra con otra potencia; basta ría, en semejante caso, que el Imperio turco cerrase el Bósforo y los Dardanelos, prohibiendo, en consecuencia, la introducción en el mar negro de una flota adversaria de Rusia. Dicho tratado, pués, no aseguraba a la política rusa más que una solución parcial de la cuestión de los estrechos, ya que su flota no podía franquearlos, y no amenazaba, en consecuencia, la posi---ción mediterránea de Gran Bretaña; pero, puesto que concedía a Rusia un pa pel dominante en la marcha de la política otomana, amenazaba, directamente, los intereses de Gran Bretaña.

No obstante, el gabinete inglés se limitó a una protesta diplomática. Sabía que no podía ir más lejos, porque no contaba con Francia, cuya política en España le inquietaba. Tampoco podía contar con Austria, que prometió a Rusia, por la convención de Münchengrätz (6 de septiembre de 1833) no poner trabas a su política otomana, en contrapartida a una promesa de colaboración en los asuntos de Europa central; los artículos secretos de esta con vención precisaban que Austria se pondría de acuerdo con Rusia para oponer-

se a una nueva iniciativa de Mohammad Ali, tendente a apoderarse de una provincia europea del Imperio turco. Sin embargo, la política inglesa no renunció a contrarrestar, por otros medios, la acción rusa. El 6 de diciembre de 1833, Palmerson trazó su programa; mostrando al Sultán los peligros de la "fatal alianza" ruso-turca, que colocaba al Imperio otomano bajo el control de una potencia, la cual, en el fondo, era hostil a su misma existencia; ofrecer a la Puerta la ayuda de Gran Bretaña, con objeto de reorganizar sus fuerzas armadas, pero sin proponerle una alianza, que peligraría dar al gobierno turco la esperanza de una guerra de desquite contra Egipto; obtener, en compensación, ventajas económicas en los territorios turcos, de riquezas inagotables a creer al experto Urquardt. Pero los resultados fueron modestos: en agosto de 1833, un tratado de comercio (acuerdo de Balta-Liman) que redujo los derechos aduaneros turcos a un 3 por ciento y que permitía a Gran Bretaña aumentar sus adquisiciones de materias primas (aceite, cáñamo); un acuerdo, de marzo de 1839, que confiaba a una misión de oficiales de la marina inglesa la reorganización de la flota turca. Así manifestó el gobierno turco su intención de sustraerse al control de Rusia.

La amenaza que entrañaba el tratado Unkiar-Skelessi había fracasado, pues. Lo sorprendente es la prudencia de la política rusa después de 1833, que no intentó seriamente sacar provecho de sus ventajas. La explicación hay que buscarla, sin duda, en la actitud austriaca, que después de haber dado seguridades, en 1833, a la política rusa, la abandono, una vez se apaciguaron las dificultades alemanas; en septiembre de 1835, Metternich se negó, resueltamente -en la entrevista de Teplitz- a asociarse a toda iniciativa de Nicolás I en Oriente.

Estas decepciones acrecentaron la desconfianza habitual del gobierno ruso respecto a Gran Bretaña; el Zar mandó fortificar Kronstadt y las islas Aland, en el Báltico; Sebastopol y Novorossik; en el mar Negro; dio comienzo

a un programa de construcciones navales y presionó, amenazadoramente para los intereses esenciales de Gran Bretaña, en las fronteras de la India. El viejo antagonismo anglo-ruso parecía renacer con nuevas fuerzas. Pero cuando, por iniciativa del Sultán, se produjo, en 1839, la segunda crisis egipcia, el asunto presentaba, en el aspecto internacional, un cariz completamente diferente a aquel que parecía imponer la coyuntura más reciente. Esta vez fue Gran Bretaña la que para evitar la repetición de los acontecimientos de 1833, al propio tiempo que la iniciativa rusa, se constituyó en protectora del Imperio turco y quiso obligar al Pasha de Egipto a que renunciase a su victoria en Siria. En el momento en que tuvo ocasión de practicar el tratado de Unkiar-Skelessi, el gobierno ruso renunció a ello y se declaró dispuesto a resolver las cuestiones orientales "de acuerdo con las potencias". La resistencia a la política inglesa se manifestó únicamente en Francia, cuyo gobierno que en 1832 había dejado a su embajador en Constantinopla desarrollar una política pro-turca, concedió ahora apoyo a Egipto, a riesgo de enfrentarse con las otras grandes potencias. El centro de interés lo constituía, pues, el cambio de orientación de las políticas francesa y rusa.

La prudencia era la característica del gobierno ruso. Nicolás I sabía bien que no contaba con oportunidad alguna para obtener del Sultán, pacíficamente, la renovación del tratado de Unkiar-Skelessi, que la Puerta no había concluido más que en virtud de circunstancias excepcionales. Pero el tesoro ruso se hallaba en precaria situación, después de una mala cosecha, que originó la disminución de los recursos fiscales, y que impedía al gobierno ruso arriesgarse a un conflicto.

La imprudencia, en cambio, era la característica del gobierno de Luis Felipe pensaba que el Imperio egipcio podía suministrar un punto de apoyo a su política mediterránea; y concedió empréstito a Mohammad Ali. La ayuda

prestada al Pasha en la cuestión siria tenía por objeto consolidar la influencia francesa en Egipto. Aquella política era coherente y lógica, pero en tanto que pudiese contar con la oposición de Gran Bretaña y Rusia. ¿Por qué se obstinó el gobierno francés en una empresa demasiado arriesgada cuando se daba cuenta de que no existía tal oposición? Parece que cedió al movimiento de la opinión pública y, sobre todo, al de la opinión parlamentaria, que manifestaba gran susceptibilidad en dicha cuestión; renunciar a a apoyar a Mohammad Ali era arriesgarse a perder la influencia conseguida en Egipto, abandonar las perspectivas que para la industria textil ofrecía la producción de algodón egipcio, y, sobre todo, inclinarse ante la voluntad de Inglaterra. En febrero de 1840, la oposición consiguió un éxito en el Parlamento al reprochar al gobierno su timidez. Luis Felipe, cuya autoridad personal quedaba puesta en entredicho, sintió la necesidad, por razones dinásticas, de realizar una política nacional. Y el rey dio satisfacción a eg te movimiento de opinión llamando al poder a Adolfo Thiers, convencido de la importancia de los intereses mediterráneos de Francia y resultó partidario de una política exterior de firmeza.

Desde aquél momento las posiciones estaban adoptadas. El gobierno inglés se declaró resuelto a no consentir que Francia -dueña ya de Argelia- a poyase a Egipto, que, así, se convertiría, necesariamente, en su aliado y podría dominar pronto Tunez y Trípoli. "Toda la costa mediterránea de Africa y una parte de la de Asia, desde Marruecos al golfo de Alejandreta, quedaría, de este modo, bajo vuestro poder o vuestra influencia, lo cual no puede convenirnos". Y Palmerston reunió, en torno a Gran Bretaña, a Rusia, Austria y Prusia; su acuerdo fue consagrado por el tratado de 15 de julio de 1840, que, en la intención de Palmerston, sobrepasaba el alcance de la cuestión egipcia. "Es preciso dar una lección a Francia, hacerle comprender practicamente que su palabra y su deseo no son la ley de Europa". Esta fir-

meza de la política inglesa, los intereses mediterráneos de Gran Bretaña y el temperamento del jefe del Foreign Office bastaban, sin duda alguna, para explicarlo. Pero también es necesario tener en cuenta la inquietud que la política francesa en Bélgica producía a Palmerston.

Mientras tanto Thiers quería mantenerse firme, y declaró el 7 de abril que Francia no aceptaría que las potencias empleasen la fuerza contra el Pasha de Egipto. "Si Europa quiere enfrentarse con nosotros, no tiene más que intentarlo". Tales declaraciones despertaron en la opinión francesa todo el odio acumulado contra los tratados de 1815. "Francia tiene que acordar que, aun estando sola, ha hecho frente a Europa", escribía la *Revue des Deux Mondes*. Y *le Temps* añadía: "¿Acaso no puede desencadenar el juego formidable de las revoluciones?".

No obstante, la intransigencia de la política inglesa y la efervescencia de las pasiones de la opinión pública francesa no originaron ningún conflicto general. ¿A qué se debió? A que, en el fondo, ni en Londres ni en París los jefes responsables de la política deseaban la guerra.

Si bien, de pronto, no se atrevió a desautorizar a su ministro, Luis Felipe mostró dispuesto, para cuando la ocasión se presentase, a romperle a él antes que romper con Europa. Tampoco Thiers deseaba un conflicto general, pero pensaba que los Cuatro no decidirían a causa de esta cuestión siria, a la guerra europea. Creía también que Mohammad Ali sería capaz de oponerles suficiente resistencia para cansarlos. Y se entregó a una maniobra de intimidación de las potencias en interés de la popularidad. Pero si aquella maniobra fracasaba, ¿no sería él quien se viera arrastrado a la guerra? Parecía aceptar dicha eventualidad y se preparó para ella; tal es la interpretación que sugiere una de sus frases: "Si me echan, siempre podre volver; mientras que la guerra sería una calamidad para todo el mundo". Seguía, pues, para sus fines personales una política de bluff.

Palmerston amenazó a Francia con una guerra general, pero estaba convencido de que no sería preciso llegar a ella. Se daba cuenta de que la actitud de Thiers era solo bluff. "La única forma de hacer fracasar sus amenazas -escribió el primer ministro, Lord Melbourne- es que tiene más puntos vulnerables que nosotros". Pero le costó trabajo convencer a su propia mayoría parlamentaria; tenía empujar a Francia por el camino de su tradición revolucionaria y se enfrentó con la resistencia de la Corte, que juzgaba más prudente atraer a Francia al concierto europeo mediante algunas concesiones. Tales obstáculos le obligaron a temporizar, y hasta fines de septiembre -es decir, dos meses y medio después del acuerdo de los Cuatro- no envió a Siria la flota inglesa y un pequeño cuerpo expedicionario.

A partir de la batalla de Nezib en junio de 1839, las potencias occidentales intervinieron entonces enérgicamente a fin de salvar al Imperio otomano de una desmembración inminente. Ofrecieron a Mohammad Ali un ultimátum: el pashlak de Acre y el de Egipto de por vida si evacuaba Siria en veinte días. Al principio Mohammad Ali se negó, pero la flota inglesa apareció en la costa libanesa y bombardeó Beirut, mientras que las tropas turcas se asentaban en Yuniah. En Siria estalló una rebelión y Mohammad Ali fue depuesto por el Sultán (por cuarta vez). Por último, la armada inglesa apareció frente a Alejandría. Mohammad Ali se resignó y firmó la convención que le concedía el pashlak hereditario de Egipto en 1840.

El rápido desenlace confirmó las previsiones de Palmerston. Cuando Mohammad Ali -expulsado de Siria no solamente por el desembarco anglo-turco, sino también por el levantamiento de la población-solicitó la ayuda militar de Francia, Thiers aceptó, en realidad, adherirse a las decisiones de los Cuatro, quizá porque se daba cuenta de haber juzgado con optimismo la capacidad de resistencia del Pasha. Es cierto que lamentó haber cedido, después de firmar la nota; pero cuando el 20 de octubre quiso incluir en el discus-

so del trono una frase alusiva a la eventualidad de la guerra, el rey provocó su dimisión, sin que la opinión pública reaccionase.

Triunfaron, pues, los intereses ingleses. Palmerston impidió el desarrollo del Imperio egipcio, la expansión de la influencia francesa hacia el Mediterráneo oriental y el hundimiento del Imperio turco, obteniendo al propio tiempo la renuncia del Zar al tratado Unkiar-Skelessi. Consiguio tales éxitos mediante un golpe de audacia, pero una clase de audacia reflexiva; comprendía que Rusia, interesada en impedir una renovación del Imperio otomano por Mohammad Ali, no podía evitar seguir en aquella ocasión en la estela de la política inglesa; que ni Luis Felipe ni, en el fondo, el mismo Thiers deseaban que esta cuestión les llevase hasta la guerra, y explotó la ventaja que el movimiento nacional alemán proporcionaba a la política inglesa. Pero no se puede negar, en caso semejante, el papel esencial desempeñado por el estadista.

El reinado de Mohammad Ali fue un período de continuos cambios a busca de una formula administrativa nueva y mejor que no llegó a materializarse. Cuando fracasó su política expansionista, decayó su interés por las reformas y la educación. La mayoría de las escuelas y de los proyectos industriales cerraron por falta de fondos. Pero de mayores consecuencias para Egipto fueron los cambios que impuso en la agricultura y la administración. Intentó introducir métodos occidentales de administración y con este fin contrató a consejeros franceses, pero no le fue posible acabar con la corrupción de la noche a la mañana y a su muerte las reformas se revelaron como eran en realidad, superficiales y apresuradas. La única reforma que tuvo verdadero valor fue resultado de las misiones de estudios enviadas al extranjero y que un puñado de hombres que al volver formaron el núcleo de la nueva clase culta y de los futuros reformadores; hombres como Rifaá Rafi al-Tahtawi, Ali Mubarak, y la nueva clase de burócratas como Sharif Pasha y el propio nieto

de Nohammad Ali, Ismail Pasha, más tarde Jidewi de Egipto.

A pesar del modo opresivo en que Mohammad Ali y sus sucesores gobernaron Egipto, el país prosperó y hubo un considerable desarrollo económico y un intercambio del comercio exterior. En 1800 la importación fue de 270000 libras egipcias y la exportación de 290000 libras egipcias. Hacia 1850 la importación había subido a 1620000 libras egipcias y la exportación a 2043000 libras egipcias. Las razones de este crecimiento han de buscarse en la seguridad de las comunicaciones conseguida después de que Mohammad Ali pusiera freno a los beduinos, con la consiguiente normalización del tráfico comercial. Este también fue incrementado por las mejoras realizadas en los puertos del mar Rojo, la construcción de hoteles como el famoso Shepherd's y, después de 1850, el ferrocarril. Al mismo tiempo el área de tierra cultivable había aumentado, al mejorar el sistema de irrigación no sólo limpiando y frenando los antiguos canales, sino construyendo otros nuevos, de modo que mientras en 1800 había tres millones de faddan cultivados en 1860 había más de cuatro millones. El algodón de fibra larga fue introducido en 1820, y tres décadas más tarde estaba en camino de convertirse en el principal producto agrícola de exportación y, a la larga, en la base de la economía moderna egipcia. También fue introducido el arroz. La población se duplicó en los siguientes cincuenta años, mientras que el aspecto de la sociedad iba cambiando lentamente.

Se desarrolló también una nueva clase dirigente turco-egipcio que dependía de la familia gobernante para su supervivencia y que estaba separada del pueblo. Pero al mismo tiempo estaba surgiendo una clase terrateniente indígena que incluía a los coptos. Probablemente el campesino estaba en peor situación que antes, puesto que tenía que enfrentarse a un sistema fiscal más eficaz, pero estaba al menos protegido de los estragos de los beduinos aún a costa de introducir el servicio militar obligatorio. Los campea-

nos continuaron sufriendo un sistema de impuestos poco equitativo y por lo tanto abandonado la tierra, incluso durante el gobierno de Ismail, que publicó un decreto en 1865 para impedirlo. No obstante se había avanzado algo en 1858, cuando los campesinos obtuvieron la propiedad de la tierra, con todos los derechos inherentes.

Las ciudades egipcias presenciaron el desarrollo de una pequeña clase media, compuesta en general por hombres que se dedicaban a actividades relacionadas con el comercio del algodón; exportación, desmotado, banca y préstamo de dinero. Eran sobre todo europeos y levantinos protegidos por las capitulaciones, que no tenían sentimiento de lealtad hacia Egipto ni raíces en el país. Explotaban los ricos recursos de la tierra, y desposeían al campesinado, de modo que las deudas del campesino se convirtieron en uno de los principales males de la sociedad egipcia y en un foco de descontento para las generaciones sucesivas. Los tentáculos de estos elementos extranjeros pronto había de alcanzar todos los niveles de la economía egipcia e incitar un movimiento nacionalista que tenía por tema "Egipto para los egipcios".

En cuanto al canal de Suez, debido a la perforación del istmo de Suez, el Mediterráneo se convirtió en la gran vía del comercio internacional, no solamente con Extremo Oriente, sino también con la India y los grandes archipiélago del Sudeste asiático.

En este acontecimiento, de considerable alcance, para la historia del mundo, las iniciativas personales fueron preponderante. En efecto: desde 1830 los sansimonianos habían insistido en el alcance de una empresa cuya importancia ya previera Colbert. Los artículos de Miguel Chevalier en le Globe en febrero de 1832; los estudios, comenzados en enero de 1833 por un ingeniero de minas, Fournel; las opiniones expuestas por Enfantin no consiguieron, sin embargo, resultado alguno, porque Mohammad Ali comprendía que

el canal interesaría al mundo entero y daría motivo para ingerencias extranjeras en Egipto. Pero esa prudencia del gobierno egipcio desapareció al convertirse en jidewi Mohammad Said; si Mohammad Ali había puesto al país en el camino de la autonomía, su hijo Said (1854-1863) y su nieto Ismail (1863-1879) pronto habían de conducirlo a la ocupación extranjera. Said dió a Ferdinand de Lesseps la concesión para hacer el canal de Suez, que convirtió a Egipto en una presa para la avaricia de las grandes potencias y había de costar tanta sangre y dinero y dar a Egipto tan poco a cambio, ya que no sólo no recibió ningún ingreso del canal hasta pasado medio siglo, sino que además se endeudó hasta el cuello.

La época de Ismail fue un período de desarrollo febril, que contrastó con la depresión que había caracterizado las de sus predecesores, Abbas Hilmi I (1848-1854) y Mohammad Said. En los primeros seis años de su reinado, Ismail construyó 43 puentes, tendió 865 km. de líneas ferroviarias, aumentó la capacidad de los puertos, erigió faros, excavó tres grandes canales de irrigación, instaló varias fábricas de azúcar. Estimuló a los campesinos a que plantaran algodón y así se benefició del boom del algodón resultante de la guerra civil de los Estados Unidos; pero cuando la guerra terminó el país sufrió la depresión que alcanzó al algodón en general. En un intento de hacer que su país formara parte "de Europa", Ismail convocó la primera Asamblea de Notables en 1866, que fomentó un movimiento a favor de un gobierno responsable y constitucional que se levantaría contra su propia autocracia una década más tarde.

Fernando Lesseps, que había sido doce años antes vicedónsul de Francia en Alejandría, consiguió persuadir al nuevo jidewi de que el establecimiento del canal aumentaría la prosperidad de su país. En noviembre de 1854 obtuvo un acta de concesión. La Compañía de Suez, registrada legalmente en Egipto, tendría un consejo de administración internacional cuyo presidente sería ele

gido entre los súbditos del país que hubiera proporcionado la parte más importante del capital. La empresa era todavía un asunto privado, dirigido por Lesseps, sin dar cuenta al gobierno francés; pero casi inmediatamente iba a entrar a formar parte de la política internacional, porque el Jidewi, vasallo del Sultán necesitaba obtener el consentimiento de la Sublime Puerta. Era la ocasión para que se manifestasen los intereses antagónicos. Y desde el principio la cuestión del canal se convirtió en campo de rivalidades entre Francia y Gran Bretaña.

Palmerston se había mostrado hostil al proyecto, aún antes del acuerdo de concesión. En 1847 creía que aquel canal se convertiría en un segundo Bósforo o en un Gibraltar egipcio. Y siguió siendo hostil después de 1854, a pesar de que algunos círculos de negocios ingleses consideraban que el proyecto sería favorable a los intereses económicos de Gran Bretaña. Ni la guerra de los cipayos, en la que la llegada de los refuerzos ingleses a la India se vió retrasada por la lentitud de las comunicaciones, modificó la actitud del estadista inglés. En el fondo, Palmerston pensaba que el gobierno francés estaba a punto de reemprender, como en 1839-40, una política egipcia. La perspectiva era suficiente para suscitar inquietud; y encargó al embajador inglés en Constantinopla que efectuara presión ante el Sultán para que se negase a aprobar el acta de concesión.

Napoleón III se mostró al principio muy reservado; en enero de 1855 a probó discretamente, pero no quiso aceptar la responsabilidad de conceder un apoyo diplomático, "ello sería la guerra con Inglaterra", declaró a Lesseps. Era lógico que tratase de evitar dificultades franco-inglesas, en un momento en que la guerra de Crimea aún no había terminado. Dejó entender, sin embargo, que tal reserva era provisional: cuando los capitales se suscribieran se desvanecerían las resistencias.

En esas condiciones, Lesseps lanzó -en noviembre de 1858- su emisión

de 400.000 acciones, de las cuales 54.000 se enviaron al jidewi personalmente y 32.000 se reservaron para los egipcios; el resto fue ofrecido a otros mercados financieros. Estas 314.000 acciones destinadas a los extranjeros se emitieron en Londres, Bruselas, Viena, San Petersburgo, Nueva York y París. Pero solamente fueron suscritas 219.000 (35). Ni Gran Bretaña ni Rusia ni Austria proporcionaron suscriptores. El mercado financiero francés absorbió 207.000 acciones, que se repartieron entre 21.000 suscriptores. El capital de la Compañía de Suez era, pues, francés en su mayoría, y el presidente de la Compañía sería siempre un francés. El control de esta Gran vía de comunicación, creada por iniciativa francesa, permanecía en manos francesas. Palmerston, que había aconsejado a los capitalistas ingleses la abstención, con la esperanza de que la compañía no llegase a reunir los recursos necesarios, comprobó que su táctica se volvía contra los intereses británicos.

El asunto tomó un aspecto nuevo cuando comenzaron los trabajos de construcción del canal. El 19 de octubre de 1859 (en el mismo momento en que la cuestión italiana se hallaba en primer plano de la actualidad internacional) Napoleón III prometió su apoyo a Lesseps. Pero el gabinete inglés acentuó su resistencia, y en diciembre del mismo año impulsó una campaña de prensa con objeto de quebrar el crédito de la Compañía; protesta contra los métodos de trabajo forzado que se empleaban -según decía- en el reclutamiento de los 60.000 obreros egipcios para la empresa, hacía ver al Sultán que Egipto, una vez construido el canal, debilitaría sus lazos con el Imperio otomano, y obtuvo de la puerta la orden de interrumpir los trabajos. No obstante las vacilaciones del jidewi, que cedió durante algún tiempo a la orden del Sultán, Lesseps logró vencer los obstáculos.

Por fin, después de enviar un informador al lugar, el gobierno británico se dió cuenta -noviembre de 1862- de que la obra llegaría a su fin; y se sometió a lo inevitable, intentando, por medio de negociaciones con el

gobierno francés apaciguamientos: en enero de 1864 sir Henry Bulwer solicitó de Napoleón III que la Compañía de Suez se comprometiese a no establecer una colonia extranjera en la zona del canal y a no convertir sus orillas en fortalezas enmascaradas. En suma, Gran Bretaña abandonó su oposición, pero a condición de que el control ejercido por Francia en la empresa fuese únicamente financiero. Y como compensación, el gabinete inglés logró que el gobierno otomano diera su consentimiento al contrato de concesión (19 de marzo de 1866).

Una vez superadas las dificultades políticas, la Compañía impulsaría los trabajos y encontraría fácilmente los recursos financieros necesarios para colmar la diferencia (180 millones de francos aproximadamente) entre el presupuesto establecido en 1858 y el costo efectivo de la obra.

En noviembre de 1869 fue inaugurado con la mayor pompa el Canal de Suez, que hizo contraer a Egipto una deuda de un millón de libras egipcias. Pero de mayor consecuencia fue el hecho de que Ismail, junto con su primer ministro armenio Nubar Pasha, negoció durante seis años con las diecisiete potencias beneficiarias de las capitulaciones, hasta que éstas aceptaron el sistema de los tribunales mixtos, que sometía los litigios comerciales entre egipcios y extranjeros a la jurisdicción de estos tribunales, en lugar de los consulares, como se hacía antes.

Era un éxito indiscutible de la política francesa, conseguido, a decir verdad, después de no pocas vacilaciones. Incluso cuando Napoleón III prometió su apoyo a la empresa, no quiso provocar el descontento inglés intentando por todos los medios solucionar el litigio mediante negociaciones. La tenacidad de Fernando de Lesseps desempeñó en el resultado un papel más importante que la voluntad imperial.

Pero desde el comienzo de los trabajos, la perspectiva de la apertura del canal atrajo la atención de los gobiernos europeos hacia el mediterrá--

rráneo oriental y el mar Rojo. Las potencias mediterráneas debían pensar en poseer puntos de apoyo en los flancos de la nueva ruta naval. Gran Bretaña, que poseía ya Aden, no tenía que realizar grandes esfuerzos. No obstante, en 1862 comenzó a construir un nuevo puerto y nuevas fortalezas en Malta para consolidar su preponderancia estratégica en aquel Mediterráneo que se iba a convertir en vía de comunicaciones mundiales. Por el contrario, Francia y el joven reino de Italia lo tenían todo por hacer.

En el Mediterráneo oriental la política francesa se interesó activamente, en 1860, en la cuestión de Siria. ¿Por motivos religiosos? Francia ejercía desde mucho tiempo atrás protectorado religioso sobre los católicos maronitas, que vivían mezclados con los musulmanes de Siria. Los colegios de jesuitas y lazaristas contribuían asimismo a la influencia intelectual francesa. También es posible, aunque no evidente, que los intereses económicos desempeñasen un papel. Los industriales del ramo textil andaba a la busca, realmente, de materias primas; y el Líbano producía seda cruda y podría quizá, convertirse en productor de algodón. Sin embargo, no existe prueba alguna de que dichos industriales originaran la intervención del gobierno.

El verdadero motivo de la expedición fue, sin duda, la cuestión del canal de Suez. En el momento en que el Sultán se negó, obedeciendo a las instigaciones inglesas, a aprobar el acta de concesión del jidewi, el gobierno francés deseó ejercer presión sobre la Puerta, amenazándola con favorecer la independencia de Siria y del Líbano.

Naturalmente, aquellas perspectivas inquietaron al gobierno inglés que temía que Francia estableciera su protectorado sobre Siria. Por el contrario, el gobierno ruso aceptó una intervención francesa, pero a condición de que tal principio de intervención pudiera aplicarse, en el futuro, tanto en beneficio de los ortodoxos como en el de los católicos. Lo cual era un medio de suscitar de nuevo la cuestión del equilibrio, siempre en peligro,

del Imperio otomano. No es necesario decir que Inglaterra, siguiendo su política tradicional, se opuso. Y esta política británica consiguió sus objetivos. Propuso la reunión de una conferencia internacional, que desechó las su gerencias rusas y que, aun concediendo a Francia un mandato de intervención, en nombre de las grandes potencias europeas, prescribió que la ocupación francesa no sería superior a seis meses. En realidad, el cuerpo expedicionario desembarcó en agosto de 1860; y fue retirado en junio de 1861. La política francesa consiguió, que el gobierno otomano no concediese al Líbano un estatuto administrativo que previera el nombramiento de un gobernador cristiano y la designación de consejeros elegidos por los habitantes. Esto era suficiente para satisfacer los intereses católicos y para confirmar la influencia intelectual francesa. Pero el objetivo más importante no se había conseguido; en esta ocasión, como en tantas otras, Napoleón III no se atrevió a correr el riesgo de comprometer gravemente las relaciones franco-inglesas.

En el mar Rojo la iniciativa no pertenecía únicamente a Francia, sino también a Italia. En 1859, el gobierno francés, con ocasión del asesinato de su agente consular en Aden, obtuvo del Sultán de Tadjurah la adquisición de la rada de Obock, cuya toma de posesión se efectuó en 1862. Francia conseguía con ello un punto de apoyo en la entrada meridional del estrecho de Bab-el-Mandeb, sobre la ruta marítima que, después de la apertura del canal de Suez, se convertiría en el gran paso hacia el océano indico. El gobierno italiano, a iniciativa de un misionero lazarista, que había señalado en el Congreso la importancia de un punto de apoyo en el mar Rojo, puso sus miras en la bahía de Assab, en la entrada Norte del estrecho; y tomó posesión de la misma, sin pensar todavía en el establecimiento de una verdadera colonia. Francia e Italia entraron, pues, en contacto con el Imperio etíope, cuyas vías de acceso al mar poseían: la cuestión del Africa oriental aparecía en el horizonte.

¿Puede pensarse que, entre otros tantos grandes designios, Napoleón III tuviera, en estas cuestiones mediterráneas, el de una política de vasta envergadura?. Había manifestado la intención de ello. En una entrevista con Bismark, en abril de 1857, dijo que el Mediterráneo estaba destinado a convertirse casi en un lago francés. Y si se consideran en conjunto todas sus iniciativas -el apoyo prometido a Lesseps, en 1859; la coetánea expedición Siria; los proyectos de intervención naval en Italia meridional; la política árabe en Argelia; y las tentativas cerca del rey de Túnez en 1860- se confirma la impresión de que aquella frase no había sido lanzada a la ligera. No obstante, ante la ausencia de un estudio crítico serio, es imposible estimar el lugar exacto que a estas preocupaciones mediterráneas les correspondía en el espíritu del Emperador, y si eran elementos de un plan de conjunto o tentativas esporádicas. Es preciso añadir, también, que el emperador no insistió cuando, en cualquiera de dichas ocasiones, se encontró con la resistencia decidida de Gran Bretaña. Esta prudencia era necesaria, puesto que debía evitar entrar en conflicto -dentro de la línea de su política general- con aquella potencia, pero también señalaba límites a sus designios: ¿Podría realizar en el Mediterráneo una "gran política", sin atraerse la resuelta hostilidad de Gran Bretaña?

Muchas de las reformas de Ismail fueron inversiones a largo plazo, que sólo dieron resultado después de su deposición en 1879; pero todas ellas necesitaban fondos e Ismail endeudó al país por valor de 90 millones de libras esterlinas. En 1876 la situación interna se había vuelto muy tensa; los impuestos habían aumentado de manera despiadada y exorbitante y el pueblo cada vez criticaba más a Ismail. En un intento desesperado por evitar la bancarrota, Ismail recurrió a los principales países acreedores, estableciéndose el Dual Control de Inglaterra y Francia para ayudar a controlar los ingresos y gastos de Egipto. Sin embargo, se necesitaba cambios más

radicales, con lo que Ismail entró en conflicto con los representantes de las finanzas internacionales, que por último convencieron a sus países de la necesidad de deponerle. Inglaterra y Francia ejercieron entonces presiones sobre el Sultán y en 1879 Ismail fue depuesto en favor de su hijo Tawfiq.

Fomentado por Ismail se había desarrollado en Egipto un movimiento intelectual. Muchos sirios se habían establecido en Egipto para escapar de la persecución y censura de su propio país y junto con los egipcios fundaron la prensa, abrieron un teatro y formaron la clase culta de la época. Los hermanos Salim y Bishara Taqla fundaron en 1876 el periódico al-ahram, Fuad Sarruf y Fares Nimr formaron parte del al-Muqataf y del al-Muqattam, Adib Ishaq fundó el Misr y también escribió obras de teatro, como los egipcios Abdalla al-Nadim, Ali Mubarak y Mohammad Ibrahim al-Muwailihi. Al principio, la prensa recibía ayuda financiera de Ismail, pero cuando ésta empezó a criticarle instauró la censura. Uno de los principales portavoces de la oposición a Ismail fue el gran revolucionario Yamal al-Din al-Afagani, que incitó a los intelectuales, e incluso al campesinado, a revelarse contra la autocracia. El descontento cuajó y más tarde se transformó en revolución bajo el reinado del inocuo Mohammad Tawfiq. La importancia del movimiento intelectual bajo Ismail radica en que engendró las ideas de nacionalismo y constitucionalismo entre un pequeño grupo de notables e intelectuales, que más tarde se unieron al ejército para llevar a cabo la revolución urabi.

La revolución urabi fue la reacción a la creciente influencia europea en la administración egipcia, sobre todo después de que fue aprobada la ley de Liquidación de 1880. Por esta ley se reservaba la mitad de los ingresos del país para pagar sus deudas; así se paralizaba la administración, los salarios de los funcionarios sufrían atrasos, los oficiales del ejército eran sustituidos como medida económica y los campesinos se endeudaban cada vez más. Un descontento general, unido a un incipiente movimiento constitucio--

nal y a la insatisfacción del ejército dió como resultado el movimiento de Ahmad Pasha Urabi, que exigía un régimen constitucional y una asamblea representativa.

El movimiento estaba condenado al fracaso, porque las potencias occidentales le hicieron la guerra, temiendo sus consecuencias sobre el pago de las deudas que ellas mismas crearon y sobre el Canal de Suez y sobre todo temían perder su influencia política en Egipto, y en 1882, a instigación del jidewi Mohammad Tawfiq, que tenía ser depuesto por los revolucionarios, la flota británica bombardeó Alejandría y su ejército tomó tierra para derrotar al ejército egipcio. Así empezó la ocupación de Egipto, que aun que al principio se consideró momentánea, duró setenta años.

Durante los veinte años siguientes, hasta 1907, Egipto fue gobernado por el cónsul general inglés sir Evelyn Baring, más tarde Lord Cromer. Cromer estableció un sistema de gobierno que sería después llamado el veiled protectorate (protectorado camuflado), ya que él y los consejeros ingleses, que ocupaban los ministerios más importantes, gobernaban Egipto a través del jidewi y de sus ministros-títeres. El sistema sólo podía funcionar con la aquiescencia del jidewi y sus ministros, a los que pronto se hizo comprender, a través de un mensaje de Lord Granville, ministro de asuntos exteriores británico, que todo funcionario que no aceptase el sistema tendría que irse. La principal preocupación de Cromer en Egipto fue salvar al país de la bancarrota con el fin de que las potencias europeas sigan aprovechando la precaria situación en Egipto y mantener al país dentro de un sistema colonialista. Y aunque durante los diez primeros años Cromer aportó seguridad a Egipto y lo hizo financieramente solvente, los diez años siguientes presenciaron el surgimiento de un movimiento nacionalista y de un joven jidewi rebelde, Abbas Hilmi II (1892-1914), que fomentó y financió el movimiento nacionalista con la intención de desembarazarse de la presencia inglés.

sa en Egipto. Así nació el Partido nacionalista, al-Hizb al-Watani, gracias al impulso del joven orador, Mustafa Kamel, que se convirtió en el portavoz del nuevo Egipto y consiguió sacar a los egipcios de su apatía, haciéndoles tomar conciencia, lo que dio lugar a un movimiento nacionalista.

Los esfuerzos de los nacionalistas se concentraron en dos objetivos interrelacionados: el primero, conseguir un sistema constitucional y una asamblea representativa; el segundo, lograr que las fuerzas colonialistas inglesas evacuaran el país. Los esfuerzos de Kamel se cifraban en este segundo punto, mientras que los nacionalistas más moderados, que formaban el Partido del Pueblo, Hizb al-Umma se concentraban en el primero. Cromer consideraba con desdén el movimiento nacionalista, y puesto que desde 1895 el gobierno británico había decidido hacer permanente la ocupación de Egipto, la agitación sola no hubiera podido procurar la independencia. Se necesitaba algo más. Detrás de toda exigencia de independencia de la presencia británica estaba la presencia desvalda pero legal de Turquía como soberana de Egipto. El cuadro cambió con el estallido de la primera guerra mundial, cuando Inglaterra declaró a Egipto protectorado, rompiendo así los lazos con Turquía, y depuso al jidewi Abbas II en favor de su anciano tío, el sultán Husain Kamel.

Los primeros años de gobierno británico en Egipto pueden considerarse una forma benevolente de despotismo... Los años de guerra habían de alterar el panorama y han sido duros. Fue declarada la ley marcial y los campesinos y el ganado egipcios fueron incluidos por la fuerza entre los recursos bélicos, aunque el gobierno británico había prometido que Egipto no se vería envuelto en la guerra. Los precios se dispararon y la mayoría de la población sufría toda clase de privaciones, de modo que el descontento se hizo general y pronto fue aprovechado por los nacionalistas para que estallara en abierta insurrección.

B- Siria y Líbano.

Los principios que rigieron la administración de Egipto fueron, con algunas variantes, los mismos utilizados por los otomanos para administrar el resto de las provincias árabes. Siria e Iraq desde que fueron conquistadas por los otomanos a principios del siglo XVI, estaban divididos en cuatro provincias, cada una de ellas regida por un gobernador nombrado desde Istambul. Exceptuando la región de Alepo, que por ser la puerta de entrada al territorio árabe y la más cercana a la capital, estaba cuidadosamente vigilada, el resto de las regiones eran abandonadas a sus propios recursos, con tal de que pagaran el tributo y permanecieran bajo soberanía otomana. Pero si Egipto era fácil de gobernar, a causa de su homogeneidad étnica y geográfica, el Creciente Fértil constituía un caso muy diferente.

Geográficamente Siria era muy variada: una cadena costera de montañas, valles, las estribaciones del ante-Líbano, mesetas, llanuras, el desierto de Siria, los valles del Tigris y del Eufrates y una llanura entre ellos. Era un terreno, pues, muy difícil de dominar y algunas de sus zonas no han podido ser completamente controladas hasta bien avanzado el siglo XX. También la población era diversa, étnica y religiosamente: se componía de musulmanes suníes, musulmanes shíites, alawíes (una secta que veía en Ali una encarnación de la divinidad), drusos (otra secta con creencias místicas y panteístas que veneraba al soberano fatimí al-Hakim), judíos, maronitas (católicos de la Iglesia siríaca) ortodoxos griegos y otros grupos cristianos minoritarios. Constituían poblaciones urbanas, rurales, nómadas y seminómadas. Del mismo modo que en Egipto, el derrumbamiento de la autoridad había dado lugar a una creciente invasión de tribus beduinas, como había ocurrido en las demás provincias árabes. En Siria, en el siglo XVIII, la ola de emigración hacia el Norte y Oeste de las tribus beduinas de los Enesa, Bami Sajer y los Shammar, que penetró en los territorios agrícolas, provocó la despoblación de éstos,

ya que con la huida de los campesinos ante los beduinos desaparecieron casi los dos tercios de los pueblos existentes al ser tomados por los nómadas. Los beduinos habían de constituir una espina en el flanco del gobierno otomano y su desierto nunca fue dominado, hasta que fueron obligados a llevar una vida sedentaria.

Los montes del Líbano siempre tuvieron su propia ley, ya que, incluso bajo la soberanía otomana, las montañas permanecieron bajo el control de las familias feudales -Musulmanas, cristianas o drusas- y aunque los impuestos continuaron siendo regularmente pagados, se mantuvieron prácticamente autónomas. La rivalidad entre las grandes familias mantuvo dividida la zona hasta el siglo XVIII, en que el gran Fjr al-Din al Miani, un dursí, estableció su supremacía sobre los otros cabecillas y en 1624 fue reconocido por las autoridades otomanas como amir del Líbano. Su poder se extendía desde Alepo hasta Jerusalem y duró un decenio. La hegemonía dursa continuó hasta mediados del siglo XVIII, aunque su fuerza se había debilitado por la rivalidad interna entre las grandes familias y su autoridad debía ser desafiada por la comunidad maronita, que había crecido en número y riquezas, aumentando en consecuencia su importancia política. La supremacía en las montañas pasó a la familia Shihab, cuya rama cristiana se hizo con el poder en 1770.

En el siglo XVIII la decadencia de la administración otomana estimuló a los notables locales a hacerse con el poder y gobernar de manera autónoma, como en el resto del Creciente Fértil. Asistimos así a la ascensión de Shyj Thaher al-Umar (1746-1775) en Galilea y de Ahmad Pasha al-Yazzar (El Carnicero) (1775-1804) en Acre, que, aunque no era un notable local, consiguió gobernar sobre su territorio de forma autónoma.

Thaher pertenecía a la tribu Zayadneh instalada al oeste del lago de Tibreades, en una zona formalmente gobernada por el pasha de Sidón, pero sobre la cual dominaba el amir del Líbano. Con el tiempo, la familia adquirió

más y más tierras en arriendo, hasta que se libró del yugo del amir del Líbano. Como Thaher pagaba sus impuestos, el pasha de Sidón le dejó en paz, sobre todo cuando fallaron varios intentos de derrocarlo. En 1772, Thaher se alió a otro insurrecto, Ali Bey al-Kabir de Egipto, y se rebeló abiertamente contra el gobierno otomano.

La guerra ruso-turca concedió a Thaher una breve tregua, porque los otomanos no disponían de tropas para combatirle, pero el tratado de Kucuk Kai-narge, en 1774, firmó el fin de la guerra y al año siguiente fue traicionado por su hijo y asesinado. Su gobierno había proporcionado al país orden y seguridad, la razón por la cual duró tanto, pero su paternalismo fue pronto sustituido por el despotismo de un hombre apodado "el Carnicero". Ahmad al-Yazzar, antiguo mameluco egipcio de origen bosníaco, había huido de Egipto en 1768 después de una pelea entre emires mamelucos y se había establecido en Siria. Tras recibir el paslik de Sidón (y ser nombrado en tal ocasión pasha de Damasco) fijó su cuartel general en la ciudad fortificada costera de Acre, estratégicamente situada y suficientemente provista para resistir el sitio que le puso Napoleón en 1798, aunque cayó ante los ejércitos de Mohammad Ali a la muerte de Yazzar. Con la ayuda de un ejército de mercenarios, Yazzar Ahmad consiguió mantener su dominio sobre la zona hasta su muerte en 1804. Yazzar, que fue la figura más destacada de Siria, intervino en los asuntos libaneses, alentando a las diversas facciones a combatir entre sí con objeto de provocar una guerra civil, circunstancia que aprovechó para nombrar emir del Líbano a un lejano pariente de los Shihab, que gobernó con el nombre de Bashir II.

Bashir Shihab II (1767-1851) fue emir del Líbano durante cincuenta y dos años, de 1789 a 1840. En tres ocasiones fue alejado del poder por el Yazzar, pero siempre evitó la guerra, lo que le permitió, a la muerte de Yazzar, reforzar su posición. Siguió entonces una política basada en la eliminación

del resto de las familias feudales drusas, mientras se mostraba favorable a los maronitas. Estos habían prosperado por medio de su industria de la seda, comenzando a extender sus relaciones con Europa. Primero se trató de contactos de carácter económico, pero en una segunda fase se establecieron relaciones culturales y educativas, cuando los misioneros acudieron al Líbano, donde abrieron escuelas. El número y la propiedad creciente de los maronitas apoyados por Europa, constituyeron ya la semilla de la discordia con los musulmanes, pero la situación se agravó con la conquista egipcia, cuando Ibrahim Pasha se mostró también favorable a los maronitas.

Bashir había establecido una administración eficaz y una justicia rigurosa, pero todo esto terminó en 1840 con su exilio y el fin del dominio egipcio en Siria. Durante los veinte años siguientes el Líbano fue presa de la inestabilidad, que se manifestó por primera vez cuando el pulso firme de Bashir II fue sustituido por el débil gobierno de Bashir III. Este se enfrentó con los señores drusos, muchos de los cuales habían emigrado y regresado después, exigiendo sus tierras, que habían sido entregadas a señores cristianos. La situación se agravó aun más al aumentar el poder del patriarca maronita, que comenzó a incitar a los campesinos a revelarse contra sus señores feudales. En este caso, los terratenientes eran maronitas, de modo que el antagonismo tenía tonos de lucha de clases más que de oposición religiosa. Los otomanos empezaron entonces a practicar una política favorable hacia los drusos y contraria a los maronitas, en un intento de destruir los focos locales de poder, ya que obviamente los drusos representaban para el imperio un peligro muy inferior al de los maronitas, que gozaban de la protección francesa, especialmente en un momento en el que las potencias occidentales pretendían intervenir directamente para defender a sus protegidos.

La lucha entre los drusos y los maronitas estalló primero en los pueblos, donde abundaban las armas. En el pasado, Ibrahim había armado a los ma

ronitas en un intento de reclutar a los drusos y las montañas estaban también llenas de armas introducidas por un agente inglés, Wood, con la esperanza de que fueron usadas contra los egipcios. En 1841 estallaron desórdenes en Dair al-Qamar. Los otomanos trataron de solucionar la crisis dividiendo al Líbano en dos provincias administrativas: un distrito maronita en el Norte, con un gobernador maronita nombrado por el gobierno otomano, y un distrito druso en el Sur, con un gobernador druso. Pero las divisiones no eran tan sencillas, porque ambas zonas tenían una población mixta, con lo cual las dos partes que dieron insatisfechas con el arreglo y los vicegobernadores, los qaim maqam, resultaron demasiado débiles para imponerse.

Mientras tanto, la agitación iba creciendo en los pueblos y ciudades. El fin de la guerra de Crimea y el Tratado de París de 1856 provocaron en los musulmanes una postura defensiva, y los notables musulmanes y drusos unieron sus fuerzas. Durante la guerra de Crimea los musulmanes se dieron cuenta del peligro que representaban para el Imperio otomano las potencias cristianas, y por lo tanto empezaron a considerar a los maronitas cristianos como instrumento potencial del dominio extranjero, y, al mismo tiempo como grupos privilegiados política y económicamente, ya que a menudo los cónsules protegían y extendían a estas minorías los privilegios de las capitulaciones. Los lazos que unían a las minorías con Occidente también promovieron el desarrollo social y cultural entre los cristianos, contribuyendo a formar un sentimiento de autoconciencia que era ya una primera manifestación de racionalismo. Los cristianos enviaban a sus hijos a estudiar y educarse en Europa e incluso establecieron sus propias colonias en importantes centros comerciales, como Liorna, Marsella y Manchester. El equilibrio entre los musulmanes y las minorías cristianas parecía inclinarse a favor de estas últimas, especialmente desde el punto de vista económico. Mientras que los musulmanes, que eran generalmente artesanos, empobrecían con el tiempo, así surgió una nueva clase de importadores,

que eran predominantemente cristianos, lo que dió lugar a un sentimiento de amargura sobre los musulmanes, que atribuían a los cristianos la responsabilidad de su situación. La consecuencia de todo esto fue una serie de crisis que culminaron en una guerra civil en el Líbano y en matanzas.

La primera señal sería de disturbios fue la revuelta campesina de Kisrawán, donde los campesinos maronitas, incitados por el Patriarca, se alzaron contra sus señores también maronitas. El famoso herrero, Tannus Shahin, encabezó el movimiento y consiguió derrocar a la familia de los Jezzin y establecer una república campesina, de la cual él ocupó la presidencia en 1857. Los disturbios se difundieron hacia el Sur, donde fueron estimulados por los turcos y empezaron a adquirir un tinte religioso. En 1860 tuvo lugar el primer conflicto a gran escala, que se resolvió con una victoria total de los drusos, que estaban unidos, mientras que entre los maronitas había divisiones de clase, partidos, familias y distritos. Además, los drusos estaban apoyados de un modo más o menos abiertos por los funcionarios y el ejército turco.

La lucha se propagó a las ciudades, por diferentes razones, resultado de la cual, la matanza de cristianos en Damasco, en 1860.

Napoleón III aprovechó la ocasión e hizo desembarcar sus tropas en Beirut. Las otras potencias se apresuraron a seguirle y Turquía envió un emisario encargado de hacer justicia sumari y restablecer la paz. Los otomanos y las potencias occidentales llegaron a un acuerdo, modificado en 1864, que se convirtió en el Reglement organique del Líbano. Toda la zona, excluyendo las ciudades costeras y el distrito bicá, serían un sanyac autónomo, administrado por un gobernador cristiano nombrado desde Istambul y asistido por un consejo provincial, compuesto por 12 miembros: cuatro maronitas, tres drusos, un musulmán sunni, otro shíi y tres griegos ortodoxos.

El resto de Siria tuvo un sistema de gobierno tan poco satisfactorio

como el del Líbano antes de 1864. Damasco tuvo 133 gobernadores en ciento ochenta años, por lo que la inestabilidad y la brevedad del cargo hicieron insuficiente la autoridad de aquéllos. A causa de su debilidad, el régimen de los jenízaros adquirió mayor poder e impuso su autoridad en la ciudad de Alepo, donde continuó siendo causa de desórdenes durante los siglos XVII y XVIII. Finalmente, el surgimiento de una poderosa familia local, los Azm, en Damasco, aportó un cierto grado de estabilidad. Su influencia se extendió a otras partes de Siria -Alepo, Sidón, Trípoli- pero en 1730 su poder declinó y la sucesión de gobernadores continuó al asociarse a una creciente inestabilidad.

La ocupación egipcia de Siria fue, en un principio, saludable como un cambio, pero en seguida el país se resintió duramente de ella. Impuestos, monopolios y circunscripción obligatoria provocaron violentos disturbios en varias zonas y entre los drusos del Hauran una verdadera revolución, que duró dos años. Una vez que los ingleses evacuaron el país, los reformadores del Tanzimat (1839-1880) trataron de introducir reformas tendientes a centralizar la administración, a mejorar las condiciones económico-sociales del país. Buena parte de la responsabilidad del fracaso de las reformas debe ser atribuida al hecho de que los gobernadores tenían escasos poderes. El control al que estaban sometidos era tan radical que limitaba su campo de acción, anulándolo en la práctica. El ejército regular no estaba bajo sus órdenes, sino que dependía de un comandante en jefe, el *sef'askar*, encargado de mantener la ley y el orden con lo que la zona tenía un gobernador militar y otro civil. Cualquier reforma sólo podía implantarse, por lo tanto, si ambos gobernadores colaboraban, lo que no ocurría a menudo. Los consejos provinciales locales estaban controlados por los notables, que se ocupaban de sus intereses creados para que no sufrieran merma y se oponían activamente a la aplicación de las reformas. Por último, el gobernador no tenía ju---

jurisdicción legal y no podía castigar a sus funcionarios, lo que minaba el orden público. Algunos gobernadores intentaron sinceramente aplicar las reformas, otros se desentendieron, de modo que en general el gobierno continuó limitándose a las ciudades con guarniciones mientras que zonas como el desierto y Hauran permanecían incontroladas.

A pesar de estas limitaciones, algunas zonas urbanas se beneficiaron en cierta medida de las reformas, porque se cometían menos arbitrariedades que en el pasado; pero las incursiones beduinas siguieron provocando el abandono del campo. El más destacado de los gobernadores reformistas fue Midhat Pasha, que residió en Siria entre 1878 y 1880. El año anterior había caído en desgracia ante el sultán Abd al-Hamid y había conseguido este puesto gracias a la intervención del embajador británico en Istanbul, sir Austen Henry Layard. Pero bajo Abd al-Hamid se agudizó la política anterior de centralización y limitación de la autoridad de los gobernadores, lo que puso serias cortapisas a su eficacia. Midhat Pasha pasó la mayor parte de su mandato como gobernador pidiendo poderes más amplios, que le permitieran implantar ciertas reformas. Pero la población de Siria mostraba entonces una hostilidad creciente hacia los otomanos a causa de la guerra ruso-turca de 1877-78, pues muchos de ellos habían sido obligados a alistarse en el ejército "Yancker". Por lo tanto, Midhat Pasha tuvo pocas oportunidades de hacer algo constructivo. Por último Abd al-Hamid, después de prestar oídos sordos a todas sus demandas, aceptó su dimisión.

En general, el fracaso de las reformas en Siria dio lugar a un movimiento en favor de una sociedad siria laica, inspirado por los cristianos, que temían que se produjese una nueva corriente en su contra y empezaban a escribir y hablar de la "patria". El movimiento estaba también relacionado con el interés renovado por la lengua árabe y su reforma. En el Líbano surgió otra corriente de pensamiento que difundió el concepto de nacionalismo e indepen-

pendencia y propugnó unas relaciones más estrechas con Europa.

C- El Iraq.

Iraq tenía una población tan diversa como la de Siria. Se componía de árabes, kurdos y asirios, sunnís, shíes y yazidíes. El principal interés que la administración otomana tenía en el Iraq era de carácter estratégico, para que defendiera sus fronteras de los persas y más tarde de los árabes, sobre todo los Wahhabíes. Mientras cumplió estas funciones, el país fue abandonado a su suerte.

Las ciudades del Iraq eran la capital Bagdad, Mosul y Basra. Su importancia estribaba en que eran centros comerciales y puntos estratégicos. Otras ciudades como Karbala, santuario del nieto del Profeta, Husayn y la ciudad de Nayaf, que se preciaba de poseer la tumba del Imam Ali, eran importantes por ser consideradas por los shíes lugares santos y centros de visita. Esta era su principal fuente de ingresos, muy considerables a decir verdad. Los Walis de las principales ciudades eran nombrados por el gobierno otomano, pero las ciudades santas eran gobernadas por familias de ulama locales, que tenían títulos hereditarios de "custodios de los sepulcros".

En 1623, Sha Abbas el Grande del Iran (1588-1629) arrebató Bagdad a los otomanos, que no consiguieron recuperar el territorio hasta 1638, poniendo fin a un período de luchas entre otomanos y safawíes que se remontaba a los días de Salim I y Sha Ismail. Sin embargo, las hostilidades se reanudaron cuando la dinastía safaví se derrumbó en 1722 y duraron hasta 1747, en que murió Nadir Sha. Durante este período, el Iraq fue la punta de lanza de los avances otomanos en el interior de Persia, y el gobierno de la zona se convirtió por lo tanto en un asunto de gran importancia para los otomanos, que se vieron obligados a aceptar el dominio de una dinastía de pashás de Bagdad que duró de 1750 a 1831, a fin de tener las manos libres para llevar a cabo

su guerra con Persia. Estos pashás demostraron ser unos gobernantes eficientes y capaces. Hasan Pasha, y su hijo Ahmad Pasha que le sucedió, fueron hombres inteligentes y eficaces que dieron a los otomanos pocos motivos de queja. Cuando Ahmad murió sin sucesión, sus mamelucos, se apoderaron del poder y continuaron gobernando de manera igualmente eficaz. Sulayman el Grande o Buyuk Sulayman, que gobernó de 1780 hasta su muerte, en 1802, fue el más notable de estos mamelucos. Unió los tres pashliks de Bagdad, Mousul y Basra bajo su mando y mantuvo al país tranquilo y próspero.

Una situación análoga se produjo en otras provincias del Iraq. En Mousul, la familia de los Yalili se hizo con el poder, mientras que Basra, antes de ser incorporada a Bagdad, era gobernada por la familia Afrasiyab. Fue ra de las ciudades, donde los notables religiosos y los grupos dirigentes locales eran preeminentes, los jefes tribales ejercían el control. En el Sur los jefes de la confederación árabe de los Muntafiq, que pusieron en peligro a Basora, llegando incluso a tomarla en una ocasión, y en el Norte había una confederación kurda que consiguió detener a los beduinos, manteniendo el río Tigris como frontera, de modo que la agricultura y las zonas rurales no padecieron por sus incursiones como en otras zonas de provincias árabes.

Aunque Mahmud II no pudo hacer frente a los Wahhabíes en Arabia, ni a los griegos o a Mohammad Ali, sí pudo dominar las provincias iraquíes. En 1831 consiguió poner fin a la hegemonía mameluca en las provincias del Sur y a la kurda en las del Norte, volviendo a poner al Iraq bajo el control directo de la autoridad otomana. A pesar de ello, los gobernadores otomanos poco podían hacer contra las poderosas organizaciones tribales, en las que los jefes representaban la máxima autoridad, poniendo de manifiesto los límites de la influencia otomana. Hasta la primera guerra mundial, El Iraq se mantuvo libre de influencias europeas, con dos pequeñas excepciones: el nombramiento, en 1798, de un representante británico de la East India Company en Bagdad y

la organización por un inglés, Linch, en 1861, de una flotilla para el tráfico fluvial.

El advenimiento de Midhat pasha como gobernador del Iraq de 1869 a 1872 marcó un hito en la historia iraquí. Ya bien conocido como reformador, Midhat había emprendido con éxito cambios en la administración de las provincias del Danubio y esperaba conseguir el mismo éxito en su nuevo puesto. Dividió las provincias del Iraq en subprovincias y distritos, estableció un consejo administrativo y un consejo general que se ocupase de los asuntos financieros. Más significativa fue la ley agraria, que trató de imponer, y que había sido creada en Turquía en 1858. Desgraciadamente, Midhat abandonó el cargo antes de que las reformas fueran totalmente aplicadas, y como la ley agraria era incomprensible y ajena a las tribus, y estaba en conflicto con sus tradiciones tribales, según las cuales la tierra era una posesión común de toda la tribu, las consecuencias fueron graves. Los propietarios individuales de la tierra, que no entendían o no confiaban en estos nuevos procedimientos, se negaron a adquirir el documento comprobante de la propiedad, de modo que los verdaderos cultivadores se vieron separados de la tierra por negociantes, especuladores y miembros de las grandes familias tribales, que compraban los títulos. Además, los jefes tribales nunca habían consentido enteramente el dominio otomano, por lo que las dos últimas décadas del siglo XIX fueron caóticas y anárquicas, a causa de la lucha por el poder entre las tribus y la autoridad constituida. La confederación de los muntafic intentó una última insurrección, pero fue derrotada y sus jefes desterrados, por lo que la autoridad tribal se debilitó sin ser, sin embargo, reemplazada por la autoridad otomana. Como los europeos se interesaban poco por esta región, no hicieron presión sobre los otomanos para que mejoraran las condiciones del país. Al principio, Inglaterra mostró algún interés por la zona como posible alternativa de una ruta terrestre hacia la India, pero el Canal de Suez hizo inútil este proyecto;

sin embargo, ingenieros ingleses tendieron, en 1861, una línea telegráfica que unía a Bagdad con Istanbul y más tarde con la India y Persia. A finales del siglo XIX, los alemanes propusieron un proyecto de ferrocarril, pero los ingleses lo vetaron por sus efectos en la zona del Golfo Pérsico, importante para la salvaguarda de la ruta hacia la India. Varios años más tarde se llegó a un acuerdo sobre la construcción del ferrocarril, pero la primera guerra mundial estalló cuando sólo se habían tendido 130 km. de raíles. La guerra y el descubrimiento del petróleo en la zona suscitaron el interés de los ingleses por el Iraq.

D- La península arábiga.

El movimiento que produjo más trastornos en las provincias árabes surgió en la península arábiga. Se trata del movimiento Wahhabí, que dió origen a la dinastía saudí e hizo su aparición como familia gobernante en 1740 difundiendo un mensaje de reforma religiosa. Los wahhabíes, que comenzaron como movimiento musulmán reformador a favor de la vuelta a la primitiva pureza del Islam, tal como se practicaba bajo los cuatro primeros califas, ofrecían una versión exigente del hanbalismo, que rechazaba todas las prácticas místicas entonces corrientes, e intentaron imponer sus ideas por la fuerza, haciendo la guerra contra los demás musulmanes que no siguen el Islam puro. Con ello se enemistaron con el resto del Islam sunní. Empezaron primero a predicar sus ideas -al Shrífa y nada más- en las altiplanicies de Najd (36). Consiguiendo victoria tras victoria en rápidas incursiones, llegaron por el Oeste hasta el Híjaz y por el Este hasta el Iraq, donde en 1802 saquearon la ciudad santa de Karbala. El año siguiente, 1803-4 tomaron la Meca y Medina y amenazaron a Siria. El prestigio del sultán no podía tolerar la conquista de las ciudades santas, pero no consiguió encontrar a nadie para combatirles hasta que Mohammad Ali aceptó la tarea (después de retrasarla unos cuatro a-

ños, mientras organizaba su nuevo ejército) y en 1818 el movimiento fue derrotado por Ibrahim Pasha. Pero aunque el gobernante wahhabí, Abdallah I ibn Saud, fue hecho prisionero y enviado a Istanbul, donde fue ejecutado, el movimiento no murió del todo, sino que sobrevivió en las altiplanicies del Naǧd y recuperó nuevo ímpetu político en 1824 bajo un miembro de la familia Saudí, Turki ibn Abdallah, hasta que éste fue asesinado en 1834. Su hijo Faisal se hizo con el poder y obligó a los otomanos a reconocerle como señor del Naǧd. Después de que las tropas egipcias evacuaron la región, su autoridad se consolidó aún más. Faisal hizo de Riyad la capital de su reino, en lugar de la antiguo Dariyya, que había sido arrasada por Ibrahim Pash. Durante once años Turki había conseguido controlar las provincias centrales e incluso orientales de la península, aunque el Hiǧaz, en general anti-wahhabí, permaneció bajo una baga administración turca. Bajo Faisal, sucesor de Turki, los egipcios volvieron a ocupar el Naǧd hasta 1840, en que Mohammad Ali se vió obligado por las potencias occidentales a abandonar su imperio. Faisal volvió de nuevo en 1843 e inauguró un período de gobierno estable que duró casi un cuarto siglo, hasta su muerte en 1865.

La península arábiga albergó a otra famosa casa beduina, aliada de los Wahhabíes: la casa de los Al-Rashid. Con el tiempo, surgieron disidencias entre ambas casas y Abd al-Rahman ibn Faisal sufrió una derrota a manos de los Al-Rashid y fue obligado a refugiarse en el Kuwait con su joven hijo Aba al-Aziz. El joven alimentó sueños de desquite, y con la esperanza de recuperar el reino de su padre en Naǧd, a la edad de veintiun años, en enero de 1902, emprendió una temeraria marcha a través del desierto y con este audaz golpe restableció la hegemonía wahhabí en el Naǧd, poniéndose él a su cabeza. Parte del éxito de Abd al-Aziz se debió a las colonias del Ijwan (hermandad), que fundó bajo una estricta disciplina wahhabí, cada una de las cuales constituía una unidad de combate extraordinariamente móvil. Por último, en 1913,

arrebató al-Ihsa a los turcos. Estalló entonces la primera guerra mundial, trayendo a escena un nuevo rival, el jerife (Sharif) Hussein, del Hifaz, a la cabeza de sus antiguos enemigos, los Al-Rashid, que todavía conservaban parte de su territorio, hasta que en 1921 Abd al-Aziz consiguió expulsarles. También había de derrotar al Sharif Hussein con poca diferencia de tiempo.

El Yemen, en el extremo sudoccidental de la península, siempre había conservado su independencia, pues, aunque había sido conquistado por el sultán Sulayman, el dominio otomano había sido muy bago y remoto y apenas afectaba a las ciudades. Los intentos posteriores de Mohammad Ali de ocupar el Yemen ha--bían tenido poco éxito y, aunque se nombró un wáli otomano en 1849, él y sus sucesores se pasaron el tiempo reprimiendo insurrecciones. El Yemen permaneció por lo tanto, apartado e independiente por ser difícil de gobernar, (su geografía montañosa le proporcionó un factor decisivo en la guerra de guerrillas). Sus señores, los imanes zaidíes, remontaban su ascendencia a Zaid, bisnieto del imam Ali, y que murió dirigiendo un levantamiento contra los Omayas. De modo que los yemeníes seguían una forma del Islam shif.

La parte meridional de la península comprendía los territorios conocidos hoy como Omán y Protectorado de Aden, formados por una serie de emiratos. Mascat, la capital de Omán, fue ocupada por los portugueses desde 1508 a 1688; los otomanos fracasaron en sus ambiciones sobre la región, que pronto cayó bajó influencia británica; entre el gobierno británico y los sultanes de Omán se firmaron varios tratados, cuyo fin era mantener el territorio fuera de toda o--tra influencia. Cuando el puerto de Aden fue conquistado por los ingleses en 1839, el resto del territorio meridional frente a la ruta de la India quedó también bajo su influencia. La zona entre Omán y Aden constituyó el Protectorado de Aden que, en 1959, se convirtió en la Federación Sudarábica.

Las zonas orientales, tras el descubrimiento de las bolsas petrolíferas, son hoy unas de las más ricas del mundo. Kuwait, pequeño emirato gobernado por

los jeques de la familia Sbbah, fue en teorfa, desde 1759, vasallo de Turqufa, pero en 1899 se puso bajo la protecci3n británica y se hizo independiente en 1961. Bahrein, que desde siglos dependfa para su supervivencia de la industria de las perlas y de la piraterfa hasta que estableci3 relaciones con Inglaterra y renunci3 a esta última.

303

DESARROLLO ACTUAL

IV- EDAD CONTEMPORANEA: siglo XX.

Introducción.

El desarrollo actual de la vida política y socio-económica del mundo islámico en general, en su historia moderna y en especial al sur y el este del Mediterráneo, está muy influenciada por el contacto con Europa, sobre todo a través del proceso de colonización y descolonización europea llevada a cabo en esta parte del Tercer Mundo a finales del siglo XIX y lo que va del siglo XX. Y del imperialismo occidental europeo (recientemente estadounidense), y el oriental ejercido por Rusia zarista y luego soviética.

Asomando el siglo XX, el mundo islámico se encontraba en una situación crítica y marcada por el atraso, debido al estancamiento científico, algo parecido a la Edad Media en Europa. No solamente el Imperio Otomano, sino el Oriente Medio entero se encontraba en una situación tecnológica desfavorable frente a Europa, y con un siglo que llevaba consigo muchos aspectos de vida moderna. A los pueblos del Oriente Medio el siglo XX con su marcado modernismo se les presentaba como algo desafiante, y frente al cual tenían que tomar alguna postura. De esta forma tanto árabes, turcos, iraníes y los demás pueblos de la zona se encontraban en la necesidad de enfrentarse con soluciones cara a cara con este nuevo siglo, que para ellos va a suponer muchos cambios en su vida. Así pues, estos pueblos se van a encontrar desde aquel momento envueltos en dos tipos de conflictos: el primero es interno con ellos mismos para depurarse con el fin de salir de su atraso; el segundo de estos conflictos con la hegemonía extranjera, cada pueblo luchaba a su manera buscaba así la independencia y la libertad.

En cuanto al mundo árabe se veía enfrentado con sus problemas internos y aparte de ello envuelto en dos conflictos externos seguidos; primero

el enfrentamiento con los turcos en la Primera Guerra Mundial y que culminó con la derrota de Turquía y seguido por la retirada de sus tropas de la península arábiga, Siria e Irak; segundo, el enfrentamiento con las potencias occidentales colonizadoras que ocuparon militarmente los territorios árabes, algunos antes de la primera conflagración mundial en el norte de África, como Egipto en 1882 y Libia en 1911 y otros después en Asia como Siria e Irak. Por estas razones se hace necesario contemplar la naturaleza y el curso histórico en el que se desarrollaron las relaciones entre Europa colonizadora (la Europa en expansión de finales del siglo XIX y principios del siglo XX), y el Oriente Medio islámico: árabe (Egipto, Siria, Irak y la península arábiga), y no árabe (Turquía y el Irán), objeto de nuestro estudio.

Es necesario ver la situación social, política, económica y militar del Oriente Medio en vísperas de la Primera Guerra Mundial, y analizar en breve, en qué circunstancias había nacido, por ejemplo, la Revolución Árabe declarada por el jerife Husein del Hiyaz, en 1916, y de ahí se propagó a los demás territorios árabes del norte como Siria e Irak.

Según el profesor Fernando Morán en su análisis "Europa y el mundo árabe", las relaciones entre Europa occidental y el mundo árabe representan, en su complejidad y riqueza, algo así como un inventario de la problemática de la civilización planetaria de nuestra época. Es un hecho admitido generalmente que, como consecuencia de la revolución descolonizadora basada en una revolución más profunda -la intelectual que asienta por primera vez un verdadero pluralismo cultural- el protagonismo histórico se extiende, en principio a todos los pueblos del planeta. Se instaura el concepto de "mundo uno" y, a la vez, una estructura pluralista: toda cultura rebasado un cierto umbral de articulación y complejidad, se establece conforme a normas propias. El juicio sobre la misma debe llevarse a cabo, no mediante la aplicación de conceptos y valores de una cultura hegemónica y con pretensiones de valor univer-

sal, sino en base a sus principios propios. Por lo tanto, el primer nivel de las relaciones entre Europa y el mundo árabe es el del contacto de dos culturas que han seguido la senda normal de oposiciones dialécticas y negadoras (en momentos de potenciación de los mecanismos religiosos que estaban en la sustentación de tales culturas y de los pueblos que en ella se constituían) y de contactos e influencias mutuas. La larga relación entre árabes y cristianos en nuestra península y la complejidad de la vida social, religiosa y cultural del Andalus es, para nosotros, el ejemplo más cercano.

Pero este contacto cultural tiene un aspecto polémico en la época que precede y sigue a la Segunda Guerra Mundial en la forma de nacionalismo que se inscribe en el gran movimiento descolonizador. Este es el plano político que abarca, a su vez, dos dimensiones: la internacional de pugna por obtener la independencia, por parte de cada unidad autodeterminable, y la ideológica con la pretensión de acuñar una ideología propia, justificada en valores éticos y políticos generales; pero adaptada a la especificidad árabe. Anticolonialismo, nacionalismo, panarabismo y socialismo revolucionario son las creaciones de este momento de oposición radical a Occidente. Porque el Renacimiento árabe es, como toda manifestación de la ruptura de la hegemonía occidental, polémico frente a Europa. En este contexto habremos de detenernos brevemente en los puntos esenciales del pensamiento político árabe contemporáneo, guardando la debida perspectiva de que la actitud de los pensadores árabes desde lo que se denomina Renacimiento Árabe es contraria a la reflexión social crítica sin compromiso concreto. El compromiso y la acción de los intelectuales pasa por diversos momentos y alimenta lo que podríamos denominar pensamiento árabe de izquierdas que se manifiesta en la ideología de la revolución nasserista de 1952, en la doctrina del Baath -en sus dos corrientes, siria e iraquí- en el tercermundismo socialista de la revolución argelina y, por último, en la ideología de los palestinos.

Como en todos los fenómenos del Tercer Mundo la relación esencial entre la especificidad árabe y la recepción de ideas acuñadas en Europa -el mismo término nación, la idea de democracia, etc.- reviste la forma de un proceso de modernización.

En la base del Renacimiento árabe se encuentra una depuración de la doctrina (37) y la práctica del Islam. La relación entre el mundo árabe y el mundo europeo tiene una dimensión religiosa que no se limita a los aspectos doctrinales, ni a la oposición de influencia en zonas compartidas -en África, por ejemplo- pese a la carencia de vocación evangelizadora de los árabes; sino que en términos modernos y sociales plantea la cuestión de compatibilidad (38) de la enseñanza religiosa islámica con los principios de los dos grandes sistemas socio-económicos que se disputan la sociedad industrializada y las situaciones en vía de desarrollo: capitalismo y socialismo.

El enfrentamiento político entre el mundo occidental y el mundo árabe no se limita a la pugna independentista, ni a los obstáculos o estímulos hacia el panarabismo, sino que se mantiene y activa por la existencia de una realidad que los árabes consideran como un adelantado o bastión del imperialismo occidental: Israel. Sin la creciente complejidad de la situación y problema de Palestina y del Estado de Israel (la Tierra de Israel, en las formulaciones sionistas) el área de contacto, conflicto y ajuste entre Europa y el Mundo Árabe será menor. La evolución misma de la sociedad israelí está condicionada por el nuevo clima y posibilidad de la relación Europa-Mundo Árabe.

El Mundo Árabe y Europa entran, fundamentalmente, en contacto geográfico en un área determinada: en el Mediterráneo. El Mediterráneo como área cultural y como escenario estratégico encuadra de manera concreta la zona de contacto. Los contactos modernos se inician con las oportunidades que a los imperialismos europeos ofrece la crisis, de largo desarrollo, del Imperio Otomano, con el precedente de la aventura de Bonaparte en Egipto y Siria, las inter-

venciones inglesas y francesas durante el siglo XIX. El nacionalismo árabe es alentado, en la forma de instigación de las apetencias feudales, por Inglaterra y en Siria por Francia -como instrumento de oposición a la posición turca- cercana a las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial con la política del Arab Bureau de El Cairo a la dinastía hachemita del Jerife de la Meca, Hussein, de quien derivarán las posiciones de poder en Amman, Bagdad, después de haber fracasado el proyecto de la gran Siria (39). El dato a retener es que las aspiraciones de las tribus y los jeques, así como de las organizaciones de oficiales turcos en Constantinopla y en Damasco, son alentadas por las potencias europeas como método de desarticulación del poder otomano. El nacionalismo tribal y el nacionalismo modernista turco y sirio son impulsados por el imperialismo. Por parte árabe se realiza una recepción en la que, en el primer momento, se sitúa como simple objeto del planteamiento general, con aspiraciones y objetivos concretos y sin una verdadera doctrina nacional y menos panárabe. Pero, esta situación, típica de los países objeto del imperialismo, se va a acompañar de un renacimiento musulmán, mejor dicho, de una decantación de la cultura islámica que alimentará al nacionalismo árabe que es, desde su partida, un panarabismo basado en la especificidad religiosa y cultural. El nacionalismo árabe es el resultado de: a) el pasivo de la acción del imperialismo citado; b) el factor generalizador, por encima de los países, de la unidad cultural y religiosa árabe. Es cierto que este segundo elemento, que otorga una dinámica propia a los países que acceden a la Historia en el gran movimiento de descolonización, imprime a la historia de los mismos un carácter universalista y una carga de mesianismo cuya eficacia tropieza con las deficiencias estructurales en el plano de los Estados. En efecto, el concepto de Estado nacional, transportado por el imperialismo europeo, correspondía, en la doctrina de las nacionalidades, a datos reales y previos: lengua distinta, pasado histórico diferenciado, religión diferenciada en algunos casos.

Como forma de estructuración de la sociedad internacional la doctrina de las nacionalidades pretendía traducir hechos diferenciados naturales. Salvo en el caso de Marruecos y en el vasallaje egipcio el nacionalismo no se apoya en diferenciaciones suficientes. De ahí que el nacionalismo árabe concreto sea desde su punto de partida un panarabismo. La definición panárabe esta en embrión en todo proyecto de entidad nacional. Anouar Abd el-Malek ha señalado que la nación para los árabes tiene dos niveles (40) que se expresan en dos conceptos diferentes, pero que operan en conjunción: qawmiya o nación árabe como un todo y Wataniya, un país árabe concreto (Siria, Marruecos, etc. De ahí que la historia de las relaciones inter-árabes está configurada como, a la vez, un esfuerzo de unidad y una historia intestina. La conciencia de la unidad árabe es paralela a la conciencia de la oposición al imperialismo europeo. Este crea o ayuda a crear las divisiones inter-árabes pero provoca la reacción unitaria. La historia árabe es unitaria frente a los factores externos que actúan como catalizadores (imperialismo, establecimiento del Estado de Israel), pero es de lucha intestina entre sociedades nacionales creadas rápidamente. De hecho, los protagonismos de los países que toman la bandera de la unidad se realiza en base a que son los portaestandartes de la Nación árabe. Toda la historia del Oriente Medio en la época del intento hegemónico naserista (1952-1970) es la historia de la aparición de la causa árabe (41).

1- El imperialismo europeo en Oriente Medio antes de la Primera Guerra Mundial.

Antes de que se estallara la Primera Guerra Mundial, el mundo islámico en el Oriente Medio estaba atravesando, como se había dicho antes, una larga crisis interna, que asolaba casi todos los aspectos de su vida, salvo el Islam mismo. Se encontraba en aquel entonces buscando la salida de dicha crisis. En estos momentos y dentro de este estado de cosas, los pueblos de dicha zona venían sufriendo ya de hace algunas décadas la ingerencia de las potencias europeas en sus asuntos internos: empujadas por el afán de dominio político, y por la avaricia económica, con un impulso político y una actividad empresarial sin precedente en la historia de las relaciones internacionales desarrolladas entre los dos lados del Mediterráneo.

Por lo tanto conviene repasar un poco la política imperialista ejercida por las potencias europeas en los territorios colonizados, y de paso la pugna entre ellas mismas por ganar la parte del león, fuera del viejo continente. Según Pierre Renouvin (42), y en esto está en lo cierto, "los litigios coloniales se hallaban unidos, casi en todas partes, a las dificultades políticas europeas. No es posible comprender los unos sin estudiar las otras. Únicamente la política inglesa concedía, al menos en la mayoría de los casos, prioridad a las cuestiones coloniales. El gobierno ruso, cuando comprometía todo su esfuerzo en el Turquestán, pensaba, sobre todo, en ejercer una presión sobre Gran Bretaña, para hacer que se tuvieran en cuenta los intereses rusos en la política balcánica; pero temía, si iba demasiado lejos, reforzar la potencia alemana. Francia evitó llevar sus litigios con Gran Bretaña hasta el punto de que Alemania sacase partido de ello. Por lo que se refiere a Bismarck, en todas las ocasiones, ya se tratase del Congo, de la guerra franco-china, del conflicto anglo-ruso o de la vecindad anglo-alemana en África del Sur, consideró primero qué partido podría sacar de esas diferencias coloniales en be-

neficio de su política continental. Así pues, la interpretación histórica de be dedicarse al estudio de esa política europea". En realidad el aspecto con flictivo entre las potencias imperialistas dentro de Europa no es de nuestro interés en este estudio, más bien lo que nos interesa es su política imperia lista en los territorios que fueron objeto de tal política y la pugna entre ellas allá, en esos territorios del Oriente Medio. Y ante todo ver la átmos-fera internacional tensa en la que estalló la primera conflagración mundial. Y que el Oriente Medio se vió al final envuelto como víctima en este conflic to general.

Las intenciones de hundir al Imperio Otomano, y repartirlo por Rusia y Francia, vienen arrastrándose desde mediados del siglo XIX, como veremos, y las constantes presiones e ingerencias en sus asuntos, ejercidas por Rusia y Gran Bretaña, vienen a ser el hecho más predominante en su política en el Me diterráneo Este. El rasgo más notable de la evolución de las relaciones in-ternacionales en esta época es la consolidación del Imperio otomano (política ejercida por Gran Bretaña). La debilidad del imperio había abierto el camino a la política rusa de expansión, la cual, no sin trabajo, pudo ser contenida, al fin, por Gran Bretaña. Pero persistía la debilidad del Imperio a pesar de las tentativas de reformas hechas a partir de 1840 que han mejorado los métodos administrativos, pero no habían abordado la cuestión esencial (la suerte de los súbditos cristianos del imperio). En 1853 reapareció la ame naza rusa, pero esta vez fue detenida, y ello aseguró a la Sublime Puerta re lativa estabilidad durante veinte años.

Rusia zarista desde 1830, había impulsado su comercio por sus puertos del mar Negro, Odesa especialmente. Entre 1832 y 1840, había aumentado en un 56 por 100 su exportación de trigo. Y en 1844, el Zar había formado una Comi sión especial encargada de estudiar los procedimientos para incrementar ese comercio. Mientras en el campo religioso, el gobierno del Zar en 1843 envió

una misión a Siria y Palestina para estudiar la situación de los ortodoxos, así como la posibilidad de establecer centros de enseñanza religiosa en Da masco y en Beirut. La única explicación posible de las pretensiones rusas, pues, ha de buscarse en el estado de ánimo del Zar y sus cálculos políticos. Nicolas I, después del papel que había desempeñado en la represión de los movimientos revolucionarios de 1848, creía en la preponderancia de la política rusa. Como han demostrado los estudios de Eugenio Tarlé, no le desagradaba lanzar al mundo una especie de reto, erigiéndose en protector de la Cristiandad contra el Islam.

En el campo político: La política rusa no había dejado de intervenir, siempre que se había presentado ocasión, en los asuntos internos del Imperio turco.

¿No muestran claramente esas iniciativas que el Zar se preparaba a actuar en varios frentes?. Pero las resistencias se iban dibujando.

Rusia buscaba salida al Mediterráneo, pero la conservación del estatuto de los Estrechos era una preocupación inmediata de Gran Bretaña. Con motivo de la amenaza de ruptura entre Rusia y Turquía, la escuadra inglesa penetró en los Dardanelos y al retirarse, el gabinete inglés ofreció un tratado de amistad a la Sublime Puerta, que no quiso aceptar.

El gobierno francés, deseaba satisfacer a los círculos católicos, impugnó en mayo de 1850, las posiciones adquiridas en Palestina por los ortodoxos, y pretendió ejercer en toda su extensión los derechos que le adjudicaba su protectorado religioso sobre los católicos del Imperio otomano. En la serie de pequeños incidentes que oponían a monjes latinos y ortodoxos respecto a la custodia de los Santos Lugares de Belén y de Jerusalén, la política rusa se mostró al principio muy reservada. Pero en 1851 el Zar informó al Sultán de que, si rechazaba las pretensiones francesas, podría contar con el apoyo moral y material de Rusia. No obstante dichas resistencias, el

gobierno ruso impulsó su acción, y en 1852 (abril) Nicolas I volvió, como en 1844 al tema del hombre enfermo.

¿Qué intentaba con aquella política?. En el fondo, tendía a provocar el hundimiento del Imperio turco. A principio de 1853 dió a conocer su plan en una nota redactada de su puño y letra: si el gobierno otomano cediera, Rusia podría ejercer en Turquía una influencia dominante y se contentaría con aquel resultado; si no cedía, iría a la guerra, se apoderaría de los Estrechos y destruiría el Imperio otomano. El 28 de febrero de 1853 envió a Istanbul al embajador Menchikof, que exigió del Sultán una solución de la cuestión de los Santos Lugares y una convención que reconociese el protección religioso ruso sobre las poblaciones ortodoxas del Imperio turco. Pretendía, incluso, el 13 de mayo, imponer por medio de un ultimátum, un tratado de alianza.

Pero contrariamente a las previsiones del Zar, la política rusa se enfrentó con la resistencia conjunta de Francia y de Gran Bretaña. Los intereses económicos eran de importancia decisiva para tal firmeza. Los industriales ingleses estaban descontentos de la política aduanera rusa que, para proteger a una industria todavía incipiente, sometía la importación de los tejidos de algodón a derechos triples o cuádruples que los de la tarifa austriaca a la de la Zollverein. Por otra parte, el Imperio otomano se había convertido, a partir del tratado de comercio de 1838, en un buen comprador de productos manufacturados ingleses y en un buen proveedor de cereales; las exportaciones británicas a Turquía pasan de 1.394.000 libras en 1829, a 7.619.000 en 1847 y a 11.816.000 en 1848. En marzo de 1849 Palmerston se cuidó de subrayar en la Cámara de los Comunes la importancia de aquellas cuestiones económicas, insistiendo sobre los resultados que a tal respecto perseguía su política de conservación del Imperio otomano. Los intereses políticos y estratégicos, decisivos en el pasado, seguía siendo a la sazón: de-

seo de conservar la preponderancia inglesa en el Mediterráneo; voluntad, por consiguiente, de conservar la barrera que a la expansión rusa oponía el Imperio otomano, impidiendo que las fuerzas navales rusas franqueasen los Estrechos.

Cuando, el 4 de octubre de 1853, se iniciaron las hostilidades entre Turquía y Rusia, la entrada de las flotas inglesa y francesa en el mar Negro abrió el conflicto armado entre las grandes potencias.

A mediados del siglo XIX ya estaba claro que Inglaterra y Francia habían vencido en la lucha por la hegemonía, entre otras causas porque había adecuado la expansión imperial a un modo de producción capitalista con todas sus consecuencias. El desarrollo industrial estaba condicionado por la acumulación de capital y cada vez más exigía estabilidad en el acceso a las fuentes de materias primas y también estabilidad en sus costos. El sistema de dominación territorial era pues básico y de ahí que la segunda parte del siglo XIX se caracterice por una definitiva conquista imperial de aquellas partes del mundo todavía no depredadas por las metrópolis europeas: África y Asia.

El Reino Unido en aquel momento la potencia hegemónica mundial. Francia le va a la zaga y ambos tendrán pronto dos competidores de reciente fragua: los Estados Unidos y Alemania.

Los repartos imperiales de 1870, dividen el mundo en zonas de influencia imperial entre Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, a partir de las posiciones ya asumidas por la ocupación militar territorial. En el reparto de 1870, el Reino Unido y Francia se llevan la parte del león, pero los Estados Unidos consolidan América Latina como zona de influencia prácticamente en exclusiva.

En estos repartos está la base de sucesivos conflictos. Alemania ha llegado tarde y luchará por modificar ese estatuto. Las dos guerras mundia-

les del siglo XX no tienen otra explicación. Alemania quiere vencer en Europa a Inglaterra y Francia para asentar la hegemonía, acceder en mejores condiciones al reparto imperial y hacerse con el control de los mercados europeos. Pero en una y otra guerra no contó lo suficiente con la ingerencia final del definitivo competidor: los Estados Unidos llegaron una y otra vez prácticamente intocados al reparto del botín bélico.

A partir de 1878-80 empezó a desarrollarse un amplio movimiento de expansión imperialista en los grandes Estados europeos. Este movimiento se manifestó primero en Gran Bretaña, donde Disraeli, durante el período en que fue Primer Ministro, es decir, de 1874 a 1880, volvió a actuar contra las tendencias anticolonialistas que habían prevalecido en el seno del gobierno liberal en la víspera de 1870; la caída del gabinete conservador en 1880, no interrumpió su esfuerzo, pues el estado de ánimo imperialista penetró entonces en los medios liberales, a pesar de las reticencias de Gladstone. En Francia, fue Jules Ferry quien dió el impulso; sin duda, lo más probable es que no tuviera de primera intención un programa bien definido (lo formularía sólo después de su caída en 1885), pero lo llevó a cabo: obligó al Parlamento, poniéndole ante hechos consumados, y colocó en Túnez, en África occidental, en Madagascar y en Indochina los jalones de un nuevo imperio colonial. En Rusia, la expansión fuera de Europa no era hasta 1893 más que un objetivo secundario; hacia el Imperio otomano de Europa, hacia los Balcanes, era hacia donde miraba, sobre todo, la política rusa buscando el acceso al mar libre, al Mediterráneo. La acción en el Asia central era sólo una diversión o una compensación de las decepciones balcánicas. En Italia, la preocupación mediterránea dominaba sobre la preocupación continental, pero la decepción sufrida en el asunto tunecino iba a empujar a Crispien un impulsivo, con el sentimiento de la grandeza nacional, pero sin tino para medir las posibilidades materiales y morales- hacia la aventura en África oriental. En

Alemania, la iniciativa correspondió a los medios de los negocios, a los comerciantes de Brema y de Hamburgo, que presionaron a Bismarck y le obligaron a aceptar en Africa y en los archipiélagos de la Insulindia o del Pacífico empresas coloniales, cuyo valor negaba, sin embargo. Sólo después de la dimisión del Canciller fue cuando Guillermo II comprometió decididamente a Alemania, aunque un poco tarde, en la política mundial. En Bélgica, el rey Leopoldo II, cuyas iniciativas eran esenciales para el impulso del imperialismo colonial, creó a título personal, bajo el velo del internacionalismo el Estado independiente del Congo, que legó por su testamento al reino.

Los móviles de este impulso imperialista eran casi iguales en todas partes, y los promotores de la expansión extraeuropea -ya se tratase de los hombres de Estado o de la agrupación de intereses- alegaban, poco más o menos, los mismos argumentos en el período en que se originaba la doctrina de la expansión colonial.

Los argumentos de interés material, que estaban ligados a la situación económica, pasaron a primer plano. La gran industria moderna no podría crecer, ni siquiera mantener el ritmo de su producción, si no encontraba nuevos mercados. Puesto que los grandes Estados europeos, con la sola excepción de Inglaterra, adoptaron a partir de 1879-80, un régimen de aduanas cada vez más proteccionista, sólo a duras penas se abrían los mercados continentales. Era preciso pues, buscar clientes fuera de Europa. "La consumición europea está saturada", afirmaba Jules Ferry; sólo la política colonial permitiría encontrar "nuevos contingentes de consumidores"; era la válvula de seguridad, y en su defecto, los Estados industriales se verían abocados a un cataclismo económico y social. Por otra parte, los grandes Estados industriales disponían de una masa considerable de capitales, pues la industria producía beneficios con mayor rapidez que la agricultura. Esos capitales disponi-

bles no encontraban allí un empleo remunerador. ¿No parecía muy indicado invertirlos en los países nuevos, que no tenían aún vías férreas ni explotaciones agrícolas o industriales dotadas de la técnica europea?. Sin duda aquellas colocaciones de capital serían a veces aventuradas, pero en la mayoría de los casos producirían grandes beneficios, a condición de recibir una protección conveniente contra eventuales expoliaciones.

La necesidad de expansión económica y financiera incitaba a la conquista colonial, que permitía al Estado colonizador reservarse mercados privilegiados. Gran Bretaña también, aunque se sentía apegada al libre cambio y no intentaba explotar los territorios de su imperio en su exclusivo beneficio, creía que era indispensable poseer colonias, porque "el comercio sigue a la bandera".

Tales preocupaciones económicas presentaban todavía otro aspecto: la busca de materias primas. Era éste un pensamiento familiar a Leopoldo II, quien, desde el principio de su acción colonial, quiso organizar la producción del caucho y luego la explotación de los recursos mineros. También lo fue un poco más tarde, en ciertos medios de negocios franceses esa partir de la conquista de Tonkin. La idea no era nueva, ciertamente: en Java había sido la base de los métodos de colonización empleados por los Países Bajos. Sin embargo, los promotores de la expansión colonial la invocaba con menos frecuencia que la búsqueda de los mercados, quizá simplemente porque aquél programa de explotación difícilmente podría conciliarse con las doctrinas humanitarias y parecía inoportuno anunciarlo.

Pero el deseo de expansión no respondía solamente a la solicitud de los intereses económicos. Procedía también en un estado de ánimo: deseo de acrecentar el prestigio del Estado y convicción de que un gran pueblo tiene una misión que cumplir en el mundo.

El argumento de prestigio va ligado a los progresos del nacionalismo.

En Gran Bretaña fue en donde quizá pudiera explicarse con mayor claridad tal solicitud. La expansión colonial, decían sus promotores, es una forma de la lucha por la vida, en la cual debe triunfar el pueblo más apto, física e intelectualmente para estas empresas. Rudyard Kipling en la Canción de los ingleses (1890), se refiere constantemente a esta idea de la superioridad de la raza inglesa y del temperamento inglés. En Alemania, donde la tradición colonial no existía, no cabía que se tratase de alegar una vocación, una aptitud privilegiada; pero la doctrina colonial ponía de manifiesto la necesidad de afirmar la vitalidad del Estado. En Francia, Jules Ferry alegaba en 1885 las mismas preocupaciones: renunciar a toda expansión fuera de Europa sería abdicar el rango de gran potencia; y este fue el tema que desarrolló también Eugene Etienne el 11 de abril de 1892: "cuando un gran país, como el nuestro, ha reconquistado su fuerza militar, cuando ha restablecido de una manera definitiva su situación financiera, puede si quiere hacer valer todos sus derechos, lo mismo en Europa que en todo el mundo". Crispi, por último, cuando comprometió a Italia en la aventura de Africa oriental, veía en ello aún más que una satisfacción dada a necesidades demográficas o económicas, un medio de reanimar el sentimiento nacional; "¿para qué sirve la unidad si no nos asegura fuerza e importancia?".

El sentimiento de una misión que cumplir no fue siempre una mera fórmula destinada a llenar intereses o ambiciones. Respondía en muchos europeos a una convicción: el "destino del hombre blanco" era el de despertar a las poblaciones de otros continentes no solamente a formas nuevas de la vida material, sino también a concepciones nuevas de la vida social y política. Los principios del liberalismo político aparecían ahora como el mismo signo de la civilización. El apostolado misionero se proponía al mismo tiempo que la obra de conversión la difusión de las ideas humanitarias fundadas en el respeto de la persona humana y la cruzada antiesclavista. Leopoldo II supo a

las mil maravillas explotar éste sentimiento humanitario antes de desarrollar su programa económico y también antes de descubrir su plan político.

Por último, se alegaban móviles estratégicos. La expansión colonial era indispensable, porque permitía adquirir los puntos de apoyo navales de los cuales dependía la seguridad de las comunicaciones. Este argumento era, por supuesto, de particular importancia a ojos de los ingleses. Para estar en situación de dominar las rutas navales principales y para hallarse en estado de actuar en todas partes en el mundo, la ¹falta de guerra inglesa debía disponer de puntos de escala con astilleros de reparación, centros de abastecimiento de combustibles y bases de operaciones; ya poseía Hong-Kong y Singapur, Gibraltar, Malta, Santa Elena y las Bermudas, pero no creía que aquellos resultados bastasen. En una escala más modesta, Jules Ferry mostraba la misma preocupación. La política colonial, dijo en su discurso del 28 de julio de 1885, era necesaria para proporcionar a la marina de guerra puntos de escala y de abastecimiento de combustible. "Por eso nos hacía falta Túnez. Por eso necesitábamos Saigón y Conchinchina; por eso necesitábamos Madagascar". Cuando el gobierno italiano pensó en África oriental, ¿no fue también porque apreciaba la ventaja que le proporcionaría en política internacional, la posesión de bases navales en la ruta del Océano Indico, en el mar Rojo y en el flanco meridional de las grandes rutas navales mediterráneas?. La política rusa, por último, en la misma región del mundo, consideró como objetivo esencial la posesión de un puerto "en aguas libres".

Si la expansión colonial de los Estados europeos se desarrolló en el curso de los últimos veinte años del siglo XIX con una amplitud que hasta entonces no había sido alcanzada nunca, se debió a que no encontraba más que resistencias sin importancia, pues los Estados o los grupos de población sobre los cuales ponían sus miras los europeos eran casi siempre incapaces de hacerles frente por falta de armamento. Pero aquella expansión se aprovechó

de otra circunstancia favorable: la ausencia de toda fuerza rival en Asia, en Africa, en Oceanía. Ni los Estados Unidos ni el Japón pretendían aún de desempeñar un papel en el reparto del mundo. A pesar del crecimiento económico rápido de final del siglo XIX en Estados Unidos no sentían la necesidad de practicar una expansión fuera de América.

Al mismo tiempo que el movimiento de expansión colonial comenzaba a desarrollarse, los imperialismos coloniales no dejaban de chocarse entre sí. En algunos puntos críticos se enfrentaban directamente los intereses de las potencias europeas. Aunque sus intereses económicos solo ocupaban un lugar muy secundario en los litigios continentales, desempeñaron, por el contrario, un activo papel, decisivo a veces, cuando chocaron los imperialismos en el Mediterráneo, en Asia y en Africa.

La cuestión de la preponderancia en el Mediterráneo había sido un importante elemento en la crisis balcánica de 1877-78. Si el gobierno inglés había hecho uso de la amenaza para detener la marcha de los ejércitos rusos hacia Istambul y se opuso enérgicamente a la creación de la Bulgaria de San Stefano, que extendería la zona de influencia rusa hasta el litoral del mar Egeo, ¿no era para que fracasara la política rusa de acceso al Mediterráneo? Lo consiguió. Pero la política mediterránea de Gran Bretaña aún tenía otras preocupaciones: la puerta de Suez y el estrecho de Sicilia. Se encontraba aquí con los intereses de Francia y con los de Italia. Entre 1875 y 1882, la cuestión de Egipto y la de Túnez ocuparon un lugar importante en las relaciones internacionales.

En ambos casos, era evidente el interés estratégico: Egipto era la encrucijada de los caminos que llevaban de Asia a Africa y de Europa al océano Indico; y la apertura del canal de Suez hizo crecer considerablemente su papel mundial; Túnez, situado a 180 Kms. de Sicilia, era la orilla meridional de un camino de tránsito, sobre el que Gran Bretaña, mediante su base naval

de Malta, ejercía un control. Ambos estados tenían un lazo de vasallaje res
pecto a la puerta otomana; pero aquel lazo era mucho más impreciso en Túnez
que en Egipto: el Sultán, desde mediados del siglo XIX, había renunciado
prácticamente a ejercer sobre el Bey su soberanía; mientras que se interesa
ba más que le fueran reconocidos sus derechos por el Jedewi: basta la proxi
midad geográfica para explicar la diferencia. En los dos países, el contac-
to establecido entre el gobierno local y las finanzas europeas creaba una si
tuación favorable para la expansión de las grandes potencias.

El Jedewi de Egipto, Ismail, aprovechó las facilidades que le ofrecían
los créditos bancarios para emprender gastos considerables, tanto por lo referen
te al utillaje nacional -ferrocarriles y canales de riego- como por lo rela
tivo a las necesidades de su corte; dió impulso a la vida económica y tripli-
có en una decena de años, los cambios con el extranjero; pero contrajo en
los bancos europeos, sobre todo en los franceses, una deuda abrumadora; y,
para hacer frente al pago de los intereses, se vió obligado a lanzar empré-
stitos a plazo corto, al 12 por 100, e incluso al 15 por 100. Era evidente,
desde 1870, que tal política de recursos extremos desembocaría pronto en una
catástrofe financiera; los acreedores europeos, protegidos por el régimen de
las Capitulaciones -que el Jedewi había tratado en vano de hacer reformar-
contaba con que les fueran concedidas ventajas económicas. Pero ya que Egip-
to se había convertido, por la apertura del canal de Suez, en una gran vía
de comunicaciones internacionales, los Estados europeos podían también pen-
sar en utilizar, con fines políticos, la influencia financiera conseguida
por sus conciudadanos.

En Túnez, también el Bey se dejó tentar por el aliciente de las combi-
naciones financieras. Ya que tomó parte en la guerra de Crimea, enviando a
su soberano un contingente, había practicado una política de prestigio: el
mantenimiento de un ejército costoso aunque ineficaz, y la construcción de pa-

lacios, ocasionaron gastos que fueron cubiertos mediante empréstitos contraídos, con intereses usuarios, en los bancos europeos.

En resumen, el Bey y el Jedewi, inconscientes del peligro que implicaba el recurrir a la finanza europea, se habían echado la soga al cuello. En la capital de Túnez, la evolución fue más rápida que en Egipto: desde 1868, el Bey se sentía incapaz de pagar los intereses de sus empréstitos y tuvo que soportar que los Estados cuyos bancos le habían proporcionado créditos le impusieran una Caja de la Deuda que interviniese en las finanzas tunecinas; parecía muy probable que el gobierno egipcio se viese obligado a tener que soportar pronto un control semejante.

Por último, en los dos estados eran las mismas potencias europeas, Gran Bretaña, Francia e Italia, las que tenían intereses; pero disponían de medios de acción muy desiguales. Italia enviaba emigrantes: 10.000 en Túnez; en Egipto, formaban la mayor parte de la colonia europea propiamente dicha (si no tenemos en cuenta los griegos). Pero aquellos italianos -colonos, comerciantes, artesanos- no desempeñaban en la vida económica un papel que estuviera en relación con su número, porque la mayor parte de ellos no disponían de capital. Francia y Gran Bretaña tenían la ventaja de poseer recursos financieros que permitían a los que se encuentran bajo su jurisdicción ocupar un lugar importante en la explotación de aquellos "países nuevos"; en los años subsiguientes a la guerra de 1870-71, los franceses aún dominaban lo mismo en Egipto (donde la campaña del canal de Suez había sido constituida gracias a capitales, que eran en su mayor parte franceses) que en Túnez, donde los capitales ingleses se aventuraban con mucha prudencia.

Simultáneamente, o casi, la suerte de ambos países iba a decidirse: uno pasaría bajo la dominación de Inglaterra; el otro bajo la de Francia, mientras que Italia se vería eliminada. El Gabinete inglés, en el momento

en que se apoderó de Chipre e incluso en Egipto el régimen del condominium (el cuerpo expedicionario del general Wolseley -14.000 hombres- desembarcó en Egipto, el 13 de septiembre de 1882, en Tall Al-Kabir, y aplastó a las tropas de Urabi Pasha (43). Y la sumisión de Egipto fue inmediata y absoluta), sintió la necesidad de dejar a Francia, obtener una compensación. Ahora bien, se daba cuenta de que Túnez no podría permanecer independiente y prefería que cayese en manos de Francia que en las de Italia, porque no deseaba que las dos orillas del estrecho de Sicilia estuviesen en poder de la misma potencia.

En Asia los progresos de la expansión europea iban unidos, sobre todo, a dos preocupaciones: la conquista de vías de acceso terrestre al mercado chino y la consolidación de las fronteras de la India. En los dos casos, los intereses ingleses (económicos en China, estratégicos en las regiones que defienden el Pendjab) se veían amenazados por otras iniciativas europeas: las de Francia, y más aún las de Rusia.

Otro punto de choque de intereses entre las potencias imperialistas en Oriente Medio era el Afganistán. La cuestión del Afganistán amenazaba, en 1885 con provocar un conflicto entre Inglaterra y Rusia. Desde 1860, Rusia había comenzado en el Turquestán una política de expansión en la que los intereses económicos -la perspectiva de desarrollar en el valle del Ferghana el cultivo del algodón- desempeñaba un papel menos importante que el interés político: conseguir un medio de presión sobre Gran Bretaña. Después de los tropiezos que experimentara en los Balcanes realizaba aquel esfuerzo con mayor actividad, simultáneamente hacia el Este -el valle del Ili-, donde las tropas rusas habían invadido las fronteras del Imperio chino y hacia el Sur, donde en febrero de 1881, ocuparon el oasis del Merv, y avanzaron hacia la barrera montañosa que limita la meseta de Afganistán. Con China se resolvió el conflicto en 1881, abandonando a Rusia una parte

del valle del Ili. Pero el progreso ruso hacia el Afganistán planteaba problemas más graves, porque comprometía la seguridad de la India, cuya "cobertura" en dirección Noroeste la formaba desde hacia medio siglo el bastión afgano. Por la fuerza Inglaterra impuso al emir del Afganistán, en mayo de 1879, el tratado Gandemak, que establecía cuasiprotectorado. Para darle una aplicación efectiva fue preciso aplastar una rebelión e instalar a un nuevo emir: al terminar la tercera guerra afgana, el Gobierno Británico, en agosto de 1883, esperaba pues haber consolidado su posición y establecido una barrera contra la expansión rusa. Pero si se pusiera a prueba la solidez de tal barrera, ¿no se correría el riesgo de que fuera destruída?.

La crisis se hizo amenazadora cuando en marzo de 1884, el mando ruso se dispuso a lanzar sus tropas hasta el oasis de Pendjeh, próximo al paso de Zulficar, que dá acceso a la meseta afgana. El emir de Afganistán exigió la ayuda de Inglaterra para obtener de Rusia una delimitación de fronteras. El gobierno inglés inició en vano las negociaciones: el 30 de marzo de 1885 las tropas rusas ocupan Pendjeh.

Era ésto según los medios oficiales ingleses, una "agresión no provocada", que Gran Bretaña no podía tolerar, pues la cuestión interesaba directamente a la India, corazón del imperio. El Gobierno exigió a la Cámara de los Comunes que votase los créditos necesarios para los preparativos militares. A algunos miembros del Gabinete la guerra les parecía inevitable. Ahora bien, aunque se pudiera obtener el concurso de Persia, no sería posible llevar la lucha hasta el Afganistán, donde Herat se hallaba al alcance de las tropas rusas. Pero esa guerra dijo Rosebery, "la haremos en todas partes de Rusia que nos son accesibles". ¿Dónde entonces?. A falta de ejército suficiente Gran Bretaña pensó, como es lógico, en objetivos que pudieran alcanzarse con sus fuerzas navales. Envió una escuadra a la costa de

Corea para amenazar Vladivostok. A esta presión lejana, ¿podría, si llegara el caso añadir otra de mayor eficacia?. Sería preciso actuar en el Cáucaso. Pero ¿cómo conseguir, para la flota inglesa, el derecho de franquear los Dardanelos y el Bósforo por los cuales no podían pasar los navíos de guerra según acuerdo de la Convención internacional de 1841 (44). Alemania y luego Austria-Hungría y Francia, recordaron al Sultán que el cierre de los Estrechos había sido establecido por un acta internacional, y el Gobierno otomano se apresuró a declarar que él se atendería a dicho estatuto.

Ante esos obstáculos, los miembros del Gabinete vacilaron. Hartington consideraba que la ruptura era casi inevitable pues Gran Bretaña no podía prescindir de su dignidad sería preciso pues, declarar la guerra, incluso en Afganistán, si los rusos penetraban en ese país. Pero Joseph Chamberlain, por muy preocupado que estuviese con las cuestiones imperialistas, creía que era "casi imposible" declarar la guerra: "el enemigo -decía- no es vulnerable" y el casus belli no se hallaba lo bastante claro para suscitar la unanimidad del pueblo inglés; mejor sería pues, buscar un arreglo, aún cuando el Gabinete hubiera de sufrir una humillación personal. Esta era también la opinión de Gladstone. Por su parte el Zar pensaba, según parece, que una guerra anglo-rusa daría como principal resultado la consolidación de la preponderancia alemana en Europa. La negociación se inició pues, a fines de Abril, y el protocolo del 10 de diciembre de 1885 dejó el Penjeh a los rusos y el paso de zulficar al Afganistán. La amenaza de guerra se había alejado de Asia central.

Las fuerzas profundas eran decisivas: en el curso de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del XX es posible discernir en la vida económica y social en la evolución demográfica y también en las tendencias de la psicología de los pueblos, nuevos caracteres.

Mientras que el período comprendido entre 1870 y 1893 se había señalado por una tendencia a la baja de los precios, la coyuntura económica se invertía ahora: entre 1895 y 1913, el alza de los precios fue casi continua, salvo dos cortas crisis en 1900-1901 y en 1907-1908; tal alza parece estar en relación con el aumento de las disponibilidades en moneda metálica, es decir, con la explotación, a partir de 1894, de los yacimientos auríferos sudafricanos. El movimiento de los precios estimula la producción y los cambios, que favorecen de este modo los progresos técnicos y la organización del crédito.

La producción industrial progresó considerablemente gracias a la utilización de nuevas fuentes de energía y a los métodos de la fabricación en gran escala. Aunque la hulla seguía siendo la base esencial de la actividad industrial, el campo de las fuerzas motrices adoptaba una nueva fisonomía: la explotación de los yacimientos de petróleo, aún muy restringida en 1890, dió en 1900, 21 millones de toneladas, y en 1910, 42 millones; el transporte de la fuerza eléctrica, que entre 1885 y 1890 sólo se hallaba en un estado experimental, llegó a ser después de 1900 un elemento importante de la actividad industrial. La concentración y el perfeccionamiento del utillaje permitían acelerar el ritmo de las fabricaciones. En las regiones del mundo donde las formas modernas de la producción habían ya tomado anteriormente un rápido impulso -los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Bélgica, Francia- las industrias eléctricas y las químicas ocupaban un lugar cada vez más importante. Este progreso industrial se iba extendiendo a estados en los que la vida industrial sólo desempeñaba antes un papel muy secundario: Rusia, en la cual la región del Donetz comenzaba a transformarse en un gran foco de actividad; Italia del Norte, en donde el empleo de la fuerza hidráulica permitía paliar escasez de hulla; el Japón, en donde se organizaba la industria metalúrgica a partir de 1893. Al mismo tiempo se operaba una alternación en la vida industrial del mundo, por la cual la parte de los Estados Unidos

pasó en treinta años del 28 por 100 de la producción global al 38 por 100; la de Alemania, del 14 al 15 por 100; mientras que la de Gran Bretaña, que había sido del 27 por 100, bajó al 14 por 100.

La producción agrícola se benefició en los Estados más evolucionados de los progresos de la química del suelo, del empleo de los abonos potásicos y de los fosfatos, así como del desarrollo de los medios mecánicos. El rendimiento medio por hectárea creció en el espacio de treinta años al rededor de un 23 por 100 en la Europa occidental.

El sistema de las comunicaciones se desarrolló rápidamente. En los transportes terrestres el predominio del ferrocarril comenzó a experimentar en Europa occidental la competencia del tráfico de carretera, cuando el perfeccionamiento del motor de explosión permitió, a partir de 1905, poco mas o menos, utilizar el automóvil. Sin embargo, los ferrocarriles mantenían su papel preponderante. En Europa, la red ferroviaria pasó de 223.000 kilómetros en 1890 a 342.000 en 1913; en los Estados Unidos, de 268.000 kilómetros a 402.000 kilómetros; en las otras regiones del mundo, de 92.000 kilómetros a 226.000 kilómetros. El ferrocarril hacía despertar, pues, a la vida económica regiones cada vez más extensas.

El progreso de los transportes marítimos fue quizá aún más significativo: el arqueo global de la marina mercante (habida cuenta solamente navíos superiores a 100 toneladas de cabida), era en 1891 de 23.500.000 toneladas y en 1913 de 46.891.000; los barcos a vapor, que formaban en 1891 apenas el 60 por 100 de este tonelaje, llegaron a cerca del 95 por 100; el invento de la turbina (cuya primera aplicación práctica data de 1897), tuvo por resultado una aceleración de la velocidad y una economía de carbón; después de 1900 el caldeoamiento mediante el residuo de la nafta permitió una economía de sitio y de personal y redujo la frecuencia o la duración de las escalas necesarias para el abastecimiento del combustible; el costo de la construcción de los barcos

disminuyó porque el precio del hierro bajó de 80 francos la tonelada en 1880 a 57 francos en 1907. Asimismo el precio del flete estaba en baja: en el transporte de una tonelada de mercancías de Marsella a Hong-Kong, que costaba 86 francos en 1890, sólo costaba 70 en 1906.

La red de cables telegráficos submarinos, que era de unos 300.000 kilómetros en 1900, alcanzó 531.000 kilómetros en 1913; los nuevos cables se establecieron, sobre todo, en el Atlántico meridional, en el Pacífico y en los mares del sureste de Asia. Por último, 567 estaciones de telefonía sin hilos se abrieron en 1913 al tráfico público; tres cuartas partes de ellas se encontraban en los Estados Unidos o en Europa. Este desarrollo de los medios de transportes favoreció el impulso de los intercambios internacionales de mercancías, facilitadas por la adopción del patrón oro en el régimen monetario de los grandes Estados y por la estabilidad del curso de las monedas.

Las relaciones comerciales, sin embargo, seguían estando obstaculizadas por el mantenimiento y aún la agravación del proteccionismo aduanero en Europa continental y en los Estados Unidos; pero, surgieron tratados de comercio que aminoraron en muchos casos ese obstáculo. La masa global de los cambios, según los cálculos de Sombart, se duplicó entre 1900 y 1913.

Por otra parte, en los grandes estados industriales, la acumulación rápida de los beneficios hizo que aumentase la masa de los capitales disponibles. La mayor parte de estos capitales se invirtió, por supuesto, en el país, en las empresas nacionales y o en los empréstitos del Estado. Pero la abundancia de la oferta produjo la baja de las tarifas de intereses. Los poseedores de capitales se encontraba, pues, inclinados a buscar una remuneración mejor; la hallaron o creyeron hallarla ya en empréstitos de los estados extranjeros, ya en empresas que se proponían explotar los "países nuevos"; estas iniciativas podían desarrollarse sin trabas. Fueron capitales suministrados por la Europa occidental los que aseguraron el financiamiento de la construcción de

los ferrocarriles en Asia, en Africa y en América del Sur, la explotación de los recursos del subsuelo, el desarrollo de los productos agrícolas; acudían también a ellos para cubrir sus necesidades de presupuesto como Rusia, los estados balcánicos, el Imperio otomano, el Japón y las Repúblicas sudamericanas. La amplitud de esta inversión, en las que Gran Bretaña, Francia y Alemania desempeñaban el principal papel, fue uno de los rasgos característicos de la época y dio a dichos estados medios de presión económica y política sobre los "países nuevos".

Este ímpetu de la vida económica y financiera iba acompañado de un esfuerzo de organización que era su condición indispensable. Concentración de las empresas, siguiendo el camino- el de los trusts y los carteles- que ya habían emprendido antes de 1890 la economía americana y la alemana. Concentración de los medios de créditos; en la vida industrial, las cuestiones financieras y bancarias desempeñaban un papel esencial. Es esa la época en que triunfaron las formas del alto capitalismo, que habían tomado su impulso gracias a las prácticas del liberalismo económico, pero que comenzaban a deformar su espíritu.

Tales transformaciones -que nos bastará recordar ahora rápidamente, pues tan conocidas son en sus rasgos esenciales- tuvieron importantes consecuencias en las relaciones internacionales.

Todos los grandes estados industriales se vieron obligados a buscar, más activamente aún que en el pasado, un área de expansión para su actividad económica. Encontrar otras salidas en los países "nuevos" constituía una necesidad absoluta a medida que el ritmo de la producción sobrepasaba la capacidad de absorción del mercado interior y que el mantenimiento del ritmo de la producción precisaba importaciones de materias primas cuya exportación era la forzosa contrapartida. Gran Bretaña conocía desde hacía mucho tiempo esa necesidad, pero, Alemania se dio cuenta de ella también de manera cada

vez más apremiante, a partir de 1895 aproximadamente. En 1913, la industria inglesa exportaba, al parecer, un tercio de su producción, y la situación de la industria alemana era, poco mas o menos, semejante. También los Estados Unidos se convirtieron, a partir de los últimos años del siglo XIX, en exportador de productos industriales. "Poseemos tres de los triunfos para ganar en el envite del progreso comercial: el hierro, el acero, el carbón - declaraba en 1898 el presidente de la Bankers Association-. Hemos sido durante mucho tiempo el granero del mundo. Aspiramos hoy a llegar a ser su fábrica"

Internacionalización de la vida económica, establecimiento de nuevas corrientes de intercambios, interdependencia entre los grandes países que estaban a la cabeza del desarrollo económico y los países " subdesarrollados"; estos eran los rasgos que se afirmaban en la vida económica del mundo. La Europa occidental seguía estando en el centro de este movimiento y se encontraba íntimamente unida al mercado mundial. Así pues, entre los estados industriales de la Europa occidental era donde se establecía la competencia en los terrenos económicos y financieros. Las formas de tal competencia diferían sensiblemente, sin embargo, de las que revestía veinte años antes.

Entre 1880 y 1890, la conquista colonial había sido el principal medio para realizar la expansión y establecer, en beneficios de determinados grandes estados, un sistema económico imperial. Ahora bien, los territorios vacantes o considerados como tales por las grandes potencias se hacían escasos; casi todas las regiones del mundo donde los europeos podían establecerse sin que encontrara su dominación resistencia eficaz estaban ya repartidos. Para extender los dominios coloniales era preciso estudiar verdaderas operaciones de guerra contra los estados indígenas o trasposos de territorios entre estados colonizadores, es decir, a expensas de los estados débiles.

Lo Más frecuente era, pues, que la expansión tomase una forma nueva sin proponerse establecer su dominio político, los grandes estados europeos intentaban asegurarse una zona de influencia privilegiada en países "nuevos" que poseyeran recursos mineros, yacimientos de petróleo o que ofreciesen, gracias a la masa de su población, salida a sus productos industriales. Derecho de prioridad e incluso de monopolio para la calicata y explotación del subsuelo; autorización para construir ferrocarriles o puertos o para abrir el camino al comercio, pero también para proporcionar una salida a los productos metalúrgicos europeos; tales eran en dicha forma de expansión las preocupaciones corrientes. Los contratos de concesión iban de la mano de inversiones de capitales. Por otra parte, en su política económica cada uno de los grandes estados industriales se esforzaba en ampliar sus mercados de exportación por medio de negociaciones de tratados de comercio con los estados subdesarrollados, pero también gestionaba la celebración de contratos de suministros destinados al abastecimiento nacional o al armamento. Para conseguir estos contratos era necesario en muchos casos proporcionar al estado comprador recursos financieros: conceder un empréstito al Gobierno de un país nuevo a condición de que el producto sirviera para pagar los pedidos. Tal era el procedimiento que empleaban frecuentemente los grandes estados de la Europa occidental en sus relaciones con los estados balcánicos, por ejemplo, la exportación de capitales era el agente directo de la expansión económica.

La rivalidad que se empeñó alrededor de los contratos de concesión o de los pedidos de armamento no fue sólo ocasión de lucha en los medios de negocios, grupos industriales y bancarios; tomaba inevitablemente el carácter de una competición entre los estados si los gobiernos se veían obligados a intervenir. Esta acción gubernamental era necesaria, por supuesto, cuando había que negociar un tratado de comercio. También lo era, de derecho o de hecho, cuando se otorgaba un empréstito; en Francia y Alemania la emisión de un em-

préstito extranjero sobre el mercado financiero nacional estaba sometido a una autorización dada por el Gobierno -la admisión a la cotización-; en Gran Bretaña, donde la legislación no preveía nada en estos casos, la práctica no era muy diferente, sin embargo, pues los bancos no desatendían generalmente los avisos que les daba el Gobierno. Por último, la negociación de un contrato de concesión en el Imperio otomano o en el Imperio chino implicaba casi siempre, para que tuviese posibilidades formales de éxito, una acción diplomática en beneficio del grupo industrial o financiero solicitante. La participación del Estado era, pues, indispensable en todas las formas de expansión económica. ¿Era espontánea? A veces, sí. El desarrollo del alto capitalismo y la concentración del poder en las manos de los grandes hombres de negocio; el temperamento de estos jefes de empresa, técnicos, comerciantes, financieros, que eran a menudo advenedizos, convencidos de que la audacia es la primera condición del éxito, pero que estaban también persuadidos del papel bienhechor del capitalismo en el progreso humano; los lazos personales que existían en muchos casos entre los medios de los negocios y los miembros del Gobierno o los altos funcionarios, daban a aquella presión de los grandes intereses económicos una aptitud y una eficacia mayores que en el pasado.

La intervención de los Estados en la competencia comercial agravaba inevitablemente las rivalidades políticas. La diplomacia económica y financiera ocupaba un lugar cada vez más importante en las relaciones internacionales, un lugar que no siempre es fácil de determinar -pues las negociaciones entre los grupos de intereses y los medios gubernamentales rara vez dejaban vestigios escritos-, pero que podemos apreciar a través de indicios verdaderos. Además, en las relaciones entre los pueblos, carácter de esta competición entre los intereses materiales fomentaba antipatías o rencores. La evolución económica multiplicaba pues, las ocasiones de disputas e inclu

so de conflictos diplomáticos.

Sin embargo, la acción de los intereses y de las fuerzas que lanzaban a los estados europeos unos contra otros podían tener una contrapartida. El desarrollo del esfuerzo de expansión establecía entre la vida material de Europa y la de los otros continentes una mutua dependencia: eran los países nuevos extraeuropeos los que proporcionaban a las industrias europeas una parte importante de sus materias primas y a las poblaciones europeas una parte cada vez mayor de sus artículos alimenticios; eran ellos también los que brindaban un mercado al excedente de la producción textil o metalúrgica.

El período que va de 1901 a 1907 experimenta otros choques entre los imperialismos. La marcha de las relaciones entre las grandes potencias en ese período, se vió señalada por caracteres nuevos; por una parte, los esfuerzos de expansión fuera de Europa ocasionaron una guerra entre Rusia y el Japón y una amenaza de guerra entre Francia y Alemania; por otra parte, el sistema de entente y alianzas entre los estados europeos sufrió una transformación por el acuerdo franco-italiano de 1902, por el franco-inglés de 1904 y por el anglo-ruso de 1907.

Los esfuerzos de expansión y las rivalidades que de ellos resultaban entre los estados europeos alcanzaron a nuevas regiones del mundo, al mismo tiempo que los Estados Unidos y el Japón extendían sus territorios o sus zonas de influencia, a expensas de los europeos.

En Persia, en Asia Menor, en Etiopía, y sobre todo en Marruecos era donde se enfrentaban los intereses de las grandes potencias europeas.

Gran Bretaña y Rusia se observaban y oponían en Teherán, desde la primera mitad del siglo XIX. Este antagonismo se agravó ahora; los dos gobiernos explotaban el apuro financiero del Gobierno persa, para obtener a cambio de aperturas de crédito, concesiones de minas o de ferrocarriles. Tras aquellas negociaciones económicas y financieras, se dibujaban intereses es

tratégicos, pues el Gobierno ruso pensaba establecer un ferrocarril que llegase al Golfo Pérsico, proyecto peligroso visto desde Inglaterra para la seguridad de la India. En 1906 una crisis interior en Persia -un movimiento revolucionario favorecido por la influencia de las ideas occidentales y dirigidos contra los métodos arbitrarios propios del Gobierno- agravó las dificultades financieras y ofreció, de consiguiente, nuevas ocasiones a las iniciativas rivales de las dos potencias europeas. Pero, en agosto de 1907, esta rivalidad quedó resuelta, mediante un compromiso: el reparto de Persia en zonas de influencia económica, rusa al Norte e inglesa al Sudeste, separadas en el centro por una zona neutral.

En Asia Menor, donde, desde 1890, los grupos financieros ingleses, alemanes y franceses trataban de obtener concesiones de ferrocarriles, eran los intereses alemanes los que dominaban: la Deutsche Bank, gracias al apoyo del Gobierno de Berlín, obtuvo del Gobierno turco en 1903, la concesión de una vasta red de ferrocarriles que debían cubrir la mayor parte de Anatolia y de Mesopotamia y tener por arteria principal una línea que uniese el Bósforo con Bagdad y luego con el golfo Pérsico. Aquel contrato abría grandes perspectivas a la actividad alemana, tanto desde el punto de vista económico como del político. Implicaba una amenaza para los intereses financieros franceses -pues la mayor parte de los títulos de la Deuda otomana estaba en manos de los franceses-; pero todavía más para Gran Bretaña y Rusia: Gran Bretaña corría el riesgo de perder la situación preponderante que poseía en lo económico, desde hacia dos siglos, en Mesopotamia; pensaba sobre todo, que si el ferrocarril llegase al golfo Pérsico, la seguridad de la India se vería comprometida; Rusia se inquietaba por el beneficio que representaba para el Imperio turco, pues gracias al ferrocarril podía llevar fácilmente, en adelante, sus fuerzas armadas a todas las partes de su territorio. Sin embargo, la cuestión del Bagdadbahn no ocasionó en ningún momento,

una seria amenaza de conflicto entre las grandes potencias. Las resistencias sólo se manifestaron en el terreno financiero: Francia, Gran Bretaña y Rusia cerraron su mercado bursátil y bancario a los empréstitos que trataba de colocar la compañía alemana; consiguieron retrasar, durante algún tiempo, la construcción de la vía férrea; pero no lograron hacer fracasar la empresa.

Al mismo tiempo, que entre 1901 y 1907, se desarrollaron estos litigios, hubo nuevos acuerdos entre los estados europeos, los compromisos diplomáticos o militares concluidos entre las potencias europeas, tomaron un nuevo carácter. Italia al celebrar con Francia un acuerdo secreto el 10 de julio de 1902, se comprometió a observar la neutralidad en una guerra franco-alemana, incluso en el caso de que Francia, "como consecuencia de de una provocación directa", tomase la iniciativa de la declaración de guerra, pero la apreciación del caso de provocación directa quedó a discreción del Gobierno italiano. Los acuerdos franco-ingleses, del 8 de abril de 1904, cuya base fue el trueque Egipto-Marruecos, resolvieron todas las diferencias coloniales entre los dos países; también estipularon que Gran Bretaña presentaría a Francia un apoyo a la cuestión marroquí, pero solamente por la acción diplomática. Por último, Rusia, en agosto de 1907, al mismo tiempo que concluía con Gran Bretaña el acuerdo persa, liquidaba los litigios relativos al Afganistán y al Tibet. Mientras la Triple Alianza se debilitaba, la entente cordiale franco-inglesa y el acercamiento anglo-ruso surgían para respaldar la alianza franco-rusa, que la derrota de Manchuria y la crisis revolucionaria rusa de 1905 habían roto.

El período que va de 1907 a 1913 se considera como "pruebas de fuerza" entre bloques. A pesar del desarrollo continuo de las relaciones entre los pueblos europeos -nunca habían sido en el pasado más activos los contactos, desde el punto de vista económico y financiero y jamás había tenido más am

plitud los intercambios intelectuales desde el siglo XIII-, la situación política, cuyos rasgos todavía estaban en estado de esbozo en 1907, se consolidó; y el antagonismo entre los grandes estados aumentó en los años siguientes: en el seno de cada uno de los grupos de potencias, los gobiernos estrecharon o precisaron sus compromisos mutuos: la oposición entre Triple Alianza y Triple Entente se convirtió, entonces, en el rasgo dominante de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, el centro de gravedad de los litigios o de los conflictos de intereses entre dichos estados se desvió y cambió su carácter, pues las rivalidades que iban unidas a las expansiones imperialistas, fuera de Europa, eran menos frecuentes e incluso tendían a atenuarse; mientras que las que eran originadas u ocasionadas por el movimiento de las nacionalidades en Europa, se agudizaban. Al ritmo de tales choques entre las fuerzas profundas, se desarrollaron las iniciativas destinadas a aumentar la cohesión de los bloques.

En Europa, la causa inmediata de las dificultades internacionales fue el despertar del movimiento de las nacionalidades en la península balcánica seguido por dos veces, en 1908-1909 y en 1912-1913, ese despertar provocó graves amenazas para la paz mundial.

En Oriente Medio: el Imperio otomano, que desde el tratado firmado en Londres el 30 de mayo de 1913, había perdido todos sus territorios europeos salvo una pequeña parte de Tracia, pero que conservaba, en Asia, un vasto poderío territorial, la población era turca en Anatolia, salvo la región de Esmirna, de habitantes griegos; en todas las demás partes del Imperio la dominación otomana se ejercía sobre poblaciones heterógenas: Kurdos, armenios y sobre todo árabes. Tal situación era favorable para la expansión de los europeos siempre atentos a aprovechar las resistencias que se manifiestan contra los turcos. Esta penetración extranjera se veía facilitada por el régimen capitular que confería a los europeos, desde el siglo XVI, un estatuto

privilegiado (45): libertad comercial, inmunidades de jurisdicción e incluso, en algunos casos, exención de impuestos.

En todas las partes del Imperio, el desarrollo económico había sido obra de los extranjeros. Las grandes empresas (construcción de ferrocarriles y carreteras, obras de regadío, explotación de recursos mineros), estaban todos dirigidos por hombres de negocios o técnicos europeos y financiados por capitales europeos también.

La red ferroviaria se hallaba, en su mayor parte, en manos alemanas, desde que el Gobierno otomano celebró en 1903 un contrato de concesión del ferrocarril de Bagdad y sus ramales (46); la actividad de las sociedades inglesas, francesas y rusas se encontraba limitada a las zonas litorales: la parte occidental de Asia Menor, Siria y los accesos del mar Negro.

Las explotaciones mineras, según la legislación revisada en 1887, estaban regidas por contratos de concesiones, concedidas por el gobierno, bien a ciudadanos turcos, bien a extranjeros. De hecho, entre 1890 y 1912, 228 concesiones fueron distribuidas; 74 de las cuales lo fueron en beneficios de extranjeros; pero estos extranjeros -ingleses sobre todo, franceses, belgas y a veces alemanes- fueron los que lograron todas las grandes concesiones: las minas de hulla de Heraclea, las únicas que tenían alguna importancia, estaban en manos de franceses; la explotación de las minas de cobre en Diarbakir, y de cinc en Aidin, eran asunto de capitales y técnicos ingleses.

A dicha preponderancia económica añadían los europeos otro elemento de influencia: el papel que desempeñaban en la gestión de las finanzas públicas del Imperio otomano, desde diciembre de 1881, es decir, desde que el gobierno del Sultán, incapaz de pagar los intereses de su deuda exterior, tuvo que aceptar por el "decreto de Muharram", el control de sus acreedores y afectar al pago de tales intereses una parte de sus rentas fiscales y aduaneras, que

se entregaban directamente al Consejo de Administración de la Deuda Turca, designada por los tenedores. De hecho, aquel Consejo consiguió, gracias a la calidad de los técnicos ingleses y franceses, doblar el rendimiento de las rentas concedidas; también obtuvo fácilmente del Gobierno otomano beneficiario de una parte del excedente, una ampliación de su campo de acción. Los nuevos empréstitos extranjeros, que la Puerta se vio obligada a contraer para pagar los gastos de la guerra de Tripolitania y de las guerras balcánicas, se sumaron para agravar aún más esta dependencia.

En definitiva, tanto por la financiación de las grandes empresas como por el apoyo financiero prestado al Gobierno turco, los europeos habían conseguido medios de acción que les permitía mantener al Imperio turco bajo su control. En la Deuda pública, la parte de los tenedores franceses era de 2.400 millones francos-oro, mientras que las partes alemanas e inglesas constaban respectivamente de 900 y 600 millones. En los asuntos privados tenían preponderancia las inversiones de capitales franceses -903 millones de francos-oro; la parte alemana -750 millones de francos-oro, según los cálculos alemanes, probablemente excesivos- superaba a la parte inglesa que no alcanzaba a más de 230 millones. En ninguna parte aparecían capitales americanos.

La influencia de las ideas políticas europeas sólo era apreciable en medios restringidos -muchachos intelectuales que habían seguido la enseñanza de las Universidades francesas o inglesas, y jóvenes oficiales-. Con todo, unos y otros tenían una manera singular de interpretar los principios del liberalismo. Aunque la Constitución de 1909 decidía que el Ministerio debía dimitir si el Parlamento votaba una moción de desconfianza, no existía verdadero régimen parlamentario, pues el único partido político organizado -el comité "Unión y Progreso"- impedía que la oposición se manifestase y mediante el régimen de estado de sitio, suspendía el ejercicio de las

libertades públicas. Las misiones religiosas, que eran sobre todo católicas (las organizaciones protestantes trabajaban en Armenia y las ortodoxas en Palestina), y que poseían en virtud de las Capitulaciones, un estatuto privilegiado, no conseguían penetrar, salvo raras excepciones, en las masas musulmanas; pero su acción sólo era eficaz en las regiones habitadas por cristianos cismáticos, a los que trataban de atraer al seno de la Iglesia católica.

Por último la expansión europea, comenzó a manifestarse, pero únicamente en Palestina, bajo una forma nueva: una emigración judía. El objetivo definido por el Congreso de 1905 era establecer un foco, que fuese lugar de refugio para los israelíes de Europa oriental; sobre todo para los de Rusia, amenazados por los Pogroms. En un año, 8.000 de estos emigrantes fueron a establecerse en Palestina, gracias a los socorros financieros que les proporcionaba el fondo nacional judío: su presencia abrió para Europa nuevas posibilidades a la vida económica.

Después de la derrota sufrida por el Imperio otomano en el curso de las guerras balcánicas (47), los gobiernos europeos se preguntaban si la Turquía asiática podría sobrevivir, pues el éxito obtenido por las poblaciones balcánicas era evidentemente de tal índole que animaría, entre los árabes y entre los armenios, las tendencias separatistas. Intentaban pues, asegurarse medios de acción.

La política zarista explotó el debilitamiento del Imperio otomano, para exigir que las provincias armenias del imperio fuesen administradas por un gobernador cristiano; parecía tener el proyecto de hacer que en tales provincias se estableciese un régimen de semiautonomía, que abriera el camino a una influencia rusa; pero no se vió apoyada por Francia ni por Inglaterra; consecuencia de ello, el Gobierno turco se limitó a prometer, el 8 de febrero de 1914, que dos inspectores europeos -un holandés y un noruego- fue-

sen a Armenia para controlar la administración turca; esta solución descartaba las pretensiones del Gobierno ruso.

La política alemana, después de 10 años de espera, acabó por conseguir desarmar la resistencia que Francia y Gran Bretaña oponían a la terminación del ferrocarril de Bagdad (48). Por el acuerdo franco-alemán del 15 de febrero de 1914, el Gobierno francés autorizó la admisión de los títulos del empréstito Bagdad a la cotización de la bolsa de París, con la condición de que los grupos financieros franceses conservasen el derecho de construir el camino férreo de Siria (Trípoli-Moms), y de acuerdo con los rusos, los ferrocarriles del litoral del mar Negro (Samsun y Karpuz y a Van). El acuerdo anglo-alemán, formado el 15 de junio de 1914, decidió, a cambio de facilidades financieras, que el ferrocarril de Bagdad no pasara de Basora, es decir, que no llegara al Golfo pérsico, y que la navegación de Chat al-Arab, entre Basora y el mar, sería concedida por el Gobierno turco a una sociedad en la cual tendrían preponderancia los capitales ingleses; por último, la explotación del petróleo de Mesopotamia, cuya existencia era conocida desde 1890, sería confiada por el Sultán, a una sociedad anglo-germano-holandesa, entendiéndose que un tercio de la producción se reservaría para las necesidades de la marina inglesa, un tercio para las de Alemania, y que sólo el último tercio se destinaría a la venta.

El gobierno italiano también se colocó en la fila de los peticionarios. Puesto que la guerra de Tripolitania le había proporcionado la ocasión de ocupar, en el mar Egeo, las islas del Dodecaneso, pensó crearse un puesto en el Mediterráneo oriental; se le vió negociar con el Gobierno turco luego, con Gran Bretaña: el acuerdo del 6 de marzo de 1914 autorizó a un grupo financiero italiano a construir un camino férreo que, partiendo del puerto de Adalia, en la costa meridional del Asia Menor penetraría hacia el interior de Anatalia.

Este reparto ferroviario acabó en el establecimiento de zonas de influencia económica, pues los contratos de concesión de ferrocarriles, implicaban privilegios para la explotación de los recursos mineros en la región atravesada por el ferrocarril. Pero ¿se encontraban esos planes limitados a los beneficios materiales? Ciertamente, no; todos los participantes consideraban los acuerdos ferroviarios como jalones colocados con miras a un reparto posible de la Turquía asiática. Estas esferas de influencia -escribía Jules Cambon- son "partes futuras". El embajador alemán en Constantinopla sin desear aquel reparto, creía necesario prever sus particularidades. En definitiva, según comprobó en diciembre de 1913, el embajador austro-húngaro (que hubiera querido ver a su gobierno tomar la parte en la competición), la política alemana tendía a establecer una especie de protectorado en las regiones de Asia Menor, en las cuales las poblaciones turcas se encontraban en mayoría, sin perjuicio de abandonar a las otras potencias europeas las regiones no turcas del Imperio otomano -Siria, Mesopotamia, Armenia-; Alemania, escribía Raymond Poincaré, se reserva "la parte del león".

La penetración de las influencias económicas e intelectuales europeas fue menor en Persia, aunque la independencia de este estado se viese amenazada por las ambiciones rivales de los europeos. Gran Bretaña y Rusia, después de haber intentado durante mucho tiempo sacar ventajas la una sobre la otra, acabaron por celebrar un compromiso en 1907, que podía ser el preámbulo de un reparto (49): los rusos tenían el monopolio de las concesiones de ferrocarriles y de la explotación de los recursos del subsuelo en toda la parte septentrional del país -Ispahan, Teherán- que parecía ser la más rica; Gran Bretaña poseía derechos simétricos en la región del Sudeste, al Seistán, un territorio semidesértico, pero esencial para cubrir los caminos de penetración hacia la India; entre las zonas de influencia rusa e inglesa quedaba una zona llamada neutral, donde podía proseguirse la rivalidad entre intere

ses económicos extranjeros: esa zona englobaba las orillas del golfo Pérsico. De hecho, el acuerdo no ponía fin a la rivalidad entre ingleses y rusos, que aprovechando los disturbios políticos persas seguían procurando asegurarse una influencia sobre los medios dirigentes. Pero los dos rivales se apoyaron mutuamente para desbancar a posibles competidores, en 1910, cuando un grupo bancario, del que se sospechaba que defendía intereses alemanes, propuso un empréstito, y en 1911 cuando el gobierno persa llamó a un experto financiero americano, Shuster. Los móviles de aquellas rivalidades eran sobre todo políticos y estratégicos. En tal fecha las cuestiones económicas no ocupaban todavía el primer plano: la construcción de los ferrocarriles se hallaba esbozada nada más (una sola línea de 54 Kms., estaba en explotación), aunque el primer contrato de concesión se hubiese firmado 12 años antes; la explotación de los recursos petrolíferos, cuya existencia fue reconocida a partir de 1908, apenas había comenzado.

En el campo de las ideas políticas era donde la penetración de la influencia europea parecía ser más notable.

¿No garantizaba la Constitución del 8 de octubre de 1907 las libertades individuales y las libertades públicas? ¿No proclamaba el principio de la separación de poderes e incluso establecía el régimen parlamentario? ¿No se había vencido la reticencia del Sha, en 1909? ¿No llamó el gobierno a consejeros extranjeros para reorganizar los servicios administrativos, judiciales y financieros? Pero la imitación no pasó de la superficie. Esto fue debido a la resistencia que ofrecía la corriente islámica en Irán. Para apreciar la resistencia que sufrían las concepciones políticas europeas (que intentaba imponer el régimen del Sha), basta con comprobar cómo pesaban, en la vida parlamentaria, las autoridades religiosas: la Constitución confería a los Ulemas un derecho de veto sobre las leyes votadas por la Asamblea Nacional, en el caso en que estimasen que tales leyes se hallaban

en contradicción con los santos principios del Islam.

En los territorios de civilización islámica es donde más resistencia encontró la dominación, directa o indirecta de los europeos colonizadores.

En Egipto donde la población autóctona contaba, en el seno de una gran mayoría musulmana, con una importante minoría copta, los europeos que allí residen, que eran cerca de 120.000, sólo moderadamente se habían asociado a las actividades agrícolas: únicamente 6.000 de ellos eran terratenientes y poseían en total unas 350.000 hectáreas, es decir, el 14 por 100 del suelo laborable. Pero las obras públicas y las empresas de transporte, las industrias y el comercio estaban casi totalmente en sus manos. ¿Que diferencia, sin embargo, entre los 20.000 ingleses que ocupaban los puestos de mando o de dirección oficiales, funcionarios, ingenieros, grandes comerciantes; los 14.000 franceses, entre los que se hallaban los más diversos tipos sociales, desde el gran hombre de negocios al modesto comerciante, y los 30.000 italianos (en cuyo número se contaba un gran contingente de triestinos), que eran casi todos artesanos, o los 40.000 griegos, comerciantes, detallistas, usureros o vendedores de bebida. Pero todos aquellos europeos, por humildes que fuesen, se beneficiaban de un régimen de privilegios, ya que el sistema capitular los eximía de los impuestos directos y les concedía inmunidades jurídicas.

No podemos dudar de que la presencia europea y sobre todo las iniciativas tomadas por los ingleses desde 1882, habían dado un gran impulso a la vida económica para su provecho: las obras de regadío ejecutadas durante la administración de Lord Cromer (la cual duró hasta 1907) aumentaron las superficies cultivables y permitieron desarrollar el cultivo del algodón o de la caña de azúcar, así como la construcción de vías firmes: 4.000 Kms. en 1903, en Egipto propiamente dicho, sin contar con el ferrocarril que une Alejandría a Kartum. Esta transformación sólo fue posible gracias a la aflu-

encia de los capitales extranjeros, en la cual la parte de las inversiones francesas, ampliamente preponderante hasta 1903, decayó entre 1904 y 1914, en provecho de las inversiones inglesas, valoradas a la sazón en 1.250 millones de francos-oro.

Pero tal prosperidad no mejoró la suerte de los campesinos: incluso la agravó a veces, porque muchos de los pequeños propietarios, incapaces de modificar sus métodos de producción por falta de medios financieros, fueron arruinados y desposeídos; la creación de un Banco agrícola que les proporcionaba préstamos, retrasó dicha evolución, sin suprimirla no obstante. Por otra parte, no eran los campesinos miserables quienes pensaban destruir la estabilidad política: la resistencia a la presencia inglesa sólo se manifestaba en la juventud intelectual, en la que el Partido Nacional, formado en 1904, representaba la tesis intransigente, de matiz revolucionario; mientras que el "Partido de la nación", creado en 1907, bajo la dirección de Saad Pasha Zaglul, declaró que permanecería en los caminos de la legalidad. Cromer había creído poder avenirse con la oposición "constitucional"; incluso parece ser que había animado a la iniciativa de Zaglul para burlar el Partido Nacional: tal iniciativa no tardaría en lamentarla sus sucesores. (mapa XVIII).

2- El Oriente Medio y la Primera Guerra Mundial.

A- El Imperio Otomano y la revolución árabe

La guerra de 1914-1918 debilitó gravemente la posición predominante que Europa había ocupado, durante los primeros años del siglo, en los demás continentes; al terminar su lenta convalecencia, diez años después del final de ese primer conflicto mundial, los Estados europeos no habían recobrado todavía totalmente la posición que ocupaban en 1914. Durante esta primera etapa de la decadencia de Europa, el estudio de las relaciones internacionales, es por tanto, como nunca inseparable de las transformaciones materiales, sociales, intelectuales y morales, provocadas o aceleradas por la guerra. Este trabajo no es, sin duda, ni puede pretenderlo, la historia de los contactos entre las civilizaciones. No es más que la historia de las relaciones entre los Estados. Pero en ningún momento puede dejar de buscar elementos de explicación en las fuerzas profundas del desarrollo histórico.

Ahora bien: las condiciones de trabajo del historiador son, en este período de la historia de las relaciones internacionales, mucho menos favorable que en el estudio del período anterior.

Los archivos públicos, en la mayor parte de los casos, resultan aún inaccesibles a los investigadores. Las amplias publicaciones de documentos, que permitían seguir al historiador los detalles de la acción diplomática durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX y conocer -por lo menos parcialmente- las intenciones de los gobiernos, son raras, tanto por lo que se refiere a la guerra de 1914-1918 como en lo relativo a la post guerra.

Para el estudio de la primera guerra mundial, no existe ninguna colección importante de documentos procedentes de los archivos franceses o ingleses; y la colección de documentos rusos, que proporciona valiosos datos so-

bre la política de los demás Estados de la Entente, se limita al período zarista. La publicación de documentos americanos, de interés para el estudio de la neutralidad de los Estados Unidos, únicamente aparece en un horizonte mundial durante el período de la beligerancia. Los archivos italianos y alemanes no han descubierto todavía casi nada. Los austro-húngaros sólo han sido entreabiertos a muy pocos historiadores. Por ello los estudios críticos relativos a la política de los Estados son escasos.

Se puede decir que los campos de batalla, en donde se desarrollaron los episodios de la primera guerra mundial, fueron en Europa principalmente, y en Oriente Medio. Cuando estalló la guerra el Oriente Medio era gobernado por Turquía (los jóvenes turcos), pero entre sus poblaciones no turcas había síntomas de movimientos nacionalistas e independistas, sobre todo, se manifestaron estas tendencias entre armenios y árabes, los últimos ocupan la mayoría inmensa de los territorios gobernados por Turquía. Las potencias europeas, (sobre todo Rusia, Inglaterra y Francia) aprovechaban esa oportunidad e incluso alimentaban esas tendencias, ya que su intención era repartir entre ellas dichos territorios.

Se puede decir que en las regiones del mundo de Asia, Africa y América Latina, donde los grandes Estados europeos habían establecido su dominación política o su influencia económica, los Estados en dichas regiones se mantuvieron como espectadores del conflicto, se declararon beligerantes sin participar de hecho en las hostilidades. Pero tenemos un caso aparte, en Oriente Medio, y es el caso de la revolución árabe que surgió en 1916 en territorios pertenecientes al Imperio otomano desde 1516, y que se alió con las potencias occidentales en la guerra, declarando la revolución con el fin de separarse de Turquía y conseguir para los árabes asiáticos su independencia y libertad con la ayuda de Occidente, en particular Gran Bretaña por tener más influencia política y económica en la zona, que las demás potencias, además

de ocupar Egipto y tener el control del canal de Suez y por tener la zona cercada, con la ocupación de la India. Estas razones y otras, animaron a Gran Bretaña a ponerse en contacto con los dirigentes del movimiento nacionalista árabe (poco antes de la guerra y durante la cual) pensando que en el futuro haría de estos territorios parte de sus zonas de influencia una vez separados de Turquía.

La entrada de Turquía en la guerra en favor de los países del eje le proporcionó a Gran Bretaña la oportunidad de ejecutar sus planes en la zona. Fue Turquía de los primeros países que tomaron parte en la guerra a favor de un bloque u otro. El 2 de agosto de 1914 (un mes después del estallido de la guerra) el gobierno de jóvenes turcos, dominado por Anwar Pacha, firmó un tratado secreto de alianza con Alemania y contra Rusia. El 11 de agosto autorizó a los cruceros alemanes Goeben y Breslau, perseguidos por la flota inglesa a pasar los Dardanelos, que seguían cerrados a los navíos ingleses; el 26 de septiembre cerró los estrechos a la navegación mercante, es decir, impidió el paso del material de guerra que el ejército ruso esperaba con tanta ansiedad. Pese a todo Turquía había aplazado hasta entonces su entrada en la guerra. Se decidió después de una prórroga de tres meses, el primero de noviembre de 1914. El gobierno turco estaba convencido, sin duda de que el Imperio otomano había de temer lo peor de una victoria rusa: Gran Bretaña, aunque hubiera protegido en el pasado a ese Imperio otomano contra las ambiciones rusas, se vería completamente obligada ahora a dejar actuar a Rusia si no quería dislocar la coalición. Por el contrario, los intereses otomanos no tenían nada que temer una victoria alemana; Alemania, mediante la construcción del ferrocarril de Bagdad, había contribuido a consolidar el Imperio y se presentaba ante el mundo como protectora del Islam.

En cuanto a las potencias de la Entente, ¿no intentaban aprovecharse

de las vacilaciones del Imperio otomano?

En realidad la diplomacia de las potencias de la Entente no parece muy deseosa de hacerlo. Unicamente el Gabinete inglés quería obtener la promesa de la neutralidad otomana, porque tenía un ataque contra el canal de Suez; aceptaría pues, a cambio de esa promesa, dar a Turquía una garantía de integridad territorial, valedera no solo para el transcurso de la guerra, sino para el futuro. Los dirigentes rusos estaban poco dispuestos a contraer tal compromiso, porque no quería abandonar la esperanza de conquistar algún día el acceso al mar libre y porque la guerra europea podía ofrecerles la oportunidad de realizar ese proyecto. A fines de agosto, no obstante, en el momento en que el ejército ruso acababa de sufrir la derrota de Tannenberg, en Prusia oriental, el Gobierno del zar consintió en adherirse a la política inglesa. Pero era el momento en que parecía verosímil una victoria alemana: el Gobierno otomano adoptó una actitud esquivada. Diez días más tarde, el resultado de la batalla de Marne y el fracaso de la ofensiva austro-húngara en Galitzia hicieron que ciertos miembros del Gobierno otomano dudasen de la victoria otomana; dichos miembros acogían con la mayor voluntad la oportunidad de volver a entrar en contacto con la Entente. Pero Anwar Pachá, convencido de la fuerza alemana siguió siendo fiel a las promesas que hizo en el tratado de alianza. Fue él quien, con objeto de poner fin a la resistencia de sus colegas, decidió, de acuerdo con la Misión alemana, enfrentarlos con un hecho consumado: el bombardeo de Odesa y de Sebastopol por la flota turca, cuyas principales naves eran, a la sazón, los antiguos cruceros alemanes Goeben y Breslau, que ostentaban ahora pabellón otomano. En este caso, el papel personal del hombre de Estado fue determinante.

En el Oriente Medio, donde la política alemana, tan activa antes de 1914, estaba ahora paralizada y donde Estados Unidos no tenía en tal época más que mediocres intereses económicos o financieros, eran aún las potencias

de la Entente las que tomaban importantes iniciativas para el porvenir. Sus decisiones políticas estaban determinadas por dos planes: el deseo de paralizar al Gobierno otomano que, convertido en aliado de las potencias centrales, estaba en condiciones de dirigir una acción militar, bien contra el canal de Suez y Egipto, bien contra Rusia, en la frontera del Cáucaso; la necesidad de establecer a través del territorio persa, una vía de comunicación por la que pudiesen transportarse los suministros de guerra destinados a los ejércitos rusos, durante el período invernal, cuando los comboyes marítimos no podían alcanzar los puertos del norte de Rusia: Arkángel y Murmansk.

La preocupación inmediata era favorecer la rebelión de las nacionalidades contra la dominación otomana. Mientras que la política rusa trabajaba en las regiones habitadas por armenios, la británica utilizaba el nacionalismo árabe, que había dado señales de vida a partir de 1840, y en 1904 se había manifestado con caracteres más definidos. En 1913, el Alto Comisario inglés en Egipto -Lord Kitchener- se había puesto ya en contacto con los jefes de ese movimiento, en particular el Jerife de la Meca, Hussein. Lord Kitchener era uno de los británicos más conocidos en el mundo árabe en aquél entonces pues, él es el que ocupó el Sudán y ocupó la jefatura del ejército egipcio 11 años (1889-1900), y después de pasar otros 11 años en la India como jefe general, regresó en 1911 a Egipto para ocupar ahí el distinguido rango de Alto Comisario y Cónsul General. Kitchener era conocedor y con experiencia sobre el mundo árabe, y era ansioso de extender la influencia británica hacia el este del canal de Suez, para asegurar las comunicaciones entre Inglaterra y su extenso imperio en la India. El contacto que hizo Kitchener con el Jerife, a través de sus dos cartas, representaba la primera etapa de los contactos entre Inglaterra y el Jerife, y no era más que tantear la situación en los territorios árabes al este del canal, y conocer los deseos de sus poblaciones, sin comprometerse a nada, ya que la guerra no se había es-

tallado aún. Gran Bretaña sabía muy bien que los ojos de las grandes potencias se orientaban hacia los territorios asiáticos bajo la dominación otomana, y que su apoyo al Jerife para rebelarse, sobre todo en aquellos momentos, le podía conducir a un conflicto abierto entre ellas. La entrevista que mantuvo Kitchener (por su propia iniciativa) con el hijo del Jerife, Abdallah, durante la visita de éste último al Cairo el 5 de febrero de 1914, no tuvo ningún carácter político, parece que su fin era conseguir primero la amistad y luego iniciar el contacto conseguido por sus dos cartas dirigidas al Jerife: la primera el 5 de octubre de 1914, y la segunda el 31 de octubre del mismo año. Dicha visita de Abdallah vino a celebrarse justo cuando el Jerife estaba muy disgustado con el Gobierno de los jóvenes turcos por haber mandado Istambul al Hijaz un gobernador militar (Wahib Pachá) que no ganó la simpatía del Jerife en la Meca.

La política inglesa era política adoptada a las necesidades del momento, apenas entró Turquía en la guerra, Gran Bretaña se sintió libre de sus compromisos con la Sublime Puerta, y encontró en esto una oportunidad brillante para sus ambiciones colonialistas en el Oriente Medio. Así que, continuó los contactos secretos que había iniciado Lord Kitchener, pero esta vez, quien llevó a cabo la segunda parte de las negociaciones, con los jefes del movimiento nacionalista árabe (predominantemente sirios e irakíes) representados por el Jerife de la Meca y sus cuatro hijos (Faisal, Ali, Abdallah y Zeid), era el nuevo Alto Comisario inglés en Egipto Sir Henry McMahon.

La decisión de los nacionalistas árabes en mantener contactos e intercambio de pareceres con Gran Bretaña con el fin de declarar más tarde la revolución contra sus correligionarios y poniéndose al lado de los occidentales durante la guerra, fue el resultado de un proceso de sufrimiento por el atraso, debido al estancamiento del Imperio otomano frente a los tiempos mo

dernos, y por la omisión y el mal trato que recibían los árabes de los gober-
 nantes turcos sobre todo desde finales del siglo XIX cuando los sultanes per-
 dieron fuerza real. Las relaciones entre árabes y turcos se empeoraron más
 aún con la llegada al poder de los jóvenes turcos de "la unión y progreso"
 que destronaron al Sultán Abd el-Hamid. Los cuales pensaron que la única ma-
 nera de salvar la unión del Imperio era aplicando una política nacionalista
 turca, en vez de seguir una política panislámica, lo cual no hizo más que cre-
 ar entre las poblaciones del Imperio un sentimiento revanchista, y por consi-
 guiente debilitando cada vez más su unión con sus hermanos árabes, más cuando
 pasaron a la práctica aplicando una serie de medidas despóticas en los terri-
 torios no turcos, entre ellas la imposición del lenguaje turco como oficial
 en los colegios y en la administración, en los territorios árabes, y dando me-
 nos representación a los árabes en el Parlamento de lo que les corresponde
 pues, cuando se volvió a ejercer el poder según la Constitución, se celebra-
 ron elecciones y se reunió el Majlis el 17 de diciembre de 1908, pero el nú-
 mero de representantes no correspondía realmente al tamaño de cada población.
 Se estimó que en aquel año, el total de la población del Imperio era de 22
 millones de habitantes repartidos de la siguiente manera: 10,5 millones de
 árabes, 7,5 de turcos y 4 millones entre griegos, albaneses, arminios, kur-
 dos y otros, el Majlis incluía 150 representantes de las provincias turcas y
 60 de las provincias árabes. Mientras el Senado se componía de 45 miembros,
 no incluía sino 5 representantes árabes (50), pero esta proporción se aumentó
 un poco en 1914 debido a la presión de la opinión pública. La política se-
 guida por los unionistas turcos que habían quitado el poder real al Sultán
 desde 1908, y controlaban el Majlis, tenía por objeto turquizar a los árabes
 asiáticos, en donde tenía Tutkuía poder militar ya que el norte de Africa se
 había perdido. Egipto, lo había ocupado Gran Bretaña en 1882 y Libia cayó en
 poder de Italia en 1911. A esto se suman la mayor parte de las costas de la

península arábiga, en donde Gran Bretaña hizo todo lo posible por monopolizar su control, con el fin de asegurar las líneas de comunicación con la India e impedir que llegase hasta allí la influencia de las demás potencias. Así vemos a Gran Bretaña concluir un acuerdo en 1798 con el gobernador de Muscat, y otro acuerdo en 1820 con el jeque de Bahrein a través de Compañía de la India oriental, en el cual reconoció el jeque el derecho de Inglaterra de combatir la piratería en el golfo Pérsico y aceptó en su país a un representante de Gran Bretaña dando a la vez preferencia a los comerciantes británicos. Y firmó Bretaña al mismo tiempo acuerdos semejantes con diferentes jeques, en las costas orientales de la península arábiga. Y en 1880 concluyó Bretaña un acuerdo nuevo con el jeque del Bahrein, según el cual se comprometió el jeque a no recibir ningún tipo de ayudas sino de Bretaña. El año 1891 concluyó otro acuerdo con el Sultán de Muscat. En suma Bretaña había impuesto su protectorado sobre las costas de la península desde el puerto de Adén a Hadramaut, y las costas surorientales, Oman, y el Bahrein. Y al final concluyó otro acuerdo en 1899 con el jeque del Kuwait, para contrarestar la influencia alemana e impedir la instalación de centros que pudieran servir de base para los alemanes en el golfo Pérsico. Viéndose los jóvenes turcos de esta forma, que no quedaba bajo la influencia de Turquía sino el interior de la península arábiga y la costa de Hijaz, con Siria e Irak intentaron estrechar allí la mano por temor a que se perdiera al igual que el resto del mundo árabe. De ahí viene la explicación de su política que en la realidad no sirvió sino para dar mal resultado, contrariamente a lo deseado. El Gobierno otomano en los territorios árabes desde 1516 era justificado por la religión, siendo musulmanes los turcos, los árabes no resistían su gobierno al revés, se les miraba como hermanos, pero cuando los jóvenes turcos después de tomar las riendas del poder empezaron a gobernar de manera racial, lo cual suscitó entre los árabes como respuesta, un fuerte sentimiento

to nacionalista, aunque ese sentimiento había dado señales pocos años antes. Así los árabes imitando a los turcos, en crear sociedades abiertas y secretas, a pesar de la ley del 23 de agosto de 1909 que prohibía la formación de sociedades y partidos de tinte nacionalista-político, habían formado los árabes en Istambul en 1910 "la tertulia Literaria" un lugar para reunirse los de habla árabe que vienen a la capital del Imperio, con el fin de defender los derechos árabes y elevar su nivel. Esta tertulia ayudó a reforzar el espíritu nacionalista y difundió entre la juventud los principios semíticos, en Istambul y fuera. Participaban en dichas reuniones hombres grandes del mundo árabe, en las que daban discursos y conferencias, y poco después se abrieron delegaciones en las diferentes ciudades árabes. Quedó funcionando hasta 1915, cuando los unionistas turcos acabaron con ellas, y mandó Yamal Pasha al jefe de esa tertulia, Abd el-Kerim al-Kalil a la horca.

Las sociedades secretas han jugado un papel decisivo en animar el sentimiento nacionalista árabe, pues, frente a la sociedad "la Turquía joven", nació "la joven árabe", y frente a la "El Compromiso" nació en el lado árabe otra "El Compromiso". Las dos eran secretas, la primera para civiles y la segunda para militares, los cuales eran enrolados en las filas del ejército turco. La "Joven árabe", fue creada en París en 1911, y hasta finales de la guerra no pasó su número de 60 miembros, en su mayoría de Siria Natural (Siria, Jordania, Libano y Palestina), su fin era liberar los territorios árabes de la dominación otomana a través de todos los medios (51). En 1913 se trasladó su sede a Beirut, y después de iniciada la guerra fijó su sede en Damasco.

La otra sociedad "El Compromiso" la fundó Bikhashi Aziz Ali al-Masri en Istambul el año 1913, junto con varios oficiales árabes del ejército. Su fin era conseguir una autonomía para los países árabes dentro del Imperio otomano. La mayoría de sus miembros eran irakíes y sirios, y tenía dos dele

gaciones: una en Bagdad y la otra en Mosul. Reunía entre sus filas a 315 del total de 490 oficiales árabes que servían en aquel entonces en Istanbul. Hubo otras sociedades de menor importancia como "el partido de la administración otomana no centralizada", que la fundaron varios sirios cultos en el Cairo. Reclamaban una autonomía entre los Estados del Imperio a la manera de Estados Unidos de América. Pero varios de sus miembros que fueron descubiertos sufrieron la persecución y la sentencia de muerte.

Ante la crítica situación que atravesaban las relaciones turco-árabes, varias sociedades y agrupaciones nacionalistas árabes decidieron tratar el asunto en el Congreso de París del 18 al 23 de junio de 1913, en el cual asistieron delegaciones de Siria, Egipto, residentes en Francia y emigrantes árabes de Estados Unidos y Méjico. Este Congreso reclamó al Gobierno turco, poner en práctica un programa de reforma y reorganizar las relación del Gobierno centralista con las provincias, con el fin de reforzar el Estado otomano no para separarse sino para tener una autonomía dentro del Estado. La importancia de este Congreso reside en el hecho de sacar la cuestión del ámbito nacional al internacional, al comunicar los resultados del Congreso a los Gobiernos amigos de Turquía a fin de presionar sobre ella. Y después de negociaciones con el Gobierno de Istanbul los árabes consiguieron parte de sus reclamaciones.

De lo anterior se deduce que no todos los nacionalistas reclamaban la independencia total, y que había un sector grande entre ellos que sólo pensaba en conseguir la autonomía sin separarse de Turquía. Durante los dos primeros años de la guerra y hasta junio de 1916, los árabes estaban aún del lado de Turquía aparentemente, pero en su interior estaban a la expectativa sin tomar ninguna decisión que disgustara a Turquía, esperando ver si el Gobierno de Istanbul hiciese algo práctico por mejorar las relaciones que estaban en su punto muerto. Y cuando Turquía decidió atacar al ejército inglés

en el canal de Suez, pidió refuerzos al jerife de la Meca, el cual no se lo negó. En el ataque turco que fracasó y que se llevó a cabo bajo el mando de Jamal Pacha el 2 de febrero de 1915, participaron los árabes al lado de los turcos. La verdad es que el jerife estaba entre la espada y la pared, pues no quería aparecer ante el mundo islámico como un insurrecto que rompe la unidad islámica del Imperio, y le era difícil echarse en brazos de occidente. Y por ese motivo por lo que esperó algún tiempo antes de tomar la decisión, incluso la opinión general entre la población árabe era reconciliadora con los turcos que estaban en guerra con Occidente, y veían que el deber de hermandad les exige solidaridad con Istanbul, pero a la vez esperando que los turcos hiciesen algo positivo por ellos, para acabar con su atraso y su omisión. Se puede decir que los árabes durante los dos primeros años de la guerra, olvidaron la resistencia violenta pero no las reclamaciones, y lo que les animó más tarde a declarar la revolución fue cuando del mal trato, sin consideración llevado a cabo por Yamal Pacha, perdieron toda esperanza, como veremos más adelante.

Gran Bretaña, que vigilaba el curso de los acontecimientos, estaba bien informada sobre el deterioro de las relaciones turco-árabes. Aprovechó la coyuntura, esta vez decidida a explotar la situación favorable, empujando al jerife a la rebelión, entreteniendo a Turquía en otro frente, aliviando así la presión que ejercía en el frente ruso. Esa necesidad era urgente sobre todo después de los infructuosos ataques aliados a Gallípoli el 25 de abril de 1915, que no se coronaron con el éxito, para controlar los Dardanelos. Así, bajo esas nuevas circunstancias, Gran Bretaña decidió negociar un acuerdo con el jerife. Esa segunda parte de las negociaciones las llevó a cabo el Alto Comisario británico en Egipto, Sir Henry MacMahon en representación de su gobierno, ayudado por otros diplomáticos ingleses, como el coronel Gilbert Claiton, Alto Comisario en el Sudán y Mr. Ronald

Stors, el Secretario de la Alta comiseria en Egipto, y otro funcionario. Las negociaciones secretas son la correspondencia que se compone de diez cartas que intercambiaron Sir Henry McMahon y el jerife de la Meca, el cual en 1915 era el que tenfa practicamente en sus manos el gobierno de Hijaz, más que el Wali turco, sobre todo aumentó su poder después del cambio del Wali Wahib Bek por el pacífico Galeb Pacha. También el jerife en aquel tiempo era la figura que más fama tenía política y religiosa entre los árabes por eso cuando mandó su primera carta a McMahon no pensaba sólo en su responsabilidad en el Hijaz y la península arábica, sino como el portavoz de todos los árabes asiáticos, sobre todo después de que los nacionalistas árabes de Siria aceptaron su jefatura y echaron a sus hombros la responsabilidad de conducir a los árabes hacia la unión e independencia. Los árabes no podían conseguir esos dos objetivos sin el apoyo exterior, por eso decidió el jerife, sus hijos y los jefes nacionalistas buscar ese apoyo internacional con ayuda financiera indispensable. La elección cayó sobre Gran Bretaña de entre las potencias aliadas y eso era lo más natural porque Bretaña era la potencia que más presencia tenía en la zona: en Egipto, en el Sudán, en Aden, en el golfo Pérsico y en Basora, y gozaba de buena reputación entre las poblaciones árabes en general, al revés que Francia, que su manera de gobernar brutalmente en Túnez y Argelia le dió mala reputación, y mejor reputación que Rusia, conocida por su odio declarado al Islam.

La fuerte presencia de Bretaña, en la zona y la clara debilidad del Imperio otomano, hicieron que los jefes nacionalistas creyeran que la victoria en la guerra sería para Bretaña y sus aliados, y por eso los árabes no deben por lo tanto, seguir con los brazos cruzados en este conflicto, esperando la venida de nuevo amo para gobernarles en vez del actual amo que su sol está inclinándose, sin reparo. Y a pesar de que los británicos estaban a mediados de 1915 a la defensiva en Egipto, y los turcos se ha-

bían apoderado del sultanato de Lahaj, a principio de julio de 1915, amenazando al mismo Aden, y a pesar del fracaso de la campaña de Gallípoli, y las pocas victorias de la campaña del Irak, el jerife creía que la larga espera podría producir una catástrofe, y que era necesario un contacto serio esta vez con el Gobierno británico, y saber de cerca sus verdaderas intenciones hacia los árabes con seguridad.

No hay lugar a dudas que la campaña de terrorismo y detenciones que inició Yamal Pacha (52) en Siria, desde abril de 1915, convenció a los sirios de las malas intenciones de los jóvenes turcos hacia los árabes, y veían que eran capaces de hacer una revolución exitosa en Siria, en colaboración con el Hijaz. Todo eso dió motivo al jerife a dejar de esperar y controlar, para iniciar el contacto con Bretaña. La primera carta dirigida por el jerife desde su residencia en Taif a Sir McMahon fue fechada el 2 de ramadán de 1333, correspondiente al 14 de julio de 1915. En esta carta que muchos la describieron como la "Magna Carta" de los árabes se redactó de acuerdo con la Carta de los nacionalistas en Damasco, y su importancia reside en el hecho de que fue para los árabes la base, desde la cual empezaron las negociaciones entre las dos partes interesadas. En ellas se pusieron los deseos árabes y las condiciones que ellos querían para llegar con Bretaña a un acuerdo.

El jerife escribió la carta en nombre de la nación árabe de Asia, en calidad de jefe espiritual y político de ellos. Las condiciones incluidas en ella (53), se pueden resumir de la siguiente manera: han decidido todos los árabes conseguir su libertad absoluta para gobernarse a sí mismos. Y porque ellos prefieren la ayuda británica más que otra cualquiera, y sienten que esa ayuda sirve los intereses británicos, por lo que exponen las siguientes condiciones básicas para concluir el acuerdo entre las dos partes, dejando las cuestiones secundarias para futuras negociaciones:

- 1- Que Gran Bretaña reconozca la independencia de los territorios árabes, con las siguientes fronteras: Norte, la línea de Marsin-Adana, Urfa, Mardin, Mediat, Yezirat ibn Amru, Imadiah, hasta las fronteras del Irák, al Este, la frontera con Irán, hasta el golfo de Basora, al Sur, el océano Indico, (salvo Aden que quedara de momento bajo control británico), al Oeste, el mar Rojo y el Mediterráneo hasta Marsin. Y que Gran Bretaña reconozca un califato árabe.
- 2- La colaboración de las dos partes, para enfrentar cualquier fuerza extranjera que pudiese atacarles, y no se hace la paz, sino con el acuerdo de las partes aliadas.
- 3- El gobierno del jerife reconoce la preferencia de Gran Bretaña en todas las empresas en los territorios árabes.
- 4- Las dos partes mantienen contacto en caso de que uno de ellos esté en guerra con un tercero.
- 5- Reconoce Bretaña, la anulación de las Capitulaciones extranjeras en los territorios árabes. Y que ayude al gobierno del jerife, en invitar a un congreso internacional para ratificar esa anulación.

La Carta ofreció en realidad, unas condiciones, demasiado generosas, a cambio de reconocerles su independencia y ofrecerles una ayuda de material bélico. Aceptó dar a Bretaña preferencia en todas las empresas económicas y aceptó cualquier ayuda, sólo de Bretaña durante quince años. Pues, el jerife, percataba que el Estado independiente en el que piensa una vez acabada la guerra, necesitará la ayuda de otro estado avanzado, debido a su atraso tecnológico. Y por eso ofreció a Bretaña que tomase a su cargo la ayuda en las empresas económicas, en el futuro estado que incluirá todos los territorios árabes de Asia. Está claro que el jerife imaginaba una relación lo más cerca de una estrecha alianza, en la cual Bretaña ayudará en consulta y expertos en los campos de la economía, ciencia, tecnología y militar, en una vasta zona, con importancia estratégica enorme.

En opinión de los funcionarios ingleses en Egipto la carta del jerife incluía dos puntos básicos:

- 1- Propuesta de un tratado con Gran Bretaña.
- 2- La consideración del jerife como portavoz de la nación árabe en la península arábiga, Siria e Irak. Y que es el jefe del estado árabe (54).

La respuesta de Sir McMahon (después de consultar con el ministerio británico de exteriores), se envió al jerife el 30 de agosto de 1915, en la que comunica al jerife "el deseo de su gobierno en que las poblaciones árabes se independicen y mira con satisfacción la declaración del califato árabe". Y agregó, que la cuestión de las fronteras del futuro estado, mejor dejarla para después, alegando que la mayor parte de los territorios indicados aún se encuentran bajo la dominación turca.

En realidad, la primera carta de McMahon, indica que Gran Bretaña no dió más que una promesa abstracta, sin responder a los detalles expuestos por el jerife. Por eso vemos que el jerife dirige la segunda carta el 9 de septiembre de 1915, en la que manifiesta su preocupación por las respuestas ambiguas sobre la cuestión de la frontera que para él ocupa un papel muy importante, y diciendo que esa cuestión representa para nosotros "nuestra vida material y moral", y es una exigencia del pueblo árabe. En la segunda carta de McMahon el 24 de octubre de 1915 (55) comunica al jerife que su gobierno "excluye de los territorios indicados por el jerife, las dos provincias de Marsin y Escanderona y la costa que cae al oeste de Damasco, Homs, Hama y Alepo, es decir, (la parte noroeste de Siria, incluido el Líbano)". También señaló en su carta que "El gobierno británico sin tocar los intereses de su aliado, Francia, está libre de actuar en las zonas de influencia suya, y dentro de las cuales puede comprometerse lo siguiente:

- 1+ Teniendo en cuenta las anteriores modificaciones, Gran Bretaña está dispuesta a reconocer la independencia árabe y apoya esa independencia en to-

das las provincias restantes que reclama el jerife.

2- Que Gran Bretaña protege los lugares santos de toda agresión exterior.

3- Cuando permitan las circunstancias Gran Bretaña proporciona a sus aliados árabes los consejos necesarios y les ayuda a crear cuerpos administrativos adecuados para las distintas provincias.

4- Los expertos y funcionarios europeos para ayudar a formar la administración serán ingleses.

5- En cuanto a las dos provincias de Bagdad y Basora, los árabes reconocen que Gran Bretaña tiene allí una situación e intereses especiales, que requieren especiales medidas administrativas, con el fin de proteger esas provincias de cualquier agresión extranjera y para el bienestar de sus poblaciones y para proteger nuestros intereses económicos comunes".

La verdad es que el jerife y los árabes, veían en Bretaña un aliado impuesto por las circunstancias, en la que habían depositado su ilimitada confianza. Pero se deduce de las cartas de McMahon, que Bretaña, tenía sus propios planes para la zona, de común acuerdo con Francia desde 1912, lo que pasa no se lo descubría a los árabes, y lo que quería era ganar tiempo. Su objetivo inmediato era conseguir que el jerife declarase la revolución contra los turcos. De esta forma ganaría tres cosas: primero, abre en esta zona vital nuevo frente contra Turquía que alivia los frentes en Europa y sin tener que mandar tropas inglesas; segundo, rompe la unidad islámica (56); tercero; aplicará a sus planes colonialista de manera más fácil, una vez acabada la guerra y los árabes solos sin defensor ni medios para impedirlo por la fuerza. Y por esa razón por lo que Bretaña se limitó a dar promesas abstractas, dando McMahon vueltas en sus cartas para evitar entrar en detalles, escapando con habilidad diplomática a las aclaraciones que le pedía el jerife. Lo cierto es que los negociadores árabes carecían de los trucos de la política, no practicaban la diplomacia de la palabra elegida cuidadosamente. Les fal-

taba la malicia de la experiencia.

Pero, a pesar de las promesas generales de Bretaña, hay una cosa esencial, y que es el reconocimiento de la independencia de esos territorios que trazó el jerife en su primera carta con excepción de la zona litoral noroeste de Siria. Y el reconocimiento del jerife como jefe político y espiritual del futuro estado independiente.

Siria había cobrado una importancia estratégica, desde el inicio de la guerra, debido al cerco marítimo que habían impuesto las potencias aliadas a las costas del imperio, tanto las del Mediterráneo como las que rodean la península arábiga. Por eso al gobierno turco no le quedaba otro medio de comunicarse con sus provincias árabes en la península y el Irak, sino las vías terrestres a través de Siria. Esa eventualidad obligó al gobierno turco a cuidar y proteger esta zona vital, a través de un gobernador militar con excepcionales poderes para poder organizar las cuestiones administrativas y económicas de acuerdo con las exigencias de la guerra. Pero la política dura que siguió Yamal Pasha, quien designó el gobierno turco para Siria, era brutal debido a su despotismo. Sus soldados invadieron los dos consulados de Francia e Inglaterra, en Beirut y Damasco, entre los documentos que llegaron a su poder encontró algunos nombres de nacionalistas árabes que habían hecho contacto con dichas potencias. Dichas personalidades fueron detenidas con otras y Yamal Pasha les presentó a juicio, sin tardar en ejecutar a once de ellos en Beirut, el 21 de agosto de 1915. El segundo grupo de ejecutados a la vez, fue en Damasco y en Beirut, el 6 de mayo de 1916. También deportó 300 familias de diferentes lugares de Siria y las mando a Anatolia, por motivos políticos.

Ante esa política represiva, acompañada de una negativa frente a las reivindicaciones árabes, vió el jerife en el suelo sus últimas esperanzas por un arreglo amistoso con los jóvenes turcos. Todo eso precipitó la deci-

sión tomada por el jerife y los jóvenes nacionalistas (57) en declarar la revolución que empezó en el Hijaz el 10 de junio de 1916. Bretaña no ofreció ninguna ayuda, hasta después de la declaración de la revolución y después de varios meses cuando estaban avanzadas las operaciones, y en estado bastante crítico por la falta de armamento, municiones y dinero.

Antes de entrar en el tema de las operaciones militares de la revolución, conviene echar una vista a la política británica en la zona, en aquellos momentos, sobre todo en la península arábiga para ver las circunstancias en que nació. Al mismo tiempo que la diplomacia británica negociaba con el jerife, estaban sus representantes haciendo otras negociaciones con otros príncipes. Su estrategia era negociar con varios jefes o príncipes por separado (58), sin tratar con uno solo, y así no habrá unión entre ellos y por lo tanto no habrá peligro que amenazasen sus intereses. El gobierno británico de la India trabajaba para extender sus influencias en la península arábiga, creyendo poder aplicar allí una administración semejante a la de la India. Pues, después de que la campaña de la India ocupó Basora en noviembre de 1914, firmó varios tratados con los jefes locales. El Alto Comisario en Basora, Sir Bersi Cooks después de entrar en negociaciones con el príncipe Abd el Aziz ibn Saud se firmó un tratado de amistad el 26 de enero de 1915, en el que reconoce Bretaña a ibn Saud como príncipe del Najd, el Ihsa, el Gatif y sus costas, es decir, el corazón y el este de la península, ya que ibn Saud había incorporado el Najd, el Ihsa en la primavera de 1913 que pertenecía a los turcos. También el Gobierno británico de la India se comprometió a ayudarle contra quien atacara su principado y protegerle, mientras ibn Saud se comprometió a no establecer contactos con ninguna otra potencia y seguirlos consejos de Bretaña sin conceder privilegios contra la voluntad de Gran Bretaña. Y no intervenir ibn Saud en los asuntos del Kuwait, Bahrein, Katar, Oman y el resto de los pequeños principados del golfo

que las incluye el protectorado británico. En cambio Bretaña le ofreció 20.000 guineas en el acto, con mil rifles que necesitaba con crítica ur gencia, y empezaron a pagarle desde entonces 5.000 guineas mensuales has ta marzo de 1924.

Ibn Saud era el principal rival de el jerife en la península. Los dos se habían chocado varias veces militarmente, debido a que ibn Saud ejercía una política de expansión, que chocaba no sólo con el jerife, sino con la mayoría de los principados a su alrededor. La familia de al-Rashid gobernantes de Hail (al Oeste de Najd y al Este de Hijaz), son enemigos tradicio nales de los ibn Saud y partidarios de los turcos, con los cuales chocó Abd al-Aziz en la batalla de "Yrab" el 24 de enero de 1915, acaecidas en el Ga sim, sin resultado victorioso para ninguna de las dos partes. En esta bata lla encontró la muerte el capitán británico Shexpir.

Por otro lado, el gobierno británico de la India, extendió su influ encia desde Aden hacia Asir (suroeste de la península), y con su gobernante Al-Idrisi firma otro tratado de amistad el 30 de abril de 1915, en el que se comprometió Gran Bretaña a ayudar al Idrisi y protegerle, dándole una ayuda financiera a cambio de no tratar con ninguna otra potencia que no sea Bretaña. En el fondo este tratado no se diferencia del que concluyó el Gobierno de la India ocho meses después con Abd al-Aziz ibn Saud. Su fin era empujar al Idrisi a hacer la guerra a las tropas turcas acantonadas en Asir. Reunió ejército de beduinos y atacó a los turcos en el "Luhaila", pe ro no pudo inflingirles derrota, y los turcos siguieron manteniendo sus po siciones en Asir, hasta finales de la guerra.

Otros tratados de amistad hizo el Gobierno británico de la India con los jefes locales de Basora, a través de su representante allí, Sir Versy Cocks y cuando el jerife decidió hacer la revolución contra los turcos, in tento unir los príncipes árabes de la península. La respuesta del Idrisi

el 15 de marzo de 1916, fue positivo. Mientras el vecino de Idrisi era enemigo de éste, el Imam Yahya del Yemen. El Imam odiaba a los europeos, no se sentía seguro de ellos, y no confiaba en ellos, tampoco quería tener con ellos ninguna relación. Los príncipes árabes de la península se dividieron en dos grupos: ibn Rashid y el Imam yahya, se pusieron al lado de los turcos durante la guerra, sin firmar tratados con Gran Bretaña, mientras los clientes de los británicos eran : al-Idrisi de Asir, ibn Saud de Najd y al-Ihsa, y el jerife del Hijaz. Y así vemos que todas las zonas pobladas de la península arábiga, estaban a finales de 1915, a través de una serie de tratados, bajo el protectorado del Gobierno británico de la India, salvo el Hijaz, el Yemen y el principado de ibn Rashid.

Durante las negociaciones de McMahon con el jerife, los negociadores británicos no habían informado al jerife de los acuerdos por separado con los demás príncipes, él no estaba informado de ello. Y sólo sabía de los tratados británicos con el Kuwait y el Bahrein. Y sabía poco de los contactos que los funcionarios británicos habían mantenido en el Cairo y Bagdad con varias personalidades representativas del movimiento nacionalista. Todos estos contactos y acuerdos los llevó a cabo Gran Bretaña a espaldas del jerife. Tampoco sabía acerca de los acuerdos secretos entre Bretaña y Francia, antes y durante la guerra, acuerdos que tenían como fin el reparto territorial de la zona, entre ellas. Pero el desengaño del jerife era enorme, cuando empezó a enterarse de ello durante las etapas finales de la guerra, fue allí cuando se dió verdadera cuenta del engaño y la traición, hechos por quien creía firme y leal aliado.

En la primavera de 1916, estaba el jerife Hussein ocupado por los preparativos secretos de la revolución que pensaba declarar a principios del verano (julio o agosto) para dar tiempo a los beduinos y campesinos, recoger la cosecha y asegurarse en cuanto a víveres. Pero varios factores nue-

vos le hicieron adelantar la fecha: primero, la campaña que mandó Yamal Pacha el 2 de abril de 1916 al Yemen, temió que el verdadero fin de la campaña sea él mismo, segundo, las órdenes de Yamal de ejecutar al segundo grupo de los nacionalistas el 6 de mayo de 1916 al mismo tiempo en Damasco y Beirut, tercero, la petición hecha por Yamal al jerife para mandar voluntarios que participen en el segundo ataque que pensaban hacer los países del eje contra las tropas inglesas estacionadas en el canal de Suez. Por todo esto el jerife decidió iniciar las operaciones, aunque durante los meses de abril y mayo siguió colaborando con los turcos para disimular los preparativos.

La revolución fue declarada oficialmente por el jerife en la ciudad de Meca, en la madrugada del 10 de junio de 1916. Con voluntarios beduinos sin adiestramiento a la guerra moderna y con simple armamento de fusiles rudimentarios empezó las operaciones. El ejército turco en el Hijaz se componía en su totalidad, de poco más de 12.000 soldados armados con modernos rifles, y provistos de artillería, bajo el mando de oficiales muy bien entrenados. En el Medina había una fuerza turca que sobrepasaba los cuatro mil soldados, bajo el mando de Fajri Pasha, un oficial valiente y decidido. En el Taif, había 3500, bajo el mando de Galeb Pasha, con diez cañones. En Meca, la fuerza militar turca sobrepasaba 1200, bajo el mando de Darwish Bek, provisto de 20 cañones. Mientras la fuerza de Yeda se componía de 2600 soldados, con 20 cañones y 15 metralletas. A parte de las pequeñas fuerzas acantonadas en Yanboo, Alwayh, varias estaciones del ferrocarril y otros lugares militares.

Es una fuerza considerable sin lugar a dudas y lo que le hace más peligrosa y eficaz todavía, es la línea del ferrocarril que la comunica con Siria e Istanbul, a través de esa línea se le facilita la llegada de armamentos, municiones, víveres, y tropas de refresco de una manera regular y segura. A toda esa considerable fuerza, se va a enfrentar el jerife con voluntarios beduinos y varios centenares de voluntarios que recibieron sencillos

entrenamientos, sin tener ni un solo oficial cuando empezó la revolución. Pero, eso demuestra la audacia y la decidida voluntad para enfrentarse a los peligros y peores probabilidades, con el fin de conseguir la libertad y la independencia.

La primera ciudad entre las del Hijaz en rendirse fue Yeda el 16 de junio de 1916, después de una lucha de cuatro días. El 29 de junio, es decir, diecinueve días después llegó la ayuda británica desde Egipto, a través del mar Rojo, con dos cañones, alguna cantidad de municiones y tres mil fusiles. Meca fue la segunda ciudad en rendirse, el 9 de julio. Taif, se rindió el 22 de septiembre, y así los árabes en un mes y medio casi controlaban la mayor parte de Hijaz. También arrancaron a los turcos varios puntos militares en la costa del mar Rojo, con ayuda de la armada británica (Laiz el 23 de junio, Alcuñfuda el 8 de julio, Yanboo el 27 de julio y Am-lay el 1 de agosto). Pero el éxito arrollador que consiguieron los árabes en Yeda, Meca y al-Taif, no les acompañó en al-Medina al-Munawara, debido a que esta ciudad estaba comunicada por el ferrocarril con Damasco y a través del cual le llegaban todos los pedidos necesarios para la guerra. Y a pesar del intento de Faisal, a través de su campaña contra al-Medina, no pudo tomarla, y sufrió una derrota a manos de Fajri Pasha que le hizo retroceder, con el otro ejército dirigido por su hermano Ali, Así pues, pudieron los turcos rechazar este ataque conjunto, y mandó a Fajri que arreglara los veinte kilómetros del ferrocarril que había arrancado el ejército de Faisal al norte de Medina. Esta era la única ciudad del Hijaz que quedó en manos de los turcos, gracias al ferrocarril y que siguió en manos del Fajri hasta dos meses después del armisticio de Medros el 30 de octubre de 1918 entre los aliados y Turquía. La resistencia de al-Medina durante toda la guerra, vino a ser el resultado de la valentía de Fajri Pasha y sobre todo del fracaso árabe en destruir la línea del ferrocarril. La

cuestión del ferrocarril Damasco-al Medina, era de suma importancia en las operaciones. Los árabes no han podido destruir la línea, sino sólo interceptarla momentáneamente y en algunos determinados puntos, tampoco sus aliados ingleses lo habían hecho a través de alguna campaña de incursión desde el Mediterráneo según les pidió el jerife durante las negociaciones con McMahon. La importancia del ferrocarril era esencial, tanto para los revolucionarios por destruirlos, como para los turcos por conservarlo como vía de aprovisionamiento para las provincias del sur del imperio. Por eso vemos que la mayoría de las batallas libradas fuera de las ciudades, se libraban alrededor de esa línea ferroviaria vital.

La declaración de la revolución por el jerife, ha sido un golpe muy duro para el prestigio y la reputación de los turcos, pues él es descendiente del Profeta, y príncipe del Hijaz y responsable de los lugares santos del Islam. Gozaba de prestigio en el mundo islámico entero, casi de la misma importancia del Califa. El hecho de ponerse en contra de Turquía, al lado de los enemigos del Califa, era de por sí un hecho de suma peligrosidad para la unidad del mundo islámico, y por eso no es de extrañar ver que el gobierno turco intentase, no perder tiempo en sofocar dicha revolución. Y sin ahorrar esfuerzos, Yamal Pacha, mandó refuerzos de hombres y armamentos con destino a al-Medina, a pesar de su ocupación en los preparativos para la segunda campaña contra el canal de Suez (59). Y de manera muy rápida aumentaron las fuerzas al mando de Fajri a 14000 hombres en septiembre, con artillería y cuatro aviones.

El 1 de julio salió un decreto firmado por el Sultán, en el que se destituye al jerife Husein, y se nombra para la Meca un nuevo jerife de la misma familia de Husein, Alf Haidar, el cual llegó a al-Medina el 1 de agosto, pero sólo permaneció allí seis meses, luego regresó en enero de 1917 al Líbano donde permaneció un año y medio, antes de regresar a Istanbul.

Después de que la revolución cobró fuerza, con la caída del Taif y el éxito de la peregrinación, aceptó el jerife la decisión de los ulemas del Hijaz y los jefes sirios que se encontraban allí el 29 de octubre de 1916, en declarar oficialmente la constitución de un estado árabe que reúne a Siria, Irak y la península arábiga, y en nombrar al jerife Husein "rey de los Estados árabes". Su hijo Abd allah, en calidad de ministro del exterior del gobierno nuevo (60), pasó una nota comunicando el hecho a los representantes de las potencias aliadas en Yeda, pidiéndoles el reconocimiento oficial de la nueva situación. En su nota decía el príncipe que la nueva decisión se tomó por los siguientes motivos: 1- Como contestación a las propagandas turcas contra el jerife en el mundo islámico (decían que el jerife se había entregado a los ingleses) demostrando que el jerife es completamente independiente y que los aliados reconocen la independencia de los países árabes. 2- El jerife tomó el título de "rey de los Estados árabes", para que esto reforzara el sentimiento árabe y por lo tanto animara a muchos indecisos a enrolarse en las filas de la revolución, a la vez contenta las ambiciones de los nacionalistas que reclaman la fundación de dicho Estado árabe.

Se sorprendieron los británicos, por no haberles consultado antes de dar el paso. Y después de alguna indecisión se emitieron las instrucciones al coronel Wilson para dar las felicitaciones al jerife y notificarle que Gran Bretaña está manteniendo consulta con sus aliados sobre el tema, debido a que la derrota total del enemigo, no se ha producido todavía. Y después de mutuas conversaciones entre Gran Bretaña y Francia, se acordaron en reconocer al jerife sólo rey del Hijaz, tratándole con el título de "Señoría" y no "Su Majestad" (61).

La no aceptación de la revolución árabe entre los musulmanes de la India, Egipto y Libia, se debe al sufrimiento de los egipcios e indios de la ocupación británica, y el sufrimiento de los libios de la ocupación italia-

na. Por eso era natural que ese mal sentimiento se extendiera al jerife y su revolución aliado de las potencias occidentales.

Una vez empezó la revolución, los británicos en Egipto y el Sudán, empezaron a coordinar con el jerife, mandando al gobernador de la zona costera del Sudán, el coronel Wilson a Yeda el 24 de junio, para estudiar las necesidades del momento y ver las posibilidades de ayuda. El cual se convirtió pronto en el jefe de la misión diplomática de Bretaña en Yeda. Se quedó en su puesto hasta 1920, cuando la enfermedad le obligó a regresar a su país (62). McMahon, no felicitó por el inicio de la revolución hasta después de la rendición de Yeda y ver, que estaba en marcha. Mandó su telegrama de felicitación el 23 de junio. La ayuda británica siempre ha sido limitada. Lo que interesaba a los británicos en primer lugar, es que el jerife declarara la revolución, la cual en sí les interesaba poco, sólo mientras sirviera sus intereses y en sus negociaciones intentaban siempre empujar al jerife en la dirección que coincidiera con sus intereses en la zona, sin hacerle ver sus verdaderos planes. Y cuando pedía aclaraciones sobre algunos puntos se le esquivaban con astucia diplomática ó si se veían muy apurados, no respondían las cartas. Negaron suministrar a la revolución con cañones modernos y cuando se lo ofreció Francia e Italia, Inglaterra no le permitió aceptar la oferta por temor a que las demás potencias le pudieran hacer la competencia. Así, de esta forma, ni ofreció los cañones que necesitaban sus aliados, ni permitió que se los suministraran terceros. Su ayuda, tanto financiera como militar ha sido siempre limitada, y eso se debe a que los ingleses temían que la revolución pasara los límites trazados por ellos a priori: El gobierno británico de la India no dejaba ocasión en la que no mostraba su preocupación por la fundación de un estado árabe unido que pudiese amenazar en el futuro la seguridad de la India. La segunda razón de esas ayudas limitadas, proviene de que Gran Bretaña había hecho

un acuerdo inicial sin detalles antes de la guerra para repartir la zona con Francia, cosa que choca con los intereses de la revolución y con las promesas dadas por Bretaña a sus aliados árabes.

Gran Bretaña no llevó a cabo una campaña, desde el Mediterráneo, a través de Siria (como se acordó) para destruir el ferrocarril y así impedir a que los suministros llegasen a al-Medina, y por lo tanto su rendición sería más fácil para el ejército árabe, poco equipado. Bretaña no dió este paso porque Francia que tenía ambiciones de dominar a Siria rechazó el plan, al no tener allí tropas que pudieran hacer con las tropas inglesas una operación conjunta en la provincia de Eskenderona y negó que Bretaña lo hiciera sola, por temor a que perjudicase sus intereses.

Debido a que la línea del ferrocarril quedó a salvo, Fajri Pacha se hizo fuerte en al-Medina y pasó de la defensa al ataque y pudo alejar a las tropas árabes del ferrocarril, empujandoles hacia las montañas que asoman al mar Rojo. Esta situación se prolongó por cuatro meses (desde septiembre hasta enero de 1916), y el peligro por la revolución era cada vez más grande. Se generalizó la creencia de que Fajri probablemente atravesara las montañas tomando Rabeg y a través de la costa siguiera su marcha hacia el sur para reconquistar la Meca y sofocar la revolución en sus primeros meses. Pero debido a que las tropas turcas de al-Medina no podían asegurar las vías de comunicación en su retaguardia, no tomó Fajri tal decisión, a pesar de que lo habían probado y fracasó el intento porque los beduinos atacaban siempre sus líneas en la retaguardia. Tampoco podían los turcos asegurarse de agua suficiente para ellos y para sus bestias, en una zona árida y calurosa. Y por esa razón que era la más importante no se animó Fajri Pasha a marchar sobre la Meca (63), y limitó sus esfuerzos a proteger al-Medina y la línea del ferrocarril que lo une con Damasco por el norte, a través de Jordania. Esta nueva situación alivió a los ejércitos

Árabes que cercaban al-Medina: 1- El del Sur bajo el mando del príncipe Alf con sede en Rabeg. 2- El del Este bajo el mando del príncipe Abdallah en el valle del Iss. 3- El del Norte bajo el mando del príncipe Faisal, con sede en Yanboo. El total de esos tres ejércitos era aproximadamente de 25 a 30 mil combatientes, entre ellos menos de dos mil soldados entrenados, el resto son voluntarios beduinos.

Los británicos mandaron algunos oficiales para ayudar al coronel Wilson en Yeda, en su calidad de consejero de la revolución. Entre ellos el capitán Garlnd que voló el primer tren, el cual entrenó varios soldados árabes acerca del uso de los explosivos, el coronel Newkemp, el meyyar Juis, el coronel Dafenbort y el meyyar Hornby. Mientras que Lawrence llegado al Hijaz a principios de octubre de 1916 (con el grado de capitán y llegó a coronel en un año y medio), es el que más fama tuvo de entre sus compañeros y jefes que participaron en las operaciones durante la revolución. Lawrence era uno de los oficiales del servicio secreto que trabajaba en Egipto por dominar el lenguaje árabe y por conocer los países árabes, formaba parte del buró árabe en el Cairo. Más tarde se designó como oficial de enlace entre el Alto Comisario y el príncipe Faisal, jefe del ejército árabe.

El mando del ejército árabe al ver el peligro que representaba Fajri Pacha se limitó, decidió su marcha hacia el norte, dejando claro está al-Medina sitiada. Y lo primer que cayó, era la pequeña ciudad costera de al-Wajh el 24 de enero de 1917, después de que la armada británica la bombardeó. La nueva estrategia árabe convenció a los turcos de que no podían marchar sobre la Meca, pero decidieron en cambio mantener al-Medina bajo su dominio, para conservar su prestigio frente al mundo islámico. Esto les costó dejar 25 mil soldados estacionados en un campo marginado: 14 mil en al-Medina y 11 mil alrededor de Maán (Sur de Jordania), para proteger la línea ferroviaria entre Maán y Medina.

Acaba, era el siguiente objetivo en los planes del ejército. Es la ciudad portuaria, del extremo sur de Siria, y en la punta norte del mar Rojo. El Faruki, uno de los oficiales árabes al servicio de la revolución, declaró después de una reunión con el jerife, que el fin de éste era actuar en dos frentes, el primero político y es el reconocimiento de él por parte de los aliados; el segundo militar, y era reunir el número más grande de oficiales que se pueda y soldados árabes de los campos de prisión (64), con el fin de formar con su ayuda un ejército regular para marchar sobre Siria lo antes posible.

A finales de junio de 1917, estaba el Hijaz en manos de los árabes (salvo la ciudad de al-Medina), y la segunda etapa en los planes operativos era liberar a Siria. Y después de la victoria en la batalla de Abu al-lasan, el 2 de julio, el ejército de Faisal, con la participación de los principales tribus del sur de Siria (Ruwala, Huwaitat y Beni Saker), siguió su marcha hacia Acaba. La cual se rindió el 6 de julio de 1917, con 600 muertos entre los turcos y 780 prisioneros, entre 35 oficiales.

La rendición de Acaba, justo después del fracaso del general Moray por tomar Gaza en marzo, le cayó al general Allenby como un buen augurio, Allenby consideró que la caída de Acaba en manos de los árabes aliados suyos, fomentaría la revolución en Siria oriental y por otro lado será un factor de enorme ventaja para la marcha del ejército inglés en Egipto, hacia Siria desde el Sur, a través de Palestina.

A partir de la caída de Acaba, los responsables británicos en Egipto, decidieron que las operaciones del ejército de Faisal, estén dentro de la responsabilidad del ejército del general Allenby después del consentimiento del jerife, para coordinar los planes militares en el campo sirio, ya que el ejército árabe salió del Hijaz y se encuentra en Siria. Se encargó de la misión de enlace desde entonces a Lawrence, y a partir de allí cobra la fa

ma.

Mientras el ejército de Faisal, libraba las batallas con los turcos en el sur de Siria, arrancándoles varias ciudades (Shobak, Wadi, Musa y Wahaida), alrededor de la famosa estación del tren, Maán, durante el otoño de 1917, el ejército británico bajo el mando del general Allenby, había conseguido arrolladoras victorias sobre los turcos en el sur de Palestina. Cayeron en sus manos las ciudades de Gaza, Bir al-Sabe y Yafa, en el mes de noviembre, y se preparaba para marchar sobre Jerusalén.

Los dos ejércitos iban geográficamente hablando, de una forma paralela, el inglés vino por el oeste, de Egipto atravesando Palestina y el árabe vino del sur, del Hijaz atravesando Jordania. El punto de convergencia acordado en el norte era la ciudad de Damasco.

En el frente oriental la ciudad de Tafilá, cayó el 14 de enero de 1918, y aunque los turcos intentaron reconquistarla, su intento fracasó al igual que en Acaba. Mientras el ejército británico, después de tomar Jerusalén el 10 de diciembre de 1917, siguió su marcha tomando Jericó el 21 de febrero de 1918 y luego al-Salt el 30 de abril. Los dos ejércitos se encontraron en Dara que cayó el 27 de septiembre de 1918, después de un ataque masivo de Allenby que comenzó el 19 de septiembre contra los dos ejércitos turcos (el séptimo y el octavo), para poder luego entrar en Damasco. El ejército árabe formaba el ala derecha del ejército inglés, el cual entró en Damasco la madrugada del 1 de octubre, mientras las fuerzas británicas entraban en la ciudad desde otro punto. Alepo, la última ciudad árabe en el extremo norte en manos de los turcos, se rindió el 24 de octubre de 1918 y con ello la guerra turco-árabe se acaba y desde allí empiezan los árabes la lucha diplomática contra Bretaña y Francia cuando descubren las verdaderas intenciones de sus aliados. El general Allenby, en su primera entrevista con Faisal el mismo día de la toma de Damasco, no le había mencionado nada acerca de los

acuerdos secretos de Bretaña con sus aliados, acuerdos muy perjudiciales para los árabes y hechos a espaldas del jerife, como el acuerdo franco-inglés Sykes-Picot el 5 de enero de 1916, que tiene como fin la repartición de los países árabes entre las dos potencias. Y la promesa Balfour dada por el gobierno británico a los judíos sionistas el 2 de noviembre de 1917, con el fin de que establezcan en Palestina un Hogar Nacional. (mapa XIX).

B- Los territorios árabes y las potencias occidentales.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, los árabes estaban hartos del gobierno y el mal trato del gobierno de los jóvenes turcos, deseando quitar este yugo y acabar con el sufrimiento. Y al ver que sus intentos por llegar a un arreglo con los turcos no surtieron efecto, empezaron a pensar en rebelarse. Pero, sin armamento y dinero no se hace la guerra y las dos cosas no las tenían. Cuando Gran Bretaña ofreció su ayuda por boca de McMahon los árabes se animaron y pensaron que Bretaña puede ser el salvador, pero pronto y durante la guerra se dieron cuenta de que el apoyo no era masivo, sino limitado y Bretaña no quiso aclarar la cuestión de las fronteras del Estado árabe, independiente del futuro. Había excluido durante las negociaciones Hussein-McMahon, la zona litoral de Siria (desde el Líbano en el sur, hasta la frontera con Anatolia).

Cuando empezó la guerra, muchos políticos de las grandes potencias decían "es la guerra, y todo se justifica por ganarla" (65). Con esta lógica oportunista entró el gobierno británico con los árabes en negociaciones y concluyó los acuerdos. Y con la misma lógica entró, para hacer otros acuerdos con el gobierno francés y con los judíos, que contradicen el fondo de sus acuerdos con sus aliados, los árabes: el primero de esos acuerdos, es el que lleva el nombre de los dos delegados que la elaboraron y que son: Sir Mark Sykes representante de Bretaña y el monsieur George Picot de Francia.

La cuestión del reparto de los territorios que pertenecen al "hombre enfermo" ocupaba el pensamiento de los hombres de estado, en las grandes potencias desde principios del siglo XIX. La política de equilibrio internacional y el miedo a que el reparto diera lugar a una guerra general, eran motivos de que la vida del Imperio otomano se alargase. Pero, el estallido imprevisto de la guerra, puso a las grandes potencias frente a los hechos consumados y acabó por lo tanto con esas precauciones. Y no quedó para los aliados (Gran Bretaña, Francia, Rusia) otro remedio que llegar a un acuerdo para dividir sus territorios entre ellos.

Rusia temió el rápido derrumbamiento otomano, antes de saber lo que le toca de la herencia, el 4 de marzo de 1915, mandó una nota a los dos gobiernos de Bretaña y Francia pidiendo que Istambul y los Estrechos sean suyos una vez acabada la guerra. Los dos gobiernos aceptaron la petición rusa, al no tener otro remedio, y parece que eso animó a Francia a proponer el 14 de marzo entablar conversaciones con Bretaña sobre los intereses de los estados en los territorios otomanos y señaló que tiene la intención de agregarse para ella a Siria y Kilikia, alegando que Siria, según su opinión abarca Palestina, hasta las fronteras con Egipto. Pero Bretaña no determinó nada sobre la propuesta francesa (sobre todo porque Rusia se opuso a la petición francesa en lo que toca a Palestina), y negó que Palestina pudiera ser incluida en la zona de influencia francesa, y que el futuro de ese país debe ser objeto de negociaciones especiales, por ser muy importante, tanto para los conflagrantes como para los neutrales debido a que incluye los lugares Santos.

Las ambiciones de Francia, en Siria, se remontan a mucho tiempo atrás, pues sus relaciones con la Sublime Puerta, siempre se ejercían sobre la base de que ella era la protectora de los cristianos católicos, mientras Rusia jugaba el papel de protectora de los cristianos ortodoxos. En 1860-61, Francia

desembarcó algunas fuerzas en la costa del Líbano, con el pretexto de proteger a los cristianos de las matanzas, y sus políticos aprovechaban toda ocasión para declarar que esta zona tiene para ellos una especial consideración. Cuando Sir Edward Gray (ministro del exterior), declaró el 5 de diciembre de 1912, al embajador francés en Londres, que Bretaña no tiene ambiciones en Siria, aprovechó el primer ministro francés Boankara en aquel entonces para comunicárselo al Congreso francés, y consideró Francia esa declaración de Gray como aceptación de Bretaña en cuanto a las ambiciones francesas en Siria.

Mientras el gobierno británico y sus fuerzas habían ocupado Beora, veía que las ambiciones de las grandes potencias en los territorios otomanos, no debe impedir la constitución de un estado islámico en esa zona. Y aceptó en este sentido el gobierno británico una propuesta que expuso Sir Edward Gray en marzo de 1915.

Esta política fue impuesta, naturalmente, por el hecho de que cerca de cien millones de musulmanes estaban bajo la dominación británica en aquél tiempo.

La propuesta francesa quedó pendiente, hasta el otoño de 1915, cuando aparecieron nuevas cuestiones a resolver. De un lado estaban allí las ofertas del jerife para concluir una alianza con Bretaña, a cambio del reconocimiento de un Estado árabe, formado por la península arábiga, Siria natural e Irak. De otro lado las reivindicaciones francesas y las ambiciones de la propia Bretaña. Todo eso exigía soluciones para las tres partes. Así, pues, propuso Gray el 21 de octubre de 1915 al embajador francés en Londres que designase Francia un representante especial para empezar las negociaciones entre los dos Estados sobre la cuestión de Siria. Esta propuesta tuvo lugar al día siguiente del telegrama que mandó el mismo Gray a McMahon, dándole facultades para responder la segunda carta del jerife, aclarándole algunas inquietudes el 24 de octubre de 1915.

Los franceses designaron a monsieur Francois George Picot (ex-cónsul de Francia en Beirut), como delegado en las negociaciones, en aquél tiempo era primer secretario en la embajada francesa en Londres. Picot se reunió con la comisión británica dirigida por Sir Arther Niklson, encargado permanentemente en el ministerio de exteriores. En la primera reunión celebrada el 23 de noviembre de 1915, explicó Niklson los contactos de su gobierno con el jerife en ganar a los árabes para el lado de los aliados, y propuso a Francia dar a los árabes en la zona que se designare por ella, promesas semejantes a las que les dió Bretaña "en cuanto a la independencia árabe", pero Picot dijo "que su gobierno puede hacer eso y rechazó para Francia, Siria y Palestina, desde los montes del Taurus, hasta la frontera con Egipto, en el sur, salvo los Santos Lugares y las zonas de Mousul, Kerkuk y Deir al-Zur, y agregó que Francia no aceptará absolutamente dar a los árabes la independencia...". Pero Picot en la segunda reunión celebrada el 21 de diciembre, dijo que después de muchas gestiones consiguió que su gobierno aceptase que las ciudades del interior de Siria (Damasco, Hims, Hamah y Alepo), estén dentro de la zona que administran los árabes bajo el control francés, y que su gobierno aceptó este sacrificio por el deseo de separar a los árabes de los turcos (66).

Durante las negociaciones, regresó del Cairo Sir Mark Sykes, al que se encargó de discutir los detalles con Picot, porque la comisión de Niklson tenía otros trabajos. Sykes reafirmó a Picot sobre la necesidad de flexión hacia los árabes, porque la negativa a sus reclamaciones, puede alinearlos al lado de los turcos y el resultado puede ser el aniquilamiento de los cristianos en Siria, y así, pierde Francia el único pretexto que necesita para reclamar estos territorios, y que si los árabes se alinean con los unionistas turcos, serán mucho más peligrosos que si estuviesen bajo el gobierno del jerife"seguirán con sus querellas unos con otros, como es de cog

tumbre" (67).

Sykes, sabía muy bien que los árabes rechazarían estos planes. Se aliaron con Bretaña para liberarse de Turquía, y lo lógico es que no van a aceptar otra dominación, lo que querían era la ayuda para conseguir su libertad e independencia, eso lo sabían muy bien los británicos a través de sus conversaciones con los jefes del movimiento nacionalista árabe y a través de las negociaciones con el jerife. Y lo peor del caso, que Sykes intentaba coordinar entre los intereses de los árabes y los intereses del colonialismo, que son absolutamente inherentes. Y para colmo gastó mucha actividad para dar promesa a los judíos sionistas para tener a Palestina como Hogar Nacional, sabiendo él mismo muy bien que los árabes, musulmanes y cristianos lo rechazarían categóricamente (68). Esta política contradictoria que no tiene ninguna explicación sino aplicar la ley de la jungla, la ley del más fuerte. Se dice que este hombre era "la fuerza impulsiva principal, detrás de la política del gobierno británico en el Oriente Medio durante la guerra" (69). Y así, dió Sykes la solución que el gobierno británico buscaba, e hizo que los políticos británicos creyeran poder converger entre sus ambiciones, los de Francia y de los árabes. El acuerdo entre las dos potencias era necesario antes de atravesar el ejército inglés el canal de Suez, en su campaña hacia Palestina y Siria. Después del fracaso aliado contra los turcos en la península de Gallipoli, Inglaterra decidió reunir bastantes fuerzas en Egipto. Y allí cuando se levantaron sospechas entre los franceses, que se preguntaban si esta acumulación de fuerzas británicas, lejos de los campos principales de batalla en Europa, era porque su aliado tenía la intención de apoderarse de Siria sin contar con ellos. De aquí salió a luz la necesidad de llegar a un acuerdo con Francia, sobre Siria, y al mismo tiempo asegurar la alineación de los árabes con los aliados.

No es necesario entrar aquí en los detalles de las negociaciones entre

Sykes y Picot acerca de Siria, pero basta decir que el acuerdo se hizo según la idea de Lord Kitchener y propuso una zona árabe en el Sur con lazos amistosos con Bretaña única y exclusivamente, y una zona en el medio, parte de ella bajo gobierno británico directo (Basora, Acre y Haifa), y otra parte sólo bajo control británico, y finalmente una zona en el Norte, parte de ella bajo gobierno francés directo (la costa siria y Kilikia), mientras otra parte bajo control francés (Siria interior y el Mousul). El propósito de este cinturón en el Norte, es para servir la estrategia británica tradicional que recomienda no tener fronteras comunes en Asia entre Bretaña y Rusia (lo mismo hizo Bretaña en el Irán), y esto es el motivo más importante por el que Gran Bretaña cedió a Francia toda la zona Norte que llegaba hasta Mousul, desde el Mediterráneo.

El resultado de las reuniones Sykes-Picot fue una nota que pusieron el 5 de enero de 1916, con el título "La cuestión árabe", en la que exponen los deseos de las tres partes implicadas, diciendo que la coordinación entre esos deseos exige el descubrimiento de una "Solución intermedia", y recomendando ellos dos a las partes interesadas que "sigan una reconciliación mutua". En marzo de 1916 fueron Sykes y Picot a Rusia con el fin de negociar con el tercer aliado, sobre las zonas que piensan repartir. El resultado fue un completo acuerdo, en el que cada potencia de las tres reconocía a las otras dos, las zonas que les corresponden, y se consideró al acuerdo Sykes-Picot, parte de este acuerdo global. Y el 16 de mayo de 1916, mandó Gray una nota al embajador francés en Londres, avisándole de la aceptación definitiva del gobierno británico sobre el acuerdo. Las condiciones más importantes del acuerdo son:

1- Constituir un estado árabe independiente, bajo la jefatura de un árabe en la zona (A) que incluya las ciudades de (Mosul, Alepo, Hamah, Homs y Damasco), y la zona (B) que incluya (Kerkuk, Transjordania, Necab y Acaba). Reco

nocen tanto Francia como Bretaña este Estado y lo sostienen, con la condición de que haya para Francia en la zona (A) y para Bretaña en la zona (B), la prioridad de las empresas y ofrecer ellas los empleados y consejeros "siempre de acuerdo con la petición del gobierno árabe".

2- La costa siria desde Eskenderona en el Norte, hasta Tiro en el Sur (zona azul), queda bajo el gobierno directo de Francia. Mientras que las dos provincias de Bagdad y Basora (zona roja) queda bajo el gobierno directo de Bretaña. Cada una de las dos potencia, puede constituir en su zona la forma de gobierno que desee "de acuerdo con el gobierno árabe".

3- Se constituye en Palestina, una administración internacional (zona negra), de acuerdo con Rusia, el resto de los aliados y el jerife de la Meca.

4- Tendrá Bretaña para ella los dos puertos palestinos de Haifa y Acre.

En la realidad este acuerdo no representa en su alma más que el deseo del imperialismo antiguo en sus peores facetas, porque lo concluyeron los dos estados de acuerdo con sus intereses y ambiciones, sin tener en cuenta los deseos de las poblaciones de estas zonas y sus derechos y ambiciones nacionalistas. El Irak por ejemplo, se puso bajo tres formas de gobierno y Siria Natural se dividió de manera que sus diferentes provincias quedan bajo cinco formas de gobierno (70). Mientras que el estado árabe independiente se privó del mar y que debe pedir ayuda a Bretaña en su mitad Sur y de Francia en su mitad Norte. No hay lugar a dudas de que este acuerdo entre las dos potencias contradice la letra y el espíritu de las promesas que dió Bretaña a los árabes, y que Bretaña sabía eso y se lo callaba, a pesar de las declaraciones de los políticos británicos después de que el acuerdo se elaboró de acuerdo con los árabes. No supo el jerife nada acerca del acuerdo Sikes-Picot, a través de Bretaña, y cuando Yamal Pasha ofreció a los árabes la reconciliación durante la guerra avisó en su carta a Faisal sobre el mencionado acuerdo, que salió a la luz cuando los bolcheviques publicaron en el periódico Esvestia el 8 de

noviembre de 1917, el contenido de varios tratados secretos en los que el govierno zarista habia formado parte y el acuerdo Sikes-Picot lo publico el 21 de noviembre de 1917. Y cuando el jerife pidio en su momento aclaraciones al gobierno británico, el cual desmintió la noticia y dió seguridades de que no existia tal acuerdo, temiendo los ingleses en aquel momento que el jerife cambiara el sentido de la revolución, poniendose al lado de los turcos. El jerife supo del acuerdo con seguridad a mediados de 1918, cuando se publicaron sus detalles en el periódico francés "el futuro". Los ingleses pusieron en conocimiento a los franceses acerca de sus acuerdos con el jerife de una manera general, sin comunicarle los detalles y sobre todo la negativa del jerife (rey del Hijaz) a reconocer a otra potencia la zona que no sea Bretaña. Y el ministro de la India, empujado por su deber, llamó la atención del ministro de exteriores en una nota rápida que mandó el 28 de febrero de 1916, recordandole el contenido de la carta del jerife del 1 de enero de 1916, en la que indicaba -el jerife- sobre las costas sirias diciendo, "es imposible cualquier facilidad que pudiera dar a Francia u otra, una palma de las costas de aquella zona", y se preguntaba -el ministro de la India- si el ministro de exteriores no ve la necesidad de poner en conocimiento de Francia, aviso sobre las oposiciones terminantes del jerife en cuanto a las reclamaciones francesas. Y expresó el ministro sus temores de que el gobierno británico pudiera ser atacado en el futuro por su mala intención, si siguen adelante las negociaciones con Francia, sin comunicarle la opinión de la tercera parte (71). Pero el Ministro de exteriores, prefirió por lo visto, cerrar los ojos y no comunicarle a Francia la oposición del jerife, como hizo lo mismo con el jerife, sin poner en su conocimiento las verdaderas ambiciones de Francia y su completo consentimiento con ello.

-Las conversaciones de Sykes en Yeda: A principios de 1917 los gobiernos de Bretaña y Francia sintieron que la situación militar empezó a incli

narse a su favor en el Levante, y que el ejército británico posiblemente podría atravesar las líneas turcas en Gaza y Bir al-Saba, lo cual daría como resultado la retirada turca de toda Siria. Y para que la actividad política no se quede atrás, sino que siga a la par con los triunfos militares, decidieron los dos gobiernos mandar dos misiones políticas, una británica presidida por Sykes, y la otra francesa presidida por Picot para ser integradas al ejército británico, con el fin de hacer contactos con las poblaciones, acercando los puntos de vista y preparando la mentalidad (que era completamente negativa a la ocupación extranjera) para aplicar en su día el acuerdo secreto Sykes-Picot. El 6 de marzo, el ministerio de exteriores comunicó al Alto Comisario en el Cairo sobre la proximidad de la llegada de la misión pidiéndole avisar al jerife para mandar un delegado suyo para participar en los trabajos de la misión, agregando que Sykes entablará conversaciones con los jefes sirios residentes en el Cairo. La opinión de Clayton en el Cairo de que no existe allí ningún sirio de peso político suficiente con quien se pueda negociar, por eso recomienda que Sykes escuchase las opiniones de personalidades sirias en Egipto sólo para esclarecer. Y en cuanto al rey Hussein la dificultad reside en que "no sabía nada acerca del contenido del acuerdo Sykes-Picot", y se preguntaba Clayton, que si la necesidad no obligaba a comunicarle al jerife por lo menos sobre las líneas generales del acuerdo, antes de pedirle un delegado. Porque si se enterara de que las dos potencias habían hecho acuerdos sin su conocimiento, y antes de la llegada de la misión "va a creer que no fue tratado por su aliado, Bretaña, adecuadamente como lo exige la sinceridad y la amistad" (72).

El Alto Comisario en Egipto Sir R. Wingate, mandó un telegrama al ministerio diciendo "El rey no ha sido notificado hasta ahora acerca del contenido del acuerdo Sykes-Picot", por eso hace falta seguir uno de dos caminos: ó se le notifican las líneas generales del acuerdo ó se queda el acuerdo

en secreto y se le dice al rey que la comisión va a analizar de nuevo el futuro de Siria. Pero el ministerio respondió que es suficiente notificarle que el objeto de la Misión, es ayudar al general Muray "en sus relaciones con las poblaciones al Este del canal de Suez", y que no hace falta dar al rey una impresión de que se va a analizar de nuevo el futuro de Siria. (73) Mientras el coronel Wilson (representante de Bretaña en Yeda), presentó una recomendación: "Se debe decir al jerife, lo más que se pueda, en cuanto al verdadero fin de la Misión" (74). La recomendación de Wilson no se tuvo en cuenta y el rey fue comunicado a través de una carta que mandó Wingate el 19 de marzo, diciendo, en vista que los turcos fueron expulsados del Sinai, los dos gobiernos, de Bretaña y Francia, designaron dos oficiales políticos para ayudar al jefe general británico en sus relaciones con las poblaciones al Este de la frontera egipcia, y que los dos gobiernos piden al rey que elija su representante para acompañar a esa Misión política.

El rey creía que esta misión venía con el fin de esclarecer y oír las opiniones de la población y como sabe que todo el mundo anhelaba la independencia y la libertad, veía que el resultado natural sería la aceptación por parte de la misión. Por eso le vemos expresando su alegría por la llegada, diciendo que "esto demuestra que Gran Bretaña desea verdaderamente ayudar a la nación árabe y sostenerla...", y dijo que iba a elegir un representante, el jerife Chaker ben-Zeid ó el jerife ben-Rayeh, pero al final eligió a su hijo el príncipe Zeid.

Así vemos que al jerife no se le descubrió el verdadero fin de la misión Sykes-Picot. Pero parece que el jerife Hussein oyó algo de eso a través de uno de los oficiales árabes, que había oído del oficial inglés Newcamp, varios días atrás algo acerca del verdadero fin de la misión.

El 21 de marzo Wilson mandó una larga carta a Clayton en la que pidió que se le dijese al jerife el verdadero fin de la misión, advirtiéndole que la

confianza del jerife en Bretaña se va a debilitar si descubre después que el verdadero fin es la repartición de Siria. Y dijo Wilson que el arreglo de las cuestiones sirias no debe concluirse a espaldas del jerife, ya que él es muy digno de la confianza de Bretaña, diciendo "yo siento con seguridad que nos arrepentiremos mucho en el futuro si no somos completamente francos en todo el tema... Por Dios! seámos rectos con el hombre mayor, estoy seguro que segaremos el resultado de nuestra rectitud al final" (75). Pero la voz noble y honesta de Wilson se quedó como un grito en un valle, y prefirió el ministerio británico de exteriores, seguir el método ambiguo, cegándose con vueltas y rodeos.

Estaba el jerife inquieto por la ambigüedad que rodeaba al asunto, escribió a Wilson diciendole que deseaba reunirse con él para analizar varios asuntos, a la cabeza, la cuestión de los territorios del noroeste de Siria.

En su reunión con Wilson el 9 de abril, el jerife le pidió que Bretaña confiase en él, como él en ella, señalando los cimientos sobre los cuales se levantó el movimiento árabe, después preguntó sobre los acuerdos con el gobierno británico "que le da toda Siria y Bagdad, mientras Basora queda temporalmente con Bretaña a cambio de pagarle una ayuda financiera". Pero Wilson le respondió de que su misión sólo era ayudarle en las cuestiones militares y que él no sabe acerca de los acuerdos ni de las cuestiones de la alta política de su gobierno esta respuesta escapatoria no bajó la moral del jerife que dijo "Si el gobierno británico ve que es conveniente modificar el acuerdo original con él, con el fin de quitarle parte de los territorios que considera él suyos, según el acuerdo, pues, no puede él obligar a Bretaña a ser fiel en sus compromisos, pero que toda su causa se va a derrumbar, y no verá mas salida que retirarse completamente del movimiento" (76).

En su segunda entrevista con Wilson, expresó el jerife su deseo de reunirse con el propio Sykes, invitándole a Yeda. Los funcionarios británicos han visto en la petición una ocasión provechosa, en la que Sykes pudiera tener la oportunidad de tranquilizar al jerife y a los árabes.

La llegada de Sikes y Picot al Cairo en la segunda mitad del mes de abril, fue acompañada de una propaganda por parte de los franceses. Picot vino a la cabeza de una delegación grande, con la que se reunió con sirios y libaneses informándoles "que los países aliados eligieron a Francia como tutora del Líbano". Dicha declaración tuvo un eco muy fuerte entre los sirios por ser la primera declaración abierta, que descubre un plan de países extranjeros con la intención de apoderarse de parte de sus territorios.

El ministerio de exteriores por su parte dió ordenes a Sykes para reunirse con el jerife dentro de las siguientes instrucciones:

- 1- Tranquilizar al jerife acerca de las instrucciones de Francia en el interior de Siria. Aceptó Picot de que en esa misión se encargara Sir Mark Sykes.
- 2- Aclarar al rey, que a pesar de la decisión de los aliados, en sostener las ambiciones de la nación árabe, pues, no se puede imponer la autoridad del rey Hussein a la gente si ellos no lo desean, y que el hecho de agrandar la autoridad jerifiana, debe ser acompañado con la aceptación de las poblaciones interesadas.
- 3- Aclarar en lo que toca a la zona de Bagdad, mientras deseamos reforzar el adelanto árabe y la prosperidad del país, conservaremos para nosotros la autoridad política y militar que exigen nuestros intereses estratégicos y comerciales.

Las instrucciones implicaban también, la idea de que, si la visita de Sykes tuviese éxito, entonces podría preparar otra visita acompañado de Picot, y entonces "se podrá dar detalles completos sobre la parte del

acuerdo (Sykes-Picot) que toca la constitución de una unión árabe o Estado independiente" (77) Y para que la visita sea exitosa, se decidió que Sykes transmitiera al rey Husein un mensaje de buenos deseos y animación del rey Jorge, y comunicarle la decisión del gobierno británico de aumentar la ayuda financiera que será en su totalidad de 200.000 guineas.

La reunión de Sykes con el jerife, fue en Yeda el 5 de mayo de 1917. Durante la cual el rey expresó sus temores y dijo a Sykes:

- 1- Si la independencia árabe no es segura, temería el que las siguientes generaciones le atacarían de haber hundido el último Estado islámico, sin fundar otro que le sustituyera.
- 2- Si Francia ocupase Siria, se le atacaría por engañar a los Sirios, empujándoles a la revolución contra los turcos para luego entregarles a una potencia extranjera.

Sykes comunicó luego a su gobierno el resultado de la reunión y que él aclaró al rey la necesidad del arreglo ó el entendimiento franco-árabe. Consideró que su visita tuvo éxito y decidió regresar al Hijaz con Picot. Dicha visita se llevó a cabo el 19 de mayo de 1917.

Esta primera reunión del jerife con Sykes y Picot juntos, y después de presiones por parte de Sykes, aceptó el jerife para Francia en el noroeste de Siria una colaboración sólo a través de mandar expertos, consejeros y preferencia en las empresas, es decir, que Francia tendrá influencia en la zona sin ocuparla, una situación en la imaginación del jerife semejante a la de Bretaña, según el acuerdo que hizo él con McMahon. La verdad es que ellos iban preparando el terreno poco a poco según sus planes, sin descubrirle nada acerca de sus verdaderas intenciones, tampoco le hablaron del acuerdo escrito entre ellos.

Así se acabaron las negociaciones del verano de 1917, sin resultado, sin entendimiento o sinceridad. Y siguió el jerife creyendo que Gran Breta-

ña respetará el espíritu de acuerdo concluido con él y lo ejecutará una vez acabada la guerra.

-La declaración Balfour: Desde finales del siglo XIX un grupo de judíos fundaron un movimiento que reclama la abertura de las puertas de Palestina para la emigración judía, con el fin de constituir allí una identidad propia, y empezaron a llamarse "sionistas". Las reclamaciones de los sionistas se fundan en la Santa Biblia, de que el Dios (Yahvé) les prometió Palestina como tierra de ellos. Y a pesar de que esta teoría se contradice con la creencia cristiana, de que esa promesa se transmitió a los cristianos después de la venida de Jesucristo y no a los judíos que se negaron a reconocer las enseñanzas del Señor, a pesar de ello, algunos cristianos en Europa y en Estados Unidos (en especial los protestantes, y de entre ellos en particular los calvinistas), aceptaron sus pretensiones, influenciados por la Biblia más que por el Evangelio, y empezaron a ofrecerles ayuda y ánimo creyendo que de esta forma lo que hacían era ayudar a cumplir la promesa de Yahvé, el Dios de los judíos.

No es aquí donde nos ocuparemos de la cuestión palestina, sino más adelante, pero bastará decir que Palestina, era el corazón de los países árabes e islámicos desde hacía catorce siglos. Incluye el tercero y el cuarto de los Lugares Santos del Islam (Jerusalén y Hebrón). Y no hay lugar a dudas de que un alto porcentaje de la población en 1917, descendían de sus antiguos pobladores que la habitaban antes de la primera invasión hebrea durante y después de ella, viviendo en ella generación tras otra, a pesar del cambio de invasores y conquistadores hasta la llegada de los árabes musulmanes, a principio del siglo VII, cuando se transformó en territorio islámico desde entonces.

Cuando el ministro de exteriores británico, Balfour, emitió su declaración prometiendo Palestina a los sionistas, su población era alrededor de

700.000 habitantes, de ellos 60.000 eran judíos. En 1920 un cálculo oficial consideraba el número como de 65.000, mientras otro informe de la administración militar poco antes les había considerado alrededor de 55.000.

¿Entonces cuáles son los motivos que empujaron al gobierno británico a dar este paso peligroso emitiendo esta declaración?. Las informaciones que se tienen hasta ahora indican los siguientes motivos:

- 1- Las ambiciones imperialistas de Gran Bretaña y la creencia de algunos de sus políticos de que constituyendo en Palestina una agrupación judía que debe su existencia a Gran Bretaña, constituirá una base fiel que ayude a proteger el canal de Suez y asegurar la vía con la India y el extremo oriente.
- 2- La revolución bolchevique y la caída del imperio zarista (Marzo de 1917), animaron al gobierno británico a creer, que puede deshacerse del acuerdo concluido entre él y los de Rusia y Francia, en cuanto a internacionalizar Palestina, para convertirlo en un protectorado británico con la ayuda de la influencia judía internacional.
- 3- La creencia religiosa de los judíos de que Palestina es la tierra prometida, jugó un papel importante en la cuestión, hasta se dijo que Loyd George "era un hombre que se puede decir que la Biblia lo hizo (78).
- 4- Han tenido las relaciones personales del judío Chaim Weitzmann, con Loyd George, bastante influencia en la emisión de la Declaración. Weitzmann, había inventado "el asiton", materia necesaria para fabricar explosivos, por lo que Loyd quiso gratificarle este invento, hasta dijo él mismo "el asiton me condujo al sionismo". Balfour también era un hombre muy influenciado por lo que decía la Biblia sobre los judíos, además de tener Weitzmann sobre él "influencia personal bastante grande" (79).
- 5- La creencia de algunos políticos británicos que "era de los asuntos vitales ganar la simpatía y las inclinaciones del grupo judío" (80), para ganar

el apoyo de los judíos estadounidenses y rusos en aquel tiempo de la guerra.

6- La intensa actividad de los sionistas en las capitales de las grandes potencias, convenció a Gran Bretaña de su influencia y su efecto y de la importancia que pudo acarrear su postura al lado de los aliados. Convencieron más al gobierno británico, sobre todo, cuando consiguieron la aceptación de las tres potencias interesadas en Palestina: Los Estados Unidos (17 de octubre de 1917), Francia (4 de junio de 1917) e Italia (81).

7- Los sionistas han trabajado por explotar el sentimiento humano, en muchos políticos británicos, de ellos Mark Sykes, sin descubrir sus verdaderas intenciones, diciendo que no querían para ellos más que un centro espiritual en Palestina.

De esta forma, bajo estas circunstancias emitió el gobierno británico la Declaración, el 2 de noviembre de 1917, la cual tuvo un efecto mayor que cualquier otro documento en la historia moderna del oriente medio. Por el cual se han producido desde entonces, una serie de acontecimientos peligrosos y que es difícil prever su fin en el futuro, Y no se conoce jamás que el gobierno que emitió esa promesa, haya consultado a los árabes, sus aliados y compañeros de arma en la Primera Guerra Mundial, o haya pedido la opinión de alguno de los hombres distinguidos al menos en los países árabes. Traicionó el gobierno británico a sus aliados durante la misma guerra. La Declaración incluía una carta dirigida por Arther Balfour, (ministro de exteriores), al jefe judío Lord Rotchild, y de allí lleva la declaración el nombre del ministro, pero su texto es el siguiente: "El Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío, y hará todo lo que pueda para facilitar la puesta en práctica de este objetivo, y entendiéndose que no se deberá hacer nada que pueda acarrear perjuicios para los derechos civiles y religiosos de los que disfrutaban las comunidades no judías que habitan actualmente en

Palestina, ni tampoco para los derechos y status políticos que gozan los judíos en otros países".

La verdad es que uno queda imposibilitado de encontrar en las literaturas de los pueblos del mundo entero una expresión semejante tan inhumana que la de Balfour, en la que describe a los 93% de la población de Palestina como "Comunidades no judías habitan actualmente en Palestina". En la Declaración, el gobierno británico ignoró la población autóctona. Mientras mencionó a los judíos por el nombre, señaló a la población árabe que es el 93 por 100 diciendo "las comunidades no judías en Palestina". Y por esa razón, la Cámara de los Lores se negó a aceptar el protectorado. Un escritor británico honesto describió esta declaración fielmente diciendo "se emitió de forma ilegal, despótica y se escribió de manera engañosa, y es el documento más vergonzoso que el gobierno británico haya puesto la mano encima, desde que la memoria pueda acordar" (82).

La oposición más conocida, a la Declaración se produjo por dos personalidades: el primero, es Edwin Montagu miembro de la comunidad judía de Gran Bretaña, secretario de Estado para las Indias, el cual veía que es británico del principio al fin y que se opone a la doble lealtad igual que a la mezcla entre la creencia religiosa y la nación. Mientras que el Lord Curzon advirtió a sus compañeros que la expresión "Hogar Nacional" significa "Estado Nacional" y que la actividad en esa dirección lleva consigo grandes peligros agregando "El país no puede además acoger a todos los judíos del mundo, a parte de que los palestinos no van a dejar sus propiedades para convertirse en cortadores de leña y cargadores de agua para la nueva clase gobernante": Pero Lloyd George y Balfour consiguieron convencer al resto de los miembros del Gabinete y así se emitió la Declaración criminal "Es la decisión más imprevista tomada por nuestro país en toda nuestra historia"

En el mismo día de la Declaración, dirigió el ministerio de exteriores un telegrama, avisándole a Wingate en el Cairo del hecho y pidiéndole que "ejerza control minucioso sobre las críticas en la prensa, para impedir la rabia en los sentimientos árabes" (84).

No pudo la prensa egipcia, debido al fuerte control militar, tratar los objetivos latentes detrás de la Declaración, como no pudo destacar la importancia de este asunto tan delicado y perjudicial para los árabes y su futuro en la zona. Al mismo tiempo que al ministerio de exteriores británico llegaban cantidades de telegramas de felicitación y agradecimiento procedentes de las colonias judías de todas partes del mundo, impidieron las autoridades británicas en Egipto que los árabes mandasen un sólo telegrama de protesta (85), al mismo tiempo el general Clayton explicó a los sirios residentes en Egipto de que la Declaración Balfour "o hay que entenderla en el sentido de Estado o gobierno judío que se va a constituir en Palestina, sino que a los judíos se les va a permitir el derecho de emigración y residencia allí, y donde van a tener los mismos derechos que disfrutaban los pobladores del país, como el derecho a la propiedad etc, y serán libres de practicar sus credos religiosos al igual que puedan constituir casa para residir" (86).

Mientras, al mismo tiempo Clayton advertía a Sykes de que al dar a los sionistas "todo lo que piden... haremos de esta forma que la unión árabe sea verdaderamente consumada, y tomará una postura enemistosa hacia nosotros..." (87). El chok fue enorme para el rey Hussein, por la sorpresa de la Declaración de Balfour. Y como de costumbre, con la máxima sinceridad que solió tratar con Bretaña, se dirigió a ellos averiguando si lo que oyó de la Declaración era cierto.

Las seguridades de Hogarth: Cuando se emitió la Declaración, las relaciones entre el rey Hussein y Abd al-Aziz ibn Saud, estaban en decaden--

cia amenazando estallar la guerra entre los dos. La política británica en la zona en aquellos momentos era unir las actividades de sus amigos árabes para luchar contra los turcos y sus amigos árabes, ya que los árabes estaban divididos, por eso Bretaña decidió mandar al capitán Sent John Filby, (el oficial político), consejero de ibn Saud a Yeda en un intento para exponer los puntos de vista de ibn Saud al rey Husein, con el fin de unir los esfuerzos, al mismo tiempo se decidió mandar al profesor Hogarth (jefe del Buró Árabe en el Cairo), a Yeda para estudiar con el rey las posibilidades de devolver las aguas a su cauce, entre él e ibn Saud.

Cuando Hogarth se preparaba para el viaje a Yeda, mandó Wingate al ministerio un telegrama que el rey seguramente preguntará a Wingate sobre los planes de Bretaña en cuanto a Siria e Irak. Agregando que él ve la necesidad en esta fase actual de dar aclaraciones al rey en cuanto a esos dos países, y propuso él mismo escribir al rey diciendo que los árabes deben aceptar la existencia de colonias judías en algunas partes de Palestina que serán señaladas por el Congreso de paz, una vez acabada la guerra, y que el resto de los territorios sirios serán árabes, pero se deja al Congreso de paz determinar su situación, mientras que Bagdad será árabe bajo protectorado británico (88).

Cuatro días después mandó el ministerio a Wingate, la carta que debe Hogarth transmitir al rey. Lo más importante en la carta era : "Que los aliados están decididos a ofrecer al pueblo árabe la oportunidad de recuperar su completa identidad como nación en el mundo. Y eso no se consigue sino a través de la unión de los árabes, y que Gran Bretaña y sus aliados seguirán una política, el objetivo de la cual es esa unión". En cuanto a Palestina dijo la carta "Estamos decididos a no dejar que un pueblo sometiera a otro", pero debido a la existencia de lugares Santos para los musulmanes, judíos y cristianos "Debe haber un sistema de administración especial

para los Santos lugares, aceptado por todo el mundo". En lo que toca al tema judío dijo la carta que el gobierno británico está decidido a no poner obstáculo al "regreso" judío a Palestina de manera que esté de acuerdo con la libertad de las poblaciones existentes en los aspectos económico y político". (89)

Se reunió Hogarth con el rey diez veces, del 8 al 14 de enero de 1918. Asistiendo a la mayoría de ellas Filby y el coronel Bast (lugarteniente del Alto Comisario). Las dos primeras no tuvieron éxito en mejorar las relaciones entre el rey e ibn Saud, a parte de que el rey se molestó mucho porque Filby vino de Najd al-Hijaz a través del desierto, sin previo conocimiento de visita, y no le dió permiso de regresar por el mismo camino.

A partir de la tercera reunión las conversaciones giraban alrededor del contenido de la carta del ministerio. Recordó Hogarth al rey las reservas contenidas en la correspondencia entre él y McMahon, en cuanto reservaba especiales intereses a los aliados de Bretaña, en especial Francia. Y cuando el rey expresó sus dudas en cuanto a la existencia de verdadera coincidencia de intereses duraderos entre Francia y Bretaña, le respondió Hogarth de que la opinión francesa se asemeja a la británica, en cuanto toca las cuestiones árabes y que Francia respalda los planes de Faisal y tiene en cuenta la opinión americana de que tenga cada pueblo el gobierno que desee, y que Francia no quiere sino proteger y ayudar al gobierno independiente en Siria. De estas aclaraciones vemos que Hogarth no puso en conocimiento del jerife de lo poco que habían explicado hace siete meses Sykes y Picot acerca de los planes conjuntos de las dos potencias en Siria.

En cuanto a la cuestión palestina y los judíos, el rey aceptó la recogida en Palestina de algunos emigrantes judíos, no solo en Palestina sino en todos los países árabes, debido a que el Islam ha sido siempre tolerante con adeptos de libro (cristianos y judíos), incluso le pareció buena

la idea de que los judíos colaboren en Palestina en los campos financieros y científicos.

La verdad es que el rey Hussein hasta aquel momento no tenía idea sobre las ambiciones sionistas en Palestina o incluso de las repercusiones de la Declaración Balfour y la seriedad en que Bretaña tomaba el caso. El rey solo imaginó que varios miles de judíos sufridos en Europa, desean instalarse en Palestina y que él y los árabes con gusto les acogen. Pero después, cuando se le aclaró la idea y las verdaderas intenciones colonialistas que esconden detrás, y la seriedad con que tomaba Bretaña el caso, con apoyo a estas condiciones, declaró que se opone terminantemente a ello ofreciendo la máxima inflexibilidad posible a su alcance. Además, que el mensaje de Hogarth era verbal lo que el rey no debió de comprender muy bien el sentido de algunas frases. ¿Por qué dicho mensaje no fue escrito? ¿Y por qué el gobierno británico no lo hizo en un memorandum en papel aclarando su política?. El profesor Hogarth, se comportó al igual que su predecesor Sykes: Frases que se digan y que el oyente entienda lo que pueda entender.

Además, en la segunda parte del mensaje se entiende de la frase "Debe haber en los Santos Lugares un sistema de administración especial aceptado por todo el mundo" que esto significa los Santos Lugares y no toda Palestina. No hay lugar a dudas de que el rey entendió al principio la Declaración como promesa a algunos miles de judíos que emigran a Palestina y que esto no va a perjudicar a los árabes de ninguna forma y por eso les dió la bienvenida a todos los países árabes. Dió órdenes de publicar un artículo en el periódico suyo invitando a tener tolerancia con los judíos y aprovechar de su adelanto científico (90) y esto es una clara muestra de lo que entendió el jerife de la Declaración (91).

C- Irán.

En Persia, donde la competencia extranjera estaba en su auge entre las potencias imperialistas por las riquezas del suelo y del subsuelo iraní, Gran Bretaña y Rusia habían impuesto su influencia económica y financiera, (92) pero, en cuanto a las ingerencias en los asuntos políticos del Irán, la cuestión data de muchos años atrás, más bien desde la subida al poder de la dinastía Qayar (1796-1925), la cual consiguió la autoridad en el Irán, gracias a la ayuda de Rusia y Gran Bretaña y por tal apoyo consiguió mantenerse en el poder durante más de un siglo.

La entrada del Gobierno turco en la guerra animó la oposición nacional que intentaba resistir a esta penetración de los europeos. En la Asamblea Legislativa, numerosos diputados "demócratas" no ocultaban su deseo de hacer causa común con los turcos y, por tanto, con Alemania. Para conjurar ese peligro las tropas rusas marcharon contra Teherán en el verano de 1915, y pusieron bajo su directo control el Gobierno del Sha, mientras los jefes nacionalistas, que se habían refugiado en la inmediata proximidad de la frontera turca, estableciendo allí un Gobierno provisional. Has ta casi dos años después, toda la parte central del territorio iraní estu vo expuesto a los golpes de mano de los nacionalistas y de sus aliados turcos.

El Gobierno iraní se declaró neutral cuando estalló la Primera Guerra Mundial; no obstante, el territorio iraní fue utilizado como campo de batalla por cuatro potencias cuando los turcos invadieron el Azerbaiyán después que los rusos tuvieron que evacuar sus tropas. Los iraníes aprovecharon la retirada de los rusos para elegir, a finales de 1914, un tercer maylis, que intentó en vano nuevas reformas financieras. Como parte del tratado secreto anglo-ruso de 1915, que prometía a Rusia el control de la

tanbul y de los Estrechos, los rusos concedieron a Gran Bretaña el control post bélico de la zona neutral iraní, además de la zona británica (93). También en 1915 el "Lawrence alemán", W. Wassmuss, organizó una revuelta en el Sur contra los ingleses. En el norte del Irán, los rusos derrotaron a los turcos e impusieron la disolución del maylis. Los nacionalistas germanófilos y los miembros del maylis pertenecientes al Partido democrático formaron lo que se convirtió en un gobierno provisional en Qumm, que se vio obligado luego a retirarse a Kirmansha y aún más allá debido al avance de los aliados. Muchos de sus miembros huyeron por fin a Istanbul y a Berlin, desde donde hicieron propaganda nacionalista y a favor de las potencias centrales. En 1916, los ingleses recuperaron el control sobre el Sur y constituyeron una fuerza militar local llamada South Persian Rifles, bajo el mando de Sir Percy Sykes. La dominación y el control de las potencias de la Entente (Gran Bretaña y Rusia), en el Irán sólo se extendió, y se aseguró en la primavera de 1917, mediante la acción de las tropas británicas conjugada con la de las rusas: pero la revolución rusa comprometería pronto aquel resultado.

La guerra supuso la devastación de amplias zonas, la desorganización y el hambre para el Irán, pero también dió un nuevo ímpetu a los movimientos nacionalistas y reformistas, sin perder fuerza en ningún momento el movimiento islámico encabezado por los ulama influyentes. Un movimiento armado revolucionario llamado Yángalf bajo la dirección de su jefe local, Euchi Jan, tomó el control de la provincia de Gilán en 1917-18. El sentimiento revolucionario fue estimulado por las revoluciones rusas de febrero y, sobre todo, de octubre de 1917. A finales de 1917, los bolcheviques renunciaron a los desiguales préstamos, tratados y concesiones que el gobierno ruso había contraído con el Irán, consiguiendo así una considerable popularidad. Surgiendo movimientos populares reformistas y revolucionarios en Teherán,

Mazenderán y Azerbaiyan del mismo modo que en Gilán. A la desorganización y descontento vino a añadirse en 1918-19 una terrible carestía que, como suele ocurrir, fue agravada por los acumuladores y especuladores de grano. En cuanto al Gobierno del Irán, durante la Primera Guerra Mundial, se le puede considerar un Gobierno inválido, sin fuerza para tomar decisiones de importancia, ya que estaba bajo el control directo de los rusos como se ha bía señalado antes.

En realidad, esa política de la Entente, adaptada a las necesidades inmediatas, sin tener en cuenta sino sus propios intereses económicos y políticos ha dado lugar a un sentimiento de odio y venganza por parte de la población, a la vez sembró vientos que prepararían tormentas venideras: el impulso dado por Gran Bretaña al movimiento árabe se volvería en 1919-20, contra los intereses europeos, y el nacionalismo iraní se vería reforzado por la ocupación extranjera. La Primera Guerra Mundial demostró al Irán como a otros pueblos de que las grandes potencias provocaron la guerra empujados por el hambre de poder y la explotación de los pueblos más débiles de la tierra y como consecuencia vino la ocupación de sus territorios por las fuerzas extranjeras a pesar de la neutralidad de algunos como el caso del Irán mismo, y que no fue respetada por los grandes. La ocupación del Irán vino a alimentar el sentimiento antiextranjero, en especial antieuropeo, y lo mismo ocurrió en los demás territorios ajenos a las grandes potencias beligerantes.

3- Oriente Medio: entreguerras y la Segunda Guerra Mundial.

A- Los países árabes asiáticos y Egipto.

El Mediterráneo, lugar de intercambio y de encuentro (no siempre pacíficos), para poblaciones y civilizaciones de tres continentes, después de la apertura del canal de Suez, se había convertido también en una gran vía marítima mundial (94).

En vísperas de la guerra de 1914, esa vía estaba dominada por Gran Bretaña, y poseía las dos puertas esenciales -Gibraltar y Suez-, que gracias a su base naval de Malta, vigilaba el paso por el Estrecho de Sicilia y que había conseguido mantener cerrada la puerta septentrional, los estrechos otomanos, a pesar de la presión rusa. Los países ribereños del Mediterráneo no intentaron seriamente derribar esa preponderancia inglesa: Francia, aún con la fuerza de sus posiciones del norte de Africa, había tratado con miramientos los intereses británicos, incluso antes de adoptar una política de colaboración con Gran Bretaña; Italia había seguido por mucho tiempo la estela de Inglaterra, y la situación que había conseguido en el mar Egeo, en 1912, seguía siendo precaria (95); España y Grecia eran impotentes; el Imperio otomano, pese a la extensión de sus territorios, era demasiado débil para tomar la iniciativa.

Los resultados de la Guerra Mundial parecían confirmar esa preponderancia de los intereses ingleses, pues, en 1919, Rusia se encontraba paralizada por la guerra civil; la derrota otomana había traído como consecuencia el desmembramiento del Imperio; y el proyecto alemán del ferrocarril de Bagdad se había derrumbado. Si el Mediterráneo occidental no resultaba directamente afectado por esos resultados, el Mediterráneo oriental lo era profundamente. A pesar de la presencia francesa en Siria y la ocupación

italiana del sur de Anatolia, el Gobierno británico, gracias al protectorado sobre Egipto, el mandato de Palestina y la posesión provisional de la base naval de Chipre -una provisionalidad que duraba ya cuarenta años- mantenía su dominio.

Para los ingleses, estos aspectos de la situación en el Mediterráneo estaban relacionados con los problemas del Oriente Medio, con el camino terrestre a la India, que empezaba en las costas de Siria y Palestina y con los intereses británicos en el golfo Pérsico. Ahora bien, aquí también dominaba Inglaterra: en 1919, desde el Bósforo hasta los confines de la India, todos los puntos estratégicos estaban en poder de los británicos.

Pero las posiciones conseguidas por los europeos se hallaban amenazadas, sobre todo de 1920 a 1927, por los movimientos nacionalistas en el mundo islámico. Esos movimientos ofrecían también buenas ocasiones a las políticas rivales de las potencias europeas, ocasiones que no dejaron de ser aprovechadas por éstas.

El siglo XIX produjo en el mundo islámico en general dos movimientos principales, el uno provocado y el otro originado de la experiencia colonial, que fueron diferentes expresiones de los sentimientos hostiles al colonialismo: el primer movimiento surgió de la necesidad de revivir el Islam frente a la invasión tanto física como intelectual de Occidente, mientras el segundo expresaba el deseo de verse libre de la ocupación extranjera. Ambos movimientos estaban destinados a resistir y enfrentar la presencia europea en estos países. Por eso, este período se caracteriza por el nacionalismo que nutre los movimientos de resistencia, por el caos económico y por la inestabilidad política.

Los movimientos de resistencia a la dominación de los Estados europeos intentaban establecer en el seno del Islam comunidades políticas, que

de momento, no procuraron establecer igualmente una colaboración. El nacionalismo turco, los nacionalistas árabes y las aspiraciones nacionales del Irán, e incluso de Afganistán, se señalaban con caracteres diferentes.

Después de que se acabó la guerra y se firmaron los armisticios con Turquía el 30 de octubre de 1918 y con Alemania el 11 de noviembre, estaban los árabes entre la espada y la pared, su postura vacilaba entre la creencia en sí mismos y la preocupación por los días venideros. Por un lado estaba Siria interior en sus manos (a pesar de la existencia del ejército de Allenby) y bajo su gobierno desde Maán y Acaba en el Sur, hasta Alepo en el Norte, después de formar un gobierno provisional bajo la jefatura provisional del príncipe Saíd Al-Jazairi no más, al reconquistar Damasco, y el príncipe Faisal y sus colaboradores se comportaron como gobernantes independientes en la administración de la zona oriental de Siria, siendo en su opinión parte del reino árabe grande, que de acuerdo con Bretaña pensaban constituir. Pero por otro lado sus aspiraciones chocaban con la existencia militar francesa en las costas de Siria y con los británicos en Palestina y el Irak. Hasta aquellos momentos, los árabes seguían teniendo fe en Gran Bretaña a pesar de lo que había ocurrido, en cambio creían peligro latente vendría de la existencia francesa en la costa. Estas preocupaciones aumentaron con razón, cuando los franceses expulsaron los gobernadores civiles de las ciudades costeras y en lanzar propagandas hostiles a las aspiraciones árabes en la región oriental. Además temía Faisal que los franceses explotasen en alto porcentaje la existencia de cristianos en el Líbano y Alepo para convencerles a aceptar un protectorado francés, por eso le vemos insistiendo en su discurso que dirigió en Alepo el 11 de noviembre de 1918, en la necesidad de la unión nacional en nombre del nacionalismo declarando que "Los árabes son árabes antes de Muhammad, Jesús y Moisés". Siguió Faisal una política demasiado tolerante con los cristia-

nos y con personalidades que habían colaborado con los turcos hasta el último momento de la guerra, lo hizo para cerrar filas en aquellos momentos difíciles frente a los ocupantes ingleses y sobre todo franceses, de los que se temía más debido a su mala fama en Argelia. Por eso colaboró por propia iniciativa con los turcófilos designándoles en altos cargos del Estado y dió a los cristianos cargos públicos mucho más de lo que permite su porcentaje numérico, con el fin de cortar el camino a las propagandas francesas que querían fomentar las diferencias y alejar a los cristianos de los musulmanes.

A pesar de todo, los árabes esperaban el Congreso de paz de París con mucha ilusión y esperanza, creyendo que va a tratar y solucionar los problemas resultantes de la guerra, de acuerdo con el espíritu de los principios y planes del presidente Wilson de los Estados Unidos, en sus catorce puntos. Mientras el Gobierno británico trabajaba para llegar a una solución para los territorios árabes: 1- Que garantice sus intereses y satisfaga sus ambiciones, 2- Que satisfaga a Francia, 3- Que sea aceptable por los árabes.

El deseo de Bretaña en invitar a los árabes al Congreso de paz derivaba de dos motivos: primero, para reforzar su postura frente a Francia, segundo, para desviar la atención árabe del acuerdo que había hecho con ellos y por consiguiente internacionalizar su causa asociando a otros Estados en cargarles con la responsabilidad, cuando los árabes fracasaran en sus intentos de conseguir su independencia.

Se fue Faisal al Congreso de paz como representante del jerife (su padre), invitado al cual por Bretaña, con la idea de defender la causa común de los árabes frente a los congresistas animado por los nobles principios que planteó el presidente Wilson. Sabía que Francia reclamaría derechos en la costa siria, donde pretendería que los cristianos del

Líbano desean unirse a ella pero dijo que puede él demostrar que el 80 ó 90 por 100 de la población de Siria votaron por él. Y expresó Faisal su deseo por celebrar elecciones libres en Siria e Irak para que la población tenga oportunidad de elegir la forma de gobierno que desee, de acuerdo con los preceptos de la Declaración anglo-francesa del 7 de noviembre de 1918 (96), forzando así a las dos potencias de aceptar y respetar el principio de la autodeterminación de los pueblos. Propuso la idea de que esas elecciones pudieran ser supervisadas por una comisión norteamericana para impedir cualquier tipo de presiones.

Cuando llegó Faisal al Congreso, Inglaterra y Francia no habían reconocido aún a ningún estado árabe sino el del Hijaz. Llegó Faisal al puerto de Marsella el 26 de noviembre de 1918, pero en León se le comunicó de que el gobierno francés sólo le recibe como visitante durante su estancia en el suelo francés y no le reconoce ningún puesto diplomático ni que ejerza alguna misión oficial.

La verdad es que Francia representaba la tercera parte no deseada por Inglaterra y mucho menos por los árabes. Pero mientras el Gobierno británico sabía que la competencia francesa en Siria "es un mal inevitable", los árabes no percataban aún este hecho. Tanto los árabes como Francia se conocieron uno al otro -sin que ninguno lo deseara- a través de Bretaña. Y durante la guerra, los franceses habían ofrecido a la revolución árabe pequeñas cantidades de ayuda financiera y militar y aparecieron como amigos de los árabes, pero en la realidad "Deseaban mucho que la revolución del jerife no hubiese nacido absolutamente" (97) para que puedan en su día tener las manos libres a la hora de repartir la zona con Inglaterra según los principios tradicionales del imperialismo depravado sin compromisos ni acuerdos con las poblaciones de aquellos territorios. Además que los franceses no estaban tranquilos en su interior, no tenían completa con-

fianza en cuanto a las intenciones de su aliado Bretaña, imaginando, que Bretaña animaba a los árabes en su contra por el deseo de quitarle del medio, y así quedarían los territorios a los dos lados del canal de Suez bajo su única influencia

En el primer viaje de Faisal a Europa, con el fin de aclarar la postura árabe después de su visita a París, visitó Londres a donde llegó el 10 de diciembre de 1918 acompañado de Lawrence como traductor, al día siguiente se entrevistó con el ministro de exteriores Mr. Balfour, y según el memorandum que escribió el ministro sobre la entrevista dijo que Faisal expresó su agradecimiento por las ayudas que ofreció Bretaña a los árabes durante la revolución, a la vez expresó sus sentimientos hostiles hacia Francia. Y dijo Faisal que los árabes desean la protección de un sólo estado sea en Siria o en Irak y que este estado puede ser Bretaña, no otro, porque los árabes no aceptarán la colaboración con otro estado extranjero. Y presentó quejas de las medidas que tomó el general Allenby en Beirut a favor de los franceses señalando que dichas medidas contradicen las promesas que se han dado a su padre a principios de la guerra, agregando que si Francia demuestra intenciones hostiles en Siria, entonces se verá obligada a rechazar la agresión y aunque reconoce no poder enfrentarse a una potencia militar como Francia sin embargo lo resiste antes de entregar el país.

— El acuerdo Lloyd George -Clemenceau: Pocos días antes de llegar Faisal a Londres durante su visita a Francia, concluyó Lloyd George con Clemenceau un acuerdo inicial de suma importancia sobre los territorios árabes en Asia. El 1 de diciembre de 1918 llegó a Londres Monsieur Clemenceau, primer ministro francés acompañado del mariscal Foch, también llegó el mismo día el primer ministro italiano Orlando y su ministro de exteriores Sr. Sonino. El objeto del encuentro era que las tres potencias

entablasen negociaciones preparativas para el Congreso de paz y ponerse de acuerdo, apriori, sobre las líneas generales. Durante los cuatro días que permaneció Clemenceau en la capital británica, se reunió varias veces con Lloyd. Durante estos encuentros, planteó Lloyd el acuerdo Sykes-Picot, y lo analizó pidiendo su modificación a favor de Bretaña. Aceptó el premier francés "sin reservas" a que Mousul se incluyera en el Irak que será zona británica, también aceptó que Palestina desde Dan hasta Bir al-Saba queda se bajo el protectorado británico. Lo cierto es que el acuerdo a pesar de ser verbal (98) no fue tan sencillo como se cree, sino tuvo su peculiaridad. A cambio de las facilidades que dió Clemenceau pidió como contrapartida el apoyo completo de Bretaña en imponer condiciones severas a Alemania que garanticen la seguridad de Francia (los Estados Unidos se habían mostrado contrarios a la idea de imponer condiciones duras a los estados vecinos), y que Francia tomara su parte del petróleo de Mousul (la repartición inicial del petróleo de Mousul fue en abril de 1919 y la definitiva el 24 de abril de 1920). Y reclamó Clemenceau para el protectorado francés a Kilikia y Siria (salvo Palestina y Transjordania). A través de este acuerdo coordinaron las dos potencias entre ellas una postura común frente a los territorios árabes, asegurándose cada una sus propios intereses sin tener en cuenta los intereses de los verdaderos dueños de la causa. En cambio siguieron al mismo tiempo una política de vueltas y rodeos delante de la sociedad internacional ganando tiempo, hasta que se concluyó el arreglo final entre ellos, dieciseis meses después en San Remo (Italia), el 26 de abril de 1920, según los preparativos de Lloyd-Clemenceau.

Lo cierto es que este acuerdo se distanció de la Declaración anglo-francesa del 7 de noviembre de 1918, que no habían pasado sino tres semanas después de su publicación. Lo que ayudó a las dos potencias a llegar a una solución, es que las tropas británicas ocupaban en aquél momento, tan

to el Mousul como Palestina y que Rusia zarista desapareció y desaparecieron con ella sus ambiciones expansionistas y su interés por el destino de los Santos Lugares cristianos en Palestina y la rapidéz con que aceptó Clemenceau la petición de Lloyd, se debe al temor de Francia de que Inglaterra diera la espalda al acuerdo Sykes-Picot anulándolo, ayudada por el presidente Wilson, por sus ejércitos que ocupaban parcialmente el Irak y Siria, y por sus amigos árabes.

-Los árabes y el Congreso de paz: Al fin empezó el Congreso sus reuniones en París el 18 de enero de 1919 en un clima lleno de dudas, ambiciones e ideales. Se encontró el Congreso con más problemas a resolver que los que había antes de la guerra. El presidente Wilson era el polo más grande, en el cual todos los pueblos débiles habían depositado su esperanza debido a sus nobles ideales. Era el portador del estandarte del principio de la autodeterminación, y de que no se le imponga a ningún pueblo, un gobierno que no acepta. Tanto Gran Bretaña como Francia intentaron convencer al presidente Wilson de que las grandes potencias arreglen sus diferencias como primer paso, y luego exponerlas al congreso de paz, pero Wilson, el mensajero de la paz negó esta propuesta e insistió en que estos problemas sean objeto de análisis abiertamente.

Los problemas a que se enfrentaba el mundo después de la guerra no han sido menos que los de antes de ella: Los estados vencidos esperaban condiciones de paz emanadas de los principios de Wilson, mientras Francia en especial insistía en condiciones de paz duras contra los alemanes. Además el Congreso tenía que solucionar problemas de decimos de pueblos pequeños en Europa y Asia donde las soluciones que reclamaban estos pueblos se oponían a las soluciones que querían algunas potencias. Las grandes potencias del momento eran: Gran Bretaña, Francia, Italia, Estados Unidos y el Japón. Las tres primeras insistían en recoger el fruto de la victoria, a

través del expansionismo, las indemnizaciones y las facilidades.

La representación de los árabes en el Congreso era una cuestión, aún sin resolver, porque al llegar Faisal a París y Londres, los aliados no le han reconocido sino como representante del reino de Hijaz, y sus preocupaciones eran serias por la postura francesa, lo cual aumentó sobre todo, después de las declaraciones Pishon, ministro de exteriores de Francia en la Cámara Común el día 29 de diciembre de 1918, cuando declaró que "los derechos de Francia en Siria, sobre todo el Líbano y Palestina, se fundan sobre consideraciones históricas y sobre acuerdos y alianzas, a parte de que las poblaciones de éstos territorios nos quieren, y que el Congreso de paz puede tomar las decisiones que quiera pero nosotros vemos que nuestros acuerdos con Inglaterra nos unen a ella y que los derechos nuestros ya son de hecho nuestra propiedad". Varios días después (el 2 de enero de 1919) dirigió Pishon una nota al ministerio de exteriores del Hijaz en la que dice que la cuestión de la representación del "Reino Arabe" en el Congreso esta relacionada con el reconocimiento de los estados que se constituyeron durante la guerra y que el Gobierno francés va a aconsejar a sus aliados a reconocer el Reino independiente del Hijaz, además Francia recibirá a Faisal cuando vuelva de Londres (después de pasar un mes en Londres la abandonó, en enero de 1919, dirigiéndose a París acompañado de Lawrence) con respeto hasta que se le reconoce como delegado oficial del Reino del Hijaz. Esta es la situación en la que se encontraba Faisal cuando regresó a París, por eso "El centro de su preocupación era conseguir el apoyo de los Estados Unidos para conseguir la independencia de los árabes, después de ver con toda claridad la postura negativa de Inglaterra y Francia". (99) Y cuando se inauguró el Congreso, Faisal estaba convencido de que Francia "quería separar a Siria del resto de los territorios árabes para quedarse con ella".

En París Faisal señaló en sus encuentros políticos de que él es el re

presentante de su padre, del ejército árabe constituido por todos los árabes asiáticos y que él reclamaba los derechos árabes agregando que los países reunidos en el Congreso no deben decidir sobre estos territorios, sino después de tener en cuenta la opinión de sus poblaciones "Estas poblaciones tienen el derecho a elegir el Gobierno que quieren y los demás gobiernos tienen que aceptar su opinión... y toda decisión contraria a este principio no la aceptaremos". Declaró que su padre "no quiere obligar a los árabes a aceptar su autoridad", pero, "consulten las poblaciones, ellas son las más indicadas para saber sus posibilidades y elegir el gobierno que les conviene, sea el gobierno francés, americano, japonés o árabe". Se comunicó con los miembros de la delegación norteamericana explicándoles sus puntos de vista y pidiéndoles el apoyo, al mismo tiempo intentaba reunirse con el presidente Wilson para pedirle "que consulten con la opinión pública en dichos territorios: me refiero a hacer elecciones en los territorios árabes arrancados a los turcos..."

Al Congreso en París, presentó Faisal a las delegaciones de las grandes potencias un memorandum que había elaborado en Londres el 1 de enero, en el que describe que los territorios árabes reclamados caen al sur de la línea Eskenderona -Diar Bakr- las fronteras con Irán, agregando que sus poblaciones constituyen un pueblo de igual raza, idioma e historia y que sus aspiraciones son: la libertad y la independencia y que el rey Hussein tiene la completa seguridad de que la idea de unión triunfará si esos territorios no se los reparten las grandes potencias como botín de guerra.

Pero las cinco potencias tomaron el 30 de enero una decisión de suma importancia en la que se decidió separar Armenia y los territorios árabes de Turquía. Incluía esta decisión el reconocimiento de que estos territorios tienen un nivel de desarrollo que permite independizarse parcialmente con la condición de ofrecerles ayuda y consultas por parte del estado

protector preparandoles para la completa independencia. La decisión estipuló también que las poblaciones de estos territorios se consideran "De pósito sagrado en la conciencia de la civilización" y que sus deseos deben ser tomados en cuenta como factor principal para elegir al estado protector. Y el 14 de febrero el Alto Consejo de los aliados ratificó la carta de la Sociedad de las Naciones incluyendo la decisión del protectorado en el artículo 22, en el cual al año siguiente en Inglaterra y Francia encontraron su pretexto para imponer su autoridad sobre el Irak y Siria.

Los grandes en el Congreso decidieron crear lo que se llamó el "Con sejo de los diez", cada potencia delegó a dos representantes con el fin de que el Consejo escuchase las reivindicaciones de los representantes. A Fai sal se le designó el día 6 de Febrero para exponer la cuestión árabe. Aunque el memorandum que había presentado alas delegaciones el 29 de enero exigía el reconocimiento por la independencia del pueblo árabe en Asia bajo garantías de la Sociedad de Naciones con la excepción del reconocido reino de Hijaz y Aden que se encuentran bajo dominación británica, y que se deja a los países determinar las fronteras entre ellos siempre de acuerdo con los deseos de la población de cada país (Faisal pensaba en Estados Arabes Unidos a la norteamericana) y dijo que su petición se funda en los principios del presidente Wilson, sobre todo descansa en el segundo punto de su discurso del 4 de julio de 1918.

El 6 de febrero cuando Faisal dirigió su discurso ante el Consejo de los diez, volvió a insistir sobre las reclamaciones incluidas en el memorandum. Lawrence quien acompañaba al principe Faisal tradujo el discurso al inglés y al francés. Después del discurso el presidente Wilson le preguntó: ya que todos hemos aceptado el principio del protectorado a los pueblos que Ud. mencionó ahora, dígame si quieren Uds. un sólo protectorado o más? le respondió Faisal que quien mejor sabe son los pobladores allí y ellos

saben lo que quieren. Pregunten a esos pueblos de lo que quieren. Pero al preguntarle al presidente por su opinión personal, le respondió: yo personalmente no quiero la división de estos territorios en provincias bajo la influencia de diferentes potencias "nosotros los árabes hemos saboreado la amargura del despótismo largo tiempo... Nuestros corazones sufrieron mucho ... queremos ser libres a partir de hoy señores, y que podamos vivir seguros y tranquilos en nuestros países de toda agresión o despotismo extranjeros, por eso no aceptaremos la división que desmembra nuestra patria, si no la queremos unida, libre e independiente" (10).

El serio interés que demostró el presidente Wilson por la cuestión siria hizo que los políticos británicos tendiesen paulatinamente a aceptar la idea de entenderse con los franceses para solucionar con rapidéz la cuestión siria, temiendo a que el interés americano por el asunto, perjudicase sus ambiciones en el Irak y Palestina y por otro lado empeorar la situación explosiva en Egipto. Por eso insistieron los ingleses en la necesidad de que los árabes se entiendan directamente con los franceses, pero en la reunión que celebró Faisal en París con Clemenceau el 13 de abril de 1919 (la cual arregló Lloyd George), le comunicó el último de que: los ingleses se retirarán de Damasco y Alepo y que nuestras tropas ocuparán su sitio, respondió Faisal de que Siria no necesita soldados extranjeros. Fue entonces cuando Clemenceau dijo: No quiero ocupar el país, y si fuese por mi no tendré diferencias con Ud. ni un solo momento, pero el pueblo francés no acepta que no haya en Siria presencia francesa, y que él quiere que la bandera francesa ondee en Siria con la existencia de pocos soldados, sin inconveniente de que ondee la bandera árabe al lado de la francesa.

Pero Faisal seguía insistiendo en el Congreso sobre la idea de mandar a la zona una "Comisión de inspección" creyendo que Estados Unidos y Bretaña no le decepcionarían completamente cuando salgan a la luz los resultados de

la inspección. Y así comunicó a Clemenceau el 20 de abril de la necesidad en la que se encuentra para volver a su país exigiendo la designación de un representante francés para continuar negociaciones que había empezado con Clemenceau. Lawrence jugó un papel importante en estos contactos y a propuesta de él se animó Faisal a llevar a cabo estos contactos con los franceses y dijo que "por consejo de Lawrence acordó con Clemenceau intentar convencer a los sirios a aceptar el protectorado francés, con la condición de que reconozca Francia la independencia de Siria" (101). Esas conversaciones parece que no han tenido éxito, sin embargo depositó su confianza en la Comisión de Inspección, que el presidente Wilson decidió mandar a explorar los deseos de la población en Siria e Irak.

Faisal adelantó y convocó a elecciones para formar lo que se llamó Congreso sirio, en la segunda mitad de mayo, y el 7 de junio inauguró la primera sesión que incluía 120 miembros. En su discurso inaugural dijo que el fin de este Congreso es representar al país ante la Comisión venidera, y en legislar para ir componiendo la Constitución con que Siria se va a gobernar. Se puede decir que este *maylis* ó parlamento representaba de lleno a Siria Natural, más tarde Siria, Jordania, Líbano y Palestina.

La comisión (King-Crane) llegó a Yafa el 10 de junio de 1919, y las poblaciones ansiosas de recibirla convencidos de que Estados Unidos está detrás de ella, sobre todo que los Sirios creían que esta era una oportunidad para salvarse de las ambiciones de Francia e Inglaterra juntos a través de los norteamericanos que no demostraron ambiciones colonialistas. La Comisión pasó seis semanas entre Palestina, Siria y Líbano, durante las cuales se entrevistó con muchas delegaciones y recibió más de 1800 instancias a favor de la independencia, cuando llegó a Damasco, el Congreso sirio le presentó el 3 de julio sus reclamaciones siguientes:

1- La completa independencia para Siria desde los montes del Taurus al nor

te, hasta Rafah frontera con Egipto, en un Estado monárquico, parlamentario bajo la jefatura de Faisal.

2- Aceptamos la ayuda técnica y económica mientras no perjudique nuestra soberanía, pedimos esta ayuda de EE.UU. (Que no sea para más de veinte años) y si no acepta, entonces de Bretaña. Mientras no aceptamos la ayuda francesa de ninguna forma, y denunciaremos todos los acuerdos secretos.

3- No aceptamos las reclamaciones sionistas en Palestina "mientras nuestros hermanos judíos autóctonos, tienen los mismos derechos y deberes que los nuestros".

4- Reclamamos la independencia total para el Irak.

Al día siguiente Faisal recibió la Comisión a la que comunicó que los árabes no aceptarán la separación palestina de Siria por ser un solo país perteneciente a un solo pueblo. Y dijo que lo que se entendía por el sionismo era simplemente alguna emigración limitada. Mientras que las vastas ambiciones sionistas suscitaron mucho miedo entre la gente, la cual está decidida a no aceptar bajo ninguna forma (102).

Después de que la Comisión acabó su misión en las principales ciudades de Siria regresó a París, sin ir al Irak, creyendo que los irakíes deseaban protectorado británico.

La Comisión recomendó en su informe: Que el protectorado sobre Siria Natural e Irak sea para tiempo limitado. Recomendó mantener la unidad de Siria, y que el Estado protector sean los EE.UU., en caso de negativa, que sea entonces Bretaña. Recomendó que el Irak se pusiera bajo protectorado británico, y reducir el programa sionista en Palestina, con limitar la emigración judía, y abandonar la idea de convertir a Palestina en un Estado judío. Al final dijo la Comisión, en caso de que Francia insistiera en sus reclamaciones se le puede dar el protectorado sobre el pequeño Líbano.

Entregó la Comisión su informe al secretario de la delegación america

na en París el 28 de agosto, después se entregó a mediados de septiembre al presidente Wilson, pero el cual tuvo que regresar poco después a su país, debido a su mal estado de salud, y el informe no encontró quien le preste atención y fue a parar en las esquinas del abandono, sin ser publicado hasta el último mes del año 1922, después de haberse convertido en testimonio histórico no más.

-El acuerdo del 15 de septiembre de 1919: En septiembre llegó la cuestión a una etapa bastante peligrosa. En este mes Lloyd George se lavó las manos de los compromisos británicos con los árabes y llegó con Francia a un acuerdo que reafirma el anterior (Sykes-Picot), que habían modificado Clemenceau y Lloyd George en diciembre de 1918. Los factores principales que ayudaron en este acuerdo son: 1- Las ambiciones imperialistas. 2- La debilidad de los árabes. 3- El retroceso de Wilson.

El aflojamiento paulatino de los norteamericanos, al que se agrega la insistencia mortal de Francia hicieron que el Gobierno británico pensara que el camino más corto para asegurar sus intereses es el entendimiento rápido con Francia. Así vio el Gobierno británico, en agosto, que la necesidad de un entendimiento es más urgente que en ningún momento pasado. Por un lado el peligro de los americanos intervengan en los arreglos del Oriente Medio se desvaneció, por el otro aumentó la mala situación financiera de Gran Bretaña por lo que decidió deshacerse de muchos soldados y reducir los gastos. Todo esto naturalmente dio a que Bretaña pensase en retirarse de zonas que no le interesan mucho y quedarse por lo tanto donde más provecho pudiese sacar, en una palabra, eligió las vacas más gordas.

El Gobierno británico llevó a cabo varias reuniones los días 19 y 20 de agosto en las que por lo visto llegó a decidirse a retirar sus fuerzas de Kilikia y Siria interior.

Durante este tiempo empezó en Siria el reclutamiento de voluntarios

para la defensa nacional contra la desmembración. Y en seguida el general Allenby dirigió un telegrama exigiendo a Faisal no animar dicha empresa diciendo que producirá una imagen inconveniente en Europa (103).

En la reunión que celebró Lloyd con Clemenceau en París el 13 de septiembre de 1919 presentó el primero un memorandum constituido de once artículos en el que trazaba las líneas generales de la política británica, no sólo hacia Siria, sino hacia la cuestión árabe en general. Expresaba la decisión de retirada de Kilikia y Siria a partir del 1 de noviembre de 1919 con que las fuerzas francesas ocupasen después a toda la costa siria excepto Palestina, mientras que el interior se deja a las fuerzas árabes. Con la condición de que los británicos no cargaran con ninguna responsabilidad en las zonas que dejan (según el artículo 5). Estipuló el memorandum que las fuerzas británicas se quedan en Palestina "desde Dan a Bir al-Saba" y en el Irak incluido el Mousul. Alegaba el memorandum de que el Gobierno británico de esta forma cumple con sus promesas a franceses y a árabes. También señaló el derecho de Bretaña a instalar un víaducto petrolífero y una línea de ferrocarril del Irak a la costa del Mediterráneo, atravesando la zona del Gobierno árabe. Los artículos (7 y 10), hablaban de que Bretaña está dispuesta a discutir las fronteras entre Palestina, Siria e Irak. Agregó que este arreglo es de carácter definitivo.

Este memorandum indica claramente el cambio de la política tradicional que había seguido con los árabes desde el año 1916, porque decidió por el principio de la desmembración que contradice sus promesas, y aceptó el protectorado (sin declararlo abiertamente), sin respetar el principio de la autodeterminación y antes de que el Congreso de paz se pronunciara sobre el tema. Además que este acuerdo no respetó el artículo primero del acuerdo Sykes-Picot que estipuló el reconocimiento por parte de las dos potencias de un Estado árabe independiente en las zonas de A y B sostenido por ellas.

En la reunión que celebró el Alto Consejo de los aliados el 15 de septiembre presentó Lloyd George una copia del memorandum a los jefes de las delegaciones de las grandes potencias, comunicandoles así la decisión británica de retirar sus tropas de Siria interior entregándola a los árabes que habían colaborado grandemente con los aliados en el frente oriental contra los turcos y que habían entretenido a 40 mil soldados turcos.

Dirigió Faisal una nota a Lloyd George el 9 de noviembre en un intento de anular el acuerdo de París, pidiendo que la cuestión sea planteada ante el Congreso de paz para que el cual decidiera finalmente sobre ella o constituir una comisión de miembros británicos, franceses y árabes presidida por un norteamericano, para discutir la cuestión y presentar un informe al Congreso (104). Pero Lloyd se negó a aceptar la propuesta y propuso en cambio una reunión con Faisal para discutir los problemas que producirá la inminente retirada (105).

El segundo viaje de Faisal a París y Londres no dió los resultados que quería y vió claramente que las dos potencias le habían dado la espalda. Estaba preocupado e indeciso, sin saber que hacer frente a situaciones cambiantes, resistir en Siria por la fuerza a los franceses sabiendo que no dispone de medios para enfrentarse con su pueblo a una potencia militar grande, ya que sus medios diplomáticos no surtieron efecto. En París se convenció de que la fuerza es la que manda y no el derecho y que los intereses materialistas prevalecen por encima de los valores, principio, justicia. Y cuando regresó, las fuerzas británicas se habían retirado de Siria interior a partir del 1 de noviembre de 1919.

— Los últimos meses del estado de Faisal: Cuando regresó Faisal de París, llegó a Siria sobre el 14 de enero de 1920, y encontró al llegar que la situación había cambiado mucho de cuando viajó a Europa hace 4 meses. Había en Siria un sentimiento muy hostil hacia los franceses en especial

y hacia los europeos en general. Los extremistas civiles y militares eran los hombres del momento en Damasco después de haber arrinconado a los moderados. Se había dimitido el gobernador militar general Ali Rida al-Rikabi el 10 de diciembre de 1919, por oponerse a la política que animaba la guerrilla contra los franceses al no poder enfrentarlos, y veía mejor la colaboración con los franceses contra las guerrillas turcas y kurdas que atacaban el norte de Siria.

La ausencia de Faisal en Damasco a lo largo de cuatro meses, produjo un vacío que su hermano pequeño Zaid no pudo llenar completamente. Pues los moderados y los jefes tradicionales se agrupaban alrededor del Rikabi, mientras los extremistas y los jóvenes entusiastas alrededor de Yasin al-Hashimi. Y mientras las tropas británicas estaban a punto de completar su retirada de la zona oriental, llamó el príncipe Zaid al Congreso Sirio a reunirse el 22 de noviembre en Damasco y después de dos días de reuniones emitió el Congreso una nota en la que decía "El deber de la nación exige de ella la defensa de su unidad, su independencia y su honor hasta el último respiro...", invitando también la nota al Gobierno a "Que declare la completa independencia para Siria Natural con sus fronteras que el Congreso había trazado y ofrecido a la Comisión de King-Crane..." (106).

Los políticos sirios se dividieron en dos bandos en cuanto al acuerdo Faisal-Clemenceau: el primero, son los moderados que se constituyen de los jefes de las tribus, jefes tradicionales y latifundistas que veían la salida a través de colaborar con Francia para evitar la guerra, el segundo se constituía de los jóvenes extremistas miembros de los dos partidos: "al-Fata" y "La Independencia", que se oponían a las duras condiciones impuestas por Clemenceau a Faisal para llegar a una solución favorable a Francia.

Faisal se enfrentaba por otro lado con una dificultad de enorme importancia y es que su padre el jerife estaba del lado de los extremistas. El

jerife mandó un telegrama a su hijo publicandolo en el periódico "al Ahram" en el que decía "Que él no acepta de su representante Faisal en el Congreso de paz, cualquier acuerdo que perjudique los derechos de los países árabes y su completa independencia de manera absoluta, en caso de que el príncipe lo haría" (107).

Se puede decir que la postura negativa de Inglaterra y la dureza de Francia en el asunto, empujaron a Faisal poco a poco durante el mes de febrero de 1920 a aceptar el punto de vista de los extremistas sirios que están de acuerdo en este aspecto con su padre. Dicha opinión era declarar la independencia de Siria Natural y llamar a Faisal como rey constitucional, de esta forma se intentaba poner a Inglaterra y Francia, juntos frente a los hechos consumados.

Así se convocó el Congreso Sirio el 6 de marzo "Para decidir la suerte del país según los deseos de sus poblaciones". En el discurso inaugural dijo Faisal que los árabes merecen la libertad y la independencia merced a la sangre que derramaron en los campos de batalla, y ellos "No se oponen al intercambio de los provechosos con los demás pueblos civilizados, tampoco rechazan la amistad de quién desea su amistad (108), mientras no lesione su dignidad ni perjudique su completa independencia política". Y el día siguiente decidió el Congreso declarar la independencia de Siria con sus fronteras naturales y con Faisal como rey. El 8 de marzo fue apoyado por todos los grupos y partidos políticos divulgando la noticia. "esta decisión fue tomada por los representantes del pueblo sirio en sus tres zonas: la interior, la costa y el sur", esta decisión emana de la voluntad popular a la independencia siria. "Con sus fronteras naturales incluida Palestina, con un gobierno civil, parlamentario, dando garantías a las minorías. Y negó rotundamente las pretensiones sionistas de convertir a Palestina en Estado judío o lugar de inmigración". A la vez reclamó la decisión, el fin de los gobiernos a

tuales de ocupación militar en las tres zonas. También exigió el Congreso la completa independencia para el Irak, para unificarse política y económicamente con Siria". Participaron y dieron su consentimiento al rey Faisal personalmente los jefes espirituales de las comunidades cristianas al igual que los judíos a los que representó el Hajam Jacobo Danun y Yusef Liniado.(109)

El 8 de marzo Faisal como rey, encargó a Ali Rida al-Rikabi de formar el gobierno. También el mismo día, un grupo de personalidades políticas del Irak, y que se encontraban en Damasco se consideraron como representantes legales del pueblo iraquí, declararon también, la independencia de las tres provincias (Bagdad, Mousul y Basora), con el príncipe Abdallah como rey y decidieron unir su país política y económicamente a Siria.

El segundo paso fue comunicar las decisiones del Congreso Sirio a los generales Allenby y Gouraud, asegurándoles Faisal en su telegrama de que estas decisiones no alterarán las relaciones cordiales entre Siria y sus respectivos gobiernos y que la decisión no significa sino la expresión de la voluntad del pueblo y la petición al Congreso de paz a que cumpla su promesa.(110)

Cuando se enteraron los dos gobiernos de Francia y Bretaña, expresaron su indignación por las decisiones tomadas en el Congreso de Siria. Kurzon, pidió al general Allenby comunicarle a Faisal de que el Gobierno británico no reconoce al Congreso ni a sus decisiones, tampoco reconoce las facultades de un grupo de gente que designó a si mismo para decidir el futuro de estos territorios. Y que los aliados liberaron a Siria, Palestina y el Irak y que ellos son los que pueden decidir su futuro, además que los dos gobiernos declaran las últimas decisiones de Damasco "Nulas y no existen", tampoco puede un grupo (Los iraquíes que declararon la independencia ira-

quf eran 29), decidir el futuro del Irak o el Mousul. Luego el telegrama renovó la invitación de Faisal para regresar a Europa, para exponer su causa ante el Congreso de paz (111).

Aunque Allenby propuso a su gobierno invitándolo a reconocer a Faisal como rey en un Estado federal que incluye a Siria, Irak y Palestina con colaboración francesa en la administración siria y lo mismo para Inglaterra en el Irak y Palestina con tal de evitar la guerra, y a pesar de volver a insistir sobre ello, la respuesta de Kurzon fue negativa diciend~~o~~ que Inglaterra no piensa entrar en guerra con Faisal, pero, no acepta que el Congreso Sirio anule los deberes del Congreso de paz, tampoco adm~~i~~ta la política de los hechos consumados. Y agregó que las negociaciones en curso tienen por objeto dar a Inglaterra el protectorado sobre Irak y Palestina, y dar a Francia el protectorado sobre Siria.

Volvió Allenby a reclacar el hecho de que los congresistas sirios representan la mayoría absoluta del sentimiento y la voluntad populares", pero, ni su respuesta ni su insistencia tuvieron eco en Londres y menos en París.

En San Remo (Italia), se reunieron los aliados del 18 al 26 de abril de 1920. Al Congreso asistieron los primeros ministros y los ministros de exteriores de Bretaña, Francia e Italia, además, los representantes japoneses, mientras E.E.U.U. no fue representado. Era claro que al llegar a San Remo, Bretaña y Francia habían arreglado con anterioridad entre ellas las cuestiones árabes con mutuo acuerdo entre Berthelot y Kurzon.

El objetivo principal de la reunión del Alto Consejo de los aliados era estudiar el tratado de paz con Turquía que fue elaborado en Sévres. El artículo 94 del tratado indica el reconocimiento inicial de Siria Natural y el Irak como "Estados independientes, con la condición de ofrecerles el consejo en la administración y la ayuda por parte de los Estados protectores

hasta llegar el momento en que éstos puedan sostenerse solos" (112). Los aliados han decidido arreglar con carácter definitivo, las cuestiones árabes sin la asistencia de representantes árabes como era previsto, según la promesa dada a Faisal, en nombre de los gobiernos británico y francés de que no se tomará la decisión final, sino después de intercambiar pareceres con él.

(113)

El reparto del petróleo de Mousul era el primer tema en discutir de entre los temas árabes en el Congreso. El 24 de abril se llegó a un acuerdo según el cual adquirió Francia el 25% del petróleo iraquí a cambio de permitir al oleoducto procedente del Irak a atravesar Siria y Líbano para llegar al Mediterráneo. Al día siguiente Lloyd George y Mileran, firmaron el acuerdo. Y de allí aparece la importancia del petróleo y el papel que jugó a la hora de repartir los territorios árabes.

Los aliados en su reunión del 25 de abril incluyeron a los territorios árabes en la calificación (A), y en el acta final se dijo que las potencias protectoras fueron elegidas "Por las potencias aliadas". Francia se designó para Siria (incluido el Líbano) y Gran Bretaña para el Irak y Palestina, de acuerdo con el artículo 22 de la Carta de la Sociedad de Naciones, pero, violando este artículo que recomienda tener en cuenta la opinión pública de las poblaciones autóctonas objeto del protectorado.

La cuestión de las fronteras en las dos zonas de protectorado se trazaron de manera definitiva a través del acuerdo hecho entre las dos potencias el 23 de diciembre de 1920, dividiendo Siria Natural en dos países, el primero es Siria y Líbano, y el segundo, las dos orillas del río Jordán (Palestina y Transjordania), y que más tarde serán cuatro países separados e independientes. Cuando la Sociedad de Naciones aceptó más tarde (el 24 de julio de 1922), la decisión de San Remo, la cuestión de las fronteras políticas entre los dos estados protectores estaban definitivamente arreglada.

Las decisiones de San Remo han sido una muestra más para fijar con carácter duradero, los acuerdos secretos elaborados antes y durante la guerra para coordinar los intereses colonialistas, y legalizar la ocupación militar. Y han sido a la vez el resultado de los regateos que empezaron después de la guerra. Mientras que el nuevo sistema de protectorado no ha sido sino "Sustituto del colonialismo antiguo", según, reconoció Lloyd George mismo (114).

Los Estados Unidos en el que los árabes habían depositado su esperanza en 1919, olvidó el principio de la autodeterminación y con el olvido también a los ideales suyos, y reconoció el protectorado sobre Palestina el año 1923, y sobre Siria en 1924.

Las fronteras artificiales ilógicas que creó el Congreso de San Remo dentro de un sólo país, han sido la fuente de los problemas y desastres de los que sufrieron y siguen sufriendo no sólo las poblaciones de Siria, sino de todas las poblaciones árabes de al rededor. El hecho de dividir a Siria en dos países ha sido un golpe grande para los árabes en la Edad Contemporánea, porque esa división les hizo retroceder y fueron por ello débiles, sin poder enfrentarse al segundo golpe más duro dirigido por Europa, que es la invasión sionista, pues, cuando se enfrentaron a los judíos el año 1948, su resistencia no se coronó con el éxito debido al desmembramiento sirio.

La batalla de "Maisalon", vino a reflejar el espíritu colonialista de Francia y la manera de tratar a quienes han sido hasta hace poco el brazo derecho de los aliados en el frente oriental contra los turcos. El 30 de abril dirigió Mileran a Faisal un telegrama en el que asegura que Francia reafirma su reconocimiento al derecho de los sirios por gobernarse a sí mismos como nación independiente. Pero que Francia ve su deber en aceptar la misión que le fue encomendada por el Congreso de paz y la Sociedad de Naciones

nes para ayudar a los sirios a que organicen sus asuntos y defender su independencia de cualquier agresión exterior. La contestación de Faisal fue el 13 de mayo diciendo que el telegrama de Mileran ignoraba la unión de Siria y que él se opone a la desmembración del país, señalando sobre el telegrama del Gobierno británico acerca de fundar en Palestina un Estado nacional judío diciendo "Que los sirios no aceptarán la entrega de esta parte tan querida de su patria al judaísmo". Reclamó también a que reconociera Francia la independencia siria oponiéndose a las decisiones de San Remo, diciendo que está dispuesto a entablar conversaciones acerca de la ayuda que Francia desea ofrecer al país "con la condición de que éstas conversaciones empiecen sobre la base del reconocimiento a la independencia y la no desmembración del país" (115).

Las decisiones de San Remo produjeron una crisis ministerial en Damasco, después de sufrir el Gobierno del Rikabi ataques por seguir una política débil más que moderada, sin preparar bien al país para que esté en condiciones de defenderse frente a las agresiones inminentes y que les está permitiendo utilizar el ferrocarril para transportar soldados y material bélico, con el fin de sofocar a las guerrillas turcas en las fronteras del norte de Siria. Pero la excusa del Rikabi era que el país no puede enfrentarse a una potencia como Francia por tanto era mejor entenderse con ella. Pero Faisal se alineó al lado de los extremistas pidiendo la dimisión de Rikabi el 3 de mayo de 1920. Encargando el mismo día a Hashim al-Atasi (presidente del Congreso sirio), a que formase el nuevo Gobierno. El programa del nuevo Gobierno era: 1- Apoyar la completa independencia. 2- La unión siria y rechazar el programa judío en Palestina. 3- Rechazo a la intervención extranjera. Con la formación del nuevo Gobierno, tomaron impulso las bandas nacionales que operaban contra la ocupación francesa en la zona costera encontrando del Gobierno de Damasco todo apoyo mate-

rial y moral, y debido a eso los franceses empezaron a tener grandes dificultades en el transporte de soldados y municiones a través del ferrocarril.

Los franceses al mando del general Henry Geuraud (Que había llegado a Beirut el 18 de noviembre de 1919 y que a la vez ocupaba el puesto de Alto Comisario), empezaron a mandar campañas militares contra los sublevados en la zona occidental, en especial, el monte de Amel y al-Hulah, además atrayeron a algunos cristianos y los provisionaron de armas para enfrentar se con sus mismos paisanos sublevados. Decidió Geuraud -después de firmar con los turcos kemalistas un armisticio el 30 de mayo de 1920, a gobernar la zona este de Siria- es decir el interior- de manera directa al igual que Gran Bretaña en el Irak, con previo aviso a Inglaterra, de sus intenciones.

Así los árabes se encontraron solos más que en ningún otro momento, y las circunstancias no pueden ser más favorables para Geuraud, que pensaba dar su golpe desde que llegó a Beirut hace siete meses.

En junio, Faisal tenía la certeza de que la situación iba a explotar de alguna manera. Pues, el 14 de julio -el día del aniversario de la revolución francesa- mandó Geuraud un ultimátum a Faisal enumerando los pasos hostiles que había dado el Gobierno de Damasco contra los franceses, y exigiendo la aceptación en un plazo de cuatro días de las siguientes condiciones ó de lo contrario el Gobierno francés "Se verá libre de hacer lo que le parece":

- 1- La puesta del ferrocarril Riak-Alepo, bajo las órdenes del ejército francés de ocupación y la ocupación militar de Alepo.
- 2- Anular el servicio militar y despedir a los reclutados.
- 3- Aceptar el protectorado francés sin obstáculos ni condiciones.
- 4- Castigar a los sublevados en las zonas costeras.
- 5- Aceptar los papeles de moneda expedido por los franceses.

El 19 de julio de 1920, el Congreso sirio rechazó el ultimátum, y fue cuando la campaña francesa marchó sobre Damasco y a poca distancia antes de llegar (en Maisalon), entró en combate con la fuerza árabe, mucho menos en cantidad y en armas, la madrugada del 24 de julio. No duró la batalla sino varias horas, en la cual cayó el ministro de guerra Yusof al-Admah con 800 muertos. Y al día siguiente entró el ejército francés a Damasco, mientras Faisal se retiró a Derra hacia el sur con la intención de seguir luchando, pero, la amenaza francesa por bombardear a Derra evitó la continuación de la lucha. Y así se acabó el Estado independiente de Faisal, después de haber vivido 22 meses llenos de sucesos y acontecimientos.

Los mandatos provocaron un amargo sentimiento en los árabes y con razón, ya que al Hijaz, siendo más atrasado se le otorgó plena independencia, mientras que los más avanzados eran colocados bajo una tutela que no era sino una forma de ocupación apenas velada, a la cual no se le había fijado el límite de tiempo. Francia no estaba dispuesta a hacer ninguna concesión a los sentimientos nacionalistas sirios. Casi toda su política en el país fue programada en función de sus territorios norteafricanos, cuando no dictada por las sospechas de simpatía pro-británicas por parte de los sirios.

La ocupación militar por Francia de la mitad norte de Siria (la costa y el interior), no eliminó la resistencia sino momentáneamente. En 1925 estalló una grave insurrección en el Hauran—la zona sur de Siria actual, frontera con Jordania—, dirigida por los Drusos que se alzaron contra el gobernador francés, lo que bastó para desencadenar una insurrección general, y durante la cual la aviación francesa bombardeó Damasco por dos veces. No se consiguió acabar con ella hasta el año siguiente, y dos años más tarde se formaba una asamblea constituyente. Francia, sin embargo, no quería aceptar ninguna constitución siria, que no salvaguardara su posición, de modo que disolvió la asamblea y promulgó una constitución enmendada, de

su propia creación. En 1932, se creó una cámara de diputados, con una amplia representación nacionalista, y como consecuencia del tratado que Inglaterra había negociado con el Irak en 1930 y que garantizaba la independencia de este último, los franceses se vieron obligados también a negociar un tratado semejante en imitación a los ingleses. Pero los términos de éste resultaron inaceptables para los sirios, porque no incluía las zonas con población predominantemente drusa y nusairi o alawí (Francia planeaba concederles autonomía regional bajo supervisión). Sin embargo, en 1936, León Blum inauguró a la cabeza del Frente Popular, una nueva política que fue acogida favorablemente por el Bloque Nacional sirio, redactándose un tratado que incorporaba las zonas discutidas. Pero el gobierno francés cayó antes de que el tratado fuera ratificado. Los intentos posteriores de entendimiento fueron sabotados por los funcionarios franceses en Siria. Estos eran antiguos generales del ejército o funcionarios con mentalidad colonialista que no se entendían bien con los dirigentes gubernamentales de la metrópoli y por lo tanto hicieron todo lo que pudieron para mantener la ocupación. Cuando la región de Alejandreta (Iskenderun) fue cedida a Turquía como premio por su neutralidad en caso de una próxima guerra europea, la tensión entre los sirios y los franceses llegó hasta el grado que el Alto mando suspendió la constitución, restableció la autonomía de los distritos nusairfes y reasumió el control directo del gobierno. Y así la vida política de Siria quedó suspendida en la víspera de la Segunda Guerra Mundial.

El Alto Comisario francés en Siria, Gabriel Puax, se puso del lado del gobierno de Vichy, de modo que las fuerzas británicas, unidas a las fuerzas libres francesas al mando del general Georges Catroux, recuperaron los territorios de Siria y Líbano, y en 1941 los declararon independientes. Parece ser que estos acuerdos, lo mismo que los realizados durante la primera guerra mundial, no se pensaban tomar al pie de la letra, de modo que vol

vió a estallar la violencia entre fuerzas francesas y sirias, cuando éstas empezaron a comportarse como si fueran independientes, y la vida constitucional no fue restablecida hasta 1943. Las últimas tropas francesas evacuaron la zona, bajo presión inglesa, en abril de 1946, aunque Siria entró oficialmente en la Sociedad de Naciones el 12 de abril de 1945.

El Líbano, bajo mandato, tuvo una historia más tranquila que la de Siria. Tras separarlo Francia de la patria madre (siria), anexionándole algunas ciudades costeras en las llanuras del interior, se convirtió en el Gran Líbano, y que ha mantenido sus fronteras hasta el día de hoy. Un período de prosperidad siguió al mandato, sobre todo en lo que se refiere a Beirut. En 1926, el Líbano fue proclamado república y se creó un consejo representativo encargado de redactar una constitución que diera a Francia la posición de protectora del Líbano, aún después de la independencia, una constitución elaborada por Francia y sus favoritos cristianos maronitas, favoreciendo los intereses de las dos partes en el país, aún cuando el total de los cristianos (maronitas y no maronitas), no llegaba a la mitad de la población libanesa. Dicha constitución dio lugar a un régimen parlamentario y sigue aún en vigor a pesar de sufrir pocos cambios. En 1936, los libaneses negociaron también un tratado con las autoridades francesas, tratado que tampoco tuvo tiempo de ser ratificado. Poco podía hacerse desde el momento en que estalló la guerra, y el Líbano como Siria fue puesto bajo la ley marcial.

Cuando el Líbano fue liberado por el general Catroux, los libaneses tomaron al pie de la letra sus declaraciones sobre la independencia, pero en 1943, cuando la Cámara eligió a Bishara al-Juri como presidente, los representantes de la Francia libre le arrestaron junto con el nuevo Primer Ministro y otros miembros del gabinete. La violencia estalló en las calles y las huelgas y manifestaciones se sucedieron durante varios días.

Por último, Francia cedió a las presiones y liberó a los funcionarios. Junto con Siria, el Líbano entró en la Sociedad de Naciones y en la Liga Árabe. Las últimas tropas francesas, evacuaron el país el 31 de diciembre de 1946.

En Palestina, colocada bajo mandato y ocupada por el ejército británico, el gobierno inglés intentó establecer un hogar nacional judío, según la promesa que había hecho en noviembre de 1917. La verdad es que poco después de la Declaración Balfour, los sionistas que ya estaban organizados, formaron la Jewish Agency for Palestine, bajo la dirección de Haim Weizmann, que ya era presidente de la Organización Sionista Mundial. La agencia se convirtió en un gobierno de embrión: recogía fondos, compraba tierras en Palestina para establecer a los emigrantes judíos, organizaba granjas colectivas (los Kibbutzim que servían también como talleres clandestinos para la fabricación de armamento ligero y para entrenar se a la guerra de guerrillas), resucitaba al hebreo como lengua hablada, formaba el Histadrut o Confederación general del trabajo, que pronto incluyó al 90 por 100 de los trabajadores judíos y no sólo fue una empresa económica, sino también un órgano político. Entre 1919 y 1926, un centenar de millares de inmigrantes, procedentes de Europa central y oriental, llegaron a unirse a los cincuenta mil judíos establecidos ya en el país antes de 1914. Esta población judía se instaló, principalmente en las ciudades, aportando capitales y creando industrias; pero también empezó a emprender actividades agrícolas. Esto chocaba con la oposición de los árabes, que constituía más del 90 por 100 de la población total y que temían las consecuencias económicas y sociales de tal afluencia de inmigrantes. La oposición árabe recriminaba al régimen de mandato, puesto que era la administración inglesa la que autorizaba y favorecía la entrada de los judíos. Por otra parte, esa oposición era desorganizada e ineficaz.

Los jefes árabes de las dos familias dominantes estaban demasiado ocupadas en pelearse entre sí para ofrecer una línea de acción concreta o al menos un instrumento de oposición. El 4 de abril de 1920 tuvieron lugar en Jerusalén (116), los primeros choques de violencia, y en Yaffa en 1921, las cuales fueron sangrientos y el gobierno británico publicó un Libro Blanco que limitaba la inmigración. Sin embargo en 1925 esa resistencia árabe pareció aminorarse.

Pero la subida de Hitler al poder y la persecución de los judíos en Europa (en la época de entreguerra) provocaron olas emigratorias que en 1936 causaron nuevos estallidos de violencia, con una huelga general en toda Palestina como protesta contra Inglaterra y los sionistas, la cual dio lugar a una insurrección rural encabezada por el caído Sheij Iz al-Din al-Kassam. Los árabes sólo se apaciguaron cuando las autoridades británicas prometieron enviar una comisión real, la Comisión Peel, que redactó un informe en 1937 aconsejando (en vez de parar la migración y el programa sionista) la división del territorio, proyecto como es natural, fue rechazado por los árabes. No se pudo llegar a unas bases de entendimiento, ya que las dos partes interesadas reivindicaban su derecho al territorio: los árabes porque llevan viviendo en él catorce siglos ininterrumpidamente los sionistas por haber vivido algún tiempo hace 2000 años y por su religión estaban agregados a aquellas tierras. Los árabes seguían estando desorganizados; sus jefes hacían orgullosas afirmaciones pero emprendían pocas acciones efectivas.

En 1939 los sionistas tenían una organización militar clandestina, la Hagganah, y más tarde habían de formar varios grupos terroristas, entre ellos el Irgun Zewai Leumi y la banda Stern. Muchos de los jefes sionistas tenían a los árabes en poca estima: Theodore Herzl, el principal fundador del movimiento sionista (en Basilea 1897), ni siquiera los

menciona en sus diarios. Mientras unos creían que los árabes podían ser sometidos por la fuerza, otros creían finalmente en un Estado binacional, donde los árabes y los judíos pudiesen vivir juntos. Las autoridades británicas -el primer Alto Comisario que designó Bretaña en Palestina era el sionista Haim Weitzmann- ayudaron al ejército clandestino sionista a armarse y adiestrarse, con la esperanza de utilizarlo contra una eventual invasión alemana durante la guerra, de modo que después de la Segunda Guerra Mundial, la Haganah no sólo estaba bien armada y entrenada, sino que tenía también experiencia militar por sus acciones contra las fuerzas francesas del régimen de Vichy en Siria y por luchar al lado de los aliados en los campos de batalla en Europa. En 1945 las organizaciones sionistas comenzaron a perpetrar actos de terrorismo y matanzas como las de (Deir Yasin, Kibia y Salama) realizando una lucha de guerrillas, tanto contra sus amos, las autoridades británicas como contra los árabes.

En Transjordania la situación era diferente, pues aunque los sionistas reclamaban a Bretaña incluirla en la promesa de Balfour, no se le aplicó el mandato directo. Y por caerse entre Palestina y el Irak, los ingleses prefirieron administrarlo desde Palestina que les era más fácil que desde el Irak sin ocuparlo militarmente. Y cuando Faisal fue expulsado del trono sirio por el avance francés a Damasco después de la batalla de Maisalon, su hermano menor, Abdallah, pensó, en represalia, marchar del Hijaz hacia el Norte y a través de Transjordania para atacar a los franceses. Para impedir esta temeraria empresa y para aplacar a la dinastía hashmita después de haber traicionado sus aspiraciones, el gobierno británico nombró a Abdallah amir de un mini estado recientemente creado, Transjordania, con el fin de reclamar al amir. El cual llegó a la capital, Amman, el 2 de marzo de 1921.

A la reunión que celebró en el Cairo Mr. Winston Churchill, ministro de colonias en marzo de 1921, invitó civiles y militares. Con ellos decidió

llegar con los árabes a una "solución intermedia" en el Irak y en Transjordania, dando a los dos países un régimen de semi independencia y por tanto dar a Faisal el trono del Irak y a Abdallah el emirato de Transjordania. Con la condición de mantener allí el orden y no apoyar los movimientos de resistencia contra las potencias portectoras.

Las autoridades británicas cedieron en el Irak ante el estallido de una insurrección general entre las tribus en 1920. Y en Transjordania después de la insurrección de los nacionalistas y de las tribus beduinas contra los ingleses, insurrección que tuvo su auge cuando el jeque mayor Mithkal Al-Fayez de la tribu principal Bani Saker, encarceló al capitán Fredrik Bek, dos días atado en su establo de caballos. Después de estos sucesos las autoridades británicas no tuvieron otro remedio que ceder para calmar la situación. Así el amir Abdallah encargó a un libanes nacionalista refugiado en Transjordania, llamado Rashid Tulei a formar el primer gabinete el 11 de abril de 1921, y poco después llegó a Amman el Alto Comisario Mr. Bramson, el cual a los seis meses fue sustituido por Mr St. John Philby. Se puede decir que el príncipe Abdallah pudo durante más de dos décadas de sentar las bases de la administración y en limitar la resistencia en Transjordania contra los ingleses. El 20 de febrero de 1928 su primer ministro Abu el-Huda firmó en Jerusalén un tratado con Lord Blomer representante de Inglaterra, el cual fue ratificado por la primera Asamblea constituyente el 26 de marzo. Y el 19 de abril de 1928 se publicaron las primeras leyes básicas de Transjordania. Después de negociaciones celebradas en Londres entre el príncipe y las autoridades en junio-julio de 1934 se llegó a un acuerdo complementario, del tratado de 1928, en el que se modificaron ciertas condiciones favorables a Transjordania, y el cual se publicó el 22 de julio de 1934. También el tratado sufrió otra modificación en 1939 por la cual se convirtió el príncipe en jefe supremo de las fuerzas armadas del

país. Dichas fruerzas colaboraron durante la segunda guerra mundial con las fuerzas británicas, cumpliendo misiones: en 1941 en el Irak contra Rashid Aali al-Kailani y en Siria durante el gobierno de Vichy.

A pesar de la violencia inicial, el Irak fue más afortunado bajo el mandato inglés que Siria y Líbano. Los agentes nacionalistas habían estado adoctrinando a las tribus sobre el concepto de independencia, de modo que, cuando se anunció el mandato, estalló una insurrección general entre las tribus en julio de 1920. La insurrección fue aplastada con considerables pérdidas de vida por ambos lados, implantándose al fin el control inglés. Esta resistencia violenta obligó a los ingleses a concederle al Irak la semiindependencia, pensando en un jefe árabe capaz de ser aceptado allí. Mientras tanto se formó un consejo de estado, pero el del jefe de gobierno todavía estaba por resolver. A título de compensación para Faisal, que había visto frustradas sus esperanzas en la independencia árabe, en la conferencia que convocó en el Cairo, Churchill, nombró el 11 de julio de 1921 a Faisal rey del Irak que gobernó hasta su muerte el 8 de septiembre de 1933.

Faisal era un hombre moderado y hábil, y la elección resultó afortunada. Gobernó durante 11 años y llevó al Irak a la independencia total. En marzo de 1924, la Asamblea constituyente declaró al Irak estados soberano bajo una monarquía hereditaria, y en 1930 se firmó el tratado con Inglaterra. A cambio de garantizar a Inglaterra ciertas ventajas, sobre todo en el campo de los negocios y las finanzas, el Irak entró a formar parte de la Sociedad de Naciones en 1932, siendo el primer país árabe en conseguirlo. El Irak había sido anteriormente el primer país productor de dátiles, pero el descubrimiento del petróleo pronto le convirtió en uno de los países más ricos de la zona, al que poco después harían la competencia los principados del Golfo Pérsico. Las primeras concesiones petrolíferas fue-

ron otorgadas en 1925 a una compañía británica conocida como la Irak Petroleum Company, y en 1927 los yacimientos demostraron ser verdaderamente ricos. El cincuenta por ciento de los ingresos del gobierno iraquí procedían del petróleo y le permitieron emprender un programa de desarrollo. Sin embargo, Irak continuaba recibiendo ayuda militar y financiera de Inglaterra, lo que constituía una fuente de disgustos y fricciones con los nacionalistas. El antagonismo contra Inglaterra creció con el desarrollo del problema palestino y con el resentimiento que los iraquíes sentían hacia los ingleses por su protección al movimiento sionista. El comienzo de la Segunda Guerra Mundial redujo la influencia británica y un golpe de estado pro-alemán puso al gobierno de Rashid Aali al-Kailani en el poder. Como el Irak, era por el petróleo, de vital importancia para una Inglaterra en guerra, el país fue pronto recuperado y Rashid Aali y sus partidarios enviados al exilio. Dos años más tarde, el Irak declaró la guerra a las potencias del Eje y en 1945 firmó la Carta de las Naciones Unidas. El caudal de petróleo iraquí aumentó con el tiempo y en 1932 y en 1938 se otorgaron dos concesiones más a compañías petrolíferas. También Inglaterra construyó un oleoducto que llevaba el petróleo a Haifa, el cual más tarde quedó inutilizado por la guerra en Palestina.

En cuanto a las reivindicaciones turcas del Wilayato de Mosul, donde la mayoría de la población no era árabe, la diplomacia inglesa las eliminó; para conseguirlo concedió a los intereses petrolíferos americanos una participación en la explotación de los yacimientos iraquíes, debido a lo cual, el gobierno turco no pudo contar ya con el apoyo de los Estados Unidos.

Cuando terminó la Primera Guerra Mundial, la península arábiga albergaba a varios mini estados y emiratos, y era el escenario de una lucha fratricida en especial entre los dos más grandes: El Hijaz y el Najd. Mien-

tras los otros tres emiratos en el Yemen, Asir, Hayel y los del Golfo, no eran lo suficientemente fuertes como para influir en el curso de los acontecimientos políticos en la península y en los demás países árabes alrededor. Poco después de acabarse la guerra desapareció en el norte de la península, el principado de ibn al-Rashid en Hayel, después le siguió el principado del Idrisi en Asir, mientras el iman Yahia en el Yemen se encerró en sí mismo.

Las relaciones entre los Hachemitas del Hijaz y el naciente príncipe Abd el-Aziz ibn Saud no eran del todo cordiales durante la guerra (117) pero después de ella se empeoraron convirtiéndose en una lucha abierta. Durante la guerra ibn Saud aconsejó a los ingleses a ofrecer la ayuda poco a poco al Jerife con el fin de que la guerra entre él y los turcos se prolongase lo más posible sirviendo esta táctica los fines militares que perseguían los ingleses (118).

No hay lugar a dudas que la política que seguía el gobierno de la India (que se ocupaba de las cuestiones árabes en Najd, las jequeturas del golfo, los demás protectorados pequeños, Aden y Asir), no estaba de acuerdo en sus propósitos con la política del ministerio de exteriores (que se ocupaba del Hijaz y Egipto). Estas dos políticas no concordantes, dieron lugar al aumento de las diferencias políticas entre el Jerife y Abd al-Aziz.

Subía la estrella de Abd al-Aziz después de la guerra, su política expansiva que encontraba todo el apoyo inglés iba en aumento, pues, en marzo de 1920 se apoderó del Hinakylle, al este del Medina, atacando a la vez la parte este del Taif en el Hijaz, y en octubre del mismo año derrotó de una manera flagrante al emir de Kuwait. Al agrandarse la autoridad del príncipe de Najd el gobierno británico le reconoció como Sultán en agosto de 1921 y en el mismo año, el 2 de noviembre se apoderó de Hayel la capital de ibn al-Rashid a instigación de los ingleses por haberse ayudado el último a los

turcos durante la guerra, y la recompensa fue una felicitación y más armas. Lo mismo hicieron de segundas con Abd al-Aziz para derrocar al Jerife y apoderarse más tarde del Hijaz. El año 1922 las incursiones sauditas de los Wahhabíes seguidores de ibn Saud llegaron hasta el Irak y las afueras de Amman, y a pesar del fracaso de estas campañas pudo el Sultán imponer su autoridad sobre Al-ÿof y Wadí al-Sirhan al norte, frontera con Transjordania y sobre los montes del Asir al sur, frontera con el Yemen.

Lo que era lamentable, es que el Jerife Hussein no pudo adaptarse a la nueva situación y comprender por lo tanto ese nuevo cambio en el equilibrio de fuerzas que creó su más peligroso rival en la península entera. Y siguió insistiendo en sus negociaciones con los británicos en devolver las agujas del reloj, era hombre fiel a su palabra, reclamando de Gran Bretaña para cumplir lo que le prometió durante la guerra. Se sentía frustrado por Gran Bretaña frente a los árabes y los musulmanes en general. Reclamaba la vuelta de ibn Saud a sus fronteras de antes de la guerra.

Pero la política británica que empezó a favorecer a ibn Saud desde 1918 hizo de él la fuerza militar más grande de la península. Los británicos que miraban en sus propios intereses primero, veían en ibn Saud un arma que pueden utilizar en su día contra el intransigente Jerife, cuando éste ponga obstáculos como revancha a la política británica en la zona.

A raíz de la victoria de ibn Saud en Tarbah (entre el Hijaz y Najd) el 25 al 26 de mayo de 1919, el Hijaz entero estaba ya amenazado por caer en manos de los sauditas. Pero ibn Saud prefirió no pasar de allí y pararse en las dos ciudades que ocupó (Tarbah y al-Jurmah). Parece que los ingleses utilizaron Tarbah solo para amenazar al Jerife en aquellos momentos, utilizando desde entonces a ibn Saud como medio de presión según exige la necesidad, hasta que al fin se deshicieron de él en 1924.

Las relaciones entre el Jerife Hussein y Gran Bretaña empezaron a em

peorarse desde que el Jerife negó ratificar los dos tratados hechos por los aliados con Alemania (el tratado de Versalles el 28 de junio de 1919) y con Turquía (el de Sèvres el 10 de agosto de 1920), a pesar de la insistencia británica y la advertencia de que su negativa a ratificarlos "expone al Hijaz al peligro". La respuesta del rey era que él está dispuesto a la ratificación "Si el gobierno británico se muestra fiel a sus anteriores compromisos con él". Y a pesar de sufrir una crisis financiera en aquellos momentos, como para no poder pagar el sueldo a los funcionarios y soldados, no aceptó una ayuda financiera que le ofreció el alto comisario en Yeda. Condicionada con la firma de los dos tratados. Y en febrero de 1921 cuando el alto comisario, el Mayor Baten preguntó al Jerife sobre el motivo de su oposición, el cual le respondió "Lo que no se puede esperar de él, es la puesta de su nombre sobre un documento que da Palestina a los judíos y Siria a los franceses... (119)". Fue entonces cuando el ministerio eligió a Lawrence para negociar con él y convencerle, celebrando con él la primera reunión el 30 de julio en Yeda, pero el Jerife insistía en que Gran Bretaña debe primero cumplir las promesas que dio a través de McMahon al iniciarse la guerra. Ante la solidéz del Jerife en varias reuniones, se convenció Lawrence de que llegó a un callejón sin salida, a pesar de las amenazas de Lawrence, así se rompieron las negociaciones, y con él se convencieron los funcionarios británicos de que el Jerife lleva dentro un sentimiento hostil hacia Gran Bretaña por su política oportunista con los árabes. Varios días después del fracaso de Lawrence, el cual dirigió a Curzon un telegrama en el que decía "El Jerife siente que en la Meca no se le puede hacer daño, y desea ser caído, además no podemos ganarle a nuestro lado si no explotamos su nobleza o cortar la ayuda o imponer su sitio en Yeda o le soltamos ibn Saud".(120)

Al llegar las relaciones entre el Jerife y Gran Bretaña al punto muerto, vino encima el ataque de ibn Saud, en el verano de 1924 que mandó dos cam

pañías: la primera contra Transjordania con el fin de derrocar al príncipe Abdallah, la cual fue rechazada por la tribu Bani Saker cerca de Amman y acabó con el fracaso, después de sufrir muchas pérdidas humanas por los dos lados. Mientras la segunda que se dirigió al Hijaz tuvo más éxito que el que esperaba el mismo ibn Saud. Pues, pudo apoderarse de la ciudad de Taif fácilmente el 7 de septiembre de 1924. Encontrándose el Jerife en esta débil situación, abdicó el 3 de octubre en favor de su hijo mayor, el príncipe Ali, y a los pocos días abandonó el Hijaz para residir en la ciudad de Acaba, pero seis meses después el Sultán de Najd amenazó con mandar una expedición a Acaba, por lo que tuvo que salir de allí a bordo de un buque militar inglés hacia Chipre, donde permaneció exiliado hasta 1931, cuando llegó a Amman enfermo, donde murió. El gobierno británico aprovechó la abdicación, convenciendo al nuevo rey del Hijaz para incluir la zona de Maán-Acaba en el protectorado transjordano, advirtiéndole al mismo tiempo a Ibn Saud para no tocar esa zona por estar ya bajo protectorado británico.

Ali abdicó a su vez el año siguiente, dejando vía libre a Abd al-Aziz ibn-Saud, que se convirtió en rey de Najd y del Hijaz, territorio que en 1932 asumió el nombre de Arabia Saudí.

La forma de gobierno que Abd al-Aziz practicaba era autocrática y patriarcal. Las revueltas beduinas fueron duramente reprimidas y se intentó controlar las tribus obligándolas a adoptar una vida sedentaria. El país era pobre y tenía una economía limitada que dependía del peregrinaje y del comercio. La primera fuente de ingresos se vio restringida durante algunos años por las estrictas prácticas wahabíes del gobernante, pero más tarde se establecieron relaciones amistosas con los otros gobernantes musulmanes y el peregrinaje se reanudó. El petróleo fue descubierto por primera vez en cantidad limitada, en 1933, y más tarde, en 1939, en grandes cantidades. Estos recursos no fueron plenamente explotados hasta después de la segunda

guerra mundial y transformaron a un estado beduino agobiado por la pobreza en uno de los reinos más ricos de Oriente Medio.

Egipto: Tuvo un destino muy diferente al de las otras provincias Árabes del Imperio otomano. La declaración que convirtió al país en un protectorado en 1915, rompió los lazos legales que ataban a Egipto con un soberano turco, e indujo a los egipcios a considerar su patria como un país potencialmente independiente. Las declaraciones del presidente Wilson reforzaron esta esperanza y el 13 de noviembre de 1918 una delegación del partido Wafd, dirigida por Sád Zaglul, vicepresidente de la Asamblea, apeló al alto comisario británico y le pidió permiso para presentar las demandas egipcias de independencia a la Conferencia de la Paz de París. La petición fue denegada. Pero sin desanimarse, los miembros del grupo, que por entonces había crecido en tamaño e importancia hasta el punto de incluir a un gran número de egipcios influyentes, intensificaron su campaña. Las autoridades británicas, subestimando la popularidad y difusión del movimiento, pensaron que podían acabar con él arrestando a Zaglul y a unos cuantos de sus amigos y deportándoles a Malta. Estalló entonces en Egipto una revolución a gran escala muy bien planeada, pues el Wafd no solo actuaba en convivencia con el gobierno egipcio del momento, sino que tenía amplias ramificaciones. Las autoridades británicas se vieron por fin obligadas a liberar a Zaglul y a sus compañeros y a permitirles que fueran a París en 1919, pero allí nadie tenía tiempo para escucharles. En diciembre de este mismo año, el gobierno británico decidió enviar a Lord Milner a Egipto con objeto de esclarecer los hechos. Allí Milner se encontró con un boicoteo masivo que le convenció de que Zaglul y su partido eran realmente los únicos que podían negociar con Inglaterra y aconsejó que se concediese la independencia a Egipto. Pero ni el gobierno británico ni el Wafd pudieron llegar a un acuerdo sobre los términos de la negociación, de modo que,

por último en 1922, el gobierno británico emitió una declaración unilateral de independencia y el jedewi Fuad fue nombrado rey de Egipto. Al año siguiente se redactó una constitución, en la que se concedía al rey el derecho a nombrar ministros y a disolver el parlamento, lo cual se convirtió en un importante factor de la inestabilidad que había de caracterizar la situación interna de Egipto durante las tres décadas siguientes.

La declaración unilateral de independencia estaba limitada por tantas restricciones que la hacían prácticamente inoperante, y los sucesivos gobiernos egipcios fracasaron en sus repetidos intentos de negociar con los ingleses algún acuerdo que garantizara la plena soberanía de Egipto y que fuera aceptable para todos los partidos políticos del país. Esta era una tarea imposible, ya que el frente nacionalista se había dividido, y únicamente bajo la presión de los acontecimientos internacionales y la agresión italiana a Etiopía se formó un gabinete de coalición que en 1936 negoció el tratado anglo-egipcio. Egipto entró en la Sociedad de Naciones y el odiado sistema de capitulaciones llegó a su fin: Egipto podía promulgar ahora leyes aplicables a todos los residentes en el país incluidos los extranjeros. Pero el tratado tenía sus desventajas, porque concedía a Inglaterra un control legal sobre Egipto. Al permitir que las tropas británicas permaneciesen estacionadas en territorio egipcio, sobre todo en la zona del Canal, el tratado daba pie a que Inglaterra se inmiscuyese en la política egipcia. De este modo, el residente inglés podía tomar partido en la política egipcia, aumentando el caos que reinaba en ésta. Los sucesivos gobiernos trataron de alterar los términos del tratado e incluso llevaron el caso ante las Naciones Unidas de reciente creación, sin éxito alguno, hasta un gobierno wafdistas, en un afán de conseguir popularidad lo abrogó unilateralmente en 1951.

A pesar de los diversos tratados negociados entre las potencias co-

loniales y los países del Oriente Medio que daban a estos últimos una aparente independencia, durante el período de entreguerras el poder efectivo estuvo plenamente en manos de Francia e Inglaterra; la moneda estaba vinculada al franco y la libra esterlina; la educación era supervisada por consejeros coloniales: Francia llevaba a cabo su misión civilizadora e Inglaterra contrataba con su British Council. Los Estados europeos pudieron conservar su ventaja sin demasiado trabajo, porque los movimientos nacionales o religiosos en las zonas no habían sido coordinados ni recibido el apoyo de otras fuerzas musulmanas. Cuando el rey del Hijaz quiso restaurar en su favor, en marzo de 1924, el Califato abolido por la asamblea Nacional turca un año antes y convertirse así en jefe religioso del Islam, su petición fue rechazada por otros árabes: los de Egipto y los de Najd. Cuando ibn Saud, después de su victoria sobre Hussein, convocó en 1926, un Congreso musulmán en la Meca, la dominación establecida por los wahabitas sobre los Santos Lugares provocó discordias en el mundo islámico e incitó a la Universidad de El Azhar a convocar en El Cairo un congreso rival. Esta crisis que debilitó la unidad religiosa del Islam, constituye sin duda, la explicación profunda del fracaso sufrido por los movimientos de resistencia. Tal era desde luego, la convicción que animaría desde entonces a los promotores de los Congresos islámicos: para evitar nuevos fracasos sería necesario restablecer la solidaridad islámica y luchar contra la desintegración del Islam en Estados seculares. Pero esa convicción continuaba siendo platónica todavía.

Además, tanto Francia como Inglaterra habían hecho inversiones considerables en estos países en forma de comercio de exportación y para entonces el petróleo se había convertido en un producto de primordial importancia. Entre 1930 y 1940 nuevas potencias aparecieron en la zona. En 1933 los Estados Unidos adquirieron concesiones petrolíferas en Arabia

Saudí, mientras que en 1936 Italia emprendía el ataque a Etiopía. Alemania también recobró su interés por la zona y hacia 1938 su comercio con Egipto venía en segundo lugar después de Inglaterra. También entró en contacto con los nacionalistas disidentes, que pensaron que podrían utilizar a Alemania como palanca para echar a Inglaterra. No por ello dejaban los ingleses de controlar plenamente la economía egipcia. El Banco Nacional era inglés, al igual que el jefe de la policía. Todos los asuntos internos de cierta importancia eran revisados por el embajador inglés, uno de los cuales, Lord Lloyd, hizo una cuestión de principio de hacer intervenir a las lanchas cañoneras durante tres años sucesivos. Otro, Lord Killearn llamó, en 1942 a los tanques que rodearan el palacio y obligaron al rey a cambiar de gobierno bajo amenaza de destronamiento. Por lo tanto no es sorprendente que los egipcios echaran la culpa a los ingleses de todo lo que iba mal. Durante treinta años continuó la lucha entre el rey, el Wafd y la agencia inglesa (más tarde transformada en embajada), mientras los otros partidos políticos representaban un papel secundario pero importante. Ni un solo gabinete cayó por falta de un voto de confianza, y sin embargo, la vida media de un gobierno era de dieciocho meses. La corrupción y las intrigas estaban a la orden del día. Las cosas podrían haber continuado así durante largo tiempo si en 1948 el país no se hubiera visto envuelto en la guerra de Palestina para la cual no estaba preparado y en la que el ejército fue dotado de armas defectuosas.

En realidad los países del Medio Oriente han sido muy poco afectados por las hostilidades. La Segunda Guerra Mundial no ha modificado apenas las condiciones de la vida pastoril o agrícola de estas regiones, en las que las actividades industriales no empleaban, en 1939, más que un 4 o un 5 por 100 de la población. Sin embargo, en conjunto ha favorecido el desarrollo de su vida económica, puesto que las tropas aliadas han realizado compras de pro-

ductos alimenticios y de pieles, así como construido carreteras; además la producción de petróleo en el Irak, en Arabia Saudita y en los sultanatos de la costa del golfo Pérsico, se ha doblado para atender a las necesidades de los ejércitos aliados. Y sin embargo, es precisamente en este período cuando se desarrolla el movimiento de emancipación, en relación con la dominación directa o indirecta de los europeos: los nacionalistas árabes que después de la Primera Guerra Mundial habían llevado la lucha en forma dispersa, en el transcurso de la segunda, han buscado la cohesión, consiguiendo establecer el principio de una Unión.

La causa interna de este gran movimiento, que señala una fecha importante en la evolución de las relaciones internacionales, es sin duda alguna, el deseo de emancipación política y cultural, reforzado no sólo por la fe islámica, sino también por la comunidad lingüística: a pesar de la existencia de dialectos locales, el árabe clásico se ha convertido en lengua de los intelectuales y de los hombres de leyes, es decir, de todos aquellos que manifiestan una conciencia nacional activa.

El hecho más importante de este período es el de la Liga de Estados Árabes, que fue un paso hacia la unidad. Esta unidad política fue propuesta, por oportunismo, por el Gabinete británico. El 29 de mayo de 1941, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, prometió que prestaría "el más completo apoyo" a cualquier proyecto de unificación árabe que mereciera la aprobación general; en febrero de 1943, que vería con simpatía una unión "económica, cultural y política" de los países árabes, a condición de que la iniciativa partiera de los mismos árabes.

La cuestión no tomó forma hasta mediados de 1944, cuando el primer ministro egipcio, Nahas, consigue descartar el proyecto de Nury Said. A finales de septiembre de 1944, los representantes del Líbano, Transjordania, Siria, Irak, y Egipto se reúnen en Alejandría. En esta Conferencia se esta

blece el proyecto de una Liga de Estados árabes. El pacto se firma el 22 de marzo de 1945, después de la adhesión de Arabia Saudita. Agrupa entonces a seis estados, con una población total que excede de los veintiocho millones de habitantes, de los que casi dieciocho corresponden a Egipto. (mapa XIX).

B- La caída del Imperio otomano y establecimiento de la República Turca.

El que el Imperio otomano se viera envuelto en la Primera Guerra Mundial del lado de las potencias centrales, fue en gran parte el resultado de las estrechas relaciones existentes entre el Comité para la Unión y el Progreso y los jefes militares alemanes en los años que precedieron a la guerra. Las fuerzas otomanas tuvieron éxito en un principio, particularmente al resistir al intento inglés de desembarcar en Gallípolis y forzar los Dardanelos, pero al final la Puerta siguió la suerte de sus aliados. La participación otomana en la guerra aceleró todas las fuerzas que habían estado acumulando poder en el Imperio durante el siglo precedente: nacionalismo, liberalismo, conservadurismo, centralización y descentralización, tolerancia e intolerancia.

La Primera Guerra Mundial fue la causa de la explosión final del Imperio que había mantenido la unidad política e impuesto una estructura estable de civilización islámica en el Medio y Próximo Oriente y Europa oriental durante cinco siglos.

El sultanato de Mohamed VI Rashad (1918-1922), coincidió con la disgregación del Imperio. Durante el verano de 1918, los ejércitos otomanos se disolvieron casi totalmente, mientras que el propio gobierno cesaba virtualmente en sus funciones. El 13 de octubre de 1918, los ministros de los Jóvenes Turcos, Talat y Enver, fueron depuestos, e Izzat Pasha recibió el encar-

gó de negociar un armisticio con los aliados victoriosos, que fue firmado en Mudros (30 de octubre). De acuerdo con las cláusulas del armisticio, los otomanos se veían requeridos a librar a todos los prisioneros aliados, desmovilizar el ejército y abrir sus territorios a la ocupación completa por los aliados, con fuerzas terrestres y navales: una rendición completa e incondicional. Las negociaciones continuaron a través de 1919, pero a los aliados les distrajo la caída del gobierno zarista en Rusia y la publicación, por los bolcheviques, de los tratados secretos firmados durante la guerra sobre el reparto del Imperio otomano, publicación acompañada por la renuncia de Rusia a su parte, lo cual provocó nuevas disputas entre las potencias aliadas restantes. Mientras las negociaciones continuaban, los aliados pusieron a Istanbul bajo su administración militar, dejando con ello al Sultán convertido en marioneta. Las fuerzas italianas ocuparon Adalia y la mayor parte de la Anatolia suroccidental, y los otros aliados se dispusieron a ocupar las porciones de territorio otomano que les correspondían por los acuerdos firmados en tiempo de guerra. El gobierno de Istanbul era incapaz de resistir a las exigencias de los aliados que, presentadas en Sévres (junio de 1920), obligaron al Sultán a renunciar a todos los derechos sobre territorios no turcos, quedó Mesopotamia (incluida la zona rica en petróleo, de Mousul), y Palestina bajo mandato inglés, y Siria bajo mandato francés. Esmirna y su entorno quedaban bajo la administración griega por un período de cinco años, después del cual tendría lugar un plebiscito bajo control griego; el reino de Hijaz era reconocido como soberano e independiente. Toda la repartición territorial, hecha entre los aliados por acuerdo secreto en el Oriente Medio (Sykes-Picot 1916), fue hecha a espaldas de sus aliados árabes durante la guerra, traicionando así los acuerdos hechos con ellos víspera de la guerra, de una forma deshonesta.

Las islas del Dodecaneso y Rodas fueron cedidas a Italia y toda la

Tracia, así como las islas otomanas que quedaban en el Egeo, pasaban a Grecia, a la cual se le permitía así beneficiarse de la guerra a expensas del Imperio otomano, en mayor medida de lo que su contribución a ella podía justificar. En Anatolia oriental, se había de permitir a los armenios, establecer una república independiente. Los Estrechos fueron internacionalizados y desmilitarizados, mientras que Istanbul, sus cercanías y el resto de Anatolia quedaban en manos de los turcos, aunque bajo una considerable influencia política y económica de las potencias victoriosas, cuyos derechos de las capitulaciones habían de ser restablecidos.

El único foco posible de resistencia que quedaba, radicaba en Anatolia en las áreas que estaban bajo ocupación aliada, y entre los ejércitos otomanos que habían venido del Cáucaso y de Siria y que aún no habían sido movilizadas. Pero, bajo el liderazgo de Mustafa Kamal, el movimiento nacional turco continuó extendiéndose, y organizó el ejército de la Anatolia oriental, fuera del alcance de los aliados. Aparentemente, en este tiempo los nacionalistas recibieron ayuda considerable por parte de sus partidarios clandestinos dentro del gobierno de Istanbul, y también del nuevo gobierno soviético de Rusia.

Bajo la dirección de Mustafa Kamal, se creó en Ankara un gobierno nacional turco. En marzo de 1921, Italia consintió en evacuar su esfera de influencia a cambio de concesiones económicas. En la batalla del río Sakarya (24 de agosto al 16 de septiembre), los griegos se vieron obligados a retroceder frente al gobierno de Ankara. En pocos meses el ejército griego se derrumbó y huyó en desorden hacia Esmirna, desde donde fue evacuado (9-11 de septiembre), por la armada inglesa, después de haber incendiado la ciudad.

El resultado fue un nuevo tratado de paz, firmado en Lausana (24 de julio de 1923), por el cual Turquía renunciaba a sus pretensiones sobre te

territorios no turcos, pero, recobraba gran parte de Tracia, incluyendo Edirne, las Islas del Egeo que contrataban la entrada inmediata a los Dardanelos (las restantes islas se las dejaba a Grecia y a Italia), y se le concedía el pleno control de toda la Anatolia, sin limitaciones a su soberanía. Las capitulaciones quedaron finalmente abolidas, y los Estrechos seguirían bajo control turco, junto con Istanbul.

Mustafa Kamal, se convirtió en líder de la República turca y en instrumento de reformas rápidas y fundamentales en la estructura política de Turquía en los años que siguieron, hasta su muerte en 1938. Al final de 1923, proclamó oficialmente la República, aboliendo el sultanato (29 de octubre de 1923).

Abd al-Machid II, primo de Mohamed VI Rachad, quedó como Califa, con poderes limitados a lo espiritual, pero, no mucho tiempo después puso fin al Califato (31 de marzo de 1924). En consecuencia, los años de la República turca, supusieron un esfuerzo en orden a eliminar las divisiones sociales que quedaban, heredadas del pasado, y para organizar a Turquía como una sociedad homogénea, democrática y moderna.

Esta transformación de la sociedad estuvo basada en seis principios ideológicos, escritos en la Constitución, tres principios de acción: nacionalismo, laicismo y modernismo, (todo ello heredado del período de los Jóvenes turcos), y tres principios de organización: republicanismo, populismo, estadismo.

Aunque el Imperio, había perdido grandes territorios, la República limitó sus ambiciones a retener las tierras concedidas por el tratado de Lausana, y aunque los cambios de población sirvieron para eliminar las mayores bolsas de minorías en Grecia y en Turquía, amplios grupos de minorías turcas permanecieron en Bulgaria, Yugoslavia y Rumanía. Sin embargo, la República turca no los utilizó como justificación para recuperar dichas zonas,

sino que se contentó con presionar para conseguir para ellos mejor trato y autonomía donde era posible. Y aunque el panturquismo, continuó siendo un componente del nacionalismo turco, la República, evitó cuidadosamente cualquier tipo de agitación que pudiera intentar recuperar las zonas turcas de la Unión Soviética.

La única excepción a esto lo constituye la adquisición de Iskandaroná, provincia que pertenece a Siria, en aquel entonces bajo mandato francés, se efectuó esta concesión en 1937 con el consentimiento de Francia, que quería asegurarse la amistad de Turquía en Europa.

Uno de los aspectos negativos del nacionalismo turco, fue el aislamiento que se autoimpuso entre 1924 y 1939, con el consiguiente aspecto de una Turquía demasiado centrada en sí misma. Únicamente durante y después de la Segunda Guerra Mundial, se rompió este aislamiento, aunque muchas manifestaciones del mismo siguen influyendo en la vida de hoy.

En 1924, la República se declaró Estado laico, y fue abolido el artículo de la Constitución que hacía del Islam, la religión del Estado. Fueron abolidos los tribunales de la Sharía, y ésta fue reemplazada por códigos civiles proyectados sobre modelos europeos.

El dictador Ataturk, hizo que el sistema político funcionase con un solo partido. Pero, actualmente en Turquía existen dos partidos, el Popular Republicano y el partido de la Justicia, siempre uno en el gobierno y otro en la oposición.

Turquía, cuya situación había sido peligrosa en mayo de 1941, cuando la insurrección en el Irak, había conseguido conservar la neutralidad, a pesar de sus compromisos con Gran Bretaña, mantuvo la misma actitud al producirse la ocupación anglo-rusa del Irán. En realidad, no deseaba la victoria de los aliados, que podía redundar en beneficio de la U.R.S.S., ni la del Eje, que hubiera asegurado a Italia la preponderancia en el Mediterráneo o-

oriental. Así pues, el Gobierno turco permaneció a la expectativa, en el ve rano de 1942, insinuó que tal vez entraría en la guerra a su lado, si Ru- sia sucumbía, pero de la Conferencia de Yalta, se resignó a declarar la guerra a Alemania, con la esperanza de poder tomar parte en la Conferencia de la paz.

A quien teme a la terminación de la guerra, es a Rusia. ¿Reivindica- rá el Gobierno soviético la región turca de Trebisonda, igual que reivindi- ca el Azerbeján iraní?, frente a esta amenaza rusa, Turquía, cuenta induda- blemente con Gran Bretaña, pero, todavía más, con los Estados Unidos, que después de haberla admitido en 1942 en el beneficio de la ley de Préstamo y Arriendo, en 1945 le concede un crédito de 500 millones de dólares, in- dispensables para atenuar la crisis económica.

Por primera vez, la política exterior norteamericana se interesa di rectamente en los asuntos turcos, al igual que los asuntos del Oriente Me dio en general, que sólo tratará someramente en 1919.

C- Irán.

Al final de la Primera Guerra Mundial, ya los rusos habían retirado sus tropas y las potencias centrales habían sido derrotadas, los ingleses constituían el único poder extranjero militar y económico de importancia que quedaba en el Irán.

Los ingleses, representados por sus ministros de Asuntos Exteriores, Lord Kurzon, esperaba extender el control o protectorado británico sobre la mayor parte del Medio Oriente y estaban particularmente interesados en el Irán e Irak, ricos en petróleo.

En 1919, los británicos negociaron un tratado, firmado después de so bornar al primer ministro Busug al-Dawlah y a otros ministros iraníes, que

convertía a Inglaterra en el único proveedor de consejeros extranjeros, oficiales, armas, comunicación, transportes y préstamos; prometía incluso una revisión de las tarifas aduaneras en favor de los ingleses. El tratado, que incluía un préstamo de dos millones de libras, fue generalmente interpretado como equivalente a un protectorado británico.

Los representantes americanos y franceses protestaron y los nacionalistas iraníes objetaron que de acuerdo con la Constitución no se podía concluir ningún tratado sin la ratificación del Maylis, no obstante, los ingleses empezaron a actuar como si el tratado estuviera en vigor, enviando misiones financieras, militares y administrativas.

Los movimientos más radicales de Gilán y Azerbaiyán, denunciaron el tratado por medio de artículos y manifestaciones. El partido Demócrata del Azerbaiyán, bajo la jefatura de un miembro de la revolución de 1905-1911, Shayj Muhammad Jiabani, estableció un nuevo gobierno en el Azerbaiyán y obligó a los representantes del gobierno central a abandonar Tabriz.

En Gilán, el ejército Rojo entró en Anzali (ahora Bandar Pahlavi), en la primavera de 1920, con el pretexto de perseguir a las fuerzas de rusos blancos y se formó una alianza entre Kuchik Jan y el ejército Rojo, que en junio declaró la República socialista soviética de Persia, y se formó por primera vez un partido Comunista en Gilán, pero, sus líderes se manifestaron pronto en desacuerdo con Kuchik Jan.

Radicales, no radicales y otras potencias extranjeras, se aliaron en contra del gabinete pro-británico y del tratado anglo-persa de 1919, lo cual obligó a Busug al-Dawlah a dimitir en junio de 1920. Mushir al-Dawlah, formó un gobierno moderado nacionalista, que proclamó la suspensión del tratado anglo-persa, hasta que las tropas extranjeras abandonaron el Irán y el Maylis pudieron tomar decisiones libremente.

A principios de 1921, el Gobierno británico, había dejado ya de ejer-

cer presiones para que el tratado de 1919 se llevara a cabo y comenzó a pensar sobre todo en contribuir a la instauración de un gobierno iraní poderoso de tipo conservador, pro-inglés, que estableciera "ley y orden" en el desorganizado Irán.

En febrero de 1921, con ayuda de los ingleses que actuaban entre bastidores, el gobierno del anglófilo Supahdar, fue depuesto por un golpe de estado, dirigido por el periodista anglófilo Sayyed Ziya al-Din Tabatabai, que fue nombrado primer ministro, el principal oficial de la Brigada cosaca Riza Jan, fue nombrado ministro de guerra, al mando de la única fuerza armada, organizada en sentido moderno del país.

A fin de satisfacer las exigencias democráticas y nacionalistas que abundaban en el Irán, Sayyed Ziya, prometió reformas agrarias, independencia nacional, industrialización y otras reformas y anunció la anulación del tratado anglo-persa. También concluyó las negociaciones, ya comenzadas, de un tratado con los soviéticos, firmado a finales de febrero, que formalizaba la renuncia soviética a los préstamos y concesiones, con la excepción de la concesión de las pescaderías rusas del Caspio, e incluían un artículo que permitía a los rusos enviar tropas contra las tropas de cualquier potencia que utilizara al Irán, como base en contra de Rusia.

Dirigido en origen contra el apoyo extranjero a las fuerzas de los rusos blancos, el artículo fue citado en época reciente por la Unión Soviética, en contra de las tropas americanas estacionadas en el norte del Irán. Este tratado, y la retirada británica frente a las fuerzas nacionalistas, dió un impulso a la parcial autodeterminación económica y política del Irán.

La diferencia entre Riza Jan y Sayyed Ziya, obligaron a este último a dimitir y abandonar el Irán.

Quvam al-Saltaneh, fue nombrado entonces, primer ministro, pero el poder real lo ejercía Riza Jan. Este, se encargaba de restablecer el control

central sobre las áreas rebeldes, en Gilán, Jurasán y la revuelta del Shaij Jazál en el Juzistan en 1924. Riza Jan había persuadido al débil Ahamad Sha de que abandonara el Irán en 1923. A imitación, de Mustafa Kamal en Turquía. Después Riza Jan, pasó a una propaganda puramente anti-Qayar; en 1925 el Maylis depuso a los Qayar, y una asamblea constitucional nuevamente elegida declaró a Riza como Sha, fundador de la nueva dinastía Pahlavi, en diciembre del mismo año.

Desde 1925 hasta su aplicación en 1941, Riza Sha, se esforzó por el desarrollo del ejército, la burocracia y por nuevas industrias, todo contribuyó a una rápida urbanización durante el período de Riza Sha, en particular en Teherán donde se concentraba el poder, el trabajo y los favores.

En 1925, 1926 y 1928 fueron adoptados tres nuevos códigos legales: comercial, criminal y civil, basados en una mezcla del derecho francés y de leyes islámicas. El desarrollo de las grandes propiedades (el propio Sha se convirtió en el mayor terrateniente del país), los impuestos sobre el campesinado y la falta de una reforma agraria, limitaron la modernización posible bajo Riza Sha, ya que no se desarrolló el mercado de bienes manufacturados, ni la productividad de la base agrícola.

Mayor éxito tuvieron las reformas de Riza en el campo de la educación, reformas que introdujeron el primer sistema nacional de escuelas públicas laicas con un plan unificado de tipo académico sobre modelo francés. Y en 1935 se abrió la Universidad de Teherán.

Ideológicamente, el nuevo régimen cultivó el nacionalismo iraní, subrayando la grandeza del Irán preislámico, lo que equivalía a condenar los siglos de dominio árabe, culpables según Riza de la decadencia del país, y a disminuir la importancia del Islam. A la vez, fomentó el renacimiento de temas preislámicos en la arquitectura y en la literatura, y el tratamiento favorable, reservado a los zoroástricos iraníes, fueron dos aspectos del nuevo

nacionalismo.

La hostilidad iraní hacia los ingleses y el surgimiento de la potencia alemana hacia 1930 dió como resultado un aumento de la influencia política y económica de Alemania, y los alemanes empezaron a participar con un número creciente de expertos, e intensificaron las relaciones comerciales. Los agentes alemanes difundieron además la ideología nazi, y sostenían que la base lingüística indoeuropea del Irán, les permitía definirlo como un país "puramente ario".

El régimen de Riza Sha supuso una considerable modernización y desarrollo del país, que benefició sobre todo a una burocracia en expansión, a los militares y a los ricos, mientras que las clases más bajas y la oposición política continuaban tan oprimidas como antes.

La modernización y centralización de Riza Sha, crearon la primera estructura efectiva del Estado y pusieron los cimientos para un desarrollo posterior.

Antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, la política del Gobierno de Irán, se había limitado -para restringir la importancia de los intereses británicos y rusos- a desarrollar las relaciones económicas con Alemania, mediante un acuerdo firmado el 30 de agosto de 1935, hasta el extremo de que este país había conseguido en 1938, preponderancia en el comercio exterior iraní.

La declaración de neutralidad hecha, nada más empezar la guerra, por el gobierno de Teherán, estaba de acuerdo con las tendencias generales de esta política. Su aplicación no tuvo serias dificultades durante más de dieciocho meses, pero, en junio de 1941, los movimientos pro-alemanes dirigidos en Irak contra la dominación británica, había ampliado la zona de hostilidades al Cercano Oriente, y, sobre todo cuando Alemania atacó a Rusia en junio de 1941, Rusia e Inglaterra se aliaron e Irán fue considerado como ruta para el paso del material de guerra enviado a Rusia.

Ambos gobiernos enviaron una nota a Teherán, en la que exigían la ex pulsión de los alemanes, la influencia extranjera más amplia en Irán; como Riza Sha aplazaba la decisión, el 25 de agosto de 1941, la U.R.S.S. y Gran Bretaña, decidieron asegurarse por la fuerza, el derecho de paso imponiendo al Gobierno iraní la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania, y exigiendo la abdicación de Sha Riza que fue deportado a África del Sur, don de murió. El hijo más joven de Riza, Muhammad Riza, nacido en 1919, fue nom brado Sha.

La ocupación británica se estableció en la región del golfo Pérsico, mientras que, las tropas rusas se apoderaban de las provincias septentrionales; entre estas dos zonas, las regiones centrales del país quedaron libres.

En definitiva, esta situación no carecía de analogía con la que exis tía en 1907 (121).

El 29 de enero de 1942, las dos potencias ocupantes consiguieron que el nuevo Sha, Mohammad Riza, reconociera el hecho consumado; un tratado de alianza defensiva autorizó la presencia, hasta el término de la guerra, de las tropas inglesas y rusas, así como la utilización por los aliados del fe rrocarril que, desde Abadán a Enzeli, unía el golfo Pérsico al mar Caspio. Los Estados Unidos, sin participar directamente en esta alianza, concede al Irán, en mayo de 1942, los beneficios de la ley "de préstamo y arriendo", proveyendo los contingentes destinados al servicio de los transportes mili tares. Por los ferrocarriles y las carreteras iraníes fueron enviados, en tres años y medio, cerca de cinco millones de toneladas de mercancías desti nadas a la U.R.S.S., es decir, la mitad de las entregas efectuadas por los Estados Unidos y Canadá al ejército soviético.

La población obtuvo algunos beneficios de esta situación, puesto que la organización de los transportes y los progresos de la explotación de los yacimientos petrolíferos -cuya producción aumentó, en cinco años, un 50 por

100- proporcionaron muchos puestos de trabajo, pero, más que nada, supuso sufrimientos: las compras efectuadas por las tropas extranjeras, así como las exportaciones de trigo y ganado a la U.R.S.S., dieron lugar a la escasez de mercancías y, por consiguiente, al encarecimiento del costo de vida; la congestión del tráfico ferroviario en el que estaba reservada la prioridad a las necesidades militares, llegó incluso a dificultar en diciembre de 1942, el abastecimiento de los habitantes de Teherán.

En el marco del régimen constitucional, que el Sha se comprometió a respetar, en septiembre de 1941, esta crisis económica provocó cierta agitación política.

A finales de 1941, los comunistas encarcelados por Riza Sha, fueron puestos en libertad y junto con otras personas formaron el Tudeh o "partido de las masas", que con el tiempo se convirtió en un partido comunista típico que siguió la línea soviética.

En 1943, surgieron varios partidos políticos nuevos, el más suficiente, el partido de la Voluntad Nacional, fue fundado a instancia de los ingleses, por Sayyed Ziya al-Din Tabbatái, que acababa de volver. Este partido se convirtió pronto en el foco de las fuerzas conservadoras y probritánicas, y fue el principal rival del Tudeh; invocaba el retorno a muchas de las tradiciones islámicas abandonadas por Riza Sha.

Las fuerzas extranjeras se inmiscuían cada vez más en la política iraní: los rusos apoyaban a los comunistas del Tudeh y a las minorías nacionales del Norte; los ingleses, a las tribus, a los ulamas y a los conservadores del Sur; y los norteamericanos se concentraban en los departamentos claves del gobierno. Los soviéticos, entre otros, querían nuevas concesiones petrolíferas, pero, el Maylis aprobó una ley, representada por un antiguo nacionalista, Muhammad Musaddaq, que consideraba un crimen entablar cualquier negociación sobre el petróleo, mientras, las tropas extranjeras

permanecieran en el país.

Tanto para hallar un remedio a sus dificultades económicas, como para escapar a los peligros que implicaba la presencia de ingleses y rusos, el gobierno iraní pidió a los Estados Unidos que se uniera a las dos potencias ocupantes.

La declaración del 1 de diciembre de 1943, hecha con motivo de la conferencia de Teherán, había respondido a este deseo: participación del go-
bierno de Washington, en la salvaguardia de la integridad territorial de Irán; promesa de una ayuda económica y financiera, que no se limitaría a la duración de la guerra. El gobierno iraní acogió con satisfacción la llegada de un numeroso equipo de técnicos norteamericanos y de una misión financiera, cuyo jefe Millspaugh, ya había desempeñado veinte años antes, un papel activo en la policía iraní, que la había organizado según el modelo estado-
unidense.

Satisfacción efímera, puesto que la ayuda económica y financiera dió lugar, acto seguido, a la presentación de reivindicaciones: a finales de 1943, los norteamericanos se unían a los ingleses y a los rusos para obtener nuevos contratos de concesiones petrolíferas.

4- El período de la postguerra en Oriente Medio.

A- Análisis general.

"En el breve lapso de tiempo de una vida, la técnica moderna, eliminando las distancias, ha fundido súbitamente en una unidad la totalidad del mundo habitado. Todos los pueblos y culturas, todas las comunidades de creencia del planeta se encuentran hoy, por primera vez en la historia, en estrecho y mutuo contacto físico. Y no obstante seguimos estando tan alejados mentalmente unos de otros como antes, ya que el corazón y la sensibilidad de los hombres no son capaces de seguir el ritmo que marcan los descubrimientos mecánicos. Lo que significa que entramos en una de las épocas más peligrosas que jamás haya tenido que atravesar la especie humana. Tenemos que vivir en estrecho contacto unos con otros para poder llegar a conocernos mutuamente."

Estas afirmaciones del viejo maestro en la observación del universal acontecer histórico, Arnold Toynbee (que pueden leerse en el prefacio para la Historia de la humanidad que Kurt Bryesig publica en 1955), siguen siendo hoy, estremecedoramente, a 25 años de distancia, tan actuales como el día en que fueron escritas.

Con motivo de la discusión sobre los objetivos bélicos surgió en los Estados Unidos de América, durante la Segunda Guerra Mundial, la visión de "un solo mundo". Bajo la fórmula "one world" se apartaron los Estados Unidos de la tradición aislacionista y buscar mecanismos que garanticen una futura paz mundial. La Segunda Guerra Mundial significó por una parte la pérdida de la hegemonía imperial por parte de las potencias europeas y por otra el pase de la hegemonía a los Estados Unidos en condiciones de culminar la fijación de un sistema imperialista mundial.

La coalición formada entre Alemania y Japón debería encontrar continuación duradera en una alianza de los vencedores.

Según la idea de Roosevelt, cuatro potencias -los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y China- se constituirían en instancia del orden global, y harían las veces de "gendarmes del planeta", fue originalmente una concepción imperialista que luego, a fin de darle legitimidad democrática, se incorporó a los planes de crear la Organización de las Naciones Unidas.

Pero muy pronto pudo comprobarse que la coalición de guerra no iba a tener continuidad como cooperativo de paz mantenedora del orden, como consorcio de grandes potencias. Todas las naciones a las que se había asignado el papel de gendarmes, mundiales, salvo los Estados Unidos, se mostraban incapaces de desempeñarlo o poco interesadas en hacerlo, o bien se vio que tal papel superaba las medidas de sus fuerzas.

El sueño del "one world" fue encogiéndose hasta quedar reducido a la motivación política de una "paz americana" que, a pesar de las rivalidades que imponía la confrontación soviético-americana, a pesar de la guerra fría y de la guerra que las dos grandes potencias libraron vicariamente en Corea, se ha mantenido hasta el final del compromiso norteamericano en Vietnam.

Mediada la década de 1950, en un momento en la que la soñada imagen de "un solo mundo" entraba en contradicción cada vez más flagrante con los bloques de poder dominados por las dos potencias rectoras, los E.E.U.U. y la U.R.S.S., se formaron los Estados africanos y asiáticos, que habían alcanzado o fueron alcanzando su independencia jurídica tras la Segunda Guerra Mundial y que ahora buscaban la forma de superar su pasado colonial o casi colonial mediante la mutua cooperación y de imponer su común aspiración a una intervención en pie de igualdad en la política mundial.

En la Conferencia de Bandung de 1955, en la que por primera vez ar---

ticularon conjuntamente sus deseos y objetivos, 340 delegados de 23 Estados asiáticos y 6 africanos, se definió este grupo, que posteriormente experimentó un rápido crecimiento, como "tercera fuerza" entre los bloques imperialistas. La concepción que de sí mismos tenían los jóvenes Estados procedía del común pasado colonial y de los comunes problemas de desarrollo de cara al futuro; la diversidad de posturas ideológicas parecía cargar de importancia en aquél presente inmediatamente postcolonial. Desde la perspectiva de las naciones industrializadas se trataba de "países en vías de desarrollo". Es significativo que hubiera de pasar algún tiempo antes de que se impusiera el concepto de "Tercer Mundo". La reivindicación que hicieron y siguen haciendo los Estados del "Tercer Mundo" de un trato equitativo como socios aún no ha sido atendida ni por las naciones del bloque occidental ni por las del bloque oriental.

En cuanto a la llamada "ayuda para el desarrollo, apenas ha supuesto hasta hoy más que una pequeña fracción del plusvalor extraído por las raciones industriales, otorgada además siguiendo los principios de puro oportunismo político.

El proceso de descolonización, que es una de las características de este período, ha acaparado desde luego la atención máxima cuando ha llevado consigo guerras en las que, directa o indirectamente, se han visto siempre implicadas las potencias europeas o una de las dos superpotencias. La zona del tercer mundo sigue hoy día atrapada entre los dos grandes bloques de poder del Este y el Oeste.

Todavía no podemos medir el alcance de alguno de los acontecimientos y crisis que nos han tenido en vilo, tales como la caída del Sha Mohammad Reza de Irán o la invasión soviética de Afganistán; no sabemos aún si se trata de procesos de envergadura determinante para el mundo o "únicamente" de dramas en escenarios secundarios de la historia universal.

Es evidente que, en el curso de la primera fase histórica del "Tercer Mundo", no se ha producido un mero aumento, lógico por lo demás, de los conflictos en los nuevos Estados y entre ellos que viniera ha añadir sin más a los que podían observar en el resto del mundo al final de la descolonización.

Junto a la simple multiplicación se observa también un elemento cualitativo. Con independencia de que hallamos de registrar un notable aumento de los conflictos que hacen necesaria o provocan una y otra vez la intervención política y militar de Estados de peso diverso situados fuera de la región, desde las antiguas potencias coloniales a superpotencias como los Estados Unidos y la Unión Soviética, dando así lugar a constantes complicaciones y momentos de peligro de carácter global, no puede desconocerse que los propios conflictos son a menudo sumamente explosivos y que con inusitada frecuencia se dirigen por la vía violenta. Toda la zona parece sufrir un alto grado de irritabilidad.

Imanuel Geiss se plantea la cuestión de que tal vez esta irritabilidad se debe a una clase específica de vulneración. No se comenta en su indagación con interpretaciones evidentes, como las que pueden derivarse del dominio colonial, común destino de estas nuevas naciones.

Sin dejar de considerar que los dominadores coloniales, que sin duda también ejercieron una influencia positiva con la paz por ellos dictada y duramente mantenida, abrieron heridas sangrantes e incluso, con la pacificación impuesta, no hicieron muchas veces otra cosa que ocasionar un estancamiento del desarrollo que no produjo sino nuevos daños. Estudia el autor como habrá de reaccionar una región ya de por sí hondamente perturbada ante el conjunto de condiciones del siglo XX, por el que todos nos encontramos determinados: ante las ideas, formas de economía y de sociedad surgidas en las naciones de los dominadores coloniales, es decir,

ante el nacionalismo, el socialismo, el capitalismo, la economía planificada; ante los tipos de política exterior expansionista inspirados por estas ideas y formas sociales y económicas; ante los imperialismos en suma fundamentados en el nacionalismo y, a la vez, en el capitalismo o en el socialismo, y por último, ante el violento ajuste de los conflictos producidos por las ideas, las formas de sociedad y los imperialismos, a saber, las dos guerras mundiales.

Tan sólo teniendo en cuenta ambos factores, la dominación colonialista y el marco global, es posible llegar a una conclusión; tras haber creado o mantenido las potencias coloniales desoladoras situaciones en el campo del desarrollo social, tras haber definido largo tiempo su dominio con medios inhumanos y haber condenado tantas veces a los pueblos dominados a la conquista violenta de su independencia, se ha producido el hecho en cierto modo inevitable de que, en los Estados del "Tercer Mundo", contemplados ahora como mercado para la exportación de ideas procedentes de las naciones industriales y también como mercado para la exportación de modelos de resolución de conflictos, han encontrado clientes sobre todo las versiones más duras de las ideologías de integración, tales como el nacionalismo y el socialismo, y han sido bien acogidas sobre todo las formas violentas de zanjar los conflictos. Rara vez en cambio ha habido receptores de la templanza inspirada en ideales liberales y humanistas. Para una investigación típica, donde se mezcla el racismo con el desprecio a los derechos humanos, Israel y la República de Sudafrica, ofrecen precisamente en estos momentos un material didáctico perfectamente clásico.

Pero no podía Emanuel Geiss limitarse a estudiar las causas de esta extraordinaria abundancia y violencia de sus conflictos comunes a todos los Estados del "Tercer Mundo". Haciendo un análisis de la historia de los nuevos Estados, consigue mostrar en un número suficiente de ejemplos

que cada uno de estos Estados ya recibió en el pasado, la mayoría de las veces con anterioridad a la era colonial, su herida específica consistente en la irrupción de conquistadores extranjeros que la sociedad autóctona no fue capaz de impedir. El paso de lo general a lo específico permite poner de manifiesto la propensión a los conflictos que muestra el "Tercer Mundo" en el marco de un primer boceto de tipología de los conflictos y de una problematología (una teoría de los conflictos), que por fin tome también en cuenta la dimensión histórica. Esto ocurre con el conflicto de Oriente Medio, cuyas condiciones históricas previas son tan complejas y tan insoslayables. Pero el principal punto de gravedad insitamos de nuevo, es la explicación de las condiciones históricas previas a los conflictos contemporáneos. El imperialismo moderno, se nos presenta como condición histórica global previa de todas las luchas de liberación y revoluciones anticolonialistas del "Tercer Mundo".

La historia de nuestro siglo está determinada por conflictos, tanto internacionales como a nivel interno de cada formación nacional. Desde la historia previa a la primera guerra mundial, y pasando por la segunda, se extiende una cadena de guerras, revoluciones y guerras civiles que se hallan en estrecha relación con los dos grandes conflictos planetarios.

El profesor Emilio de Figueroa Martínez dice en el Neocolonialismo, "elaborando un índice de los conflictos armados de tipo internacional, en el que ponderan su número, duración, combatientes y efectivos militares utilizados, víctimas, etcétera, se llega a la conclusión de que en el siglo XII dicho índice fue igual a 18; en el siglo XVII, a 370; en el siglo XVIII a 120; en el siglo XIX, a 500, y en lo que va del presente siglo, a 3080 (11)". Desde 1945, el miedo a una concebible tercera guerra mundial, se ha convertido en una constante fundamental de nuestra realidad histórica y geopolítica.

La sola relación de los principales conflictos bélicos acaecidos desde 1900 proporcionaría una larga lista, y éstos contribuyen a determinar nuestra existencia, puesto que las guerras y sus repercusiones económicas y sociales constituyen uno de los mecanismos que más profundamente e incisivamente influyen en el desarrollo de la humanidad.

Pese a todos los esfuerzos que se han hecho en pro de la paz, de tipo privado o institucional -por parte de pacifistas por un lado y de la Sociedad de Naciones y la ONU por otro- una y otra vez se han vuelto a producir guerras.

La ciega industrialización, el acelerado crecimiento de la población en las sociedades que precisamente se están industrializando o se encuentran en el umbral de la industrialización, la escasez que últimamente nos amenaza de recursos elementales -materias primas, energía, agua, suelo-, y los crecientes lastres ecológicos producidos por la propia industrialización, permiten prever que las luchas por el reparto del producto social bruto del mundo van a agudizarse, tanto a nivel planetario como dentro de cada formación social.

Como denominador común se deduce en un número considerablemente elevado de conflictos contemporáneos posteriores a 1945 una conquista acaecida alguna vez en el pasado y cuyas consecuencias sociales y política no han sido todavía superadas, hasta el punto de que las relaciones de dominación impuestas por tales conquistas no han podido ser asimiladas todavía: surgió una dominación extranjera modificada o disimulada posteriormente por relaciones de explotación y de clase, pero que se ha mantenido hasta el pasado más reciente o incluso hasta el presente, como una problemática nacional o social no resuelta, por lo que subsisten, sobre todo en el llamado "Tercer Mundo", focos de conflictos y tensiones cuya explicación histórica tarde o temprano conduce a una conquista ocurrida

en el pasado y aún no asimilada.

Entendemos aquí por conflictos, dos clases de luchas violentas: conflictos internacionales entre dos o entre varios Estados (guerras en sentido más estricto y tradicional), por un lado, y conflictos interiores de los Estados (guerras civiles, revoluciones), por otro. Las dos clases de conflicto están estrechamente relacionadas entre sí, precisamente porque en la historia que precede a un conflicto los factores sociales y los factores nacionales a menudo sólo pueden separarse en función del análisis. Tal ocurre, por ejemplo, en la guerra de Vietnam o en el conflicto cada vez más agudizado que el apartheid provoca en África meridional.

A partir de 1945, los conflictos que se dan en el Tercer Mundo tienen la mayoría de ellos sus raíces históricas en épocas remotas, y sobre todo en las dos guerras mundiales; y en la mayoría de ellos, sino en su totalidad se encuentran inmiscuidas las grandes potencias, en especial las dos potencias rectoras que es lo típico de la postguerra, ya que después de la segunda guerra ellas han sido las más responsables del destino de la humanidad, por su influencia en la política interna, más que las demás potencias menores subordinadas a ellas.

Las formas, el curso y el resultado de muchos de los conflictos que se desarrollaron entre los pueblos y las potencias coloniales en el proceso de descolonización a escala mundial se vieron muy influidos, a partir de 1945, por la rivalidad existente entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. El llamado conflicto Este-Oeste, dirimido en la guerra fría, que siguió en seguida a la terminación de la guerra caliente, actuó directa o indirectamente en el proceso de la colonización.

También bajo la presión de la amenaza de ayuda, y a veces de la ayuda real a los rebeldes por parte de la Unión Soviética, tanto en el terreno político como en el militar (suministro de armas, formación de cuadros

militares), las antiguas potencias coloniales se vieron obligadas a abandonar sus colonias y en gran medida lo hicieron sin luchar.

El ejemplo más típico en la postguerra, del retroceso de las potencias europeas y el avance de las dos superpotencias como nuevos y casi exclusivos competidores, es el Oriente Medio. Convirtiéndolo en una zona de alta fidelidad, calificada en (A), por su peligrosidad de explosión.

El hecho de que la acción franco-británica de 1956 contra el canal de Suez acababa en lamentable fracaso y no haya encontrado desde entonces nadie que siguiera el ejemplo, no debería ser motivo de precipitada tranquilidad.

No fue en aquella ocasión el mundo árabe-islámico, el que se impuso frente a dos Estados europeos, sino más bien, fueron las dos superpotencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos, las que decidieron poner fin a aquella aventura, y desde entonces, poco ha cambiado la situación en cuanto a la debilidad político-militar del cinturón árabe-islámico, que precisamente entonces se puso de manifiesto, o en cuanto a la dependencia de la paz en esa zona con respecto al relativo acuerdo entre las potencias mundiales.

El hecho de que los Estados árabes-islámicos tengan una importancia económica vital para el resto del mundo, mientras mantienen su inferioridad frente a él en el plano político-militar, constituye en la actual configuración geopolítica una fuerte tentación de intervención y, en consecuencia, un elevado riesgo de cara al futuro previsible.

No es la menor de las razones que hacen que este riesgo sea difícil de mantener bajo control el que, en el mundo árabe-islámico, exista desde hace decenios un foco de tensión que induce a los propios antagonistas de esta región a procurar la presencia política permanente de potencias ajenas a la misma.

Desde que existe el Estado de Israel y se encuentra en enconada enemistad con su entorno árabe, ni israelíes, ni árabes creen posible poder prescindir del apoyo político y militar de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Con ello, no sólo han reforzado la inclinación intervencionista de ambas potencias mundiales, inclinación presente en ellas de todos modos en función de sus propios intereses y de su rivalidad a escala global, sino que las ha implicado ya hasta tal punto en su conflicto que, a estas alturas, seguramente ni Washington ni Moscú creen posible una retirada.

Junto a la Unión Soviética se encuentra naturalmente implicado todo el bloque oriental, y también los Estados europeos no socialistas, con o sin el estímulo de los Estados Unidos, se ven envueltas de múltiples formas en el conflicto del Oriente Medio.

Esta zona que domina los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo, el canal de Suez, el Mediterráneo oriental, el mar Rojo, el estrecho de Bab el-Mandeb, las rutas marítimas del océano Índico o el mar árabe, el estrecho de Hormuz, tiene que ser una región geopolíticamente vital, con un privilegio especial, sobre todo en las últimas cuatro décadas debido al petróleo y las demás materias primas que posee.

El presidente Richard M. Nixon, dice en su libro "La verdadera guerra", "La importancia estratégica de esta zona se centra actualmente en dos factores: su situación y su petróleo" (122).

Al tener las grandes potencias allí múltiples intereses, que no han dejado a veces de ser antagónicos, esto hace con mayor razón que la zona sea sacudida siempre por los altibajos, y sobre todo, después de la segunda guerra mundial, por una serie de ininterrumpidas crisis políticas y conflictos de todo tipo, que a veces han puesto el mundo al borde de una conflagración general. Basta acordarnos de algunos de los más importantes conflictos como las (hasta ahora) cuatro guerras árabe-israelíes (1948-

1949, 1956, 1967, y 1973), la intervención de los Estados Unidos en algunos países del Medio y Cercano Oriente, para imponer regímenes de su agrado: Irán (1953), a raíz de la crisis del petróleo provocada por Mohammad Mussaddak, el Líbano (1956-1958), la crisis del canal de Suez (1956), la revolución pro-izquierda del Irak de julio de 1958, la crisis del régimen jordano de 1958, la guerra del Yemen y el conflicto egipcio-saudita (1962-1967), la crisis provocada por el intento iraquí de anexionar el Estado de Kuwait en 1962, la revolución kurda del Irak a lo largo de la década de los sesenta, la revolución marxista de Zúfara en el Yemen del Sur (1968), la intervención siria en Jordania provocada por el choque entre el ejército jordano y la guerrilla palestina en septiembre de 1970, la ocupación de las islas árabes del golfo Pérsico por Irán en 1971, los choques fronterizos entre los dos Yemen, el conflicto de Chipre de 1974 entre Turquía y Grecia por delimitación de las aguas en el Egeo, el choque fronterizo entre Irak y Kuwait (197), la guerra civil libanesa (1975-1982), el choque fronterizo egipcio-libio de 1980, la actual ocupación militar soviética del Afganistán iniciada en diciembre de 1979, la revolución islámica del Irán y la caída del Sha en febrero de 1979, la actual guerra del golfo Pérsico irano-iraquí, provocada por la invasión iraquí de territorios iraníes, en septiembre de 1980. También la cuestión armenia en Turquía y la kurda sin resolver todavía, y una serie de innumerables conflictos nacionales (internos), e internacionales (externos), que no da lugar aquí a nombrar, sino cuando llegue su momento más adelante, como veremos.

B- Los países árabes.

a- Hasta finales de la década de 1950.

Los países que componen el Oriente Medio y Próximo, son de carácter

multiconfesional, lo que hace en la mayoría de las veces que el equilibrio político dentro de esos países sea a veces difícil de mantener sin fricciones, tensiones y conflictos internos. El ejemplo más típico es el Líbano, Siria e Irak.

El Oriente árabe-islámico es, en la forma en que hoy lo conocemos, un producto de la Primera Guerra Mundial, es decir del reparto del último imperio universal oriental, la Turquía otomana, por las potencias occidentales.

Los países surgidos después como Estados árabes de Occidente (al Magreb), y de Oriente (al-Mashrek), a los dos lados del canal de Suez (el "Creciente Fértil" está incluido en el-Mashrek), se crearon en aquella fase del reparto como resultado de la política de intereses occidentales.

El período que va desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días se caracteriza por violentos movimientos árabes de independencia. Estos movimientos de independencia se han dirigido sobre todo contra aquellos países que no cumplieron las promesas hechas durante la Primera Guerra Mundial a sus aliados árabes o que despreciaron la estatalidad formal de estos países a fin de mantenerlos en una relación de dependencia política y económica, tal como está su situación hoy día.

La confrontación con el Oeste, con Occidente, fue para el Oriente islámico un factor desencadenante de su despertar nacional. El Oeste, el Occidente cristiano europeo, no había podido vencer al "Islám", como a otras altas culturas sometidas por los europeos desde el descubrimiento de América, a lo largo de su historia expansionista. Pero Europa logró penetrar en el Oriente islámico.

El comercio europeo del Levante, del Mediterráneo oriental, el establecimiento de bases comerciales, la destrucción de la desarrollada es-

estructura artesanal por la inundación de mercancías acabadas europeas, todo esto arruinó al Oriente islámico con su diversidad de comunidades y su diversidad religiosa y étnica. Así pues, mucho antes de que las potencias europeas se lanzasen al reparto de la región, conocida después como Oriente Medio, durante la primera guerra mundial y después de ella, esta parte del mundo se hallaba sometida económicamente y degradada al papel de proveedor dependiente de materias primas de la industria europea.

El odio al Oeste, al Occidente cristiano, fue y es la expresión de una experiencia larga y dolorosa, experiencia que se inició todavía bajo el dominio nominal de los otomanos y llevó a que esos países tuvieran muy poco que oponer a la intervención europea, sobre todo en el siglo XIX.

El proceso descolonizador de la postguerra fue de inmensa amplitud y progresivo desarrollo, se extendía desde el Extremo al Medio y Próximo Oriente. En estas dos últimas zonas confluían diversos factores -situación estratégica de primer orden, riquezas petrolíferas, nacionalismo árabe y panarabismo, despertar islámico y tormentoso nacimiento del Estado de Israel- para convertirla en un área potencialmente explosiva. Al igual que el resto de los países del Tercer Mundo, los regímenes del Oriente Medio en su totalidad -y esto es un dato de tener muy en cuenta- son regímenes ilícitos, es decir carecen de apoyo o si quiera la aceptación de sus pueblos respectivos.

Desde los regímenes monárquicos más arcaicos de derecha hasta los modernos llamados progresistas de izquierda les une un denominador común, que es la dictadura, sean gobernantes militares o militares con ropaje civil. Estos gobiernos (sean familias tradicionales, partidos políticos o juntas militares) al arrebatarse el poder en sus respectivos países, sin el consentimiento o la consulta de sus pueblos, sin elecciones saltaron al poder, por esto y como es resultado natural tienen por lo tanto que ser

inestable e inseguros, enfrentandose continuamente a una serie de insurrecciones civiles y militares, complots y golpes de estado, que es lo más característico de estos países, donde el estadista duerme intranquilo y amanece arrestado si no se liquida físicamente antes. En estos países el índice del asesinato político es bastante alto, es el caso de Siria, Irak, Jordania, los dos Yemenes y Egipto. La mayoría de estos gobiernos al sufrir una crisis socio-económica o política recurren en seguida a los métodos tradicionales, de crear algún conflicto interno o con el país vecino bajo cualquier pretexto con el fin de salir de su situación embarazosa desviando la atención del pueblo.

Entre los países árabes independientes o semindependientes que en 1945 fundaron la Liga de Estados Árabes, Egipto era el hermano mayor y su situación geográfica intermedia entre el Mashrek y el Magreb le daban una importancia geopolítica de primer orden, y por tanto era el punto crítico, que constituía el foco de los ideales modernos como el nacionismo y el panarabismo, y donde la revolución de julio de 1952 había derrocado la desprestigiada monarquía, dejando paso a un equipo de militares gobernantes que se habían lanzado a la doble tarea de modernización del país y de dirigir el movimiento arabista bajo el signo de la reacción contra la derrota sufrida ante Israel -punta de lanza del imperialismo occidental-.

La ruptura final con Gran Bretaña se produjo con la guerra de Palestina. Esto no sólo rige para Egipto, también la guerra árabe-israelí de 1948-49 -por la invasión de Palestina actuó en Siria como catalizador de los cambios internos, pero fue sobre todo en Egipto donde la revolución de los jóvenes oficiales pondría fin a la era de la dependencia y la sumisión. Hasta entonces había sido el partido tradicional, el Wafd, el que había dirigido la política egipcia.

Teniendo en cuenta la derrota árabe de 1948 y la ruptura con Inglate

rra pueden entenderse las modificaciones que desde este momento caracterizan la historia de una nueva conciencia árabe.

La revolución de los Oficiales Libres, al mando de Nasser, se esforzó por llevar a cabo con cautela sus planes de reforma social, para conservar la continuidad mediante una persona popular. A pesar de la ruptura con el sistema, se colocó por lo pronto al general Naguib a la cabeza del Estado. Los jóvenes oficiales tenían poca experiencia en el ejercicio del poder político y en la realización de las reformas sociales. No es de extrañar, si se reflexiona un poco, que su revolución fuera la primera de este tipo en la historia moderna del Oriente árabe.

Murieron rápidamente las ideas de concordia nacional cuando, tras la proclamación de la primera ley de reforma agraria, estallaron disturbios desatados sobre todo por las fuerzas religiosas conservadoras. Tanto los musulmanes como los cristianos ya que los coptos poseían alto porcentaje de terrenos cultivables en el valle del Nilo. La intención originaria de los Oficiales Libres de celebrar elecciones libres según el modelo europeo occidental y crear un sistema pluripartidista fue abandonada o pospuesta para más tarde. Cuando aumentaron las diferencias de opinión y los roces en el Consejo de la Revolución, se encargó a Gamal Abd el-Nasser, verdadera cabeza del movimiento social —reformista de los oficiales, fue depuesto, desterrado y colocado bajo arresto domiciliario.

Los problemas con que se enfrentaba ahora Nasser y el Consejo de la Revolución se referían sobre todo a cuestiones sociales y de política exterior. La elevación del nivel de vida para amplias capas de la población, cuestión esencial para los revolucionarios, estaba estrechamente vinculada a la dependencia de Egipto con respecto a Occidente: ¿Era posible llevar a cabo reformas sociales sin chocar con los intereses tradicionales de Occidente, sobre todo de Inglaterra y también, cada vez más, de los Estados

Unidos?

Por otra parte, la cuestión pendiente del Sudan -es decir, si este país debía ser parte de Egipto o formalmente independiente, y por tanto, realmente dependiente de Gran Bretaña- no era solamente una cuestión de prestigio político, sino también, y sobre todo, de supervivencia económica (tanto más cuanto que la regulación del agua del Nilo en el Sudán, era para Egipto una cuestión de vida o muerte). A ello se suma el hecho de que los planes de industrialización de los reformadores sociales parecían depender de la cuestión energética, y esta a su vez, de la construcción de una presa en el Nilo. Por eso, la actitud del Sudán era de importancia capital para Egipto, tanto en el terreno de la agricultura como en el de la industria.

Egipto a partir de su revolución en 1952 tenía que enfrentarse simultáneamente a conflictos internos y externos. En su política interna, por un lado para desarrollar su programa socio-económico, con una política ligeramente socialista, el gobierno egipcio se enfrentaba con la oposición que resistía la reforma agraria y la tendencia prosocialista, a la cabeza de esta oposición se encontraba el movimiento islámico dirigido por los hermanos musulmanes, a los que Nasser más tarde golpea duramente y ejecuta a su jefe Sayyed Kotb en 1966. Pero sin poder acabar totalmente con el movimiento.

Por otro lado tenía Nasser que procurar un nuevo equilibrio político entre las nuevas y diversas tendencias y grupos políticos del país, surgidos como consecuencia de romper el antiguo régimen monárquico e instalar otro moderno, republicano y con tendencia pro-izquierdista.

En su política exterior se enfrentaba el gobierno egipcio con dos frentes, por un lado estaba ansioso de exportar su nueva experiencia revolucionaria -siendo la primera experiencia en el mundo árabe- como mode

lo a seguir primero en los demás países árabes del Mashrik y del Magreb y luego en el resto de los países del Tercer Mundo, donde pensaba Nasser jugar un papel de jefatura. Por el otro lado Egipto tenía que seguir disputando con las potencias occidentales en relación con la cuestión de las bases y de la política de alianza militar.

Los británicos seguían ocupando la zona del canal de Suez. Sin duda esto respondía a los tratados existentes, pero la presencia de los britá-
nicos no resultaba ya compatible con los cambios reales efectuados en la
escena política de la región.

Frente a la plena independencia ya lograda de países como Egipto,
Siria y Líbano, intentó Inglaterra apoyar su política en los nuevos reinos
protegidos de Transjordania y Libia. Gracias a su presencia militar en
la zona del canal seguían disponiendo de una parte importante del terri-
torio egipcio y de los ingresos de la Sociedad del canal de Suez, una so-
ciedad anónima.

Occidente, sobre todo Inglaterra y los representantes de la políti-
ca exterior norteamericana, no veían todavía claro lo que significaba que
Egipto empezase a exigir bajo Nasser algo que era obvio para un país in-
dependiente, aunque aún no se les hubiese dado a los países árabes semi-
independientes de aquella época: disponer de su propio territorio y, lo
que aún sería más importante, disponer de sus recursos naturales, sobre
todo del petróleo, que hasta entonces se hallaba en manos de sociedades oc-
cidentales, principalmente anglo-americanas.

Este era el escenario político-económico en donde no sólo iban a
plantearse las exigencias independentistas de Nasser. Se trataba de esa
constelación de intereses entrecruzados y fue decisiva durante los años
siguientes en la lucha del mundo árabe contra Occidente. Una lucha que,
siguiendo el ejemplo de Egipto, llevarían a cabo durante los años siguien

tes, con sus correspondientes variaciones, casi todos los países árabes contra Occidente, contra Israel y por otro lado librando entre sí una lucha intestina.

La historia política del mundo árabe, desde la segunda guerra mundial se caracteriza sobre todo por la inestabilidad socioeconómica y política. Estos países nuevos, desde que empezaban a tomar su independencia a lo largo de las tres décadas siguientes a la guerra, han mantenido duras luchas internas y entre sí bajo diferentes razones, a veces por el antagonismo político de los regímenes de derecha y de izquierda, otras veces por reivindicaciones territoriales y otras simplemente por rivalidad personal entre sus dirigentes, desatendiendo de esta forma las exigencias más elementales de sus países al desviar sus actividades, casi en algunos casos por el mero hecho de conservarse en el poder, aunque sea a costa de la dignidad nacional. Esta desunión les hace incapaces frente a la invasión sionista de Palestina y otros territorios árabes ocupados por Israel y abre las puertas a los dos bloques a mayor intervencionismo en la región y a inmiscuirse en sus asuntos internos a veces de manera abiertamente descarada. Y esta es la dura realidad de los hechos en estos países subdesarrollados.

A esta situación fundamental de partida se suma la dificultad de que Occidente intentaba arrastrar a los Estados árabes al conflicto Este-Oeste durante la guerra fría. Esta intención manifiesta de Occidente, provocó reacciones diversas en los distintos países. Así por ejemplo, los intereses de los regímenes claramente conservadores, especialmente el iraquí bajo su jefe de gobierno Nuri al-Said, radicaba en seguir sirviéndose de las tropas británicas para protegerse.

De esta suerte, la idea de arrastrar a los Estados árabes a una alianza occidental (destinada a reducir la influencia de la Unión Soviética y

cuidaba su control del petróleo en la región), tenía que estallarse contra la voluntad de independencia de Nasser. Por entonces, Nasser no tenía ninguna noción clara de la política que más tarde se denominó "neutralismo positivo" y que reunirá a estadistas como Nehru, Tito, Sukarno y Nasser. A éste le importaba sobre todo la retirada de los británicos del canal, a fin de que el país pudiese actuar efectivamente de manera independiente. En un principio Nasser mostró una actitud amistosa hacia los Estados Unidos, tendencia que se dio por entonces en todos los Estados que habían estado bajo la influencia del dominio colonial inglés y francés y por tanto mostraba gran simpatía hacia las ideas americanas de descolonización.

Por su parte Occidente se esforzaba por integrar a los Estados árabes y sobre todo a Egipto, en una alianza militar occidental, cuya médula la constituía el pacto de Bagdad, alianza entre Irak, Turquía e Inglaterra.

Sobre la base de su función como bisagra geopolítica, Egipto debía poner a su disposición bases y vías de comunicación. En Jordania hubo masiva oposición y en Amman estallaron manifestaciones populares en contra del pacto y de la política de alianzas militares.

La participación de Nasser en la conferencia de Bandung en abril de 1955, en la que empezó a formarse el bloque neutralista afroasiático, produjo otro endurecimiento de la atmósfera política. Cuando en el mismo año aumentaron los ataques militares de los israelíes en la línea de demarcación y Occidente condicionó su disposición de proporcionar armas a Egipto a la entrada de éste en el pacto occidental de defensa, Nasser se dirigió al bloque oriental.

El tratado checo-egipcio para la entrega de armas, firmado en septiembre de 1955, creó una situación totalmente distinta en el Oriente Medio: por primera vez se entregaron armas soviéticas a un país situado fuera del propio bloque. De esta manera el Oriente Medio y Próximo se convir

tieron definitivamente en parte del conflicto Este-Oeste.

El antagonismo entre Egipto y Occidente se iba convirtiendo cada vez más en un conflicto paradigmático para los demás países árabes, e incluso para los que más tarde se incluirán a secas en el "Tercer Mundo". Este antagonismo latente se agudizó cuando el Consejo de la Revolución se dispuso a crear una perspectiva de desarrollo económico a largo plazo para el populoso Egipto, perspectiva que se basaba principalmente en la estructura agraria.

Dado que la Unión Soviética no se mostró dispuesta a ofrecer ayuda económica a Egipto para la construcción de la planeada presa de Asuán, Nasser se dirigió a Occidente. En julio de 1956, El Cairo aceptó las propuestas americanas de financiación. Pocos días más tarde, sin embargo los Estados Unidos se retractaron espectacularmente. El Banco Mundial, que estaba encargado del desarrollo de la financiación, se sumó a esta decisión. El golpe se basaba en el cálculo siguiente: el secretario de Estado americano, John Foster Dulles quería aclarar de forma patente a los egipcios que seguían siendo totalmente dependientes de Occidente. A los americanos les parecía posible una humillación de Nasser sin consecuencias perjudiciales, ya que la Unión Soviética había adoptado una actitud negativa en la cuestión de la presa. Como figura simbólica del nacionalismo árabe, Nasser se vio obligado a tomar una postura que nadie había esperado: el 26 de julio Nasser nacionalizó el canal de Suez durante un acto de masas, un desafío a Occidente al que todavía no se había adherido ningún político ni dirigente de ningún país afro-asiático.

Después de haber fracasado todos los esfuerzos diplomáticos para hacerlo retroceder, Israel, Inglaterra y Francia intentaron provocar militarmente la caída de Nasser, atacando el nacionalismo árabe en su cabeza. La diplomacia británica sobre todo, acusaba a Nasser de lesionar los

intereses británicos en el mundo árabe. El primer ministro británico, Anthony Eden, veía en Nasser la causa de los sentimientos anti-británicos y como dijo su anterior ministro de Estado, Nutting, desarrolló la "idea de que Nasser tenía que irse".

Francia opinaba que la guerra de liberación argelina estaba también inspirada y dirigida por Nasser, hipótesis que evidenciaba lo poco dispuestas que estaban las potencias coloniales a comprender las condiciones reales.

Israel llevaba tiempo esperando esta alianza a fin de asestar un golpe a su adversario militar más importante, Egipto, al unísono con las potencias occidentales. Políticamente la agresión, que se inició el 29 de octubre de 1956 con un ataque israelí, programado por los tres estados conjuntamente, para dar pretexto a Francia e Inglaterra a intervenir, fue un gran triunfo para Gamal Abd el-Nasser. Las tropas egipcias fueron aniquiladas ciertamente en el Sinaí, pero la resistencia de la población contra la agresión y la clara condena del ataque, a la que se unieron también los Estados Unidos y la Unión Soviética, convirtieron a Nasser en raís (en árabe "caudillo"), en el símbolo incuestionable del nacionalismo árabe.

Los acontecimientos de 1956 provocaron un viraje que anunció el fin del dominio colonial británico en Egipto y otros países árabes, mientras seguía presente en otros (como el Yemen y el golfo de donde saldrán más tarde). También se consolidó el prestigio internacional de Nasser con su decisión de nacionalizar el canal de Suez: la Unión Soviética suministró comestibles, China concedió créditos de dólares y finalmente la U.R.S.S., retractándose de su decisión anterior, decidió financiar la construcción de la presa de Asuán.

Aunque los Estados Unidos habían condenado la agresión de Francia, Inglaterra e Israel contra Egipto, comprendieron muy pronto que el nacio-

nalismo árabe de Nasser se programaría también a los otros países árabes. El hecho de que Nasser hubiera perseguido y encarcelado a los comunistas en su propio país, no significa, ni mucho menos, que fuese hostil a la U.R.S.S. Junto con la Unión Soviética, que cortejaba al rais, se preparaba una evolución que debía repercutir negativamente sobre los intereses globales de Occidente.

Realmente, a partir del conflicto de Suez, Europa pierde la hegemonía en la zona y a partir de aquel entonces, Europa no tendrá política en el Oriente Medio, pero intereses sí, y el papel de defensor de los intereses de Occidente que ejercía Gran Bretaña pasa ahora a ser ocupado por Estados Unidos con la U.R.S.S. de competidor. Para llenar el vacío de poder producido en la región y prevenir semejante evolución, los Estados Unidos formularon en marzo de 1957 la "doctrina Eisenhower" cuyo objeto consistía en proteger los regímenes pro-occidentales de la infiltración comunista o de una amenaza por parte de la U.R.S.S.

La valoración occidental de aquella evolución dentro del mundo árabe, se hizo desde un punto de vista demasiado estrecho. Se partía de principio de que el nacionalismo árabe, encaminado a la independencia y la soberanía, era equiparable a las tendencias comunistas. Semejante doctrina no podía sino reforzar la ola de nacionalismo árabe en vez de frenarla. Las tensiones se agudizaron adicionalmente con la presencia de unidades de la marina americana en el Levante. Esta nueva ofensiva antinacionalista de Occidente llevó al derrocamiento del primer ministro nasseriano al-Nabulsi en Jordania, que había salido victorioso en las primeras y últimas elecciones libres que conoció Jordania del otoño de 1956. Nabulsi fue encarcelado bajo arresto domiciliario en abril de 1957 bajo el pretexto de haber preparado el derrocamiento de la casa real hachemita. Aquella corta prueba democrática, de elecciones libres y un sistema de multipartidismo

no permitió Estados Unidos su repetición y desde entonces rige en Jordania un régimen de leyes semi-marciales.

Los disturbios desencadenados por la ola nacionalista en el mundo árabe, eran cada vez más violentos y alcanzaron su punto culminante en 1958. Aumentó especialmente la presión occidental sobre Siria. Con su gobierno nacionalista, que había subido al poder en la primavera de 1957 a raíz de un golpe de estado y se apoyaba mucho en El Cairo. Aumentaron las tensiones entre los nacionalistas árabes que buscaban la neutralidad y los Estados miembros del pacto occidental de Bagdad, sobre todo en la frontera sirio-turca.

Poco antes John Foster Dulles había impedido la concesión de un crédito de desarrollo del Banco Mundial a Siria. Conforme al probado modelo egipcio, la reacción de Siria se tradujo a un giro mayor hacia Moscú. Y cuando, finalmente, el contagio nacionalista afectó a todo el Mashrek, Occidente pasó a la ofensiva.

En la crisis del Líbano, que tiene un equilibrio político difícil y delicado debido a las confesiones religiosas variadas y donde Francia unas décadas atrás ayudó a formular instituciones políticas pro-occidentales y una constitución favorable a los maronitas cristianos, Occidente y sobre todo los Estados Unidos habían apostado por el presidente cristiano Kamil Chamoun, que se había manifestado muy hostil al nacionalismo árabe (como movimiento de unificación de los árabes contra el mundo occidental). También en el Líbano como en otros países se requería la aceptación oficial de la "doctrina Eisenhower" antes de que pudiera ser efectiva para el país.

Las multiplicaciones electorales y otras formas de influencia hicieron que una gran parte de los libaneses se pusiera en contra de Chamoun y su ministro de Asuntos Exteriores, Malik. La oposición le reprochaba la

destrucción del pacto nacional de 1943, en donde se fijaba el equilibrio en tre las confesiones. Dentro de la comunidad cristiana, había en el Líbano fuerzas políticas que veían amenazado por el pensamiento panarábigo el sta tu especial del país y su carácter basado en el confesionalismo.

La agitación contra el presidente libanés, que seguía un rumbo proocci dental y contrario al nacionalismo árabe, alcanzó su punto culminante en 1958. Mientras tanto habían empeorado considerablemente las perspectivas de Chamoun. En esta situación pidió ayuda a los Estados Unidos. Para esta "ayuda" se recurrió al Irak, muy prooccidental entonces, que constituía también el núcleo del pacto de Bagdad. Unas maniobras militares de diversi ón debían cubrir las espaldas del Líbano. Pero los preparativos de esta acción militar en Irak fueron funestos para el régimen del presidente Nuri al-Said y para Occidente. El coronel Abd al-Karim Kassem aprovechó el paso militar por Bagdad para derrocar a la odiada dinastía hachemita del Irak, cuyo dominio no se basaba en el consenso de la población, sino que era resultado de la estrategia británica, para asegurar en esta parte del mundo árabe los intereses de Gran Bretaña con la ayuda de una dinastía "de bil" en el aspecto nacional.

El 14 de julio de 1958, estalló la lucha abierta y las tropas de Kassem ocuparon los edificios públicos más importantes de la capital. Nuri al-Said fue reconocido en la calle vestido de mujer y la población indignada lo descuartizó literalmente.

El pueblo del Irak, tanto árabes como kurdos, apoyaron el golpe milita r, con la esperanza de sacudir la tutela de Gran Bretaña en el Irak, si rviéndose de la familia real hachemita.

El nuevo régimen de Kassem proclamó la abolición de la monarquía y declaró la salida de Irak del pacto de Bagdad.

Occidente veía en la intervención militar la única posibilidad de de

tener la rueda de la historia. Una vez más resultó funesto para la política occidental el hecho de que sus exponentes no reconocieran el carácter independiente del nacionalismo árabe. Los dirigentes occidentales no tomaron en consideración el hecho de que se trataba de un movimiento totalmente autónomo. Más bien partían de que los cambios acaecidos en la región eran consecuencia de un complot de Moscú. Así pues, los Estados Unidos pusieron en movimiento la VI flota y desembarcaron marines en el Líbano para salvar el régimen de Chamoun, a petición de éste. Paracaidistas británicos aterrizaron en Jordania para proteger el régimen del rey Hussein de las llamas del nacionalismo árabe.

A partir de aquel entonces la imagen del régimen hachemita se empeoró y perdió popularidad para el pueblo jordano, y sobre todo entre los refugiados palestinos que ya son nacionalizados y que forman más de la mitad de la población del reino. Los palestinos refugiados en Jordania, después de haber sido expulsados de su patria, bajo el terror sionista, apoyado por Gran Bretaña, y que son ahora simpatizantes del nacionalismo naseriano, no podían ver con agrado la presencia de soldados británicos en Jordania.

Por su acción en el Líbano, los Estados Unidos se aislaron internacionalmente. La ONU obligó a Washington a renunciar a una prolongación de su cabeza de puente. Los libaneses aprovecharon la ocasión para destituir a Chamoun eligiendo en su lugar como presidente, al general Chehab, comandante en jefe. Al igual que su antecesor, era maronita, miembro de una comunidad cristiana oriental, íntimamente vinculada a los intereses occidentales en el Levante.

Gracias, especialmente a las relaciones con la anterior potencia mandataria, Francia, esta comunidad simboliza la peculiaridad del Líbano como Estado "independiente", es decir, no puramente árabe. El antagonismo entre

los maronitas, que quieren siempre dar prioridad a las relaciones del Líbano con Occidente a costa de sus relaciones con el mundo árabe y los musulmanes que anhelan siempre a reforzar las relaciones libanesas con el mundo árabe ante todo, es la fuente de las crisis continuas y las sucesivas guerras civiles que se han dado en este pequeño estado árabe del Oriente Medio.

Pero, Chehab, adoptó una postura neutralista y rechazó la doctrina Eisenhower. De esta forma los Estados Unidos, se vieron obligados a retirar sus tropas del Líbano.

Las consecuencias de la crisis de Suez y que a partir de allí se van perfilando, fueron: el endurecimiento del nacionalismo árabe; la aparición del socialismo por primera vez a través del "partido árabe del Baas" en Siria y más tarde en el Irak; la división de los Estados árabes en dos bloques y los intentos de unión.

Entre los Estados árabes partidarios del nacionalismo radical (Egipto, Siria e Irak), se preparaba la formación de un bloque que parecía acercarse cada vez más a la Unión Soviética. La R.A.U., la República Árabe Unida, creada el 4 de febrero de 1958 con la fusión de Egipto y Siria -y que había sido hasta cierto punto, como respuesta a la unión entre los dos reinos de Jordania e Irak, anunciada poco antes y que se hundió al caerse el régimen monárquico del Irak- amenazaba con extenderse a otros países árabes.

Nasser, había dado este paso, más propagandístico que real, bajo ciertas presiones, pero, una cosa era segura: en el año de crisis de 1958, el nacionalismo árabe, aunque no pudiera satisfacer ni mucho menos las expectativas de las masas, se había convertido en una fuerza triunfante por primera vez en los casi cincuenta años de relaciones entre el mundo árabe y el Occidente.

Gracias al nacionalismo árabe, esta relación de sumisión a los inte-

reses occidentales había sido puesta seriamente en entredicho. Se trataba también del comienzo de un proceso acerca del cual había opiniones enfrentadas dentro del propio campo nacionalista árabe.

Los Oficiales Libres egipcios habían actuado en 1952 bajo un signo nacionalista, antifeudal y anticolonial. No tenían nociones claras con respecto a una transformación profunda de una sociedad ni tampoco una ideología adecuada. El "socialismo árabe", que no sólo estaba representado por Nasser, sino que también forma la base del programa del partido Baas, el partido del "renacimiento" árabe, y más tarde de la variante libia del "socialismo islámico" de Gaddafi no se puede comparar con el marxismo de occidente.

Pese a la diversidad y rivalidad existente entre ellos, todos estos modelos tienen, sin embargo, algo en común: son, sobre todo nacionalistas y partidarios de la propiedad privada. Los rasgos comunes que durante muchos años existieron con la Unión Soviética sólo eran, en el fondo externos. En sus deseos de librarse totalmente de la tutela occidental, los nacionalistas árabes veían en la Unión Soviética un aliado natural.

Nasser actuó en un principio de manera pragmática. Hasta que no empezó a llevar a cabo medidas sociales, no necesitó basarlas en una ideología como la que representaba el socialismo árabe populista y pequeño burgués.

En contraste con la ausencia originaria de una concepción de Nasser, los principios ideológicos de los baasistas que gobiernan en Siria a partir de 1962 y más tarde del Irak a partir de 1968, ambos por golpes militares, y que de forma diferente, iban a dominar las décadas de 1960 y 1970, se habían desarrollado sobre una base teórica madura.

El fundador teórico y organizativo del socialismo del Baas fue Miguel Aflaq. Había estudiado filosofía a finales de la década de 1920 y comienzos

de la de 1930 en París y trabajando como maestro . Al partido de Aflaq se unió en la década de 1940 otro grupo ("Renacimiento Árabe") dirigido por Zaki Arsouzi, y en 1953 se sumó a ambos el partido Socialista Árabe de Akram al-Howrani .

La característica especial del socialismo Baas, estriba en que los componentes sociales no se consideran como un fin en sí, sino sólo como un medio de alcanzar el renacimiento árabe. El renacimiento del arabismo, que se remite a la época de esplendor árabe a comienzos del Islam, define al Baas como un partido ultranacionalista, al menos en teoría. Y de allí choca con el Islam, siendo por encima de las nacionalidades, el arabismo no pudo haber sido nada sin el Islam, y choca con el Islam al no aceptar éste el el socialismo. También la hostilidad o distanciamiento con respecto al marxismo en cuanto ideología materialista, es un elemento siempre destacado por el Baas y su ideólogo principal, Michel Aflaq.

Más tarde, sobre todo en la década de 1960, cuando rivalizaban entre sí las corrientes más diversas del nacionalismo árabe y particularmente el nasserismo, este antagonismo se agudizó, tanto organizativa como institucionalmente. Pero el Baas sólo tenía en el Mashrek un adversario serio: los comunistas. De ahí que el antagonismo fuese además, acompañado de una rivalidad organizativa.

Este período de la postguerra en su totalidad se caracteriza por la vigencia del nacionalismo árabe y éste reviste la forma de panarabismo en los intentos de hegemonía de algún líder nacional. Este panarabismo, de manera formulada, corresponde a movimientos de izquierda es y se presenta como específicamente árabe, siendo la izquierda de ortodoxia marxista un compañero de viaje o un infiltrado de los movimientos panarabistas (en Egipto con Ali Sabri, en Siria junto al Baas los comunistas de Kaled Bakdash , en el Irak tuvieron su auge en tiempos de Kassem , en

Jordania con muy poca influencia y de manera clandestina, etc.)

Hay que mencionar otro rasgo de la ideología del Baas que acentúa su carácter transitorio: fue la primera ideología elaborada que separó totalmente el arabismo del Islam y proclamó el arabismo como valor específico. No es ciertamente casual que su fundador, Miguel Aflaq, no sea musulmán, sino de procedencia cristiana. El nacionalismo árabe temprano, que tan sangrientamente persiguieron los otomanos, halló sus primeros partidarios en Levante precisamente en la población cristiana. De los primeros cristianos en hablar de nacionalismo fue el libanés Nayib Azuri en 1904.

Apoyándose en el desarrollo europeo típico, el nacionalismo tenía que presentarse como antireligioso y secular a fin de actuar como factor integrador, la dificultad del socialismo del Baas como ideología radica en que se remite a un arabismo separado del Islam. El Islam al postular el concepto de Umma islámica, como identidad, se sobrepuso por encima del nacionalismo en pro del Islam.

Las ideas de Baas, encaminadas a impulsar un renacimiento árabe sobre una base nacionalista, están por tanto, en contradicción con los principios básicos del Islam. Es cierto que el Islam ha conservado el árabe como lengua litúrgica y siempre se ha guiado, por lo demás, por su origen árabe. Sin embargo, como sistema de vida universalista, está en contradicción con el nacionalismo y especialmente con el carácter secular del arabismo, y sobre todo de un arabismo como el que representa el Baas. El Islam al ser un sistema de vida completo, a parte de regular la teología, ha puesto una filosofía que forma la base de un sistema económico y político. Hay que tener este dato muy en cuenta no sólo en el mundo islámico-árabe, sino en el mundo islámico en su totalidad. Partiendo de este hecho básico, cualquier movimiento o partido político o de carácter socio-económico que no

emana del mismo Islam -es decir, importando ideas para transformar- no triunfaría la larga y por consiguiente no será más que un intento transitorio condenado al fracaso con el correr de los años, tal como lo ha demostrado la reciente y actual historia de la región.

Las ideas importadas, sean de occidente o de oriente han chocado siempre con el Islam en todos los países islámicos y han dado lugar a muchos trastornos internos. Una cosa es modernizarse, venga la modernización de donde venga, y otra cosa es perder la identidad y lo original de cada civilización, son dos cosas independientes y hay que comprenderlas por separado.

De momento, este antagonismo sólo existe en germen, puesto que el nacionalismo árabe que tuvo su auge a lo largo de la década de los 60, se encuentra en retirada desde la década de 1970 y durante los últimos años se ve cada vez más desplazado a un segundo plano por el Islam revolucionario, como manifestación conservadora y también como fenómeno progresista. Independientemente de esto, sería prematuro ver aquí el fin del arabismo. Más bien hay que retener el hecho de que sus impulsos más fuertes provinieron originalmente de la resistencia contra el dominio de los otomanos y de las potencias coloniales europeas después. El arabismo, fue por tanto, una ideología negativa de resistencia que al mismo tiempo intentó renovar unos valores a los que no podía renunciar sin perder los contenidos a los que también se refería implícitamente el Islam. (mapa XX).

b- La década de 1960.

En esta década aumenta la rivalidad entre las dos superpotencias mezclándose en los asuntos internos de los estados de la región sobre todo la

influencia estadounidense con el propósito de proteger el petróleo del peligro soviético, como lo atestiguaron las palabras del expresidente de E.E.U.U. "tanto el poderío económico como militar están en nuestros días supeditados al petróleo. Este hecho básico es la causa de que el golfo Pérsico sea el centro de la tormenta global, en estas últimas décadas del siglo XX. Si la Unión Soviética llega a poder cerrar los grifos del petróleo de Oriente Medio, podrá también hacer hincar la rodilla a la mayoría de las naciones occidentales. Para conseguirlo, no es preciso que los soviéticos ocupen físicamente las naciones del golfo Pérsico, tal como han ocupado Afganistán. Pueden también conseguir sus propósitos mediante presiones externas o subversiones internas que priven a Occidente de los recursos de estos países". (123)

En el Irak esta década se inicia con la caída espectacular de Kassem y la revolución kurda en el norte del Irak. Las oscilaciones en la línea política de Kassem y la tradicional brutalidad con que se libraban en Irak las luchas por el poder entre las distintas facciones políticas, así como la división étnica y religiosa del país en kurdos, árabes, sunnites, y shiíes, se contrarrestaron con una planificación económica racional. El poder de los grandes terratenientes fue debilitado mediante una reforma agraria. El factor de poder exterior en el ámbito económico, la IPC -Irak Petroleum Company- se redujo considerablemente mediante las correspondientes medidas en su radio de acción. Estas medidas, que rayaban en la nacionalización, provocaron la oposición de Occidente e hicieron retroceder a Kassem.

En 1962 la oposición, compuesta de sectores del Baas, unionistas y naseristas, se unió contra Kassem a fin de detener el desarrollo izquierdista del régimen. Los servicios secretos occidentales intervinieron también en este proceso.

Hasta la guerra de junio de 1967, el centro de los acontecimientos

dentro del mundo árabe en el-Mashrek, se había desplazado al Irak y al Yemen. La evolución política del Irak estuvo marcada por un problema interno muy especial, la cuestión kurda.

Como país de diferentes confesiones y grupos étnicos que limitaban con el Irán no árabe, el Irak se concebía como Estado de los árabes y los kurdos, simultáneamente. La única razón para la represión de los deseos kurdos de autonomía en el norte del Irak radica en la situación estratégica de sus zonas de asentamiento. Como en las regiones kurdas había importantes yacimientos petrolíferos, el gobierno central iraquí tenía, además, la pérdida de sus zonas petrolíferas más importantes con la independencia kurda. Tras el derrocamiento del naserista Aref por el general Basista al-Bakr, se buscó una solución a la cuestión kurda. En diciembre de 1969 se firmó finalmente una paz y se ofreció a los kurdos la participación en los beneficios del petróleo y una vicepresidencia. Pero tampoco se podía solucionar la cuestión kurda de esta manera, ni en el Irak ni en los demás países de minoría kurda (Turquía, Irán, Siria). Los deseos de autonomía de los kurdos se refuerzan en la medida en que el Estado correspondiente se presenta como nacionalista y centralista.

En Siria, un golpe militar destituyó al gobierno de Damasco e instaló un gobierno basista por primera vez en marzo de 1962, al que sigue en adelante una cadena de golpes sucesivos. Los gobiernos basistas de la segunda mitad de la década de 1960 encabezados por Atasi, Majos y Chedid se mantuvieron dentro de la tradición de la ideología del Baas y en el campo económico nacionalizaron la banca e introdujeron reformas en la agricultura. Su política social y económica, de inspiración mucho más socialista que la de sus antecesores, tenía sin embargo un carácter más marxista que basista. Y aunque en los años sesenta pudieron formarse una y otra vez gobiernos del Baas, sobre todo en Damasco, la importancia de este par

tido en el mundo árabe empezó a disminuir. En Siria, donde había llegado a institucionalizarse perdió su fuerza revolucionaria y unitaria, sobre todo después de sus diferencias con Nasser. Su actitud, a menudo sectaria frente a los demás partidos del nacionalismo árabe, lo descalificó a los ojos de los mismos unionistas. Sus fracasos económicos socavaron también su prestigio. De esta forma tampoco quedó tranquila Siria, el país de los fundadores e ideólogos del Baas, Miguel Aflak y Salah el-Bitar. El partido del Baas se vio afectado por las luchas fraccionarias y discordias internas.

Otro centro de atención de la década de 1960, fue el conflicto interno del Yemen del norte, que pronto se convirtió en conflicto externo, en lucha intestina entre árabes progresistas y conservadores.

Esta guerra se desencadenó con la muerte del imam Ahmad Hamid al-Din en septiembre de 1962. El país, atrasado y totalmente aislado del exterior hasta entonces, pasó a manos del hijo de Ahmad, al-Badr, quien poco después de su ascenso al trono fue derrocado por un golpe de jóvenes oficiales, con el fin de hacer una profunda transformación social, los oficiales, encabezados por el coronel Abdallah al-Salal, introdujeron reformas precipitadas en el país que chocaron pronto con la resistencia enconada de los grupos tradicionales de la población y especialmente de las tribus nómadas del interior, que encabezó el mismo al-Badr.

El apoyo que El Cairo prestó, al menos verbal e ideológico, al nuevo régimen republicano, aseguró automáticamente al imam la ayuda de los conservadores saudíes que socorrieron con dinero y armas a las tribus rebeldes de los beduinos.

Arabia Saudí veía en el nuevo régimen republicano apoyado por Nasser como una amenaza directa a la monarquía de Riad. Los saudíes estaban conscientes del peligro que estratégicamente los amenaza por su flanco sudo-ccidental. De ahí que, tras el fin de la guerra de Yemen en 1965, Arabia

Saudí tratase siempre de mantener en Sana un régimen que al menos no fuese hostil a las intenciones saudíes.

Así pues, Arabia Saudí apoyó a la fracción realista en la guerra del Yemen. Las tropas republicanas del gobierno de Sana se vieron pronto en serios apuros, puesto que en la guerra, especialmente en la zona de la frontera saudí-yemení, llevaban ventaja en el aspecto militar, los beduinos que combatían en terreno propio. En esta situación, Sana pidió ayuda a El Cairo. Nasser que competía con los basistas por la dirección panárabe, no pudo rechazar esta petición de ayuda. De este modo, Egipto inició su apoyo civil y militar a la nueva República. La lucha del Yemen se convirtió así en un conflicto internacional.

Gran Bretaña, que todavía disponía de Aden y de Hadramaut, intentó impedir la presencia de Nasser en el estrecho de Bab al-Mandab. Se formó, por tanto, una nueva coalición contra la República apoyada por Egipto entre Arabia Saudí, Jordania y Gran Bretaña, con el respaldo de los Estados Unidos. Y al lado de los republicanos se suman, Argelia, la República Popular China y la Unión Soviética, aportando material y armas.

A pesar del conflicto armado, el gobierno de la República prosiguió con sus reformas. Entre ellas destacan sobre todo una reforma agraria, la mejora del sistema educativo, medidas para la emancipación de la mujer y la prohibición de la droga "qat".

Los agotadores combates con las tribus beduinas habían minado la lealtad del ejército saudí. La legitimidad de la dirección del Estado bajo el rey Saud se había deteriorado dentro de Arabia Saudí.

La guerra del Yemen reforzó las contradicciones internas del país, porque la división entre realistas y republicanos era paralela a la división entre el nacionalismo árabe en general, y Nasser y los saudíes conservadores, en particular, los cuales no podían dirigirse abiertamente contra

Nasser y los nacionalistas árabes. Tras las repetidas deserciones en el ejército y disturbios entre la población, el régimen buscó un cambio de dirección. La familia real llamó al emir Faisal al trono saudí y envió al exilio al rey Saud, enfermizo y entregado al lujo. La guerra del Yemen debía terminar, pues, en interés del mantenimiento de la monarquía saudí. Así que en octubre de 1964 se preparó en Sudán una conferencia de paz que no llegó a celebrarse porque el reconocimiento de la victoria total republicana hacía temer una reacción en cadena en toda la Arabia meridional. Contra semejante reacción debían preverse sobre todo los británicos, los Estados Unidos y en última instancia el Sha de Irán. El régimen de Arabia Saudí a partir de la guerra del Yemen entró definitivamente en la alianza occidental.

La guerra civil yemení terminó en 1968. Nasser después de la derrota de 1967 frente a Israel, aceptó retirar definitivamente sus tropas del Yemen a cambio de una ayuda financiera ofrecida por el rey Faisal. Así se llegó a un arreglo, en el que los realistas renunciaron al restablecimiento de la monarquía. Tal compromiso político ha mantenido incierto y variable hasta el presente el destino del Yemen.

Un gobierno de reconciliación nacional presidido por al-Aini estableció un compromiso interno que se aproximaba cada vez más a la estructura del Yemen del Sur, donde desde 1967 se desarrollaba una encarnizada guerra civil entre los emires de Hadramaut, apoyados por los británicos, y los nacionalistas árabes del FLOSY (Front for the Liberation of Southern Yemen), esencialmente panárabe y nasserista, y el FNL (Front for National Liberation), de carácter marxista.

Como los británicos no pudieron realizar su propósito de establecer un emirato conservador que sustituyese el poder colonial, y los nacionalistas conservaron el predominio, la fracción radical del FNL, se hizo con el po-

der y proclamó una República Popular inspirada en China. El país, que en otros tiempos vivió de su posición geográfico-estratégica y comercial como escala para repostar en la ruta de la India, se vió muy afectada económicamente por el cierre del canal de Suez tras la guerra de junio de 1967. La antigua función del país como lugar de trasbordo para el tráfico naval tuvo que cambiar con la estructura social que constituía su base económica. Las reformas interiores necesarias para ello, así como el apoyo a la guerrilla marxista de la provincia de Zofar a partir de 1968, hicieron del régimen de Aden una amenaza para los países conservadores de la península arábiga.

Los británicos preveían una reacción en cadena y decidieron adelantarse a los posibles acontecimientos en el sultanato de Omán, sumamente importante en el orden estratégico por su situación a las puertas del golfo Pérsico, cambiando al viejo soberano por su hijo Qabus, educado en Inglaterra y con fama de persona modernista y pro occidental.

Así se pudo contener la actividad guerrillera de Zofar y finalmente derrotarla en 1976, con ayuda irano-británica.

Cuando la República Popular China empezó a abandonar cada vez más su política de apoyo a los movimientos revolucionarios y se aproximó a Irán, el Yemen del Sur se volvió más aún hacia Moscú, también en esto le favorecía su situación estratégica. El Yemen del Sur había adquirido importancia adicional en virtud de las disputas por las estratégicas rutas marítimas a los países productores de petróleo, sobre todo por el estrecho de Ormuz, y en virtud del derrocamiento del Sha de Irán.

La combinación estratégica entre la presencia militar de la Unión Soviética en Etiopía y Yemen del Sur y la proximidad estratégica de las rutas petrolíferas del golfo Pérsico, convirtieron a la región del sur de Arabia, con los dos Yemenes, en una palanca con cuya ayuda se puede

ejercer influencia desde fuera contra la monarquía saudí.

En la década de 1960 los países árabes independientes todos (salvo los emiratos del golfo Pérsico, Katar y Bahrain) sufren de trastornos socio-económicos que son comunes en los países recién emancipados y de conflictos políticos internos debido a dos razones: los equilibrios políticos precarios con dificultad de mantener en algunos casos; los regímenes inadecuados que no representan en sus países ni siquiera en algunos casos una minoría ancha. (124). Son regímenes de dos tipos: unos fueron implantados por el colonialismo con la condición de defender los intereses occidentales y que son los denominados hoy moderados; los otros han asaltado el poder con el pretexto de expulsar al colonialismo y se han quedado ahí y son los denominados hoy extremistas o pro orientales. A estas crisis internas de las que sufría cada régimen árabe en los años sesenta, se sumaba un ambiente de rivalidad y enemistad en el que se encontraban en conflicto unos regímenes con otros, utilizando toda clase de medios para atacarse los unos a los otros sin escrúpulo en la mayoría de las veces. En medio de esta atmósfera de incertidumbre, se produjo el ataque israelí de 1967 contra Egipto, Siria y Jordania, que no les cogió además por sorpresa sino les derrotó por falta de preparación. De este conflicto y los demás árabe-israelí, hablaremos en el próximo capítulo.

Poco antes de estallar en el Oriente Medio el conflicto de 1967, había nacido en 1965, en el seno de los campos de refugiados palestinos, una organización guerrillera llamada OLP (Organización para la Liberación de Palestina), con el fin de defender los palestinos mismos y sus legítimos derechos en Palestina ocupada, sin la tutela de los regímenes árabes.

A raíz de la derrota de los ejércitos árabes frente a Israel en 1967, los regímenes árabes demostraron su incapacidad de reconquistar Palestina. Fue entonces cuando los pueblos árabes en general, dirigieron

sus ojos hacia la guerrilla como único medio de devolverles su honor perdido, rescatando a Jerusalén. La desconfianza en los regímenes y la confianza en la guerrilla, dió a la OLP un respaldo popular enorme, que no supo aprovechar por falta de madurez en aquel tiempo y por las incesantes conspiraciones por parte de los regímenes árabes respaldados por Estados Unidos y la U.R.S.S.

Más de la mitad de la población jordana (tres millones), son refugiados palestinos de la guerra de 1948, de los cuales la mayoría se nacionalizó, pero sin olvidar su esperanza de regresar a su querida patria algún día. Estos palestinos constituyen también el eslabón social y económico entre la margen oriental y la occidental, haciendo así improbable la separación de ambas orillas en el caso de la creación de un Estado palestino.

La población originaria de Jordania se compone de campesinos y beduinos. Las fuerzas armadas en Jordania se componen en su mayoría de beduinos leales al régimen, al que los palestinos consideran como desleal a la causa palestina. De allí viene el antagonismo y la sensibilidad en las relaciones jordano-palestinas, que no han dejado de ser tensas, sobre todo después de 1967.

La guerrilla palestina se instaló en Jordania desde 1967 hasta el choque con las fuerzas armadas jordanas en septiembre de 1970. Sólo a partir de la victoria del ejército jordano y la guerrilla sobre el ejército israelí en la batalla del Karamah el 21 de marzo de 1968, empezó la guerrilla a cobrar fuerza e iba en aumento moral y material. Pero poco después, y a raíz de las incursiones aéreas israelíes, en las que golpeó Israel a las bases de la guerrilla en el Satt, duramente, la guerrilla retrocedió de la frontera a lo largo del Jordán, para instalarse en el interior de Jordania, ocupando las ciudades de todo el país.

La guerrilla que se formaba de más de diez organizaciones, era el re-

flejo de las discordias y el antagonismo de los regímenes árabes, por ser la mayoría de ellas financiadas por varios gobiernos árabes. Esta desviación hizo que la guerrilla llegase a formar en los años 1969 y 1970, un verdadero estado dentro de otro, lo que dió lugar a sucesivos choques con el régimen jordano, hasta que al fin, estalló en un enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército jordano en septiembre de 1970. (mapa XXI).

c - La década de 1970.

Se inicia esta década en el Mashrek árabe con la guerra civil en Jordania. Una guerra fratricida entre las tropas jordanas y la guerrilla con todas sus organizaciones.

La guerrilla que gozaba del apoyo del pueblo árabe en general, era respaldada principalmente por los regímenes árabes de tendencia izquierdista, sobre todo Egipto, Siria, Libia, Argelia e Irak. Habiéndose encontrado bajo el control del régimen jordano, comprometido con Occidente, enemigo de la causa árabe, la guerrilla y el régimen se alejaban uno del otro como resultado natural del antagonismo reinante entre las dos tendencias opuestas. Sin olvidar que esta enemistad dió lugar a un distanciamiento cada vez mayor entre los hermanos palestinos y jordanos.

El desorden en las filas de la guerrilla, dió lugar a que los enemigos de la causa (la C.I.A., el Mosad y otras organizaciones oscuras creadas en Jordania), formasen organizaciones camufladas, aparte de algunas creadas y sostenidas por algunos regímenes árabes como medio propagandístico (al-Saik de Siria y Yaphat al-Tahrir al-Arabía del Irak).

El antagonismo de los intereses de los Estados que intervinieron en la formación y el manejo de la guerrilla, hizo que la cual, a la cabeza, la

organización mayor de ellas, la OLP, formasen un estado dentro de otro, cosa que el régimen del rey Hussein resistió, dándole la guerrilla el pretexto al dedicarse algunas organizaciones a despremiar las leyes y las costumbres del país y someter a ciudadanos al mal trato.

La matanza de palestinos en septiembre de 1970, que ha entrado en la historia del pueblo palestino como "septiembre negro", llevó a la ruptura entre Hussein y los palestinos. El "septiembre negro", puso fin provisionalmente al doble dominio de la OLP y de la casa real en Jordania, al ser brutalmente reprimida al OLP por las tropas beduinas del rey con tanques y artillería. En 1971, el aniquilamiento del resto de la guerrilla en el norte de Jordania, hizo que la cual se trasladase al Líbano desde entonces.

Al producirse el choque de septiembre en 1970, en Jordania se encontraban tropas iraquíes destinadas a intervenir en caso de guerra con Israel pero las cuales no intervinieron en el conflicto, por lo que fueron objeto de crítica más tarde.

En Siria donde el partido Baas, tenía en el poder a su ala ultraizquierdista, la cual no vio con agrado el desarrollo de los combates desfavorables a la guerrilla, no quiso resignarse a la expectativa, y decidió intervenir militarmente invadiendo el norte de Jordania. La cuestión se complicó con esa invasión y Estados Unidos dió un ultimátum al gobierno sirio para retirar sus tropas de Jordania, dando nota de ello a la Unión Soviética que respalda a Siria. Dicha retirada se efectuó en seguida.

La intervención siria en Jordania durante la guerra civil, provocó una crisis dentro del partido gobernante, al-Baas, e hizo que un golpe militar preparado por el ala moderada, trajera al poder a Hafez al-Assad, antes ministro de defensa. Pero las relaciones del nuevo gobierno de Damasco seguían tensas con Jordania y más aún después de que el gobierno jordano expulsase el último reducto de la guerrilla del norte de Jordania, el verdadero

no de 1971.

En 1971, Inglaterra decide abandonar sus últimas colonias en el golfo Pérsico, dando lugar al nacimiento de nuevos minúsculos Estados árabes, (los Emiratos Arabes Unidos, Katar y la pequeña isla de Bahrain), en los que habita una mayoría predominante de beduinos nómadas y con una población total de menos de un millón de habitantes. Sus anteriores fuentes de ingresos eran el pastoreo y la caza de perlas, pero desde varias décadas el petróleo forma casi la única fuente de ingresos. En los últimos años iban importando mucha mano de obra extraordinaria debido a los planes de modernismo que ostentan estos pequeños emiratos y hoy día albergan a buen número de refugiados palestinos, al igual que Kuwait.

Los pequeños Estados del golfo ricos por sus ingresos de petróleo, no dejan de donar generosamente para la OLP, con tal de ganar la simpatía de muchos palestinos que tienen en sus manos bastantes oficios que ejercen en esta parte del mundo árabe, tan importante y delicada. Es un equilibrio interno, entre nativos, palestinos, y extranjeros trabajadores, que los emires cuidan no romper.

Pero la amenaza les viene de fuera, pues, no más retirarse Inglaterra el Sha de Irán, toma la iniciativa de seguir adelante con su política de gendarme en el golfo y esto se manifestó cuando en 1971 manda sus tropas a ocupar los tres pequeños, pero estratégicos islotes árabes en medio del golfo y que aún los ocupa el Irán (Tumb al-Kubra, Tumb al-Sugra y Abu Musa). Este acto agresivo por parte del Sha, y su reclamación de la isla del Bahrein, despiertan temores y envenenan las relaciones del Sha no sólo con los emiratos, sino con casi la mayoría de los países árabes, sobre todo Arabia Saudí y el Irak.

En Egipto el cambio de Nasser por Sadat en 1971, no supuso cambios importantes en la zona, hasta casi finales de la década, pero hay un hecho

claro, y es que el papel ejercido por E.E.U.U. en la región va a superar bastante el ejercido por la U.R.S.S., a pesar de que algunos jefes de gobiernos árabes pro orientales, van a estrechar más sus relaciones con el Este en general y la U.R.S.S., en especial a través de la firma de tratados de amistad y cooperación con la U.R.S.S. (Egipto en 1971, Irak en 1972, Siria en octubre de 1980, Yemen del Sur en noviembre de 1979).

La política imperialista de Estados Unidos es global, por tanto su derrota en Vietnam, que fue seguida por la firma del tratado de paz de Paris con Vietnam del Norte y que fue seguido por la retirada en 1973, se reflejó en Oriente Medio, donde Estados Unidos al parecer como compensación impuso mayor peso en esta región. Esto se podía apreciar de manera clara en su postura hegemónica durante el conflicto árabe-israelí de 1973. Esta influencia aumentó sobre todo en Oriente Medio después de la derrota Occidental en Angola en 1975, a través de sus gestiones para encontrar una solución al conflicto árabe-israelí, lo cual fue reconocido por Sadat al expulsar en 1972 a los veinte mil expertos soviéticos dando un giro de noventa grados en su política al dirigirse hacia Estados Unidos. En su discurso dijo que Estados Unidos posee más del 90 por 100 de los papeles en Oriente Medio, motivo por el cual dió este giro según él. Esto muestra que la U.R.S.S. de Leonidas Brezhnev ocupó un papel de segundo grado, pero sin echarse para atrás. Su golpe que asustó a todos, vino a realizarse a finales de la década, con la invasión de Afganistán a finales de diciembre de 1979.

A mediados de esta década la atención se centraba en tres Estados con grandes problemas internos por un lado, la revolución kurda del Irak seguía latente y sin solución. La cual gozaba del apoyo del Sha del Irán, como respuesta a la política del gobierno de Bagdad que apoyaba una tendencia separatista en el Irán (Juzistán). El motivo de estas políticas intervencionistas

en la política interna de cada uno en el otro, es el conflicto en torno al estuario de Shat al-Arab, rico en yacimientos petrolíferos. Pero este conflicto se llegó a solucionar gracias a la mediación del presidente argelino Bu Medien, y durante la conferencia del Tercer Mundo en Argel en 1975, firmaron el Sha y Sadam un acuerdo que puso fin a la tensión entre los dos Estados, comprometiéndose uno y otro a no apoyar movimientos separatistas en el otro lado.

Por el otro lado la revolución que llevaba a cabo el FNL (Frente Nacional de Liberación), en la parte meridional de la península arábiga, en Oman, desde 1968 y que era apoyada por el régimen marxista del Yemen de Sur amenazaba con extenderse por Oman y demás Estados del golfo, además sin extenderse el Sultanato de Oman, ocupa un sitio geográficamente estratégico ya que se encontraba a la entrada del golfo Pérsico, dominando conjuntamente con Iran la llave del golfo (el estrecho de Ormuz). Esta revolución fue al fin sofocada con ayuda iraní, británica y con tropas jordanas especiales en 1976, y con esto Occidente salvó el aprovisionamiento de crudos, principalmente para él y el Japón.

En el suroeste de la península arábiga, la situación interna en los dos Yemen, no daba indicios de estabilidad, pues, en el Yemen del Norte los golpes militares no dejaron de producirse a lo largo de la década de 1970, a menudo seguidos por asesinatos políticos y venganzas, ya que el Yemen está formado casi en su totalidad de tribus.

El Yemen del Sur, que cuenta con población bastante menos que el del Norte, y que es de dos millones aproximadamente, su población es musulmana y sólo el gobierno es marxista. Su gobierno se mantiene en el poder gracias a la práctica del terror, y dentro del partido comunista, las luchas entre fracciones rivales por el poder, son a la orden del día. Poco se sabe fuera del Yemen en torno a las reformas sociales o económi-

cas que su gobierno pretende llevar a cabo.

Los dos Yemen, han tenido en los últimos años varios enfrentamientos armados a lo largo de su frontera divisoria, por motivos de reivindicaciones territoriales.

El Estado que más estabilidad política vivió durante la pasada década es probablemente Jordania. Pues, el régimen del rey Hussein parece afianzarse ya que no se enfrentó a problemas serios en estos últimos años. Sin embargo el peligro que le amenaza, que viene del exterior y parece ser en primer lugar del clima revolucionario que invade la zona procedente de Irán a raíz de la revolución islámica. No sólo el rey Hussein está amenazado, sino la mayoría de los regímenes árabes del Mashrek y del Magreb. Estas preocupaciones se han aumentado de manera alarmante sobre todo después de la guerra del golfo.

Otro foco de tensión en la región, a mediados de la década de 1970 fue la guerra civil del Líbano. Hoy día viven en el pequeño Estado del Líbano, unos tres millones de habitantes entre musulmanes, shíites y sunnites, cristianos ortodoxos, griegos y armenios y otras comunidades religiosas menores. Rige en el Líbano un equilibrio político difícil, pero dentro de este sistema hay una lucha por el poder desde hace más de un siglo, pero que esa lucha se acentuó después de la independencia, el 22 de noviembre de 1943, como se ha visto durante la crisis de 1958 (125).

Hasta el estallido de la guerra civil -1975 a 1982-, el Líbano había sido uno de los países más libres del Oriente Medio. Emigrantes de los países árabes más diversos y exiliados de todos los colores políticos, encontraban en Beirut un refugio y un foro para intercambio de sus ideas y hasta sus actividades políticas dirigidas hacia sus países de origen desde el Líbano, es decir, era el pulmón en la zona. Beirut era el centro financiero del Oriente Medio y un brillante crisol de la vida y la cultura orien-

tal occidental.

La guerra de junio de 1967 supuso un impulso no sólo para los palestinos, sino también para la izquierda libanesa. La llegada de los palestinos al Líbano en 1970, después de ser expulsada la guerrilla de Jordania a raíz de "septiembre negro", rompió el equilibrio en el Líbano. Al ser los palestinos musulmanes en su mayoría, aumentó el poderío de la izquierda musulmana. Los palestinos pasaron a operar principalmente desde territorio libanés, contra Israel. Esto a su vez, ocasionó "represalias" israelíes contra el Líbano. El proceso de transformación social que acompañó a estos acontecimientos provocó en el sistema una crisis cada vez más honda. Los cristianos y sobre todo los maronitas, que habían perdido ya su poder primitivo, se negaron rotundamente a admitir las nuevas relaciones.

El ataque de la falange libanesa a un autobús palestino en abril de 1975 desencadenó finalmente la guerra civil. La crisis del Líbano se convirtió en un conflicto internacional, cuando las fuerzas de la izquierda libanesa y los palestinos estaban a punto de barrer a las fuerzas derechistas cristianas, vino la intervención militar siria. La intervención siria que encontraba resistencia por parte de Israel, se consiguió gracias a la mediación del rey Hussein de Jordania a cerca de la Casa Blanca que al fin dio la luz verde para que Hafez al-Asad intervenga en el Líbano, la cual fue llevada a cabo el 1 de junio de 1976, y que poco más tarde otras fuerzas árabes "Fuerzas de disuasión" se incorporan a las fuerzas sirias. Los sirios al entrar en el Líbano lo primero que hicieron fue golpear a las fuerzas izquierdistas y palestinas, restituyendo así el equilibrio antiguo otra vez. La ocupación israelí del Sur del Líbano en 1978, vino a complicar más la situación interna de este pequeño país. Desde entonces Israel empezó a suministrar armamento y apoyo político a la falange de Bear el-Jumellel y la Alianza Nacional de Kamil Chamoun. La invasión del Líbano por Isra-

el el 6 de junio de 1982, y la ocupación de Beirut puso fin al poder palestino en el Líbano, al tener la OLP que abandonar Beirut, último baluarte palestino.

A pesar de la mediación norteamericana que consiguió la salida de los guerrilleros palestinos de Beirut, en septiembre de 1982 y poner fin a la guerra civil eligiendo nuevo gobierno el mismo mes, seguían ocupando los sirios y palestinos el Este y el Norte del país, mientras el centro y el Sur, lo seguía ocupando Israel.

En Egipto, la visita de Sadat a Jerusalen el 19 de noviembre de 1977, y que dió lugar posteriormente a la firma de los acuerdos de Camp David, en los Estados Unidos, entre Egipto e Israel, el 17 de septiembre de 1978, provocó una protesta general no sólo dentro de Egipto sino en el mundo Árabe en general.

Dentro del país, la oposición más radical provenía de los hermanos musulmanes que Sadat persigue y consigue encarcelar a sus jefes, en septiembre de 1981, pero esta operación le costó la vida el 6 de octubre de 1981, a manos de jóvenes musulmanes, mientras conmemoraba el octavo aniversario de la guerra árabe-israelí de 1973, fue asesinado mientras contemplaba el desfile militar en el Cairo.

En Siria, a pesar de que no hubo cambio en la dirección a lo largo de toda la década y que es una cosa fuera de lo normal en este país. A pesar de ello, Siria sufre de una desestabilidad interna al monopolizarse los nuseiries, que no llegan al 10 por 100 del total de la población, todo el aparato estatal, civil y militar. Al no poder tener acceso al poder las demás comunidades, surgió allí un sentimiento de odio hacia Hafez Asad y su régimen.

La oposición al gobierno de Damasco viene de la comunidad musulmana más grande, la sunni, aproximadamente el 75 por 100, y que está personifi

cada por los hermanos musulmanes. Desde principios de esta década Asad tuvo que enfrentarse a las operaciones de golpe de mano y asesinatos contra políticos en casi todas las ciudades sirias. Algunas veces esta oposición ha llegado a tomar la forma de insurrección armada durante los últimos años, la más grande y peligrosa fue la de febrero de 1982, en Alepo, Jisr al-Shugur, Tadmor, y sobre todo Hamah. Esta protesta popular fue reprimida brutalmente por Asad.

En el Irak, la rivalidad entre las fracciones del partido Baas, no dejó de existir desde que el Baas asaltó el poder en este país en 1968, con una serie de persecuciones y asesinatos políticos, como el famoso asesinato del basista iraquí Hardan al-Takriti, en Kuwait. Al final la lucha intestina por la dirección del país dentro del único partido del poder, el al-Baas, trajo el cambio del presidente moderado Ahmad Hasan al-Bakr por el impulsivo Saddam Husein el 19 de julio de 1979. Es muy probable que este cambio en la dirección lo haya precipitado la caída del Sha de Irán. Con la pérdida del Sha -el gendarme más grande de E.E.U.U. en la zona del golfo- se produjo un vacío y Occidente para proteger sus intereses y salvar el suministro de petróleo del golfo Pérsico, necesitaba lógicamente un sustituto. La revolución islámica del Irán (1978-79), impuso un nuevo equilibrio de poder sobre todo en la zona del golfo Pérsico.

El mundo islámico en general está subyugado al dominio de los dos bloques, sobre todo el Occidental, representado por E.E.U.U. A la cabeza de este mundo viene el mundo árabe, ansioso de librarse e independizarse. Siendo el Islam el que le proporciona la base de las fuerzas morales y demás para librarse, vio en la revolución islámica del Irán un paso positivo hacia esa meta.

Por eso no es nada extraño ver que al poco tiempo el mundo árabe reaccionó favorablemente, con una serie de intentos para derrocar los

regímenes en algunos países árabes, como sucedió en Arabia Saudí cuando el asalto a la gran mezquita de la Meca en noviembre de 1979, en Egipto el intento de los hermanos musulmanes de 1981. El refuerzo del sentimiento islámico no se manifestó sólo en Arabia Saudí y Egipto, sino también en el Norte de Africa, y donde más se le teme es en el Irak vecino de Irán y con gran número de shíes alrededor de los Santos lugares existentes en Irak.

El hecho de que surja un estado islámico revolucionario, lo temen tanto el Este como el Oeste, ya que va a limitar bastante sus influencias en la zona, bajo el emblema islámico de "Ni Este ni Oeste".

A raíz de la revolución islámica del Irán, la mayoría de los regímenes árabes amenazados, se aliaron con las superpotencias con el fin de protegerles y desde entonces no dejaron de conspirar contra el nuevo régimen en Teherán.

Sólo teniendo en cuenta estos datos se pueden entender entonces, los dos golpes preventivos en la zona del golfo: la ocupación de Afganistán por la U.R.S.S. en diciembre de 1979, por temor a que los vientos islámicos invaden los musulmanes dentro de la U.R.S.S.; y la guerra que declaró Sadam al Irán por instigación de los E.E.U.U., el 22 de septiembre de 1980, y que afecta a toda la zona del golfo, además con resultados todavía imprevisibles. (mapa XXII).

C- Turquía

Turquía a partir de la primera guerra mundial cambió su sistema político, del califato otomano por el republicano. Se quedó la República reducida territorialmente, reducida a su núcleo de origen, la Anatolia y pequeña parte de Europa. Se encerró en sí misma aislándose del mundo islámico y centrándose en sus asuntos y reformas internos, dirigiéndose hacia Europa.

Los años de la república turca supusieron un esfuerzo en orden a eliminar las divisiones sociales que quedaban, heredadas del pasado, y para organizar a Turquía como una sociedad homogénea, democrática y moderna. Esta transformación de la sociedad, tal como lo pensaba su dictador Kemal Atatürk, estuvo basada en seis principios ideológicos escritos en la constitución, tres principios de acción: nacionalismo, laicismo y modernización, (todo ello heredado del período de los jóvenes turcos), y tres principios de organización: republicanismo, populismo, estadismo.

Al igual que el resto de los países de Oriente Medio, el nacionalismo siguió siendo en Turquía un factor decisivo durante el desarrollo de la vida política en Turquía, hasta nuestros días. Pero el nacionalismo turco no hizo ningún intento de persecución o turquización de los grupos no turcos que quedaban de los cuales los más numerosos son los armenios, los kurdos, luego una minoría de griegos y otra pequeña de judíos "los Dunma". Tales poblaciones son aceptadas como ciudadanos turcos y se les concede total igualdad y tolerancia siempre que se mantengan leales a la República.

La sexta ideología de la República turca ha sido el estadismo, o la directa participación del Estado en la economía del país, incluyendo la situación del capitalismo de Estado por la empresa privada en muchos sectores de la economía y la imposición de los planes y control del Estado en todos los sectores.

Aunque la empresa privada ha conseguido una posición creciente en la economía total, en particular a raíz de la victoria de su principal defensor, el Partido Democrático, en 1950, la planificación y el control general del Estado siguen dominantes, y la creciente fuerte política de varios grupos socialistas, desde 1960, hace suponer que esta suerte de autoridad estatal aumenta en los años venideros.

El fin principal del estadismo ha sido la rápida industrialización. Sin embargo, el avance de la industria bajo la República, aunque considerable, ha sufrido serios contratiempos debido a planes inadecuados, a la poca eficiente dirección industrial, a la falta de capital, resultante de la incapacidad demostrada en la utilización de mercados extranjeros y a la falta de mano de obra especializada. Pero desde 1950 se ha avanzado rapidamente en la superación de estas dificultades que la industria turca hoy tiene unas bases más sólidas que antes de la Segunda Guerra Mundial.

La situación de la agricultura ha sido diferente. Ha tenido mejor suerte al consagrar esfuerzos para modernizar la agricultura en sí, sobre todo a causa de la implantación del sistema de dos partidos y, más recientemente, a partir de 1960, de varios partidos, al verse obligados a competir para conseguir el apoyo de los campesinos se han hecho mayores esfuerzos en esa dirección.

Con la rápida emancipación de los campesinos, claro está que todos los partidos, independientemente de su ideología, tendrán que dedicar gran parte de su atención al campesinado, ya que un 70 por 100 de la población es agrícola.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los que abogaban por la libre iniciativa y por un sistema político más democrático se les permitió establecer el partido Democrático bajo la dirección del ex primer ministro Yelal Bayar, el distinguido historiador turco Fuad Köprülü y un líder parlamentario entonces en ascenso, llamado Adnan Menderis.

El Partido Popular Republicano, sin embargo, resistió largo tiempo las presiones para realizar unas elecciones verdaderamente libres y abandonar su monopolio del poder. Pero el sistema electoral fue reformado gradualmente, se liberalizaron los derechos civiles y el poder de la policía disminuyó considerablemente. Aumentaron las presiones democráti-

cas como resultado de la considerable asistencia militar y económica que proporcionaban a Turquía los E.E.U.U. de América, según la doctrina de Truman (enunciada el 12 de marzo de 1947), que de un modo efectivo impidió a la Unión Soviética conseguir sus objetivos de alcanzar concesiones territoriales y de revisar el tratado de los Estrechos en su favor. Por último, en las elecciones generales que se celebraron el 24 de marzo de 1950, el Partido Democrático obtuvo una mayoría decisiva en la asamblea, y Yelal Bayar fue nombrado presidente con Adnan Menderis como primer ministro, y el Partido Popular Republicano en la oposición, por primera vez.

Pero, aunque los demócratas habían llegado al poder, al menos parcialmente se han mantenido en el poder durante diez años, como reacción a la inflexibilidad del sistema de un sólo partido, las dificultades económicas resultantes de una expansión demasiado rápida y poco planificada, y la tensión política resultante de las tirantes relaciones con Grecia sobre el asunto de Chipre llevaron al gobierno a adoptar medidas cada vez más represivas, que le hicieron perder gran parte del apoyo de los grupos urbanos y de los intelectuales. Por último, el 27 de mayo de 1960, un levantamiento militar derrocó el régimen y destituyó al primer ministro Menderis que fue ejecutado el 12 de septiembre de 1961, acusado de violar la Constitución turca.

El Partido Democrático fue abolido y se proclamó una nueva Constitución, después de la cual los militares restituyeron el poder a la administración civil. El general Kemal Gürsel fue elegido presidente por el Parlamento y se estableció un gobierno de coalición, en el cual predominaban el Partido Popular Republicano y el Partido de la Justicia. Ismet İnönü siguió siendo el primer ministro hasta poco antes de las elecciones de 1965, en que el Partido de la Justicia consiguió una victoria arrolladora,

ayudado por los votos de los antiguos miembros del Partido Democrático. En contraste con la política de centro-izquierda de İnönü, el jefe del Partido de la Justicia, el primer ministro Süleyman Demirel, ha tendido hacia un acercamiento a Occidente y ha favorecido la libre iniciativa. Siguiendo los principios de la revolución de 1960 y manteniendo buenas relaciones con el ejército, el Partido de la Justicia ha sido capaz de continuar el desarrollo de las instituciones democráticas y satisfacer a la mayoría del pueblo turco, como han indicado las elecciones de 1969, que le mantienen en el poder.

A pesar de que Turquía es un estado multinacional, en el que viven varias minorías nacionales, la convivencia discurre con normalidad. Pero existen dos cuestiones latentes sin solución y que aparecen de cuando en cuando. En primer lugar, la cuestión kurda que a pesar de tener en Turquía menos resonancia que en sus dos vecinos Irak e Irán, los kurdos nunca han olvidado su distinción racial, su idioma y su folklore y a pesar de tener con los turcos cosas comunes como la cultura y la tradición por ser unos y otros musulmanes, sin embargo siempre y desde principios del siglo XX anhelan a la independencia de todos los kurdos que están repartidos entre Turquía, Irak, Irán, Unión Soviética y Siria. Pero que en Turquía debido a un buen margen de tolerancia por el gobierno de Ankara, este conflicto no pasó de ser sino a nivel de reivindicaciones pacíficas cuando se les presenta la ocasión en donde se acumulan (en el suroeste de Anatolia), en contraste a lo que ocurrió con los kurdos que tuvieron que recurrir a la insurrección armada tanto en el Irak a lo largo de 1960 y últimamente en el Irán por la omisión de sus derechos en estos últimos dos Estados a la autonomía local.

La otra crisis crónica dentro de Turquía y que arranca desde finales del siglo XIX, es el problema de los armenios. Los armenios y kurdos

carecen de un Estado nuclear propio. Los armenios que viven dentro del marco de la Unión Soviética cuentan al menos con una República soviética autónoma. Mientras que los armenios pueden mostrar en su pasado sucesivos periodos de independencia, los kurdos descendientes del antiguo pueblo de los hurritas, en el Oriente Medio, han carecido de Estado propio desde la caída del reino Mitani (hacia 1500 a.C.) y han sido siempre súbditos de los grandes reinos del Oriente Medio o, como en la Edad Moderna han estado repartidos entre varios Estados.

Al contrario de los kurdos, los armenios recurrieron a la resistencia violenta para reforzar sus reclamaciones autonomistas, llevando a cabo una serie de actos terroristas asesinando a funcionarios turcos. Esa tendencia violenta aumentó en los últimos diez años sus golpes terroristas contra los diplomáticos turcos y contra las instalaciones comerciales turcas en Europa occidental y Estados Unidos, tomando a la ciudad de Beirut como sede de su clandestina organización.

A todos estos conflictos internos se agrega la rivalidad entre las dos tendencias políticas de derecha y de izquierda, que a veces recurren a actos terroristas en las diferentes ciudades turcas, y por otro lado el movimiento islámico que cobra fuerza en los últimos años, agregó un nuevo factor dentro del equilibrio de fuerzas. Lo que posiblemente provocó entre otras cosas, el último golpe de estado del 15 de septiembre de 1980 que eliminó a Bolent Echevid y trajo otra vez al poder a los militares, y con la nueva Constitución de 1982, subió el general Kanan como presidente de Turquía en noviembre del mismo año. Lo más probable es que la CIA no estaba exenta de tener allí su intervención en el caso.

Los conflictos internos de los que sufre Turquía, vienen a ser la mayoría de ellos como producto de su situación geopolítica, que siempre ha sido tentativa para las ambiciones colonialistas de las potencias eu-

ropeas durante el siglo XIX y principios del XX y de las superpotencias: la U.R.S.S. a partir de la primera guerra mundial y los Estados Unidos a partir de la segunda guerra mundial.

Al acabarse la segunda guerra mundial a pesar de su neutralidad en ella, Turquía fue un país afectado como otros por la guerra fría entre el Este y Oeste.

La U.R.S.S. a pesar de su fracaso en aislar al Irán y en controlar los Estrechos, siguió ejerciendo gestiones en provecho propio. Pero la diplomacia norteamericana de la postguerra que se esforzó por extender su hegemonía en el Oriente Medio, en un intento de heredar a Gran Bretaña y cercar a la U.R.S.S. con una barrera sólida reforzando los Estados de Turquía, Irán y Paquistán, con el fin de impedir la llegada soviética al Oriente Medio y su petróleo.

En ese contexto zonal, Turquía, a causa de su posición geográfica en los confines de la U.R.S.S. y los países árabes, podía desempeñar un papel muy importante en los planes estratégicos puesto que el acuerdo de Montreux le había concedido el control del Bósforo y los Dardanelos.

Turquía se alineó después de la segunda guerra mundial con el bloque Occidental, primero gracias a las ayudas financieras que les ofrecían los Estados Unidos de América, segundo es por estar Turquía necesitada de la tecnología occidental para desarrollarse mejorando sus programas de industria, otro motivo por el que Turquía se inclinó hacia el Oeste, es su temor de las ambiciones de Rusia soviética en los Estrechos.

Occidente no solamente consiguió el ingreso de Turquía en la "Alianza del Atlántico Norte" en 1951 al igual que Grecia, sino hizo que Turquía formase parte en 1955 del Pacto de Bagdad (alianza entre Inglaterra, Irak, Irán, Turquía y Paquistán) respaldado por Estados Unidos con el fin de oponerse a la corriente neutralista y anticolonialista que prevalecía en la

región. Después de que el Irak de Kassem se retiró de esta alianza, se le empezó a llamar "Alianza Central", que perdió su efecto cuando Irán decidió abandonarlo después de la revolución islámica de 1979.

Unos de los problemas que más le preocupa hoy día a Turquía, en su política exterior, es su conflicto con Grecia por un lado en cuanto a la delimitación de las aguas del Egeo y por el otro, en torno a la geoestratégica isla de Chipre que provocó la crisis turco-griega en 1974. El conflicto entre los dos Estados se libra sobre una zona fuera de los dos Estados implicados, por pretensiones territoriales en la isla independiente desde 1959. Pero que su población está compuesta de dos comunidades, griega y turca, disputando las dos, la soberanía de la isla.

El conflicto de Chipre surgió como conflicto nacional interno, pero provocó en seguida la confrontación entre Grecia y Turquía, hasta llegar al borde de un conflicto internacional con consecuencias paralizantes para la OTAN en Europa sudoriental. Por dos veces intervino Turquía como potencia protectora de los turcochipriotas (1963-64, 1974), la última de ellas con una violenta acción militar y estando las dos veces a punto de entrar en guerra con Grecia. Y Chipre desde la intervención turca de 1974 se dividió de hecho en dos mini-Estados: Chipre griego y Chipre turco.

Otro conflicto exterior latente de momento lo tiene Turquía con Siria, por seguir Turquía ocupando la provincia siria de Iskenderun desde 1937, el cual lo reclama Siria siempre que haya ocasión oportuna (126).

Entre los tres Estados de la "Alianza Central", (Turquía, Irán y Pakistan), Turquía era la más cuidadosa en sus relaciones con Occidente. A pesar de que Occidente no vió con agrado la invasión turca de Chipre en 1974, y estaba más bien del lado de Grecia, Turquía sin embargo sigue formando parte de la OTAN. Pero a pesar de ser piedra angular en la defensa Occidental del Mediterráneo oriental frente al bloque comunista, en los

últimos años y sobre todo como reacción a la pasividad de E.E.U.U. en la crisis de Chipre, Turquía estableció buenas relaciones con la U.R.S.S. que dió a Turquía respaldo en su conflicto con Grecia en torno a Chipre.

A pesar de la mediación norteamericana del secretario de Estado Henry Kissinger a mediados de la década de 1970 para arreglar el conflicto a través de las negociaciones, la diplomacia de Kissinger fracasó y las relaciones entre Turquía y Grecia siguen siendo en la actualidad más que tensas y que pueden desembocar en conflicto abierto en cualquier momento, sea alrededor de Chipre o alrededor de los islotes del mar Egeo.

D- Irán

El período postbélico para el Irán se caracterizó por la intensificación del conflicto político con implicaciones internacionales. Las fuerzas rusas de ocupación fomentaron el desarrollo de los autonomismos locales y de las fuerzas radicales.

A mediados de 1945, el poderoso Partido Comunista "Tudeh" del Azerbaiyán se disolvió y fue creado un partido más amplio, el Partido Democrático, bajo la dirección de Yafar Pishavari. Con la protección de las tropas soviéticas, los demócratas se apoderaron de las principales posiciones militares del Azerbaiyán. Después en la asamblea provincial elegida en noviembre de 1945, los demócratas obtuvieron mayoría y el nuevo gobierno declaró la autonomía de la provincia. En el Kurdistan iraní, también ocupado por las tropas soviéticas, se estableció una República Kurda autónoma. La presencia de las tropas soviéticas en estas dos provincias impidió que el gobierno reprimiera ambos movimientos. Las tropas soviéticas siguieron en el Irán después de la fecha que previamente se había especificado y, a instancia de los Estados Unidos, el Irán apeló a la O.N.U.

La cuestión se arregló con una negociación privada entre el primer ministro iraní, el astuto Qavam al-Saltaneh y los soviéticos, en la cual estos fijaron una fecha para retirar las tropas y el Qavam prometió una concesión petrolífera y un compromiso pacífico con el Azerbaiyan. Pero tras anunciar que las elecciones nacionales se celebrarían bajo la tutela del ejército nacional, el gobierno central envió tropas hacia el norte del país en noviembre de 1946 para aplastar los movimientos autonomistas del Azerbaiyan y del kurdistan. La represión fue sangrienta y las reformas autonomistas fueron suprimidas.

El maylis rechazó entonces la concesión de petróleo a los soviéticos que había sido propuesta. La influencia de los Estados Unidos fue en parte responsable de este y otros movimientos antisoviéticos, influencia que aumentó cuando crecieron las misiones de expertos americanos en el ejército y en la policía y con el desarrollo de la ayuda militar.

El miedo del Irán oficial a las prisiones soviéticas le llevó a estrechar sus relaciones con los Estados Unidos en los últimos años de la década de 1940-1950.

Así pues, la competencia sobre el Irán entre Inglaterra y Rusia, pasó después de la segunda guerra mundial a ser entre Rusia y Estados Unidos, que llegó al Oriente Medio como nuevo competidor, heredando a Gran Bretaña, que su poderío se encontraba en decadencia.

Las elecciones de 1950 se centraron en el asunto del petróleo, y una coalición nacionalista, el Frente Nacional, dirigido por Muhammad Musaddaq, obtuvo una amplia mayoría. Y el sentimiento popular en la cuestión del petróleo era tan fuerte que la mayoría del Maylis siguió a Musaddaq y, como él había propuesto, la compañía de petróleo fue nacionalizada en marzo de 1951.

El Partido Tudeh, aunque fuera de la ley después de intentos de ase

sinar al Sha en 1949, recuperó fuerza a partir de este momento.

Las principales compañías petrolíferas mundiales, respaldadas por los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos, instituyeron un boicot internacional efectivo del petróleo iraní, de modo que clientes en potencia, como Italia y Japón, fueron invitados a desistir. Musaddaq, que era nombrado primer ministro en este momento, se encontró con la pérdida total del producto del petróleo y con la negativa de Estados Unidos en cuanto a la concesión de un empréstito o ayuda hasta que la cuestión del petróleo estuviera resuelta.

Musaddaq, era tan popular en el Irán que el Sha no se atrevió a deponerle; por otra parte, Musaddaq nunca consiguió, a pesar de sus esfuerzos, hacerse con el mando de las fuerzas armadas iraníes. En agosto de 1953, después de una crisis en la que el Sha abandonó el país, las fuerzas armadas, a instancia de la CIA, y adiestrados por los americanos, dirigieron un movimiento que consiguieron destituir y arrestar a Musaddaq, y hacer volver al Sha, ahora con autoridad plena, con el general Zahidi como primer ministro. En los años siguientes a la caída de Musaddaq, el Tudeh y el Frente Nacional quedaron suprimidos, muchos de sus miembros fueron torturados y en carcelados y otros marcharon al exilio.

Inmediatamente después del golpe de estado, los Estados Unidos ofrecieron una ayuda de emergencia de 45 millones de dólares, y la ayuda americana, el apoyo militar y los empréstitos continuaron siendo elementos importantes para el gobierno del Sha.

El Frente Nacional, y el Tudeh quedaron suprimidos, y en agosto de 1954, fue firmado un acuerdo sobre el petróleo en el que se mantenía la teoría de la nacionalización pero que, en la práctica, ponía el control de la zona petrolífera en manos de un consorcio del cual la AIOC tenía un 40 por ciento de las acciones, las compañías americanas otro 40 por ciento, y

una compañía francesa y la Royal Dutch Shell el 20 por 100 restante.

Si bien la libertad política fue sofocada, el gobierno supo aprovechar ventajosamente la relativa prosperidad económica producida sobre todo por el crecimiento de la producción y rentas del petróleo. Aunque la planificación económica era más un mito que una realidad, las inversiones, privadas y gubernamentales, favorecieron la industrialización y la red de transportes.

Los años siguientes a 1960 presenciaron también las primeras reformas social y agraria de Mohammad Riza Sha y su primer ministro Ali Ammini, pero en 1963 estallaron serios desórdenes antigubernamentales en Teherán, en Shiraz y en otros lugares. Aunque el gobierno culpó a los ulama y a los opositores de la reforma, dichos desórdenes también representaban el sentimiento popular contra lo que se consideraba como tiranía. Los motines fueron sofocados por el ejército, pero ha habido en los últimos años movimientos más restringidos, sobre todo entre los estudiantes universitarios, que la prensa mundial ha silenciado.

Aún más, el gobierno tenía que enfrentarse con el descontento de quienes deseaban reformas más radicales, libertad de prensa y de vida política, igualdad de oportunidades y verse libres de la omnipresente policía secreta "el Savak", asistida por expertos de la CIA y "el Mosad" israelí. La reforma y el rápido desarrollo económico no han acallado las exigencias para una mejora política y social, especialmente de los estudiantes, dentro y fuera del país.

A pesar de que el Sha mantenía buenas relaciones con su vecino, la U.R.S.S., se había aliado totalmente al bloque Occidental, en particular, se entregó a los Estados Unidos, al que debe su regreso al Irán en 1958 después de su destierro en Roma, a raíz de la fuerte oposición dentro del país que le obligó a salir.

La asistencia tecnológica de Estados Unidos y la ayuda militar convirtió al país en una base militar avanzada de los Estados Unidos en la frontera de la U.R.S.S. A ello se agregan los planes de modernización e industrialización del país, sin tener en cuenta la mejora del nivel social y educativo. Y los enormes gastos destinados a satisfacer los vastos programas de compras de armamento para hacer del Irán la décima potencia del mundo.

Todo ello aumentó el descontento popular y el odio hacia Occidente y por tanto precipitó la revolución islámica que tomó el poder en febrero de 1979. La revolución en Irán, fue el resultado de un largo y doloroso proceso de explotación del país por parte de los imperialistas.

La revolución islámica del Irán hay que entenderla como el fruto de un largo sufrimiento, y como un intento de librarse de la influencia tanto del Este como del Oeste, al igual política que económicamente.

En el frente exterior, el gobierno revolucionario desde el principio se mostró partidario de ejercer una política independiente en sus relaciones internacionales adoptando el lema de "ni Este ni Oeste".

Se mostró enemigo de los regímenes racistas e ilícitos, producto del imperialismo occidental como en los casos de Israel y Sudáfrica, rompiendo, no más tomar el poder, sus relaciones diplomáticas con los dos. A la vez dió su respaldo a los movimientos de liberación en el mundo, sobre todo, en el mundo islámico como en los casos de la OLP, el Frente Polisario y el Frente Moro en Filipinas.

Su enemigo principal siguen siendo los Estados Unidos, por considerarlo enemigo del pueblo iraní y de los demás pueblos oprimidos del Tercer Mundo.

En su política interna, su objetivo principal, es aplicar las leyes islámicas "al-Sharia" en todos los campos.

En su política exterior, pretende ser no alineado. El Islam le ha proporcionado una filosofía político-económica, ni capitalista explotador ni comunista esclavizador. Lo que podría servirle de cimientos para un sistema independiente y que ultimamente se le viene llamando "Tercera Vía". Pero queda por ver si el régimen revolucionario iraní podría en el futuro conseguir esta meta, a pesar de los enormes obstáculos y dificultades que le proporcionan sus muchos enemigos con el fin de paralizar sus planes interiores como los exteriores.

Desde el principio el régimen iraní renunció a su misión como gendarme en la zona del golfo, en favor de los Estados Unidos, desmantelando los aparatos ultramodernos de espionaje contra la U.R.S.S. en su territorio, abogó por una política exterior independista y en tercer lugar, mostró deseos por exportar la revolución. Todo eso, fue motivo de crear una nueva situación con un nuevo equilibrio de fuerzas no sólo en la zona del golfo sino en el Oriente Medio entero.

Esta nueva situación que amenazaba los intereses de las dos superpotencias y los regímenes árabes, hizo que esos regímenes se aliasen con las dos superpotencias para contrarrestar las aspiraciones del Irán, creándole problemas en su interior instando a las minorías (kurdos, beluches, azarbaiyaníes y árabes), a separarse para desmembrar al país.

Y en el campo exterior limitaron su papel de acción, entreteniéndole en la guerra con el Irak, que a instancias de Occidente invadió el territorio iraní el 22 de septiembre de 1980.

Esta guerra que desestabilizó la región, amenazando toda la zona del Golfo, sigue sin solución y sus resultados aún no se pueden preveer y que serán incalculables no sólo para la zona de Oriente Medio, sino para el mundo entero.

5- El problema palestino y el conflicto en torno a Palestina.

El Estado de Israel se proclamó el 15 de Mayo de 1948. En esta fecha se suele situar el comienzo del conflicto del Oriente Medio. También es habitual que la opinión pública hable de una lucha que dura ya más de treinta y cuatro años y pretende entender los acontecimientos del Oriente Medio por la cronología de las guerras entre los Estados Arabes e Israel de 1948/49, 1956, 1967 y 1973.

Pero esta forma de valorar la cuestión, que parte del acto de creación del Estado de Israel, lleva a entender el conflicto árabe-israelí como si se tratase de un conflicto entre Estados nacionales, entre adversarios iguales, el cual podría solucionarse mediante un compromiso territorial o incluso mediante el elemento remediador del tiempo. Esta esperanza, lo mismo que la analogía de la rivalidad entre Estados nacionales, oculta necesariamente el carácter especial de las disputas entre árabes y judíos en torno a Palestina durante el protectorado británico de la misma, disputas que datan de antes de la creación del Estado artificial judío en mayo de 1948.

Este hecho no supuso realmente más que un cambio de forma y prolongación del conflicto cuyas condiciones se fijaron ya antes de la fundación del Estado y cuyas repercusiones se dejarán sentir más allá del presente.

(127)

El conflicto entre los Estados árabes e Israel no es, sino el resultado del problema de Palestina (la usurpación de esta tierra y la expulsión de la mayoría de su población árabe por los sionistas, para fundar el Estado de Israel). El conflicto árabe-israelí es inseparable de la cuestión de Palestina, siendo el principal y único provocador del estallido de las hasta ahora cuatro guerras. Así pues, para un conocimiento completo se

hace necesario arrancar desde el principio del conflicto, el problema palestino. (mapa XXIII).

A- El problema palestino.

El problema palestino ha surgido del colmo de la ambición de los judíos sionistas por crear un estado judío en Palestina, a costa de la forzosa expulsión de sus primeros habitantes y de la usurpación de sus tierras ancestrales.

En primer lugar, debe quedar en claro que el problema palestino no entraña un conflicto entre los árabes, ya sean musulmanes o cristianos, y el judaísmo, pues los árabes y los judíos han vivido en paz y armonía durante muchos siglos, gracias a la tolerancia islámica. El conflicto se ha lla establecido entre los árabes y el sionismo, el cual partiendo de un concepto humanitario, buscando un lugar de refugio para el perseguido pue blo judío, se ha ido desarrollando dentro de un movimiento de carácter ra cista, nacionalista e imperialista.

El proyecto de crear un estado judío, se suscitó a finales del siglo XIX con la idea de encontrar un lugar para los judíos de Europa que por tanto tiempo habían sido víctimas de la discriminación y persecución.

En un panfleto titulado Der Judenstaat (El Estado Judío), publicado en 1896, Theodor Herzl, un periodista austriaco, desarrolló el tema e hi zo la sugerencia de Palestina o Argentina como posibles lugares para el es tado propuesto.

Herzl, convocó el Primer Congreso Sionista en Basilea en 1897. En el Congreso no se expuso la idea de Herzl sobre la creación de un esta- do judío, pero sí, se recomendó la creación en Palestina de "un hogar" pa

ra el pueblo judío que estuviese protegido por el derecho internacional. El Congreso también recomendó la colonización de Palestina a cargo de trabajadores judíos y el fomentar el sentimiento y la conciencia nacional judía.

Herzel, intentó interesar al Sultán otomano en la colonización judía en Palestina, pero no obtuvo resultados positivos. Murió en 1904 y el plan sionista permaneció en letargo durante algún tiempo, hasta que los sionistas durante la Primera Guerra Mundial vieron la oportunidad de conseguir un apoyo para su programa.

Fue el gobierno británico quien elaboró una declaración de simpatía hacia las aspiraciones judías. Esta declaración fue formulada en una carta con fecha del 2 de noviembre de 1917 por Arthur James Balfour, entonces Ministro de Asuntos Exteriores británico, y dirigido a Lord L.W. Rothschild. (128)

El número de judíos que por entonces vivían en Palestina no excedía de 56.000, lo que representaba un 8 por ciento de la población, mientras que los no judíos, musulmanes y cristianos, hacían una cifra aproximada de 644.000, es decir, un 92 por ciento de la población.

Es importante señalar que el plan sionista de un hogar nacional judío en Palestina fue rechazado por los judíos de Palestina. Ronald Storrs, el primer gobernador británico de Jerusalén manifiesta: "Los devotos judíos de Jerusalén y Hebrón, y los sefardíes eran absolutamente contrarios a una política sionista ..." (129) La oposición de los judíos palestinos respecto a la creación de un hogar nacional judío en Palestina, demuestra que este era un concepto extraño, extrínseco a Palestina, y también algo ajeno a la comunidad judía que allí vivía.

La Declaración Balfour ha sido descrita como un documento en el que "una nación prometió solemnemente a una segunda nación, el país de una ter

cera ..." (130) La declaración no tiene ningún valor legal en ningún momento, pues ni antes ni después el gobierno británico poseía cualquier tipo de soberanía o dominación en Palestina que le diese poder para reconocer cualquier tipo de derechos en favor de los judíos en aquel país.

Dicha declaración fue elaborada sin tener para nada en cuenta los derechos y los deseos de los habitantes de Palestina. Esto es algo que está confirmado por el propio Arthur James Balfour, el cual escribió el 11 de agosto de 1919 lo siguiente: "En Palestina, ni siquiera nos proponemos ir a través de una forma de consultar los deseos de los actuales habitantes del país... Los cuatro grandes Poderes están conferidos al Sionismo, sea correcto o erróneo, bueno o malo, está enraizado en antiguas tradiciones, en las presentes necesidades, en futuras esperanzas, de una importancia mucho más profunda que los deseos y los prejuicios de los 700.000 árabes que en este momento habitan esa vetusta tierra " (131).

La Declaración Balfour también chocó con diversas manifestaciones y compromisos hechos por el gobierno británico a los árabes, respecto a su independencia de Turquía, tan pronto como terminase la guerra. (132)

La demanda sionista de un derecho histórico.

Cuando fue elegida Palestina como lugar para el hogar nacional judío, el sionismo inventó el concepto de un "derecho histórico" sobre Palestina. Dicho concepto no tiene fundamento ni en la ley, ni en la realidad misma, puesto que Palestina es la patria de los palestinos, quienes como descendientes de los filisteos, cananeos y otras tribus habitaron el país desde el principio de la historia hasta 1948, fecha en que la mayoría de ellos fueron expulsados por la fuerza, a manos de organizaciones terroristas judías. (133)

Por lo que respecta a la ocupación judía de Palestina, en la antigüedad, sólo se puede tener en cuenta como un episodio bíblico y no se puede elevar a la categoría de "derecho histórico", ya que muchos pueblos ocuparon y dirigieron el país durante siglos.

En realidad son los musulmanes y los cristianos quienes poseen un mayor derecho de cara a una ocupación, que cualquier otro pueblo, pues fueron ellos los que mantuvieron el país desde el año 323 hasta la ocupación británica en 1917-18.

La siguiente relación muestra los diferentes pueblos que ocuparon Jerusalén desde el año 1050 A. de C. hasta 1950 D. de C. (134).

Israelitas	Años
Reino de David a la caída de Jerusalén	
1050-586 A. de C.	464
 Babilonios	
Caída de Jerusalén a la caída de Babilonia	
586-538 A. de C.	50
 Persas	
Ciro a la conquista Macedonia de Persia	
538-332 A. de C.	206
 Griegos	
Conquista por Alejandro de Jerusalén a la emancipación de la ciudad por los macabeos	
332-166 A. de C.	166

Judfos	Años
Reinado Macabeo.	
166-63 A. de C.	93
Romanos Paganos	
Conquista romana de Jerusalem a la caída del paganismo.	
63 A. de C.-323 D. de C.	386
Romanos Cristianos.	
Desde Constantino a la conquista persa.	
323-614 D. de C.	291
Persas.	
Perfodo del dominio persa.	
614-628 D. de C.	14
Romanos.	
Reconquista de los bizantinos.	
628-637 D. de C.	11
Arabes.	
Conquista de los árabes musulmanes.	
637-1072 D. de C.	435
Turcos.	
Dominación de los turcos musulmanes.	
1072-1092 D. de C.	20

Arabes.	Años
Reconquista de los árabes.	
1092-1099 D. de C.	7
Cristianos.	
Reino de la Cruzada.	
1099-1187 D. de C.	88
Arabes.	
Reconquista de los árabes.	
1187-1229 D. de C.	42
Cristianos.	
Cesión de Jerusalem por un pacto a Federico II.	
1229-1239 D. de C.	10
Arabes.	
Reinstalación de la dominación árabe.	
1239-1514 D. de C.	278
Turcos Musulmanes.	
Jerusalem bajo los turcos otomanos.	
1517-1917 D. de C.	400
Cristianos.	
Conquista y mandato británico.	
1917-1947 D. de C.	30

Arabes e Israelíes.	Años
Captura de Jerusalem por israelíes y árabes.	
1947-1967 D. de C.	20

Israelíes.
Captura de Jerusalem por los israelíes desde 1967.

Los mandatos fueron transferidos por el Consejo de la Liga de Naciones a ciertos Estados para la administración de los territorios separados de Turquía y Alemania al final de la Primera Guerra Mundial.

El mandato sobre Palestina fue confiado al gobierno británico en 1922, e incluía una disposición que pudiese llevar a efecto la Declaración de Balfour. Esto fue realizado en contra de los expresos deseos de las gentes más directamente afectadas, los palestinos.

Sus deseos habían sido recogidos por la Comisión del Reino, pero las recomendaciones de ésta no fueron tenidas en cuenta. (135) El hecho de incluir esta disposición como elemento de fuerza de cara a la Declaración Balfour dió como resultado la negativa para los árabes palestinos del derecho de autogobierno durante el mandato.

En 1922, el Poder Mandatario intentó dar al país un aspecto de autonomía en la forma de un Consejo Legislativo, en parte elegido y en parte designado. Pero incluso esta modesta medida fue rechazada por la oposición sionista, pues consideraba inprocedente la institución de cualquier forma de autogobierno mientras los judíos siguiesen representando una minoría.

El mandato disponía que mientras se asegurase que "no serían perjudi

dados los derechos y la posición de otros sectores de la población", el Man datario podría facilitar la inmigración judía a Palestina. Esta disposición abrió las puertas de Palestina a la intromisión de los judíos. Entre 1923 y 1932, tan sólo 84.454 judíos emigraron a Palestina (136), pero después de 1933, como resultado de la opresión nazi, el número fue aumentando. En el plazo de veinticinco años, el número de judíos de Palestina aumentó de 56.000 en 1918 a 608.000 en 1946, en otras palabras, la relación de un doceavo a un tercio de la población total.

La inmigración judía alarmó a la población árabe. Los dirigentes sionistas se esforzaron en apaciguar los temores árabes asegurándole que no tenían ninguna intención de ejercer cualquier tipo de dominación sobre Palestina ni de establecer un estado judío. El Dr. Chaim Weizmann (quién más tarde llegaría a ser Presidente de Israel), se dirigió a los dirigentes árabes en 1918 en Jerusalén en la siguiente forma: "Dejad de prestar oídos ante traidoras insinuaciones de que los sionistas están tratando de conseguir poder político ..." (137).

En 1919 Sokolov, dirigente sionista e historiador, escribía: "Se ha dicho, y se sigue repitiendo de manera obstinada por los anti-sionistas una y otra vez que el sionismo aspira a la creación de un Estado judío independiente. Pero esto es puramente una total falacia, el mencionado "Estado judío", nunca formó parte del programa sionista" (138).

Norman Bentwich, judío sionista y ex ministro de Justicia de Palestina, manifestó que "un Estado de soberanía no es esencial para el ideal nacional judío" (139). En 1930 escribió: "La idea de una patria... Significa un territorio en el que un pueblo, sin llegar a obtener unos derechos políticos de soberanía tenga, a pesar de todo, una posición legal reconocida y la posibilidad de desarrollar sus ideas morales, sociales e intelectuales" (140).

Sin embargo, pese a estas "garantías", empezó a verse claro que la inmigración judía a Palestina estaba concertada, promocionada y financiada por organizaciones sionistas con un determinado objetivo político: la creación de un núcleo demográfico que hiciese posible la dominación de Palestina y el establecimiento de un estado judío.

Los primitivos habitantes de Palestina, musulmanes y cristianos, se opusieron a la afluencia de inmigración judía dentro de su país. Su repulsa se manifestó en forma de protestas, manifestaciones, motines y desórdenes públicos, y en 1936 estalló una rebelión armada que se inició con una huelga general en contra del gobierno mandatario, que perduró durante tres años y fue reprimida por los ingleses brutalmente.

La hostilidad árabe hacia la inmigración judía no fue debida a un problema de antisemitismo, ya que los dos pueblos son de origen semita. Los judíos habían vivido en paz y armonía con los árabes a lo largo de siglos, y las persecuciones sufridas por los judíos en el transcurso de su historia no fueron cometidas por los árabes. Sin embargo la hostilidad manifiesta de los árabes de Palestina ante la inmigración judía es algo del todo comprensible: tenían temor ante su propia existencia y su patria, tal como ha quedado demostrado por los hechos posteriores, sus temores estaban justificados.

Convencidos de que la continua inmigración judía en Palestina producía un serio perjuicio para "los derechos y la posición" de los árabes palestinos y de que ello era un deber a salvaguardar bajo el mandato, el gobierno británico hizo en 1939 un Libro Blanco en el que manifestaba su intención de limitar la inmigración judía a 75.000 personas durante los próximos cinco años y de garantizar a Palestina su total independencia al cabo de diez años. Después de este período de cinco años no se permitiría más inmigración judía, excepto en el caso de un consentimiento por parte de los

árabes (141). Pero los judíos sionistas combatieron este Libro Blanco con una campaña de violencia.(142)

El gobierno mandatario, no pudiendo permitir ya más inmigración judía en Palestina dados los deseos de la mayoría de sus habitantes, invadidos por las demandas sionistas de más y más inmigrantes, sujeto a la presión de los Estados Unidos por un incremento de inmigración judía, y acosado por la campaña de violencia sionista, recurrió en 1947 a las Naciones Unidas para la cuestión del futuro gobierno de Palestina.

El acuerdo de partición.

La cuestión del futuro gobierno de Palestina, fue la materia de debate en dos sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946. Una Comisión Especial elegida por la Asamblea General (UNSCOP), sugirió dos planes para el futuro de Palestina: un plan mayoritario y uno minoritario.

El primero proponía el cese del mandato, la partición del país, y la creación de un estado árabe, un estado judío, y un corpus separatum para la ciudad de Jerusalem, que estaría sometida a un régimen especial internacional administrado por las Naciones Unidas. Los estados árabe y judío estarían ligados por una mancomunidad económica.

El plan minoritario también entreveía la cesión del mandato, pero proponía el establecimiento de un estado federal consistente en un estado árabe y un estado judío con Jerusalem como capital de ambos.

Los árabes se opusieron a la propuesta de la partición de Palestina bajo la base de que ello era incomparable con la ley, la justicia y los principios de democracia. También pusieron en tela de juicio la competencia de las Naciones Unidas para recomendar la partición de Palestina. Sus diversas peticiones de que estos temas fuesen elevados al Consejo Internacio

nal de Justicia fueron denegadas.

Los sionistas movilizaron todas sus fuerzas para asegurarse el voto de las Naciones Unidas en favor de la partición. Consiguieron el apoyo del presidente Truman, el cual puso el peso del gobierno de los Estados Unidos en la balanza a favor de la partición. Como resultado, el 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General tomó la resolución por treinta y tres votos a favor y trece en contra con diez abstenciones, de la partición de Palestina sugerida básicamente en las líneas del informe mayoritario (143).

Bajo el punto de vista árabe, el acuerdo de partición era ilegal e inicuo. Era ilegal porque constituía un quebrantamiento de la soberanía de los primitivos habitantes, regalaba a inmigrantes extranjeros una gran parte del territorio del país, y negaba a los palestinos el ejercicio de su natural derecho de autodeterminación.

El acuerdo de partición era inicuo, tanto en cuanto a la población como a la propiedad de la tierra.

Respecto a la población, los judíos constituían en 1947 menos de un tercio de los habitantes de Palestina. Tan sólo una décima parte de ellos lo eran de origen, y éstos -de habla árabe y estrictamente judíos ortodoxos- no estaban a favor de la partición o el establecimiento de un estado judío (144). La incongruencia de la partición de Palestina se hace aún más sorprendente cuando nos damos cuenta que incluso en el estado judío, tal y como fue propuesto por las Naciones Unidas, la mayoría de los habitantes eran árabes: 509.780 árabes y 449.020 judíos (145).

En términos de la propiedad de la tierra, los judíos en 1945 poseían el 5,66 por ciento del total de la extensión del país.

El gobierno británico decidió dar por terminado el mandato y retirarse de Palestina a mediados de mayo de 1948. Con la retirada del poder mandatario, y sin el establecimiento de algún tipo de maquinaria de go-

bierno en su lugar para el mantenimiento de la ley y el orden, la explosión de un conflicto armado entre los árabes y los judíos era algo del todo inevitable.

Para este conflicto, los árabes y los judíos estaban preparados de manera diferente. El objetivo árabe consistía en oponerse a la partición en todos los sentidos, pero en su caso, estos sentidos estaban más en la naturaleza de las palabras que en los actos. Los judíos, por otro lado, actuaban más que hablaban. Movilizaron sus secretas organizaciones paramilitares que acogían a más de 100.000 hombres adiestrados. Planearon escrupulosamente la toma del país. Sus objetivos tal y como se dieron en el desarrollo de los acontecimientos, tenían dos aspectos: el territorial y el racista.

El objetivo territorial era apoderarse de cuanto se puede de tierras, apoderándose antes y después del final del mandato, de una considerable parte del territorio palestino que incluía un gran número de ciudades árabes, pueblos y aldeas. (146) Las áreas que los judíos tomaron en 1948 y 1949 alcanzaron la cifra de 20.850 Kms cuadrados (147) de los 26.323 que representan el área total de Palestina.

El segundo objetivo judío era liberar las zonas ocupadas de sus habitantes árabes, es decir, los judíos querían la tierra sin su "verdadero pueblo". Esto, en el credo sionista, era necesario a fin de asegurar la creación de un estado en Palestina que fuese racial, religiosa y exclusivamente judío.

Maxime Rodinson ha observado que el carácter judío del estado es "el primer postulado y aspiración de la ideología sionista" (148).

El Dr. John H. Davis, ex Comisario General para la Agencia de Seguridad y Trabajo de las Naciones Unidas, para los refugiados palestinos en el Cercano Oriente (UNRWA), ha declarado que "la forma salvaje en que los refugiados eran tratados por los israelíes no ha sido reconocida suficiente-

mente" (149).

La naturaleza específica del conflicto de Palestina es descrito por Sir John Glubb con las siguientes palabras: "Es bastante esencial comprender a lo vivo las insólitas condiciones de la lucha en Palestina. Hemos sido testigos de muchas guerras en el presente siglo en las que un país buscaba imponer su poder sobre otros países, pero en ninguna guerra, creo, por muchos siglos que hayan pasado, el objetivo ha sido expulsar a todo un pueblo de su país e introducir otro de raza enteramente diferente que ocupase las tierras, las casas y las ciudades para afincarse allí. Esta peculiaridad es la que presta a la lucha palestina una desesperada cualidad, que no tiene parecido con ninguna otra guerra en la historia de nuestros días" (150).

A fin de llevar a cabo su objetivo, los judíos hicieron frente a la población civil árabes con su maquinaria terrorista, que habían desarrollado y perfeccionado en su campaña de violencia contra los británicos en Palestina en relación con el Libro Blanco de 1939. La cronología de los hechos en Palestina durante los seis meses precedentes a la terminación del mandato es una historia de terror (151).

Sobresaliente por su crueldad, entre las atrocidades del terrorismo judío, fue la masacre del 9 de abril de 1948 de casi todos los campesinos de Deir Yassin, pequeña y pacífica aldea a las afueras de Jerusalén. Una relación de este espantoso hecho fue dada por Jacques de Reynier, Jefe Delegado de la Cruz Roja Internacional, que visitó la aldea y fue testigo de las consecuencias de la tragedia (152). "Trescientas personas, dice," fueron masacradas... sin ninguna razón militar o provocación de cualquier clase, viejos, mujeres y niños, recién nacidos, fueron salvajemente asesinados con granadas y cuchillos por las tropas judías del Irgún, perfectamente bajo el control y dirección de sus jefes" (153). El objeti-

vo que estaba más allá de la masacre de Deir Yassin empezó a dar sus resultados: produjo el éxodo de 1948 de los árabes palestinos.

Donde el terrorismo no obtenía éxito en el desplazamiento de los habitantes árabes, los judíos recurrieron a la total expulsión, tal como ocurrió en Haifa, Lidd, Ramalah, Tiberias, Safad, Bir Saba y otras diversas ciudades y aldeas (154). El número de palestinos desalojados en 1948 fue cerca de un millón de personas. (mapa XXIV).

La terminación del mandato

El mandato sobre Palestina finalizó en un caos el 14 de mayo de 1948. Su resultado principal fue que posibilitó la introducción e implantación en Palestina de una gente extraña que, como un grupo bien organizado y militante, estaban determinados a arrebatar el país a sus habitantes indígenas.

El día en que finalizó el mandato, los judíos proclamaron el Estado de Israel y formaron un gobierno provisional que fue reconocido al instante por el gobierno de los Estados Unidos y tres días más tarde por la Unión Soviética.

B-La economía de guerra israelí

El proceso de formación del Estado nacional judío se llevó a cabo sobre todo con medios económicos hasta los combates de 1947-48, que conduciría a la formación del Estado de Israel. El Primer plano lo ocupó la compra de tierras por terratenientes locales, adquisición que exigió un considerable esfuerzo financiero de la Agencia Judía. Como no era posible una conquista militar dado la correlación de fuerzas existentes, tenían los judíos que comprar sólo en la fase inicial, sobre todo durante las dos primeras

décadas (1920 y 1930), algunas tierras, la expansión de la empresa colonizadora dependía "del montante de los fondos disponibles" (155). Estos medios, conseguidos en su mayor parte a través de donaciones, no podían utilizarse, debido a la necesidad de adquirir tierras, con vistas a una rentabilidad económica.

El suelo no se adquirió principalmente para sacarle provecho, sino para disponer de él más tarde como territorio estatal. Esta intención política impedía aplicar el principio de rentabilidad y beneficio, si no se quería permitir la rearabización del suelo a través del trabajo asalariado y con ello poner en peligro la meta sionista de crear un Estado.

El destacado planificador de la colonización Arthur Ruppin aclaró en un congreso sionista que "las empresas más rentables para el comerciante de Palestina... suelen ser las menos rentables para nuestra misión nacional; y, viceversa, muchas empresas no rentables comercialmente son de un máximo valor nacional" (156). Así pues, esta política se dirigía sobre todo contra el "propietario privado (judío)" de tierras al que lo único que le importaba era la rentabilidad de la empresa y quien no sólo emplear a trabajadores judíos, sino a árabes, debido a su baratura (157).

Las instituciones sionistas aportaron medios "para complementar los salarios de los trabajadores judíos allí donde, por razones de competencia se ven obligados a aceptar salarios por debajo del mínimo vital". (158) Desde este modo los salarios de los "obreros judíos..." podían ser desde un principio mucho más altos que los de los árabes, incluso cuando se trataba del mismo trabajo (159).

Este aumento ficticio de los costos de reproducción de la comunidad judía (jishuv), en comparación con los árabes de Palestina, tenía que ser importado a título de donación de capital y la importación de capital a título de donación ha constituido hasta hoy un rasgo específico de la econo-

mía israelí. Todos los esfuerzos posteriores de los gobiernos israelíes en materia de política económica han tendido a reducir la constante dependencia del país respecto del exterior y los consiguientes achaques y deformaciones internas de la economía. Generalizando se puede definir la tesis de que la estructura sionista de Israel, es decir, el marco institucional y económico que permite la inmigración judía, evita la emigración, crea puestos de trabajo para los judíos y coloniza la tierra con judíos, se mantendrá con la afluencia de capital extranjero en forma de donativos financieros. Esto impide utilizar los fondos de acuerdo con una racionalidad capitalista orientada al beneficio. No se trata de inversiones, sino de medios necesarios para la creación del Estado nacional. Lo mismo puede decirse de los gastos militares. Pues si se juzga el conflicto de Oriente Medio sobre todo como consecuencia y ampliación de la lucha por Palestina, resulta que los gastos de armamento han de imputarse al capítulo de los costos relacionados con el mantenimiento de la estructura sionista del Estado de Israel.

La necesidad de estas donaciones de capital fue también una de las razones de la orientación prooccidental de Israel, poco después de su fundación.

En la guerra de 1948-49, Israel luchó todavía con ayuda soviética. Hasta 1950, la dirección del Estado se esforzó por adoptar una postura de "no alineamiento" en la agudizada "guerra fría" entre el Este y el Oeste. Pero el hecho de que Israel dependiera para su existencia, de las donaciones de capital, hacía inevitable la orientación prooccidental del país sobre la base de los principios sionistas.

Los medios de que Israel disponía o dispone, eran enormes en relación con la productividad del país. Desde 1950 hasta 1973, Israel recibió de los Estados Unidos 18.000 millones de dólares bajo distintas formas. En 1978 la cuarta parte de toda la ayuda exterior americana fue para Israel. Desde

1951 a 1977, Israel recibió de las comunidades judías del mundo 4.300 millones de dólares. Hasta 1978, el déficit de la balanza de pagos del Estado judío ascendían a 12.500 millones de dólares y figuraba como el mayor del mundo per cápita (160).

El volumen de las donaciones de capital, determina también el ritmo de la economía israelí. Cuando a mediados de la década de 1960 se acercaban a su fin los pagos de la RFA a Israel (161), el gobierno intentó introducir una política económica más orientada a la rentabilidad y a la productividad.

El descenso de la inmigración, estímulo de la coyuntura israelí a través del motor económico global de la construcción de vivienda, indujo al gobierno a frenar la economía mediante medidas deflacionarias. Con estas medidas se desencadenó, sin embargo, la recesión. Sobre todo la emigración de obreros cualificados a Occidente, tomó proporciones amenazadoras. En el tercer trimestre de 1966, el paro afectaba al 9 por ciento de la población activa; once mil universitarios abandonaron el país (162).

1967, año de la guerra de junio, todavía no se veía el fin de la crisis económica. Las especulaciones sobre si fueron la recesión y el paro lo que llevaron al gobierno a la decisión de desencadenar la guerra son difíciles de confirmar en la práctica. Pero es indudable que la situación económica facilitó notablemente la decisión de llamar a los reservistas. Así pues, para la relación entre el desencadenamiento de la guerra y la situación económica es indudable que la recesión de mediados de la década de 1960 y el paro consiguiente favorecieron considerablemente el estallido de la guerra.

Lo contrario ocurrió, por ejemplo, antes de la guerra de octubre de 1973. Entonces Israel atravesaba por una coyuntura de boom económico, de suerte que la nueva movilización que debería haberse efectuado en tales

circunstancias chocó con las condiciones económicas porque los trabajadores tenían que abandonar la producción. Además, hay que tener en cuenta que la movilización general significa siempre en Israel, una decisión previa al desencadenamiento del conflicto militar (163), puesto que los daños provocados por semejante movilización producen ya gastos similares a los de los conflictos militares.

Tras la guerra de junio de 1967, el mercado interior israelí se amplió con más de un millón de consumidores árabes, en las zonas ocupadas. Bajo la presidencia de Leví Eshkol, el gobierno sionistas de izquierdas llevó a cabo una política de privatización de las empresas estatales. La afluencia de capitales y la reforzada inmigración del extranjero tras la victoria israelí, estimularon enormemente la economía.

El boom de la construcción fue acompañado de una demanda de mano de obra que se satisfizo principalmente gracias a los trabajadores árabes peor pagados de las zonas ocupadas. Hoy en día, los trabajadores del sector de la construcción y de la agricultura son casi exclusivamente árabes.

La privatización de las empresas estatales o de la participación estatal y pública en las fábricas y empresas no produjo consecuencias políticas hasta diez años después, en mayo de 1977. En esas fechas el partido laborista fue sustituido por el bloque sionista burgués, el Likud. Aunque Menahem Begin presidía el Likud, no debió su victoria a sus ideas sionistas extremistas. El voto estuvo dirigido más bien a la sustitución de los partidos laboristas que a la elección de Begin.

El bloque sionista burgués intenta desde entonces, sobre todo desde diciembre de 1979, abandonar progresivamente la economía política de la ocupación de tierras o la creación del Estado nacional en aras de la competitividad de la economía israelí en el mercado mundial, naturalmente sin renunciar a la ocupación de tierras.

La "nueva política económica" del gobierno parte de una inflación superior al 100 por ciento anual y de una redistribución revolucionaria de la riqueza social cuyos beneficiarios son los propietarios del capital destinado a la inversión. Esto lleva a que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Las ramas exportadoras, esto es, los sectores de la economía que debido a su productividad pueden competir en el mercado mundial, seguirán siendo preferidas, por lo que respecta a los créditos, a los sectores que sólo pueden sobrevivir económicamente con las subvención y la intervención del Estado. En pocas palabras: esto significa que ahora se ven sensiblemente afectadas las empresas que existen a base de subvenciones y cuya función en la ocupación de tierras, sobre todo en la agricultura.

Esto no significa, sin embargo, la renuncia a la ocupación expansiva de tierras. El gobierno burgués sionista seguirá destinando fondos a la ocupación de tierras, especialmente en las zonas ocupadas, e incluso los aumentará.

En la práctica lo vemos hoy día bajo la política extremista de Menahem Beguin, decidido a continuar y ampliar el programa del ex ministro de agricultura Ariel Sharon en sembrar a Cisjordania y la franja de Gaza con nuevas colonias agrícolas-militar. Beguin sigue hoy esa política descaradamente omitiendo todas las denuncias internas y externas, desafiando incluso todas las presiones que se ejercen por parte de muchos gobiernos, intermediarios en busca de una solución pacífica.

C-Del conflicto de Palestina al conflicto del Oriente Medio.

El conflicto entre los estados árabes recién independizados, y el estado artificial que acababa de declararse (el 15 de mayo de 1948), es el resultado de la cuestión palestina (por un lado la fundación del estado sionista ilegal por invasores judíos y por otro, el problema de los refugiados).

En el conflicto general árabe-israelí se trata de una prolongación regional del conflicto local de Palestina y sus refugiados. Esto no significa que todo el conjunto del conflicto árabe-israelí, en forma de tensiones y guerras interestatales, no haya sido y sea también expresión de conflictos y rivalidades entre países árabes.

La competencia entre los países árabes, sobre todo por el papel dirigente en los movimientos de unificación árabes en los momentos de su fase culminante en las décadas de 1950 y 1960, y las tensiones entre regímenes árabes derivadas de las diferentes concepciones sociales y alianzas extraregionales con superpotencias pueden ser fácilmente distinguidas de la postura correspondiente ante la cuestión palestina y vinculadas a la legitimación árabe en general. En este sentido, la cuestión de Palestina, o sea el apoyo de los estados árabes a los palestinos no ha perdido jamás del todo su carácter originariamente táctico. Los distintos cambios de frente a lo largo de más de treinta años revelan esta relación instrumental.

La función de Israel para los regímenes árabes no anula, empero, el potencial conflictivo que encierra realmente la cuestión de Palestina. Existiría aunque no la instrumentalizasen los regímenes árabes.

La creación del Estado nacional judío iba unida a la paulatina expulsión de los árabes palestinos. Esto lo tenía bien claro la población

árabe palestina desde los comienzos de la colonización sionista (164). Su resistencia a los proyectos sionistas se manifestó en un principio en congresos, resoluciones y acciones de protesta, y más tarde en la violencia armada.

De 1936 a 1939, la oposición árabe a la ocupación sionista de tierras y al protectorado británico que la permitía se plasmó en una lucha armada que fue sangrientamente reprimida (165).

Como protesta por la creación del nuevo y extraño estado en la zona y con el fin de devolver a los emigrantes a sus tierras, los Estados Árabes se vieron forzados a intervenir con sus modestos medios bélicos en defensa de sus hermanos palestinos, víctimas de la conspiración sionista respaldada por los dos imperialismos: el del Oeste y el del Este. Por consiguiente, comenzaron las hostilidades militares entre el nuevo estado y los países árabes alrededor de Palestina: Egipto, Transjordania y Siria, cuando éstos mandaron tropas a Palestina con el fin de desalojar a los invasores sionistas. De esta forma surge el conflicto entre los estados árabes e Israel al estallar la primera guerra de 1948-49.

El conflicto local palestino-israelí, se convirtió así en un conflicto regional árabe-israelí y más tarde, después de la ocupación de Jerusalén por Israel, en la guerra de 1967 se convierte en un conflicto islamo-israelí por la sagrada ciudad.

Los estados árabes emplearon "tres ejércitos sin mando central, sin ningún ánimo concertado ni un serio o substancial deseo de reconquista", para hacer frente a los israelíes, que procedieron con una total movilización de sus fuerzas y materiales modernos (166).

Los ejércitos árabes que en aquel momento se internaron en Palestina representaban lo que en realidad eran, unas fuerzas inferiores, un total de unos 20.000 hombres (167). En cuanto a los palestinos habían sido sistema-

ticamente desarmados por el gobierno mandatario durante su mandato debido a su oposición a la inmigración judía, y cientos de ellos habían sido sentenciados en procesos militares sumárisimos a largos períodos de encarcelamiento, incluso a la pena de muerte, por la posesión o transporte de armas de fuego.

El 22 de mayo de 1948, el Consejo de Seguridad, mandó una orden de alto el fuego, y el 29 de mayo pidió una tregua. El conde Bernadotte, que había sido elegido como Mediador de las Naciones Unidas para Palestina, consiguió establecer un mes de tregua. Al vencimiento de este período, las hostilidades estallaron de nuevo, continuando así hasta la segunda tregua de duración indefinida, el 18 de julio de 1948.

La primera guerra árabe-israelí de 1948 concluyó con cuatro Acuerdos de Armisticio firmados entre Israel y Egipto, Transjordania, Siria y el Líbano. El texto del armisticio fue elaborado "sin perjuicio para los derechos, deseos y oposiciones de cualquier Partido para el Armisticio en lo que respecta al arreglo definitivo de la cuestión Palestina.

Como resultado de los importantes sucesos de 1948, el problema palestino adquirió unas nuevas dimensiones. El acuerdo de partición, injusto e inicuo, se lo llevó el viento, y fue creada una situación inimaginable aún más injusta e inicua: un estado racista sionista, que no tenía nada en común con el estado judío entrevistado por el acuerdo de partición de las Naciones Unidas, apareció en escena y estaba determinado a mantenerse a sí mismo por la fuerza de las armas occidentales; el ochenta por ciento del área palestina fue ocupada por los israelíes y tan solo una parte insignificante de su territorio fue abandonada a sus primitivos habitantes; un millón de palestinos fueron desarraigados de sus hogares, sus posiciones saqueadas, sus tierras confiscadas, convertidos de la noche a la mañana en refugiados condenados a vivir en condiciones de extremada miseria y priva-

ción.

La organización de las Naciones Unidas, responsable en gran medida de la trágica situación, por ayudar a la creación del estado sionista, hizo esfuerzos por restablecer la paz y una apariencia de justicia en Palestina.

A continuación del asesinato del mediador, el conde Folke Bernadotte por terroristas judíos en Jerusalem el 17 de septiembre de 1948, la Asamblea General confió estas funciones a la Comisión de Conciliación, que el 12 de mayo de 1949 garantizó la firma de las partes en lo que desde entonces, ha venido llamándose el Lausanne Protocol.

De acuerdo con el Lausanne Protocol, el plan de partición de las Naciones Unidas, debía ser la base para el debate. De cualquier forma, los esfuerzos de conciliación de la Comisión fallaron totalmente debido a la negativa de Israel a permitir la repatriación de los refugiados y a devolver parte de los territorios de los que se había apoderado, si bien se encuentra fuera de los límites geográficos del estado judío tal y como quedó definido por el acuerdo de partición.

La situación creada en Palestina en 1948 era provocadora y de tensión. Los incidentes se daban con frecuencia en las fronteras. Desde el principio, la policía de Israel estaba dispuesta a imponerse por la fuerza y el terror y a intimidar a la vecindad de los estados árabes con incursiones masivas, ataques y represalias. Mientras que ninguno de los Estados Árabes fue inculcado de agresión a Israel, violando así los acuerdos de armisticio.

La violencia reinante en las líneas de armisticio trazadas en torno a Israel hacía inevitable que la violencia armada del Estado sionista, aplicada como "represalia", por la transgresión de la frontera, se contagiara a los Estados árabes, sobre todo teniendo en cuenta que la "represa

lia" militar de Israel se desarrollaba en su territorio. Para no tener que reconocer a los palestinos, Israel partía del principio de que cada acción violenta que se ejerciese desde territorio árabe eran responsables los Estados Arabes. De este modo, los "actos de represalia" israelíes cada vez se dirigieron más contra Jordania y Egipto. El resultado fue que estos Estados se vieron inmersos en la década de 1950 en el conflicto de Palestina más de lo que ellos habían querido. El conflicto de Palestina se transformó, por tanto, en el conflicto de Oriente Medio o árabe-israelí.

Los Estados árabes, y sobre todo Jordania y Egipto, que controlaban las partes del antiguo protectorado de Palestina que no había conquistado Israel en 1948-49, se dieron cuenta del peligro, por eso intentaron no dejarse arrastrar por los refugiados palestinos a un conflicto armado con Israel, militarmente superior. Jordania, por ejemplo, se esforzó por perseguir los ataques de los "infiltrados" palestinos y por colaborar con las autoridades israelíes (168).

El observador de la O.N.U. responsable de este sector, Hutchinson, informa que las cárceles de "nablus, Hebrón y Amman estaban llenas de presos, muchos de los cuales sólo habían sido encarcelados por ser sospechosos de infiltración".(169)

Hasta la primera mitad de 1955, Egipto tomó también medidas para retener a los palestinos detrás de la frontera. Para ello se emplearon, no pocas veces, métodos brutales.

Frente a las publicaciones oficiales israelíes y la imagen supuestamente cierta de que Egipto animó y organizó a los palestinos en esa fase decisiva del conflicto, están las investigaciones del arabista israelí y destacado periodista de la televisión Ehud Ya'ari. Sobre la base de los documentos egipcios y jordanos capturados en 1956 y 1967, afirma que las autoridades egipcias hicieron todo lo posible hasta mediados de 1955 o

hasta el ataque israelí a Gaza el 28 de febrero de 1955 para impedir que los palestinos cruzaran la frontera y entrasen en Israel (170).

Se tomaron medidas represivas que excedieron incluso a las represalias israelíes, como por ejemplo, la orden de abrir fuego contra cualquier "infiltrado" que se mostrase a la vista, el encarcelamiento preventivo de sospechosos y su concentración en campos especiales de prisioneros, así como el reasentamiento de sospechosos o de personas sospechosas de colaborar con los "infiltrados" y su traslado lejos de las líneas de armisticio (171).

Por lo tanto, la guerra de Palestina se prosiguió como una pequeña guerra fronteriza. Sin embargo, en esta guerra fronteriza estuvo siempre en germen su extensión a un conflicto armado más amplio. Las tensiones en la frontera sólo necesitaban vincularse a otros conflictos regionales o globales para culminar en una gran guerra de Oriente Medio.

En octubre-noviembre de 1956, la sangrienta guerra fronteriza llevó a la agresión de Inglaterra, Francia e Israel contra Egipto. El hecho de que pudiera llegarse a esta situación suponía, sin embargo, la existencia de ese elemento global de conflicto, que se sumó a la guerra fronteriza árabe-israelí: la intención de Francia e Inglaterra de asestar así un golpe mortal al nacionalismo árabe con el derrocamiento de Nasser. Con ello, Inglaterra creía poder anular la nacionalización del canal de Suez declarada por Nasser cuatro meses antes y volver a constituirse así en potencia hegemónica "al este de Suez".

Francia por su parte esperaba poder sofocar la guerra de liberación argelina con la caída de Nasser. Semejantes ideas sólo podían nacer de las fantasías coloniales acerca de una confabulación; pues Nasser era la causa del movimiento anticolonialista existente en la región de Asia Anterior, aunque fuese su símbolo, ni la resistencia argelina se iniciaba y desarro

llaba en el Cairo, aunque el gobierno argelino en el exilio residía allí.

La tercera guerra árabe-israelí de junio de 1967 se desencadenó tam
bién en la frontera y por tanto debido al conflicto de Palestina.

Los ataques armados de los comandos de al-Fatah, realizados desde territorio sirio y jordano, indujeron a Israel a llevar a cabo amplias "acciones de represalias". El ataque a la población jordana de Samua, si
tuada en la margen occidental, en noviembre de 1966, puede considerarse como el preludio de la guerra de junio, acaecida poco después.

El empleo masivo de armamento por Israel provocó disturbios en la margen occidental palestina. La polémica interna árabe, sobre todo entre Egipto y Jordania, contribuyó a la crisis de mayo de 1967, cuando se acu
só a Nasser de ocultarse tras las tropas de paz de la O.N.U. estacionados en el Sinaí (172).

En la frontera siria fueron también las acciones armadas de los pales
tinos las que llevaron a la agudización del conflicto entre Israel y Siria, arrastrado desde 1949, por el control de las llamadas zonas desmilitarizadas, que por lo demás no habían dejado de provocar tensiones entre ambos países. Para los palestinos, estos conflictos y los relativos a la desvia
ción del agua del Jordán representaban la oportunidad de volver a poner en juego su causa como meollo del conflicto árabe-israelí.

Los combates fronterizos se redoblaron después de que Israel amenaza
se con un ultimátum a Siria. (173) Antes, en el mes de abril, habían sido destruidos un gran número de aviones sirios en un combate aéreo sobre Damasco. De aquí a la tercera guerra árabe-israelí de junio de 1967, no había más que un pequeño paso.

De esta guerra, que llevó a la destrucción de los ejércitos árabes, salieron vencedores, paradójicamente, los palestinos, si no militar al me-
nos políticamente. Con la conquista del resto de Palestina el mundo volvió

a tomar conciencia de la vieja cuestión palestina, encubierta por el concepto generalizador del "conflicto del Oriente Medio". Se hizo así evidente que sin una solución del problema de Palestina no era posible poner fin al conflicto árabe-israelí. El pasado no ha podido ser desplazado ni enterrado, al no haber sido superado políticamente.

La guerra de los seis días desenmascaró al estado sionista ante el mundo, ya que Israel, que reclamaba la paz como táctica, cuadruplicó su territorio ocupado: el resto de Palestina, el siná y egipcio y las colonias del Golan pertenecientes a Siria y que anexiona oficialmente el 14 de diciembre de 1981 (174), al igual que anexionó la mitad oriental de la ciudad Santa de Jerusalén justo después de la guerra de junio de 1967.

La postura negativa de Israel de llegar a un acuerdo con sus vecinos y su intransigencia llevó a la situación de ni guerra ni paz en Oriente Medio después de la guerra de los seis días. Esta situación llevó a la cuarta guerra del 6 de octubre de 1973, como un intento sirio-egipcio con doble objetivo: primero, abrir el canal de Suez ya que el cierre del canal, había perjudicado a Egipto privándole de una buena parte de los ingresos totales del estado, y el cierre del canal intencionado por Israel, había perjudicado también el comercio internacional al bloquearle este paso marítimo de importancia geoestratégica; segundo, forzar a Israel a salir del callejón sin salida para buscar una salida negociada. Lo anterior lo demostraron las gestiones de paz del presidente egipcio Anwar al-Sadat, a raíz su iniciativa con la que decidió unilateralmente visitar a Jerusalén en noviembre de 1977.

D- Israel y la importancia política a nivel mundial del conflicto del Oriente Medio.

Desde su inicio sistemático a principios de este siglo, y debido a la ocupación de tierras y al consiguiente antagonismo con la población árabe, la creación del Estado nacional judío dependió de la protección de potencias no regionales, es decir, europeas.

El interés de Gran Bretaña, como potencia protectora, por la colonización sionista se debió también a razones principalmente estratégicas. Las grandes arterias del imperio británico pasaban por el Oriente Medio. El centro de esas vías de comunicación, de las "rutas imperiales" (175) británicas, era el canal de Suez.

Ya antes de 1914 y durante la Primera Guerra Mundial, los británicos, que dominaban de hecho Egipto desde 1882, planearon establecer una zona de amortiguación en el flanco nordeste de esas arterias de tráfico. Cuando resultó evidente que el Imperio otomano estaba a punto de descomponerse, Inglaterra se esforzó, en un tratado secreto con Francia, por dividir el Oriente en esferas de intereses.

La zona del posterior mandato británico de Palestina debía desempeñar, en la estrategia británica del Oriente, la función de un centro estratégico y de tráfico. Lord Kitchener había afirmado mucho antes de la Primera Guerra Mundial, siendo un joven funcionario colonial, que "Gran Bretaña tenía que apropiarse de la tierra entre Acre y Akaba", a fin de estabilizar su posición estratégica en Oriente (176). Una vez que Inglaterra se hubo asegurado Palestina a través del mandato de la Sociedad de Naciones, transformó la antigua aldea de pescadores de Haifa en un importante puerto para barcos de gran tonelaje. Un oleoducto iba desde los campos petrolíferos iraquíes hasta Haifa, donde también se construyó una refinería. El ae-

ropuerto de Lod asumió una función de bisagra entre Asia y Africa.

Antes de la guerra mundial, los británicos pensaron ya en erigir en Palestina, fomentando la colonización judía una barrera física contra la posible amenaza del canal por parte de Turquía y el Imperio alemán aliado de ella, así como contra los aliados rivales, Francia y Rusia (177). Pero al mismo tiempo existían también planes que eran contrarios a esas intenciones y tendían al apoyo del movimiento nacional árabe por Inglaterra, en la medida en que los intereses árabes coincidían con los británicos. Esta identidad de intereses con el nacionalismo árabe sólo se dio, sin embargo, hasta la conquista de las zonas árabes del Imperio otomano, pero no después.

La resolución británica contraria a los intereses árabes se tomó ya durante la guerra, cuando los representantes diplomáticos de Inglaterra y Francia, Sykes y Picot, firmaron un tratado secreto. En ese tratado, entre otras cosas, la región del posterior mandato británico de Palestina fue separada de la zona en la que los árabes plantearían sus reivindicaciones sobre la base de las promesas británicas anteriores y la aplicación del principio de la autodeterminación para la población local.

Este acuerdo imperialista permitió a los británicos prometer a los sionistas lo que sería el contenido de la promesa de Balfour de noviembre de 1917, a saber, el apoyo a la construcción de un "hogar nacional" para el pueblo judío en Palestina.

Los ingleses suponían con razón que la declaración de intenciones a los sionistas desencadenaría una ola de indignación, sobre todo entre los árabes de Palestina, y por eso aplazaron todo lo posible su publicación, aunque en la declaración de Balfour se establecía que sólo se trataría de un "hogar nacional" para los judíos en Palestina, preservando los derechos religiosos y culturales de la población no judía. Aunque esta formulación

permitía deducir que los derechos de los árabes, designados como "comunidades no judías", la inmensa mayoría del país, no serían respetados, para los sionistas estaba claro que el término "hogar" era sinónimo de Estado judío. Sin embargo, era poco oportuno mencionar semejante intención en aquella fase del desarrollo.

Los sionistas y la empresa de colonización planeada por ellos dependieron, pues desde un principio, de la protección y la benevolencia de Gran Bretaña.

También después, y a pesar de las luchas contra el mandato británico de 1944 a 1947, Ben Gurión se esforzó por mantener la presencia británica en el Oriente Medio (178). Por esa razón, las tropas israelíes se comportaron con discreción frente a la legión transjordana pro-británica en la guerra de Palestina de 1948-49.

La protección británica esperada para el futuro era de interés mutuo para ambos Estados. Incluso la obstaculización a la creación de un Estado de Palestina en una parte del país, tal como exigía la resolución de la O.N.U. de noviembre de 1947, se remontaba a un acuerdo secreto que Ben Gurión había concretado con el emir Abdallah (179).

Aunque existían concepciones distintas entre Gran Bretaña y los sionistas en algunos detalles importantes, como por ejemplo en la cuestión de la inmigración y la compra de tierra, sobre todo después de la rebelión palestina de 1936-1939, los dirigentes sionistas estaban seguros de la benevolencia de su potencia protectora. Sin embargo, esta protección sólo se dio mientras se mantuvo intacta la posición de Inglaterra como potencia hegemónica en el Oriente Medio.

Ben Gurion reconoció ya durante la Segunda Guerra Mundial que Gran Bretaña tenía que perder su importancia después de la guerra y supuso que los Estados Unidos asumiría el papel de Inglaterra. Desde ese momento fue

ron los Estados Unidos los que actuaron como potencia protectora oficio-
sa.

A los intereses estratégicos y geográficos de la vieja potencia comercial -Inglaterra- en el Oriente Medio se sumó otro elemento antes de la Primera Guerra Mundial y sobre todo después de ella : el petróleo se convirtió cada vez más en una importante fuente de energía.

Las favorables condiciones de extracción y transporte hacían que el petróleo del Oriente Medio fuese muy barato y los beneficios muy altos. Se se mejante política de precios era posible sobre todo gracias a la presencia militar y política de las potencias occidentales en el Oriente Medio.

Se podía obligar a los gobernantes tradicionales del lugar a entregar sus materias primas en condiciones favorables (180).

La presencia occidental en el Oriente Medio consolidó, por tanto, los gobiernos tradicionales de estos países frente al movimiento nacional revo-
lucionario que no sólo exigía la independencia nacional, sino también, la plena disposición de las riquezas minerales de sus países, es decir, la na-
cionalización de los yacimientos de petróleo. Estas aspiraciones fueron re-
primadas por todos los medios, como lo demostró el ejemplo iraní en la década de 1950.

Los esfuerzos del presidente del gobierno iraní Mosadeq, revolucionario nacionalista, por nacionalizar el petróleo en 1953 concluyeron con un golpe de la CIA y la forzada vuelta del Sha del exilio.

Pero a partir de mediados de la década de 1950, los países árabes consiguieron librarse de la presencia occidental en sus territorios. La e-
vacuación de la zona del canal de Suez por Inglaterra y la nacionalización del canal de Suez por Nasser, fueron en 1956 la respuesta indirecta a la costumbre de occidente de considerar el Oriente Medio como su finca particular.

Poco después, en 1958, se produjo la caída de la monarquía hachemita en Irak. Las convulsiones que sufrió el Oriente Medio en las décadas de 1950 y 1960 hicieron finalmente que Occidente perdiera sus bases militares y con ellas también el control directo de las materias primas y las vías de comunicación de la región.

El científico árabe-americano Charles Issawi, especialista en petróleo, afirma que "hacia mediados de la década de 1960, era evidente que se iba socavando paulatinamente el doble pilar en el que se apoyaba el poderío militar y político anglo-americano en Oriente Medio y en el norte de Africa, así como el control de la producción de las compañías (petroleras), americanas y británicas" (181).

Con estos cambios se perfilaba también la tendencia a una modificación de la actitud occidental frente a Israel. A pesar, de toda la ambivalencia frente a la empresa sionista, Israel era para occidente un aliado más seguro que los Estados árabes, cuyos regímenes no representaban evidentemente los intereses de sus poblaciones y cuya estabilidad estaba siempre, por tanto, en peligro.

El antagonismo que enfrentaba y enfrenta a Israel con los árabes debido a la ocupación sionista de tierras en Palestina hace que la propiedad o la ruina del Estado judío dependa de la ayuda exterior y por consiguiente es algo que pueden instrumentalizar estas potencias extranjeras.

El propio Israel ha elevado el antagonismo entre Occidente y el nacionalismo árabe a principio de su seguridad nacional cambiando su protección por algunos "favores" prestados a Occidente (182).

Especialmente en la década de 1950, Israel emprendió acciones militares que, aunque desencadenadas por las violencias palestinas de la frontera, consiguieron, en cuanto "represalias", un efecto político que, como se expresaron también dos estudiosos israelíes, tenían también una "función

lateral" (183) en relación con el conflicto árabe-occidental. Así por ejemplo, el ataque israelí a Gaza del 28 de febrero de 1955 fue dirigido contra el intento de aproximación egipcio-sirio, a fin de frustrar el proyecto de alianzas occidentales en el mundo árabe, tal como se reflejaban en el pacto de Bagdad (184). Algo parecido ocurrió con el ataque de las posiciones sirias del lago Genezaret el 11 de diciembre de 1955.

Entre otras cosas, tuvo la función de señalar a Francia que Israel estaba dispuesto a establecer con esta potencia colonial una alianza antiárabe. El punto culminante de esta colaboración fue el ataque a Egipto en octubre de 1956, efectuado junto con Inglaterra. Más tarde Dayan explicaría que "los franceses buscaban aliados en su lucha contra los árabes". La Francia colonial "quería impedir la extensión de la esfera de influencia de Nasser. Nos dieron armas para combatirlo" (185).

Desde mediados de la década de 1960 los fedayin palestinos, empezaron a realizar acciones militares contra Israel. En las acciones armadas de los palestinos, así como en el caso de la guerra israelí, se trata de una aplicación de la fuerza indiferenciada, una aplicación de la violencia que no hace ninguna distinción entre combatientes y no combatientes, entre militares y civiles. Esto se relaciona, sobre todo con el carácter esencialmente colonial del conflicto, el cual impide el reconocimiento del enemigo como adversario y, por tanto, como sujeto del derecho internacional.

La violencia así aplicada no tiene límites personales ni especiales, circunstancia que podría eliminarse mediante el reconocimiento mutuo, con el que llegaríamos de nuevo al núcleo del conflicto, aún sin resolver (186).

Con las acciones armadas de mediados de la década de 1960 se puso en marcha, por tanto, la espiral de la escalada que, con sus efectos secundarios para los países árabes, llevó a la guerra de junio de 1967. Pero pre scindiendo de esto, y de la polémica en torno al proyecto de Israel de des

viar las aguas del Jordán, la guerra se desencadenó principalmente porque los intereses de los regímenes de los nacionalistas árabes chocaban cada vez más con los de Occidente. En Irak se veía amenazado el monopolio de la Irak Petroleum Company por las medidas de progresiva nacionalización. El gobierno baasista de extrema izquierda cortó la Trans Arabian Pipeline (TAPI), en Siria. El país se hallaba a punto de colisionar con Occidente, y sobre todo con los Estados Unidos. El gobierno israelí responsabilizó a los sirios de los actos de sabotaje palestinos como pretexto. El jefe del Estado Mayor israelí Rabin, amenazó el 14 de abril de 1967 con una intervención militar israelí.

El hecho de que indiquemos los distintos elementos del proceso que condujo al estallido de la guerra de junio de 1967, no significa que Israel actuase siempre directamente por órdenes occidentales cuando el 5 de junio y al mismo tiempo marchó militarmente contra los tres Estados árabes vecinos.

Pero la indicación debe dejar bien claro que la acción militar israelí coincidía plenamente con los intereses occidentales. Esto resulta evidente si se la compara con la guerra de octubre de 1973: en esta ocasión, el gobierno de Estados Unidos hizo llegar a Israel la advertencia de que el inicio de operaciones militares por parte de Israel no contaría con la ayuda americana (187). Pero cuando Israel estuvo muy apurado a los diez días de la guerra Estados Unidos, no vaciló en socorrerlo con armamento ultra moderno a través de un puente aéreo, y con facilidades de datos proporcionados por vía satélite con el fin de situar las fuerzas del tercer ejército egipcio a la orilla occidental del canal de Suez para sitiario y así fue.

Se confirmó así, aunque a la inversa, un viejo principio del conflicto del Oriente Medio, principio formulado por el director de impor-

tante periódico israelí Ha'aref, Gershom Shoken, en la década de 1950: para Occidente resulta muy cómodo que se mantenga la correlación de fuerzas políticas del Oriente Medio en beneficio suyo mediante el fortalecimiento de Israel.

"En este sentido se ha atribuido a Israel el papel de perro guardián. No hay que temer que adopte una postura agresiva contra los Estados árabes, mientras esta postura no sea contraria a los intereses de América y de Gran Bretaña. Sin embargo, si las potencias occidentales hicieran la vista gorda por uno u otro motivo, podrían estar seguras de que Israel castigaría a los Estados vecinos cuya falta de respeto a Occidente ha rebasado los límites permisibles" (188).

Desde la guerra de octubre de 1973, se ha modificado la relación de antagonismo histórico entre Occidente y los países árabes, siempre que éstos no sean aliados de la Unión Soviética en el conflicto global Este-Oeste. Con la plena independencia nacional y el consiguiente control de su territorio, los Estados árabes adquirieron también el control directo de sus materias primas y de las vías de comunicación de su zona. Por eso pudieron decidir también, los precios de sus materias primas, es decir del petróleo, y elevarlos oportunamente. Ya no existía el peligro inmediato de un régimen radical, porque se había producido la retirada militar de Occidente de la región, retirada forzada sobre todo políticamente.

En la llamada "crisis del petróleo" de 1973, se fijó un precio que supuso la definitiva revisión de la relación de sumisión del Oriente Medio bajo hegemonía occidental.

No fue casual que en las zonas más difíciles de Israel, en la guerra de octubre, cuando el Estado judío perdió en los primeros días de la guerra el mito de su invencibilidad militar, el "16 de octubre de 1973, acordasen por primera vez en la historia seis ministros de la OPEP, en Kuwait,

elevar colectiva y unilateralmente el precio del petróleo de 2,89 a 5,11 dólares el barril" (189).

En este aumento de precios y en la posterior política de precios se expresaba una nueva relación entre los países occidentales y los productores de petróleo, relación que debía plasmarse a su vez en las relaciones de Occidente con Israel. En términos generales se pone más de manifiesto la costosa "misión sionista" (190) de Israel.

El gobierno corre así dos riesgos: a la larga no puede escapársele a la población que tendrá que renunciar a su nivel de vida material si se mantiene la rigurosa política de hostilidad, pero al mismo tiempo el Estado sigue poniendo los medios para alcanzar las metas sionistas, y especialmente para llevar a cabo la política de asentamiento; por otro lado, Israel se expone cada vez más a la presión extranjera, sobre todo occidental, porque la política de asentamientos es contraria a una paz amplia y por tanto también se ven amenazados los intereses occidentales en el Oriente Medio y Próximo.

El apoyo incondicional a la política israelí por Occidente tiene hoy día unos límites, puesto que ha empezado a cambiar la relación entre Occidente y los Estados árabes.

El conflicto tradicional entre Occidente y los árabes era en última instancia la razón decisiva del apoyo a Israel por parte del mundo occidental (191). Pues al desaparecer el antagonismo entre los países occidentales y los árabes causantes del aumento de precios del petróleo como arma política de presión, tenía que debilitarse y, en ciertas circunstancias, será menos descarado el apoyo accidental en el que se basa la existencia de Israel como Estado sionista. Al menos Occidente estaba ahora interesado en terminar pacíficamente el conflicto árabe-israelí.

A diferencia de situaciones anteriores, ahora había que evitar que

la violencia resultante de la cuestión palestina aún sin solucionar se extendiese y abarcase a toda la región, región en la que no sólo se encuentran las mayores reservas de energía del mundo, susceptibles todavía de explotación rentables, sino a la que afluyen también en grandes proporciones capitales occidentales.

Los esfuerzos intensificados desde 1973 por poner fin de una vez por todas al conflicto de Oriente Medio, iniciadas con la retirada de las tropas egipcias-israelíes, después de la guerra de octubre, hasta la "iniciiativa de Sadat" de noviembre de 1977, los acuerdos de Camp David y el tratado de paz egipcio-israelí de 1979, persiguen este fin. Pero en la medida en que es preciso suprimir el carácter internacional del conflicto, se choca con el quid de la cuestión: el problema palestino, o mejor dicho los efectos, repercusiones y condiciones de la ocupación sionista de tierras o de su continuación.

Se cierra así el círculo en el que confluyen los diversos componentes del conflicto global: no podrá ser resuelto mientras Israel no renuncie a continuar con la ocupación de tierras y no conceda a los palestinos el derecho a la independencia de Palestina.

Estos son los primeros presupuestos para una solución del conflicto, presupuestos que requieren además el abandono de la estructura sionista de Israel, tal como se ha plasmado en sus leyes e instituciones. De este modo se reconocería también que, ha nacido en Israel una nacionalidad hebrea, judéo-israelí, que no cumple ninguna función propulsora para el pueblo judío en toda Palestina, sino que existe por sí y de por sí junto con la nacionalidad árabe-palestina en la zona comprendida entre el mar Mediterráneo y el río Jordán. Sería ésta, una solución bi-nacional del conflicto de Palestina, solución que, indudablemente, no puede realizarse de la noche a la mañana y que, además exigiría transformaciones sociales.

sin embargo, como punto de partida de un proceso evolutivo, es la única posibilidad real de acabar con el conflicto en beneficio de los hombres que allí viven.

E- Nuevas propuestas de paz y la postura árabe e israelí.

El mundo dió cuenta de la importancia del conflicto de Oriente Medio y de sus repercusiones en el mundo, y sintió la necesidad de mediar el conflicto y participar en la responsabilidad.

Esta nueva conciencia internacional nació después de que el mundo fue sorprendido por el estallido de la tercera guerra árabe-israelí. Después de que Israel destruyó a las fuerzas aéreas egipcias y sirias en un ataque por sorpresa efectuado en la madrugada del 5 de junio de 1967, invadió y ocupó la Vieja Ciudad de Jerusalem, los márgenes oeste del Jordán, la franja de Gaza, el desierto del Sinaí y las alturas del Golán de Siria. El Consejo de Seguridad hizo cuatro llamadas de alto el fuego pero la lucha sólo tocó a su fin en el momento en que Israel hubo conseguido sus objetivos de tipo territorial. Sin embargo, esta agresión israelí del 5 de junio de 1967 no puso fin al problema palestino, sino que lo agravó todavía más.

Vista la deteriorada situación, el Consejo de Seguridad adoptó el 22 de noviembre de 1967 una resolución, 242, que aspiraba al establecimiento de "una verdadera y duradera paz" en Oriente Medio. Esta resolución exigía la retirada israelí de los territorios árabes ocupados en la agresión de 1967 y el regreso a las fronteras de 1948.

El Dr. Gunnar Jarring fue elegido en diciembre de 1967 por el Secretario General de las Naciones Unidas para gestionar un acuerdo en

los términos de la resolución, pero no tuvo éxito en su misión. Desde el momento en que tomó a su cargo la misión hasta la fecha, el mediador de las Naciones Unidas se encontró con una serie de impedimentos creados por Israel. Durante más de dos años no aceptó de manera expresa la resolución del Consejo de Seguridad, ni tampoco el principio de retirada de los territorios ocupados prescrito por la resolución. Sigió insistiendo en unas negociaciones de tipo directo con los estados árabes de cara a fijar nuevas fronteras y anexionar nuevos territorios.

Israel quería imponer sus dictados a los vencidos bajo la presión de la ocupación militar. Egipto y Jordania expresaron su disponibilidad en la puesta en marcha de la resolución del Consejo de Seguridad, pero se negaron a establecer unas negociaciones directas con Israel bajo la presión de la ocupación militar de sus territorios.

A consecuencia de este callejón sin salida, las cuatro grandes potencias -E.E.U.U., la Unión Soviética, Francia y el Reino Unido- decidieron a principios del año 1969 hacer una serie de consultas entre ellos para ver en que forma podían dar un arreglo de paz sobre la base de la resolución. Estas consultas se han ido realizando desde entonces, pero hasta la fecha han resultado del todo estériles.

En el verano de 1970, la misión del Dr. Gunnar Jarring se reactivó de nuevo, debido a la aceptación por parte de Egipto, Jordania e Israel de la iniciativa de paz norteamericana que vino a ser conocida como el Plan Rogers. El Plan Rogers planteaba un alto el fuego temporal y unas negociaciones de paz bajo los auspicios del Dr. Gunnar Jarring sobre la base de la resolución del Consejo de Seguridad de 1967. El alto el fuego entre Egipto e Israel se hizo efectivo el 7 de agosto de 1970, y se prorrogó dos veces. De cualquier forma las negociaciones de paz bajo los auspicios del Dr. Gunnar Jarring no fueron muy prolongados, empezaron el 27 de agosto y

terminaron en la tarde del mismo día debido a retirada de Israel de cualquier planteamiento que pudiera significar una verdadera paz. El pretexto que esgrimió Israel fue el de que Egipto había violado el alto el fuego por haber emplazado sus bases aéreas de misiles más cerca del canal de Suez.

Los norteamericanos consideraron el alto el fuego a las dos orillas del Canal como un éxito según Henry Kissinger "El Medio Oriente era uno de los problemas sobre los que Rogers tenía la responsabilidad y la autoridad. Y el cese del fuego en el Medio Oriente había aparecido como un gran triunfo, el primer logro incontrovertido de la administración Nixon en política exterior" (192)

A fin de poder persuadir a Israel hacia unas negociaciones de paz bajo los auspicios del Dr. Jarring, el gobierno de los Estados Unidos prometió una ayuda militar y económica, aviones y nuevos equipos militares, para lo cual abrió un crédito de 500 millones de dólares destinados a armamento. Por el momento, estos diversos métodos persuasivos hicieron cambiar la actitud de Israel de forma que reanudó su participación en las negociaciones de paz.

Por consiguiente el 5 de enero de 1971, el Dr. Gunnar Jarring volvió de nuevo a sus actividades para la paz. Al mes siguiente, solicitó de Egipto e Israel sus declaraciones específicas en relación con la puesta en práctica de la resolución del Consejo de Seguridad. Egipto respondió inmediatamente expresando su disposición a cumplir todos los términos de la resolución y establecer la paz con Israel.

De cualquier forma, Israel no dio al mediador de las Naciones Unidas ningún tipo de informe. Israel tan solo le informó el 26 de febrero de 1971 que no estaba preparado para abandonar las líneas del armisticio existentes antes del 5 de junio de 1967.

Así pues, una vez más, debido a su intransigencia y oscurantismo,

Israel bloqueó el planteamiento de paz propuesto por el Consejo de Seguridad. El insaciable apetito de Israel se hizo entonces del todo evidente. Declaró abiertamente que además de los territorios ocupados y usurpados en 1948 y 1949, quería anexionar la Vieja Ciudad de Jerusalem, la franja de Gaza, una parte del Sinaí incluyendo Sharm el Shik y también las Alturas del Golán de Siria.

La misión Jarring fue desde entonces considerada no sólo bloqueada sino muerta. A finales de abril de 1971, William Rogers, Secretario de Estado de los Estados Unidos, realizó un viaje por Oriente Medio con el propósito de reavivar la situación. Pese a la no existencia de relaciones diplomáticas entre Egipto y los Estados Unidos, el Secretario Rogers fue recibido con las puertas abiertas en El Cairo con la esperanza de que la presión de los Estados Unidos pudiera ser empleada en forzar a Israel a retirarse de los territorios ocupados. El señor Rogers defraudó a sus anfitriones cuando les comunicó que el Presidente Eisenhower fue el primero y último Presidente norteamericano en utilizar cualquier tipo de presión en contra de Israel para desanimarle en sus correrías y prevenirle de tomar los frutos de su agresión. No es necesario explicar que el intento del Sr. Rogers por reavivar la misión Jarring fracasó.

A pesar de que las misiones o planes de paz para el conflicto de Oriente Medio, provienen exclusivamente de Occidente, en particular de los Estados Unidos, y a pesar de que tiran siempre del lado de Israel y sin tocar el fondo de la cuestión (las tierras ocupadas y los refugiados), fracasan debido a la obstinación sionista y a su intransigencia sin fin.

A pesar de que los planes o propuestas de paz occidentales para el conflicto no tocan el meollo de la cuestión fundamental del conflicto y se limitan a intentos de solucionar asuntos secundarios que tampoco se coronan con el éxito por la negativa israelí. El mismo fracaso sufrió más adelante

el Secretario de Departamento Henry Kissinger, a pesar de sus muchos viajes a la zona a principios de la década de 1970.

Según demuestran los hechos en la década de 1970, Estados Unidos posee el mayor porcentaje de las posibilidades para ayudar honradamente y colaborar para restaurar allí una paz sobre bases de justicia. Pero Estados Unidos se encuentra en realidad entre la espada y la pared: por un lado, su dependencia del petróleo árabe sobre todo el del golfo Pérsico e importancia geopolítica lo resume el ex Presidente de los Estados Unidos Richard M. Nixon cuando dice "Ahora más que nunca, determinar quién domina qué en el golfo Pérsico y en el Oriente Medio es la clave para determinar quién domina qué en el mundo". "Los ingleses vieron llegar este momento hace ya mucho tiempo. En los primeros 50 años del presente siglo, los ingleses se esforzaron en hacer comprender a los norteamericanos que los problemas del golfo eran de naturaleza "altamente estratégica y política y no sólo económica". Los ingleses eran más vulnerables que los norteamericanos, por lo que necesitaban ver con más claridad este problema, y al mismo tiempo tenían más experiencia, principalmente en el golfo, por lo que, como es natural, podían ver el problema más claramente" (193), por el otro lado, Israel debido a los intereses comunes con los Estados Unidos le sirve al último además de aliado sólido, como guardián en la zona y a la vez base militar adelantada frente a la Unión Soviética.

Durante la visita de Menahem Begin a Washington firmó con el Presidente Reagan el 10 de septiembre de 1981 un tratado de "alianza estratégica" entre Israel y Estados Unidos (194). Dijo Reagan "la seguridad de Israel es objetivo principal de este gobierno". "Permaneceremos unidos e Israel ofrecerá su parte a la defensa de la libertad humana" (195).

A partir de la cuarta guerra árabe-israelí del 6 de octubre de 1973, los esfuerzos de paz por Occidente se han estancado un poco. Mientras por

la parte árabe los gobiernos árabes seguían reclamando como base la resolución 242 emitida por el Consejo de Seguridad en 1967 y a lo largo de las Once cumbres de los gobernantes árabes en el seno de la Liga de Estado Arabes durante casi dos décadas, siendo la primera cumbre de Alejandría en 1966, que su fin era impedir que Israel desvíe las aguas del Jordán. Sólo vinieron los gobernantes árabes a ceder los derechos históricos y legítimos de sus pueblos ante la presión de Europa Occidental y Estados Unidos, para reconocer al estado de Israel aceptando así la fuerza la política de los hechos consumados impuestos por Occidente a través del arma y la diplomacia, es decir, lo que no consigue Occidente imponer por vía diplomática a través de los que se llaman planes de paz, lo consigue por la fuerza del arma.

La cuarta guerra árabe-israelí que estalló el 6 de octubre de 1973, y de resultados de media victoria árabe y media derrota israelí, produjo el empleo por parte de los árabes, del petróleo por primera vez como arma política para presionar a Occidente a reconocer los derechos árabes en Palestina y a través del embargo de petróleo forzarle a colaborar positivamente en la búsqueda de una solución justa y honrada.

La decisión de los países árabes de aplicar un embargo de petróleo a Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea y el Japón en la reunión celebrada a nivel de ministros de petróleo en Kuwait el 17 de octubre de 1973 y que fue más tarde respaldada por la VI cumbre de jefes de estados árabes en Argel (1976), surtió efecto por algún tiempo. Este embargo por primera vez despertó la conciencia adormecida, en cuanto a la causa palestina ya que Europa y Estados Unidos sufrieron los efectos del embargo en propio pellejo al ser afectada su industria y su vida cotidiana.

Lo importante es que a raíz del embargo hubo un tira y afloja en las relaciones árabe-occidentales que repercutió a su vez en las relaciones occidental-israelí, es decir, la presión árabe sobre Occidente produjo otra,

occidental sobre Israel para que el cual cediera y ablandara su posición, Pero lo que sucedió fue al revés, en vez de que Occidente y su aliado Isra el flexionen, la postura de Israel se endureció más aún con la llegada al poder de la coalición Likud en 1977 y el primer ministro Menahem Beguin empezó a ejercer una política sionista de ultrasdesafiando en muchas ocasiones a sus amos dejándoles a veces hasta en ridículo frente al mundo, sobre todo después de su reelección para la segunda legislatura en las elecciones celebradas en julio de 1981 (197).

La obstinación israelí que aumentó después de la guerra de 1973 y sobre todo con Menahem Beguin en el poder hizo que los planes y mediaciones de la O.N.U. y de Occidente fracasasen por no tener seria voluntad y verdadero interés en presionar sobre Israel y si estas mediaciones se coronaron con el éxito como la mediación de E.E.U.U. a través de la "misión Philip Ha bib" para poner fin a la guerra civil en el Líbano a lo largo de 1981 y 1982, es por la flexión de los gobernantes árabes favorable a la inflexibilidad israelí.

En vez de que los árabes cierren filas y reclaman su honor que está en el barro bajo las botas del imperialismo occidental, oriental y las de Israel, su desunión y la corrupción de sus regímenes asalariados impuestos por las superpotencias, hizo que estos regímenes se entreguen al enemigo de los pueblos árabes e islámicos en nombre de la "paz" en Oriente Medio. Esta tendencia dió sus síntomas en Egipto de Sadat, que empezó a abrir canales secretos con los Estados Unidos, según Henry Kissinger "El 5 de abril de 1972, un alto funcionario egipcio le había dicho a un funcionario norteamericano que estaba en el Cairo, que Egipto estaba descontento con los canales diplomáticos existentes hacia los Estados Unidos. En opinión de su gobierno, era esencial que nos comunicáramos a nivel presidencial, pasando por alto a ambos ministros de Relaciones Exteriores." (198)

A raíz de esos contactos Sadat expulsó los 20.000 expertos soviéticos e inmediatamente dió un giro de noventa grados hacia Estados Unidos y Occidente en general, pero lo importante en la cuestión no ha sido la novedad de la iniciativa de paz primera en su género y, que empezó por su visita a Jerusalén en 1977 y que no ha sido más que entregarse baratamente a Occidente e Israel a cambio de nada fundamental (como la creación de un estado palestino), pero lo importante es que marcó un precedente que iba a servir poco más adelante a otras entregas y facilidades que se van a alargar en el nombre de la paz, como planes de paz en el Oriente Medio y que al fin y al cabo ahora han sido incapaces de resolver la cuestión fundamental que es la cuestión del desterrado pueblo palestino.

Los acuerdos de Camp David firmados el 17 de septiembre de 1978, entre Egipto e Israel con la mediación de Estados Unidos, han llegado incluso antes del asesinato de Sadat el 6 de octubre de 1981, a un callejón sin salida debido a la negativa israelí en dos campos: la política de nuevos asentamientos y la autonomía palestina estipulados por los mencionados acuerdos. Las estadísticas declaradas señalan que durante el gobierno del Mehraj "la agrupación" de 1967 a 1977, se construyeron 76 colonias en Cisjordania y Galilea y durante el gobierno del Likud de 1977 a 1980, y que sigue en el poder hoy día, se construyeron 165 colonias en Cisjordania y Galilea.

La política de asentamientos cobró mucho interés, a la que se dedicó mucha actividad por parte del actual gobierno "el Likud", que dividió a Cisjordania en 21 zonas para nuevos asentamientos. El gobierno de Menahem Beguin empezó a ejercer un plan quinquenal para ejecutarlo de 1980 a 1985, con el fin de construir de 12 a 15 nuevas colonias judías cada año durante este plan, entre grandes ciudades y pueblos. Así que este plan quinquenal va a agregar unas 60 a 70 nuevas colonias en el período que va

de 1980 a 1985 al igual que el número de colonos será de 120 a 150 mil durante este mismo período. Para facilitar este plan en algunas zonas el gobierno de Beguin recurrió a la completa eliminación de algunos pueblos como Yalu y Ammuas y casas, borrandoles del mapa y jamás por falta de pretexto, el número de casas destruidas por explosivos a manos de las fuerzas de seguridad es de 90.000 desde la guerra de 1967.

Esta política de nuevos asentamientos abarca también la franja de Gaza y el Golán, expropiándose todos los terrenos necesarios por la fuerza bajo el pretexto de la "seguridad nacional" (199). Beguin no ha dejado ocasión en la que no manifestó su deseo y el deseo de su gobierno por proseguir con firmeza la construcción de más y más colonias nuevas en todas las zonas ocupadas desde 1967, a pesar de las protestas árabes y las presiones que se ejercen en contra desde el exterior.

En cuanto a la autonomía de la margen occidental y la franja de Gaza Israel en los tratados de Camp David se comprometió a dar a las poblaciones de estas zonas una autonomía. Mientras la OLP y los gobiernos árabes reclaman un estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza, Israel niega siquiera dar autonomía a las poblaciones de esas dos zonas. Al revés siempre manifiesta su deseo de anexionarlas definitivamente al estado de Israel, contrariamente a lo que estipulan los acuerdos de Camp David, a las resoluciones de la ONU, el derecho internacional, y todos los planes de mediación hasta el momento.

Beguin anunció el 3 de mayo de 1982 que Israel tiene intención de anexionar la ocupada margen occidental del Río Jordán y la franja de Gaza luego del establecimiento de una autonomía palestina. "De parte del gobierno anunció por este medio que cuando llegue el momento de la aplicación de la soberanía nacional a Judea, Samaria y el distrito de Gaza, continuaremos manteniendo la completa autonomía para los habitantes árabes

de esas áreas de la tierra de Israel", eso anunció Beguin ante el Keneset "Parlamento Israelí" usando las denominaciones bíblicas de los territorios ocupados en 1967. "Israel va pedir el derecho de anexar los territorios", indicó el vocero de Beguin, Uri Porath, al explicar las declaraciones del primer ministro. "Después de cinco años, todo el mundo presenta sus reclamos. La demanda de Israel es la de soberanía sobre ese territorio (200).

Se puede decir que Israel ha querido siempre imponer su ley de la fuerza, hizo de la fuerza su derecho. En la práctica no cree ni confía sino en la fuerza cuando la posee. Desde su creación no respeta el derecho internacional ni los convenios sino lo que a sus intereses convenga, a quien menos respeta es a quien debe su creación, en este caso, la ONU. Todas las resoluciones de la ONU las ha pasado por alto. No permite a las delegaciones de las organizaciones internacionales que inspeccionen dentro de Palestina ocupada sobre todo por sus faltas a los derechos humanos y su política discriminatoria contra los palestinos y demás árabes en las zonas ocupadas.

Aproximadamente veinte países africanos cortaron sus relaciones diplomáticas con Israel a raíz de la guerra de 1973, principalmente por su política racista agresiva y expansionista. Hoy día este estado sufre de aislamiento mundial, la única reserva que le queda es el bloque Occidental. Su actitud irresponsable por violar continuamente las normas del derecho internacional como el ataque al reactor nuclear iraquí "Tamuz", el 7 de junio de 1981, la anexión de las colinas sirias del Golán el 14 de diciembre de 1981 ocupadas desde 1967 y la invasión del Líbano el 6 de junio de 1982, empeoraron la situación en el Oriente Medio.

La opinión pública mundial denunció estas aventuras con repugnancia y en el seno de la ONU hubo en los últimos dos años una atmósfera hostil al estado de Israel sobre todo entre los países del Tercer Mundo y del

bloque socialista. El Consejo de Seguridad emitió el mismo mes, una resolución demandando a Israel la inmediata recisión de su anexión de las alturas del Golán y que la decisión de Israel de imponer sus leyes, jurisdicción y administración en las alturas del Golán es nula (201).

A principios de febrero de 1982, el gobierno israelí de Menachem Begin rechazó lo que calificó como "malintencionada recomendación" de la Asamblea General de las Naciones Unidas de sanciones a Israel por haber anexado las colinas del Golán. La Asamblea General aprobó el 5 de febrero de 1982 una resolución que dice que Israel "no es un estado miembro amante de la paz" y que otros miembros deberían cortar su ayuda militar y sus vínculos comerciales y diplomáticos con Israel como represalia por la extensión en diciembre de 1981 de la vigencia de las leyes israelíes a las colinas sirias del Golán (202). La ONU denunció también categóricamente la invasión del Líbano por Israel.

Su ataque al reactor nuclear "Tamuz" en Irak suscitó una ola masiva de condena mundial a ese acto, en el que Israel violó flagrantemente el derecho internacional.

El apoyo incondicional del que goza Israel por parte de los Estados Unidos a todos los niveles hace que Israel sea cada vez más tenaz y contrario a la paz. Este apoyo vino a frustrar todos los intentos de imponer sanciones a Israel por las Naciones Unidas debido al veto sistemático de E.E.U.U. en el Consejo de Seguridad, también E.E.U.U. fue contrario a todos los intentos que últimamente vinieron exigiendo los países del Tercer Mundo en el seno de las organizaciones dependientes de la ONU, en el sentido de expulsar a Israel de esos organismos como por ejemplo de la Agencia Internacional de Energía, cuando celebró en Viena su conferencia anual en septiembre de 1981 (203), pero en su última conferencia de Viena el 24 de septiembre de 1982, la A.I.E. decidió cancelar la membresía de

Israel para un año. También Irán presentó en la Asamblea General un proyecto de resolución apoyado por algunos países del Tercer Mundo, demandando la expulsión de Israel de las Naciones Unidas, el 26 de octubre de 1982. (204).

El apoyo incondicional de E.E.U.U. a Israel se refleja en las declaraciones del Presidente Reagan quien declaró que su país está "decidido a defender la seguridad y el bienestar de Israel, a pesar de ciertas divergencias pasajeras". "El compromiso a favor de Israel es un principio fundamental e inmutable de la política de Estados Unidos en Medio Oriente" (205). "Israel es el único aliado norteamericano de confianza en Oriente Medio", agregando que es "una barrera para la subversión soviética" (206).

Este apoyo sin límite hizo que Israel frustrara todos los esfuerzos elaborados en pro de una paz justa y duradera en Oriente Medio que no sean los suyos propios. Los países de la Comunidad Económica Europea hoy día ocupan un lugar secundario y sin importancia en la búsqueda de una solución, es verdad que los diez tienen en el Oriente Medio intereses pero no tienen política y E.E.U.U. les privó incluso de la iniciativa.

Parece que la iniciativa de Sadat a pesar del fracaso de los acuerdos de Camp David, animó a los gobiernos árabes a mostrar una postura más flexible, con concesiones generosas para una solución, lo cual se reflejó en el plan del entonces príncipe heredero de Arabia Saudí, Fahd. El "plan Fahd" propuso el reconocimiento del Estado de Israel a cambio de un estado palestino (207). Pero ese plan fue rechazado por Israel, al igual que el "plan Reagan" anunciado por el presidente de E.E.U.U. a principio de septiembre de 1982 (208). También Israel rechazó el plan propuesto en la duodécima cumbre de los jefes de estados árabes en el seno de la Liga de Estados Árabes celebrada en Fez (Marruecos), del 6 al 9 de septiembre de 1982.

Este plan reconocía implícitamente a Israel, garantizándole la paz, a cambio de retirarse de las zonas ocupadas y reconocer un estado palestino independiente, en Cisjordania.

Los acontecimientos de la actualidad están demostrando hasta qué punto Israel no quiere ni acepta, sino dictar su propia ley, la de la jungla, y queda por ver el resultado de esa política sumamente peligrosa, no sólo para la zona , sino para el mundo entero.

CONCLUSIONES

Termina así nuestra vision general, que a través de la cual, hemos seguido la historia de los conflictos en el Oriente Medio, a lo largo de su historia. De este estudio que contempla el desarrollo de los conflictos que allí habían surgido a partir de los primeros pobladores de Babilonia, con los primeros inmigrantes semitas hasta nuestros días. Se destaca un rasgo esencial, que es la continuidad de las rivalidades internas y los casi permanentes conflictos entre los grandes estados de la zona.

Se puede constatar que esta zona es la que cuenta con el índice más alto de conflictos que las demás zonas del mundo, las razones de tanto conflicto interno y externo pueden ser la diversidad racial y confesional por un lado y por el otro la situación geoestratégica de alta sensibilidad. Sin olvidar las altas reservas de crudo petrolífero que contiene el subsuelo del Oriente Medio. El petróleo como lo estamos viendo aumentó la competencia entre las grandes potencias, sobre todo, entre Estados Unidos y la Union Soviética, interesadas cada una en sacar de allí el mayor provecho posible. La verdad es que el antagonismo de intereses entre las potencias extranjeras repercutió en las situaciones internas de los países en la zona, aumentando a su vez el antagonismo político entre los gobiernos locales.

Los pueblos del Oriente Medio sufren la desunión desde la caída del Imperio Otomano a principios del siglo XX. Pero su agonía no sólo arranca de allí, sino mucho antes, su estancamiento científico y tecnológico frente a Europa durante los últimos tres siglos, hizo de ellos una presa fácil para ser víctima de las Capitulaciones económicas y las concesiones conseguidas por los países europeos en el Imperio Otomano. Todo esto les convirtió en un mercado de consumo para las fabricas europeas desde principios del siglo XIX.

La caída del Imperio Otomano y su desmembramiento durante la Primera

Guerra Mundial, produjo la llegada física de los colonizadores. La presencia de los ejércitos de ocupación de Gran Bretaña y Francia en el Oriente Medio era en el fondo un desafío, visto por los pueblos de la zona, como la novena cruzada europea. A raíz de esto sintieron la necesidad de unirse otra vez para salvarse de la avaricia franco-británica, y desde allí empezaron a tener eco las llamadas de los reformistas islámicos que llamaban a la unidad y el progreso desde finales del siglo XIX y principios del XX. Reclamaban la unidad sobre la base islámica, y el progreso, copiando de Europa las ciencias y la tecnología, pero sin perder la identidad propia, sobre todo, la cultural. Al lado de esta corriente islámica, nació la nacionalista, de tendencia socialista que se apartaba del Islam. Estas dos principales corrientes que operaban y operan hoy día en todos los países del Oriente Medio sin excepción, habían nacido como respuesta a los problemas internos y a la influencia de las potencias extranjeras.

Los intentos de los reformistas islámicos como: Jamāl al-Dīn al-Afḡānī, al-Shaykh Muḥammad Abdo, Mirza Ḥasan al-Shirāzī, Abd al-Raḥmān al-Kawākibī..., al igual que los nacionalistas y socialistas, en los diferentes países de la región, no han podido hasta el momento, sacar al Oriente Medio de sus problemas internos ni los con el exterior. La razón estriba en lo siguiente: primero el fracaso del nacionalismo que se apoyaba casi siempre en el socialismo, se debe a que los socialistas no han sido capaces de aplicar un programa socialista serio en una sociedad islámica contraria a los dos sistemas económicos reinantes en el mundo actual, en ninguno de los países donde se les ofreció la oportunidad; segundo la corriente islámica fue siempre duramente castigada por los regímenes locales instigados por Occidente o por la U.R.S.S. Los últimos enfrentamientos internos entre los regímenes y los movimientos islámicos de a principios de la década de 1980 en Marruecos, Túnez, Irak, Siria, Egipto y ultimamente Argelia, nos muestran el grado del duro castigo que

reciben estos movimientos.

Las últimas décadas se caracterizan por el aumento del antagonismo político-económico entre los regimenes de la zona, al que se anade una situación de incertidumbre ante todo de carácter político bastante critica en cuanto al futuro, y por otro lado la intensificación del enfrentamiento de los movimientos islámicos con la mayoría de estos regimenes - por haberse apartado del Islam, sean de derecha o de izquierda-, el ejemplo más característico lo vemos claramente en Egipto y el Irán. Entre los dos rivales y principales movimientos - el nacionalista y el islámico - que pretenden salvar al Oriente Medio de sus problemas internos (la desunión, el subdesarrollo y las dictaduras), y los externos (limitar la influencia de los dos bloques de poder del Este y sobre todo del Oeste), el de más porvenir a nuestro juicio será el islámico sin duda, debido a que posee la respuesta adecuada a esto problemas y por tener la capacidad de recuperarse. Siempre después de los golpes asistidos por los regimenes , se ha recuperado y levantado rápidamente de manera sorprendente, sobre todo después de las catastrofes de alcance general a lo largo de la historia islámica.

La conclusión que se puede sacar después de estudiar los conflictos actuales, tanto internos como externos en el Oriente Medio, es que las poblaciones de esta zona están tomando conciencia poco a poco de sus problemas con un intento de solucionar sus dificultades internas, y sacudir la tutela y la presión jamás conocida antes, producida por la influencia Occidental en muchos aspectos de la vida en esta parte del mundo.

El contacto entre la civilización islámica y la europea tiene un proceso histórico largo, pues , durante catorce siglos ha dado lugar a muchos encuentros positivos y provechosos para la humanidad tanto en el campo cultural como en el científico, y en los que la civilización islámica fué la parte donante. Pero al lado de estos encuentros positivos hubo otros negativos.

La diferencia entre los sistemas políticos basados en culturas diferentes dió lugar a choques violentos desde principios del siglo I de la hejira , VII de la cristiana. A lo largo de estos siglos las diferencias muchas veces se llavaron al campo de batalla, unas veces los choques violentos entre las dos civilizaciones se efectuaban en el continente europeo, otras veces en territorios pertenecientes al Islam, dependiendo esto, del grado de fuerza de uno y del debilitamiento del otro. El antagonismo socio-político ha hecho que las dos esferas culturales sigan enfrentandose. Occidente actualmente es la parte dominante y es la donanta en la ciencia y la tecnología, desde hace más de un siglo. Este dominio sobre el débil mundo islámico del Oriente Medio, lo ejercía Europa económicamente desde el siglo XIX, mientras su dominio político lo empezó a ejercer practicamente desde la expansión colonialista -finales del siglo XIX y principios del XX-.

El proceso de colonización y descolonización marcó de forma decisiva el desarrollo ulterior de la vida política de estos estados. Las potencias colonizadoras consiguieron en la mayoría de estos países romper el equilibrio de fuerzas, modificando por consiguiente las estructuras sociales y económicas como en el caso de Siria, Líbano y Arabia Saudita.

Muchos de los litigios internos -interconfesionales o internacionales-, y externos entre los diferentes estados en la región -como las reclamaciones territoriales- que surgen de cuando en cuando, tienen sus raíces en la época colonial o se deben en muchas ocasiones a la ingerencia de las grandes potencias en los asuntos internos de esos pequeños estados, a los que han dividido con el fin de seguirles dominando, y que nunca han respetado su estatalidad formal.

Es un hecho reconocido en la actualidad, que el Oriente Medio está siendo un escenario de la expansión occidental que ha encontrado resistencias no vencidas para implantar su propia civilización y cultura, a dife-

tencia de América y de Africa o el resto de Asia donde además se ejerce menor presión occidental. Esta imposición occidental en el Oriente se está ejerciendo a nivel cultural a través de los centros de enseñanza privados, los medios de comunicación y las misiones especializadas organizadas para la consecución de este fin; a nivel económico, a través del creciente comercio y las grandes inversiones, como en el caso del sector petrolero incrementó esta influencia y esta imposición; a nivel armamentístico la cuestión palestina, dió lugar a la inversión de grandes sumas de dinero para la compra de armamento por parte de los estados árabes, con el fin de defenderse frente al estado agresor, Israel. No hay lugar a duda de que la necesidad de conseguir armas principalmente de Occidente, hizo que los países árabes del Oriente Medio sean cada vez más pendientes de él. Las cifras escalofrantes invertidas por estos países en la compra de armamentos da muestra clara de esa relación de dependencia. Existen en la actualidad tres grandes problemas en el Oriente Medio: el primero es interno, consiste en combatir para eliminar los aspectos del subdesarrollo, y en eliminar las inadecuadas estructuras políticas antidemocráticas y no partidarias en su mayoría de la unión árabe y menos de la islámica; el segundo de estos problemas es el conflicto árabe-israelí en torno a la cuestión palestina, y es el más preocupante para los pueblos de la región; el tercero es el temor de estos países a que la región vaya a formar parte de una estrategia global en el conflicto Este-Oeste. La conexión del sistema regional del Oriente Medio con el sistema global -creación de las superpotencias hegemónicas- parece evidente, puesto que el tema del petróleo y de Palestina es durante los últimos años, en especial a partir de la guerra de Ramadan de 1973 uno de los temas esenciales de la política mundial.

En medio de esta marea de conflictos internos y de una influencia cada vez mayor principalmente Occidental, no exenta de un trato despreciativo,

el Oriente Medio intenta desperezarse a través del nacionalismo y el islamismo. Como he señalado en páginas anteriores, el nacionalismo fue arrinconado en las últimas dos décadas por el Islam revolucionario de contenido socio-político propio, con un sistema económico intermedio, ni capitalista explotador, ni comunista esclavizador.

Al no haber en estos países instituciones democráticas, a través de las cuales pueden canalizar sus actividades políticas, los movimientos fundamentalistas islámicos intentan entonces tomar el poder por la fuerza con el fin de imponer el sistema islámico "al sharfa".

En cuanto al despertar islámico, el cual, ha dado señales en los últimos años, sobre todo en los campos social, cultural y científico. Donde más se manifiesta la tendencia de revivir las enseñanzas y tradiciones islámicas en la sociedad, es en la clase media y baja, con especial insistencia en los centros de enseñanza media y en las universidades como en los casos de Egipto y el Irán.

Se llega a la deducción de que el Islam -con sus valores materiales y espirituales- es la respuesta más adecuada tanto a los problemas internos como los externos en la zona. El Islam -válido gracias a su flexibilidad, para todos los lugares y tiempos- es perfectamente aplicable en nuestra era, sin perder su peculiaridad, integridad y solidez. Lo que les falta a los musulmanes hoy, es aquél espíritu de inteligencia y sagacidad con las que sus antepasados interpretaban y aplicaban las mismas normas de acuerdo con su tiempo. Y ahí es donde reside el fondo de la cuestión.

El rechazo en la sociedad islámica de los valores occidentales, se explica no por el desprecio, sino por el hecho de tener aquella los suyos propios. Lo resiste por ver en la imposición de estos valores un reto que amenaza los suyos propios. Este desafío acompañado de una creciente influencia de las potencias hegemónicas, les pone entre la espada y la pared, obligan-

doles por lo tanto a elegir ante esa difícil prueba, o sucumbir o son capaces de mantener su independencia cultural tal como lo habían conseguido otras veces en el pasado.

Este enfrentamiento que influenciará el destino de los pueblos del Oriente Medio, les está sirviendo de estímulo para levantarse. Y a pesar de los continuos intentos de impedir el proceso por parte de las fuerzas reaccionarias (Israel y la mayoría de los regimenes locales) instigados principalmente por las superpotencias, los resultados de ese despertar han dado su primer fruto con el éxito de la revolución islámica en el Irán.

Los resultados inmediatos de dicha revolución fueron los siguientes: a nivel interno, sirvió de despertador para las masas oprimidas, estimulando los movimientos islámicos en varios países del mundo, en especial dentro de muchos países árabes a intentar seguir el ejemplo. Y enseñó a los pueblos de la zona a enfrentar la influencia de las grandes potencias a través de la lucha contra los regimenes locales, creando con su revolución un precedente que dió lugar rapidamente, a una serie de enfrentamientos internos en la mayoría de los países árabes; a nivel regional, rompió no solo el equilibrio de poder en la zona del golfo Pérsico, sino en toda la zona del Oriente Medio, donde puso en apuro a la mayoría de esos regimenes políticos frente a sus pueblos, desestabilizando a muchos de ellos, mencionamos como ejemplo el Irak y Egipto. La revolución islámica en Irán puso en juego los intereses occidentales no sólo en la zona del petroleo, sino en la totalidad de la región.

En realidad, se puede constatar que los resultados que tendrá la guerra irano-iraki, irán a repercutir en la evolución de ese renacimiento que ha continuado su marcha hasta el momento entre obstáculos y castigos, desde hace varias décadas.

En cuanto al conflicto árabe-israelí en torno a la cuestión Pales--

tina y que está enteramente ocupada por los sionistas a partir de la agresión de 1967. Israel ha anulado cualquier cosa que pudiera significar un progreso en el planteamiento de paz propuesto por el Consejo de Seguridad. ¿Pero acaso la resolución del Consejo de Seguridad puede conducir a la paz? Aparte de los obstáculos puestos por Israel para un camino hacia la paz, uno puede dudar seriamente de si la resolución o la misión Jarring hubiese podido llevar a un arreglo del conflicto árabe-israelí. La razón de esta duda no es difícil de descubrir. Pese a algunos aspectos positivos, la resolución del Consejo de Seguridad adolece de una insuficiencia inherente y fatal: busca una solución para poner fin al conflicto sin analizar previamente la raíz del problema, es decir, la cuestión palestina. Los palestinos han rechazado la resolución, debido a que dicha resolución busca fundamentalmente legalizar la usurpación israelí de su patria. En efecto, ¿qué es lo que ofrece la resolución a los palestinos en el sentido de desagravio a la serie de errores cometidos con el pueblo desde 1947?. Tan sólo ofrece la vuelta a las líneas del armisticio existente antes del 5 de junio de 1967. De cualquier forma, dicha medida, solamente solucionaría la situación hasta la última agresión israelí en junio de 1967, lo cual no resolvería el problema de Palestina. Tal y como ya ha sido mencionado, las líneas del armisticio de 1949 dejaron solamente un quinto del área total de la patria de los palestinos. La resolución también contiene en su final, y como una medida a largo plazo, una declaración sobre "la búsqueda de una solución justa para el problema de los refugiados". ¿Puede una declaración tan vaga como ésta ofrecer una reparación a los errores cometidos con Palestina?. La pregunta no abarca simplemente al problema de los refugiados. Las cuestiones implícitas son de índole más profunda y más fundamentales, y no serán resueltas por el hecho de ser ignoradas. El problema está referido al desarraigo del pueblo palestino y a la usurpación de su patria por gentes extrañas a esa tierra. En Noviembre de

1967, al Consejo de Seguridad debió parecerle que la "Cuestión Palestina" se resumía en un "problema de los refugiados". Hoy esto es imposible de concebir. La resistencia palestina ha defendido los derechos no sólo de los refugiados, sino de todo el pueblo de Palestina, y la resolución del Consejo de Seguridad, inadecuada como es, ha sido rebasada por los acontecimientos.

Las grandes potencias, con su apoyo a la Declaración Balfor, y las Naciones Unidas, con su resolución de la partición de Palestina, son las que han creado el problema palestino. Este problema, seriamente agravado en el año 1967, está todavía intacto y sin resolver. La solución de paz no parece visible. No existe una posibilidad de arreglo a través de un acuerdo entre las partes, por la razón obvia de que los israelíes no dejarán -sino por medio de la coerción- lo que tomaron en 1948, 1949 y 1967. De igual forma, no existe posibilidad de arreglo a manos de las grandes potencias y de las Naciones Unidas, si dicho arreglo aspira a la confirmación del "Fait accompli", más que a un ajuste de la situación sobre la base de los derechos y de la justicia. Hasta ahora las Naciones Unidas, aparte de su resolución, no han mostrado ninguna disposición a recurrir a su poder ejecutivo. Respecto a las grandes potencias, han demostrado tener un mayor interés en el establecimiento de una paz, siempre que estuviese condicionada a sus necesidades e intereses, pero no como tal restauración de la justicia. La paz sin justicia es algo ilusorio. Y la justicia requiere la anulacion de muchas cosas que fueron cometidas y el desagravio de muchos horrores que fueron cometidos en Palestina. La justicia en Palestina a nuestro modo de ver significa la vuelta de los palestinos a sus tierras y hogares usurpados y la fundación de su proprio estado sobre su propia tierra.

La reparación de los horrores llevados a cabo en Palestina necesita de la elaboración de una nueva fórmula para la paz. Dicha nueva fórmula requiere la toma y la efectiva puesta en marcha de tres medidas: la primera, la in

mediata e incondicional retirada de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados en la agresión de 1967; la segunda, la implantación de unas importantes resoluciones de las Naciones Unidas que reconozcan los derechos del pueblo palestino; y la tercera, el replanteamiento de la situación, incluyendo una reconsideración por parte de las Naciones Unidas de su resolución de la partición de Palestina en 1947. Tal replanteamiento y reconsideración pudiera muy probablemente llevar al establecimiento en Palestina de una nueva estructura política y democrática, libre de racismo y sionismo, que suplantaría al presente régimen ahora existente en la Tierra Santa. El desmantelamiento del Estado de Israel es inevitable, si de lo que se trata es de establecer una situación de justicia. Tal y como dijo Isaac Deutscher: "El Estado de Israel ha tenido explosivos- las injusticias cometidas a cientos de miles de árabes- arraigados en sus cimientos". Debe tenerse en cuenta que son los propios israelíes los que han colocado esos explosivos debajo de los cimientos de su estado.

La Asamblea General de las Naciones Unidas dio recientemente un nuevo paso hacia el ajuste de la extraña situación que ha prevalecido en Palestina desde 1948. En tres resoluciones adoptadas el 10 de Diciembre de 1969, 4 de Noviembre y 8 de Diciembre de 1970, la Asamblea General declaró que es un elemento indispensable en el establecimiento de una justa y duradera paz en Oriente Medio un total respeto hacia "los derechos inalienables" del pueblo palestino. Desgraciadamente el Gobierno de los Estados Unidos, influenciado más por los grupos de presión sionista-israelí que por las tradiciones de "honradez y justicia" del pueblo norteamericano, ha votado en contra de estas tres resoluciones, reduciendo con ello su efectividad. La puesta en marcha de medidas tendentes a reparar los perjuicios cometidos a los palestinos y las demás poblaciones de los territorios ocupados en el Golán, requieren el apoyo de los Estados Unidos y las demás potencias responsables de es

ta situación. Sólo debido a la ayuda militar, política y económica de los Estados Unidos Israel ha sido capaz hasta el momento de resistir ante cualquier medida a favor del ajuste de la trágica y explosiva situación del pueblo palestino.

Estas son, en esencia, las conclusiones que podemos sacar de esta tesis concluida con el problema palestino que dió lugar al conflicto árabe-israelí que ha convulsionado a todo Oriente Medio, y que seguirá convulsionando a toda esa área, e incluso al resto del mundo, mientras no se halle una solución que tenga en cuenta los derechos y la justicia para un pueblo.

NOTAS

- (1) Se denomina Calcolítico la fase de la evolución en la cual comienzan a utilizarse los metales, aunque todavía predomina el uso de la piedra.
- (2) Altos funcionarios por cuyos nombres se designaban los años en Asiria (no en Babilonia). Los epónimos, inicialmente designados por sorteo, eran nombrados más tarde de acuerdo con un orden determinado. También los reyes podían ser epónimos.
- (3) Jacobsen, T.H.: "The Sumerian King List", Assyriological Studies, Núm. 11, 76, Chicago, 1939.
- (4) Sobre la terminología ver, Los imperios del antiguo Oriente, Historia Universal, siglo XXI. N.º 2 pp. 143-4.
- (5) La mayoría de las exposiciones históricas dan la forma "Mesilim" como lectura convencional del nombre.
- (6) Aparecen tres títulos: lugal, en sumerio "hombre grande", que hay que traducir, según el equivalente acadio sharrum, como "rey"; en, aproximadamente "señor (sacerdote", y ensi, traducido convencionalmente por "príncipe" (la palabra contiene el término en, pero aún no está claro el significado exacto de la forma compuesta).
- (7) Eden significa "estepa" en sumerio. El alto-eden (an-edena) era un territorio rodeado por las ciudades de Uruk, Larsa, Badtibira y Zabalam y de mayor altitud que ellas.
- (8) Cf. Leemans, W.F.: Journal of the Economic and Social History of the Orient 3 (1960, pp. 23-30); Foreign Trade in Old Babylonian Times, Leiden, 1960, pp. 159-166.
- (9) Akkad es el nombre de la capital de Sargón. La parte septentrional de Mesopotamia, a la que dio su nombre la ciudad, se llama "País de Akkad". Agade es una grafía arcaica de Akkad.
- (10) Ver Jacobsen, T.H.: The Sumerian King List, pp. 10 y ss., VI, 28, VIII, 3.
- (11) Así debe leerse la inscripción publicada en el Archiv für Orient-fors—

chung, X, p. 281, de la cual acaba de hallarse una réplica (*Iranica Antigua*, tomo II/2, p.29): Dan es el ideograma de dannum y no debe añadirse al nombre propio, que sigue siendo E-lu-ul, variante del Elulu de la lista real.

(12) Es la lectura en lengua elamita del nombre que en acadio se escribía Puzurinshushinak.

(13) Es la zona de Gran Siria que incluye actualmente los siguientes estados: Siria, Libano, Jordania y Palestina.

(14) Citada en Jos. 19,6

(15) Una de las denominaciones que se dan al reino de Mitanni.

(16) Thotmosis III erigió una estela en el mismo lugar.

(17) Ver un análisis de la Batalla de Megiddo en NELSON, H.H.: *The Battle of Megiddo*, 1913; Faulkner, R.: *JEA*, 28 (1942), pp. 2 y ss.; YEIVIN, S.: *JNES*, 1950, pp.101 y ss.

(18) Para colecciones de listas de esta clase ver JIRKU, A.: *Die ägyptischen Listen palastinensischer und syrischer Ortsnamen*, 1937; SIMONS, J.: *Handbook for the study of Egyptian Topographical Lists, etc.*, 1937; cf. los estudios topográficos de NOTH, M.: *ZDPV*, 61 (1938), pp.26 y ss.; YEIVIN, S.: *JEA*, 34 (1950), pp. 51 y ss.

(19) EDEL, E.: *ZDPV*, 6069 (1953), pp. 97 y ss.; A.ALT, *ZDPV* 70 (1954), pp. 39 ss.

B. MAZAR en the *Military History*, pp 33 ss.

(20) Vea p. 78.

(21) HALLO, W.W.: "From Qarqar to Carchemish: Assyria and Israel in the Light of New Discoveries", *The Biblical Archaeologist*, 23 (1960), pp. 34-61.

(22) UNGNAD, A.: "Eponymen", *RLA*, vol. II, Berlín, 1938, pp. 412-457.

(23) WEINER, E.F.: "Der Vertrag Asarhaddons mit Ba'al von Tyros", *AFO*, 8 (1932-33) pp. 29-34.

(24) Servía ésta de estación de relevo para las caravanas y estaba fortifi-

cada.

(25) El nombre significa "Saltamontes" y aparece como Jundab ó Jundub Todavía en la época del Profeta Muhammad.

(26) Nestorios en el año 431 consideró que las dos naturalezas, la divina y la humana, estaban separadas en el señor Jesucristo. A raíz de esto se fundó en Oriente, en 431 la iglesia nestoriana que se separó de la iglesia bizantina, y tuvo acogida en Persia y tiene seguidores hoy día entre los asirios en Siria y Irak.

(27) BELADSORI, *Liber expugnationum regionum* (publicado por M.J. DE GOEJE), 137. El papel del sentimiento antiortodoxos al producirse la conquista de las provincias orientales es cuestión disputada, sobre todo al faltar casi completamente fuentes contemporáneas. CF. H. L.B. Moss, *the birth of the Middle Ages*. Londres, 1935, p. 150; VASILIEV, *ibidem* (nota 3), pp. 208 y ss.; S. RUNCIMAN, *A History of the Crusades*, t.I, Cambridge 1957, pp. 5 y ss., 20 y ss.; más reservado por el contrario A.H.M.JONES, *the Later Roman Empire*, t. II, Oxford, 1964, p. 1024; M. LICHTHEIM, "autonomy versus unity in the Christian East", en: *The transformation of the Roman World* Berkeley, 1966 pp. 138-141.

(28) Son los antepasados de los turcos.

(29) G.E. von GRUNEBAUM, "Der Islam", en: *Propyläen Weltgeschichte*, t. V, Berlín, 1963, p. 71.

(30) La teocracia en griego -dominio de Dios- es un régimen estatal donde ejerce el Gobierno el clero.

(31) W. Norden: "Papsttum und Byzanz", Berlín, 1903, pág.56.

(32) La escisión definitiva ("cisma") de las Iglesias, es decir, la formación de la Iglesia católica romana y de la Iglesia ortodoxa griega, debida a los diferentes destinos políticos y sociales de los países que integraban los Imperios romanos, Oriental y Occidental, tuvo lugar en 1054. Las diver-

gencias dogmáticas y rituales entre la Iglesia "latina" y la "griega" fueron insignificantes, a pesar de que precisamente ellas fueron desde el principio origen de encarnizadas polémicas entre los teólogos y los eclesiásticos de Occidente y Oriente. En estas disputas siempre se reflejaron las contradicciones políticas y los intereses de determinados sectores de la sociedad feudal de Occidente ("latina") y Bizancio ("ortodoxa"), y en particular las contradicciones originadas por el afán de ambas partes de imponer su dominio a los países eslavos del sur y del este.

(33) Claude Cahen: "Notes sur l'histoire des croisades et de l'Orient latin". "Bulletin de la faculté des lettres de l'Université de Strasbourg", 1950, núm. 2, pág. 121.

(34) V.I. Lenin: "Obras completas", t. III, pág. 159 (ed. rusa).

(35) Las 95.000 acciones no suscritas fueron tomadas, en mayo de 1860, por el Jedewi, que se hizo así propietario de 149.000 acciones del canal de Suez.

(36) Nayd: es el corazón de la península arábiga.

(37) La depuración no fue hecha en la doctrina tal como lo explica el profesor F.Moran, sino que en algunos inventos en la práctica.

(38) Aquí se refiere a la corriente nacionalista entre los árabes modernos, y no a la corriente islámica que desde el punto socioeconómico es incompatible con los dos sistemas: capitalismo y socialismo, en muchos aspectos, ya que tiene su propia originalidad.

(39) Vide un análisis detallado de esta política. E. Kedourie, "In the anglo-arab Labyrinth: the McMahon-Hussein correspondence and its interpretation, 1914-1939".

Cambridge University Press 1939. Para los antecedentes y desarrollo, P.M.Holt "Egypt and the Fertile Crescent, 1516-1922" London, Longmans, 1966.

(40) Anouar Abd el-Malek, "La pensée arab contemporaine". París, du Seuil, 1970.

- (41) Malcolm A Kerr, "The Arab Cold War: Abd al-Nasir and his rivals, 1950-1970". Oxford University Press, 1971.
- (42) PIERRE RENOUVIN: Historia de las Relaciones Internacionales. Tomo II, Volumen I, El Siglo XIX. Edi. Aguilar, Madrid 1969.
- (43) Vea anteriormente, Revolución Urabi Pasha, P. 285.
- (44) Palmerston decidió el cierre de los Estrechos y lo consiguió a través de la convención de Londres (13-julio-1841), la cual estipuló que "el paso de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos debe estar siempre prohibido a los barcos de guerra extranjeros en tanto la Puerta no se halle en guerra".
- (45) Sobre los orígenes de tal estatuto, véase el tomo I de "Historia de las Relaciones Internacionales" de Perre Renouvin. Ed. AGUILAR, Madrid.
- (46) Véase anteriormente pág., 334.
- (47) La alianza hecha entre los Estados balcánicos por el tratado secreto serbo-búlgaro del 13 de marzo de 1912 y el greco-búlgaro del 29 de mayo de 1912, fue en gran parte obra de Rusia. La guerra contra el Imperio otomano comenzó el 17 de octubre de 1912 y se concluyó con la firma en Londres del acuerdo el 30 de mayo de 1913.
- (48) Véase anteriormente, pág., 334.
- (49) Véase anteriormente, pág., 334.
- (50) Según la opinión de Goge Antonios en su libro "El despertar árabe", traducido por Naser al-Din al-Asad y Ihsan Abbas, Beirut, 1966 pa. 179. (en árabe).
- (51) Papeles de Muhib al-Din al-Jatib, el Cairo. Era una carta fechada el 2-Enero-1913, se la mandó Abel-Gani al-Arisi desde París a Muhib y que refleja la opinión de la sociedad.
- (52) Diez días después de entrar Turquía en la guerra, el gobierno turco designó a Yamal Pasha jefe del cuarto ejército estacionado en Siria, conseguir siendo ministro de la armada. Este ejército es el que hizo el ataque al canal

de Suez el 2-2-1915, bajo el mando de Yamal Pasha.

(53) No nos vemos en la necesidad de analizar todas las cartas, pero algunas por ser muy importantes, sobre todo la primera por reflejar las ambiciones y deseos de los arabes en aquellos momentos de la guerra.

(54) Summary of Historical Documents from the Outbreak of War betwwn Great Britain and Turkey, 1914, Arab Bureau, Cairo, p. 15.

(55) Esta carta es de suma importancia, porque más adelante cuando Inglaterra traiciona sus compromisos, los arabes consideran que esta carta fue la promesa más clara.

(56) Entre los documentos secretos del ministerio de asuntos exteriores, a los que permitió el acceso, se encontró un informe escrito por Lawrence de Arabia al ministerio en 1917, en el que dice textualmente "Tenemos que empujar a los arabes para arrancar sus derechos de Turquía, por la fuerza, así podemos acabar con el peligro del Islam, haciendo que declare la guerra a sí mismo desde dentro... Esto dará lugar a que se levanta un califa en el mundo arabe y el otro en Turquía, que los dos entraran en guerra religiosa, y así conseguimos acabar definitivamente con el peligro del Islam.

(57) Los dos partidos de nacionalistas arabes, el Fata (la joven) de civiles, y el Ahd (El Compromiso) de militares, se habfan unido en Damasco a principios de 1915.

(58) El britanico Gilbert Claiton en su informe al ministerio de exteriores del 8 de Diciembre de 1915 escribe las siguientes notas: "El hecho de que no existe un jefe arabe único para coordinar el movimiento arabe es algo ventajoso, más, es la valvula de seguridad principal contra la fundación de un estado arabe unido y fuerte. Si se puede ganar los jefes uno por uno a nuestro lado, satisfaciendo las ambiciones de su grupo, habríamos ganado una enorme ganancia y hemos quitado al enemigo un arma fuerte que utiliza contra nosotros" señalando que el principio de tratarles por separado es un princi-

pio muy importante que debemos cuidarlo porque evita levantar un estado arabe fuerte, y esto es lo que teme el gobierno británico de la India.

(59) El segundo ataque turco al canal de Suez fue a principios de agosto de 1916, pero no tuvo éxito y fracasó como el primero.

(60) De sus miembros son: El emir Ali, primer ministro, el emir Faisal ministro del interior, Aziz Ali al-Masri de guerra y jefe del ejército, pero ninguno de los ministros ejerció sus funciones de manera práctica por estar ocupados en la guerra.

(61) Mientras que las correspondencias oficiales que el jerife recibía del Alto Comisario y del representante de Bretaña en Yeda, escrita en arabe, todas le trataban con el título "Su Majestad", como por ejemplo la carta que mandó Wengt al jerife el 28 de agosto 1918, en la que repite la palabra "Su Majestad", siete veces.

(62) Era C.E. Wilson el primer responsable británico en el Hijaz, en cuanto a las cuestiones políticas y militares. Murió el año 1938.

(63) Esto es lo que declaró Fajri Pasha, después de caer prisionero. La nota del capitán Garlnd sobre su entrevista con Fajri Pasha el 6 de abril 1919- - P.R.O., F.O. 882/20.

(64) Entre los prisioneros turcos, en los distintos frentes había muchos oficiales y soldados arabs. El jerife pidió a Bretaña que se manden para aprovechar su experiencia en la revolución. Pero muchos de ellos cuando llegaron a Yeda supieron el fin y negaron que siendo musulmanes combatiesen a otros musulmanes refiriendo a los turcos.

(65) El 30 de septiembre 1919 el representante británico en Yeda al Alto Comisario en Egipto diciendo: "Se consiguió animar a los arabs, a declarar la revolución contra los turcos, la hemos nutrido y equipado para ayudar a los aliados a ganar la guerra. Se han dado muchas promesas al jerife y a otros, envueltos con ambigüedades, detras de muchos de esos compromisos, está

el concepto siguiente, "No importa nada, sino ganar la guerra". Algunos de esos compromisos se estan reclamando...". Sulaiman Musa "El movimiento arabe" pag. 338.

(66) P.R.O., F.O. 882/2.

(67) War Committee meeting, 16 Dec. 1915, Evidence of Lieut, -Col.

Sir Mark Sykes on the Arab Question, p. 3; GAB. 42/6.

(68) En una carta que manda Sykes desde Petrogrado, a Gray el 14 de marzo de 1916, le decia "tengo que agregar que cuando estaba en El Cairo me notificaron; el doctor Fares Nimr y al-Faruki que los árabes (musulmanes y cristianos) igualmente lucharan hasta el último hombre contra el apoderamiento judío de Palestina". P.R.O., F.O. 371/2767.

(69) Ormsby Gore. See: Shane Lesly, Mark Sykes, p. 288.

(70) En una nota del 10 de septiembre de 1919 que presentó la delegación árabe en París a la delegacion británica, venía que el acuerdo "expone al peligro la economía de este Estado, hasta el punto de que un viajero en el tren desde cualquier ciudad costera -Acre por ejemplo- a una ciudad en el interior como Alepo, tiene que atravesar más de 12 puntos aduaneros en un país pequeño como Siria. Este desmembramiento no viene por necesidad, y es tan extraña hasta ser imposible su justificación". Mientras que el príncipe Faisal dijo que los arabes consideran que este acuerdo "como una sentencia de muerte para ellos". -Notas de la reunion entre la delegación árabe y la británica, en Londres el 23 de septiembre 1919- B.D. IV, 375-7 and 413-418.

(71) Letter from the India Office to the F.O., 371/2767.

(72) Note by Clayton dated 10 March 1917 on F.O. 882/16.

(73) Telegram no. 257 dated 12 March 1917 from H.C. to E.O. and telegram No. 260 dated 14 March 1917 from F.O. to H.C.: P.R.O., F.O. 882/16.

(74) Idem. Telegram No. W. 609 of March 1917, from Wilson to Clayton.

(75) Wilson's letter with a post script of 22 March 1917: P.R.O., F.O. 882

/12.

(76) Telegram dated 9 Apr. 1917 from Wilson to Arbur: P.R.O., F.O. 882/12.

(77) Tlgrm No. 472 of 28 Apr. 1917 from Wingate to F.O., and tlgram No. 446 of 30 Apr. 1917 from F.O. to Wingate: P.R.O. 371/3054.

(78) F.O. 608/98

(79) Chistoper Sykes "Dos estudios en virtud", Collins, Londres, 1953, p. 225.

(80) Del discurso de Lloyd George en la Cámara de los Comunes en junio 1936: Cristoper Sykes, Two Studies in Virtue, Collins, London, 1953, p. 190.

(81) Los tres gobiernos dieron su consentimiento oficial a la Declaración Balfour: Francia el 14 de febrero de 1918, Italia el 9 de mayo de 1918, los Estados Unidos de América el 13 de agosto de 1918.

(82) Christoper Sykes, "dos estudios en virtud", Collins, Londres, 1953, p. 201.

(83) Christoper Sykes, "Dos estudios en virtud", Collins, Londres, 1953, pp. 223-4.

(84) Telegram No. 1032, P.R.O., F.O. 371/3054.

(85) Report of William Yale, American Agent, Cairo, dated 10 Dec. 1917.

Por eso se encuentra un expediente enorme en el Ministerio de Ex. británico lleno de telegramas sionistas, en cambio ni un sólo telegrama árabe de protesta, por ser impedidos por las autoridades británicas en los países árabes. F. O. 371/3054.

(86) Report of W. Yale, dated 24 Dec. 1917.

Dice Yale: que los sirios mandaron un telegrama a Balfour en el que dicen que para ellos "Palestina representa el corazón de Siria", pero -segun Yale- las autoridades británicas no mandaron este telegrama a Londres.

(87) Letter from Claton to Sykes dated 15 Dec. 1917: Sykes' Papers, St. Antony' Oxford.

- (88) Telegram No. 1418 dated 31 Dec. 1917: P.R.O., F.O. 371/3054.
- (89) Telegram No. 24 of 4 Jan. 1918-P.R.O., 1.O.371/3054.
- (90) Periódico "Al Quibla" No. 183.24 de marzo 1918.
- (91) En una carta personal entre los papeles de Hogart existentes en la facultad de Sant Antony en Oxford, escrita en Yeda el 10 de Enero de 1918.
 "... se me encargó a convencer al Jerife para que haga cosas que no desea, al menos no de la manera que yo quiero. Encuentro mi misión como quien sube una montaña, a pesar de su gentileza y sus frases como mi hijo, mi amigo... es de los diplomáticos más duros encima de la tierra en mi opinion, demuestr---
 tra su cariño por nosotros pero no puede ni quiere hacer lo que queremos".
- (92) Véase págs., 341-2.
- (93) Véase anteriormente p., 252.
- (94) véase pág. 279 y sgs.
- (95) Véase anteriormente p. 340.
- (96) La cual establecía, el objetivo de ambas potencias era la "completa y definitiva liberación de los pueblos que habían estado durante tanto tiempo oprimidos por los turcos, y la creación de los gobiernos y las administraciones nacionales, que deberían basar su autoridad en la libre expresión y en la iniciativa de las poblaciones indígenas".
- (97) Informe del capitán George Lloyd el 22 de Diciembre 1916. P.R.O., F.O. 686/6, part I.
- (98) Documents on British Foreign Policy, Vol. IV, p. 251.
- (99) Ahmad Kadri "Mis memorias sobre la Revolución Árabe". p. 99.
- (100) Mensaje de Faisal el 16 de febrero de 1919 (papeles del príncipe Zaid)
 El contenido de este mensaje se asemeja muchísimo a lo que anotó Lloyd George sobre ella en su libro: The Truth About The Peace Treaties, vol II, pp. 1043-1044.
- (101) Clayton to F.O., 21 Mayo 1919, tel. No. E.A. 2447, Ibid, p.265, note 3.

- (102) Col. French to Curzon, tel. No. 378 of 10 June 1919, B.D. IV, pp 311-3.
- (103) Meinertzhagen to Curzon, tel. No. 418, 3 sept. 1919, Ibid., p. 370.
- (104) Ibid., pp. 443-444.
- (105) Letter of 10 Oct. 1919, Ibid., pp. 451-2.
- (106) Amin Safd, Tomo II, pp. 93-94.
- (107) Al-Ahram, 5 de Febrero 1920, p. 3.
- (108) El texto del discurso está en el libro de Ahmad Kadri "mis Memorias de la Revolución Árabe", pp. 178-181, y Amin Safd, Tomo II, pp. 128-129.
- (109) El texto del consentimiento está en, Yusef al-Hakim, "Siria y el Tiempo Faisaliano", p. 143.
- (110) Allenby to Curzon, tel. No. 260 of 13 March 1920, B.D. XIII, pp. 224-5.
- (111) Curzon to Allenby, tel. No. 223, 13 of March 1920, Ibid., p. 225.
- (112) Papers Relating to the For. Relations of the U.S., vol. XIII, p. 95.
- (113) Curzon to Allenby, No. 200, 8 March 1920, B.D. XIII, p. 222.
- (114) Lloyd George, vol. 1, p. 622.
- (115) Allenby to Curzon, No. 559 of 9 June 1920; Ibid., p. 285. También Amin Safd, vol. I, p. 144.
- (116) Tel. de Faisal desde Damasco al Jerife, el 17 de Abril de 1920, "Se produjo un enfrentamiento en Jerusalén entre los musulmanes y cristianos por un lado y los judíos por el otro, y el saldo entre 400 muertos judíos y 100 entre musulmanes y cristianos" (papeles del príncipe Zaid). El mismo mes hubo una concentración de campesinos en Transjordania (Aylun) para atacar los británicos en defensa de sus hermanos palestinos, pero la aviación británica les atacó antes de cruzar el Jordán matando a muchos y bombardeando a sus pueblos, por lo que tuvieron que retroceder. "Historia de Jordania siglo XX", pp. 91-2.

- (117) Véase anteriormente p. 362 y ss.
- (118) De Abd al-Aziz ibn Saud a Versy Cocks, el 20 de julio 1916- F.O. 882 /8.
- (119) Batten to Curzon, Report dated 20 Feb. 1921, F.O. 686/27.
- (120) Tel. No. L. 19 of 11 Sept. 1921, F.O. 686/93.
- (121) Véase anteriormente pp. 341-2.
- (122) Véase "La verdadera guerra" de Richard Nixon, ex presidente de los Estados Unidos p.87.
- (123) Véase el libro del ex presidente de los EEUU Richard Nixon "La verdadera guerra" pp. 87-8. Edi. Planeta, España, 1980.
- (124) Véase anteriormente pp. 466-7.
- (125) Véase anteriormente p.476 y ss.
- (126) Véase anteriormente p. 424.
- (127) Véase el estudio teórico de Dan Diner, Israel in Palästina. Uber Tausch und Gewalt im Vorderen Orient, Königstein, 1980.
- (128) Véase el texto de la declaracion anteriormente p. 389-90.
- (129) Ronal Storrs, Orientations (Nicholson y Watson, Londres, 1945), p.340. Los sefardíes son los judíos orientales que habitaron en la parte mediterránea, a diferencia de los askenazíes que son judíos de origen eslavo.
- (130) Arthur Koestler, Promise and Fulfilment (Macmillan, Nueva York, 1949) p. 4.
- (131) Documents on British Foreign Policy 1919-1939, primera serie, vol. IV.
- (132) Para el texto de estas declaraciones y compromisos, véase Cmd. 5974, 16 de marzo de 1939 y también George Antonius, The Arab Awakening (Hamilton, Londres, 1938).
- (133) Véase anteriormente p. 428.
- (134) La tabla adjunta está tomada de una carta del Reverendo Charles T. Bridgeman al Trusteeship Council, 13 de enero de 1950. Datos oficiales de la A--

samblea General, quinta Sesión, Suplemento n. 9. Documento de las Naciones Unidas A/1286, p. 15.

(135) El informe de la Comisión del Reino fue suprimida y guardada en secreto durante tres años: Harry n. Howard, The King-Crane Commission (Khayats, Beirut, 1963), p. 221.

(136) Para la inmigración en Palestina, véase Statistical Abstract of Palestine (Oficina de Estadística del Gobierno de Palestina, 1941), p. 31.

(137) Ronald Storrs, op. cit., p. 341.

(138) Nahum Sokolov, History of Zionism, vol. I (Longmans, Londres, 1919), XXIV.

(139) Norman Bentwich, Palestine and the Jews (Kegan Paul, Londres, 1919) p. 195.

(140) Norman Bentwich, The Mandates System, (Longmans, Londres, 1930, p. 24.

(141) Cmd. 6018, 17 de mayo de 1939.

(142) Para los detalles sobre la campaña de violencia véase Gobierno de Palestina, A Survey of Palestine, vol. I, pp. 56-57; la Declaración Británica sobre los Actos de violencia, Cmd. 6873, 1946; también S.N. Fisher, The Middle East (Routledge y Kegan Paul, Londres, 1960), p. 579; G. Kirk, the Middle East 1945-1950 (Oxford University Press, Londres, 1954), pp. 209-213 y 218-223.

(143) Resolución 181 (II).

(144) Véase Gobierno de Palestina, Statistical Abstract, 1944-1945, p.42.

(145) Informe del Sub-Comité 2 al Comité Ad Hoc sobre la Cuestión Palestina, Documento de las Naciones Unidas A/AC 14/32, 11 de noviembre de 1947. Datos oficiales de la segunda sesión de la Asamblea General, Comité Ad Hoc, 1947, p. 291.

(146) Véase la cronología de los hechos anteriores al final del mandato en el Middle East Journal, vol. II (Instituto de Oriente Medio, Washington, D.C., 1918), pp. 215-221 y 229-332.

- (147) Gobierno de Israel, Government Yearbook, edición inglesa, 5712 (1951/1952), p. 315.
- (148) Maxime Rodinson, Israel and the Arabs (Penguin Books, London, 1968), p. 228.
- (149) John H. Davis, op. cit., pp. 57-60.
- (150) Glubb Pasha, The Middle East crisis (Hodder y Stoughton, London, 1967), p. 41.
- (151) Véase Middle East Journal, op. cit., pp. 215-221 y 329-332.
- (152) Jacques Reynier, A Jérusalem un Drapeau Flottait sur la Ligne de Feu, Editions de la Banconnière (Neuchatel, Suiza, 1950).
- (153) Traducción de Reynier, op. cit., p. 213.
- (154) S.N. Fisher, op. cit., p. 589.
- (155) Abraham Granovsky, Nationale Bodenpolitik, Praga, 1938, p.42.
- (156) Arthur Ruppín, Informe ante el XI Congreso Sionista, "Zionistische Kolonisationspolitik", Berlín, 1914, p. 15.
- (157) Adolf Böhm, Der Keren Kayement LeIsrael, p. 28.
- (158) Alfred BonnÉ, "Die Finanzierung des zionistischen Aufbaues in Palästina durch die Keren Hajessod", Finanzarchiv, vol. XLV, 1928 pp. 60ss., 76.
- (159) Alfred BonnÉ, Palästina-Land und Wirtschaft, p. 270.
- (160) Todas las cifras están tomadas de Ann Critlenden, "Israel's economic plight", Foreign Affairs, vol. 57, núm. 5, 1979, pp. 1005 ss.
- (161) Eliyahu Kanovsky, The economic impact of the Six-Day-War, Nueva York, Washington, Londres, 1970, pp. 8 ss.
- (162) Banco de Israel, Informe anual para 1966 (en hebreo), p. 233, citado por Kanovsky, The economic impact, p. 30.
- (163) Michael I. Handel, Perception, deception and surprise: The case of the Yom-Kippur-War, Jerusalem, 1976, p. 41.
- (164) Véase, entre otros, Jehoshua Porath, The emergence of the Palestinian-

Arab national movement, p. 25.

(165) Sobre la represión, Tom Bowden, The breakdown of public security. The case of Ireland, 1916-1921, and Palestina, 1936-1939, Londres, 1977, pp. 141 ss.

(166) Albert Hourani, Refugiados Arabes y el Futuro de Israel, The Listener, 28 de julio de 1949; S.G. Thicknesse, Arab Refugees (Real Instituto de Cuestiones Internacionales, Londres, 1949), p. 2.

(167) Para un estudio de la guerra palestina, véase Edgar O'Ballance, The Arab-Israeli war, 1948 (Faber, Londres, 1956) y Sir John Bagot, Glubb, A Soldier with the Arab (Hodder y Stoughton, Londres, 1959).

(168) Para más detalles Glubb Pachá Jenseits von Jordan, Munich, 1958, pp. 288 y ss.

(169) E.H. Hutchison, Violent truce, Nueva York, 1956, p. 105.

(170) Para más detalles, con pruebas y documentos, Ehud Ya'ari Mizrayim ve' hafedayin (Egipto y los Fedayin), Arab and Afro-Asian Monograph. Series, núm. 13, Givat Haviva, 1975 (en hebreo).

(171) Ibid., p. 16.

(172) La mejor exposicion del transfondo y desarrollo de la guerra de junio de 1967 sigue siendo la de Maxime rodinson, Israel and the Arabs. Harmonds--worth, 1968, pp. 70 y ss.

(173) Ibid., pp 184 y ss.

(174) Periodico Colombiano "el Espectador" 17-12-1981.

(175) Hans Kohn, Nationalismus und Imperialismus im Vorderen Orient, Francfort 1931, pp 220 ss.

(176) H.F.Frischwasser-Ra'anan, The frontiers of a nation. A re-examination of the forces which created the Palestine Mandate and determined its territorial shape, Londres, 1955, pp. 47.

(177) Coronel R. Meinertzhagen, Middle East diary, 1917-1956, Londres, 1959,

pp. 50, 135.

(178) Cf. Bar-Zohar, Ben Gurion, vol-111, p. 1166 Israel Beer, Bitahon israel -elmol, hayon, mahar (La seguridad de Israel - ayer, hoy, mañana), Tel Aviv, 1966, p. 127 (en hebreo).

(179) Israel Beer, Bitahon israel, p. 145.

(180) Zuhayr Mikdashi, A financial analysis of Middle Eastern oil concessions: 1901-1965, Nueva York, Washington, Londres, 1966, pp. 64 ss.

(181) Charles Issawi, "Coming changes in the world oil industry", Midway, verano de 1968 citado por Charles Issawi, Oil, The Wstand the Middle East, Washington, 1972, p. 45.

(182) Hannah Arendt, "Der zionismus aus heutiger Sicht", en Die verborgene tradition, Francfort, 1976, pp. 127 ss., 155.

(183) Shlomo Ahronson y Dan Horowitz, Haestrategia shel tagmul mevukar ha dugma ha'israelit (la estrategia de represalia limitada, el ejemplo de Israel), en Medina ve mimshal (Estado y Gobierno), vol. 1, número 1, 1971, pp. 77 ss. (en hebreo).

(184) Cf. para más detalles Ptrick Seale, the struggle for Syria. A study of post-war Arab politics, 1945-1958, Londres, Nueva York, Toronto, 1965, pp. 187 ss., 223.

(185) Citado en Davar, 16 de noviembre de 1958.

(186) Para más detalles Dan Diner, Israel in Palästina, pp. 149 ss.

(187) Edward Luttwak y Dan Horowitz, The Israelf army, Londres, 1975, p. 341.

(188) Ha'arez, 30 de septiembre de 1951.

(189) M. Massarrat, Wltenergieproduktion und die Neuordnung der kapitalistischen weltwirtschaft. Eine Analyse der Weltarbeitsteilung und der Neuverteilung des Reichtums, Francfort, 1980, p. 176.

(190) Crittenden, Israel's economic plight, p. 1011.

(191) Véase anteriormente p. 217 y ss.

- (192) Henry Kissinger "Mis memorias", p. 412. Edi. Atlantida, S.A. Buenos Aires.
- (193) Richard M. Nixon, ex Presidente de los Estados Unidos, "La verdadera guerra", Edi. Planeta, S.A., Barcelona 1980, p. 91.
- (194) El periódico colombiano "El tiempo", Bogotá, 1 del 12 de 1981.
- (195) El periódico colombiano "El tiempo", Bogotá, 10 de septiembre de 1981.
- (196) Para más detalles, Dri Ibrahim Shehateh, "Embargo del petróleo árabe", Estudios jurídico-políticos. Fundación de estudios palestinos, Beirut, 1975, p. 4 y ss. (en árabe).
- (197) El periódico colombiano "El tiempo", Jueves 2 de Julio de 1981.
- (198) Para más detalles. Mis memorias: de Henry Kissinger, PP. 886 y ss. Edi. Atlantida, S.A. Buenos Aires, 1979.
- (199) El periódico kuaití "La opinión pública" 3 de junio de 1982.
- (200) El periódico colombiano "El espectador", Bogotá, el 4 de mayo de 1982.
- (201) El periódico colombiano "El espectador", Bogotá 18 de diciembre de 1981.
- (202) El periódico colombiano "El Tiempo", 8 de febrero de 1982.
- (203) El espectador, 22 de septiembre de 1981.
- (204) "El País", 26 de Octubre de 1982.
- (205) El periódico colombiano "El Tiempo", 17 de febrero de 1982.
- (206) El periódico colombiano "El Tiempo", el 8 de febrero de 1982.
- (207) "El Tiempo", el 3 de noviembre de 1981.
- (208) "El País", el 2 de septiembre de 1982, Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- Robert, Strausz-Hupe, "Geopolítica: La lucha por el espacio y el poder", Editorial Hermes, Méjico, 1945.
- Kinder, Hermann. Hilgemann, Wermer, "Atlas Histórico Mundial", tomo, I y II. Ediciones ISTMO, Madrid, 1971.
- Libro Anual de las Naciones Unidas sobre Demografía, año: 1976 y 1977.
- Zaborov, Mijail. "Historia de las Cruzadas". Ed. Akal. España, 1979.
- Ladero Quesada, Miguel Angel, "Las Cruzadas". Edi. Moreton, S.A. España, Bilbao, 1972.
- Fernando Moran, M.Guernier, J.Muns, M.Sid Ahmed, A.Orfila, F.Peña, S.Bermudez de Castro, J.Grunwald, "Las Organizaciones Regionales en el Nuevo Orden Internacional". Ed. Instituto De Cooperación Internacional, Madrid, 1978.
- Biblograf S.A., "Atlas Histórico Integral". Barcelona, 1977.
- Wolfgang Benz, Hermann Graml, "Problemas mundiales entre los dos bloques de poder" Ed. Siglo XXI, historia universal, vol. 36. Madrid, 1982.
- Henry Cattán, "El problema palestino en pocas palabras". Ed. Fundamentos, Madrid. 1978.
- Henry Kissinger, "Mis Memorias". Ed. Atlantida, S.A., Buenos Aires, Argentina, 1979.
- Richard M. Nixon ex presidente de los Estados Unidos, "La verdadera guerra". Ed. Planeta, S.A., Barcelona, España, 1980.
- Julio Salom, "La Guerra Fría". Ed. Planeta, España 1975.
- El Rey Abdallah de Jordania, "Epoca de la Historia Jordana". Ed. Al-Dar Al-Muttahida Lilnashr, Beirut, Líbano.
- Grunebaum, Gustave E., "El Islam". Ed. Siglo XXI, historia universal, vol. 15. Mexico, Argentina, España, 1978.
- Claude Cahen, "El Islam". Ed. Siglo XXI, historia universal, vol.14. Mexico,

España, 1976.

- Sulaiman Musa, "EL MOVIMIENTO ARABE". La primera parte del renacimiento árabe moderno, 1908-1924. Ed. Dar al-Nahar. Beirut, Líbano 1970.
- Smith, G., "The Historical Geography of the Holy Land". London, 1895.
- Oliver, Carré, "El movimiento nacional palestino". Ed. Narcea, España, 1982.
- Al-Hakim, Omar, "Introducción a la ciencia geográfica". Imprenta de la Universidad Siria, Damasco, 1958.
- M. Vázquez Montalba, "Que es EL IMPERIALISMO", Biblioteca de Divulgación Política. Ed. La Gaya Ciencia. Barcelona, 1976.
- Jean Bottéro, Elena Cassin, Jean Vercoutter, "Los imperios del antiguo oriente". Ed. Siglo XXI, historia universal, vol. 2,3,4. México, España, 1970.
- Fergus Millar, "El imperio romano y sus pueblos limítrofes". Ed. Siglo XXI. historia universal, vol. 8. México, España, 1978.
- Pierre Grimal, "El helenismo y el auge de Roma". Ed. siglo XXI, historia universal, vol. 6. México, España, 1978.
- Franz Georg Maier, "Las transformaciones del mundo mediterráneo". Ed. Siglo XXI, historia universal, vol. 9. México, España, 1978.
- Hermann Bengtson, "Griegos y persas". Ed. siglo XXI, historia universal, vol. 5. México, España, 1972.
- Al-Amiri, Mohamed Adib, "Jerusalém Árabe". Ed. Casa de imprenta y edición. Amman, 1971.
- Ibn-Jaldun, Abdelrahman, "Almukaddimah". Ed. Resucitar la Tradición Árabe, Beirut.
- Al-Chandali, Rafik, "Arabización de Jerusalém y el supuesto Templo". Ed. Mint Press. Beirut.
- Rostovteef, M., "Caravan Cities". AMS. Pr. New York. 1932.
- Vicens Vives, J., "Tratado General de Geopolítica". El factor geográfico y el proceso histórico, editorial Vicens-Vives. Barcelona, 1972.

- Glueck, Nelson, "Dities and Dolpins, Story of the Nabataeans". FS & G. New York, 1965.
- Atencio, Jorge E., "Qué es la Geopolítica". Ediciones Pleamar. Buenos Aires, 1965.
- Pierre Renouvin, "Historia de las relaciones internacionales". Tomo II, vol. I y II. Ed. Aguilar, Madrid, 1969.
- J.C.Hurewitz, "Soviet-American Rivalry in the Middle East". Ed. Dar Al-Nafais, Beirut, 1971. (Traducido al árabe).
- Franz Georg, Maier, "Bizancio". Ed. siglo XXI, historia universal, vol. 13. Mejico, Argentina, España, 1977.
- Braidwood, R.J.: "Mounds in the Plain of Antioch", University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. XLVIII, Chicago, 1937.
- Braidwood, R.J y L.S.: "Excavations in the Plain Antioch", vol. I: "The Earlier Assemblages", University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LXI, Chicago, 1960.
- Egami, N.: "The Tokyo Iraq-Iran Expedition report I"; Telul-eth-tha-lathat, vol.I, Tokio, 1958.
- Jacobsen, E.: "The Sumerian King List", en Assyriological Studies, num. 11, Chicago, 1939.
- Langdon, St.: "Pictographic Inscriptions from Jemdet Nasr", Oxford Editions of Cuneiform Texts, vol. VII, Oxford, 1928.
- Cameron, G.G.: "History of Early Iran", Chicago, 1936.
- "Sumerer und Semiten in der frühen Geschichte Mesopotamiens", Genova, serie nueva, 8 (1960), 9-26.
- Thureau-Dangin, F.: "Die sumerischen und akkadischen Königsinschriften", I, Leipzig, 1907.
- Barton, G.A.: "The Royal Inscriptions of Sumer and Accad", New Haven, 1929.
- Jacobsen, Th.: "The Assumed Conflict between Sumerians and Semites", Jour-

- nal of the American Oriental Society, 59 (1939). 485-495.
- "The Waters of Ur", Iraq, 22 (1960), 174-185.
 - Bottero, J.: "Désordre économique et annulation des dettes en Mésopotamie à l'époque paléo-babylonienne", Journal of Economic and Social History of the Orient, 4 (1961), 113-164.
 - "The Early History of the West Semitic Peoples", Journ of Cuneiform Studies, 15 (1961), 27-47.
 - Hinz, W.: "Persia C. 1800-1550", Cambridge Ancient History, nueva edición, vol. II, cap. VII (1964).
 - Kupper, J.R.: "Les nomades en Mésopotamie au Temps des rois de Mari", París, 1957.
 - Goetze, A.: "The Kassite and Near-Eastern Chronology", en Journal of Cuneiform Studies, vol. XVIII, 1964, pp. 97-101.
 - ElWally, F.: "Synopsis of Royal Sources of the Cassite Period", en Sumer, vol., IX, pp. 21-34.
 - Luckenbill, D.D.: "Ancient Records of Assyria and Babylonia", vol. I, Chicago, 1926.
 - Garstang-Gurney: "The geography of the Hittite Empire", 1959.
 - Soden, W.v.: "Sumer Babylon und Hethiter bis zur Mitte des zweiten Jahrtausends v.Chr.; Der Nahe Osten im Altertum", en Propyläen Weltgeschichte, vols. I y II, 1961-62.
 - Goetze, A.: "Hethiter, Churriter und Assyrer", 1936.
 - Houwink Ten Gate, Ph.H.J.: "The Records of the Early Hittite Empire (C.1450-1380 b.C.)", 1970.
 - Rowton, M.B.: "The Background of the Treaty between Ramesses II and Khattusilis III", en JCS, 13, 1959.
 - Maag, V.: "Syrien-Palästina", en Kulturgeschichte des Alten Orients, publicada por H.Schmoekel, 1961, pp. 448-604.

- Olmstead, A.T.: "History of Palestine and Syria", 1931.
- Albright, W.F.: "The Biblical Period From Abraham To Ezra", 1963.
- Aldren, C.: "New Kingdom Art in Anciente Egypt during the XVIII Dynasty", 2^a ed., Londres, 1961.
- Barguet, P.: "Le Temple d'Amon-Ré á Karnak". Essai d'exégèse, El Cairo, 1962.
- Donner, H., y Rollig, W.: "Kanaanäische und aramäische Inschriften". vols. I - II. Wiesbaden, 1962-64 (en abreviatura KAI).
- Luckenbill, D.D.: "Ancient Records of Assyria and Babylonia". vols. I y II. Chicago, 1926-27 (en abreviatura ARAB).
- Albright, W.F.: "Syrien, Phönizien und Palästina", en Historia Mundi, vol.II Munich, 1953, pp. 331-376.
- Pirenne, J.: "Arabie préislamique", en Encyclopédie de la Pléiade. Histoire de L'art 1. París, 1961, pp. 899-929.
- Weiss Rosmarin, T.: "Arabi und Arabien in den babylonischassyrischen Quellen (Disertación Würzburg, 1931)", Nueva York, 1932.
- Bell, H.J., "Egypt from Alexander the Great to the Arab Conquest". Oxford, 1948.
- Milne, J.G., "A History of Egypt under Roman Rule". Londres, 1924.
- Rostovtzeff, M.: "The social and economic History of the Hellenistic world", 3 vols. Oxford, 1959. (Hay Trad. española : "Historia social y económica del mundo helenístico". Ed. Espasa-Calpe.).
- Svend, A., Pallis, A.: "A history of Babylon from 538 to 93 B.C."; en: Mélanges Pedersen, pp. 275-294.
- Philips, W., "Katäba und Saba". Francfort, 1955.
- Caskel, W.: "Lihyan und Lihyanisch (Arbeits gemeinschaft für Forschung des Landes Nordrhein-Westfalen, Gesisteswiss., N.4 ap.)". Colonia y Opladen, 1954.
- Brunt, P.A.: "Pay and Superannuation in the Roman Army", Papers of the Bri-

tish School at Rome, 5 (1950), 50.

- Cheesman, G.L.: "The Auxilia of the Roman Imperial Army". Oxford, 1914.
- Gagé, J.: "La montée des Sassanides" (París, 1964), 338 pp., lleva un resumen de los acontecimientos y Traducciones de diversas fuentes.
- Barisic, H.: "Le Siège de Constantinople par les Avars et les Slaves en 626", en: Byzantion, 24 (1954), pp. 371-395.
- Caetani, L.: "Annali deLL' Islam", 10 vols. Milán, 1905-1926.
- Gibb, H.A.R.: "Mohammedanism: An Historical Survey", 2^a ed. Londres, 1953.
- Hitti, Ph.K.: "History of the Arabs", 7^a ed. Londres, 1961.
- Lammens, H.: "Estudes sur le siècle des Ommayades", Beirut, 1930.
- Lewis, B.: "The Arabs in History", Londres, 1950.
- Spuler, B.: "Geschichte der islamischen Länder (Handbuch der Orientalistik, t. VI)", Leiden, 1952-1953.
- Lewis, A.R.: "Naval Power and Trade in the Mediterranean, A.D. 500-1100", Princeton, 1951.
- Ebersolt, J.: "Orient et Occident", 2^a ed. París, 1954.
- Rijasingh, A.: "The Fate of Henri Pirenne's Thesis on the Consequences of de Islamic Expansion", en: Classica et Mediaevalia, 13 (1952), pp. 87-130.
- Claude Cahen, "Capítulos de historia musulmana", Ed. Perroy, Le Moyen Age, en Histoire générale des Civilisations, 3, París, 1955.
- Dominique Sourdel y Janine Sourdel-Thomine, "La civilisation de L'Islam Classique", París, 1968, exposición excelente enriquecida con notables ilustraciones perfectamente explicadas.
- Bernard Lewis, "Les Arabes dans L'histoire", Neuchatel, 1954, traducción francesa de un original inglés después reemplazado por una segunda edición -1968- (existe también en español); breve pero estimulante.
- Bertold Spuler, "Geschichte der islamischen Länder", 1, Die Chalifenzeit, 11 Die Mondolenzzeit, en Handbuch der Orientalistik, 1, 6, 1-2, Leidenköl, 1953;

corto pero práctico.

- W.Barthold.: "Turkestan down to the Mongol invasion", Londres, 1928.
- Bertold Spuler.: "Iran in frühislamischer Zeit", Wiesbaden, 1952 (hasta principios del siglo XI).
- G.Wiet, "Precis d'Histoire de L'Egypte", II, El Cairo, 1932.
- Para la concordancia de las fechas musulmanas y cristianas, la obra base es F.Wüstenfeld, en la revisión de Mahler, Vergleichungs-Tabellen zur muslimischen Zeitsrechnung, Wiesbaden, 1961.
- "Unity and Variety in Muslim Civilisation", miscelánea publicada por Gust. E.Von Grünebaum, Chicago, 1955.
- Ahmad Amin, "Faṣṣ al-Islam, Duḥa al-Islam, Zuḥr al-Islam", 7 vols., El Cairo, 1942-1949.
- Gust. E. Von Grünebaum, "L'Islam médiéval", París, 1964; Trad. francesa mediocre de una obra esencial cuyas ediciones inglesa y alemana son preferibles.
- S.D.Goiten, "Jews and Arabs, Their contacts through the ages", Nueva York, 1955.
- Franz Rosenthal, "A History of Muslim Historiography" 2^a edic., Leiden, 1968.
- "Historians of the Middle East", ed. B.Lewis y P.M.Holt, Londres, 1962.
- Wilhelm Heyd, "Histoire du commerce du Levant", 2 vols., trad. francesa, París 1885; reimpr., 1955.
- Leone Caetani, "Annali dell'Islam", 10 vols, Milán, 1905-1926, da una relación detallada de todas las fuentes entonces accesibles para el estudio del período 622-661; Cronografía dell'Islam, para el período omeya: da la referencia en las fuentes, acontecimiento por acontecimiento.
- Claude Cahen, "Points de vue sur la Révolution abbaside", en Revue Historique, 1963; Leçons d'histoire musulmane, París, Centre de Documentation Universitaire, 1957.
- GHolam H.Sadigui, "Les mouvements religieux iraniens", au II et au III siècle,

París, 1938.

- Mohsen Azizi, "La dominacion arabe et L'épanouissement du sentiment national en Iran", París, 1938.
- A. Mahid, "Nuzum al-Fatimiyyin", 2 vols., El Cairo, 1955.
- Rashid al-Barawi, "Hayat Misr al-Iqtisadiya fi áhd al-Fatimiyyin", El Cairo, 1968.
- CL. Cahen, "Preottoman Turkey", Londres, 1968.
- "A History of the Crusade", ed. Kenneth M. Setton, aparecidos ya dos volúmenes en Filadelfia, 1958-1962.
- Steven Runciman, "A History of the Crusades", 3 vols., Cambridge, 1951-1954.
- René Grousset, "Historia de las Cruzadas", Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1960.
- Hans L. Gottschalk, "al Malik al-Kamil", Wiesbaden, 1958.
- Jean Sauvaget, "Alep", 2 vols., París, 1941, es importante para este período de las Cruzadas.
- Nikita Eliseeff, "Nur al-Din", 3 vols., París, 1967.
- Bernard Lewis, "The Assassins", Londres, 1968.
- Marshall G.S. Hodgson, "The Order of the Assassins", La Haya, 1955.
- Normand Daniel, "Islam and the West, the making of an image", Edinburgo, 1964.
- Alphandery, P. y Durpont, A., "La Cristiandad y la idea de Cruzada" U.T.E.H.A. Mexico, 2 vols.
- K. M. Setton, "A History of the Crusades", University of Pennsylvaniz Press, 1955.
- Lamb Harold, "Historia de las Cruzadas", Buenos Aires, Ed. Juventud Argentina, 1947.
- Bertold Spuler, "Die Monglen in Iran", 3^a ed. Berlin, 1968.
- Henri Laoust, "Essai sur Les doctrines dibn Taimiyya", El Cairo, 1939.
- Ira M. Lapidus, "Muslim Cities in the Later Middle Ages", Cambridge Mass, 1967.
- David Ayalon, "Gunpowder and Firearms in the MamLuk Kingdom", Londres, 1956.

- Ahmad Darragh, "L'Egypte sous Le règne de Barsbay", Damasco, 1961.
- Paul Wittek, "The Rise of the Ottoman Empire", Londres, 1938.
- M. Fuad Köprülü, "Les origines de L'Empire Ottoman", Paris, 1937.
- R. S. Serjeant, "The Portuguese of the South Arabian Coast", Cambridge, 1967.
- Adivar, Abdulhak Adnan, "La science chez les Turcs ottomans", Paris, 1939.
- Ahmad, Feroz: "The Young Turks; the Committee of Union and Progress in Turkish politics, 1908-1914", Oxford, 1969.
- Anderson, Matthew S.: "The Eastern question, 1774-1923", Londres, 1966.
- Atatürk, Mustafa Kemal : "A speech, delivered... 1927", Estambul, 1963.
- Duda, Herbert W.: "Von Kalifat zur Republik", Viena, 1948.
- Lewis, Bernard ; "The emergence of modern Turkey", Londres, 1961.
- Pitcher, D.: "A historical geography of the Ottoman Empire from the earliest times to the end of the 16. century", Leiden, 1968.
- Runciman, Sir Steven : "The fall of Constantinople, 1453"; Cambridge, 1965.
- Stripling, George William Frederick : "The Ottoman Turks and the Arabs, 1511-1574", Urbana, III., 1942.
- "The Cambridge history of Iran", Vol. I: "The Land of Iran", al cuidado de William B. Fisher, Cambridge, 1968.
- Bayani, Khanbaba K.: "Les relations de L'Iran avec L'Europe occidentale & L'époque Safavide ...", Paris, 1937.
- Bellan, Lucien Louis: "Chah Abbas I", Paris, 1932.
- Lockhart, Larence, "The fall of the Safavi dynasty and the Afghan occupation of Persia", Cambridge, 1958.
- Wilson, Arnold T.: "The Persian Gulf", 2 ed. Londres, 1959.
- Tadhkirat Al-Muluk: "A manual of Safavi administration", trad. y comentarios de V. Minorsky, Londres, 1943.
- Algar, Hamid: "Religion and state in Iran, 1785-1906", Berkeley, 1969.
- Avery, Peter: "Modern Iran", Nueva York, 1965.

- Banani, Amin: "The modernization of Iran", 1921-1941, Stamford, 1961.
- Browne, Edward G.: "The Persian revolution of 1905-1909", Cambridge, 1910.
- Cottam, Richard: "Nationalism in Iran", Pittsburgh, Pensilvania, 1964.
- Elwell-Sutton, Laurence Paul, "Persian oil, a study in power politics", Londres, 1955.
- Entner, Marvin L.: "Russo-Persian commercial relations, 1828-1914", Gainesville, Florida, 1965.
- Greaves, Rose Luise: "Persia and the defense of India, 1884-1892", Londres, 1959.
- Kazemzadeh, Firuz, "Russia and Britain in Persia, 1864-1914", New Haven, 1968.
- Keddie, Nikki R.: "An Islamic response to imperialism", Berkeley, 1968.
- "Religion and rebellion in Iran", Londres, 1966.
- Lenczowski, George: "Russia and the West in Iran, 1918-1948", Itaca, Nueva York, 1949.
- "Die soziale Revolution Irans", Düsseldorf, Colonia, 1967.
- Abdel-Malek, Anouar: "Egypte société militaire", 1967.
- "L'Egypte; impérialisme et révolution", París, 1967.
- Dann, Uriel: "Iraq under Qassem", Nueva York, 1969.
- "Syria; a short history", Nueva York, 1959.
- Holt, Peter M.: "Egipte and the Fertile Crescent, 1516-1922", 2ª ed. Itaca, Nueva York, 1967.
- "Syria and Lebanon", nueva ed., Beirut, 1968.
- Hopkins, Harry: "Egypt the crucible", Londres, 1969.
- Khadduri, Majid: "Independent Iraq, 1932-1958", Londres, 1960.
- Lenczowski, George: "The Middle East in world affairs", 3ª ed., Itaca, Nueva York, 1962.
- Longrigg, Stephen, H.: "Four centuries of modern Iraq", nueva ed., Beirut, 1968.

- "Arabia of the Wahhabis", Londres, 1928.
- Sachar, Howard Morley: "The emergence of the Middle East", Nueva York, 1969.
- Stein, Leonard: "The Balfour Declaration", Londres, 1961.
- Sykes, Christopher: "Cross roads to Israel", Londres, 1965.
- Tibawi, Abdul Latif: "A modern history of Syria, including Lebanon and Palestine", Londres, 1969.
- Vatikiotis, Panayiotis J.: "The modern history of Egypt", Nueva York, 1969.
- Winder, Richard Bayly: "Saudi Arabia in the 19. century", Nueva York, 1966.
- Jalil Mustafa, : "La caída del Golan", Ed. Dar aliftisam, El Cairo, 1980.
- Sad Yunma, : "La sociedad del odio", Ed. Dar al-Katib al-arabi, Beirut, (sin fecha).
- Alfred M. Lilienthal, : "The Zionist Connection", Ed. Dar al-Ilm, Beirut, 1979, (traducido al arabe).
- Abdallah al-Tal, : "El peligro del judaismo mundial al cristianismo y al Islam", Ed. La oficina islámica, 3 ed., Beirut, 1979.
- Doris Musalem y Zidane Zéroui, : "Iran-Iraq, guerra, política y sociedad", Ed., Nueva imagen, México, 1982.
- "Los palestinos y sus derechos", Coloquio de los juristas árabes sobre Palestina. Ed., Fundamentos, Caracas, Madrid, 1978.
- Angel París, : "Árabes y judíos: ¿imposible la paz?". Ed., Fundamentos, Caracas, Madrid, 1982.
- L. Garruccio, : "La era de Kissinger", Ed., Labor, Barcelona, 1977.
- M. E. Jouin, : "Los Protocolos de los Sabios de Sion", Ed., Epoca, México, 1979.
- Henry Ford, : "El judío internacional", 6, ed., Epoca, México, 1979.
- Miles Copeland, : "The Gam of Nations", Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1969. Traducido al arabe.
- Omar Hulaik, : "Moscu e Israel", Ed., al-Saudia Lilnashr, (sin fecha).

- Sami Dasuki: "El Canal de Suez después de tres guerras", Ed. Dar al-Kadaya, El Cairo, 1975.
- Munib al-Madi y Sulaiman Musa: "Historia de Jordania en el siglo XX". Aman, 1959.
- Sabry: "L'Empire égyptien sous Mohammad Ali", documents, París, 1930.
- Salah Madani: "La Syrie sous l'Occupation égyptienne", París, 1952 (Tesis dactilografiada).
- Chirol: "The Middle Eastern Question. Problems of Indian Defence", París, 1903.
- N. Howard: "The Partition of Turkey, 1913-1923", Normau, 1931.
- E. Kedouré: "England and the Middle East. The destruction of the Otoman Empire, 1914-1921", Londres, 1956.
- N. Bentwich: "England in Palestine", Londres, 1932.
- F. Cataluccio: "Storia del nazionalismo arabo", Milán, 1939.
- F. L'Huillier: "Fondements historiques des problèmes du Moyen-Orient", París, 1958.
- Allen, Richard: "Imperialism and nationalism in the Fertile Crescent". "Sources and prospects of the Arab-Israeli conflict", Nueva York, 1975.
- Kosut, Hal, comp.: "Cyprus, 1946-1968", Nueva York, 1970.
- Markides, Kyriacos C.: "The rise and fall of the Cyprus republic", New Haven, 1977.
- Moore, John Norton, comp: "The arab-israeli conflict", Princeton, 1977.
- Polyviou, Polyvios G.: "Cyprus in search of a Constitution. Constitutional negotiation and proposals, 1960-1975", Nicosia, 1976
- Sharabi, Hisham Bashir: "Nationalism and revolution in the arab world", Princeton, 1966.
- Tophoven, Rof: "Fedayin, Guerrilla ohne Grezen. Geschichte, soziale Struktur und politische Ziele der palästinensischen Widerstandsorganisationen."

Die israelischen Konter-Guerilla", Francfort, 1974.

- Abel Malek, Anwar: "Ägypten: Militärgesellschaft", Francfort, 1971.
- Antonius, George: "The Arab awakening. The story of the Arab national movement", Beirut, 1955.
- Ben Barka, Mehdi: "Revolutionäre Alternative", Munich, 1969.
- Be'eri, Eliezer: "Army officers in Arab politics and society", Nueva York, 1970.
- Gabby, Ronny: "Communism and agrarian reform in Iraq", Londres, 1978.
- Halliday, Fred: "Arabia without sultans", Harmondsworth, 1975.
- Kerr, Malcolm: "The Arab Cold war 1958-1964. A study of ideology and politics" Londres, Nueva York y Toronto, 1965.
- Kischli, Muhammad: "Kapitalismus und Link im Libanon", Francfort, 1970
- Levi, Reuben: "The social structure of Islam", Cambridge, 1969.
- Muhammad, Morsy Abdullah: "The United Arab Emirates. A modern history", Londres y Nueva York, 1978.
- Philby, St. John: "Saudi-Arabia", Beirut, 1968.
- Rodinson, Maxime: "Les arabes", Paris, 1979 (Los árabes, Madrid, Siglo, 1981)
- Seale, Patrick: "The struggle for Syria. A study of post-war Arab politics, 1945-1958", Londres, Nueva York y Toronto, 1963.
- Steinhaus, Kurt: "Soziologie der Türkischen Revolution", Francfort, 1969.
- Tibi, Bassam: "Militär und Sozialismus in der Dritten Welt. Allgemeine Theorie und Regionalstudien über arabische Länder", Francfort, 1973.
- "Nationalismus in der Dritten Welt am arabischen Beispiel", Francfort, 1973.
- Vatikiotis, P.J.: "Nasser and his generation", Londres, 1978.
- Ansprenger, Franz: "Juden und Araber in einem Land", Maguncia y Munich, 1978.
- Aronson, Shlomo: "Conflict and bargaining in the Middle East. An Israeli perspective", Baltimore y Londres, 1978.
- Baker, Henry E.: "The legal system of Israel", Jerusalem, 1968.

- Bethell, Nicholas: "Das Palästina-Dreieck. Juden und Araber in Kampf um das britische Mandat, 1935-1948", Frankfurt, Berlin y Viena, 1979.
- Brecher, Michael: "Decisions in Israel's Foreign policy", Londres, 1974.
- John Bunzl, comp.: "Israel/Palästina. Klasse, Nation und Befreiung im Nahost-Konflikt", Hamburgo, 1980.
- Burns, E.L.M.: "Between Arab and Israeli", Londres, 1970.
- Davis, Uri y Morton Mezvinsky: "Documents from Israel, 1967-1973", Londres, 1975.
- Diner, Dan: "Israel in Palästina. Über Tausch und Gewalt im Vordern Orient" Königstein, 1980.
- Elon, Amos, "Die Israelis", Viena, 1971.
- Gerles, Sabi y Eli Löbel: "Die Araber in Israel", Munich, 1970.
- Glubb, John B.: "Jenseits vom Jordan", Munich, 1958.
- Granott (Granovsky): "Abraham, Um den Boden Palästinas", Jerusalem, 1936.
- Handel, Michael I.: "Israel's political-military doctrine", Cambridge (Mass.) 1973.
- Hosselstein, Walter: "Kein Frieden um Israel", Bonn, 1977.
- Hutchison, E.H.: "Violent truth", Nueva York, 1956.
- Kanovsky, Elyahu: "The economy of the Israeli kibbutz", Cambridge(Mass), 1966.
- Love, Kenneth: "Suez-the twice fought war", Londres, 1970.
- Luttwak, Edward y Dan Horowitz: "The Israeli army", Londres, 1975.
- Rodinson, Maxime: "Israel and the Arabs", Harmondsworth, 1968.
- Schiff, Ze'ev: "October earth quake, Yom Kippur, 1973", Tel Aviv, 1974.
- Wagner, Heinz: "Der arabisch-israelische Konflikt im Völkerrecht", Berlin, 1971.
- Sulaiman Musa: "Las correspondencias históricas 1914-1918 de la Gran Revolución Árabe", Ed. Ministerio de Cultura, Amman, 1973.

- Mahmud Al-Abidi: "El desastre de Jerusalén", Ed. Ministerio de Asuntos Religiosos, Amman, 1969.
- Sulaiman Musa: "Páginas olvidadas (negociaciones del Tratado entre el Jerrife Hussein y Gran Bretaña) 1920-1924". Ed. Ministerio de Cultura, Amman, 1977.
- Whitake, B.: "The fourth world victims of group oppression", New York, Schocken Books, 1973, 342 págs.
- Isnard, H: "Géographie de la descolonisation", París, PUF, 1971, 224 págs.
- Cohen, Saul Bernard: "Geography and Politics in a World divided", (2 ed.), New York, Oxford University Press, 1973.
- Ricardo Ciudad: "La resistencia palestina", Ediciones Guadarrama, Madrid, 1970.
- Luis Sanz: "Guerra y revolucion en Palestina", Ed. Zero, Bilbao, 1976.
- Robert Russell y Daniel Samoilovich: "El conflicto arabe israelí desde sus orígenes hasta la firma del tratado de paz entre Egipto e Israel", Ed. Belgrano, Buenos Aires, 1979.
- Lorand Gaspar: "Historia de Palestina", Ed. Miguel Castellote, Madrid 1972.
- Ibrahim Shehata: "Embargo a la exportacion del petróleo arabe", Ed. Instituto de estudios palestinos, Beirut 1975.
- T.E. Lawrence: "Seven Pillars of Wisdom", (Trad. al árabe).Ed. Dar al-afak, 3 ed., Beirut 1979.
- "El golfo arábigo/pérsico: Hacia un nuevo equilibrio de poder", Ed. Instituto Hispano-árabe de Cultura, Madrid, 1981.
- A.J.Barker: "La guerra de los seis días", Ed. San Martin, Madrid 1979.
- El rey Hussein de Jordania: "Nuestra guerra con Israel", Ed. Dar al-Nahar, Beirut 1968.
- Mustafa Tlas: "Estudio militar del acuerdo del Sinai", Ed. Imprenta de la administración del ejército, Damasco 1976.

- Nasser: "A political Biography Robert Stephens", Allen Lane, the Penguin Press, Londres 1971.
- William Kimber: "The Israeli Campaign 1967", Peter Young, Londres 1967.
- David Solar, Jose: "El Conflicto en Oriente Medio", Ed., Magisterio Español, colec. RTVE. 1975.
- Joaquin Bollo Muro: "El sionismo una forma del imperialismo", Ed., Akal, Madrid 1980.

REVISTAS Y PERIODICOS

- "Al-Arabi", Enero de 1975, al-Kuwait.
- "La Juventud", número 100, Diciembre de 1977, Amman.
- "El País", 2 de Septiembre de 1982, Madrid.
- "El Tiempo", 3 de Noviembre de 1981, Bogotá.
- "El Espectador", 22 de Septiembre de 1981, Bogotá.
- "El País", 26 de Octubre de 1982, Madrid.
- "El Tiempo", 8 de Febrero de 1982, Bogotá.
- "El Tiempo", 17 de Febrero de 1982, Bogotá.
- "El Espectador", 18 de Diciembre de 1981, Bogotá.
- "El Espectador", 4 de Mayo de 1982, Bogotá.
- "El Tiempo", 8 de Febrero de 1982, Bogotá.

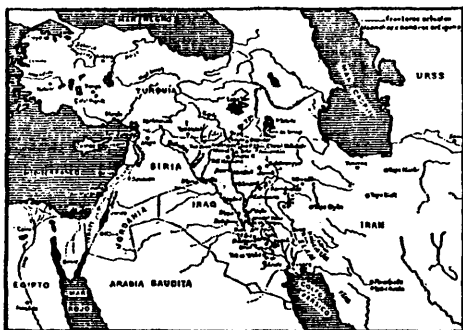
hánidar: hombre de Neandertal	60000-40000 a. C.
Calcolítico superior, Mesolítico, Neolítico	35000-9000
Comienzos de la domesticación de animales y del cultivo de alimentos	hacia 9000-6750
estratos más antiguos (acerámicos) de Jericó	hacia 7000
Asentamiento más antiguo de Jarmô	hacia 6750
Comienzos del Calcolítico	hacia 5500
ases de Eridu, el-'Obêd y Uruk	hacia 5000-3100
época primitiva de Uruk	hacia 3000-2750
templo C de Uruk	2815 ± 85 (?)

secaicos		URUK Gilmersah	KISII Meburagel Aha	
	LAGASH			
	Enkhengel (Mesalim)		(Mesalim) SIHURUPPAK (archivos)	
	UMMA			
du	Urk	Urmahse (2520)		
tuna	Enakale	Akurgal (2490)		
		Ennarsum (2470)		
	Urmame	Entemene (2430)	Lugalhinge- nordhdu	
		Ennarsium II (2400)		
		Lugalbendu (2370)		
	Lugalgezisi	Ururagisi (2355)	Lugalgezisi	ADAB Meshigal
eri (2222-2198)				ELAM
(2283-2273)				Lukhhishshon
hu (2274-2260)				Epirmupimite
(2239-2223)				
eri (2222-2198)				
197-2159)				
99)				Katikhishshinak
	(Ver pag 99)	Ururagel (2116-2110)		

SOL

Los imperios del antiguo oriente, Ed., SIGLO XXI, Madrid 1971.

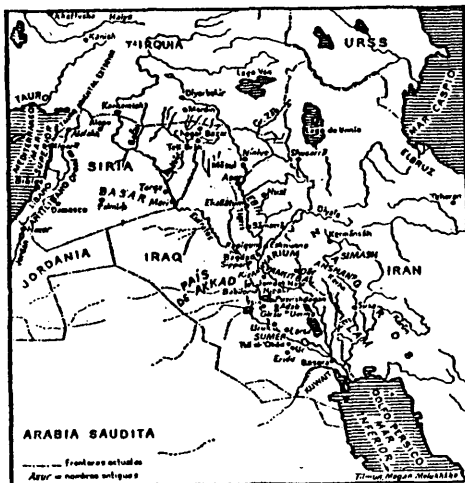
Mapa I.



Asia anterior en época prehistórica y protohistórica (hasta el siglo XVIII a. C., aproximadamente).

Los imperios del antiguo oriente, Ed., SIGLO XXI, Madrid 1971.

Mapa II.



El "Creciente fértil" en las épocas protodinástica de Akkad, de Ur III y paleobabilónica (siglos XXVII-XVII aproximadamente).

Los imperios del antiguo oriente, Ed., SIGLO XXI, Madrid 1971.

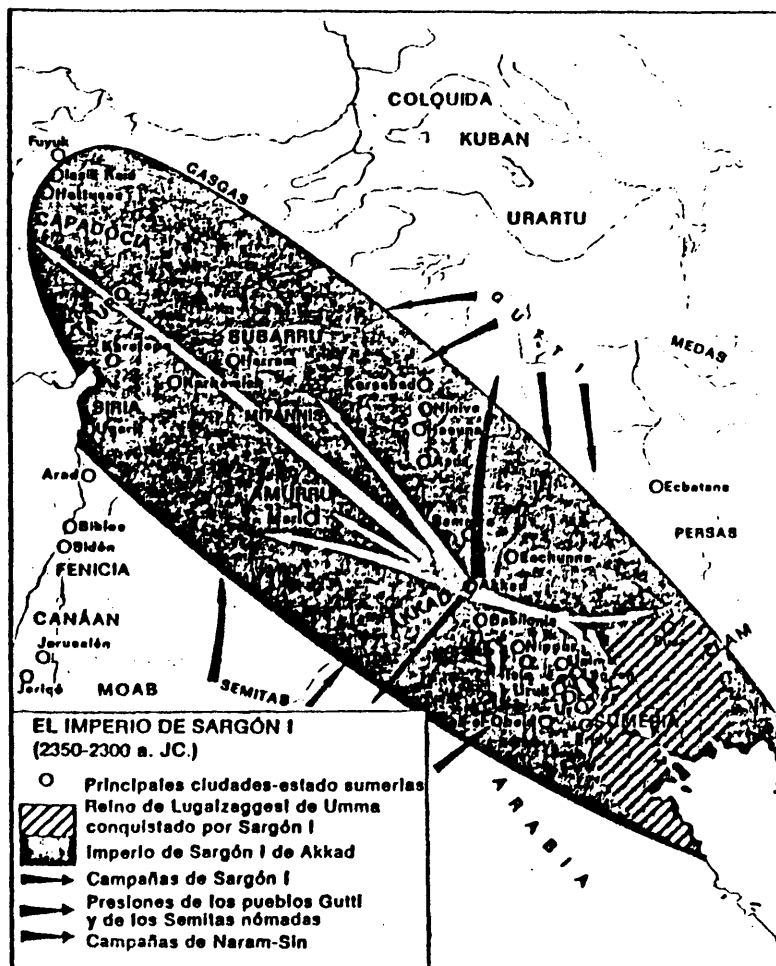
Cuadro cronológico II.

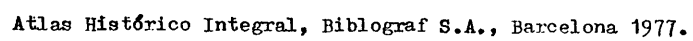
<i>Akkad</i>	<i>Qutūm</i>	<i>Urak</i>	<i>Lagab</i>
<i>Sargon</i> : 2340-2284			Ki-KU-id: hacin 2280
<i>Rimush</i> : 2284-2275			<i>Engila</i> : hacin 2270
<i>Manishtushu</i> : 2275-2260			<i>Ur'a</i> : hacin 2250
<i>Nurāsin</i> : 2260-2223			<i>Lugalushungal</i> : hacin 2215
<i>Shunkulisharri</i> : 2223-2198	(<i>Eridupizir</i>)	(<i>Urnigin</i>)	(<i>Puzurumama</i>)
	(<i>Imta</i>)	(<i>Urigir</i>)	(<i>Ur'utu</i>)
	(<i>Inkishush</i>)	(<i>Kudde</i>)	
	<i>Sarlagab</i> : hacin 2210	(<i>Puzurili</i>)	(<i>Urmama</i>)
	(<i>Shulme'</i>)	(<i>I.ugalmelam?</i>)	
<i>Igigi</i>			(<i>Lubaba</i>)
<i>Nanum</i>			
<i>Insi</i>			
<i>Efulu</i>			(<i>Lagula</i>)
<i>Dudu</i> : 2195-2174	<i>Eulumesh</i>	(<i>Ur'utu</i>)	(<i>Kaku</i>)
<i>Shu DUKUL</i> : 2174-2159	(<i>Inimabakesh</i>)		<i>Urbaba</i> : hacin 2164-2144
	(<i>Igesha'ushi</i>)		
	(<i>Iarlagab</i>)		
	(<i>Ibate</i>)		
	(<i>Iarlagab</i>)		
	(<i>Kutum</i>)		<i>Gudea</i> : hacin 2144-2124
	(<i>Kubilkin?</i>)		
	(<i>L'erubum</i>)		
	(<i>Iratum</i>)		<i>Urningistu</i> : hacin 2124-2119
	(<i>Ibrānum</i>)		
	(<i>Khablum</i>)		<i>Pirigme</i> : hacin 2119-2117
	(<i>Puzursin</i>)		<i>Ur-GAR</i> : hacin 2117-2113
	(<i>Iarlaganda</i>)	<i>Utukhungal</i> : 2116-2110	
	(<i>S'um</i>)		<i>Nanumkhami</i> : hacin 2113-2110
	<i>Tirisan</i> : 2116		

N. B.—Los nombres en cursiva son los de personajes conocidos por inscripciones contemporáneas. Van entre paréntesis aquellos a los cuales no se puede atribuir ninguna fecha. A los que van precedidos de la palabra *hacia* se les asigna una fecha aproximada, deducida por sincronismo con otro personaje conocido, o bien por conjeturas.

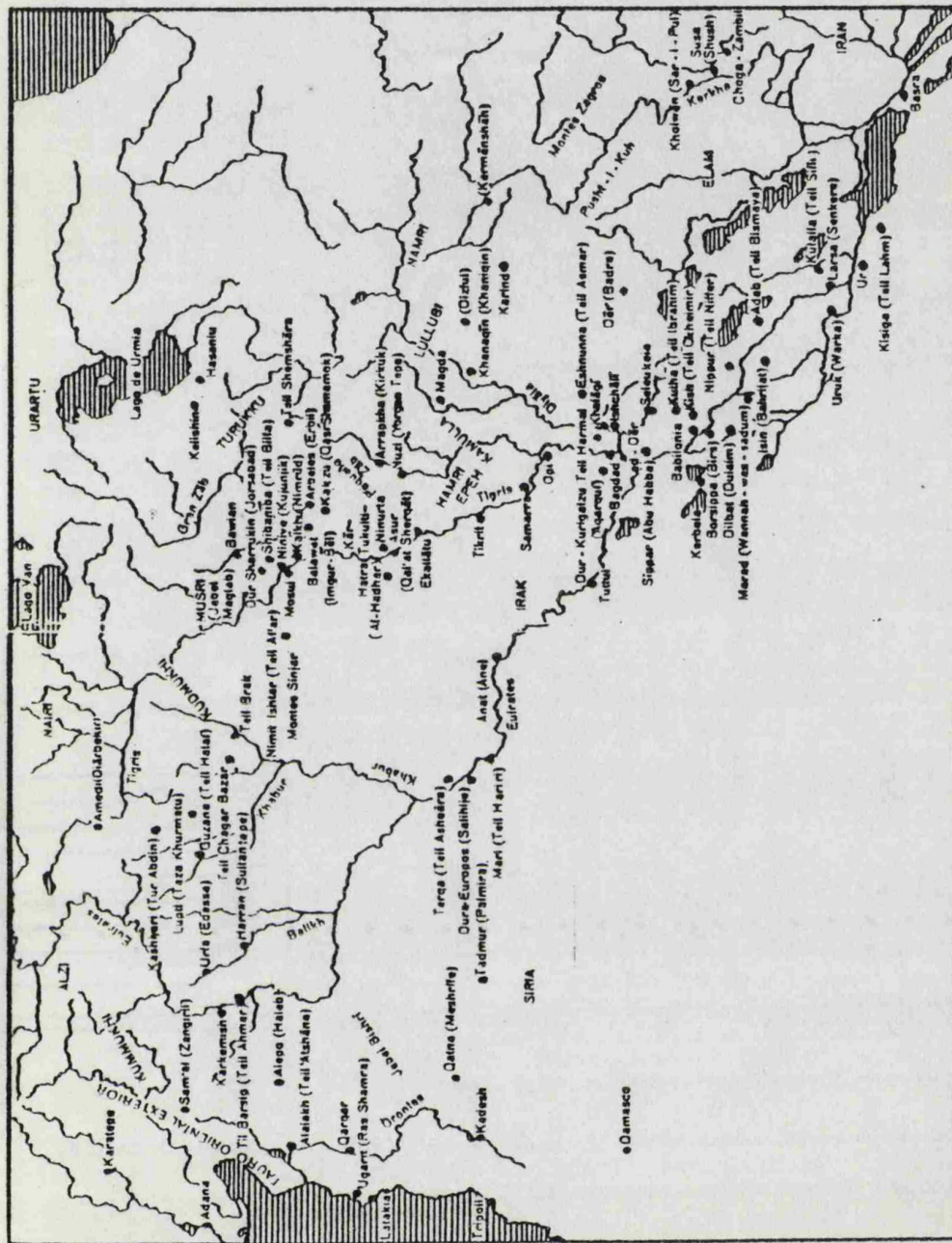
Los imperios del antiguo oriente, Ed., SIGLO XXI, Madrid 1971.

Mapa III.

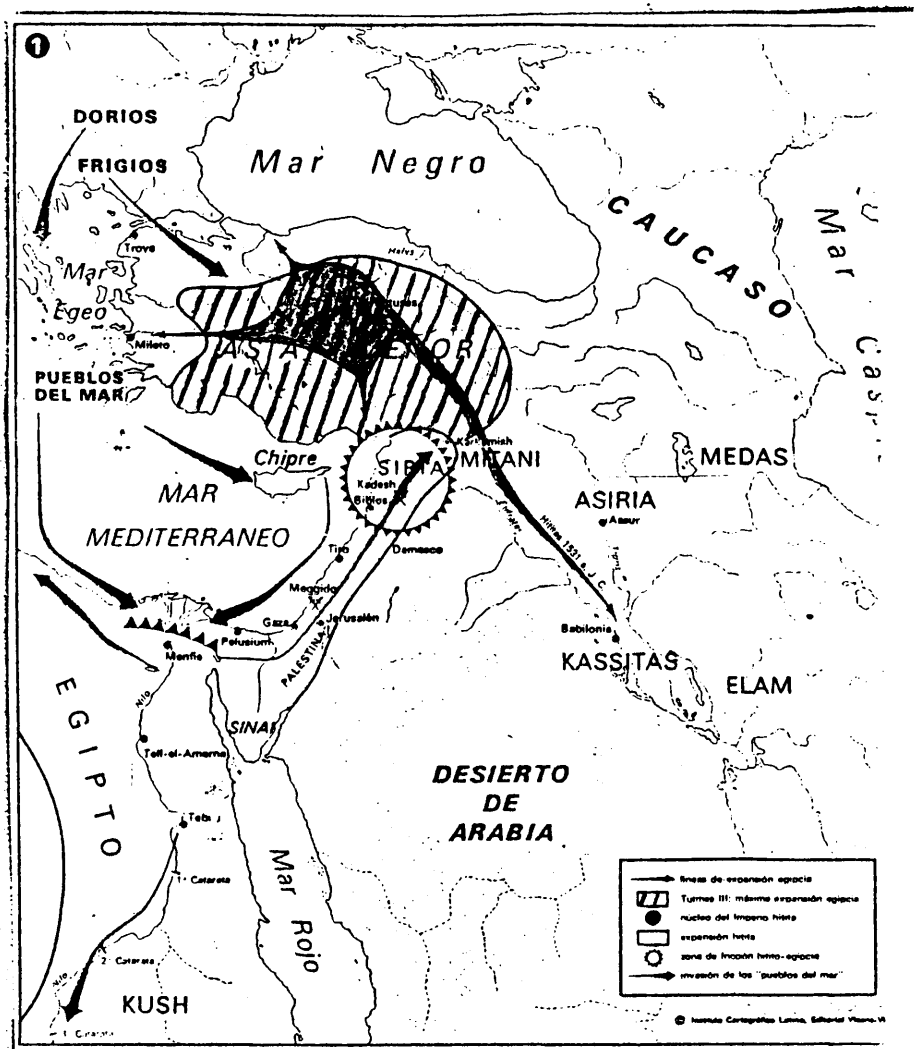




Mapa V.



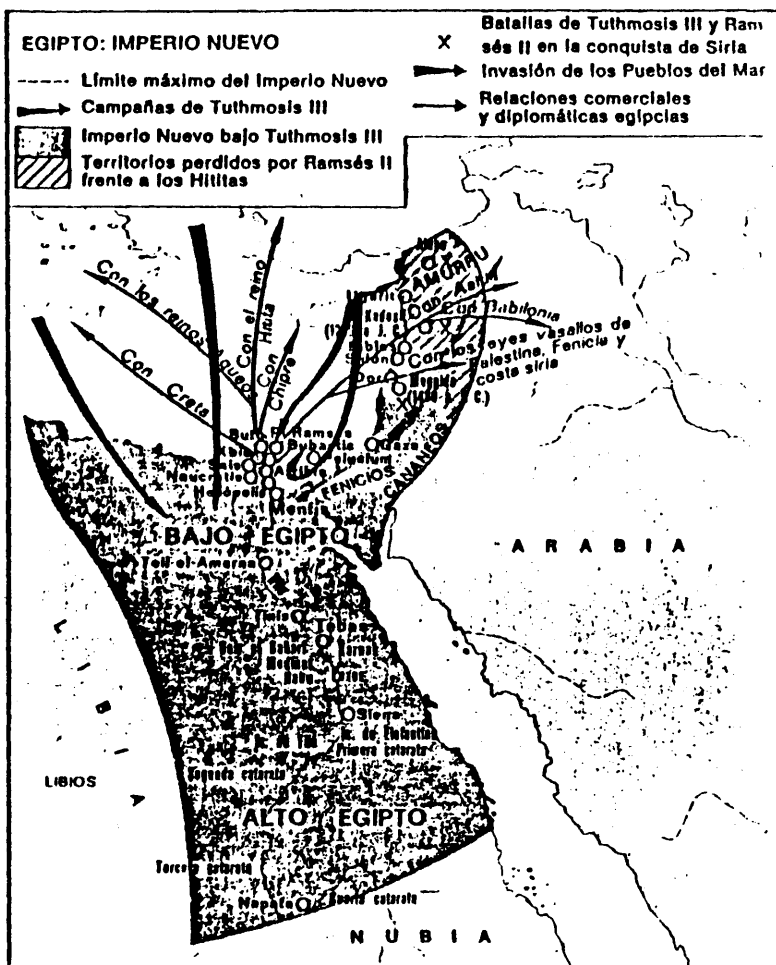
Babilonia y Asiria en la segunda mitad del segundo milenio a. C.



El Oriente Medio hacia 1250 a. J.C.

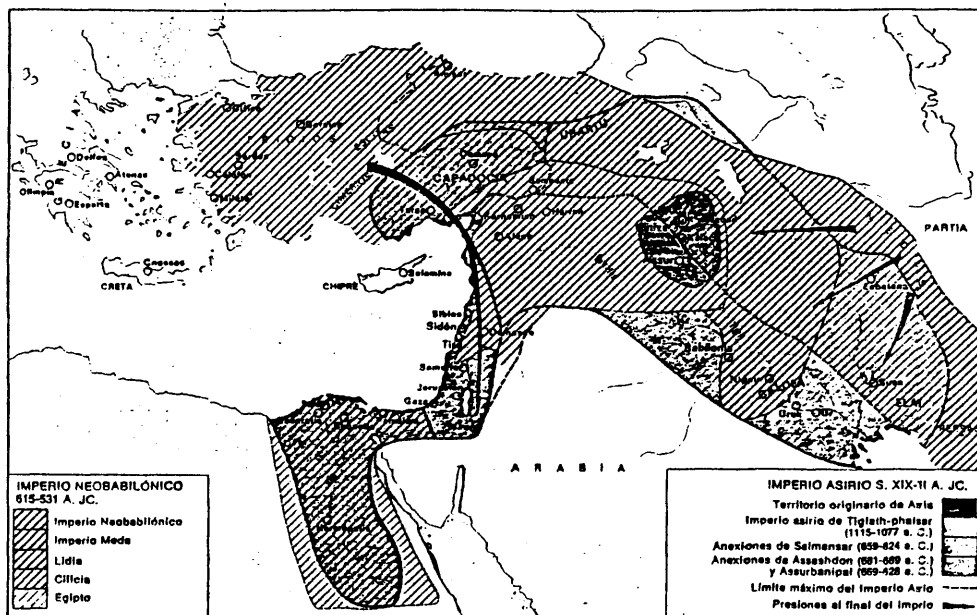
Atlas de historia universal y de España, 1/edades antigua y media,
editorial Vicens-Vives, Barcelona 1973.

Mapa VII.

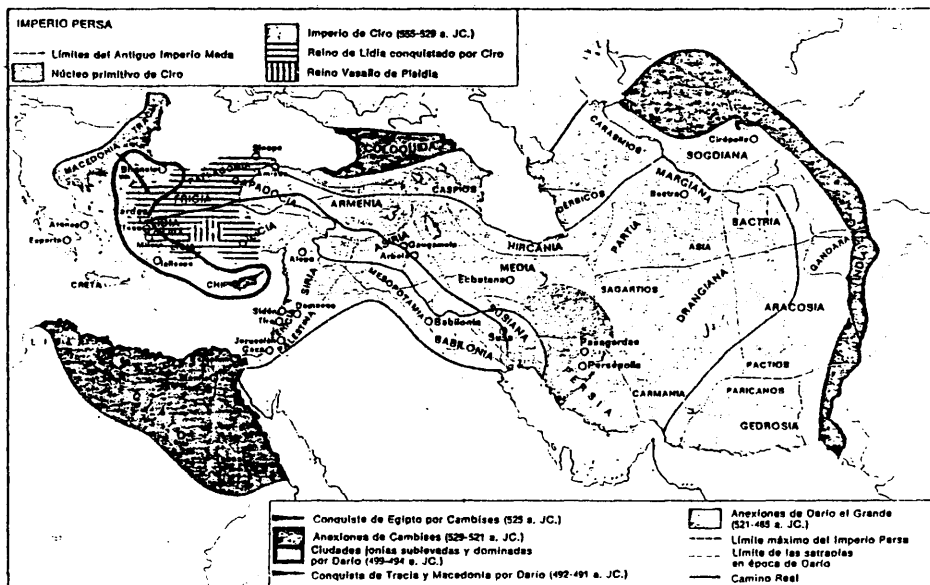


Mapa VIII.

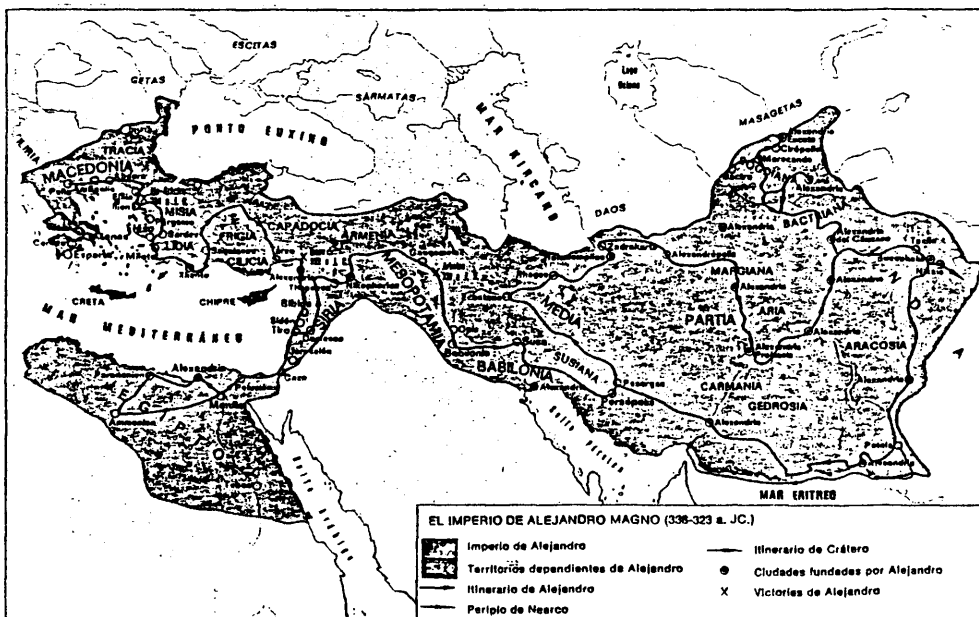
EDAD ANTIGUA

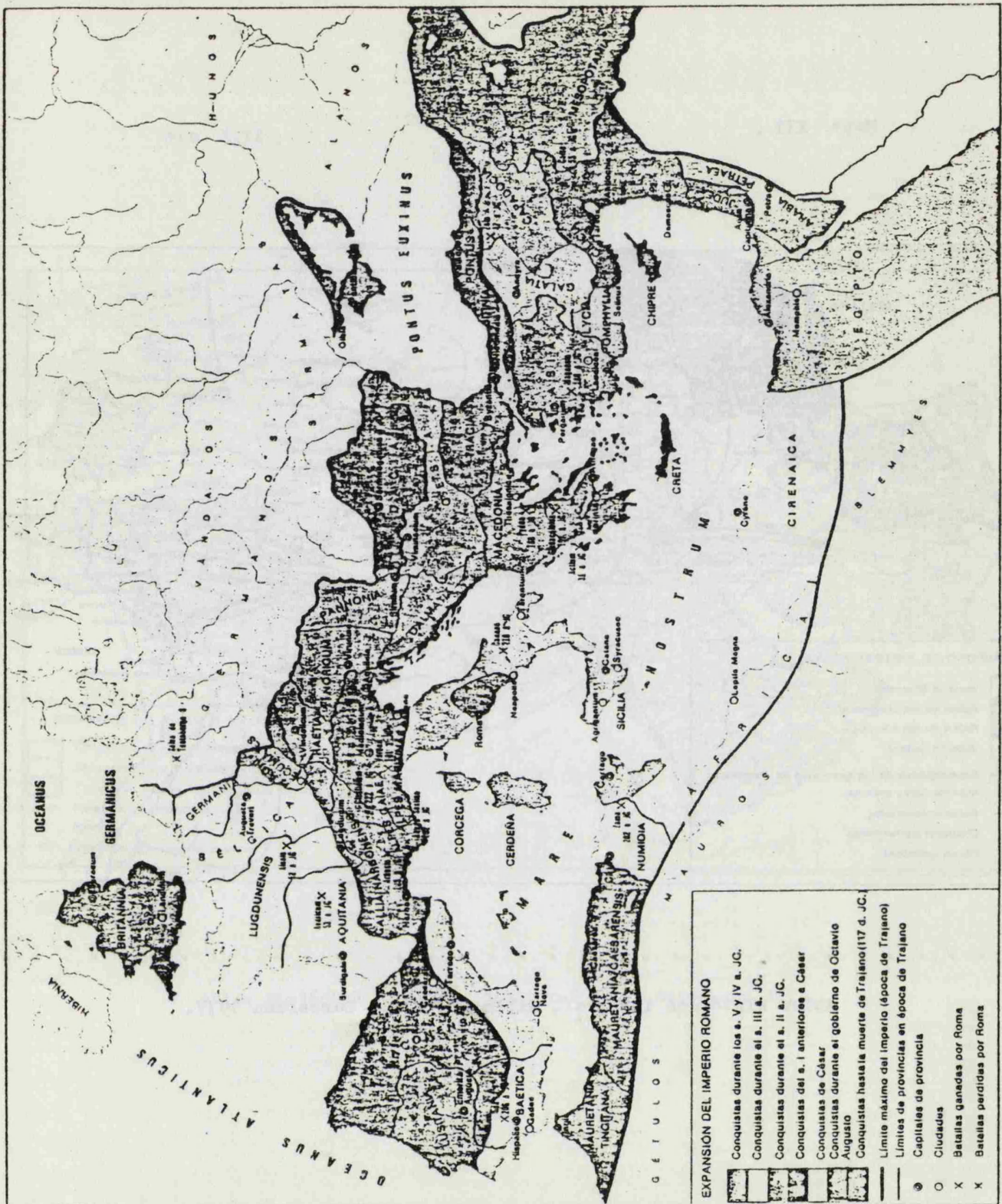


Mapa IX.

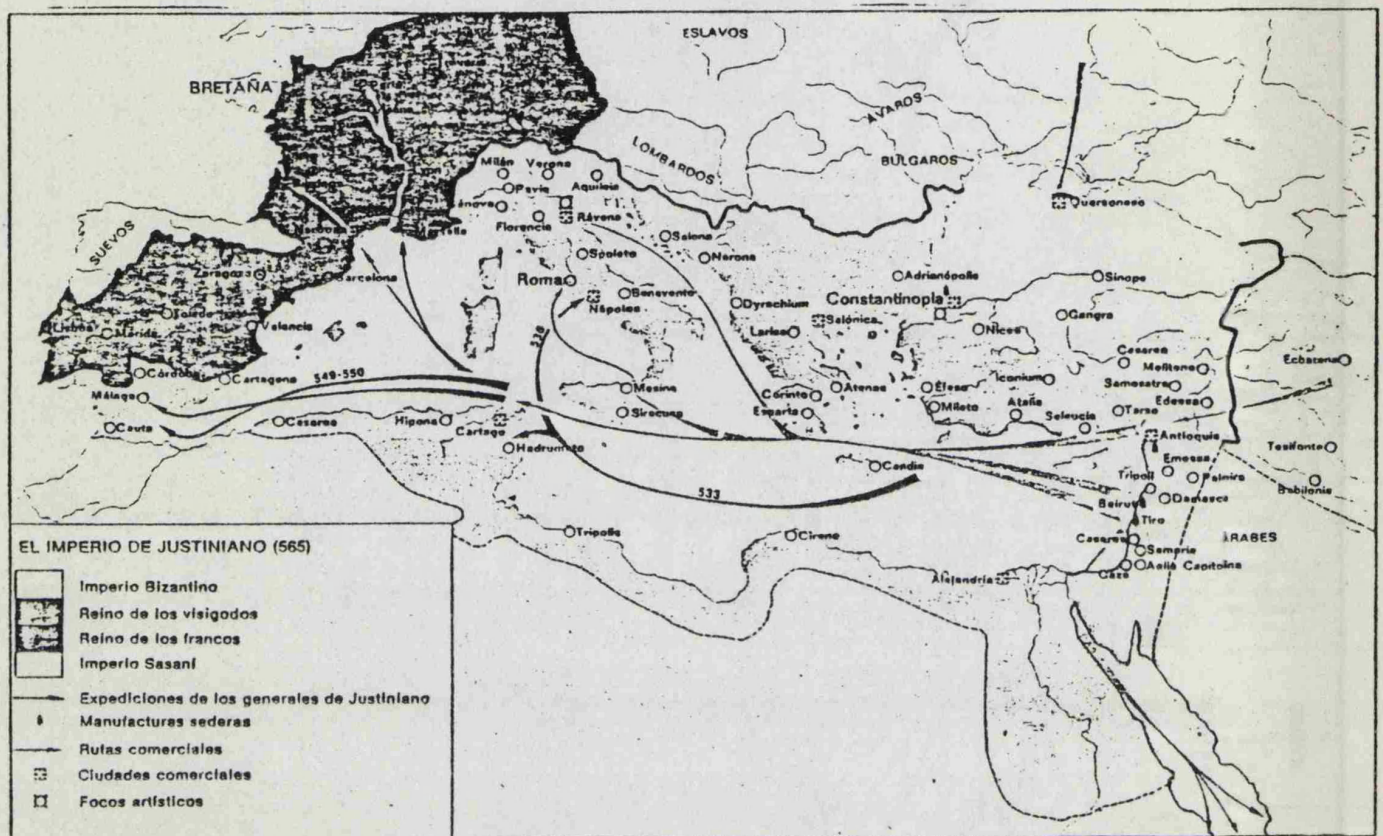


Mapa X.

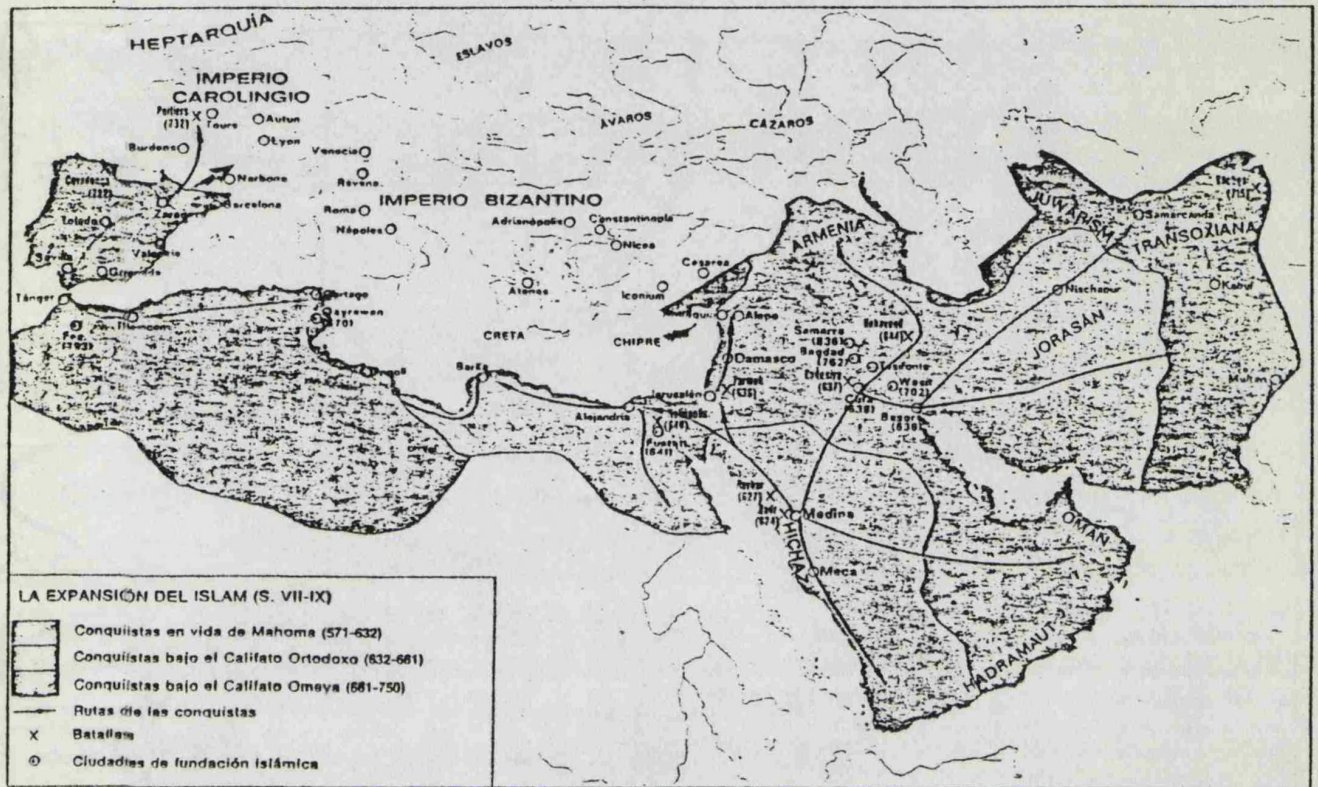




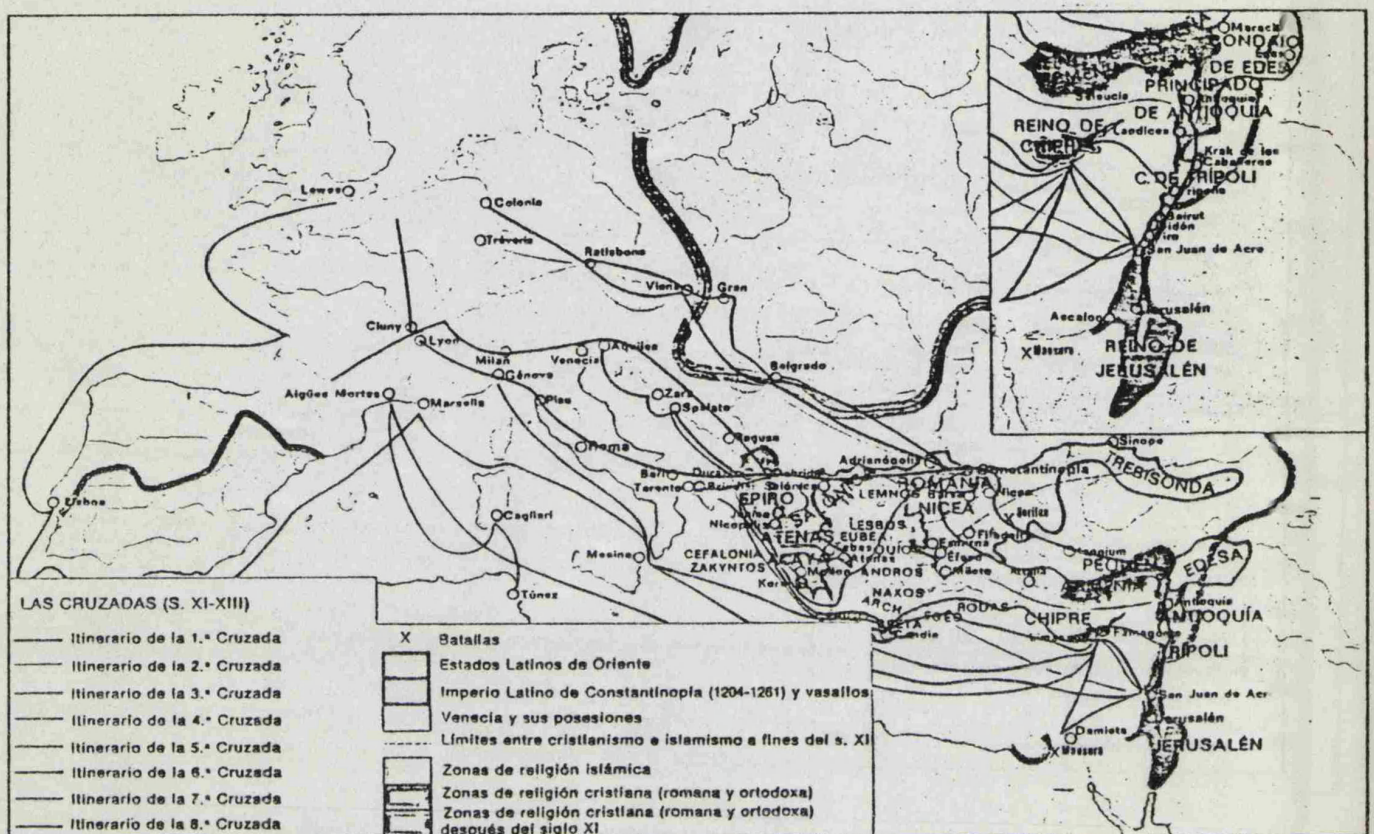
Mapa XII .



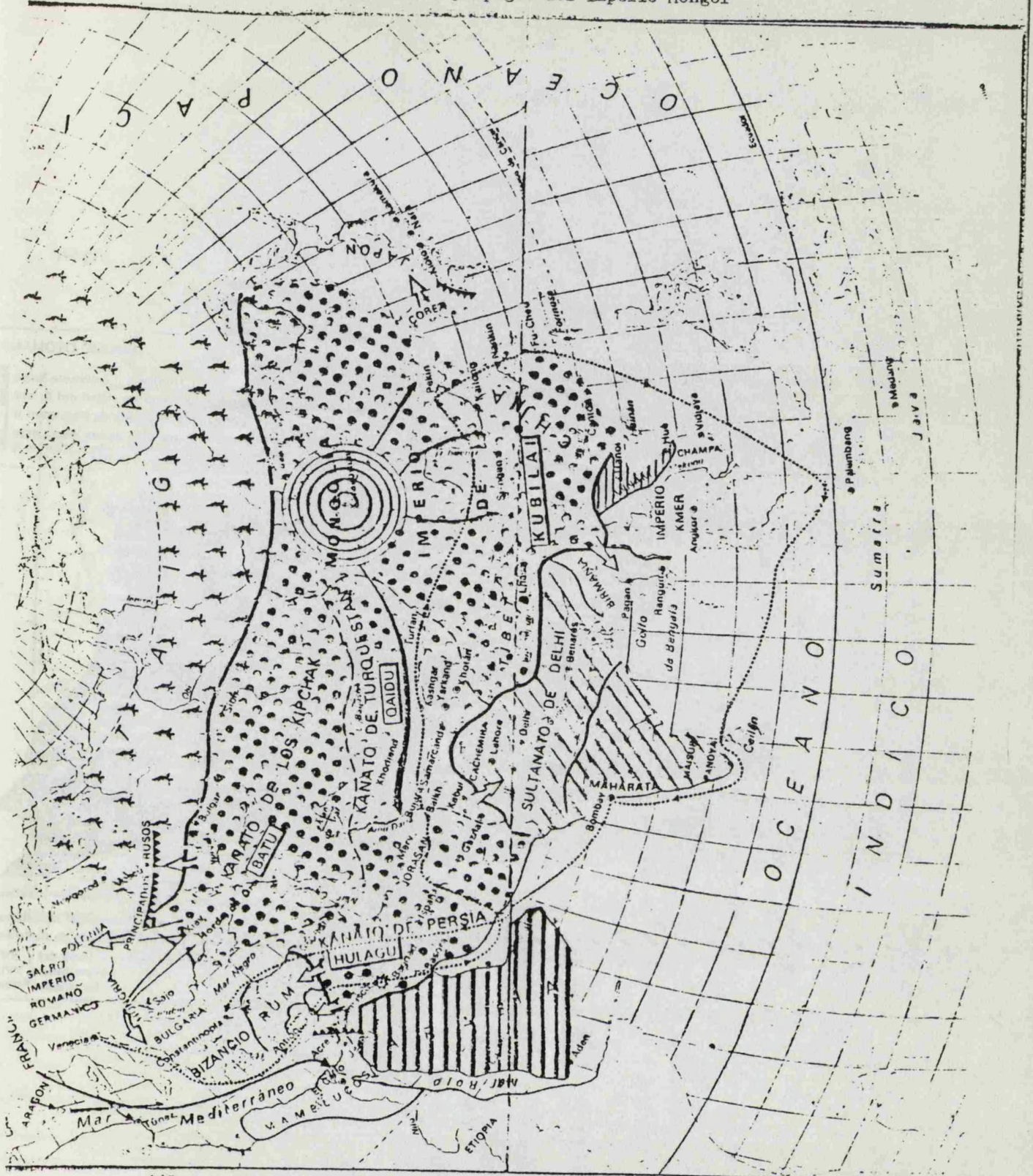
Mapa XIII .



Mapa XIV.

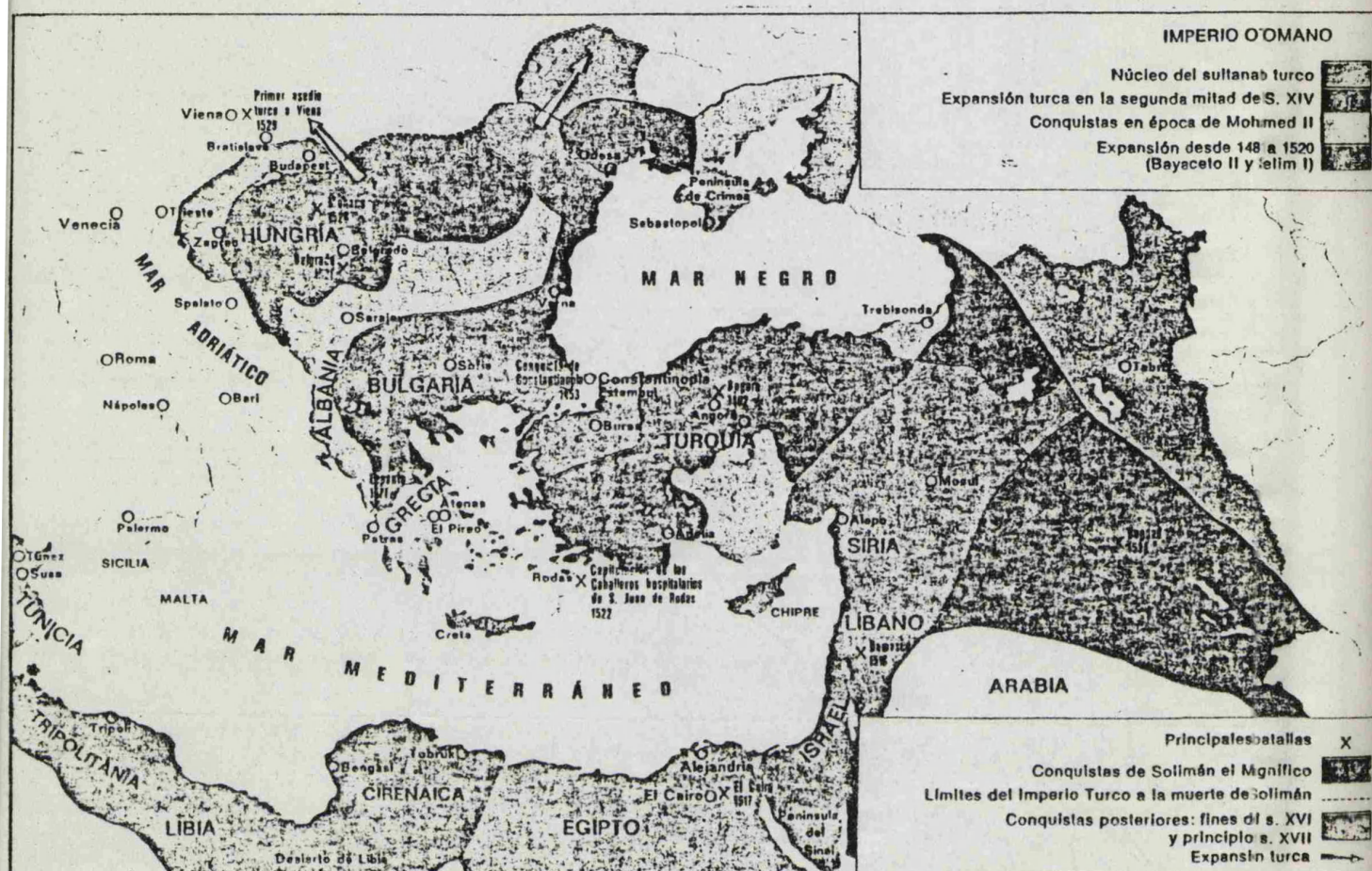


Creación y apogeo del Imperio Mongol



Atlas de historia universal y de España, 1/edades antigua y media,
 editorial Vicens-Vives, Barcelona 1973.

Mapa XVI .



Mapa XVII.

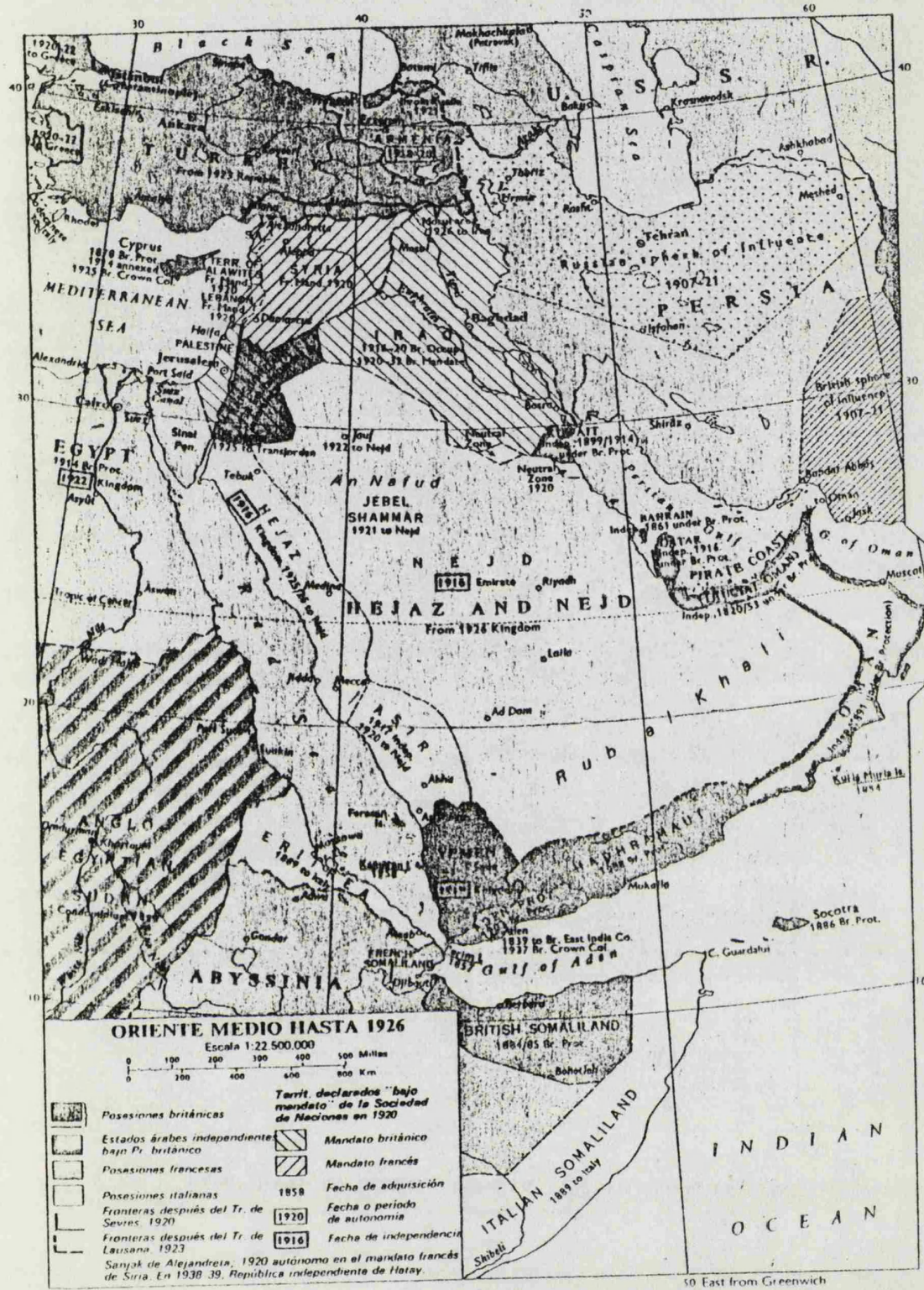


Asia occidental en el s. XIX

Atlas histórico mundial, Ediciones ISTMO, Madrid 1971.

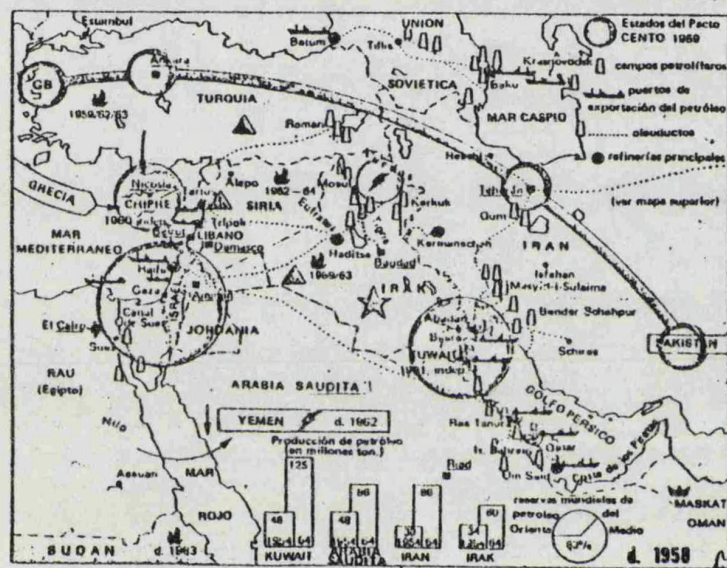
Atlas histórico mundial, Ediciones ISTMO, Madrid 1971.

Mapa XIX •



Mapa XX .

EL MUNDO CONTEMPORANEO / Oriente Medio (1945-1965)



El Oriente Medio d. 1945



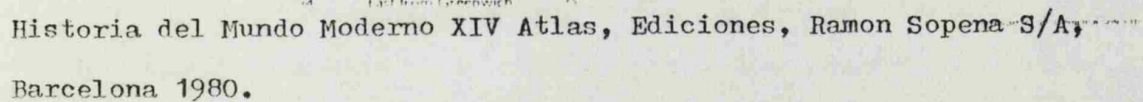
Historia del Mundo Moderno XIV Atlas, Ediciones, Ramon Sopena
S/A, Barcelona 1980.

Mapa XXII .

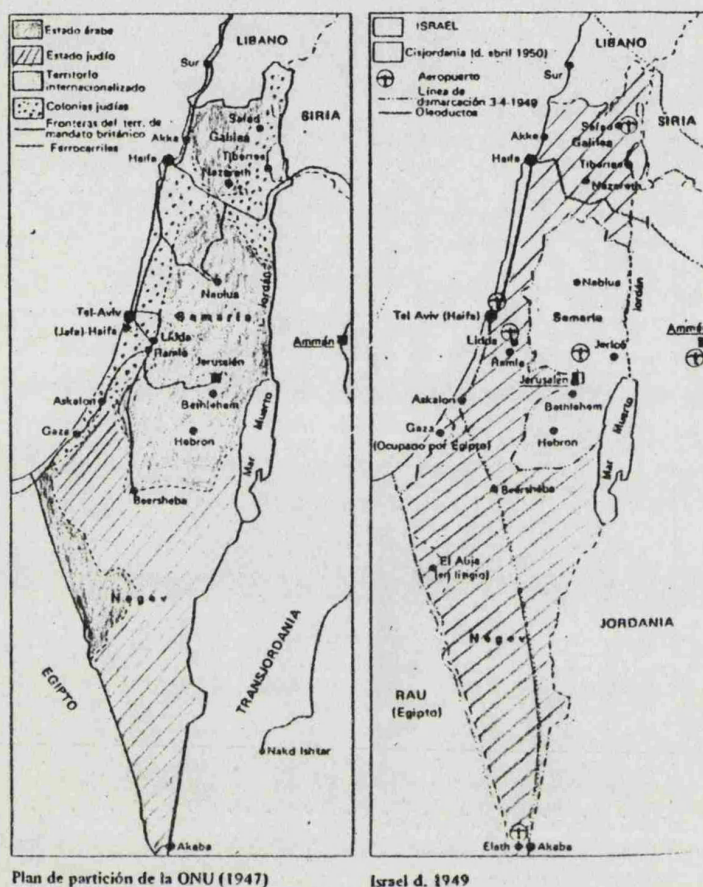


El mapa político del Oriente Medio en la actualidad

Gran Atlas Aguilar, Ed., Aguilar S.A. Madrid 1969.



Mapa XXIV .



Atlas histórico mundial, Ediciones ISTMO, Madrid 1971.



BIBLIOTECA